

GALERIA LITERARIA.—MURCIA Y MARTI, EDITORES.

EL DOS DE MAYO

ó

LOS FRANCESES EN MADRID.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE D. MANUEL VAZQUEZ TABOADA.

SEGUNDA EDICION.

TOMO I.

MADRID: 1866.
Imprenta de la Galería Literaria, Cruz Verde, 12.



POR D. MANUEL VAZQUEZ TABOADA.

PROLOGO.

AL SEÑOR DON ISIDORO M. VILLANUEVA.

Nada mas terriblemente grande, nada mas levantado y prodigioso puede darse en la vida moral ó política de un pueblo, que el sentimiento altivo é indomable de su independencia, que el sacro altar de sus caras libertades, que su profundo horror á las extrañas dominaciones, al pesado yugo del extranjero.

Maravilla y arrebata el corazon ese espectáculo de singular poderío que aun en medio de sus mayores y mas terribles calamidades, ha dado esta nacion magnánima, *tierra clásica de los héroes*, cuando al sentirse aherrojada, por indolencia propia ó agena perfidia, al carro victorioso de los Atilas de todos los tiempos, se vió precisada á sacar fuerzas de su postracion, para romper en menudos pedazos aquellas mismas cadenas que por mas inquebrantables se tenian.

Solamente al considerar que la pátria de Pelayo, de los Gonzalos, de los Jaimes y de los Guzmanes, el suelo inconquistable do asientan la invicta Zaragoza y la Gerona sangrienta, es la Numancia eterna, espanto de las Romas de todos los siglos; solamente así puede esplicarse la razon de que á España por desacertado sendero hubiera venido á buscar el ocaso de su gloria, su tumba de Santa Elena, el terrible coloso que abortó la Revolucion francesa, el azote de Europa, el tirano que no encontraba ya cabezas que ceñir tantas coronas arrebatadas entre el fragor de sus cañones, el poderoso, el inmortal Napoleon Bonaparte.

Sí; España, al escribir con la sangre de sus ilustres hijos la terrible leccion que enseñó á las otras naciones el precio en que deben tenerse los lares de la patria hollados por un invasor, arrojó á los piés de aquel gigante la primera piedra que habia de cubrir su sepulcro, que habia de anonadar su imponente y terrible poderío, y reducir á humo vano las mil victorias y conquistas de sus rapantes águilas.

Imposible se hace creer que pocos años despues de haber sostenido España una prolongada guerra con los ejércitos de la República, pudiera resistir á las huestes del que, con capa de «aliado», consiguió distraer nuestras fuerzas en una lamentable lucha con Portugal, para mejor ocupar así nuestras plazas más fuertes, sin perdonar á la córte de la monarquía, teatro de espantosos desastres y ardiente ejemplo de patriótico heroismo.

Al ocuparme en esta obra de aquella época memorable, casi temo que mi pluma no sea bastante á describir con todo su magnífico colorido tantos rasgos de heróico valor y de santo amor á su libertad como ofreció entonces el pueblo de Madrid. ¡Hermosas jornadas de gloria y luto á la par, que estendiéndose por la Península con la rapidéz de un voraz incendio, arrancaron á todos los pechos el entusiasta y sublime grito de *Independencia!*

Ardua, difícil es mi tarea, ante la grandeza de tan renombrados hechos; pero pues no soy Homero ni Virgilio para tributar en elevados conceptos loores más dignos á los héroes de mi narracion, me sobran el noble orgullo y el amor santo de la patria, que en los grandes asuntos llega siempre á suplir la cortedad del ingenio, y hace de este verdaderos prodigios.

Así, *El Dos de Mayo ó Los Franceses en Madrid,*—casi me atrevo á esperarlo confiadamente—dejará complacidos á mis lectores, cuando no por la importancia y originalidad de la empresa, por los numerosos datos y documentos históricos conque vá amenizado.

Dichoso yo mil veces si despues de tan ímproba tarea y de toda suerte de desvelos, llego á obtener la aquiescencia del público.

Dígnese V. admitir como testimonio de mi consecuencia la dedicatoria de esta obra, la más trabajosa que ha escrito su atento servidor

Q. B. S. M.

M. Vazquez Taboada.

Madrid, 8 de Mayo de 1863.

EL DOS DE MAYO

ó

LOS FRANCESES EN MADRID.

CAPITULO PRIMERO.

Presentimientos.

> No ha sido en el gran dia
> El altar de la pátria alzado en vano
> Por vuestra mano fuerte:
> Juradlo: ella os lo manda: *¡antes la muerte*
> *Que consentir jamás ningun tirano!*
>
> QUINTANA.

La noche del 28 de Marzo de 1808 notábase cierta singular animacion en una taberna situada casi al centro de la calle del Humilladero, una de las más desviadas de la heróica villa de Madrid.

Como unos siete ú ocho bebedores, consecuentes parroquianos del establecimiento, habian estado departiendo, entre las frecuentes libaciones con que *remojaban la palabra,* sobre el suceso que en aquella ocasion preocupaba de un modo extraordinario el ánimo del público madrileño.

Sin cesar de acudir en modo alguno á su constante

faena, mezclábanse á su vez en la cuestion la tabernera, mujer como de unos cincuenta y cuatro eneros, de baja estatura, pero rechoncha y colorada como un melocoton de á libra, y su linda hija, la muchacha más cortejada y requerida por todos los mozos apuestos del barrio de Lavapiés.

—Yo le juro á Vd., señora Teresa,—exclamaba uno de los bebedores, con un marcado acento de corage,—que aunque soy así, como aparento, un alfeñique, me comprometo á dar cuenta de media docena de esos *monsieures*; y si á mí se me unieran doscientos hombres decididos... ¡Huííí! entonces, vive Dios! que no vuelva á ver con estos ojos á mi Paquilla si no dábamos cuenta de ese rebaño de perros que se nos ha entrado de rondon por las puertas.

De este modo se expresaba un jóven que contaria de veinticinco á veintiseis años de edad, el cual luego que hubo concluido su discurso se llevó á sus lábios, con habitual desenvoltura, una bien medida copa, apurándola con el mismo entusiasta enfado que si con efecto se tragara en el mosto los seis *monsieures* consabidos.

Su rostro moreno, de regulares y agraciadas facciones, indicaba, debajo del terciado tricornio, toda la ingenuidad de este tipo franco y resuelto, tan peculiar á Madrid entre la clase del pueblo.

Aunque delgado y de buena estatura, se colegia por la prominencia muscular de sus formas que su sencillo aspecto podria engañar facilmente la confianza de esos mismos hombres que en materia de pugilato gozan en determinados círculos la reputacion de invencibles.

—Bueno será que rebajes dos terceras partes de la primera cuenta, Epifáneo,—replicó la tabernera con sorna,

al paso que llenaba hasta rebosar la copa que el entusiasta jóven acababa de colocar vacia sobre el tablero—pues esos *monsieures,* que por otra parte me dan tan mala espina como al que más, son por fin hombres como tú y como todos; y ¡pardiez! querido, que los que traen aquellas *colmenas de pelo* sobre la cabeza, me parecen tan altos como la torre de Santa Cruz.

—¿Y á mí que me vá ni me viene para el caso que sean mayores que gigantes?—se apresuró á decir el mancebo variando con trazas de mal humor su tricornio de la ceja izquierda á la ceja derecha.—Tengo aquí en el corazon un cierto no se qué, que no me dice nada bueno sobre la venida de esos extranjeros á Madrid; y luego se cuentan unas cosas... ¡vaya! ¡Pero si esto no se puede ni aun pensar en calma!

—Dice bien Epifáneo, señora Teresa;—interrumpió uno de la compañía terciando en la cuestion—yo, desde que ví entrar á esos granaderos tan fachendosos estoy que lo que como y bebo se me atraviesa en la garganta, cual si se me clavaran espinas.

—No digo yo ménos, Pepe,—continuó la tabernera,—y sino ahí está mi Colás que *no me dejará mentir,* y te dirá como esta mañana me costó gran mareo el medir un vaso á uno de esos franceses. Si no fuese porque pudiera parecer descortesía, y él lo pidió haciendo muchos arrumacos y *rendivus!*... tan cierto como esta luz nos alumbra que apenas anduvo dos pasos fuera de esa puerta, hice mil añicos el vaso en que habia bebido, y despues tiré á la calle el dinero conque me habia pagado, porque me parecia deshonra que yo me quedára con él.

—¡Bien! muy bien! Viva la señora Teresa! gritaron á una vez todos los concurrentes, aplaudiendo frenéticamen-

te á la tabernera, la cual, con ambas manos colocadas en la cintura se contoneaba llena de arrogante fiereza, como si se aprestase á embestir al que por un sólo momento pusiera en duda su aseveracion.

En esto la muchacha, que hasta entonces parecia no haber prestado atencion á lo de que se trataba, se acercó al corro diciendo en ademan algun tanto misterioso:

—¡Pues si ustedes supieran lo peor de todo!

—¿Qué es ello, Maruja?—preguntó el llamado Curro.

—Es una cosa muy séria, señor Francisco, y cuenta con que lo sé de *buena tinta.*

—No ignoro que tu gaché es todo un señorito, un hombre... de *buen pelage,* y que como siempre anda entre caballeros principales, debe saber en dónde le aprieta el zapato. Pero cuenta, Maruja, cuéntanos tu secreto, aunque para los amigos no están bien nunca secretas las cosas.....

María pareció que dudaba, y luego bajando la voz,

—No me lo ha contado el señorito Enrique—dijo—pero...

—Bien, eso no hace al caso;—le interrumpió la tabernera con cierta ironía burlona—cuéntanos el pecado, aunque nos ocultes el nombre del pecador.

—Pues como digo,—continuó la jóven,—parece que las intenciones de los franceses no son allá que digamos todo lo buenas que pudiera uno prometerse...

—Si no dices más que eso,—repuso uno de los bebedores—ya estamos al cabo de todo.

—Pero Vd. no deja que me explique, señor Tomás, y así no acabaré nunca. Queria decir que las intenciones del emperador son las de ceñirse la corona de España. Dentro de dos ó tres dias entrará en Madrid Napoleon, y muchos temen con fundamento que lo vamos á pasar mal.

Yo de esto no entiendo, pero se me asegura por quien puede saberlo que este negocio huele á zambra y que muy pronto vamos á tener disgustos muy sérios. La verdad es que ese Napoleon por donde quiera que vá siembra la muerte y todas las desgracias del mundo.

—Hablas como un letrado, muchacha, y á fé que eso mismo revolvia yo en mi magin, allí dentro, hace más de una hora.

El que esto dijo, dando una palmada en el hombro á la jóven, era el tabernero que hasta entonces habia estado muy afanado yendo y volviendo durante las primeras horas á las habitaciones interiores.

Casi al mismo tiempo un nuevo parroquiano hizo girar la puerta de la taberna y entró dando las buenas noches á la concurrencia, la cual le recibió con el nombre de *Maestro*, de cuyo título ó mote daremos á conocer el orígen á nuestros lectores.

Era el *Maestro* un hombreton de elevada estatura, rostro severo y resuelto continente.

A pesar de que frisaba ya en los sesenta de su edad, tanto en la taberna, donde con más frecuencia concurria, como entre todo el vecindario, se llevaba la palma de ser el mejor esgrimidor de navaja que se conocia en todo Madrid. Tornero de oficio, aunque en él despuntaba tanto como el que más, no era esto en verdad lo que le habia valido el dictado por el cual todos le designaban.

Como decimos, manejaba la navaja con notable perfeccion, y si bien su carácter era tan digno de aprecio como su honradéz, su mayor entretenimiento consistia en dar lecciones de la expresada arma á cuantos reconocian y gustaban aprovecharse de las ventajas de su ciencia.—

Esto precisamente era lo que le hacia ser conocido por *el Maestro* entre las gentes del barrio.

Por lo demás su nombre de pila era Pedro, y aunque casi todos desconociesen ú olvidasen su apellido, habia heredado de su padre, á falta de otro más ilustre, el de Alvarez.

Lo primero que hizo al entrar en la taberna fué dirigirse al tabernero, y despues de hablar con él secretamente,

—¿Has visto hoy á tu novio? preguntó á María.

La jóven respondió con una negativa.

—Pues necesito verle mañana á todo trance.

—Si Vd. quiere algo para él, Maestro, dígame qué es, y mañana muy de madrugada espero que vendrá, si alguna ocupacion no se lo impide.

—Bien, convenido: si viene antes que yo, le dirás que me espere, pues tengo que participarle una noticia de mucho interés.

Luego volviéndose al tabernero, añadió:

—¿Qué tal marcha nuestro negocio?

El tabernero cojió de sobre el mostrador un quinqué, y haciendo al Maestro una señal de inteligencia,

—Venga Vd.—dijo—y podrá juzgar por sus propios ojos.

Y uno y otro, atravesando un estrecho y largo corredor, se dirigieron al interior del establecimiento.

Llegado que hubieron cerca de una puertecita, sacó el tabernero del bolsillo una llave, y abriendo, hizo entrar á su amigo en el interior de aquella habitacion.

Lo que se ofreció á la vista del Maestro debió causarle profunda satisfaccion, pues por espacio de un minuto no dió muestras de abandonar su actitud contemplativa.

—¿Qué le parece á Vd. de todo esto?—preguntó el tabernero.

—¿Qué me parece?—replicó el Maestro,—Me parece... me parece que si el otro dia hubiéramos dispuesto de estas *cañas,* habríamos hecho en Aranjuez la *pesca redonda.*

—Eso mismo digo yo, Maestro.

—Sin embargo, aunque no hayan servido para ese Príncipe de la Paz, que Dios confunda, casi estoy seguro de que no tardaremos en necesitarlas para un caso mucho más sério que el de Aranjuez.

—Hé aquí precisamente, por que no me descuido en proveer, un dia trás otro, este pequeño arsenal. Que otros, abrigando nuestros temores, procuren imitar mi ejemplo; y ya que no contamos ejército en la capital de España, ó poco ménos, con que tener á raya la dominacion extranjera, que se nos viene encima á pasos de gigante, el pueblo solo bastaría á contener cualquier desman que se intentara.

Habíamos omitido decir á nuestros lectores que lo que tanto llamó la atencion del Maestro, eran unas veintiseis á treinta armas de fuego, que por su original desigualdad asemejaban el referido cuarto á la cámara de un buque pirata.

Cinco ó seis trabucos de terrible y pronunciada boca; fusiles de diversos tamaños, y luego, algunos sables mohosos, puñales, varias cananas y cartucheras: todo esto, colocado en la pared con estudiada simetría y ocupando un ángulo de la habitacion, fué lo que se ofreció á la vista del absorto amigo del tabernero.

Este continuó:

—Desde que Murat ha entrado en Madrid, ha con-

firmado con su conducta los temores que se abrigaban.

—Dícese—repuso el Maestro—que ejerce una influencia peligrosa en palacio; y aunque yo no creo que nuestro rey Fernando se deje dominar como su débil padre, al fin y al cabo le habrá de imponer su yugo el extranjero. Nicolás, yo quisiera equivocarme, pero se murmura, no infundadamente, de ciertas gentes que rodean al rey.

—Pues yo voy más allá que Vd., Maestro.

—Explíquese Vd.

—El rey Cárlos firmó en Aranjuez la renuncia en favor de su hijo el dia 19...

—Cabal.

—El pueblo ha demostrado y sentido inmensa alegría no bien se esparció la nueva en este acto; porque todos, Maestro, grandes y pequeños, queremos con idolatría á nuestro rey Fernando (1).

—Seguramente; y él es el destinado á labrar la felicidad de España.

—Pues bien: Fernando no conviene á las miras de Bonaparte, por la misma razon de que ese avasallador de coronas comprende que el jóven príncipe es nuestro ídolo. Y ahora pregunto: ¿no ha llamado la atencion de Vd. el que hubiesen mediado tan pocos dias entre la renuncia y la protesta de Cárlos IV?

—Es cierto.

—Pues en esto han jugado los manejos del embajador francés, los de María Luisa y la reina de Etruria: María Luisa quiere, con el restablecimiento de Cárlos en el tro-

---

(1) Conocida es ya de nuestros ilustrados lectores la pasion con que aquel pueblo hablaba del rey Fernando VII.

no, cambiar la suerte del favorito: á nadie se le esconde el ódio que Fernando profesa á Godoy: este, despues de todo, conviene mucho y puede servir grandemente á las miras de Bonaparte... ¿me comprende Vd?

—¡Que si comprendo!... ¿pero cómo está Vd. tan enterado, tan al cabo de esos enredos?

—Mañana ¿no espera Vd. ver aquí á D. Enrique?

—Sí.

—Pues entonces cesará la extrañeza de Vd.: mientras tanto ya vé, Maestro, que hago más que alarmarme como lo está todo el pueblo de Madrid, pues me prevengo para un dia que presiente mi corazon no ha de estar demasiado lejos, y más aun cuando todo parece conjurarse para que así sea.

Abandonemos la taberna de la calle del Humilladero, para ofrecer á la consideracion de nuestros lectores los justos motivos de alarma que traian agitada la córte, el dia á que nos referimos en esta historia.

Cuando el 23, cinco dias antes del precedente diálogo, verificó Murat su ostentosa entrada en Madrid, al frente de un brillante y numeroso estado mayor, de la caballería de la Guardia imperial y de lo más lucido de sus tropas, cediendo algun tanto la desconfianza del pueblo, casi recibió este con agasajo al cuñado de Napoleon, al orgulloso duque de Berg y Cleves, *Alteza Imperial y Real,* y generalísimo de los ejércitos de ocupacion.

Sin embargo, hubo muchos que distinguieron que Murat, desplegando aquel dia tal lujo de militar poderío, pretendia imponer de este modo al pueblo altivo cuyos muros traspasaba por primera vez; y como una simple sospecha, en circunstancias semejantes, crece y se propaga entre las masas con la rapidez del pensamiento, de aquí que los ánimos se alteraron sordamente, hasta el punto de presentirse graves y próximos conflictos.

Muchos y muy dignos de la general consternacion eran en verdad los desmanes cometidos en varias poblaciones de la Península por los franceses, y que contribuian á mantener vivos los recelos del pueblo madrileño.

Aparte la séria circunstancia de que la guarnicion exígua existente en Madrid, apenas bastaba á cubrir las necesidades del servicio ordinario, casi todo nuestro ejército, incautamente aliado á las empresas ambiciosas de Napoleon, atacaba en el Norte la independencia de Portugal, y el resto se encontraba esparcido, dividido en pequeñas é inútiles fracciones. La falsía con que el general francés D' Armagnac habia conseguido posesionarse de la ciudadela de Pamplona, engañando á su gobernador; la toma del fuerte de igual denominacion en Barcelona, y el castillo de Monjuich; la entrega que se hizo al ejército invasor de la plaza de San Sebastian, y por último, la sorpresa de que habia sido objeto el castillo de San Fernando de Figueras, todos estos funestos precedentes bastaban á producir la alarma que más tarde debia confirmar con sus actos el tristemente célebre Murat.

Si la idea de que las tropas francesas habian entrado en Madrid con el objeto de protejer al príncipe Fer-

nando; el ídolo que entonces adoraba el pueblo, no fuese para este un lenitivo á su natural recelo, pocas ó ningunas ilusiones habria sustentado acerca de las pacíficas intenciones que animaban á sus arrogantes huéspedes.

Hallábase á la sazon la córte en Aranjuez, y este real sitio era teatro de acontecimientos bien singulares; tanto que no podemos resistir á la tentacion de narrarlos, aunque brevemente, toda vez guardan una estrecha relacion con el hilo de nuestra tarea.

El nuevo embajador que nos habia enviado Bonaparte, Beauharnais, estaba encargado por su amo de la mision expecial de manejar la intriga en el palacio de los reyes, sirviéndose de esta arma, á la sazon poderosa, para sus ocultos fines.

Aun estaban fijos en la mémoria los trastornos ocurridos en el real sitio, cuando la agresion que habia puesto en peligro la existencia del Príncipe de la Paz, á quien su privanza y encumbramiento le habian grangeado el ódio general, una guerra á muerte por parte del pueblo y de los adeptos á Fernando.

Habíase tomado por pretesto de este motin el viaje de la familia real, que se creyó fijado para la noche del 17, y el cual tenia por objeto verificar una entrevista con el emperador de los franceses.

Contra lo que convenia á las miras de Napoleon, Beauharnais habia contribuido grandemente á promover el motin, que estalló en la citada noche, y del cual Godoy, arrastrado y maltratado por las turbas, se salvó como por milagro, despues de haber sido su casa objeto del más fiero destrozo á que se entregaron las turbas irritadas contra el valido; asonada en la cual, segun refiere el mismo

Príncipe de la Paz, tomaron una parte muy activa el conde de M...., conocido por el nombre de *El Tio Pedro*, y la servidumbre del hermano del rey Cárlos, el infante D. Antonio.

Arrojado por este medio del poder el tan célebre como funesto D. Manuel Godoy, la intriga y la lucha no cesaban por eso de agitar á la córte, dando así mayor pávulo á las tristes consecuencias que necesariamente habian de sobrevenir.

En vista de la conmocion popular que por dos veces se habia desencadenado, y comprendiendo que lo que despues de la caida y prision del favorito se queria, era la coronacion del príncipe Fernando, Cárlos IV firmó por último la renuncia el dia 19 de Marzo, cuarenta y ocho horas despues de los acontecimientos que dejamos indicados.

Algunos dias despues, el mismo Cárlos IV, protestaba dicha renuncia (1), en carta particular que con fecha 27 dirigió al emperador francés, del cual demandaba amparo y proteccion.

Creemos que nuestros lectores nos agradecerán les demos á conocer este curioso documento, porque él bastará á demostrar cómo por las disidencias que se agitaban dentro del palacio de los reyes, se facilitaban al emperador los medios de dar cima á sus ambiciosos cálculos.

---

(1) *Protesta.* «Protesto y declaro que mi decreto de 19 de Marzo, en el que he abdicado la corona en favor de mi hijo, es un acto á que me he visto obligado para evitar mayores infortunios y la efusion de sangre de mis amados vasallos, y por consiguiente debe ser considerado como nulo. —Carlos.—Aranjuez 21 de Marzo de 1808.»

Hé aquí la

CARTA DE CÁRLOS IV AL EMPERADOR DE LOS FRANCESES (1).

«Señor mi hermano: V.M. sabrá sin duda con pena los sucesos de Aranjuez y sus resultas, y no verá con indiferencia á un rey que forzado á renunciar la corona acude á ponerse en brazos de un grande monarca aliado suyo, *subordinándose totalmente á la disposicion del único que puede darle su felicidad, la de toda su familia y la de sus fieles vasallos.* Yo no he renunciado en favor de mi hijo sino por la fuerza de las circunstancias, cuando el estruendo de las armas y los clamores de una guardia sublevada me hacian conocer bastante la necesidad de escojer la vida ó la muerte, pues esta última hubiera sido seguida de la de la reina. Yo fuí forzado á renunciar; *pero asegurado ahora con plena confianza en la magnanimidad y el genio del grande hombre que siempre ha mostrado ser amigo mio,* HE TOMADO LA RESOLUCION DE CONFORMARME CON TODO LO QUE ESTE MISMO GRANDE HOMBRE QUIERA DISPONER DE NOSOTROS, Y MI SUERTE, LA DE LA REINA Y LA DEL PRÍNCIPE DE LA PAZ. Dirijo á V. M. I y R. UNA PROTESTA contra los sucesos de Aranjuez y contra mi abdicacion. Me entrego y enteramente confio en el corazon y amistad de V. M., con lo cual ruego á Dios que os conserve en su santa y digna guarda. De V. M. I. y R. su mas afecto hermano—CARLOS.—Aranjuez 27 de Marzo de 1808.»

Esta carta, que por la cautelosa vigilancia ejercida en

(1) HISTORIA *de la Guerra de la Independencia.*

Aranjuez de parte de los *fernandistas*, llegó á ser conocida y divulgada entre el público, no es preciso que se la comentemos al lector; pues por ella conocerá perfectamente las consecuencias á que nos esponian la mudanza, ó mas bien la debilidad del buen rey Cárlos IV.

Como en otro lugar dejamos indicado, se permitió al pueblo creer que la llegada del ejército francés á Madrid, tenia por objeto favorecer la exaltacion de Fernando al trono de su inseguro padre, ya fuese en calidad de asociado, ó bien ocupándolo como rey único.

Esperábase por aquellos dias la llegada del emperador Napoleon á la córte, y que de este modo se aceleraria tan deseado suceso.

Un dia y otro se esperó á Bonaparte, pero en vano, pues este tardó aun algunos meses en verificar su viaje, ¡y por cierto que cuando lo hizo fué en circunstancias harto lamentables!

Pero los sucesos de Aranjuez se adelantaron á cumplir en parte el público deseo, y el temor obligó á Cárlos, aunque reservándose la consabida protesta, á firmar la abdicacion.

Previendo el inminente conflicto dos dias antes de estallar el motin, el Príncipe de la Paz, conforme con el parecer del rey, habia solicitado el apoyo y consejo del gran duque de Berg, cuando aun no se sabia á punto fijo la marcha y direccion que seguian las tropas del cuñado de Napoleon, ni los designios que verdaderamente abrigaba.

El secretario de Estado Mayor, D. Pedro Velarde, que tan gloriosa muerte alcanzó despues en la tremenda lucha del 2 de Mayo, fué el encargado de salir al encuentro de Murat con la misiva de Godoy; pero las evasivas con que el caudillo francés se excusó de contestar, demuestran, ó que se estaba á la capa esperando los resultados de tales disiden-

cias ó que sus instrucciones privadas, cuando no su inspiracion propia, no coincidian con la conducta observada por el embajador Beauharnais.

Mas adelante daremos á conocer multitud de datos y documentos, bien dignos de ser conocidos.

CAPITULO II.

Entrada de el deseado en Madrid.

Singular contraste ofreció con la fria entrada del orgulloso Murat en Madrid, al frente de su brillante ejército, la del rey Fernando, verificada poco despues y sin otro séquito ni legiones de guerreros, que un inmenso pueblo cuyo amor á su soberano rayaba en el delirio.

«Pocos cuadros cuenta la historia,—dice á este propósito D. Miguel Agustin Príncipe,—de tan sincero y ardiente frenesí: pocos igualmente, ninguno tal vez,—añade el mismo historiador,—en que las esperanzas de un gran pueblo quedasen tan amargamente frustradas como aquellas lo fueron.»

Con efecto: no bien se tuvo noticia de su traslacion, la mayor parte del vecindario de Madrid, casí todo, y el de los pueblos del tránsito se agolpó á su carrera.

En la puerta y afueras de Atocha era el gentío tan inmenso, que á duras penas podria transitar ningun carruaje ni caballo.

El paseo del Prado y las calles de Alcalá y Mayor se hallaban igualmente obstruidas.

Era aquello un revuelto mar de cabezas risueñas, en donde sin escepcion se comprendian personas de todas las clases y condiciones, unidas por los vínculos del afecto que profesaban al jóven rey...

Pero en tanto éste no llega, acerquémonos á uno de los animados grupos que fuera de la puerta de Atocha esperaban afanosos.

Varios de nuestros personajes, nos son ya conocidos.

El tabernero de la calle del Humilladero, su mujer, el Maestro, María y otros dos ó tres sugetos que debian ser parroquianos del señor Colás, pues entre ellos se distinguia al animoso y entusiasta Epifáneo, en elogio de cuyo patriotismo hablan tan alto las amenazas en que prorrumpió la noche en que dá principio nuestra historia: hé aquí, á escepcion de un desconocido de quien hablaremos luego, el grupo que debe fijar muy especialmente la atencion de los lectores.

La jóven María, que más bien que sirviente, era para la señora Teresa y para su marido casi tanto como una hija, pues como á tal la trataban, aparecia en aquel momento radiante de hermosura, realzada más y más por la agitacion que cubria de vivo carmin las mejillas de su rostro moreno, dando á sus negros y grandes ojos ese brillo ardientemente apasionado que es el distintivo de nuestras bellezas meridionales.

La graciosa y rica mantilla de sarga, con sus anchos terciopelos, bajando de la parte posterior de su cabeza, venia á cruzarse con garbo sobre su turgente seno, formando una aureola especial, digámoslo así, alrededor de aquel rostro de

verdadero corte español, sobre que tambien sentaba el sencillo atavio de la niña.

Su breve talle parecia ceñir con exigente coquetismo, en sus blandas y flexibles ondulaciones, al bien cortado corpiño negro; tal vez porque, más rigoroso aun, no acababa de ceñir aquel dulce y seductor contraste de unas redondísimas caderas.

Al remate de su falda color grosella, trasparentaba las caladas medias una pierna, tan delicadamente torneada, que á no causar admiracion un lindo pié, holgado en el diminuto zapato de terciopelo negro, bastaria por sí sola á trastornar el sentido de los hombres más cuerdos.

En tanto las demás personas del corro hablaban indistintamente entre sí, abadonábase, nuestra bella niña á un dulce coloquio con un mancebo de buen porte, alto, ligeramente moreno y pálido, y cuyo cabello y naciente bigote eran tan negros como sus expresivos y rasgados ojos.

Al par que María clavaba en el suelo, en el momento en que sorprendemos su conversacion, sus tímidas pupilas, el mancebo, por el contrario, dejando vagar por sus lábios una picaresca sonrisa de satisfaccion, no cesaba de contemplar con avara pasion el semblante ruboroso de su compañera.

—Sí, María,—murmuraba en voz baja, pero con vehemente acentuacion,—temo que tú no me amas con la misma fé que yo te amo; porque sino...

—Concluya Vd.,—interrumpió la jóven con voz trémula y sin alzar sus ojos.

—Porque de lo contrario,—prosiguió el mancebo,—no hubieras pensado un solo momento en ese obstáculo ilusorio.

—Es que yo, D. Enrique, sé distinguir bien la condicion de cada cual; es acaso un defecto en mí, pero yo no puedo

corregirlo, ni es eso, á pesar de lo que Vd. dice, un obstáculo para que yo le quiera: en cuanto á quererle, no es una dueña de dominarse, y ya no tiene remedio.

—María, repito que deberia ponerlo en duda, por la sola razon que acabo de indicarte, sino estuviera seguro de la candidez de tu corazon.

—¡Qué falso es Vd.—repuso la jóven!—¡Y aun se atreve á hablar de este modo, cuando él y todo el mundo sabe!.. Vamos, mejor cuenta me tiene callar.

—Pues entonces, si me amas como dices y yo he creido hasta hoy, ¿por qué esos escrúpulos?

—Repito, D. Enrique, lo que á cualquiera persona de reflexion y juicio se le ocurriría: Vd. es un caballero...

—¿Y bien?..

—Y yo soy...

—Un ángel, ¡María!

—Soy... una pobre muchacha del pueblo, que para mayor desgracia suya, ni aun ha llegado á saber jamás á quiénes debe el sér.

—Y eso ¿qué me importa á mí?

—¡D. Enrique!...

—Sí, ¿qué importa eso para quien como yo no busca otra cosa que la belleza del alma? Eres hija del pueblo, es verdad, pero lejos de humillarte, querida mia, te enaltece tu misma condicion; tu honradez, tus virtudes y tu hermosura te hacen superior á la más encumbrada señora. ¿No tienes padres? Triste es para tí, hermosa niña, lamentar esa falta que acaso ¡quién sabe! cesarás de llorar algun dia. Pero entretanto yo te amo como un padre, más que un padre mil veces; y tú eres la luz de mis ojos, mi esperanza, mi felicidad, mi vida. Crée, María de mi corazon; si me ofrecieran ahora la mano de la más bella y poderosa reina, no

la tomaría á cambio de una sola de tus miradas, de la más ligera sonrisa de tu encantadora boca.

—¿De veras? preguntó María con acento cada vez más débil por la emocion.

—Y tanto, que no tardaré en probarte mi amor de modo que jamás puedas abrigar la más ligera duda.

—¿Y de qué modo?—volvió á preguntar la jóven con verdadero é ingénuo candor.

—¿De qué modo te lo probaré, ídolo mio?

La confusa niña no respondió, pero su rostro acababa de ponerse más encendido que la grana.

Este lenguage, harto más elocuente que las frases más escogidas, embriagó totalmente el corazon de D. Enrique, quien prosiguió tendiendo á la jóven su diestra.

—María: ¿quieres darme tu mano?

María obedeció, alargando su mano vacilante y temblorosa por la emocion.

—¡Mírame!—continuó su amante.

Alzó la niña los ojos, cuyo brillo empañaba la pasion, y los clavó en los del jóven.

Este contempló, á través de una nube de lágrimas que hicieron brotar el amor y el enternecimiento, las ardientes pupilas de la niña.

Despues la preguntó él con acento más apasionado, aunque ligeramente tembloroso:

—Dí, María: ¿creerás en el amor que un buen hijo profesa á su anciana y cariñosa madre?

—Sí;—respondió María.

—Y despues de lo que ya sabes, ¿puedes dudar un solo momento de mi adhesion y acendrado cariño á ese rey que ahora esperamos con júbilo y á quien adora todo el pueblo?

—No, D. Enrique; no puedo dudarlo.

—Pues bien: ¡por ese amor que tengo á mi noble y anciana madre, y en nombre del cariño que profeso á nuestro rey que vá á llegar, yo te juro, María, que habré dejado de existir para entonces, ó antes de finar el mes de julio seré tu esposo ante Dios y los hombres!

Tan vehemente, tan reconcentrada era la pasion con que el jóven pronunció las últimas frases de su juramento, que del pecho de María se exhaló un ligero grito de felicidad, grito que expresaba todo un mundo de sensacion y de esperanzas.

Nadie se apercibió entre los concurrentes del grito que se habia escapado á la dichosa niña, y ni aun la señora Teresa, que á la sazon charlaba por los codos con el Maestro sobre la hermosura que en el corazon y en el rostro ostentaba el nuevo rey, hizo alto en este particular: mas el tabernero, que aunque alternando en todas las coversaciones del corro, no perdia sin embargo una sola frase de las que en tono bajo proferia la enamorada pareja, en cuanto hubo escuchado el juramento hecho por D. Enrique se acercó á este, y casi arrebatándole una mano que estrechó entre las suyas con trasporte, exclamó mirando alternativamente á María y al mancebo:

—¡Bien! amigo mio. ¡Bien!—yo no quise hasta ahora mezclarme en este asunto, por tal de no cometer una indiscrecion; y porque además tenia pruebas de que era usted un jóven leal, todo un caballero.—Lo que acabo de oir me llegó al corazon... ¡Vamos!... Pero si esto no puede uno resistirlo con serenidad... ¡qué tontería!... á mis sesenta y un años cumplidos!

El tio Colás enjugó con el revés de su nervuda mano los ojos que se le llenaban de lágrimas, y D. Enrique, con-

movido igualmente, como tambien su amante lo estaba, dijo al anciano:

—Es natural esto, señor Nicolás, y no debe Vd. admirarse de ello.

—¡Pobrecilla!—continuó el tabernero: bien digna era de una suerte semejante, y por eso, aunque la dejaba ocuparse en algunas faenas, pues siempre es bueno que las gentes mozas trabajen, sin embargo, hacia lo posible porque su suerte fuese más llevadera. Pero desde hoy, en tanto no salga de mi casa, puierda Vd. cuidado, que aunque pobre y humilde que soy, me acostumbraré á tratar á María como la futura esposa de D. Enrique.

—Gracias, señor Nicolás; no necesitaba esta última prueba para asegurarme de su aprecio.

—¡Ah! en cuanto á eso... háce ya largo tiempo que lo atestigua mi corazon... Pero... con permiso de María... digo de *doña* María... Porque desde ahora ya no debo llamarte tú por tú como... Pero, ¡vamos, pierdo como hay Dios, el juicio... Escuche Vd. lo que quiero advertirle.

D. Enrique, sonriendo á la ingénua ocurrencia del viejo, se apartó con este á distancia de dos pasos. El tio Colás le dijo al oido:

—Ha de saber Vd. que muchas veces, y como dice el refran, donde ménos se espera salta la liebre.

—¿Qué quiere Vd. decir? preguntó el jóven sorprendido.

—Que bajo una mala capa, como dijo el otro...

—¿Qué?

—Que esa María que Vd. vé ahí, no es la María que todos creemos ó creen los demás...

—Pero si Vd. no se explica... No comprendo...

—Tengo que comunicar á Vd. una noticia sobre esta pobre criatura, que seguramente ha de alegrarle.

—¿Sobre María?

—Sí, sobre María: ya tenia yo ciertos antecedentes, pero hace un mes que sin decir nada ni á mi propia mujer, he adelantado mucho en cierto negocio...

—¿Podré saber...

—No es lugar este muy apropósito: luego hablaremos de esto, en mi... en su casa de Vd., ¿estamos?

Un repentino murmullo, seguido de una oscilacion producida por la multitud, vino de súbito á interrumpir á nuestros interlocutores.

A este murmullo y á esta oscilacon siguió el eco de lejanos clamoreos, y á las voces repetidas de trecho en trecho de *¡ya llega! ¡ya llega!* sucediéronse las carreras, los gritos de alegría y de emocion.

El rey acababa de llegar en aquel momento á las Delicias, y se detenia el tiempo necesario para montar á caballo y verificar así su entrada en la alborozada poblacion.

A pesar de la distancia, la nueva circuló por entre las apiñadas turbas con eléctrica celeridad.

Una brusca y fuerte oleada impelió á nuestros conocidos, desviándolos considerablemente de la puerta.

El Maestro, procurando reunir á la diseminada compañía, dijo á D. Enrique:

—¡Cáspita! Y luego nos quejamos de nuestra debilidad... Que nos eche por acá el gran duque sus ejércitos, y á buen seguro que sin otras armas que estos remolinos, les haremos perecer axfisiados.

—Inclusos aquellos pajarracos de mamelucos, añadió Epifáneo.

—Y la guardia Imperial, con sus caballos de postas, repuso otro de los circunstantes.

—Efectivamente,—dijo el amante de María poniendo coto á sus colegas que parecian dispuestos á apurar la materia:—sin duda alguna el pueblo de Madrid ha acudido en masa.

—Cuando le digo á Vd., D. Enrique,—interrumpió el tabernero alegremente,—que no llegarán hoy á media docena las familias que pongan puchero antes de las cinco de la tarde. ¿Tú no lo sentirás, María?—añadió dirigiéndose á la jóven.

—¡Yo! respondió esta,—por el contrario, me gusta comer de fiambre; aunque á decir verdad maldita la gana que tendré.

—¡Ah picaruela! te entiendo.

Y bajando más la voz, añadió:

—El amor es un gran alimento; y la satisfaccion de la esperanza el néctar que suelen beber con más gusto los enamorados. Yo, á la verdad no soy de ese parecer, hija mia; pero...

—¡Qué burlon es Vd., señor Colás! ¿Qué ha de decir Vd. á sus años: lo que Vd. ahora desea es descanso y...

—Y buen trago, hija mia, siquiera por aquello de que «tripas llevan piernas.» Sin embargo, allá en mis buenos abriles (q. D. h.), tambien me retozaba este travieso corazon, y por cierto que no fué mi pobre Teresa la primera por quien rebulló como las aspas de un molino de viento.

—Con que segun eso tambien Vd...

—¡Tá! ¡tá!... pues qué piensas, mocosuela, que yo fuí hecho de pedernal ó de cartulina... ¡Oh! en mis verdores no era de los chicos más desafortunados... Pero insensi-

blemente iba á contarte la historia de mis travesuras, cuando lo que á tí te interesa... más vale callarlo... no se entere algun envidioso... ¡Ah! se me olvidaba lo mejor: ¿tú no sabes que pienso darte una sorpresa?

—¿Buena ó mala? preguntó María buscando con los ojos á su amante, que en aquel momento parecia multiplicarse dando conversacion á la señora Teresa y á dos ó tres interlocutores que le tenian como cercado.

—¡Vaya una pregunta!—prosiguió el tabernero,—si fuera mala, no tengas cuidado que yo te dijese nunca «esta boca es mia.» Ya sabes que no soy amigo de dar disgustos á nadie, y mucho ménos á tí.

—Gracias, señor Colás, gracias; bien lo sé: pero ¿no me dirá qué sorpresa...

—Lo que es por ahora no puedo decirte nada, pues perderia todo el mérito.

—¿Es acaso un regalo?

—Aunque la boda está cercana ¿qué quieres tú que yo regale á la esposa de D. Enrique, si no es una buena voluntad, de que no puede tener la más leve duda?

—¿Pero tan secreto es?

—Vamos, soy un estúpido del diablo, y parece que ya he dado al olvido la poca paciencia con que los muchachos suelen resignarse á esperar... A su tiempo, y cuando yo tenga arreglado cierto negocio que me importa mucho para el caso, entonces pierde cuidado, te diré... Mas ¿qué gritos son esos?

—¡El rey, el rey! exclamaron casi á una voz.

Los demás circunstantes prorrumpieron en la misma exclamacion, y esta vez á las carreras y vocerío, se sucedieron las exclamaciones y los víctores más frenéticos.

Con efecto, el nuevo rey apareció entre la multitud so-

bre un brioso caballo, y con la cabeza descubierta.

Seguíanle á corta distancia los infantes D. Antonio y D. Cárlos, sin otra escolta que algunas gentes de su servidumbre.

El espectáculo que se ofrecia á la vista, y que se repitió durante las cinco horas que Fernando tardó en llegar á Palacio, era verdaderamente maravilloso.

Como decimos en otro lugar, pocos casos registra la historia de las naciones en que ningun rey haya sido objeto de un entusiasmo tan ardiente.

No se contentaba el pueblo con victorear y saludar al jóven monarca.

Todos los extremos de un cariño el más acendrado, todos los arrebatos de júbilo más conmovedor, se sucedian en el difícil tránsito de la pequeña comitiva.

Hombres, mujeres y niños se atropellaban por acercarse al afortunado monarca, para bendecirle y abrazarle, llegando al extremo muchas mujeres del pueblo de besar sus piés con lágrimas de enternecimiento en los ojos.

Tan extraordinario y cariñoso agasajo, ¿conmovió al rey, ó ídolo, de aquel magnánimo pueblo?

Al ver que se le recibia como á un nuevo Mesías, ¿hizo en aquellos momentos solemnes algun voto por corresponder al acendrado cariño que do quier le manifestaban?

Más tarde ese mismo pueblo, con grandes y heróicos sacrificios y consecuente en su fé, adquirió nuevos títulos á la gratitud del monarca.

La bruma de los siglos venideros no bastaría á borrar, ni á destruir hasta la memoria del mundo, aquella sangrienta lucha que al empezar en Madrid hizo arder á los demás pueblos en el santo amor de su pátria.



Hombres, mujeres y niños se atropellaban por acercarse al jóven monarca. .

España entera, al batallar por su independencia contra un enemigo formidable, devolvió á las sienes de Fernando una corona que su padre Cárlos, y aun él mismo, no vacilaron en abandonar al ambicioso usurpador.

Y volvemos á preguntar, ¿fueron recompensados, ni siquiera agradecidos los sacrificios del pueblo?

¡Ah! ¡la inflexible historia, que así nos dá á conocer las excelencias de los grandes hombres, como nos trae á la memoria la negra y cruel ingratitud, oprime nuestro corazon y detiene el curso de la indignada pluma!

CAPITULO III.

María.

El entusiasta recibimiento que el pueblo de Madrid hizo al rey, disgustó en un doble sentido al príncipe Murat.

Aquel hijo predilecto de la fortuna, que brotando del polvo de la revolucion francesa, salió de su oscuridad humilde para levantarse con las águilas del memorable Imperio; aquel ambicioso, que cubierto de honores y de títulos, tal vez soñaba delirante con el cetro de San Fernando, no pudo soportar serenamente la ovacion que tuvo lugar á los pocos dias de su llegada.

La identificacion del pueblo con el jóven príncipe, contrariaba, de un modo evidente, los negocios cuya oculta mision le estaba encomendada.

Confirmacion de esto eran los secretos manejos en que anduvo con el ex-rey Cárlos, su esposa María Luisa y la reina de Etruria.

Estaba escrito que la ambicion y las pasiones personales, habian de abreviar más y más los desastres que sobrevinieron al país.

Interesados vivamente Cárlos IV y la reina María Luisa en salvar al Príncipe de la Paz, que veinticuatro horas antes de la entrada de su mortal enemigo, el rey Fernando en la córte, fué encerrado herméticamente por órden del nuevo gobierno en el oratorio del castillo de Villaviciosa, se entregaron en brazos del gran duque de Berg.

No es dable publicar aquí todos los documentos que en este negocio se cruzaron, todas las súplicas, todas las humillaciones con que el débil Cárlos halagó el amor propio y las esperanzas del caudillo francés.

No parecia sino que el funesto valido, que durante el tiempo de su privanza habia explotado (1) en su bien la

---

(1) Hé aquí los títulos con que Godoy encabezaba los documentos oficiales:

«El Excelentísimo Señor Don Manuel Godoy y Alvarez de Faria, Rios, Sanchez, Zarzosa: Príncipe de la Paz; duque de Alcudia; señor del Soto de Roma y del Estado de Alcalá; grande de España de primera clase; regidor perpétuo de la Villa de Madrid y de las ciudades de Santiago, Cádiz, Málaga y Ecija, y Veinticuatro de la de Sevilla; caballero de la insigne órden del Toison de Oro; Gran cruz de la real y distinguida española de Cárlos III; comendador de Valencia del Ventoso, Rivera Acencha en la de Santiago; caballero gran cruz de la real Orden de Cristo y de la religion de San Juan; Consejero de Estado, primer Secretario de Estado y del Despacho; Secretario de la Reina; Superintendente general; de la Academia de las Nobles Artes, y de los reales gabinetes de Historia Natural, Jardin Botánico, Laboratorio Químico y Observatorio Astronómico, Gentil-hombre de Cámara con ejercicio; Capitan general de los reales Ejércitos; Inspector y Sargento mayor del real cuerpo de Guardias de Corps, etc.»

Como se vé, D. Manuel Godoy no habia malgastado el tiempo que duró su privanza.

debilidad de su protector, implicaba mayor interés que los asuntos de la nacion, cuya seguridad é independencia peligraban.

Desde la *protesta* memorable, hasta las pretensiones de la reina de Etruria sobre el Portugal, mezclada siempre en esto la suerte de D. Manuel Godoy, mantuvieron una larga y peligrosa inteligencia, por medio de su caudillo, entre la familia real de España y el emperador Napoleon.

Este, con falsas promesas, y acostumbrado á alterar con torrentes de metralla el mapa de las naciones, aparentaba interesarse muy particularmente en las desgracias de *su amigo* Cárlos, como recíprocamente se llamaban; y con tan eficaces auxiliares, no descuidando el invadir con sus ejércitos nuestro territorio, alargaba su mano á la corona que así disputaban el padre al hijo, y que, segun la historia, no habia sabido aquel sostener con la seguridad de que le desposeyó su ambicioso privado.

En tal sazon las cosas, y mientras el gran duque de Berg iba, un dia trás otro, quitándose la máscara de la amistad, tomaba incremento la desconfianza pública, de suyo recelosa y propensa á bien fundados temores.

Cinco dias despues del suceso á que nos referimos en el capítulo anterior, D. Enrique Utrera, el amante de María, que ya conocen nuestros lectores, conversaba en su casa de la Puerta del Sol con un personaje cuyo nombre, así en los sucesos á que se contrae nuestro libro, como en la tremenda lucha que sobrevino más tarde con el imperio, adquirió una importancia no comun.

Era el conde de M... uno de los instigadores más eficaces en el motin de Aranjuez.

Sentados ambos en dos sillones en el lujoso gabinete

de Enrique, significaba este al conde su hondo pesar por la entrega hecha á Murat el dia 31 del mes anterior, de la espada de Francisco I; que se conservaba en la Armería Real como un monumento que era de nuestras grandezas.

—¡Qué quiere Vd. hacerle!—respondió el de M... con tristeza,—los que rodean á Fernando, por cobardía ó por traicion, se esmeran en agasajar y complacer al general francés: añada Vd. á esa condescendencia ignominiosa la pompa con que la espada se condujo á casa de Murat, y vendremos á confesar, con vergüenza y mengua de nuestros abuelos, que la nacion que fué cuna de varones tan esforzados, es hoy una nacion sin dignidad, degenerada...

—No tanto, conde;—repuso Utrera,—el país en masa, nosotros mismos en particular, no podemos, ni podremos jamás ser responsables de lo que dos ó tres malos españoles hagan.

—Temo,—añadió el de M....,—que nuestro golpe de Aranjuez vá á ser estéril: todas las maquinaciones de Murat y del emperador se encaminan á un fin muy tenebroso.

—Nada ménos que el de sacar de España á los príncipes.

—Eso es justamente; y el dia 5 romperá la marcha el Infante D. Cárlos, acompañado del Duque de Hijar, de D. Pascual Vallejo y no sé qué otro: el pretesto es ver á Bonaparte en Búrgos, pero ya harán todo lo posible por internarse en territorio francés.

—Debia, conde, intentarse una manifestacion, y si esta no bastara, oponernos decididamente á ese peligroso viaje...

—¡Ay! amigo mio, este negocio no es tan fácil de realizar como el otro: á tal estado llegaron ya las cosas, y tanto es lo que en el ánimo de la familia real han ganado nuestros huéspedes, que cualquier intentona podrá salirnos cara.

—Y entonces, ¿dejaremos que las cosas adelanten por el camino que yá llevan?

—¿Y qué remedio? nosotros contábamos con la entereza de Fernando y el amor que el pueblo le profesa; pero la fatalidad puede más que nuestras esperanzas y nuestros esfuerzos; pues colocó á su lado un hombre que siempre ha inspirado mi desconfianza.

—¿De quién habla Vd.?

—Me refiero á Escoizquiz.

—Con efecto, es un ambicioso hipócrita, de cuyas maquinaciones y ascendiente sobre el rey debe temerse todo.

—Me basta,—continuó el de M...,—recordar la ingratitud conque pagó los servicios del Príncipe de la Paz, á quien, prescindiendo de lo odioso que me es semejante hombre, debió haber correspondido más honradamente.

—Ha sido nombrado consejero de estado por el rey.

—Pues desde aquel punto, ese hombre ambicioso y audaz ha cultivado de un modo peligroso la amistad del duque de Berg, y es, al lado de Fernando á quien engañará como engañó á Godoy, un instrumento útil á las miras de Bonaparte.

—Pero esto no puede pasar así conde; aun estamos á tiempo de conjurar los peligros de que cada dia se vá cargando más la atmósfera.

—Pues creo, amigo Utrera, que en la crítica situacion

á que esto ha llegado, en medio de tantas complicaciones y cuando todo se enmaraña, lo mejor del caso es atender á las consecuencias.

—¿Pero no teme Vd. á los infinitos males que ocasionarán al país esas consecuencias?

—Por lo mismo que las conozco bien, no seré yo quien las precipite: ¡demasiado pronto vendrán! Pero á lo que sí no renuncio y de lo que no debemos apartarnos nunca, es de mantener y atizar una justa desconfianza en el ya trabajado espíritu del público, á fin de que cualquier acontecimiento grave no le coja desprevenido.

Aquí llegaban de su confidencia nuestros interlocutores, cuando un criado anunció á D. Enrique la visita del tabernero de la calle del Humilladero.

El conde dijo presurosamente algunas palabras á su amigo, y se despidió de él.

En seguida Utreta hizo entrar al tio Colás.

—Buenos dias, señorito,—dijo el tabernero deteniéndose en el umbral de la puerta.

—Bien venido, señor Nicolás;—entre, y tome asiento.

—Sentiria haber venido en mala hora, D. Enrique.

—Usted llega siempre á tiempo,—respondió este,—pero siéntese, repito, para que así podamos hablar sosegadamente.

El tabernero ocupó el sillon que acababa de dejar el conde, y preguntó á D. Enrique.

—¿No es, si no me engaña la memoria, el conde de M... el que acaba de salir?...

—El mismo, señor Nicolás.

—Bien imaginaba yo que me lo encontraría.

—¿Por qué?

—Porque la cosa anda mal, y el señor conde no es

persona que pierda el tiempo. Mas... hablemos ante todo de lo que interesa.

—Hablemos, sí, pues desde el otro dia estoy preocupado con lo que Vd. me dijo, y deseo satisfacer mi curiosidad, tan natural cuando se trata de lo que más quiero en el mundo, despues de mi buena madre.

—¿Estamos solos?—preguntó el tio Colás, tendiendo una mirada en derredor.

—Enteramente solos,—respondió D. Enrique,—y así puede hablar descuidado.

El tabernero, que parecia sentirse bastante embarazado, tosió dos ó tres veces, se revolvió otras tantas en el sillon, y luego, comprendiendo que D. Enrique esperaba el final de aquellos preámbulos, exclamó como haciendo un esfuerzo:

—Pues señor D. Enrique, sabrá Vd. como María, esa pobre muchacha que se ha dignado querer por lo que en sí es y vale... no es lo que aparenta...

—Pues entonces... ¿quién es, ó qué es? preguntó el amante de María.

—A eso voy: pero es una historia larga, y necesito que Vd. se arme de paciencia para oirla.

—Ya escucho á Vd.

—Pues como iba diciendo, ha de saber Vd., señor don Enrique, y esto guarda mucha relacion con los hechos, que cuando yo me casé hace veinte años con mi Teresa, aunque pobres gentes como somos, deseábamos que Dios nos concediera... ya Vd. comprenderá: un heredero de los pocos trastos que á fuerza de remar ha podido uno irse adquiriendo...

—Deseo que considero muy natural,—interrumpió don Enrique.

—Ahí verá Vd., señorito; por esa parte, Dios no ha querido complacernos, y todos nuestros votos para el caso han salido frustrados. Como cuando se verificó nuestro matrimonio, así yo como mi Teresa éramos ya entrados en años, resultó que á los pocos más que anduvimos, empezamos á hacernos viejos; y nuestra soledad, por mucho que nos queríamos, se nos hacia en algunos momentos insoportable. Y ¿qué pensará Vd. ideamos cierta noche yo y mi Teresa despues del rosario.

Pues comenzó á escarabajearme acá en el magin una singular idea, la cual se fijó con tal tenacidad, que no pude por ménos que decirle á mi costilla:

—Teresa; se me ha ocurrido una cosa que si á tí te pareciese bien, aun podiamos, ya que lo que deseábamos no ha podido ser, hacer más llevadera nuestra vida.

Mi Teresa se quedó mirándome suspensa de mis palabras, y yo añadí:

—Nosotros estamos mal de este modo; nos vamos haciendo viejos, y necesitaremos bien pronto una muchacha que nos ayude á sobrellevar este tragin. He ideado un medio seguro de arreglar este negocio.

—¿Cuál?—me preguntó.—Veamos ese medio.

—Al torno de la Inclusa,—continué,—ván casi diariamente las malas madres ó las pobres,—que, sea dicho de paso, son siempre las ménos,—á depositar criaturas inocentes, condenadas á una horfandad dolorosa. Y bien, yo he pensado sobre esto hacer una cosa... ¿Me entiendes, Teresa?

—Colás, te comprendo;—me respondió mi mujer,—y pues sé á donde vás á parar, debo ahorrarte la mitad del camino, diciéndote desde luego que tu pensamiento me gusta, y que cuanto antes lo pongas en práctica.

Yo no pude por ménos que dar un estrecho abrazo á mi buena Teresa, y desde aquel instante no pensamos en otra cosa que en llevar á cabo nuestra resolucion.

A la siguiente noche,—vá á hacer de esto unos quince años,—me encaminé, envuelto en mi capa, á la *casa grande,* y agitando la campanilla que dá al locutorio de las madres, vinieron á abrirme y dije que queria ver á la superiora. Hiciéronme entrar á poco rato á la presencia de aquella señora, y despues de manifestarla mi manera de vivir y los posibles con que contábamos yo y mi mujer, la canté de plano la letanía, diciéndola en dos palabras que deseábamos prohijar alguna de aquellas huerfanitas. La superiora me escuchó con suma complacencia y agrado, y despues de una larga amonestacion en que me hacia ver toda la responsabilidad que yo me echaba encima, concluyó por conducirme ella misma á una gran sala en donde dormian, á pares, ó de tres en tres, sobre un centenar de criaturas, la mayor de las cuales no pasaría de los cuatro años. Luego que hubimos llegado, dijo la superiora volviéndose á mí:

—Para que el acto meritorio de Vd. no le dé lugar nunca al arrepentimiento, quiero que Vd. mismo á su eleccion designe la que mayor interés le inspire.—Dicho esto empezamos á recorrer una de las dos filas de camas que á ambos lados del salon habia, y me acuerdo como si fuese ahora, nos detuvimos en una donde dormitaban dos infelices niñas. ¿No adivina Vd. quién era una de ellas?—preguntó el tabernero á D. Enrique?

Este, visiblemente conmovido, respondió con un gesto afirmativo al tio Colás.

El tabernero prosiguió:

—La superiora me conoció en la cara que mi eleccion

estaba hecha, y como yo me habia provisto de una certificacion del párroco, no tan solo no hizo objecion ni me puso impedimento alguno, sino que á las claras conocí bien su satisfaccion. Cogí á la pobre criatura, que estaba profundamente dormida, y envolviéndola cuidadosamente en mi capa, salimos de aquel salon cuyo aspecto me traspasaba y afligia el alma.

La superiora me hizo entonces entrar en su celda, y despues de haber consignado un recibí en el libro de registro que me presentó al efecto, me dijo:

—Ahí le entrego esas contraseñas, por las cuales puede venir algun dia en conocimiento de quienes son los padres de esa niña: si llegára este caso y se pidiesen algunos informes á la comunidad, ya se tendrá cuidado de avisar á Vd.

Entregóme un pañal de fina batista, cuyas iniciales eran una E y una M, partidas casi por mitad, y una bolsita de seda verde con un papel dentro, y en el cual se hablaba de las probabilidades que habia de sacarla alguna vez de aquel establecimiento. Yo, á quien lo que mas interesaba en aquel momento, era la linda criatura, cogí maquinalmente los objetos que me alargaba la superiora, y me despedí de esta y de las otras madres, retozándome el cuerpo con el deseo de llegar á casa cuanto antes con mi precioso hallazgo.

Cuando le entregué á mi mujer la criatura, fué tanta la alegria que le causé, que no parecia sino que tantos besos como la prodigó en su carita de ángel se los daba á su propia hija.

Y verdaderamente, desde entonces ha sido para nosotros el objeto de todo nuestro cariño, el que sin duda merece y mucho más; pues hemos tenido la suerte de hacer

de ella una muchacha virtuosa y honrada, que es nuestra mayor recompensa y nuestro orgullo.

El tabernero hizo una pausa, durante la cual se llevó el pañuelo á los ojos, y luego preguntó á D. Enrique:

—¿Qué le parece á Vd. la historia de nuestra pobre María?

—Triste, muy triste; aunque desgraciadamente no es original, ni siquiera nueva,—respondió Utrera:—pero no por eso me hace adorar ménos á esa pobre niña, y antes por el contrario, me intereso más, si es posible, en cambiar su suerte, de modo que su felicidad sea tan grande como lo hubiera sido su infortunio, á no salvarla Vd. cual un ángel tutelar.

—Y Dios se lo recompensará á Vd., D. Enrique,—repuso el tabernero.—Pero falta ahora lo más interesante, y de lo cual no he dicho hasta hoy nada á mi propia mujer.

—Es verdad... me habia Vd. indicado...

—Precisamente, á eso voy á parar. Hace poco más de un mes que fuí llamado por la nueva superiora de la Inclusa. Ya ni aun me acordaba yo de que María hubiese pertenecido al establecimiento: tan acostumbrado vivia á tener como hija propia á mi hija adoptiva. Dirigime, pues, á la Inclusa, sin dar de ello parte á Teresa, y fuí conducido adonde la madre superiora me esperaba.

—¿Vd. es el que adoptó hace cosa de catorce años una criatura de este asilo, llamada María?—me preguntó.

—Si señora,—la respondí preocupado y temoroso de haber comprendido el objeto de aquella pregunta.

—Pues ha de saber Vd.,—añadió la religiosa,—que se tienen esperanzas de que su madre es una señora de buena posicion, y de que puede obligarse á esta madre á que reconozca su hija.

Yo me quedé atónito, D. Enrique, no acertaré á decir si de pesar ó de alegría; de pesar, porque tanto á mí como á mi buena Teresa nos costará gran dolor el separarnos de nuestra María; y de contento, porque al fin y al cabo, lo mejor que podíamos desear á la pobre muchacha era una buena suerte, en cambio de lo que nosotros, pobres y humildes gentes, la daríamos. La superiora añadió que el dia anterior habia estado con ella una antigua criada de la que se cree es madre de María, la misma criada que la depositó en el torno de la Inclusa diez y seis ó diez y siete años ha.

Yo, guardando siempre la misma reserva para con mi mujer, no descansé hasta avistarme con la susodicha criada, la cual, segun me indicó, acababa de abandonar la casa de su ama por no sé qué friolera de disputa ó riña.

Al llegar aquí de su relato el tabernero, le interrumpió D. Enrique.

—¿Y le manisfestó á Vd. la criada el nombre de su señora?—preguntó.

—Sí que me lo dijo, y no sin trabajo, porque segun yo presumo, lo que la redomada sirviente se propone es sacar partido de este negocio.

—Supongo que no tendrá Vd. recelo de confiarme, bajo palabra de honor, el nombre de esa señora. Yo guardaré el secreto hasta donde convenga; aunque á decir verdad, no considero á una criada el más reservado poseedor de un secreto semejante.

—Pues volvamos á nuestro cuento,—prosiguió el tabernero.—El pañal en que estaba envuelta María cuando la depositaron en el torno, tiene las iniciales E y M—Vd. que tanta gente principal conoce ¿no dá con el nombre de alguna señora cuyas iniciales sean E y M?

—No caigo en ello: ¡E y M!.. ¡E y M!...

Y D. Enrique se llevó la mano á la frente, como si quisiera recordar un nombre que conviniese con las iniciales que le habia dicho el tio Nicolás. Viendo éste que ningun nombre se le ocurria.

—La madre de María,—dijo,—es doña Eugenia Montenegro, que vive en la calle del Prado, núm. 45.

Utrera dió un salto sobre su asiento, y se quedó mirando con asombro al tabernero.

—¡La hija de D. Pablo de Montenegro! murmuró.

—Si señor, la misma;—afirmó el tabernero,—pero más asombrado quedará Vd. cuando le diga el nombre del padre de María.

—Diga Vd., dígamelo Vd. pronto

—Pues la pobre María es nada ménos que el fruto secreto de unos amores que la señorita de Montenegro tuvo con el conde de la Alianza, el mismo que murió bizarramente allá por los años 94, combatiendo al frente de su division contra los ejércitos de la República francesa.

Si produjo efecto en el ánimo de Utrera el primer nombre pronunciado por el tabernero, el del conde de la Alianza llenó la medida de su asombro.

El tio Colás le sacó de la meditacion en que habia caido preguntándole:

—Con que, segun eso, ¿conoce Vd. á esa señora?

—Sí, la conozco, respondió el jóven.—Mas ¿cómo esa madre desnaturalizada, no procuró en catorce ó quince años trascurridos, adquirir alguna noticia de la criatura que habia llevado en sus entrañas?

—Tocante á este punto, nada podria yo decirle, pues nada sé, ninguna explicacion he podido obtener dela cria-

da, ó lo que haya sido de dicha señora. Pero como dice el refran, por el hilo se saca el ovillo; y pues gracias á la Providencia, que siempre mira por los desgraciados, tiene Vd. tanto interés en esto como puede caber en su bello corazon, inútil es que nadie le recomiende ni hostigue. Yo no he querido por ahora, sin consultar con Vd., decir nada á la pobre María.

—Y ha hecho Vd. bien, señor Nicolás, porque ante todo debe averiguarse lo que haya de cierto en el relato de la criada. Y apropósito de esta ¿sabe Vd. las señas de su habitacion?

—Si señor; vive calle de Hita, número 6, tercero interior, y se llama Petra Ruiz.

D. Enrique tomó su cartera y apuntó las señas que el tabernero acababa de darle.

—Preciso es obrar con toda prudencia,—dijo.—Lo que la criada buscará en esto es dinero, y si es así, por esta parte podemos contarnos seguros.

—¿Piensa Vd. entenderse, segun eso, con la criada?

—Seguramente, y hoy mismo, acaso, trataré de sondearla.

—¿Y en cuánto á la señora que parece ser su madre?

—Ese es punto más delicado. Sin embargo, una vez adquirida la certeza de que María es su hija, ya encontraré medios de explorar y abordar en definitiva á esa señora. Afortunadamente, me unen á su familia vínculos muy antiguos de amistad, y por otra parte el amor de María me dá cierto derecho... En fin, señor Nicolás, queda á mi cuidado, y nada omitiré por conseguir el objeto que desde ahora me propongo.

—Tan seguro estoy de eso, D. Enrique, como de que he de morir. Pero diga Vd. ¿quiere que le haga entrega de

los objetos que conservo, el bolsillo y el pañal con las iniciales? Acaso podrá convenirle.

—Seguramente: ¿tiene Vd. ahí esas prendas?

—No señor, pero si Vd. quiere, dentro de media hora estarán en su poder.

—Muy bien, señor Nicolás; porque en su dia creo tendré necesidad de ellas.

—Pues voy á buscarlas...

—No, señor Nicolás, creo mejor el ir yo mismo á su casa. Espéreme Vd. allí.

—Entonces. D. Enrique, hasta luego.

—Adios, señor Nicolás.

Y estrechando la mano que D. Enrique le tendia, salió el tabernero rebosando júbilo, con la misma agilidad que si hubiese retrocedido en aquel momento á los veinticinco años de su vida.

Utrera quedó abismado en profundas reflexiones sobre lo que acababa de oir, y un cuarto de hora despues se habia vestido aceleradamente y se dirigió con la misma rapidéz á la calle de Humilladero.

CAPITULU IV.

Las preocupaciones de la mujer y el amor de madre.

Han trascurrido algunos dias desde la escena descrita en el capítulo anterior, pues que alcanzamos al 10 de abril, fecha histórica en los anales del pueblo madrileño.

Cualquiera de nuestros lectores que conozcan la historia de aquella época, recordará sin esfuerzo que en dicho dia emprendió Fernando VII su viaje á Búrgos, en cuya ciudad se prometia tener una entrevista con el emperador.

Igualmente son conocidos de todo el mundo los resultados de tan funesto vieje, al cual se habian opuesto con sus consejos algunos hombres afectos al jóven monarca, siendo manifiestos en el mismo sentido los temores del público.

El ayudante del emperador, el general de Savary, uno de los hombres más diestros entre los artificiosos cortesanos del Sena, como le llama Príncipe, habia venido á Madrid con el exclusivo objeto de decidir á Fernando á que verificára la consabida escursion.

Uno de los recursos á que apeló Savary, para ganarse la conformidad del rey, fué el de manifestarle las probabilidades que del viaje resultarian para el reconocimiento del príncipe por el emperador; pues conocida la inteligencia y buena amistad en que este aparentaba estar con Cárlos IV, la inquietud del hijo de aquel débil monarca no cesó un momento ante la indiferencia de que le hacia objeto el temible jefe de la Francia.

Sin embargo de que D. José Martinez de Hervas, que habia venido en compañía del general Savary, á quien sirvió de intérprete, manifestó lealmente á la nueva córte y al mismo Fernando el peligro á que se esponia si verificaba aquel viaje, la mayoría de los consejeros fué de opinion que tal marcha se verificára.

Uno de los que más contribuyeron á decidir al rey fué el célebre Escoizquiz, ese malhadado hombre que tan odioso papel desempeñó en la historia de aquella época, primeramente como ayo, y por último como consejero de Fernando VII.

Despúes de repetidas y largas deliberaciones, prevaleció la opinion del citado Escoizquiz, cuya ambicion excesivamente desmedida, ó cuya ineptitud como hombre político, hicieron que mostrára un declarado empeño, empeño casi entusiasta, en favorecer la mision del general Savary.

Casi no se explica como el rey, que tanta penetracion habia demostrado en ocasion de labrar la ruina del Príncipe de la Paz, pudo ampararse de un hombre como Escoizquiz, tan impertinente como osado.

Verificóse, pues, como decimos, el viaje de Fernando, y su ausencia fué un motivo de consternacion para las gentes, cuya zozobra iba creciendo de dia en dia, lle-

gando esta vez á su colmo, á pesar del decreto que se publicó para prevenir los efectos que tal paso causára en los ánimos (1).

En vano se habia esperado hasta entonces la tantas veces anunciada presencia de Napoleon en Madrid, especie que se hizo circular como válida, previniendo así taimadamente lo que tal entrevista debia ser por último, lo que en realidad era, lo que por desgracia de nuestros abuelos llegó á dar un horrible impulso á los desastres de la sangrienta campaña que poco despues se inauguró con la vida de un puñado de valientes.

---

(1) Hé aquí el decreto citado, cuya fecha es de aquel dia.

«El rey nuestro señor acaba de tener noticias fidedignas de que su íntimo amigo y augusto aliado el emperador de los franceses y rey de Italia se halla ya en Bayona con el objeto más grato, apreciable y lisonjero para S. M., como es el de pasar á estos reinos con ideas de la mayor satisfaccion de S. M. y de conocida utilidad y ventaja para sus amados vasallos; y siendo, como es, correspondiente á la estrechísima amistad que felizmente reina entre las dos coronas, y al muy alto carácter de S. M. I. y R. que S. M. pase á recibirle; cumplimentarle y darle las pruebas más sinceras, seguras y constantes de su ánimo y resolucion de mantener, renovar y estrechar la buena armonía, íntima amistad y ventajosa alianza que dichosamente ha habido y conviene que haya entre estos dos monarcas, ha resuelto S. M. salir prontamente á afectuarlo. Y como esta ausencia ha de ser por pocos dias, espera de la fidelidad y amor de sus amados vasallos; y singularmente de los de esta córte que tan repetidamente se lo han acreditado, que continuarán tranquilos, confiando y descansando en el notorio celo de sus ministros y tribunales, y principalmente en la junta de gobierno presidida por el serenísimo señor infante D. Antonio, que queda establecida; y que seguirán observando, como corresponde, la paz y buena armonía que hasta ahora han tenido con las tropas de S. M. I. y R., suministrándoles puntualmente todos los socorros y auxilios que necesitan para su subsistencia, hasta que vayan á los puntos que se han propuesto para el mayor bien y felicidad de ambas naciones, asegurando S. M. que

La pretendida excursion de Bonaparte á nuestra capital, tantas veces próxima, tantas veces aplazada, tuvo por solo objeto acostumbrar el oido del pueblo á la necesidad é importancia de la entrevista, y de tal modo se agotaron los recursos, cuando ya la incredulidad acerca de esto era manifestar que los encargados de justificar tantas dilaciones se valieron muchas veces de ridículos artificios.

En una de las ocasiones en que mas confiadamente se esperaba á Napoleon, se habian erigido arcos triunfales y se adornaron brillantemente los salones del Retiro para las fiestas y saraos que deberian tener lugar en celebridad de tan notable acontecimiento. Pero el emperador no se movió de París.

En cambio, refiere el ya citado historiador Príncipe, habia venido de aquella capital un aposentador francés, estudiosamente enviado para acabar de fascinar é la nueva córte, y este presidia y ordenaba tan absurdos preparativos. En defecto de aviso oficial que indicase la proximidad del Mesías, habian llegado tambien *su sombrero* y *sus botas* enseñándose al pueblo estos objetos *cual si fuesen reliquias*, y como testimonio inequívoco de ser cierto el rumor esparcido.

Nada puede darse más ridículo que esto, pero tambien, nunca como en esta ocasion fué cara á España la imbecilidad de los consejeros de Fernando.

Este, como dejamos dicho, salió por fin el dia 10 para Búrgos, adonde á su vez debia presentarse el emperador,

---

no hay recelo alguno de que se turbe ni altere dicha tranquilidad, buena armonía y ventajosa alianza; antes más bien, S. M. se halla muy satisfecho de que cada dia se consolidará más. Tendreíslo entendido, etc.»

(Historia de la guerra de la Independencia, por Príncipe.)

quien excusó todo el enredo de que el pueblo habia sido víctima, pretestando las graves atenciones que le ocasionaban sus negocios.

El viaje de Fernando causó, pues, una profunda agitacion en los ánimos, agitacion por cierto fundada en circunstancias verdaderamente alarmantes.

Pero acerca de este punto dejemos hablar al señor Príncipe.

«La ceguedad de los Fernandistas,—dice,—contrasta»ba notablemente con los recelos y la desconfianza que el »pueblo poco á poco habia comenzado á mostrar. El vulgo, »sin más guia que su instinto, apreciaba el estado de las »cosas mejor que sus gobernantes; y al observar el retrai»miento del embajador francés, y el importuno alarde que el »gran duque de Berg hacia de sus fuerzas en una pobla»cion inofensiva y que tan cordialmente le habia recibido, »no acertaba á conciliar en su mente la á veces indiferen»te y á veces arrogante conducta de los recienvenidos con »las esperanzas de amistad y de apoyo que su llegada ha»bia hecho en un principio concebir. Cuando la entrada de »Fernando en Madrid, no habia Murat desdeñado que una »parte de sus tropas maniobrase en la carrera, cual si qui»siese manifestar á los españoles la necesidad que tenia »de recordarles que allí estaba él. Poco satisfecho despues »con el alojamiento que se le habia destinado en el Retiro, »determinó por sí, y sin contar con las autoridades, tras»ladarse, como lo hizo, á la morada del Príncipe de la Paz; »disponiendo tambien que una parte de los suyos ocupase »la casa de Campo, *donde colocó baterías que miraban á la po»blacion.* Despertada la suspicacia de las gentes, con estos »y otros rasgos igualmente significativos, convirtióse la »anterior confianza en una prevencion tanto más desfavo-

»rable, cuanto más contribuia á afirmarla el recuerdo de »los inícuos ardides con que los franceses se habian apode- »rado de nuestras plazas fronterizas, ardides que la imagi- »nacion habia pintado antes con los más halagüeños colo- »res, y ahora representaba el recelo bajo el punto de vista »más lúgubre. El aparato marcial de los vencedores de »Austerlitz y de Jena, puesto en contraste con el aspecto »que ofrecia una poblacion indefensa y de la cual habia »mandado el nuevo gobierno *retirar la guarnicion española*, »era mirado por el vulgo como señal de malísimo agüero; »señal que por otra parte humillaba su orgullo más de lo »que la altivez española podia apaciblemente sufrir.»

En otro lugar añade el mismo escritor:

«Las riñas y disputas entre los paisanos y los imperia- »les sucedieron bien pronto á la cordialidad del recibimien- »to que á estos acababa de hacerse; la nube comenzaba á »cargarse: y en vez de conjurarla Murat, la hacia cada dia »más densa.

De aquí puede inferir el lector el estado en que dejaría los ánimos el viaje del rey, *tan próximo á la frontera*, verificado el 10 de abril 1808. Y por otra parte, ya hemos dicho: la correspondencia, por demás activa, que Cárlos IV, María Luisa y la reina de Etruria, hermana de Fernando, sostenian en contra de éste con Murat, acusándole y recriminándole de un modo peligrosísimo: Cárlos IV para recuperar su trono, María Luisa (1) para salvar al Príncipe de

(1) El 10 de abril, el mismo dia en que Fernando verificaba su malhadado viaje, dirigía la reina María Luisa la siguiente carta á Murat.

«*La carta que V. A. nos ha escrito, y que hemos recibido hoy muy temprano, me ha tranquilizado. Nosotros estamos* puestos en las manos *del emperador y de V. A. No debemos temer nada el rey nuestro comun amigo y yo.*

la Paz, y la reina de Etruria porque la devolvieran sus estados, ó compensáran su pérdida cediéndola una parte del Portugal: todo esto que habia llegado, aunque confusamente, á traslucirse, acabó de condensar las tormentosas nubes de que aparecia cargada la atmósfera.

Escoiquiz, entretanto, habia atizado en el corazon de su antíguo discípulo la esperanza que este habia abrigado de que Napoleon le concediese para *esposa una princesa de la familia imperial.*

Necesitaríamos mayor espacio del que disponemos para consignar aquí las mil simplezas y no ménos perfidias que hicieron al rey verificar su expedicion; pero demostrado ya este particular, aunque sucintamente, y vista la consterna-

---

Lo esperamos todo del emperador, que decidirá pronto nuestra suerte.» No ménos notable esta otra que el 1.° de dicho mes dirigía María Luisa al mismo general francés:

«Si el gran duque no tiene la bondad y humanidad de hacer que el emperador MANDE PRONTAMENTE hacer suspender el curso de la causa del pobre Príncipe de la Paz, *amigo del mismo gran duque y del emperador de los franceses y* del rey y mio, van sus enemigos *á hacerle cortar la cabeza en público* y despues A MÍ, pues lo desean tambien.»

Respecto á las recriminaciones con que reprochaba á su hijo Fernando, decia en una de sus cartas al mismo gran duque aquella delirante reina:

«Mi hijo no sabe nada de lo que tratamos, y conviene que ignore nuestros pasos. *Su carácter es falso: nada le afecta: es insensible y nada inclinado á la clemencia. Está dirigido por hombres malos, y hará todo por la ambicion que le domina: promete, pero no siempre cumple sus promesas... Mi hijo no quiere al gran duque ni al emperador*, sino solo al despotismo.

En otra de la misma fecha decia:

«Tiene muy mal corazon, su carácter es cruel: *jamás ha tenido amor á su padre ni á mí: sus consejeros son sanguinarios: no se complacen sino en hacer desdichados*, sin esceptuar al padre ni á la madre.»

El lector apreciará las recomendaciones que acompañaban á Fernando en su viaje.

cion de que fué presa el pueblo de Madrid con semejante desatentada *entrevista,* que más tarde habia de dar por resultado la prision de Fernando VII, la de toda la familia reinante, y la coronacion, por último, del intruso José, nos concretaremos por ahora á proseguir en el enlace de nuestro drama.

Sobre las cuatro de la tarde del expresado dia, y en el elegante salon de la casa núm. 45 de la calle del Prado, una señora de hermoso aspecto, que frisaría en los treinta y cinco á treinta y seis años, despedíase con cierta especie de amartelamiento, que bien podria llamarse amor, de un caballero cuya edad guardaba equivalencia ó proporcion con la que representaba dicha señora.

—Espero, baron, que no faltarás esta noche.

—A la nueve en punto me tendrás á tus piés, querida mia, y de acuerdo con tu padre arreglaremos definitivamente los tramites necesarios.

Estas fueron las últimas palabras que se cruzaron nuestros personajes al despedirse.

El caballero imprimió dos besos en la frente de aquella señora.

La señora, por su parte, los recibió con no ménos pasion del caballero.

Nuestros lectores no necesitarán que les expliquemos lo que este cuadro expresaba.

El caballero que se despedia tan apasionadamente, llamábase el baron del Pino.

En cuanto al nombre de la señora, ya en el capítulo anterior hicimos referencia de doña Eugenia de Montenegro.

Algunos minutos habian trascurrido desde que el baron del Pino habia abandonado el salon, cuando un campani-

llazo, primero, y despues la doncella de doña Eugenia, anunció á esta una nueva visita.

La señora dió órden para que pasára la persona anunciada.

D. Enrique Utrera, el amante de María, apareció entonces, saludando cordial y familiarmente.

Despues de los prolijos cumplimientos y protestas y genuflexiones que hacian tan penosa la recargada etiqueta de nuestros abuelos, y habiendo ambos tomado asiento en un lindo confidente,

—Creo, amigo Enrique,—dijo la señora,—que han trascurido por lo ménos veinte dias desde nuestra última entrevista.

—Escúseme Vd. Eugenia,—respondió Utrera,—pues han sido necesarias todas mis ocupaciones durante ese tiempo, para verme privado de este honor.

—Gracias, Enrique, por la galantería; pero debo decirle en obsequio de la verdad, que no me son desconocidos por completo los asuntos que le han alejado tanto tiempo de está su casa.

—¿De veras, Eugenia?

—Y tanto, que hasta sé que Vd. participa de la alarma que el vulgo tiene con la presencia en Madrid de las tropas francesas; y deploro, mi querido amigo, que por esta vez ande tan descarriada su opinion.

Utrera miró sorprendido á su amiga, y repuso:

—No pretenderé que Vd. me revele el conducto por donde ha adquirido estos informes, Eugenia, sobre todo en materia que no procuro disfrazar, cual es mi profundo disgusto por la ocupacion de los soldados extranjeros; pero lo que sí extraño, es que Vd. deplore en mí un recelo, más bien certeza, de lo que debe temer todo buen español.

—¡Bueno!—exclamó Eugenia riéndose.—Veo con harto dolor que Vd. se ha contagiado. ¿Tambien Vd. es de los que ven un huésped en cada dedo?

—Amiga mia,—respondió Utrera con una seriedad que cortó la risa en los labios de su interlocutora,—lo que yo veo no son huéspedes, ni fantasmas; lo que mi sano criteterio me hace ver bien á pesar mio, son tristes, muy tristes, realidades. Veo lo que al recordar ahora me estremece: las primeras plazas de España se hallan ocupadas militarmente por los ejércitos del guerrero del siglo, del terrible Napoleon Bonaparte; la capital de la monarquía, sin soldados, ahora sin rey, sin gobierno que inspire confianza, está á merced de lo que quiera hacer el general Murat con sus 30,000 ó 40,000 hombres armados...

—Y bien, su mision en Madrid, sobre ser pacífica, redundará en bien del país y del rey: ¿tiene Vd. prueba alguna contraria?

—Eugenia: más que probabilidades, tengo la evidencia de los conflictos que se preparan, y que una vez desencadenados, tan solo Dios sabe hasta donde arrancarán lágrimas al país.

—¡Bah! cada vez me convenzo más, Enrique, de que está á Vd. obcecado; crea Vd. á una buena amiga que le quiere bien: cuando los españoles tratamos de ciertas cosas, de nuestro mal entendido amor pátrio, adolecemos de un orgullo que se acerca mucho al quijotismo.

—Suplico á Vd. Eugenia, que variemos de asunto; siento esta vez la poca conformidad de nuestras opiniones; sin embargo, deseo con toda mi alma que el tiempo y los hechos no desmientan á Vd. nunca.

Enrique guardó silencio algunos momentos, al cabo de los cuales reanudó Eugenia la conversacion diciendo:

—Amigo mio, si hubiera Vd. prolongado su ausencia unos dias más, tendria la satisfaccion de darle una sorpresa.

—¿Agradable? preguntó Utrera.

—¡Eh! ciertamente. En los primeros dias de Mayo se verificará mi enlace con el baron del Pino.

Enrique dió un salto sobre su asiento, y se quedó mirando con asombro á su amiga.

—¿Se extraña Vd., Enrique? preguntó esta, no acertando á comprender el asombro del jóven el cual volviendo en sí, respondió.

—Nó; no es asombro el mio, pero...

—Qué... le parezco á Vd. vieja ó demasiado fea, para pensar en el matrimonio?

—De ningun modo, amiga mia; pero lo que Vd. acaba de participarme, se opone y contraría de un modo fatal cierto negocio que deseaba esplanar en este momento.

—¿Algun negocio de la misma índole que el que yo acabo de participarle? No me llame Vd. presuntuosa, Enrique; pero pues conoce mi franqueza, con ella debo decirle, que en nosotras las mujeres viene á ser una debilidad capital creer que todos los hombres nos quieren, y que si de algun negocio nos hablan formalmente, no puede ser este nunca otro que cuestion de amor, ó de matrimonio. Esta vez, sin embargo, estaba muy lejos de pensar en semejante cosa; pero como Vd. se ha sorprendido con la noticia de mi enlace, y luego me habla con tanta seriedad de *cierto asunto*...—Vamos, Enrique, perdone Vd. si le disgusto con mi ligereza; ya vé Vd. que tambien me pongo séria, y por tanto estoy dispuesta á escucharle con la mayor seriedad del mundo.

El tono voluble en que Eugenia se expresaba, debió contrariar en sumo grado á Utrera; pero viendo Eugenia que

su silencio y su indecision se prolongaban algo más de lo que las reglas del buen tono permitian, preguntó á su amigo:

—¿He disgustado á Vd., por desgracia?—

Utrera salió de su embarazo haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo, y respondió:

—De ningun modo, Eugenia; pero tan delicado es lo que debo decir á Vd., que por una parte la noticia de su próximo enlace con el baron, y por otra el respetuoso cariño que á Vd. profeso, dificultan grandemente mi posicion...

—Explíquese Vd., Utrera.

—Eso queria, mas para hacerlo, para entrar en tan difícil terreno, seria necesaria toda la indulgencia de Vd.

—¿De qué se trata pues?

—De una cosa que muy bien puede ser falsa, pero que de cualquier modo expone á graves murmuraciones el respetable y buen nombre de Vd...

—Ignoro completamente de qué se trata; pero desde luego autorizo á Vd., á que hable con entera libertad... Estoy muy persuadida de la galantería y de la caballerosidad que á Vd., adornan: es Vd. uno de mis mejores amigos, como lo es su señora madre: así, pues, segura de que no podrá decir cosa que me ofenda, escucho á Vd. con atencion.

Enrique vaciló un momento, pero al fin dirigió á su amiga la siguiente pregunta:

—Eugenia ¿conoció Vd., acaso antes de que falleciese en la guerra, al conde de Alianza?

Un vivo carmin bañó el rostro de Eugenia, y en sus ojos aparecieron tan marcadas señales de turbacion, que nuestro jóven no pudo por ménos que mirar sorprendido á la futura esposa del baron del Pino.

Esta, con voz balbuciente y entrecortada, respondió:

—Sí... he conocido hace años á ese conde... mas no com-

prendo... ignoro qué relacion pueda esto tener con el asunto á que Vd. se ha referido.

La turbacion de Eugenia pareció borrar toda perplegidad en el ánimo de Enrique, el cual, con escudriñadores ojos, tal y tan fijamente miraba á su amiga, que se hubiera creido procuraba leer en el fondo de su corazon.

Parecia como que el resultado de su pregunta, grabado en el semblante descompuesto de aquella mujer, antes tan serena, le habia dado un profundo convencimiento sobre lo que se proponia sondear, si se nos permite anticipar la frase.

Así es únicamente cómo se explican las siguientes palabras que Eugenia escuchó con cierta especie de terror; bien que el carácter de nuestro jóven era ingénuo hasta la llaneza, cualquiera que fuese el asunto y la persona con la cual tuviese que medir sus razones.

—Aunque jóven,—dijo,—conozco los estravios á que la pasion nos conduce algunas veces; y si bien nada puedo sospechar que tenga visos de prueba, y aun si Vd. quiere diré de fundamento, sin embargo, ciertas revelaciones, ciertas faltas que estas revelaciones dan á conocer, deben llamar muy seriamente la atencion del hombre que es honrado y tiene sentimientos de caridad y religion.

—¡Caballero!...—no sé á donde quiere Vd. ir á parar!... su lenguaje de Vd. es incomprensible!... exclamó con altivez marcadamente forzada Eugenia.

Su agitacion creciente, sin embargo, estaba en contradiccion con sus palabras.

Utrera, que acaso no perdia de vista esta circunstancia, pareció asegurarse más y más en el papel que se proponia desempeñar.

—Serénese Vd., Eugenia,—continuó,—y dígnese escuchar lo que voy á decirla...

La futura baronesa del Pino interrumpió al jóven.

—Utrera,—dijo,—no sé de qué se trata, ni el valor que encierran las palabras de Vd. A pesar de esto, siento viva curiosidad por conocer ese asunto de que Vd. quiere hablarme; pero si he de continuar escuchando á Vd., le ruego prescinda de ese modo equívoco de expresarse.

—Antes de llegar á mi objeto,—prosiguió Enrique,—preciso es que cuente á Vd. una historia: ¿me promete usted no interrumpirla hasta el fin?

—Siempre que no me vea precisada á reprender á usted segunda vez su lenguaje...

—En cuanto á eso puedo asegurarlo, señora: es una exposicion sencilla, una historia en que yo desempeño mi papel... y que por interesarme demasiado, me obliga á mortificar...

—Ya escucho á Vd. Enrique.

—No tengo por costumbre lisonjear mis propios hechos, ni virtudes que considero deberes en todo hombre honrado, Eugenia; pero si algo bueno hay en el fondo de mi corazon, es el interés que siempre me inspira la desgracia, sobre todo cuando esta aflige á criaturas dignas, á séres que por sí mismos se recomiendan... Poco más de un año hace, señora, que conocí á una jóven de humilde condicion, pues vive en una taberna de la calle del Humilladero, jóven cuya hermosura peregrina y cuyas no comunes prendas de honradez y de virtud fijaron primeramente mi atencion, y mas tarde debian inspirar en mí otro sentimiento más tierno, más profundo.

Enrique hizo aquí una pausa, y Eugenia dijo casi maquinalmente:

—Me constan los buenos sentimientos de V., y no dudo que se habrá propuesto labrar la felicidad de esa humilde jóven, segun Vd. mismo se expresa.

—Ciertamente,—prosiguió Utrera,—pero de esto hablaremos á su tiempo. Decia, pues, que esa jóven me habia interesado en cierto sentido, y mucho más aun, si cabe, desde cuando por los que la sirven de padres, llegué á saber que la pobre niña era una expósita, extraida por aquellas buenas gentes, catorce años há, de la Inclusa de esta córte.

Volvió Enrique á hacer una pausa breve, durante la cual contempló el rostro visiblemente alterado de su interlocutora, y luego continuó:

—Sin embargo, ignoraba lo que dias pasados se me reveló á cerca de su nacimiento. Es curioso, triste y horrible á la vez. Figúrese Vd., señora, que esta niña, que hoy contará unos diez y siete años próximamente, fué expuesta en el torno del establecimiento, sin duda por imprevision, envuelta en un pañal de batista: no podré decir si por perfidia ó cálculo de la que se encargó de conducir á la criatura, dicho pañal tenia precisamente dos iniciales, y estas aparecian cortadas por medio, sin duda para que el pedazo que faltaba sirviera alguna vez de contraseña... Tambien acompañaba á la criatura un bolsillo de seda color verde, con otras dos iniciales. Dentro del bolsillo se encerraba un papel, y este papel contenia dos renglones en que se hablaba de la posibilidad de que su madre se condoliera alguna vez de la pobre niña.

La alteracion creciente de Eugenia era para inspirar inquietud á otro que no fuese tan implacable como Utrera. Este, que al paso que la confusion de aquella mujer se

aumentaba en su corazon y en su rostro, cobraba mayor serenidad, más aplomo.

—Es fácil,—añadió,—que la madre abrigára entonces la intencion de recuperar á su hija: tal vez ciertas consideraciones, acaso la necesidad de ocultar el fruto de unos amores clandestinos: hé aquí, sobre poco más ó ménos, lo que habrá torcido en aquella mujer, aunque por tiempo limitado, los afectos maternales que debió sentir al desprenderse del fruto de sus entrañas... Pero circunstancias imprevistas debieron hacerla variar de propósito, influyendo mucho en la suerte de la desgraciada criatura; pues en catorce ó quince años trascurridos desde la prohijacion hecha por el tabernero, nadie, á escepcion de la misma mujer que se encargó de depositarla en el *torno fatal,* se apresuró á tomar un solo informe. La niña vive, sin embargo; y esa niña tan desgraciada como virtuosa, tan contrariada y maltratada como es interesante y bella, esa niña digna del amor de la gente más honrada, más alta, Dios ha querido destinarla para esposa mia. ¿Qué opina Vd. sobre esto, amiga Eugenia?

Esta, que despues de poderosos esfuerzos habia conseguido recobrarse y dominar su emocion, respondió á Enrique:

—La historia de esa niña me ha conmovido, Utrera: y si bajo este concepto y el de consultarme la determinacion de Vd., ha querido darme una prueba de su buena amistad dirigiéndose á mí, yo no podré por ménos que complacerle y servirle en cuanto pueda.

—No es eso lo que yo quiero, Eugenia; voy más allá en este punto. Lo que yo deseo, lo que yo me prometo de Vd. en favor de esa niña, es algo más que un interés comun, que se concede en el mundo á todo el que es desgraciado.

—Utrera, ó yo no tengo esta vez la razon tan clara como de ordinario, ó no se explica Vd. bien: ¿qué es lo que Vd. desea de mí en favor de esa jóven?

—Voy á concluir, Eugenia,—repuso Utrera con visos de indignacion y de impaciencia.—¿Quiére Vd. que la diga las iniciales que vienen á constituir aquí el cuerpo del delito? Porque tal puedo llamar, señora, la conducta de una tan desnaturalizada madre!... ¿Quiére Vd. que las diga?... Pues eran... óigalo Vd. bien; eran una E y una M...

La futura baronesa del Pino se levantó bruscamente de su asiento, y dijo á Utrera con sequedad:

—Creo comprender sus intenciones, señor de Utrera, y no sé como he podido tolerar hasta tal punto una conversacion tan equívoca, por no calificarla de otro modo. Caballero, hemos hablado demasiado; siento necesidad de retirarme; y espero tendrá Vd. la galantería de no proseguir por más tiempo en esta ridícula comedia.

Así diciendo indicó al amante de María con un ademan de resolucion la puerta de aquella estancia.

Enrique se habia levantado, pero dando claras muestras de que la actitud de aquella mujer no le desconcertaba, exclamó:

—La comedia, señora, es Vd. quien la está representando; pero esto mismo me convence de lo que aun osaba yo poner en duda...

—¡Caballero!...

—Señora... un momento más. La ciega confianza suele engañarnos en algunas ocasiones: cuando más oculto creemos un secreto, suele acontecer que sale con la mayor facilidad al público. Pues bien: su criada de Vd., Petra Ruiz, me lo ha revelado todo: los amores de Vd. y el general conde de la Alianza, muerto denodadamente hace

quince años en la guerra contra los ejércitos de la República; el modo cómo, cuando Vd. quedaba en cinta, concertaron su enlace para el dia en que regresara el general, quien así mismo dejó á Vd. un documento por el cual, caso de sobrevenirle la muerte á que se exponia en la guerra, podria en cualquier circunstancia darse su nombre á la criatura que habia de nacer. Conozco así mismo todos los inconvenientes conque ha tenido Vd. que luchar para ocultar á su anciano padre su situacion: entonces esto se justificaba en cierto modo, aunque lo de la Inclusa, señora, es harto desconsolador...

Al llegar aqui Utrera, la presunta baronesa del Pino, con el rostro encendido por la ira y la mirada centellante, exclamó en el colmo del despecho:

—Basta ya de groserías, señor Utrera; está Vd. en mi casa, en una casa respetable, y no puedo continuar tolerando esta locura de mal género... Así, ó sale Vd. al momento, ó me veré precisada á mandar que le arrojen mis criados.

Utrera tomó su sombrero resueltamente, y clavando en aquella mujer inmutada por la cólera y el amor propio ofendido una mirada amenazadora y fija,

—Me retiro,—dijo,—más aun cuando no pueda conseguir de su endurecido corazon un sentimiento ni siquiera humano hácia el ángel que le debe con el sér diez y siete años de desgracia, pongo á Dios por testigo de que estoy dispuesto á impedir, por todos los medios imaginables, su enlace con el baron.

Eugenia prorrumpió con una carcajada que parecia ser un reto.

Utrera ni siquiera por despreciar á la que momentos antes era su amiga, quiso sonreirse, pero su última mira-

da, al abandonar el salon, parecia querer anonadar á Eugenia con todo el enorme peso de su reprobacion y de su castigo.

Apenas aquella mujer que por un momento creyó ser dueña de sí misma, hubo quedado sola, dejóse caer en un sillon como desplomada, murmurando entre sollozos:

—¡Dios mio! ¡Dios mio!.. Este hombre tiene razon: esa pobre criatura es mi hija... sí, mi hija, la hija de mis entrañas... y yo no podré nunca... ¡Qué horror, Dios mio!

Y se cubrió el rostro con las manos, como si quisiera apartar de su vista una vision.

El Dios á quien invocaba, debió comprender solamente el verdadero sentido de este monólogo, de estas singulares palabras, de que tal vez ella misma no pudo darse cuenta en el momento de pronunciarlas sus temblorosos lábios.

CAPITULO V.

La arrogancia del francés y la altivéz española.

Casi á la misma hora en que Utrera se despedia indignado por la perfidia de aquella madre sin corazon, tenia lugar, en un café de la carrera de San Gerónimo la escena que vamos á describir.

Alrededor de una mesa bebian, jugaban y charlaban á la vez como unos diez ó doce oficiales del ejército imperial.

En otra inmediata, un grupo heterogéneo de hombres que pertenecian á distintas clases de la sociedad, permanecian abismados ante su bien repleto voll de ponche, cuya cárdena luz realzaba en sus rostros cierto marcado y sombrío tinte de inquietud y de pesadumbre.

Componíase este grupo de dos militares, un oficial de artillería, otro voluntario del Estado, y cinco paisanos que por su traje y maneras denotaba pertenecer á la clase me-

dia de la sociedad española. Una octava persona completaba aquel cuadro en algun modo siniestro.

Este último personaje, aunque de honradez acrisolada y nobles sentimientos, distaba en condicion de sus compañeros de mesa.

Nuestros lectores le conocen ya: porque por primera vez lo hemos presentado en la taberna de la calle del Humilladero, bajo el mote de el *Maestro*.

Ocupaban las mesas restantes del establecimiento, distribuidas en más ó ménos numerosos grupos, como otros veinte ó treinta hombres, que se distraian aquí y allí bebiendo, hablando ó jugando segun á cada cual acomodaba mejor.

Era por demás notable el contraste que formaban con la mesa donde los oficiales franceses jugaban y bebian alegremente las otras mesas ocupadas en su totalidad por españoles.

Mientras los bulliciosos soldados del imperio prorrumpían á cada paso en risas, juramentos y exclamaciones de todos los gustos y en variados tonos, los españoles que estaban alrededor de los dos oficiales de nuestro ejército aparecian tan preocupados y abstraidos, que en otro lugar que aquel con algun fundamento se diría estaban presidiendo un duelo.

Mirábanse unos á otros con particular expresion de vez en cuando, no sin hacerlo de reojo hácia los extranjeros...

El ponche únicamente era el que más fijaba la atencion de todos; viniendo á constituir, por decirlo así, el pretesto de aquel mutismo prolongado.

El oficial de voluntarios del Estado, fué el primero en romper el silencio. Paseó, como si despertara de un profundo sueño, una mirada por todo el círculo, y arrancando

de su corazon una carcajada harto violenta para que un curioso observador dejase de comprender que no era natural.

—¡Bravo!.....—exclamó,—bravísimo! compañeros: no parece sino que en lugar del refrigerante y adorable ponche, tenemos ante nosotros la perspectiva aterradora de un cadáver á quien estuviésemos rindiendo los honores de una fúnebre velada.

—No digo yo por tan pequeña cosa,—repuso el oficial de artillería con una voz cuyo reposo era el resultado de lo mucho que se esforzaba por dominarse;—pero ni cien hombres muertos, ni la presencia de mi querido padre ni la de mis hermanos convertidos en cadáveres, ni la de mi misma muerte que me amenazára, seria bastante á turbar mi ánimo tanto como lo turba y contraría cierto espectáculo mil veces más doloroso.

—Cuenta, Pedro,—añadió el jóven oficial de voluntarios,—con que vayas á creer que todos no estamos tambien poseidos de tu natural disgusto, y que nuestros corazones no rebosan la venenosa y amarga hiel que á tí te ahoga.

—Pues entonces,—preguntó el artillero,—¿por qué hemos de mostrar alegría, cuando amenazan dias de luto á la pátria?

Los buenos hijos de la pátria,—respondió el de voluntarios,—deben mostrarse más animosos cuanto mayor sea el peligro que los amenace.

—No es el peligro, Ruiz, pues creo que hasta ignoro el valor que pueda tener esa frase, que tan solamente conocen los pobres de espíritu. Precisamente si algo me consuela es la idea, la esperanza, la seguridad de ese peligro.

—Pues entonces, ¿por qué mostrarse abatido?

—Porque lo que á mí me abate, lo que lacera mi corazon de un modo horrible, son las bajezas, las humillaciones...

—¡Velarde!...

—Sí, la bajeza, las humillaciones: lo repito y lo repetiré mil veces: no me preocupará jamás la muerte, pues hace dias que la vida es para mí una pesada carga... ¡La pátria!.... Afortunadamente, la pátria de Guzman el Bueno y del Gran Capitan, tiene en cada palmo de su sagrado terreno un hombre de corazon, y en cada hombre de corazon un Cid...

—¡Bien! ¡bien! exclamaron á una vez aquellos ocho hombres.

El jóven artillero prosiguió:

—Lo que á mí me preocupa, lo que me roba el sosiego es la certeza de que en España, en Madrid mismo, hay todavía hombres dignos del conde D. Julian, demasiado traidores y cobardes para entregar la honra de los castellanos al escarnio del extranjero.

Estas últimas palabras que el jóven pronunció en voz tan baja como bronca, produjeron en el concurso el efecto de una chispa eléctrica.

Miráronse unos á otros con marcadas muestras de disgusto y aprobacion á la vez.

El teniente Ruiz, en tono muy bajo, aunque con acentuada energía:

—Pues bien;—dijo,—ya que desgraciadamente no faltan un cobarde ó un traidor que comprometan la dignidad de la pátria, juremos solemnemente, para cuando llegue el caso, reparar el daño que se nos hace.

El oficial de artillería llevó la diestra al puño de su espada, y juró.

Ruiz, siguiendo el ejemplo de su compañero de armas, juró tambien.

Los demás circunstantes, puestas sus manos sobre sus nobles corazones murmuraron:

—¡Lo juramos!

Y como si este juramento hubiese borrado la tristeza de entre aquel grupo de patriotas, tornáronse risueños sus rostros, y las voces y el bullicio brotaron como por encanto.

Aquello parecia una especie de resurreccion y tanto que los oficiales del ejército imperial se volvieron sorprendidos á observar lo que ocasionaba aquel repentino murmullo.

En medio de la algazara, las copas que antes nadie procuraba llenar, rebosaban ahora.

Uno de los paisanos que casi no habia desplegado sus lábios hasta entonces, se levantó y propuso un bríndis.

Era el proponente un hombre como de treinta y ocho á cuarenta años.

Aunque descuidado en la compostura de su traje, y por más que afectaba cierta vulgaridad en sus maneras, su rostro noble y su ademan resuelto, desmentia sin embargo, el papel que procuraba representar.

Tomó y levantó con mano firme una copa llena hasta los bordes del espumoso líquido, y dijo:

—Señores: brindo por la salud del rey Fernando VII y por su pronto regreso.

Este bríndis fué repetido unánimemente.

Pedro Velarde exclamó á su vez:

—Pues yo, señores propongo que se brinde por la eterna gloriosa memoria de los vencedores de Pavía... ¡Gloria á los ilustres manes de Antonio de Leiva, de Juan de Urbieta y Diego de Avila!

Las exclamaciones que siguieron á este bríndis llegaron al frenesí.

Un oficial francés, abandonando entonces su mesa, se dirigió á Pedro Velarde, á quien dijo con ironía en mal español:

—Señor oficial: aun falta un bríndis, y si deseais completar el catálogo, formaré coro con estos señores.

—No comprendo á Vd., respondió Velarde sorprendido.

—Decia, señor oficial,—continuó el francés,—que falta un tercer bríndis.

—¿A quién?

El oficial francés llenó una copa y la levantó en alto.

—¡Brindo por el invencible y poderoso guerrero que se ha encargado de vengar, despues de haber trascurrido doscientos ochenta y tres años, la memoria de Francisco I.

Varios franceses que se habian aproximado á su compañero, celebraron este bríndis con insultantes risas y aplausos.

Pedro Velarde, con el rostro encendido por la cólera, pero tan sereno como altivo, arrebató la copa que el francés llevaba á sus lábios, y haciéndola pedazos contra la mesa, exclamó con voz de trueno:

—¡Aprecio más que vos mismo el honor de vuestro amo, para que le mancilleis brindando por la más despreciable villanía que haya podido cometer el último de los villanos.

El francés, al ver contestada de este modo su provocacion arrogante, llevó la mano á su espada con ánimo de arrojarse sobre el artillero.

Velarde le contemplaba con despreciativa sonrisa y perfecta serenidad.

Varios espectadores de esta escena, franceses y españoles, se interpusieron entre ambos contendientes.

El oficial francés pedia furioso una satisfaccion del agravio recibido.

El caballero que habia brindado por la salud y pronto regreso del rey Fernando, preguntó á Velarde:

—¿Quiere Vd. dispensarme la honra de ser su procurador en este negocio?

El artillero le alargó la mano, respondiendo afirmativamente; y designando luego al teniente de voluntarios, añadió:

—Tambien este amigo, si se digna prestarme su aprecio:

—Gracias, Velarde,—respondió el jóven,—acepto el honor que Vd. me hace.

Algunos minutos despues, los padrinos de ambas partes habian arreglado el asunto con toda la galantería que es tan familiar á los hombres cuando se trata de la honra.

Establecidas las condiciones, se despidieron hasta las cinco de la siguiente madrugada.

El francés, acompañado de sus amigos, salió el primero.

Cuando los nuestros hubieron quedado solos, dijo á Velarde su primer padrino:

—Ha sido una imprudencia, mas por ella doy á Vd. mil parabienes.

—¿Y queria Vd. que yo dejára impune tan arrogante provocacion?—preguntó el artillero.

—No, no era posible; pero un lance de este género, puede acarrear sérias consecuencias. Mas... no hablemos de eso, pues ya no tiene vuelta. Mañana, á las cinco de la

madrugada... ¿quiere Vd. saber las condiciones?

—Me es indiferente.

—Y sin embargo, debe Vd. enterarse: hemos convenido que será á espada, en las afueras de la puerta de Alcalá.

—Perfectamente,—respondió Velarde,—doy á Vd. mil gracias; y ahora, si me lo permiten, me retiraré á arreglar cierto negocio.

—¿Por si tiene Vd. desgracia?—preguntó Ruiz.

Velarde se sonrió con ingénuo desdén.

—¡Bah!—respondió,—no es mi testamento lo que voy á arreglar; es algo más agradable que todo eso el asunto que me ocupará en breve; y ¿quereis creer lo que os diga?

—¿Qué?—le preguntaron.

—No me llamen Vds. fanfarron: pero mañana me prometo que no desairarán el convite que les haga para este mismo sitio á esta misma hora: repetiremos el ponche.

—¿Y el francés, Velarde?

Este se sonrió como si tuviera una absoluta seguridad de sí mismo, y añadió despidiéndose:

—Lo dicho, señores; cuento mañana con la puntualidad de todos Vds. á esta misma hora.

Y se despidió entre los murmullos de admiracion de más de cuarenta personas que habian presenciado hasta el fin esta escena.

Despues de numerosos comentarios, cada cual desfiló por su lado, quedando á poco casi desierto el café.

El padrino del artillero se acercó entonces al Maestro y le dijo:

—D. Enrique nos espera, Alvarez.

—Estoy á la disposicion de Vd.—respondió el Maestro.

Y á su vez abandonaron ambos el café.

CAPITULO VI.

Los primeros celos del primer amor.

Contínuas ocupaciones habian ausentado por espacio de cuatro dias á D. Enrique del lado de su María, de un modo tan brusco, que el mismo tabernero y aun la señora Teresa, su mujer, aunque por diferentes motivos, llegaron á abrigar sus temores.

La señora Teresa, por la propension que tenia á dudar siempre de las buenas intenciones de los hombres; y el señor Colás porque, en su constante afan por la felicidad de su hija adoptiva, caviló tanto y tanto sobre el particular, que no teniendo pretexto alguno fundado en qué apoyar las explicaciones que daba á semejante novedad, la atribuyó del modo más natural del mundo á los tristes detalles con que embocó, por decirlo así, á D. Enrique su revelacion sobre el nacimiento de la bella cuanto infeliz expósita.

Esta, por su parte, no hay para qué decir vió deslizarse con tal tristeza aquellos dias, que cada una de sus horas, cada minuto, cada instante pesaba en su mente y en su corazon como un largo siglo trascurrido en el purgatorio.

El tio Colás, contra sus propios recelos, alentaba cuanto podia á la desconsolada jóven; cuando en verdad era su corazon quien más vacilaba y temia, al recordar que desde la entrega que habia hecho á Utrera de la mantilla y el bolsillo que ya conocen nuestros lectores, no volvió á tener ni una leve noticia de él.

El último dia, afligido por ver lloroso y anublado el de ordinario alegre rostro de María, fué dos veces á la casa de don Enrique; pero en ninguna de ellas obtuvo la satisfaccion de ver al señorito.

Preguntó por él y le respondieron de un modo que nada satisfizo á su ansiedad.

Quiso luego que al ménos le diesen razon del sitio en donde pudiera encontrarle; alegó que necesitaba comunicarle un asunto de la mayor importancia; casí amenazó á los criados con la cólera de su amo, en cuanto le manifestase á este que le habian negado, pues tal suponia el tio Colás. Los criados se sonrieron casi en las barbas del pobre tabernero, quien salió de allí con más dudas que habia llevado, no sabiendo cómo ingeniarse para calmar á María con una mentira inocente; cosa que no cupo jamás en el carácter sério de aquel buen hombre, ni aun por via de chanzoneta.

Y para que todo concurriera á preocuparle el ánimo, ya de suyo bastante preocupado, con la ausencia de don Enrique concordó la del Maestro, el que, al darse alguna vez una falta de doce horas, ó á lo más veinticuatro, daba

siempre los informes más fidedignos y tranquilizadores del mundo.

Añádase á todo esto, que no era ya poco, que en la mañana de aquel mismo dia una comadre de la vecindad, gran rebuscadora de historias y vidas agenas, se dejó decir que habia visto á D. Enrique cruzar la Plaza Mayor llevando del brazo á una linda y encopetada señora, y tendremos plenamente justificados los temores del tabernero, de la señora Teresa y muy particularmente de la desconsolada María.

Esta se llevó todo el dia en un estado de melancolía y abatimiento, que tan solo era comparable á su mucho amor por Utrera.

Su condicion humilde, y aun más que esta circunstancia, el no poder designar el nombre de sus padres, la habia hecho temer siempre que alguna vez llegase su amante, tan bien nacido y tan simpático para todos cuantos le trataban, á considerar la distancia que mediaba entre él y la pobre doncella.

Nuestros lectores comprenderán sin esfuerzo, por lo ya indicado acerca de este punto, que el tio Colás nada habia querido revelar hasta entonces á su protegida, sobre la que por tan inesperado conducto llegó á creer verdaderamente madre de la criatura depositada en el torno de la Inclusa, y recogida por él quince años hacia. Y aun la pobre muchacha ignoraba que su procedencia era precisamente de aquel benéfico establecimiento, reunion de tantas miserias, pero tambien refugio de tantos crímenes y devaneos.

La jóven, pues, conocia su calidad de expósita; pero ignoraba lo más grave de esta afrenta que sobre ella pesaba como una montaña de plomo, como un sambenito

que marcára su pura frente con el sello del oprobio y la deshonra.

Mientras su corazon latió con la libertad de la irreflexiva infancia, poco ó nada se cuidó de su nacimiento.

Los que la servian de padres llenaban hasta cierto punto este inmenso vacío del amor filial, prodigándola cuidados tiernos y atenciones las más cariñosas. Casi desconocia entonces que los autores de sus dias la habian desheredado inhumanamente del bien más precioso que exige la severa sociedad al hombre, y muy particularmente á la siempre débil mujer.—La vaguedad de sus primeros pensamientos, no la permitió fijarse en exigencias de una sociedad, tan corrompida en el fondo, como ganosa de cubrir las exterioridades; tan propensa á beber en la oscuridad del secreto la copa del vicio, como prevenida é intolerante con los rastros que ese mismo vicio deja en pos de sí.

Mientras acudió á la escuela donde aprendió lo más preciso á una mujer de su clase, á nadie oyó hablar de otros deberes que los de la religion y la moral. No la habia enseñado su maestra á distinguir la enormidad de esas faltas, que engendradas en el vicio y la perversidad, se encarga la hipocresía de hacer responsables de ellas á cándidas é inocentes criaturas. Decimos, pues, que en el recinto de la escuela, tan solamente aprendió María, como todas sus compañeras, á amar á Dios y venerar á sus mayores; y como complemento de esta limitada educacion, las labores domésticas indispensables á toda mujer.

Era feliz entonces, nada la faltaba, todas sus aspiraciones estaban colmadas; y si no era sobradamente dichosa, tampoco habia llégado á conocer aun ese *más allá* que con-

vierte la existencia humana en un tegido de inquietudes, en una sed devoradora é insaciable, que más codicia cuanto más obtiene. Su taberna era su palacio: los concurrentes á ella, su sociedad más escogida.

Pero está escrito que no ha de haber jamás dicha cumplida en el mundo.

María no tuvo aun tiempo para conocer la transicion de los quince á los diez y seis años, cuando una luz misteriosa alumbró súbita la dulce noche de su ignorancia. Siempre que el alma despierta de un letargo, es para sufrir.

María percibió en su espíritu aquella luz tan viva como inesperada, y despertó. Al despertar llevó la mano al corazon y lo sintió latir por primera vez.

Los primeros latidos eran efecto de una vaga inquietud. Por ellos todo su sér se extremecia, como si en él se obrára una revolucion, un extraño fenómeno.

Cual si se acercára á las puertas de un Eden celestial, percibió un placer sin tintas ni forma, pero inefable: calor que brota de un sol invisible; delicado y ténue perfume, que se aspira de una flor cuyo cáliz no se vé ni se toca.

Suspenso el ánimo por el éxtasis del ensueño embriagador, se recogió en sí misma.

De la ingenuidad pasó á la reflexion apasionada, por decirlo así.—La pasion se agitó como una serpiente y mordió en su seno.

Entonces comenzó á sentir un placer doloroso en aquella herida: cuando se apercibió de ella, quiso curarla.

Pero D. Enrique Utrera enseñó á María que no todas las heridas de amor se curan fácilmente.

La primera impresion de un alma que se enamora, es indeleble.

María le impresionó ante la bella presencia de don Enrique con todo el ardor, con todo el entusiasmo, y bien podemos decir con todos los desvelos de sus diez y seis primaveras.

Durante un año, la enfermedad dejó huellas en su rostro; pero añadió á las que ya tenia una perfeccion más.

Antes era su belleza un tanto agreste, dura, más material que ideal.

La melancolía, en un rostro bello y juvenil, es como la mano de obra que dá el pintor á sus cuadros.

María se volvió melancólica...

El tio Colás y su mujer sintieron al pincipio alguna inquietud.

—Muchacha: ¡tú sufres, tú estás enferma!—la dijeron.

María les tranquilizó sonriéndose, y asegurando que nunca habia disfrutado de mejor salud.

Los buenos ancianos desistieron de preguntar pero abrieron los ojos. No necesitaron esforzarse mucho para ver; y cuando hubieron visto lo bastante, se limitó el tio Colás á decir á la niña, en ocasion de romper esta un vaso por mirar hácia la calle:

—Ten cuenta, María, con que este es ya el segundo...

María bajó la vista, y sus mejillas se cubrieron de vivo carmin.

El tabernero miró significativamente á su mujer, y luego á la calle.

D. Enrique Utrera, que la habia pasado, volvió á repasarla en aquel momento.

Los esposos cambiaron una nueva sonrisa, y la señora Teresa, despues de besar en la frente á su prohijada, la advirtió que tuviese gran cuidado con lo que hacia.

Antes que hubieran trascurrido dos semanas, don Enrique se habia puesto en comunicacion con los taberneros... y aunque nada completamente formal trataron, el tio Colás, no tan solo llegó á tranquilizarse al conocer las bellas prendas que adornaban al jóven, sino que bien pronto ambos se prodigaron una mútua y cordial amistad.

Lo demás ya lo saben nuestros lectores.

Inquieta, como dejamos dicho, aquella modesta cuanto virtuosa y honrada familia por la ausencia de Utrera, la falta de noticias acerca de este contribuyó á aumentar su inquietud y zozobra.

Llegó la noche del cuarto dia, y únicamente la vieja volvió, pero á ratificar lo que afirmaba haber visto aquella mañana á su paso por la Plaza Mayor.

Tan delicada especie hirió á María en lo más vivo de su curiosidad y de sus celos, y quiso que la vieja le diese más detalles.

Aquella doctora en chismorreos pareció como que no buscaba otra cosa más conforme á su propósito y ocupacion; así es que dijo á la jóven:

—Ven á mi casa, y te contaré mucho bueno que te abrirá los ojos.

—Pero ¡aun sabe Vd. más, Dios mio!—preguntó María fluctuando entre el temor y la curiosidad.

—Si no fuese así, pobre muchacha, no te propondria que hablásemos á solas.

—Pues pida Vd. misma,—señora Eufrasia,—pida usted

misma á mi madre que me deje ir á su casa de Vd. un cuarto de hora.

La vieja Eufrasia rogó á la mujer del tabernero, cuyo marido no estaba allí á la sazon, que la confiara á María, alegando que necesitaba distraer su tristeza.

La señora Teresa accedió, pero entre otras condiciones con la de que volvieran cuanto antes.

—¡Qué cosas tiene Vd., señora Teresa!—exclamó como en tono de reconvencion la Eufrasia.—¿No soy yo bastante abonada para responderle de la chica? Y además,—añadió,—creo que veinte pasos no son para inspirar gran cuidado.

—No es por eso,—respondió la tabernera,—pero de un momento á otro volverá mi marido, y ya sabe Vd. que no le gusta ver un solo instante á la chica fuera de su casa. Pero en fin... ya lo he dicho, y no me vuelvo atrás; váyanse y procuren volver lo más pronto posible.

La Eufrasia y María salieron al fin, ofreciendo la vieja no abusar del permiso concedido.

Dejaron atrás como unas veinte casas, y se detuvieron ante una de miserable aspecto, cuyo piso alto era una desmantelada y ahumada boardilla.

La señora Eufrasia introdujo una mohosa llave en la cerradura de su puerta carcomida, y abrió con la misma facilidad que si lo hubiera hecho corriendo con la mano una clavija de madera.

Hizo entrar á María en un corredor húmedo y oscuro, volviendo á cerrar la frágil puerta.

Tomó luego una mano de la jóven á la cual condujo en la oscuridad durante algunos segundos, deteniéndose por último en una especie de antro, donde los ojos de María no

distinguian otra cosa que dos luces que inmóviles parecian en su fijeza dos carbones encendidos.

La vieja dió fuego á una mecha de azufre y encendió con ella un candil nauseabundo, que volvió á colgar en un ángulo de aquella pocilga.

María, si bien no estaba acostumbrada á las comodidades, ni mucho ménos al lujo, sintió un vivo disgusto al contemplar el aspecto repugnante que ofrecia el nido de la tia Eufrasia; quedándose fija en su sitio y sin resolverse á dar un paso más, cual si se arrepintiera de haber llegado hasta allí.

Luego que la vieja hubo colgado su luz hizo que la jóven tomase asiento en una destartalada silla, cerca de una mesa que contaba numerosos años de activos servicios.

Eufrasia tomó á su vez asiento delante de la jóven, y dejando que un enorme gato de piel cenicienta, el mismo cuyos ojos relumbraban antes en la oscuridad como dos carbunclos, se acomodára tranquilamente en su regazo, dijo á María en tono sentencioso y dando á su faz un aspecto grave:

—Bien te lo decia yo cuando tiempo era, María; tu amante, con su carita de miel que no parece sino que está diciendo á todo el mundo «comedme,» es un ladino mozalvete, de esos cuya historia se cuenta por tantas víctimas cuantas son las que inocentemente no oyen de sus palabras ni comprenden otra cosa que el arrullo dulce, como si dijéramos, la música celestial.

—¡Señora Eufrasia!... por la Vírgen Santísima,—murmuró María, como queriendo oponer un dique á la desconfianza de la vieja, que aumentaba su desconfianza propia,—no me hable usted de ese modo, señora, porque padezco terriblemente....

—Pues ¿no querias saber la verdad pura y sin ficciones?—preguntó Eufrasia en tono de reconvencion.

—Es verdad; pero no tengo valor para tanto; tal vez... ¿quién sabe?... las apariencias... y luego sus ocupaciones...

—¿Qué ocupaciones, ni apariencias, ni qué ocho cuartos? Lo que hay de cierto es que tu amante no ha pensado nunca en otra cosa que en divertirse contigo, y viendo ahora que sus ocultos deseos no podian cumplirse, dice como todos los señoritos de su condicion: otro talla; ni es más ni es ménos: tu amante, pobre muchacha, ya no se acuerda de tí...

—¡Señora Eufrasia!...

—Como te lo digo, prenda; y otra de más perendengues y de mejores trapillos que los que tú gastas, ocupa tu lugar: esa gente gusta mucho de aquel *dicho que dice*: «á rey muerto rey puesto;» y por no variar la costumbre hace la del otro: te ha *suplantado*.

—Pero ¡Dios mio! ¿en qué se funda Vd. para decir eso con tanta certeza?

—Y pregunto yo: ¿por qué tratas de ocultar á tus mismos ojos tu propia desconfianza? ¿Por qué el mismo señor Colás, á quien se le caia la baba cada vez que el *dengoso* señorito hablaba pestes de los franceses, y decia que se los iba á comer crudos, desconfia hoy acaso más que yo desconfio, que es cuanto se puede decir?...

—No, señora Eufrasia; mi padre no desconfia...

—¡Tá, tá!... ¡tu padre! lo que el señor Colás procura es animarte, y bien se le conoce en el rostro que no las tiene todas consigo. ¿Cuánto apuestas á que no te dará hoy mejores nuevas de las que te dió ayer?...

—¿Quién sabe? posible es que haya por fin consegui-

do encontrar á D. Enrique, y entonces...

—Vuelta con encontrar á D. Enrique; sin comprender ¡tontuela! que á estas horas el tal D. Enrique estará repitiendo la del humo; y te ha vuelto la espalda para siempre jamás.

—¡Dios mio! Dios mio! ¿y será cierto?...

—Como los Santos Evangelios, ¡si tú le vieras hoy qué amartelado iba con aquella señora de rumbo!

—Pero ¿quién es esa mujer? si es que lo sabe, dígamelo usted, señora Eufrasia, por lo que más quiera en el mundo.

—Yo conozco á esa señora de nombre; mas puedo hacer que por tus propios ojos te convenzas.

—¿Y cómo?

—Ante todo, querida mia, es preciso que me escuches con atencion: tengo que comunicarte una noticia que si tú eres mujer de arranque y quieres volver por tu amor propio ofendido, no tan solo conseguirás dar en cara á ese olvidadizo pisaverde, sino que á buen seguro no volverás á acordarte de él en toda su vida. Pero... ¿qué estoy diciendo? ¡tonta de mí! olvidaba que eres una débil calandria, sin corazon y sin firmeza... ¿pues no está llorando la muy bobalicona, como si fuese una Magdalena?.. ¿Habráse visto?... ¡Vamos! es cosa de partírsele á una el corazon!...

Con efecto, María, como si el tono de convencimiento con que hablaba la vieja hubiese borrado su última esperanza, prorrumpió en abierto llanto, y sus gemidos cortaron la palabra á la implacable acusadora de D. Enrique.

Esta, haciendo varios gorgoritos y frotando los ojos grises y apagados de su acartonado rostro con el revés de su delantal, hizo coro débil al sentimiento de María.

Cuando á fuerza de consoladoras palabras y de reflexio-

nes consiguió aplacar la agitacion de la pobre muchacha.

—Ten calma,—dijo,—y acostúmbrate á manejar más hábilmente los impulsos de tu corazon. Eres una pobre muchacha, sin experiencia del mundo y sus perfidias..... ¿Quieres seguir mis consejos?

María enjugó con trabajo sus lágrimas, y respondió á la Eufrasia:

—Señora, yo no sé lo que pasa por mí, ni puedo darme cuenta de lo que haré ó dejaré de hacer; pero Vd. es buena, conoce mejor que yo las cosas y podrá guiarme... Así, confio en Vd., y haré cuanto me diga.

—Bien, así me gusta; veo que nos entendemos al fin, y que entrarás en razon para obrar segun tu conveniencia: ahora escucha atentamente.

—Ya escucho á Vd.

—Hace poco más de una semana, cierta persona te vió en las afueras de la puerta de Atocha.

—¿Quién?—preguntó María de un modo maquinal y sin el mayor interés por conocer á la persona de quien hablaba la tia Eufrasia.

Esta prosiguió:

—Es persona de muy alto rango, y que hoy tiene mucho poder en Madrid. Pues digo que te vió el otro dia cuando la entrada del príncipe Fernando...

—Del rey, querrá Vd. decir...

—Bien, para el caso es lo mismo,—continuó la vieja. Te vió conversando con... ¡pues! con el veleidoso mozo que acaba de hacerte llorar, y que no es digno de que por él se empañen esos dos luceros que alumbran más que soles; y como el querer se entra á veces así, como Perico por su casa, sin decir oste y moste, resulta que el sugeto en cuestion se prendó de tí apasionadamente, y como si

su corazon fuera un polvorin, y la mecha esa gracia del cielo que Dios te ha dado, hermosa criatura.

María interrumpió á su mentora.

—Creo,—dijo,—conocer al sugeto de quien Vd. me habla... ¿No es un oficial francés?

—No es difícil que tú le conozcas, rapazuela, pues desde entonces te ha seguido algunas veces, y ha rondado tu puerta en ausencia de D. Enrique...

—Dejemos esto, señora Eufrasia; pues me disgusta hablar de quien nada me importa.

—Pues entonces, Maruja, no conseguiremos hacer nada, si no quieres ser razonable y dócil.

—¿Pero qué tiene que ver con lo que antes tratábamos ese francés ó ese diablo?

—Tiene y mucho; pero pues te disgusta y no hay medio de que nos pongamos de acuerdo para que tu infiel amante caiga en la red que pensaba urdirle... nada hay perdido, y punto en boca: tú te las compondrás como puedas, que yo bastante tengo con lo mio, sin meterme á gobernar lo ageno. Así pues, cada mochuelo á su olivo, y á quien Dios se la dé, dijo el otro, San Pedro se la bendiga... Y no hay más de que hablar... que no se hizo la miel para la boca del asno, y para el que se hace el sordo, no basta la trompa del juicio... Haga Vd. bien en este mundo... y ¿para qué diablos? para que no sepan agradecérselo á una... Vaya, vaya, señorita, la señora Teresa aguarda, y no quiero que por una fruslería me eche en cara la tardanza. Pero qué... ¿no te mueves?

La vieja se habia levantado al terminar este alubion de palabras, y fingia estar impaciente por concluir cuanto antes.

María, por el contrario, no se movió de su asiento, y

permaneció largo espacio como indecisa.

Era evidente que fluctuaba entre la repugnancia del paso que adivinaba iba á proponerla por su bien la taimada vieja, y el deseo de tomar una venganza de lo que ya no dudaba era la más negra é inmotivada impiedad.

La vieja, conociendo el terreno que habia ganado, añadió fingiendo más y más un enojo y un interés que si sentia era perfectamente equívoco.

—María, ¿no me has oido?

—Pero señora,—replicó la jóven,—tenga Vd. calma, por Dios.

—Es que la señora Teresa estará impaciente, y á mí no me gusta faltar jamás á mi palabra... Vamos.

—Un momento no más, señora Eufrasia.

—¿Qué quieres de mí? acaba pronto.

—¿Me dá Vd. su palabra de que no podrá sucederme daño alguno con lo que Vd. proyecta acerca del francés...

—¿Y qué daño habia de resultarte? ¿Soy yo acaso alguna tontuela, como tú, á quien puede embaucar un pisaverde cualquiera?

—Sí, convenido, pero ¿qué es lo que desea ese hombre? ¿Qué pretende?

—Ese hombre, que por haberme visto una vez hablar contigo, se acercó á mí para que le sirviera de intercesora; ese hombre, María, está perdidamente enamorado de tu talle y de tus zapatitos de raso negro, y de tus ojos lánguidos y ardientes, y qué sé yo de cuantas otras cosas que me fué nombrando mitad en español y lo restante en francés...

—Y bien, señora Eufrasia; cuanto pretenda de mí ese hombre será en vano. Porque yo no podré, aun cuando llegue á ver tan clara como la luz la perfidia de mi novio,

no podré, repito, amar á otro que no sea á él.

—¿Y quién te dice que ames á otro? El caso, si tú quieres, no puede ser más sencillo.

—Explíquese Vd.

—¿Quieres qúe D. Enrique vuelva al redíl como la oveja descarriada? responde.

—Daria mi vida por arrancar de mí esta sospecha que todo contribuye á aumentar.

—¿Y sabes el remedio más sencillo, el único, el eficáz, el que devolverá á tu amante más blando y rendido que nunca?

—¿Cuál?

—¿Qué es lo que tú sientes ahora?

—No sabré explicarme bien lo que yo siento, pero que Dios tenga piedad de mí si son celos.

—Mala enfermedad, María, muy mala; seria preferible morir del escorbuto; pero pues son celos, ya tú conoces lo que esto vale...

—¿Y qué?

—Amor con amor se paga, dice el refran...

—¿Y Vd. quiere?...

—No, quien debe querer eres tú; dá celos á D. Enrique, y si es que alguna vez te ha querido de veras, ya te pedirá capitulacion.

—¿Y cómo haré para eso?—preguntó María con la más ingénua confianza.

—¿Cómo preguntas? muy sencillamente: el francés anda que se bebe los vientos; dále conversacion, aunque no sea otra cosa.

—Pero... ¿y si lo llegan á ver mis padres?

—Todo tiene remedio, mira: mañana se celebra una gran funcion con orquesta y qué sé yo cuantas cosas, en la

iglesia de San Ginés. Pediré licencia á la señora Teresa, y nos iremos en cuanto anochezca. Yo haré de modo que veas á D. Enrique, y que él te vea al lado de otro...

—¡Dios mio! ¿y si lo echamos á perder aun más? Porque ha de saber Vd., señora, que si yo llegase á convencerme de que él ya no me queria, no podria vivir mucho tiempo.

—Guíate por lo que te digo, que no irás mal, pues te quiero demasiado para exponerte á que pierdas la tal alhaja que tanto te ha llegado á encaprichar... ¿Con que estamos convenidas?

—Haga Vd. lo que le parezca mejor.

—Pues vámonos, antes que el señor Colás eche de ver tu falta.

Pocos momentos despues decia la tia Eufrasia á la tabernera:

—Aquí se la devuelvo un poco sosegada, y con más ánimos de los que eran de esperarse. Es preciso distraerla, señora Teresa, que se esparza por ahí dando algun paseillo, en tanto que no viene á tranquilizarla ese remolon de novio.

María ensayó una sonrisa, para probar á la tabernera que era verdad lo que decia la señora Eufrasia.

CAPITULO VII.

Que explica los motivos por los cuales no fué posible á don Enrique acudir hasta el sexto dia á casa del tio Colás.

Cuando Utrera se hubo convencido de que no era posible obtener nada buenamente de la que segun todas las probabilidades creyó madre de su novia, resolvió no descansar hasta conseguir por medios más enérgicos su propósito.

Para salir airoso en aquel empeño, contaba con los eficaces auxilios de dos personas, cuyo testimonio y autenticidad podian servirle de mucho.

Una de estas personas era la ex-criada y ex-confidente de Eugenia.

Una señora amiga de esta, poseia tambien el secreto del negocio.

Al ver llegada Eugenia la crítica hora de su alumbramiento, y ausente en la guerra el padre de lo que debia dar á luz, pidió consejo y ayuda á la amiga en quien más confiaba en punto á reserva.

Accedió dicha amiga, y contribuyó á sacar á Eugenia de su apuro, de modo que el padre de esta no sospechase ni remotamente la falta en que habia incurrido su hija.

Y como quiera que Eugenia, más ó ménos fundada en la verdad, creyó y aun aseguró que el conde de la Alianza la entregaria su mano, su amiga, para que el secreto fuese más seguro, emitió su parecer sobre que la criatura se depositára interinamente en la casa de expósitos; prévias, se supone, las contraseñas por las cuales pudieran, llegado el momento, recuperar el depósito.

Así se convino, y así se llevó á cabo.

Libre por fin Eugenia del conflicto que temia, esperó el regreso del general, sin que ni por mientes le pasára la idea de informarse sobre el estado del fruto de sus entrañas.

Trascurrió un mes, y luego otro; y la guerra entre nuestros ejércitos y los soldados de la Convencion francesa, continuaba más encarnizada que nunca.

A cada paso llegaban noticias de la frontera, y aunque eran muchas las victorias obtenidas por los españoles, tambien eran grandes las pérdidas.

Cuando más encarnizada continuaba la lucha, vino á Madrid la funesta nueva de que uno de los generales más jóvenes de nuestro ejército habia sucumbido víctima de su arrojo temerario, pues se habia empeñado hasta tal punto en una accion, que ya cuando estaba ganada por los nuestros, al querer hacer un reconocimiento dicho general, cayó de su caballo atravesado el corazon por una bala.

Todo el mundo sintió vivamente la desgracia ocurrida al valiente conde de la Alianza, y Eugenia lo sintió más aun, pues ya no era posible legitimar el nacimiento de su hija.

Pasado algun tiempo fué á visitarla su amiga, y despues de lamentar la muerte que habia cabido al general, preguntó á Eugenia:

—Y ahora ¿qué piensas hacer de tu hija?

Eugenia suspiró dolorosamente, llevóse un pañuelo á los ojos, y respondió:

—¡Ay! tambien ha querido seguir á su padre; ¡hace un mes que ha muerto, querida mia!

La crédula amiga, penetrada de tal dolor, consoló como pudo á la amante desgraciada y á la vez madre sin ventura; la recordó que aun era jóven, y que Dios la abriria un nuevo camino de felicidad: en una palabra, todo lo que una jóven dice á otra en casos análogos.

No necesitaba en verdad Eugenia de que su amiga la animase á esperar aquel *nuevo camino de felicidad;* porque sus intenciones y su manera de conducirse indicaban bien claramente que el luto por los muertos nunca llega á costar al hombre lágrimas eternas.

Eugenia, que mediante una falsa patraña procuró y consiguió el secreto de parte de su fiel amiga, concibió profundos temores con respecto á la criada.

Esta, desde que vió á su ama en camino de nuevas aspiraciones, comenzó á reflexionar acerca de la suerte que esperaba á la tierna y olvidada expósita, relegada tal vez á un olvido absoluto.

Pero sus reflexiones tenian muy poco, ó más bien, nada tenian de piadosas: la caridad no era el fuerte de la previsora y *concienzuda* doméstica. No queremos hacerle la injusticia de atribuirla un mérito que distaba mucho de tener.

Mas en cambio, á falta de aquella y otras virtudes, poseia ó estaba poseida de un defecto capital, defecto peli-

groso para la tranquilidad de su ama.

Esta, segura de su amiga, desconfió de la sirviente; y á la verdad que para abrigar tal desconfianza, bastó á Eugenia ser víctima de una primera exigencia.

El defecto capital que tenia la criada, segun queda sentado, era la ambicion.—A la primera exigencia siguió otra nueva, y á esta otra y otras.

La enfermedad, que habia comenzado por ligeros síntomas, llegó por fin al estado de crónica.

Una enfermedad de esta naturaleza, que se hace crónica, y que con tal carácter dura sobre *catorce años,* se hace más sensible en razon á *las asistencias.*

Eugenia esperó contentar á su doméstica enferma con los primeros específicos; pero como la meza era incurable, conoció por último que, más que en verdadera ama, se habia convertido en *censo.*

Llegaron por último los amores de Eugenia con el baron del Pino. La República habia privado á aquella mujer vanidosa del placer de ser la esposa de un conde, y *generala* por añadidura; pero más tarde trabajó cuanto pudo por hacerse baronesa.

Petra, la taimada sirviente, que conoció las aspiraciones de la señorita, redobló tambien las suyas. Otra que no fuera Eugenia, hubiese agradecido á Petra el honor que la hacia, *duplicando el valor* en que tuvo á su ama por espacio de largos años; mas Eugenia, que ante la idea de su padre, intransigente en materia de honra, y la de su futuro el baron, no gozó por mucho tiempo un instante de tranquilidad, dió en echar cuentas consigo misma.

Por más dada que sea una mujer á pensar bien, desde que adquiere el convencimiento de que su mayor

conveniencia consiste en pensar mal, suele optar por esto último.

Eugenia, desde que echó sus cuentas, registró el pasado, midió en toda su extension el presente y se espantó ante el porvenir.

Y era lógica en este punto.

¿Se trataba del pasado?

En las reminiscencias de aquel pasado aparecia como incrustada la sombra de Petra Ruiz.

¿Queria considerar el presente?

Aquí el asunto variaba de forma: Petra Ruiz no era ya la sombra del recuerdo, pues era un cuerpo tangible, con voz, con idea, con una boca que se abria de cuando en cuando *para pedir ó amenazar*.

En cuanto al porvenir, si nada tenia de problemático para Eugenia, en cambio tenia mucho de cáustico, de amenazador, de ruinoso.

Estas ideas, más desentrañadas y analizadas por la razon de la conveniencia, sugirieron por fin á Eugenia un pensamiento asaz tenebroso.

La criada no habia caido en que su señora pudiese tener, andando el tiempo, ningun pensamiento tenebroso, ni mucho ménos.

Aquí estaba su imprevision, y con la imprevision el peligro. Atenta solo á su negocio, no puso mientes en aquello de que la cuerda más sólida cede siempre á la demasiada tirantez.

Para ser malo en este mundo, se necesita poseer talento. La maldad sin aquel requisito no se concibe, casi es absurda.

Petra, pues, era mala únicamente *á medias*, porque carecia de talento.

Pero el diablo suple siempre las faltas de sus adláteres en el mundo.

Vamos á presentar á nuestros lectores el ejemplo de esta verdad.

Cierta noche preparaba la criada su cena, y cátate que cuando ménos se lo esperaba, quedóse dormida cerca del fogon.

Como la mejor silla no sirve ni para descalzar al lecho más detestable, sucedió que fatigada de cabecear, despertó Petra.

No la fué posible calcular á punto fijo cuánto tiempo habia permanecido dormitando; pero se encontró con una novedad.

Consistia esta en que antes de haber conciliado el sueño no habian cesado el ruido ni las voces en el gabinete de su señora, y al despertar, el silencio era solemne, profundo.

Tomó el candil y se encaminó al gabinete y del gabinete al salon; pero nada: hija y padre yacian en sus respectivos dormitorios.

¿Quién se habia encargado de acompañar aquella noche á los tertulianos hasta la puerta de la calle? Tal pregunta se hizo la criada.

Era evidente que su señorita, viéndola dormida, habia querido esta vez, sin desdeñarse, evitar á Petra la incomodidad de bajar, ansiosa de no exponerla á un resfriado.

No era esto un milagro; mas Petra, á falta de talento abundaba en supersticion.

Volvió á la cocina con una secreta inquietud, que las almas cándidas y buenas no vacilarian en llamar presentimiento.

Sin abandonar su cavilacion, tomó casi maquinalmente un plato, y se disponia á vaciar en él la cena, cuando creyó notar en la cobertera que cubria la vasija algo de extraño.

Las gentes vulgares son rutinarias. La rutina hizo que Petra notase cierto cambio en la colocacion de la susodicha cobertera.

El caso, para quien como ella, no tenia muy arreglada su conciencia, era de reflexionar; y Petra reflexionó.

Los mahullidos del gato vinieron á sacarla de su reflexion y pareció concebir una idea.

De la idea pasó al proyecto; del proyecto á la ejecucion, y puso la mitad de su cena al gato, quien sin pararse á discurrir sobre tán desusada y atenta generosidad, cenó con grande apetito.

Dos minutos habian trascurrido apenas cuando el animal comenzó á quejarse de algo que le dolia: despues se revolcó desesperadamente, y por último cesó de moverse.

Petra vió con espanto que estaba muerto.

Aquel pobre animal habia sido, sin quererlo, su providencia.

En toda la noche no fué posible á la criada conciliar el sueño.

No era Petra mujer literata, ni mucho ménos; pero comprendió instintivamente que su ama acababa de hacer un notable adelanto, pues pasaba del drama comun á la tragedia.

Petra no gustaba de tragedias, ó de ver que los gatos morian de indigestion al gustar su cena; por manera que al siguiente dia, no bien hubo aparecido sobre el cielo de Madrid la cara del sol, fué á ver á su ama y la pidió su

licencia absoluta para retirarse del servicio.

Eugenia debió comprender que si no la daba de grado, la criada se iria de todos modos y contra su voluntad; así es que no hizo objecion alguna.

Petra abandonó aquella casa en donde por espacio de trece ó catorce años pudo á sus anchuras ser la sanguijuela de su señora, pero sanguijuela que no consiguió jamás verse harta.

Entregada á la vida independiente, y por no renunciar á la explotacion, ideó el medio de seguir apurando la mina.

Para esto se fué al venero, es decir, á la Inclusa.

En el establecimiento la informaron de la suerte que habia cabido á María, y cuál era su residencia.

Entonces fué á buscar al tio Colás, á quien con toda reserva dió cuenta del caso, aunque omitiendo lo que hacia relacion con la cena.

Pero si nada más que lo preciso obtuvo el tabernero, Enrique fué tan afortunado, ya que no sagáz, que se apoderó de la historia por completo.

Hé aquí disculpada, en un jóven tan galante y distinguido, la acritud con que se produjo en su primera conferencia con la futura baronesa del Pino.

Utrera se habia propuesto no descansar hasta dar al señor Colás noticias satisfactorias acerca de su gestion, llevando su rigor ó su capricho al extremo de no ver á su misma novia en tanto nò conseguia, por medio de un asédio violentísimo y sin tregua, una completa victoria. ¡Imprudente sacrificio que se imponia y que casi no se concibe en el impaciente corazon de un enamorado!

Habíamos ofrecido en el presente capítulo explicar á

nuestros lectores los motivos por los cuales no fué posible á nuestro jóven acudir á la casa del tio Cólas; y en parte creemos haber satisfecho aquel deber.

Pero prescindiendo hasta mejor ocasion de lo mucho que le ocupaban sus conferencias con determinadas personas, acerca de la agitacion comun que producian la presencia de los franceses en Madrid y los acontecimientos que habian tenido lugar en el trascurso de los últimos dias, nos fijaremos en cierto detalle del mayor interés.

La mañana del dia en que fijamos la ansiedad del tio Colás, juntamente con la de su esposa y de María, Enrique visitó en la plazoleta de San Miguel á una señora. Llamábase esta doña Rafaela Castro. Enrique, llevado por un asunto trascendental, se presentó á dicha señora de *motu propio,* sin antecedente ni recomendacion.

Una indicacion de Petra Ruiz, le había obligado á dar este paso, y no se detuvo ante ninguna ociosa consideracion de esas que en todos tiempos impone la etiqueta.

Doña Rafaela Castro era la amiga de Eugenia, la depositaria de su debilidad secreta, aunque no de su perfidia.

No bien Utrera le hubo manifestado cuanto sabia, y que la muerte de la criatura era una ficcion de la desnaturalizada y orgullosa mujer, doña Rafaela que era ya madre de una numerosa próle, se indignó terriblemente.

Casi más resuelta que el mismo D. Enrique á castigar la maldad de su perversa amiga, rogó al jóven que la acompañara hasta la calle del Prado, diciendo que en su presencia arrancaria la máscara torpe que encubria el horrible corazon de Eugenia. D. Enrique aceptó gustoso.

Entonces fué cuando efectivamente vió á Enrique la tia

Eufrasia cruzar la Plaza Mayor, dando el brazo á una encopetada señora.

A su tiempo veremos las intenciones que abrigaba la vieja al proponerse aumentar la desconfianza y el pesar de la niña con una revelacion de esta especie.

El resto de su tiempo lo repartió D. Enrique durante aquellos cinco dias en llenar compromisos tan graves para un hombre de honor y amante de su pátria, que por sí mismos bastaban á justificar cualquier falta de parte suya.

Luego que el lector haya hojeado el siguiente capítulo, tendrá ocasion de apreciar en el otro las obligaciones que, con el asunto concerniente á su María, no le dieron un solo instante de reposo.

CAPITULO VIII.

En que don Pedro Velarde comienza por hacerse dueño de un secreto y acaba por dar al francés una leccion de esgrima.

El artillero, arreglado ya el duelo para la mañana siguiente, salió del café tan imperturbable y sereno como si nada singular le hubiera acontecido.

Miró su relój y vió que eran ya las nueve de la noche. Apresuró entonces el paso, tomando la direccion de la calle del Arenal.

Casi al último de ella se detuvo ante la puerta de una especie de casa-palacio.

Hizo sonar el pesado aldabon, y un anciano, el portero sin duda, descorrió los cerrojos abriendo la media hoja.

—Temprano se cierra hoy,—dijo Velarde entrando.

—Así me lo ha prevenido la señora,—respondió el portero dando las buenas noches y alumbrando á Velarde hasta el primer tramo de la espaciosa escalera.

El jóven empujó allí una mampara, forrada de damasco carmesí, tras de la cual apareció un ayuda de cámara.

Dió á este su tricornio y preguntó por la señora de la casa.

—La señora,—respondió el ayuda de cámara,—me encargó suplicase á Vd. tuviera la bondad si venia de esperarla en su gabinete.

—Pues qué, ¿ha salido?

—No señor; pero en este momento está ocupada en asuntos que deben ser importantes, pues desde las ocho que se encerró en la biblioteca...

—¿La acompaña alguna persona...

—Si señor...

—¿Quién?

—No podré, aunque quiera, servir á Vd. en esto.

Velarde se quedó pensativo, y luego se hizo conducir al gabinete donde le prevenian que esperára.

Era este una pieza enteramente cuadrada y pequeña.

Como entonces no se habia generalizado aun el uso tan económico, del papel con que hoy se forran las paredes, los dueños de una casa opulenta podian estender hasta ellas sus riquezas.

Así, en la habitacion de que nos ocupamos aparecian los cuatro lienzos forrados de terciopelo azul celeste con anchas franjas y estrellitas plateadas.

El techo, cubierto de caprichosos frescos, representaba en medio un grupo de Péris, que sostenian un racimo dorado, del cual pendia una preciosa, si bien pequeña lucernita de cristal.

El mueblaje, aunque sencillo, tenia todo el buen gusto de que eran capaces nuestros abuelos.

Casi enfrente de una chimenea, demasiado tosca para que los elegantes del dia pudieran soportarla, un sofá de azul un poco más oscuro que el de las paredes, y dos sillo-

nes que bien pudiéramos llamar *cameros*, parecian presidir dos hileras de sillas del mismo color, cuya simetría se alteraba con el tapíz que cubria la puerta del gabinete.

Sobre la chimenea y delante de un espejo, de aquellos que entonces se denominaban con cierto énfasis *de cuerpo entero*, dos grandes candelabros sustentaban seis bujías de cera, de las cuales ardian tres únicamente.

Una sencilla alfombra muy oscura completaba el adorno de aquel gabinete, del gabinete de una ilustre dama.

En nuestros dias, hubiéramos encontrado ridículo este ajuar; pero como entonces no se conocia el recargado gusto ni la profusion con que convertimos en almacenes nuestros salones, el más exigente se daba por satisfecho con el gabinete que acabamos de bosquejar.

Velarde entró y tomó asiento en uno de los sillones, disponiéndose á esperar.

Reclinóse y permaneció distraido, como absorto en profundas meditaciones.

Así dejó trascurrir un cuarto de hora, y hubiera continuado más tiempo aun, si un sordo murmullo de voces, que parecia brotar detrás de él, no viniera á sacarle de su abstraimiento.

—Fijó su atencion, aplicó el oido; pero nada le fué posible percibir distintamente.

Una de aquellas voces tenia para él un timbre conocido. Era tal vez la de la señora de la casa.

La otra voz era perfectamente varonil, y aun creyó Velarde distinguir en ella cierto particular acento extranjero.

Esto pareció inquietarle sobremanera, pues desde entonces no cesó de dar vueltas en su sillon con impaciencia marcada.

Un nuevo cuarto de hora trascurrió así:

Al cabo de él perdióse, ó más bien cesó el murmullo; Velarde pareció sentir que se redoblaba su inquietud, pues su rostro se inmutó é hizo ademan dos ó tres veces de abandonar el sillon.

Pero no duró mucho su incertidumbre y su impaciencia.

Las voces que habia cesado de oir confusamente trás la pared, se hicieron más claras, sonando hácia otro lado.

El acento francés, por su gangosidad, y el acento español con su inflexion limpia, correcta, tan pronto grave como apasionada, pero sin afectacion, se dejaron oir trás el tapíz...

Velarde fijó á través de un pliegue que descubria una parte del corredor, sus ojos ávidos.

Al despedirse los que hablaban, vió el artillero un lujoso uniforme cruzar lentamente. Oyó abrirse la puerta de la escalera, que volvieron á cerrar estrepitosamente.

Despues de haber observado lo mismo con la de la calle, sintió Velarde crugir una falda de seda, que aumentaba su ruido aproximándose con direccion al gabinete.

Casi al mismo tiempo una mano blanca y diminuta levantó el pesado tapíz, apareciendo trás él los más hermosos y risueños veintidos años que puedan halagar la vanidad de una mujer y el corazon de un hombre.

Sin duda no era ya la primera ni la centésima vez que Velarde habia contemplado aquellos ojos negros, aquella nariz recta y afilada sobre una boca breve y dulcísima, aquella cabellera hermosa que se rizaba sobre una frente de armiño, aquel talle gentil y flexible que, completando tan hechicero conjunto, hacia de una mujer un ángel, de una sencilla mortal una divinidad; pues á ser la vez primera que Velarde contemplaba aquella beldad se hubiera

sorprendido, se hubiera inmutado, se hubiera postrado con adoracion.

Mas el jóven artillero ni siquiera se levantó de su asiento, limitándose á mirar fijamente á la dama.

Esta, sin dejar de sonreir de un modo adorable, adelantó hasta el jóven á quien tendió una mano de puro nácar.

Tampoco Velarde tomó sin notable vacilacion aquella mano, como no habia correspondido antes á la sonrisa con que le saludaban.

La dama entonces, tomando asiento en el confidente, cesó de reir, pero preguntó al jóven con marcada extrañeza:

—¿Te ha sucedido algo malo, Velarde?... ¡Jesús! pareces otro esta noche... ¿Qué te ha pasado, responde?

—¡Nada!—respondió el artillero.

—¿Estás enfadado... por mi causa?

—No señora; y de qué, ni por qué habia de enfadarme yo con Vd.

—¡Ah! ¿Con que tenemos esas... ¿con que me tratas de usted... Bien, no lo echaré en olvido, señor capitan. Pero sepamos: ¿qué vívora le ha mordido para venir así, de tan pésimo humor?

Velarde, con notable despecho, empezó á recorrer con el pulgar de su mano derecha los botones de su casaca, los cuales hubiera arrancado, á no repetirle la jóven su pregunta.

—¡El que debe preguntar aquí, señora, soy yo!—dijo con la irritacion propia de los celos.

—Pues pregunte Vd. caballero,—respondió la dama,—pregunte Vd., que ya me tiene dispuesta á responderle.

—¿Quién ha salido de aquí hace un instante? ¿ó qué

hombre es ese que ha permanecido á solas con Vd. en la biblioteca?

—¡Ah!... ¡ah!... bueno; ahora comprendo: ¡ah! ¡ah!—exclamó la jóven riéndose descompasada y alegremente.

—Qué... ¿se rie Vd. de mí?—repuso Velarde resentido por el buen humor de la hermosa.—Si es así, gracias, señora, mil gracias.

Dicho esto hizo ademan de levantarse.

La hermosa jóven cesó entonces de reir, y cogiendo al artillero de la manga de su casaca le obligó á detenerse.

—Vamos, tranquilízate y escucha: ¡siempre has de ser el mismo!... tan orgulloso como arrebatado: ya ves que soy más dócil que tú: pregúntame cuanto quieras y te responderé con toda mi seriedad...

El artillero volvió á preguntar:

—¿Quién ha estado contigo en la biblioteca desde las ocho?

—¿No le has conocido por el acento, Velarde?

—Sí, he distinguido el acento de un enemigo de mi pátria, pero nada más.

—Pues cabalmente, querido mio.

—¡Carolina!... ese tono... ¿sabes lo que dices?

—Sí, lo sé: ¿qué extrañas?... ¿Cuánto apostamos á que por lo ménos vas á llamarme *afrancesada*?

Dijo esto la jóven con tan marcado acento de altivéz, que el artillero pareció arrepentirse.

Así que, cambiando de tono, dijo:

—Perdona, Carolina: estoy lejos de querer ofenderte: pero dime el nombre del que acaba de salir de aquí.

—Un general de Murat, Velarde, el general de su estado mayor, Belliard.

—¿Y á qué ha venido?

—¡Velarde!...

—Sí; responde: ¿á qué ha venido aquí Belliard?

—Ignoras, Velarde, mi puesto de honor al lado de la reina María Luisa?

—No, no lo ignoro; ¿pero qué tienes tú que ver con ese hombre?

—Bien, querido mio; eres un caballero, confio en tu lealtad, y al fin yo no debo tener secretos para tí...

—Prosigue...

—Ya sabes que ayer mañana he venido desde S. Lorenzo.

—Sí.

—Pues he sido portadora de una carta para el duque de Berg.

—¿Y la habrás entregado probablemente ahora mismo á Belliard?

—Dices bien; acaba de venir por ella, y se la he entregado.

—Carolina, siento un pesar inmenso por verte continuar en palacio; la reina debió haber perdido la razon, porque está dando pasos bien peligrosos, y tú...

—Tanto ó más que tú lo siento, Velarde; pero al ver abandonada de todos á esa desventurada mujer, he tenido que ceder á sus instancias, prometiéndola continuar á su lado, hasta que verifiquen ella y el rey su viaje á Bayona.

—¿Qué dirá María Luisa al duque de Berg en esas cartas?—murmuró Velarde como preguntándose á sí mismo.

—¿Deseas saberlo?—preguntó vivamente Carolina.

—¿Y cómo?

—Velarde: yo habia ideado darte una prueba de mi amor haciéndote depositario de un secreto.

—¡Carolina!...

—Escucha: entre María Luisa y la reina de Etruria se trabaja activamente en contra de Fernando, á quien desacreditan de un modo cruel y gravísimo ante el emperador.

—Lo sospechaba, Carolina.

—Pues la última de que he sido portadora, es tan terrible como las otras, Velarde... ¿Quieres verla?

—¿Pero no acabas de entregársela á Belliard?

—Sí, pero he tenido una tentacion, y trás la tentacion he tomado mis precauciones.

—¿Qué precauciones son esas? Veamos.

—Atiéndeme; ya has oido que deseaba darte una prueba muy grande de mi cariño...

—Sí.

—Pues bien, he abierto cuidadosamente la carta de María Luisa para el general Murat.

—¿Y qué más?

—Dentro de esta carta venia otra que Fernando dirigió á su padre Cárlos IV el dia 8. Tan solo por tí, Pedro, hubiera yo llevado á efecto semejante diablura.

—Sepamos qué diablura es esa.

Carolina se levantó ligera como una corza y desapareció volviendo á poco rato con dos papeles en una mano, los cuales mostró desde lejos á Velarde con satisfaccion verdaderamente infantil.

—¿Y qué es eso?—preguntó el artillero sonriéndose porque adivinaba ya el género de diablura que por agradarle habia cometido la jóven.

—Las copias de las susodichas cartas,—respondió Carolina, acercándose á Velarde, al cual entregó los manuscritos.

Al instante bajó Carolina, casual ó intencionalmente la cabeza, y Velarde aprovechó la coyuntura de pagar con un fuerte beso el favor de su novia, la cual exclamó retirándose y sellando con su mano de nieve la boca del atrevido militar.

—¡Eh! señor capitan: de esto no hablaban las cartas.

Ambos jóvenes rieron alegremente, y luego el capitan desdoblando los dos papeles se dispuso á leer.

El primero era la copia de la carta que Fernando habia dirigido á Cárlos IV.

Decia así:

«Madrid 8 de abril de 1808 (1).

»Padre mio: el general Savary acaba de separarse de mi compañía. Estoy muy satisfecho de él, como tambien de la buena inteligencia que hay entre el emperador y mi persona, por la buena fé que me ha manifestado.

»Por este motivo me parece justo que V. M. me dé una carta para el emperador, felicitándole de su arribo, y asegurándole que tengo para con él los mismos sentimientos que V. M. le ha demostrado.

»Si V. M. considera conveniente, me enviará en respuesta dicha carta; porque yo saldré despues de mañana, y he dado órden de que vengan despues los tiros que debian servir á VV. MM.

»Vuestro más sumiso hijo,—FERNANDO.»

Esta carta dejó pensativo algunos instantes á Velarde, que murmuró:

—¿Para qué deseaba el rey Fernando la recomendacion de su padre?... Y luego...

(1) *Moniteur*, 5 février 1810.

Pero interrumpiéndose desdobló y leyó la siguiente carta de María Luisa al cuñado de Napoleon.

«Real sitio de San Lorenzo á 9 de abril de 1808 (1).

»Mi señor y hermano: son las diez y hemos recibido una carta de mi hijo Fernando que el rey mi marido envia á V. M. para que la vea, y me diga lo que debemos hacer. El rey y yo no quisiéramos hacer lo que nos pide mi hijo cuya pretension nos ha sorprendido infinito; y creemos que no nos conviene de ningun modo condescender: el rey ha encargado decir que estaba ya en cama, por lo que no podia responder á la carta. Esto ha sido pretesto por si V. A. quiere decirnos lo que se le haya de responder; en inteligencia de que mientras tanto suspendemos hacerlo, bien que será forzoso no dilatarlo más que hasta mañana por la tarde.

»Nos hallamos con la satisfacion de no tener guardias de Corps, ni las de infantería en el Escorial, sino solo los carabineros. *Con vuestras tropas estamos seguros y no con otras* (2).

»El rey y yo no escribimos la carta que nuestro hijo pide sino en el caso de que se nos haga escribir por fuerza, como sucedió con la abdicacion, contra la cual hizo por esto la protesta que envió á V. M. Lo que dice mi hijo es falso, y solo es verdadero que mi esposo y yo tememos que se procure hacer creer al emperador un millon de mentiras, pintándolas con los más vivos colores en agravio nuestro y del pobre Príncipe de la Paz, amigo de V. M., admirador y afectísimo del emperador, bien que nosotros

(1) *Historia de la Rev. y Ger. de Esp.*, por el C. de Toreno.

(2) Subrayamos de intento estas palabras, cuya apreciacion dejamos al buen criterio de nuestros lectores.

estamos totalmente puestos en manos de Su Magestad Imperial y V. A., lo cual nos tranquiliza de modo, que con tales amigos y protectores no tememos á nadie. Ruego á Dios que tenga á V. A. en su santa y digna guarda. Mi señor y hermano de V. A. I. y R. muy afecta hermana y amiga,—LUISA.»

No bien hubo terminado Velarde la lectura de esta carta exclamó indignado:

—¡Así compromete esa señora el trono de su hijo y la tranquilidad de la pátria! Preciso es que haya perdido el juicio para que se atreva á escribir tales cartas al enemigo comun..... ¡Y decir que á estas horas camina el rey Fernando ansioso de su entrevista con Bonaparte!... ¡Buena recomendacion lleva por Dios! ¡Buen recibimiento le espera! ¡Pobre España, y cómo se apresuran todos á pegar fuego en la mina de tu indignacion!

Dijo así Velarde y cayó en un sombrío abatimiento, del que Carolina se atrevió á sacarle á poco rato cogiendo una de sus manos y diciéndole con ternura contemplativa:

—Pedro..., por Dios: mira que he sido yo quien te ha dado esos malditos papeles... ¿Por qué te pones así?... Yo tengo la culpa, yo soy causa por mi ligereza de que me muestres ahora ese ceño.

Velarde alzó los ojos y vió á Carolina cuyos ojos se habian humedecido por las lágrimas.

—Te engañas, Carolina,—dijo cariñosamente á su novia,—no tan solo acabas de darme una prueba inestimable de tu amor hácia mí, sino que me has dispensado un favor que no tiene precio...

—¿De veras?—preguntó la jóven.

—Sí, hermosa mia; y voy á suplicarte una cosa.

—¿Qué cosa es?...

—Deseo hacer uso de estas cartas.

—¿Para qué?

—Para que comprendan y sepan lo que está pasando, los riesgos infinitos que se amontonan cada dia.

—¿Y si comprometes á la reina?—preguntó con algun temor Carolina.

—Descuida,—dijo Velarde,—esas personas á quienes mostraré estas copias, son todas gente de honor, y el secreto se quedará como en la tumba.

—Entonces, dispon de ellas, Velarde.

—Gracias, querida mia, gracias: ahora exijo de tí otro sacrificio.

—¿Cuál?

—El pueblo mira con malos ojos á cuantos rodean á María Luisa y á la reina de Etruria.

—¿Y bien?

—No quiero que continúes al lado de la reina.

—¿Y cómo hacer para eso?...

—¿Cuándo debias regresar á San Lorenzo?

—Mañana.

—Pues bien; no vayas.

—¿Qué he de hacer, pues?

—Manda decir á la reina que te has quedado en Madrid á causa de una indisposicion...

—¿Y despues?...

—Despues, Carolina, ya te diré cómo has de valerte para abandonar un cargo que ha llegado á ser peligroso en las actuales circunstancias.

La jóven accedió por fin á lo que Velarde la proponia.

—Ahora,—continuó este,—hablemos de nosotros, pues

ya nos hemos ocupado bastante de los demás.

Nadie, al ver al artillero tan sereno, tan dueño de sí mismo, hubiera imaginado que al dia siguiente, algunas horas más tarde, espondria su vida á los azares de un duelo.

Lejos estaba Carolina de sospechar el lance.

. . . .

Eran las cuatro de la madrugada, y ya Velarde con sus dos padrinos se encaminaba al lugar del duelo. Apenas las primeras tintas del alba doraban el horizonte, apenas ese rumor que precede siempre al despertar de una gran poblacion, circulaba por las calles de la villa coronada; oíanse aun de tarde en tarde los primeros golpes dados por los tambores franceses en sus respectivos cuarteles, tal vez no se habia retirado á descansar todavía el gran duque de Berg y Cleves, ocupado altamente en sus intrigas y demás maquinaciones: en una palabra: casi dormia todo en Madrid, cuando Velarde, sus dos padrinos y otro personaje que los seguia á distancia, llegaban cerca de la puerta de Alcalá.

Este último personaje era D. Enrique Utrera, quien redoblaba el paso para alcanzar á la comitiva.

Velarde y sus amigos llegaron por fin á la misma puerta de Alcalá, cuyas verjas permanecian aun cerradas.

El francés y los suyos no estaban allí.

Cierto es que los nuestros, exagerando sin duda su celo, llevaban una delantera de una hora.

Esta consideracion no privó á Ruiz de que dijera con amarga ironía:

—Los soldados de Napoleon son puntuales cuando les toca invadir á un pueblo pero en masa, y cuando ese pueblo está desprevenido; pero en los negocios de honra

personal, segun veo, caminan con piés de plomo y se limitan *á una rigorosa exactitud.*

Su compañero y el mismo Velarde celebraron con una sonora carcajada la observacion del jóven oficial de Voluntarios.

En esto, D. Enrique se les habia incorporado ya.

—¡Malas gentes son Vds. para esperar!—exclamó jadeando de cansancio.

—Consiste,—le respondió Velarde,—en que se nos presenta una deliciosa mañana de primavera, y queremos aprovecharla.

—A estocadas ¿eh?...

Ruiz terció con la siguiente observacion:

—Amigo Utrera: nos hemos propuesto despachar á un francés al descabello, y hé aquí por qué nos vé Vd. tan diligentes; al capitan Velarde le toca la fortuna de lidiarlo.

—Sí, pero conviene que no se prodiguen los *pases,* por si el *bicho* no es de ley; que en esta materia los *huidos* son los peores.

—Tiene razon el conde;—dijo Utrera,—á la primera que se presente córrale Vd. una que lo deje rematado, Velarde.

El artillero hizo tomar otro giro á la conversacion.

Desabrochó dos botones á su casaca, metió la mano en su pecho, y sacando las dos copias de las cartas dirigidas por María Luisa á Murat, dijo:

—Señores, mientras no llegan los amigos, van Vds. á entretenerse con la lectura de estos papelillos, de los cuales juzgará cada uno á su modo.

Todos prestaron atencion al artillero, quien añadió:

—Creo inútil decir á Vds. que me prometo la más completa reserva sobre el particular, pues debo tan gran des-

cubrimiento á la amabilidad de una persona á quien comprometería circulando lo que por ahora debe quedar entre nosotros.

Asegurado el artillero por la promesa particular de cada uno de los circunstantes, hizo que estos formáran corro en torno suyo, y verificó la lectura de las cartas que ya conocen nuestros lectores.

No hubieran terminado en mucho tiempo los comentarios, las reprobaciones, los presagios, etc., etc., de nuestros personajes si no divisáran, en direccion á ellos, una turba de oficiales del ejército francés.

Casi en medio, como un general entre su estado mayor, caminaba el contrario de Velarde.

En esto acababan de abrir la verja, y Velarde y los suyos tomaron, aunque á paso lento, las afueras.

Los franceses siguieron á distancia razonable.

Al revolver las tápias del Retiro hicieron alto los padrinos del artillero.

Los contrarios llegaron tambien á poco rato, y los respectivos padrinos designaron el lugar.

Despojados ambos combatientes de sus casacas, y apoyados los aceros sobre la arena, esperaban la señal de empezar.

El conde, padrino de Velarde, consultó á los de la parte contraria, quienes respondieron afirmativamente.

Entonces fué cuando comenzó la partida, cruzando ambos rivales con ímpetu sus espadas.

Velarde conoció en su contrario gran seguridad, mucha ligereza y no ménos intencion en las estocadas: desde el primer momento echó de ver que el arte y el valor eran condiciones que honraban á su adversario; pero á esto

perjudicaba mucho la circunstancia de que el valor que en el otro reconocia era un valor febríl, de esos que producen comunmente la excitacion ó la cólera del momento, y que tan pronto se enciende como se ápaga.

Velarde, sobre la destreza, contaba mucho con la serenidad, con una serenidad á toda prueba.

Su valor era un valor especial; porque era, digámoslo así, un valor reflexivo hijo del convencimiento, aumentado siempre que las exigencias de la honra lo mandaban: ese valor que no es comun á todos, por ser el único sublime que pertenece á los héroes.

Desde los primeros golpes del contrario, Velarde no se cuidó de otra cosa que de pararlo. Dos veces únicamente la punta de su espada marcó dos puntos de sangre sobre el corazon y en la mejilla izquierda del francés.

Este, exasperado, redobló con furia el atáque, mas el artillero, atento solo á cansarle y seguro de sí mismo, no alteró su táctica en lo más mínimo.

Muchas veces la ofuscacion de su rival le habia llevado al extremo de quedar peligrosamente descubierto, y sin duda Velarde quiso advertirlo marcando las dos estocadas consabidas.

Renunciamos á describir la desesperacion, los esfuerzos que hacia para atacar el uno; y la serenidad, la firmeza, el aplomo con que el otro, sin abandonar una sola pulgada de terreno, se limitaba á parar estocadas, desaprovechando, á la vista y conciencia de todos, las repetidas facilidades que se le habian ofrecido para dejar fuera de combate al enemigo.

La partida se iba ya prolongando, y todos esperaban con impaciencia el desenlace.

Velarde dirigió una mirada rápida á sus amigos, quie-

nes le devolvieron otra en que seguramente iba decretada la muerte del francés.

De pronto dejó este caer su espada lanzando un comprimido grito de dolor, y llevándose su mano al brazo derecho, del cual corria sangre en abundancia.

Todos, amigos y contrarios, acudieron á examinar la herida.

La espada del artillero habia atrávesado de parte á parte el brazo del francés, dejándole de todo punto inútil para continuar la lucha.

Sin embargo, no ofrecía peligro alguno, y en esto convinieron los inteligentes, que bien podemos asegurar lo eran allí todos los actores y espectadores.

Si reprobamos la arrogancia del francés que habia dado lugar á la escena de que nos ocupamos, no podemos ménos de hacerle justicia por su conducta, luego que hubieron vendado su herida.

Dirigiéndose á los concurrentes con ademan respetuoso y digno,

—Señores,—dijo,—si algun sentimiento pudiera quedar en mi corazon, consistiría únicamente en no haber obtenido la honra de medir mi espada con un adversario tan diestro como valiente. Y creedme; esta herida que dejará en mi brazo una cicatriz eterna, me permitirá recordar con orgullo en los combates que un soldado de Napoleon puede gloriarse de haber medido alguna vez su espada con la espada de un español... Solo me resta desear la amistad del que acaba de ser mi enemigo.

Velarde entonces alargó su mano afablemente al herido que este estrechó con la que le quedaba útil, dando muestras de la más profunda y esquisita cordialidad.

Despues de esto los franceses saludaron y se fueron.



Velarde entonces alargó su mano afablemente al herido.

Velarde y los suyos, que habian sido los primeros en llegar, fueron los últimos que abandonaron el campo. El artillero, complacido por la conducta galante de su rival, preguntó á sus amigos:

—¿Qué les parece á Vds.?...

—¿El qué?—preguntó D. Enrique.

—El proceder de mi contrario: creo que no es dable mayor ingenuidad y delicadeza.

El primer padrino de Velarde y don Enrique fueron del mismo parecer, y elogiaron al oficial del imperio, lamentando que fuese algun dia, ó entonces mismo, el enemigo de su pátria.

Pero el teniente Ruiz opinó de diverso modo.

—¿Quieren Vds. saber el verdadero motivo de su conducta, de su galantería?—preguntó.

—¿Cuál puede ser?—le replicaron.

—Velarde tira admirablemente de la espada.

El artillero se inclinó en muestra de agradecimiento por el elogio de su amigo.

Este concluyó.

—Pues bien, señores; lo que el francés acaba de hacer, es mostrarse agradecido por la vida que acaban de perdonarle con generosidad española, y por la leccion de esgrima que debe al capitan D. Pedro Velarde.

Una estrepitosa carcajada en que todos prorumpieron fué el resultado de la observacion hecha por el teniente Ruiz.

CAPITULO IX.

Por el cual podrán nuestros lectores apreciar todo el interés que sentia la vieja Eufrasia por consolar á María, con otras cosas no ménos interesantes.

En la tarde de aquel mismo dia, y como á eso de la oracion, fué la tia Eufrasia, muy compuesta con sus trapillos de cristianar, y pidió á la señora Teresa que le confiára á la muchacha para que se distrajera viendo la funcion religiosa que debia verificarse en la parroquia de San Ginés.

No sin algunas objeciones por parte de la tabernera, y ruegos y protestas de gran cuidado por la de Eufrasia, consiguió esta ver realizada su pretension.

Salieron, pues, y dando un inútil rodeo, siguieron por la plazuela de la Cebada, en direccion á la calle de Toledo.

Casi al doblar la esquina de dicha calle, un oficial francés apenas las divisó, se dirigió á ellas, colocándose del lado de María, á quien prodigó tantos saludos como galanteos.

La pobre jóven, observando que las gentes la miraban con cierta curiosidad, se sintió corrida y abrumada, maldiciendo ya en su interior la ocurrencia de la tia Eufrasia.

Todas las genuflexiones del oficial no arrancaron una sola frase á la turbada María; pero la vieja se encargó de suplir esta falta charlando por los codos, como suele decirse.

María, instigada por la vieja, tan solo habia respondido á las mil palabras, mitad francesas y la otra mitad semi españolas, con dos ó tres monosílabos apenas acentuados.

De este modo llegaron á la iglesia de San Ginés. Aquí la tia Eufrasia se vió precisada á demostrar por medio de gestos y admiraciones su asombro, de que, cerrado completamente el expresado templo, no hubiese ni siquiera vestigios que anunciáran la pretendida fiesta religiosa.

María, impaciente y desesperada en extremo, manifestó á su conductora su deseo de regresar cuanto antes á su casa, y muy particularmente de que le evitára la compañía del galan fantasma que tanto fijaba la atencion de las gentes.

La señora Eufrasia, no queriendo contrariar por más tiempo á la jóven, se desprendió bonitamente del oficial, á quien dió como pretesto su temor de que apareciese por allí el padre de la niña.

El francés accedió aunque con visible sentimiento, no sin haber prodigado á la desesperada muchacha una descarga de galanteos á quema-ropa que acabaron de agotar su escasa paciencia.

No bien María se encontró á solas con la tia Eufrasia, se quejó amargamente de que la hubiése expuesto á la

vergüenza, pues sabia muy bien cuán mal vista estaba una mujer que se dejase acompañar por un francés.

La vieja por su parte pintó á María con una lógica especial lo engañada que estaba en cuanto á la opinion, pretendiendo hacerla ver que lo que ella tomaba por menosprecio en las gentes al ver una mujer acompañada por un gallardo francés, no era sino para envidia porque otras muchas deseaban y no conseguian.

Viendo que á pesar de sus reflexiones y sentencias persistia la novia de D. Enrique en no querer bajo ningun concepto y á todo trance que se repitiese la para ella bochornosa escena, respondió la tia Eufrasia:

—Pierde cuidado, hija mia: no es preciso que te incomodes por la cosa más sencilla del mundo: ¿no quieres hacer traicion á tu ladino amante? ¡Bien! ¡muy rebien! No me opongo, y casi tienes y te doy toda la razon... Así como así, ¿qué diablos me va ni me viene con todo esto?... La culpa la tengo yo toda, por no acordarme á tiempo de aquel adagio que dice: «¡cada uno en su casa, y Dios en la de todos!...» Para eso no es preciso reñir... Tú ya sabes dónde te aprieta el zapato, y por consiguiente, lo que mejor te conviene; y no quiero decir más, que «el que se mete á redentor sale crucificado:» y además canta el refran: «cria cuervos y te quitarán los ojos»... ¡Tonta de mí! y yo que creia... Pero... ¿qué hacemos aquí paradas?... vaya, vaya, tortolilla, volvamos al nido, y no hablemos ya más del asunto.

Zurcidos por la vieja, sus incoherentes y habituales refranes, dispúsose á dar la vuelta con la mayor celeridad, cuando héte aquí que dándose una palmada en la frente, exclamó deteniéndose:

—¡Qué desmemoriada soy!... Pues no me olvidaba...

—¿De qué, señora?...—le preguntó María.

—¡Pues apenas! como que habia imaginado hacer al paso el encargo de...¿Y qué me dirá mañana sino doy una razon, ni una disculpa siquiera que satisfaga?

—Pero señora Eufrasia,—volvió á decir la jóven con interés,—si es cosa que pueda hacer en este momento, ¿por qué se desespera Vd. así?

—Lo que es hacerla, nunca tan fácilmente como ahora,—continuó la vieja,—pero es el caso que tendríamos que andar un poco más...

—¿Y es muy lejos de aquí?...

—Lejos no: es cerca: en el Postigo de San Martin; pero es el caso que yo no quisiera hacerte andar...

—Pues no vaya Vd. á faltar por eso á lo que sea, señora Eufrasia; que yo la acompañaré... Minutos más ó minutos ménos, la misma cuenta me tiene.

—Gracias, chiquilla; acabas de quitarme un peso de encima de mi alma; vamos pues, no perdamos el tiempo.

Y la tia Eufrasia y María se dirigieron efectivamente al Postigo de San Martin.

Al llegar á una casa de mediano aspecto, casi á mitad de la calle se detuvieron.

Eufrasia empujó la puerta, la cual cedió abriéndose de par en par.

María se detuvo en el largo portal que alumbraba un mal farol.

—¿Vas á quedarte ahí, sola como un perro?—preguntó la tia Eufrasia.

—Si Vd. no tarda en bajar...

—¡No seas tonta, ni tengas cortedad!—interrumpió la vieja: son personas muy sencillas las que voy á ver, y no te comerán con los ojos; y además no consiento dejarte en

el portal... Conque, sube, y deja la vergüenza para el puchero.

María pareció vencer sus escrúpulos, ó más bien su timidéz, y acompañó á Eufrasia.

Comenzaron, pues, á subir escalones casi á tientas, pues no habia en toda la casa otra luz que la del portal.

Por fin se detuvieron en el descansillo de lo que debía ser un tercer piso, y Eufrasia dió dos golpecitos á la puerta.

Pareció como que la esperaban con impaciencia, pues sin detenerse á preguntar quién era el que llamaba, la puerta se abrió, y una señora de edad apareció con un velon en la mano.

—Entre Vd., entre Vd., señora Eufrasia,—dijo apresuradamente la señora con una voz apacible y algun tanto cascada.—Pero ¡ah!... ¿quién es esa jóven que viene con Vd.?... ¡Buena moza por cierto!... ¿Es acaso alguna parienta... ó sobrinita de Vd.?

—No señora, doña Francisca;—respondió Eufrasia,—es hija de una vecina mia, que ha querido acompañarme.

—¡Pues celebro mucho conocer á una tan real criatura! —añadió la llamada doña Francisca, deshaciéndose en elogios y contemplando con marcada complacencia á la jóven.

De este modo, atravesando un largo corredor, llegaron á una pequeña sala, donde tomaron asiento.

Despues de haber hablado de cosas para María de todo punto indiferentes,

—Pero venga Vd., venga Vd.,—dijo la que llamaremos doña Francisca interrumpiéndose,—voy á dar á Vd. eso; esta jovencita,—añadió dirigiéndose á María,—tendrá la bondad de esperarnos aquí dos minutos; ¿no es eso?

María respondió con una inclinacion de cabeza y las dos mujeres salieron.

La novia de Utrera oyó sus pasos sonar en el corredor hasta que se apagaron totalmente.

Abismada en profunda cavilacion pensando probablemente en su D. Enrique, dejó trascurrir un cuarto de hora sin apercibirse del tiempo.

Salió por fin de su abatimiento, y creyó haber estado sola más largo espacio del que juzgaba razonable.

Sin embargo, no tenia motivo alguno para abrigar inquietud, y esperó un segundo cuarto de hora.

Pero ni la Eufrasia ni la señora de la casa se daban trazas de terminar su ocupacion.

Entonces María comenzó á sentir una penosa impaciencia.

Quiso avisar á la Eufrasia y advertirla que en la calle del Humilladero podia causar inquietud su tardanza; más se contuvo temiendo pecar de imprudente.

Así, en esta indecision, pasó un nuevo cuarto de hora que esta vez la pareció más largo que los otros.

María era una pobre muchacha, cuyo recogimiento habia dado á su corazon una timidéz invencible.

Esta virtud, ó este virtuoso defecto, si se nos permite la paradoja, contribuyó en la ocasion á que nos referimos, á refrenar muy poderosamente su creciente afan.

Pero todo tiene su límite en el mundo, y aquella soledad que se prolongó por espacio de hora y media, causó ya inquietud en su ánimo.

Entonces fué cuando, venciéndose á sí misma, se resolvió á llamar, y llamó.

Nadie respondió á la jóven.

Creyó que esto consistiria en haber alzado poco la voz, y volvió á llamar.

El mismo silencio, la misma soledad; nadie respondió á su voz.

Repetidó una y otra y otra vez el llamamiento, y observando con terror que nadie la respondia, miró en torno suyo creyéndose juguete de un sueño.

Acercóse á la ventana, y vió la oscuridad de una cosa que no se podia asegurar si era ó no el pátio de la casa, aunque seguramente no era tampoco la calle, porque ningun rumor daba indicio alguno de esto.

María entonces, sobrecogida, temiendo á un peligro desconocido, y no sabiendo cómo explicarse su extraña situacion, perdida en un laberinto de ideas vagas, confusas, pero terroríficas, comenzó á creer que era víctima de un mal sueño, de una pesadilla cruel.

Fijó sus ojos en el oscuro y largo corredor, á través de cuya lobreguéz creia distinguir fantasmas, visiones de color de tinieblas; espectros cárdenos fosforescentes; que tomaban cuerpo que ora parecian acercarse, ora se alejaban: ya desaparecian, ya cobraban nueva forma y se multiplicában de un modo sobrenatural, prodigioso.

Largo rato permaneció así, como indecisa, suspensa entre la esperanza del que confia sustraerse á un ensueño, y teme más el despertarse para trocar la realidad que le horroriza.

De pronto empezó á andar casi maquinalmente con direccion al corredor, aguzando el oido y comprimiendo su respiracion.

En su situacion de singular espanto, hubiera podido coger el velon que sobre una mesa lanzaba una macilenta luz; pero María ni siquiera pensó en este auxiliar del miedo.

Tambien el pánico tiene su denuedo; y para probar la verdad de esta afirmacion, suplicamos á nuestros lectores registren las memorias de su infancia.

Pues María estaba en la infancia á pesar de sus diez y siete años.

Adelantó hasta el umbral de la puerta y en él se detuvo.

Su turbada vista no distinguió ni objeto ni luz por el momento.

Pero su oido, sumamente aguzado, como si á este órgano hubiera querido comunicar todas las demás facultades de los otros sentidos, creyó percibir, casi á su inmediacion un rumor, un crugido como el que pudiera producir el roce de la seda.

Casi al mismo tiempo su mirada debió hacerse más penetrante, porque si bien con vaguedad, de un modo confuso, distinguió las tintas de un rostro que se destacaba inmóvil en la oscuridad del corredor.

Fijóse con mas insistencia, y percibió en aquel rostro unos ojos negros, que miraban fijamente, pero que la miraban á ella: ojos con vida, penetrantes, animados á medida que los suyos se habituaban á distinguir entre las sombras.

Aquel rostro, aquellos ojos, se movieron, se acercaron por fin, y el roce de un vestido, roce perceptible, marcado, dió á nuestra pobre jóven la certeza de que una persona la habia estado observando desde aquel sitio.

María exhaló un grito, retrocedió algunos pasos al centro de la sala, y estuvo á punto de desplomarse.

La persona que la habia estado atisbando, entró al retroceder la jóven, pero con lentitud, cual si midiera y contára sus pasos, deteniéndose luego á cierta distancia

y sin murmurar una sola palabra.

La novia de Utrera, depuso algun tanto su terror, aunque su asombro, su extrañeza crecieron de todo punto.

Tenia ante sí á una señora cuya apariencia indicaba debia pertenecer á una clase elevada.

No era jóven, pero tampoco habia depuesto esos treinta y cuatro á treinta y seis años en que ciertas mujeres adquieren si cabe mayores atractivos.

Su rostro conservaba toda la belleza de un pasado tranquilo, en que las comodidades y la satisfaccion material ejercen su accion contra los embates del tiempo, reparando las huellas que este deja en cuanto toca.

Sus ojos negros brillaban con la intensidad que debieron brillar á los diez y seis años, pero con ese brillo reposado, por decirlo así, trás el cual se esconde la reflexion de un alma que sabe dominarse. Su tez, de un moreno claro y rosado, era tersa, fresca, sin una sola mancha ni arruga.

Su estatura era elevada, imponente en una mujer que como aquella revelaba en sus ademanes, en su porte una magestad que corria parejas con el desdén.

Largo rato contempló aun, sin salir de su inmovilidad y su silencio, á la turbada y sorprendida jóven.

Parecia como que trataba de leer algo en aquel bello é inocente rostro, ó que tal vez buscaba en él un recuerdo, una semejanza.

—¿Por qué tiene Vd. miedo?—preguntó al fin.

María no contestó, aunque sus lábios parecieron querer articular una respuesta.

—Sosiéguese Vd., hija mia,—añadió la señora,—y tome Vd. asiento, pues tenemos que hablar.

La pobre muchacha obedeció y se sentó maquinalmente sin darse cuenta de cuanto la estaba pasando, ni en qué pararía aquello.

La señora se sentó á su lado y dijo:

—He estado observando á Vd. desde ahí en ese corredor, porque tenia curiosidad y deseos de conocerla. Tiene Vd. un corazon tan débil como es Vd. hermosa. ¿Por qué se ha dejado Vd. dominar así por el miedo, hija mia?

El tono y la acentuacion particular con que su interlocutora pronunció las palabras *hija mia,* llamaron de tal modo la atencion de la jóven, que no pudo por ménos que levantar los ojos y mirar fijamente al rostro de aquella extraña mujer.

Pero suplicamos á nuestros lectores nos permitan abandonar por un momento esta escena para ocuparnos de otros asuntos y otros personajes que interesa no abandonar en este momento.

Luego tendremos ocasion de reanudar este capítulo, y dar una solucion al singular acontecimiento de que no acertaba á darse cuenta la sencilla prohijada de los honrados viejos de la calle del Humilladero.

CAPITULO X.

En que el lector verá cómo un pueblo se prepara con anticipacion á las grandes catástrofes que presiente.

Hemos abandonado á María en una situacion, si no grave, por lo ménos en alto grádo extraña.

—¿Qué hacia entretanto su amante?—¿No disponia en el espacio de seis dias de un solo momento para consagrarlo al caro objeto de sus amores? Y si sus ocupaciones eran tan extraordinariamente importantes que no le dejaban un solo momento libre, ¿por qué no se apresuraba á tranquilizar á la honrada y humilde familia que tenia puestas en él todas sus esperanzas? El Maestro hubiera podido llegarse á la calle del Humilladero y dar á su ausencia una explicacion satisfactoria; y en defecto de este, nada más fácil era que enviar á cualquier persona con dos simples renglones de su puño y letra.

Hé aquí lo que se ocurrirá á todo el mundo que se fije un poco en este particular á no abrigar sospechas desfavorables hácia el amante de María.

Pero los hechos, que acaso explican de otro modo la conducta de D. Enrique, van á justificarle.

Volviendo á las expeciales circunstancias porque atravesaba el pueblo de Madrid en aquellos aciagos dias, son muchas, muchísimas las excepciones que debemos dar y habíamos omitido en lo que llevamos de nuestra narracion.

La ansiedad del público era cada dia más profunda, creciente á medida que el mes de abril adelantaba.

Los acontecimientos que á pasos de gigante venian precipitándose á complicar tan excepcional situacion, tenian ya en qué fundar su terrible planta.

La mina estaba cargada suficientemente, y si á partir desde aquel punto se difirió su explosion, fué porque faltaba la incendiaria mecha, una sola chispa, un pretexto el más débil en que prender.

Ya las esperanzas que por un momento se habian abrigado, no encontraban eco, ni siquiera disculpa en la sana razon. El más iluso, el más fácil en hallar explicacion á ciertos síntomas entre los indignados habitantes de la córte, no podia formarse ya una ilusion halagüeña que atenuase los negros colores de la tempestad formada sobre el horizonte de la pátria, y que tan próxima estaba á descargar con terrible furia.

En el noble pecho español ha cabido siempre la lealtad y la confianza hasta un grado peligroso, sí, peligroso: porque ¡cuántas veces por las puertas fáciles de la confianza se entra con faz amistosa la hipócrita y faláz perfidia!

Ya hemos dicho y todo el mundo sabe que esto habia acontecido con el pueblo de Madrid al entrar en su recinto las huestes de Napoleon.

Las disensiones entre la familia real y la pasion del

pueblo hácia el príncipe Fernando, hicieron creer á sus huéspedes los pacificadores, ó más bien mediadores, entre hijo y padre. Al final de nuestro libro verán nuestros lectores cómo el emperador y rey medió en estas discusiones político-domésticas, como las llama el historiador Lafuente con grande oportunidad.

Prevenido, pues, el pueblo de Madrid con la presencia de hechos que no habia esperado, tan indefenso como entregado á sí mismo, sin otra autoridad que su débil junta de gobierno, ni más fuerzas que oponer llegado el gran dia que su santa indignacion y el inútil golpe de un brazo desarmado; si es verdad que su impotencia era de todo punto manifiesta, no lo es ménos que en su afan de arrojar de entre sus muros las águilas que aborrecia, ni siquiera se detenia su ódio implacable á medir toda la enorme desproporcion que existiria en el caso de aventurar una lucha.

Dice á este propósito el historiador Lafuente, que dejamos citado:

«Dios permite que estos primeros movimientos sean ciegos, (se refiere al levantamiento del Dos de Mayo) y el pueblo de Madrid no vió, ó no quiso reparar en la disigualdad de la lucha, y que habria sido menester un milagro para que no sucumbiera, pobre muchedumbre, sin armamento ni disciplina, sin direccion y sin jefe, oprimida por los cañones y por los fusiles y las lanzas y los sables de las veteranas y brillantes y prevenidas legiones imperiales, acaudilladas por uno de los más famosos y estratégicos generales y el más acreditado ginete y vigoroso brazo del imperio.»

Pero ese pueblo á que nos referimos, desde que á la desconfianza fundada en odiosos hechos y ofensivos alardes, sucedió la secreta decision de sacudir su yugo cada vez más

pesado, parece como que tuvo á ménos el detenerse á considerar el ostentoso aparato de tan inponente fuerza...

Decíamos que el pueblo no tenia jefes que fuesen capaces de dirigirle en un momento dado; pues las tropas españolas, ocupadas en forjar nuevos eslabones para la cadena con que el coloso francés pretendió en su sueño ambicioso ceñir al mundo, ni siquiera volvian entonces atrás sus ojos á considerar el peligro en que estaban la libertad y las instituciones de la pátria. Pero si en Madrid faltaban guerreros, caudillos que en cierto modo garantizasen las complicaciones y los riesgos de un porvenir, dispuestos á colocarse á su frente en un caso supremo, no así faltaban hombres que dominasen y aun dirigiesen la opinion, propagando las noticias que pudieran quedar más aisladas por su alta procedencia, atizando el encono, el ódio ciego á las huestes imperiales, y el temor de la dominacion que debia desenfrenarse bajo el más fútil pretexto, y desde el momento en que la máscara, ya insegura en el rostro del caudillo francés, cayese á tierra con el primer estremecimiento, con la primera convulsion que alterára el inseguro equilibrio de un órden tan anómalo como pronto á quebrantarse por ambas partes; por el pueblo y por los extranjeros.

Identificados en la clase más inferior, varios activos y afanosos agitadores, no se daban tregua ni punto de descanso, corriendo desde el centro á las estremidades con la ardiente ansiedad del que acaba de columbrar un voráz incendio que incomunicado en el centro de un edificio, vá formando pavesa y cobrando brios para estallar y devorarlo todo, si á tiempo no se le oponen elementos capaces de extinguirlo y anonadarlo en su orígen.

Uno de estos agitadores, el cabeza de todos, era el entonces popular conde de M.., conocido por el tio Pedro, y

de quien nos hemos ocupado indistintamente.

De un carácter turbulento y emprendedor, prescindiendo ahora de sus rancias ideas en política, nadie era seguramente tan apropósito como él para promover, órdenar y atizar los motines.

Democratizado, digámoslo así en sus costumbres, aunque aristócrata intransigente en el corazon, el pueblo de los barrios le tenia por su amigo y su oráculo á la vez. Conocia M... de tal modo á sus gentes y estaba tan seguro de su ascendiente y prestigio sobre ellas, como pudiera estarlo Murat respecto de sus aguerridos soldados.

Aquel atrevido y célebre personaje llevaba sus intimidades con el pueblo al extremo de vivir habitualmente en sus círculos; y así se le veia comunmente en las tabernas y en los corros de la gente templada con tanta naturalidad, y tan espontáneo, que hasta su decir y sus maneras, no formaban discordancia alguna con la sencilléz de los demás.

Uno de sus favoritos, ó más bien de sus amigos, era el Maestro.

Don Enrique Utrera, especie de otro yo del conde de M..., ó tio Pedro, como en adelante le llamaremos, tan apasionado por el pueblo y tan identificado con él como el que más, era el primer agente con cuya inteligencia y actividad no comunes se contaba en aquellas críticas circunstancias; pues en materia de patriotismo y de ódio á los franceses, todo era capáz de sacrificarlo, todo lo abandonaba, madre y amante, si en algo podia servir á los planes que se preparaban y contra los riesgos que con fundamento se presentian.

Desde el momento en que se tuvo noticia del viaje del

rey Fernando, ni el tio Pedro, ni D. Enrique, descansaron un solo momento, fraguando á cada paso maquinaciones con las cuales se pudiera impedir la marcha.

Don Enrique se habia casi relegado á vivir en el barrio de Maravillas, donde por espacio de dos dias revolvió á todo el vecindario, de casa en casa, de uno en otro cuarto y de una en otra taberna. Con todos bebia, con todos hablaba, y á todos arrastraba con su sencilléz simpática y su escelente carácter, exponiéndose muchas veces, en su ardiente celo, á comprometer gravemente su seguridad y la de sus amigos.

Hombre de un valor á prueba, y de una voluntad incontrastable, bastábale adquirir un compromiso, empeñar una palabra la más sencilla, ó formarse él mismo un propósito, para no descansar ni omitir medio en tanto no dejaba estrictamente llenos los deberes cuyo límite ensanchaba hasta la exageracion.

Aparte sus activas gestiones para detener la salida de Fernando, gestiones que al fin se estrellaron contra la fatalidad que parecia presidir á todo, Utrera habia adoptado una resolucion enérgica en lo concerniente á la desnaturalizada madre de su amante.

Desde que tuvo, más que una sospecha vaga, la certeza, el convencimiento de que no eran una fábula sino una evidencia tan clara como la luz, las revelaciones de la criada, buscó á la amiga y confidente de Eugenia, quien confirmó cuanto decia relacion con el principio de tan sério negocio.

La misma tarde en que se avistó con dicha señora, fueron ambos á la casa de Eugenia, á quien de buenas à primeras y sin ningun género de rodeo embocaron cuanto la amiga podia testificar.

Eugenia no habia esperado que Utrera se valiese ni aun que soñára remotamente en apelar á un recurso semejante; así es que desde el primer momento se desconcertó y confesó vencida.

Lo que más aquella mujer temia era el ridículo, y más aun que al ridículo á que el baron del Pino, sabedor de aquella historia, con sus graves y antimaternales detalles, diera al traste con la palabra empeñada, y por tanto con sus más risueñas esperanzas de baronazgo.

Extrechada por sus dos exigentes acusadores, pidió un plazo en el cual se resolveria decididamente á reconocer á su hija, y valiéndose del documento que obraba en su poder y en el cual existia la declaracion consabida hecha por el conde de la Alianza, legitimaria en lo posible á María, como hija del valiente general.

Pretestó para ganar el plazo de su resolucion que necesitaba preparar á su padre, cuyo enojo la imponia.

En vista de tales razones no hubo dificultad en la tregua, pues ella conducia al mejor arreglo.

Quedó Utrera en volver de allí á unos dias, en la seguridad de obtener definitivamente por parte de Eugenia una resolucion tan completa que de hecho pudiera ser comunicada así al viejo protector de María, y aun desde luego á esta misma.

El plazo fijado era precisamente la tarde que precedió á la escena del Postigo de San Martin, con el suceso del francés que la precedió y al que sin embargo debemos dar una importancia secundaria.

Don Enrique, por una exageracion de su celo, diferia para entonces hasta el alegrar con su presencia la casa de la calle del Humilladero, en donde con tal ansiedad le habian esperado inútilmente.

Por otra parte, ya lo hemos dicho: las combinaciones del conde de M... y suyas para impedir la marcha de Fernando, le llevaron al extremo de que no hubiese dormido sino dos noches en su casa durante los seis dias, y esto retirándose muy á deshora.

Entretanto Eugenia urdia su trama.

Sabedora de la residencia de María, buscó un medio de acercarse á ella, procurando en la misma fuente del mal su remedio, pero un remedio desesperado, violento, inconcebible cuando se trata de una mujer cuyo corazon debe ser todo timidéz, ternura, bondad y conmiseracion.

Cierta mañana pasó cerca de la taberna, y observó que una jóven, su hija tal vez, conversaba con una anciana de pobre apariencia.

Confundida entre las gentes, á cuyo efecto habia tenido buen cuidado de vestirse un desaliñado traje, observó de hito en hito á la mujer jóven y á la vieja.

Esta se despidió al fin, y á los pocos momentos pasaba cerca de Eugenia, casi rozándose sus vestidos.

Eugenia siguió detrás, y la vieja entró en su albergue.

Este albergue lo conocen ya nuestros lectores, pues hemos tenido ya ocasion de penetrar en el inmundo nido que habitaba la tia Eufrasia.

No era en verdad Eufrasia una mujer muy escrupulosa cuando se trataba de dulcificar con alguna dádiva el cuadro de su miseria; pero debemos confesar que las primeras insinuaciones que la hizo aquella especie de providencia, ó para ella extraña señora, fueron tan profundas, tan convincentes como pueden serlo algunas onzas de oro puestas sobre una mano que jamás sustentó canti-

dades reunidas que escedieran de veinte reales.

El resultado de esta conferencia fué convenir el medio de que Eugenia pudiese hablar á solas con la muchacha, por supuesto bajo la más profunda reserva por parte de Eufrasia.

Esta no dió señales del menor escrúpulo, pues por otra parte, ¿qué peligro correria la jóven, y qué males podia originarle una conferencia con una señora de *cuyo buen corazon habia recibido testimonios tan fehacientes*?

Nada ha habido ni habrá nunca en ningun tiempo, edad ni sociedad bien constituida, que avive tanto el entendimiento como el *oro de ley*. La tia Eufrasia no era *lerda*, pero las dádivas, y sobre todo la esperanza de su repeticion, duplicaron sus facultades intelectuales.

Lo del francés habia sido un mero pretexto. En el estado de duda y de celos en que se encontraba la pobre jóven, podia servir de algo, y servia en efecto, aunque únicamente para alejar á la mansa ovejilla de su caro redil.

Eufrasia recordaba que el francés se bebia los vientos por la jóven, y que, especie de centinela avanzado, se limitaba á gozar desde una razonable distancia del bello golpe de vista, de la agradable perspectiva que ofrecia la modesta española. Esta, tan solamente á fuerza de ver al cachazudo oficial pasar y repasar la puerta, llegó á apercibirse, aunque sin dar á esto la menor importancia, que aquel prójimo se moria por sus pedazos. Eufrasia lo observó tambien, y desde que hubo adquirido el susodicho compromiso con Eugenia; mediante las legítimas y auríferas medallas de Cárlos III, asoció á sus planes al insulso guerrero del gran Napoleon.

María, en su angustiosa confusion, ni siquiera opuso

dificultad, como ya hemos visto, á que le acompañara un hombre que le era de todo punto indiferente; y el francés estuvo puntual á la cita que, puestos en inteligencia, le habia dado Eufrasia la víspera de los sucesos que vamos relatando.

En teoría, es decir, en proyecto, las personas irresolutas no vacilan en convenir con aquellas mismas gestiones que les son más contrarias; y María, irresoluta por su natural tímido, por su docilidad y falta de iniciativa, permitió que el francés hiciera á su lado el *rendez-voaz* en la proyectada escursion á la iglesia de San Ginés, y que habia de tener por resultado cazar al extraviado, y segun Eufrasia, variable don Enrique.

Ya hemos visto cómo en la práctica la pobre jóven halló inconveniente y aun vergonzosa la compañía del francés. Apenas este se hubo acercado á ella, recordó, viniéndole á mientes la aversion que Utrera profesaba á los extranjeros, cuán digna de reprobacion se hacia consintiendo aquel hombre á su lado.—Libre ya de él respiró con libertad, como el que consigue alejar de sí un fenómeno.

Volviendo á D. Enrique Utrera, este, el conde de M... y demás agitadores, habian convenido llenar de grupos la plaza de Palacio el dia en que se verificó el viaje del rey. La intencion era impedir esta salida promoviendo un motin; mas ya en el terreno, y habiendo el de M... conseguido hablar en persona á Fernando, este le recomendó que no diera ningun paso que pudiera turbar la buena armonía con los franceses, que calmase á las turbas, asegurándolas en su nombre que en aquel viaje estribaba su mayór felicidad, pues se prometia una amistosa acogida por parte del emperador su aliado, concluyendo por asegurar

que el regreso era cuestion de cinco ó seis dias á todo lo más (1).

Las recomendaciones y seguridades del rey vencieron en el ánimo del llamado tio Pedro, quien, ayudado de Utrera, calmó á la multitud apiñada en torno de Palacio. Esta vió salir al jóven monarca llena de tristeza, y refrenando sus ímpetus acompañó á la pequeña comitiva con saludos y aun con lágrimas de cariñosa lealtad.

Fracasada esta tentativa, nada tuvo ya que hacer don Enrique, sino esperar al desenlace que preveía como todos, de los acontecimientos que iban amontonándose con grave complicacion.

Entonces pensó en lo que interesaba á María, prometiéndose, ya que no era posible dar mayor legitimidad á su nacimiento, acreditar á esta quiénes eran sus padres y el fracaso que la redujo á su condicion de expósita por espacio de más de diez y seis años.

A las cinco de la tarde en que habian convenido su entrevista él y Eugenia, fué á la casa de esta.

Allí le anunciaron que la señora habia salido una hora antes, y que tardaria por lo ménos otro tanto tiempo en volver.

El asunto era demasiado importante para nuestro jóven; pues su solucion bastaria para compensar las inquietudes en que presumió habia estado aquella pobre familia mientras duró su prolongada ausencia.

Resolvióse á esperar, y esperó más de una hora y de

(1) Nuestros lectores recordarán en su ilustracion que el viaje de Fernando VII duró muy cerca de seis años. Tambien recordarán la coronacion y presencia en Madrid del intruso José I.

dos; pues eran dadas ya las nueve de la noche, y Eugenia no se daba trazas de regresar á su casa.

Era costumbre del señor Colás cerrar su establecimiento un poco antes de las diez.

Desde la calle del Prado á la del Humilladero mediaba una distancia considerable.

El corazon de Utrera comenzó á sentir una especie de remordimiento por lo que debia haber hecho sufrir á su amante; así es que por una parte este escrúpulo, y por otra el deseo que de verla tenia, le decidieron á aplazar para el dia siguiente la anhelada entrevista.

Con el corazon lleno de emociones y de pesar á la vez, se dirigió al templo de sus amores.

Llegó, y antes de dar escusa ni explicacion alguna preguntó por María: el tio Colás, cuyo semblante de ordinario apacible, se habia tornado fosco y afligido, no supo qué contestarle.

Miró á la señora Teresa, y la encontró llorosa: el tio Colás la habia reñido ágriamente por permitir que la jóven saliera á aquellas horas y con aquella mujer, y desde que la vuelta de María se habia ido dilatando comenzó á redoblar sus reconvenciones, pintando con negras tintas los más negros peligros; enumerando todas cuantas desgracias pueden acontecer á una persona, y sobre todo á una jóven que sale de su casa á deshora, y apuró tanto el catálogo, que desde el peligro de un rapto, una violacion, etc., hasta el de tropezar contra un guijarro y quedarse muerta instantáneamente, todo, todo y más si hubiera podido, arrojó como dardos de fuego al corazon arrepentido y apenado de la pobre mujer.

Don Enrique, sorprendido ante la perplegidad y aspecto de los pobres viejos, y no viendo allí á María, temió

á una desgracia, y preguntó repetidas vesces hasta que le informaron de lo acontecido.

A su vez concibió los recelos de que ya participaba el tio Colás.

Despues de una larga indecision concibieron el propósito de buscar por todo Madrid á la jóven y juntamente á Eufrasia á la cual habian buscado repetidas veces, aunque sin fruto, en su chirivitil.

Sin rumbo fijo, y recordando que la vieja habia dicho que irian á la iglesia de San Ginés, ambos tomaron aquella direccion, aunque por distintos caminos, pues podia darse la feliz casualidad de encontrarla al paso.

Pero D. Enrique y el tio Colás volvieron á encontrarse frente á frente de San Ginés, y el uno no habia tenido más fortuna que el otro.

Entonces resolvieron recorrer las calles inmediatas, y despues de una larga escursion, cerca ya de la media noche, se detuvieron desalentados junto á un poste que habia en el Postigo de San Martin.

La Providencia parecia guiarles; pero estaban muy lejos de esperar que tan cerca se hallaban de su objeto.

Resolvióse que uno de ambos volveria á la taberna, por si entretanto habia regresado la jóven.

El señor Colás, que con el ansia de que estaba poseido, pareció retroceder á lo más fértil y vigoroso de sus años, fué el que se encargó de esta mision.

Don Enrique volvió en tanto á pasar y repasar calles, aunque buscando siempre como punto de regreso el poste situado en la citada calle, á donde habia convenido reunirse con el tabernero.

Este volvió al cabo de una hora, sin la esperanza que aun le habia alimentado hasta llegar á su casa.

No abrigaron la menor duda de que algo extraño habia acontecido á la pobre María; y su consternacion les acompañó hasta las cinco de la madrugada, cuyas primeras horas vinieron á sorprenderlos mostrándolos á las gentes madrugadoras tan pálidos y ojerosos como dos espectros.

CAPITULO XI.

La perfidia, el orgullo y el egoismo.

Hemos dejado á la pobre María frente á frente de aquella extraña mujer, que se le habia aparecido con todos los síntomas y caractéres de una vision.

Algo tranquilizada la jóven desde que llegó á conocer en su interlocutora un sér humano, de carne y hueso como ella, y cuando le hubo preguntado:

—¿Por qué se deja Vd. dominar así por el miedo, hija mia? pareció como que un secreto instinto, una voz misteriosa la habia obligado á fijarse en las últimas palabras de aquella pregunta.

Verdad es que cualquiera hubiera distinguido *un algo singular* en el acento con que fueron pronunciadas.

María, pues, miró fijamente á su interlocutora.

Esta sostuvo poderosamente aquella mirada, de tal modo que María tornó á bajar sus ojos.

Para nuestros lectores no es ya un misterio el nombre

de aquella mujer, pues ya se explica muy claramente que la hija y la madre, es decir, Eugenia y María, se encontraban por fin reunidas, al cabo de diez y seis años de una separacion absoluta.

Eugenia volvió á repetir la pregunta, dando una inflexion más suave á su voz.

María respondió con ingenuidad candorosa:

—Señora, despues de lo que acaba de sucederme, no he podido ménos que asustarme con la presencia de Vd., más aun que de la soledad en que estaba.

—Y ahora ¿está Vd. tranquila?—insistió Eugenia.

—Tranquila, no; pero abrigo la confianza de que Vd. no me hará daño alguno; yo tampoco lo he causado á nadie; soy una pobre muchacha, una expósita, y ya vé Vd., mi debilidad puede más que yo...

—¿Con que es Vd. expósita?—preguntó insidiosamente Eugenia,—¿no conoce Vd. á sus padres?

—No, no los conozco.

—Pero ¿tendrá Vd. noticia de ellos?

—Tampoco.

—¿Dice Vd. que no tiene noticia de ellos? No me resuelvo á creerla.

—Yo no miento nunca, señora, y no sé por qué habia de engañar á Vd.

Eugenia quiso con una penetrante mirada, leer en el rostro de su hija; pero la inmutabilidad de esta la aseguró con gran extrañeza suya de que decia la verdad.

—Pero eso no obsta,—continuó,—para que Vd. desee conocerlos. ¿No ha pensado Vd. nunca en esto?

—¿Y de qué me serviria?—respondió la jóven.

—Tiene Vd. un amante de una clase superior á la suya.

—Para él no es un misterio mi condicion, señora; y si me quiere es por lo muy poco que yo valgo.

—¿Y está Vd. segura de que será su esposo?

María se ruborizó, luego se tornó pálida y respondió balbuciente:

—Así me lo ha jurado, señora; y él, que es un caballero honrado y cabal, no faltará á su palabra si no se opone á ella un grave motivo.—Pero, señora,—añadió,—¿por qué me dirige Vd. esas preguntas? ¿Quién es usted? ¿Qué puede interesarle todo esto?

Una repentina idea que acudió súbita á la imaginacion de la jóven la dictó estas preguntas.

Eugenia, sin embargo de haber equivocado su verdadero sentido, fué presa de una confusion que toda su serenidad de ánimo no bastó á evitar.

¡Cuán lejos estaba de creer en la tranquilidad de su conciencia, de que eran dictadas tan solo por los celos!

María recordó en aquel momento lo que Eufrasia le habia contado sobre su famoso encuentro con D. Enrique y una señora á la cual acompañaba en la Plaza Mayor.

Eugenia vuelta en sí de su turbacion,

—¿Desea Vd. saber quién soy,—preguntó á su vez,—y qué interés tengo en?...

—Sí, sí señora,—interrumpió María.

—Va Vd. á saberlo. ¿Vd. ama á D. Enrique?

—Sí, le amo, y él á mí tambien.

—Pues en ese caso, y una vez que tan segura está Vd. de su amor, deseo... quiero que Vd. haga en mi obsequio un servicio.

—¿Qué servicio, señora?

—No comprende Vd...

—No es fácil que comprenda: explíquese Vd.

Eugenia dudó un momento, durante el cual pareció prepararse á acometer su objeto, abordándolo de una vez.

—Toda vez que Vd. tiene tanto ascendiente sobre su corazon,—dijo,—quiero que impida la mala accion que intenta contra mí, accion que puede perjudicarme.

María respiró como si se quitára un peso de encima, y repuso:

—Si en mí depende darla gusto, señora, yo haré cuanto sea posible en obsequio de Vd. ¿De qué se trata?

Eugenia vaciló un instante, pero dijo resueltamente, dispuesta á concluir de una vez:

—Su amor por Vd. le hará cometer disparates; en su afan de dar á Vd. una familia... una... ¡pues! una madre... no repara en los medios...

—¿Qué es lo que dice Vd., señora?

—Digo que Utrera se ha empeñado en buscar á Vd. á toda costa, una madre...

—¿El?... ¿y para qué, señora?

—Eso se explica muy bien, teniendo en cuenta el dudoso nacimiento de Vd...

—¿Y esa madre...

—Esa madre es... soy...

—¡Quién!

—Quiere que yo sea tú... digo... su madre de Vd...

—¡Vd... mi madre!... dice Vd. que quiere...

Una luz misteriosa; un secreto presentimiento, sin duda la voz de la sangre, mordió agudamente en el corazon de María; quien levantándose súbitamente y retrocediendo contempló largo rato el semblante demudado y contraido de Eugenia.

Esta vez aquella mujer no pudo resistir la mirada fija, investigadora de la pobre criatura.

Despues de haber permanecido mucho tiempo en una meditacion contemplativa,

—¿Pero en qué se funda D. Enrique para exigir de usted tal cosa?... Yo tengo mis padres... quiero decir dos ancianos me están sirviendo de padres hace diez y seis años. Responda Vd., señora... ¿en qué se apoya D. Enrique para una pretension tan extraña?

Eugenia murmuró:

—¡Se funda... se funda... la verdad!... voy á decir...

—¿La verdad?... qué es lo que está Vd. diciendo... Esa confusion... ¡señora!...

María se interrumpió y contempló á Eugenia con una especie de alucinamiento.

Eugenia, haciendo un poderoso esfuerzo sobre sí misma, levantóse de su asiento, y acercándose lentamente á la jóven:

—Sí, D. Enrique no se ha fundado mal,—dijo,—porque has de saber que yo... yo soy efectivamente tu madre...

—¡Dios mio!... ¡socorro! ¡Dios mio!

La pobre jóven, al prorumpir en esta exclamacion, retrocedió con el terror tan marcado en su semblante, que Eugenia, inmóvil y como enclavada en su sitio, vió caer desvanecida á su pobre hija, sin acertar á socorrerla.

Por fin, saliendo de su perplegidad, acudió á la desmayada María, y consiguió hacerla volver en sí.

Abrió sus ojos la infeliz, y apenas se vió en los brazos de la que decia ser su madre, hizo un poderoso esfuerzo y consiguió desasirse.

Eugenia la vió alejarse á alguna distancia con cierto estupor, observando la convulsion que agitaba el cuerpo de su hija, y en el cual se traslucia bien claramente un terror invencible.

Sin duda alguna que no habia esperado causar semejante efecto, y necesitaba ser una fiera, peor mil veces que una bestia feroz, para no sobrecogerse ante aquella vírgen candorosa que se espantaba de encontrar tan inopinadamente á su madre.

A pesar de su ambicion, de su orgullo, se sintió sobrecogida, como aplastada bajo el peso de una providencial execracion.

Aquello era superior á su serenidad, á su audacia.

Frente á frente de su propia hija, y en presencia del espanto que esta la manifestaba, un torcedor horrible, un remordimiento cruel, una angustia de que no se dá cuenta con facilidad el corazon humano, se apoderó de su corazon y de su alma. ¡Diez y siete años de feroz disimulo acababan de ser castigados en una sola hora, en un solo momento! La situacion de ambas se prolongó aun.

Por último, recobrada Eugenia de su estupor, dijo en tono casi suplicante:

—¿Por qué huyes, hija mia?

—¡Porque ahora os tengo más miedo que cuando estábais en ese corredor!—respondió María.

—¡Qué dices, desdichada!

—Perdóneme Vd. señora, mas no puedo remediarlo.

—Pero soy tu madre...

—Bastante desgracia es para mí; pero no me haga daño... ya ve Vd., soy débil... muy débil... Dios mio... ¿Qué pecado he cometido yo para que me castigues así?

—¡Calla! ¡calla!—exclamó Eugenia en el colmo del sufrimiento, y no pudiendo resistir aquellas frases desgarradoras que tan espontáneamente salian del corazon de su hija.

Esta añadió:

—Por Dios, señora, dígame Vd. qué quiere de mí; yo haré cuanto Vd. me mande; pero déjeme ir pronto; tengo miedo, sufro mucho, y si permanezco más tiempo en esta casa creo que voy á morir.

Estas últimas palabras acabaron de convencer á Eugenia. Habia perdido el corazon de su hija. Es verdad que tampoco habia ido á aquel sitio con el firme propósito de buscarlo, sino con el de convertir en arma defensiva el poderoso afecto del amor filial.

Creyó seguramente que su revelacion enterneceria á la jóven, y se prometia de antemano un desenlace tan vulgar como provechoso á la escena que preparaba.

La actitud de María la desconcertó, porque ni remotamente habia pensado en ella.

Por último venció á medias en su corazon el interés de sus aspiraciones, y tomó su resolucion.

Adelantó algunos pasos con direccion á la pobre niña, y dijo con tono suplicante:

—No temas, hija mia; pronto quedarás en libertad de volver á tu casa: quiero únicamente que me prometas un favor.

—Acabe Vd., señora, estoy dispuesta á hacer lo que usted quiera; mas con la condicion de que despues me veré completamente libre, y no volverá á perseguirme.

—Bien, María; te prometo que quedarás tranquila por esa parte; óyeme con atencion.

—Ya escucho á Vd.

—Yo tengo un padre...

—Descanse Vd.; jamás se me pasará por la cabeza la idea de buscarle:—interrumpió María.

Eugenia continuó:

—No consiste en lo que tú hagas ó dejes de hacer.

—¿Pues qué quiere Vd.?

—Ya sabes; D. Enrique...

—¡Ah! Comprendo: quiere Vd. que yo...

—Eso es: quiero que tú le prohibas terminantemente llevar á efecto lo que intenta hacer. Quiero que renuncie á tan horrible propósito, ¿entiendes?

—Bien, señora; me opondré con todas mis fuerzas.

—No basta eso.

—¿Pues qué más exige Vd. de mí?

—Que le amenaces con abandonarle, con dejar de quererle si persiste en no dejarme tranquila, en labrar mi desgracia.

—¡Qué yo le haga semejante amenaza!... ¡Imposible, no, es imposible! yo no puedo prometer á Vd. eso.

—¡Desgraciada! ¡No comprendes la afrenta y los grandes perjuicios que me hace arrostrar! ¿No vés que yo soy más desventurada, mil veces más desventurada que tú, en medio de tu situacion?

—¡Ah! ¿con que es Vd. desgraciada? ¡Y para remediar su desgracia pretende labrar la mia!

—No, porque tu amante no te abandonará jamás y cederá á lo que le exijas.

María reflexionó un momento.

Eugenia, llena de ansiedad, esperó la resolucion de su hija como un reo espera la sentencia de su juez.

Esta se decidió por fin.

—Bien, señora,—exclamó,—prometo á Vd. que no tendrá motivos de zozobra en cuanto á eso. Exigiré á mi novio que la deje vivir en paz.

—¿De veras?—preguntó Eugenia con cierta espansion y como si respirara por primera vez durante aquel diálogo.

—Y tan de veras, cuanto me contrariaría y me repugnaría que pretendiera de Vd. lo que para mí considero una calamidad peor que cuantas pueden sobrevenirme.

—María...

—No se extrañe Vd., es una cosa natural. ¿Ahora puedo irme de aquí? Creo que hemos acabado.

—Todavía no.

—¿Aun quiere Vd. más?

—Júrame que me cumplirás tu palabra, que me librarás de esta enorme pesadilla.

La pobre muchacha juró con una prontitud, con una resolucion tan grande, que otra mujer de diferente índole que Eugenia, se hubiese espantado.

—¡Gracias! ¡gracias! hija mia;—dijo esta con efusion y reconocimiento.—¡Gracias! acaso algun dia...

Y adelantó con los brazos abiertos hácia la jóven, á quien hizo ademan de estrechar.

Pero María puso ambas manos por delante para rechazar aquel abrazo.

—¡Pero... María!...—exclamó Eugenia cada vez más asombrada,—¡soy tu madre!...

—He vivido diez y seis años sin ella; un honrado matrimonio se encargó de remediar esa falta, y á fuerza de cuidados y de cariño de tal modo han ganado mi corazon, que mi mayor desgracia seria encontrar para siempre mis verdaderos padres... Señora, es muy tarde; aquellas pobres gentes no habrán descansado un momento desde que hubiesen echado de ver mi falta; adios, señora: que Dios la haga á Vd. muy feliz; pero aunque lo sea Vd. más que una reina, olvídeme por completo y no venga nunca á turbar mi tranquilidad.

Un cuarto de hora despues, la pobre jóven vagaba á la ventura por las calles.

A su ignorancia en este punto, uníase la oscuridad de la noche, pues ni un mal farol encontraba en su extraviado camino.

Sin embargo, tenia ménos miedo que delante de la que acababa de declararse su madre.

No acertando con la vuelta de su casa, esperó á que fuese de dia, sin atreverse á preguntar á las personas que de cuando en cuando se encontraba acá y allá.

De este modo la sorprendió el alba en la cuesta de la Vega. Examinando el lugar en donde se hallaba, comprendió que se habia apartado algun tanto, y casi maquinalmente se dirigió á la calle Mayor.

Cerca de la casa de Villa encontró dos hombres parados, á quienes se dirigió para que la encaminasen á la calle del Humilladero.

Apenas hubieron oido su voz los desconocidos, se volvieron á ella con sorpresa, y casi á un mismo tiempo se exhalaron tres exclamaciones, tres gritos de alegría y de sorpresa.

Aquellos hombres fueron tan puntuales, tan solícitos con la pobre jóven, que la acompañaron á su misma casa. Eran el tio Colás y su amante.

CAPITULO XII.

Intrigas en el Real Sitio de San Lorenzo.

Forzoso es que dejemos á nuestros personajes en completa libertad de entregarse á los trasportes de su natural alegría, y á sus mútuas explicaciones.

Nos ocuparemos mientras tanto de lo que en la residencia del ex-rey Cárlos acontecia.

Para ello es tambien preciso que adelantemos algunos dias.

Estamos en el 17 de abril.

En la cámara de la reina María Luisa tenia lugar sobre las cuatro de la tarde una escena digna en verdad de otra nacion que no fuese España.

María Luisa y su hija la reina de Etruria conversaban amistosa y largamente con el duque de Berg.

La conversacion no tenia mucho de patriótica; pero en cambio halagaba sobremanera el orgullo del caudillo francés. En medio de aquellas dos mujeres, Murat desempeña-

ba entonces el singular papel, papel difícil, inesplicable para la nacion española, de mediador y protector de la familia reinante.

Parecia Murat un buhonero de coronas, segun las resolvia con familiaridad en su lengua de soldado.

Especie de divan para aquellas dos débiles mujeres, le escuchaban con tanta veneracion y tan sumisas que más que reinas tomáraselas por vasallas del gran duque, de S. A. R. é I., como le titulaban á cada momento con humilde insistencia.

Y se comprende muy bien tanta humildad, ó mejor dicho, tanta humillacion.

María Luisa le suplicaba restituyese á las sienes de Cárlos la corona que este habia abdicado en su hijo, *por violencia* y contra su voluntad.

La ex-reina de Etruria, que no esperaba recobrar la suya por no convenir esto á los intereses del gran emperador, pretendia la resarcieran con una parte del reino lusitano.

La que más afan demostraba entre ambas reinas, era María Luisa.

Entretanto su hijo, ya en Bayona, confiaba, aunque no tanto como en dias anteriores, en su reconocimiento por Napoleon Bonaparte.

María Luisa, no conceptuándose segura entre las tropas españolas,—bien escasas por cierto,—habia pedido al generalísimo *una guardia francesa* (1).

El cuñado de Napoleon sirvió en esto á la reina con esquisita puntualidad.

---

(1) Historia del C. de Toreno.—Desgraciadamente, y para que no se nos tache de osados, nos *ceñimos á la historia como la hiedra al fresno.*

En el momento á que nos referimos, la reina de Etruria callaba, pero tenia la palabra María Luisa.

—Querido príncipe, decia,—V. A. no debe inquietarse por eso: la gota no privará á Cárlos de escribir en su misma cama.

—En ese caso, señora,—repuso Murat,—dígnese V. M. dar al rey este borrador que traigo escrito á prevencion.— Y alargó á la reina un manuscrito.

María Luisa lo tomó, cogió en seguida un tintero y se encaminó al dormitorio del rey.

En el ínterin la reina de Etruria reanudó su conversacion con el gran duque.

—¿Con que persistís, monseñor, en asegurarme que tendré para mi hijo siquiera el vireinato de Portugal?

—Casi os lo juraria,—respondió Murat,—tengo pleno conocimiento de las intenciones de mi cuñado en ese punto, y así no vacilo en repetiros mis seguridades: fiad en mí y en la amistad que os profesa el emperador.

—¡Oh! cuánto le agradeceré esa prueba de su afecto, querido príncipe; y á vos tambien, querido príncipe, ¿cómo acertaré á agradeceros nunca el interés que por mí os habeis tomado?

El general Murat sonrió galantemente á la reina de Etruria, y dijo:

—Sois bastante hermosa, mi querida amiga, para que cuadren bien á vuestros lábios esas escusas.

—Ese nuevo favor tengo que agradeceros,—respondió la de Etruria pagando al caudillo francés su sonrisa y tendiéndole una mano que aquel estrechó contra sus lábios.

Luego añadió:



—En ese caso, señora, —repuso Murat, —dígnese V. M. dar al rey este borrador.



—¿Qué me decís acerca de la suerte del pobre Príncipe de la Paz?... ¿Podrá contársele libre?...

—Seguramente. Ya he dicho á la reina lo bastante respecto á esto; el príncipe es uno de mis mejores amigos y el emperador le quiere porque está seguro de su adhesion.

—¡Ah! en cuanto á su adhesion al emperador, no podeis dudarlo: todos nos confiamos á él, y ya lo veis, el rey no hace nada sin vos, que sois su amparo y su guia en estas difíciles circunstancias.

—Pues bien,—continuó Murat,—yo he respondido ya por mi honor, y vuelvo á jurarlo sobre mi espada, que pronto el Príncipe de la Paz quedará en libertad de emprender su viaje á Francia.

—Mirad, monseñor, que tiene muchos enemigos.

—¿Y qué importa? Yo, en cambio, tengo un ejército con que destruirlos, con que aniquilar á esos enemigos á quienes ni la reina ni el rey, ni vos debeis temer, mientras os defienda el brazo de Joaquin Murat.

—Por esa parte, gran duque, tenemos una completa seguridad. Pero ahí teneis á la reina que vuelve.

Con efecto, la reina apareció trayendo en una mano el borrador que la habia dado Murat, y en la otra una copia del puño y letra de Cárlos.

—A pesar de los dolores, ya lo veis, gran duque, no ha vacilado en escribir á la Junta.

Y entregó al duque de Berg la carta.

Estaba dirigida al presidente de la Junta superior de gobierno, de que era presidente el hermano del rey.

Por una de esas anomalías de que tanto abundó aquella época de confusion y desconcierto, dicha Junta se habia formado para suplir á Fernando en su ausencia, y el ex-

rey la comunicaba é imponia sus órdenes.

La carta que Murat repasó luego que la reina se la hubo entregado, decia así:

«Muy amado hermano (1).

«El 19 del mes pasado he confiado á mi hijo un decreto de abdicacion. En el mismo dia estendí una protexta solemne contra el decreto dado en medio del tumulto y forzado por las críticas circunstancias... Hoy que la quietud está restablecida, que la potestad ha llegado á manos de mi augusto amigo y fiel aliado el emperador de los franceses y rey de Italia, que es notorio que mi hijo no ha podido lograr le reconozca por este título... declaro solemnemente que el acto de abdicacion que firmé el dia 19 del pasado mes de marzo es nulo en todas sus partes; y por eso quiero que hagais conocer á todos mis pueblos que su buen rey, amante de sus vasallos, quiere consagrar lo que le queda de vida en trabajar por hacerlos dichosos. Corfirmo provisionalmente en sus empleos de la Junta actual de gobierno los individuos que la componen, y todos los empleados civiles y militares que han sido nombrados desde el 19 del mes de marzo último. Pienso en salir luego al encuentro de mi augusto aliado, despues de lo cual trasmitiré mis últimas órdenes á la Junta.—San Lorenzo 17 de abril de 1808.—Yo EL REY.—A la Junta superior de gobierno.»

El general Murat dobló y guardó tranquilamente aquel extraño documento, y se dispuso á salir.

—¿Os veré pronto, gran duque?—preguntó María Luisa alargándole su mano.

—Ignoro si podré volver con facilidad,—respondió el

(1) Memorias de Ofarril y Azanra.

duque de Berg,—porque tengo que escribir sobre muchos asuntos á la vez á mi hermano el emperador; sin embargo, V. M. lo sabe muy bien, que desde Madrid puedo servirla como si estuviera aquí en persona.

—Gracias, gran duque. ¿Y el Príncipe de la Paz?

—No teneis que temer, señora; ya os he dicho que está bajo mi proteccion y que lo arrancaré de su prision á pesar de todo.

—Mirad, monseñor, que está bajo la custodia de los guardias, y que tal vez...

Murat se sonrió con desprecio de los temores que manifestaba la reina, y añadió:

—Confie V. M. Los guardias de Corps no osarán impedir que el Príncipe de la Paz se encuentre dentro de seis ó siete dias camino de Bayona, bien seguro y escoltado por tropas del ejército imperial.

—¡Qué decís, gran duque! ¿será posible?

—Y tanto, señora.

—Es decir que acaso nos acompañará...

—No, señora; se anticipará algunos dias á vuestras magestades.

Murat se despidió al decir esto, con la altanería que le era tan natural, estrechando con aire de proteccion las manos que á la vez le presentaban la reina de Etruria y María Luisa.

Esta volvió á recomendarle no olvidára al *pobre* Príncipe de la Paz.

Aquella recordó á Murat con una encantadora sonrisa el futuro vireinato de Portugal, á cambio del de Etruria que se habia quedado á Napoleon entre los dedos, para completar su corona de rey de Italia.

Pocos minutos despues tomaba la vuelta de Madrid,

rodeado como siempre de su numeroso y brillante estado mayor y seguido por dos nutridos escuadrones de caballería.

Más adelante sabrán nuestros lectores el interés que María Luisa tenia en que la Junta de gobierno obedeciera al ex-rey Cárlos IV.

CAPITULO XIII.

La firmeza de María.

Luego que Enrique y el tabernero llegaron á su casa con el feliz hallazgo de María, esta quiso llenar su promesa.

Despues que reveló en parte el suceso de que habia sido víctima aquella noche, llamó aparte á su novio, y le dijo con una seriedad digna de otro asunto ménos odioso para el corazon humano.

—Enrique: tú me amas como siempre, ¿no es cierto?

Utrera se quedó mirándola fijamente largo rato sin acertar á comprender lo que su amante queria decirle con aquel solemne misterio.

—¿Sigues amándome como siempre?—volvió á preguntar.

—¿Puedes dudarlo María?—respondió el jóven.

—¿Y persistes en hacerme tu esposa?

—O renegar de cuanto hay para mí de más sagrado en el mundo.

—Pues bien; vas á darme la primera prueba de tu cariño; sino, si te niegas, entonces no te creeré.

—Habla, ¿qué prueba quieres?

—Antes dame tu palabra de que cumplirás lo que yo te mande...

Utrera se quedó perplejo, sin saber qué decir ni qué pensar de todo aquello.

—Enrique: ¡tu palabra!—insistió María con un tono imperioso que se le hizo tanto más extraño á su amante, cuanto conocia este el carácter hasta entonces tímido de María, quien añadió como ofendida por la indecision de Utrera.

—Qué... ¿temes acaso que yo abuse de tu palabra? ¿Desconfías de mí?...

—No,—respondió el jóven,—pero...

—Descansa, Enrique: nada te propondré que sea indigno de tu honradéz y de tu nobleza; muy al contrario; pero dame tu palabra de acceder á lo que te pida...

—Pues bien, la tienes. ¿Qué más deseas?

—Ahora tan solamente que la cumplas.

—Y la cumpliré, María.

—Es bien fácil, Enrique, ahora escúchame: he hecho á esa mujer que se llama mi madre, una promesa.

—¿Qué la has prometido?

—He hecho más, querido mio: he jurado que no tan solamente no volverás á inquietarla, sino que te opondrás á que nadie hable del asunto que se refiere á mi nacimiento.

—¡Qué es lo que has hecho María!—exclamó D. Enrique asombrado,—¿sabes tú lo que has prometido?

—Lo sé perfectamente: ¿qué tiene de singular?

—Tiene, y mucho: has renunciado á encontrar una madre...

—¡Una madre!... ¿estás en tu juicio, Enrique? Mi madre una harpía; una mujer sin corazon mi madre... Sin duda te has vuelto loco.

Utrera replicó:

—Pero aun cuando sea mala, aun cuando tenga mal corazon como dices, y es cierto, la felicidad de poder acreditar que es tu madre... luego el nombre que...

—Basta, Enrique, no prosigas; yo no podré conformarme jamás con una desgracia semejante: ¿no me has querido siempre tal como era?...

—Sí, pero...

—Pero no me quieres ya sino bajo otras condiciones, ¿eh?

—María... no seas injusta conmigo; yo te querré mientras viva, sin otro galardon que el galardon inestimable y precioso de tus virtudes, de tu hermosura...

—Pues bien: te creo, pero dime que cumplirás mis ruegos...

—Pero María...

—¡Silencio! ahora soy yo quien mando; será la primera y última vez, mas quiero se me obedezca.

—¡Bien, María! es una locura; pero te prometo no dar un paso que perjudique á tu madre...

—No basta eso; es preciso que te interpongas entre ella y los que quieran sacar partido de su secreto.

—Me opondré, María, me opondré con todas mis fuerzas; ¿qué más quieres?

—Júralo, júrame no faltar á tu promesa.

Enrique, obedeciendo á María, juró.

María dirigió entonces una mirada en derredor.

El tabernero se había entrado en las habitaciones inte-

riores, y su mujer permanecia en la puerta de la calle.

—Enrique, para que veas cuánto aprecio tu accion,—dijo María,—quiero darte una prueba...

Don Enrique vió que la jóven acercaba al suyo su rostro bañado en rubor, y comprendió qué prueba iba á recibir.

Imprimió, pues, el primer beso en aquellos virginales lábios, con todo el ardor; pero tambien con todo el respeto de su pasion por aquella jóven adorable á quien debia de hacer su esposa tan en breve.

Don Enrique cumplió bien pronto su palabra, y obtuvo del tabernero, así como tambien de la amiga de Eugenia, que poseia el secreto, que dejáran en paz á aquella madre desnaturalizada.

Petra Ruiz por su parte, ofreció no maquinar en contra de la que habia sido su ama ó más bien la inagotable mina de su ambicion.

Eugenia aparentó confiar en la ex-doméstica, pero en realidad la miraba como su único peligro.

Cuantas veces se la presentaba el baron, otras tantas temia llegase ya con la noticia de su secreto: y si por acaso faltaba á la hora puntual, á la hora en que acostumbraba visitarla, ya su zozobra no la permitia descansar un momento.

A cada paso veia con terror que el baronazgo podia escapársele de entre las manos.

El nombre de Petra Ruiz pendia sobre su cabeza cual otra espada de Damocles, amenazador, terrible.

Eugenia quiso abrogarse entonces, respecto de su ex-criada, las facultades de la Providencia.

Dió en ocuparse de su destino, de su suerte, con una asiduidad, con tal solicitud que Petra misma se hubiera

admirado de inspirar tales sentimientos, un recuerdo tan tenáz en la mente de su antigua señorita.

Evidentemente la presencia de la ex-criada en Madrid era muy peligrosa, y en la ocasion ménos pensada, en un acceso de aquella *enfermedad crónica* tan memorable, volveria á tomarla por su paño de lágrimas.

Pensó en curarla radicalmente, y para esto reflexionó largamente acerca de los medios que emplearia.

Pensó en que, destruida la causa cesarian los efectos; pero semejante axioma le pareció demasiado grave.

Valia tanto aquello como apagar un incendio arrojándole muchos combustibles.

Sabia por experiencia que los secretos no están nunca bien depositados; y para curar radicalmente á Petra necesitaba un auxilio, un confidente: más que todo esto un ejecutor.

Rechazó, pues, la primera idea, pero su imaginacion activa, incansable, concibió la segunda.

Esta era, sobre realizable, de todo punto sencilla.

Eugenia, por sus afecciones con el baron del Pino, se relacionaba muy intrínsecamente con varios generales del ejército francés, contándose entre ellos al general Grouchy.

Un dia resolvióse á hablar á este personaje, y efectivamente consiguió su deseo en el que fué palacio del Príncipe de la Paz, y á la sazon era el alojamiento del gran duque de Berg y Cleves.

Grouchy la recibió con estremada galantería.

—¿En qué debo tener el honor de serviros, señora?

—En un asunto sencillo y grave á la vez.

—Espero vuestras órdenes.

Eugenia repuso con fingido terror:

—Se trata de una persona que amenaza mi seguridad, mi vida...

—¡Señora!...

—Que cual si fuera mi sombra me sigue á todas partes, vela mis menores pasos y abusa de mi situacion exigiéndome todos los dias sumas considerables.

—¿Y esa persona es?...

—Una infame mujer, una gran criminal á la cual están asociados hombres sospechosos que velan por ella y participan de sus rapiñas.

—Pues entregadla á la justicia, señora.

—Entonces corria yo mayor peligro.

—¿Qué deseais, pues?...

—Deseo que Vd. me preste su auxilio, general, y que sin alegar razon de ningun género, mande Vd. reduzcan á prision esa mujer, pero en una prision segura.

—Un buen sitio se me ocurre.

—¿Cuál?

—En los calabozos del cuartel de San Gil.

—¿Cómo, entre los soldados que podais tener sufriendo arresto?

—No es forzoso: se la pondrá incomunicada. ¿Y se llama...

—Petra Ruiz.

—¿Me dareis las señas de su habitacion?

Eugenia dió las que ya conocen nuestros lectores.

—Id tranquila, señora; esta noche á las once será buscada y conducida con las mismas formalidades que si se tratára de un reo de Estado.

—Recomiendo á Vd. que nada diga de esto al baron, mi querido general.

—¿Pues qué no sabe?...

—¡Oh! ¡Dios me libre de tal: no estaria tranquilo un momento!—se apresuró á decir Eugenia.

—¡Afortunado baron! ¡baron afortunado!—exclamó el general Grouchy, saludando con este piropo á Eugenia, que, con el corazon lleno de gozo, se despidió regalando al francés su mejor sonrisa.

Por lo que se vé, aquella mujer diabólica habia llegado á comprender que la libertad era nociva para la salud de su antigua criada; y proveyó incontinenti y del modo más gratuito á esta necesidad imperiosa.

¡Júzguese cuál seria la sorpresa de Petra Ruiz cuando á las once de aquella noche se vió apresar por una partida de soldados franceses!

En vano alegó su inocencia, su adhesion á las tropas imperiales, su ignorancia absoluta del crímen ó delito que pudiera imputársela.

Tan solo uno de sus corchetes hablaba un poco el español, pero desgraciadamente para Petra Ruiz era ó se hacia el sordo con desesperante propiedad.

Quieras que no quieras no tuvo escusa, y fué conducida con los honores de un prisionero de guerra al cuartel de San Gil; cuartel tristemente célebre pocos dias despues por haber sido el depósito en donde permanecieron las víctimas bárbaramente mandadas arcabucear por el inhumano Murat.

Bien lejos estaba de sospechar la pobre y desconsolada mujer quién era el autor, ó más bien, cuál era la causa de su inmotivada prision, prision tanto más extraña, cuanto que nada tenia ella que ver con los franceses á quienes la debia.

CAPITULO XIV.

Reminiscencias de un desafío.

Así las cosas en cuanto á nuestros personajes, y creciendo con terrible ímpetu la ansiedad pública, las complicaciones de carácter general cedian su lugar á hechos particulares que no por eso ejercian ménos influencia en los ánimos, pues cualquier pretexto para el ya indignado pueblo de Madrid, era motivo de disension y ruidos parciales que más tarde habian de tomar un carácter y un giro por demás imponentes.

El general Murat, envanecido con las glorias por él adquiridas al lado del terrible Napoleon, harto de títulos y grandezas, cercado de adulaciones y agasajos, donde quiera temido, en donde quiera infatuado con el prestigio de su nombre, llegó al punto de que su vanidad le hiciera cada vez más intolerante, más odioso, alcanzando esto, como es natural, á los que principalmente sostenian su pompa: esto es, á sus soldados.

Frecuentemente habia que lamentar algun desastre de esos que jamás se evitan fácilmente cuando se trata de la dignidad de un pueblo grande, altivo, y que como todo país hospitalario y generoso, rechaza con la fiereza de quien se siente por tradicion y por potencia inconquistable la sola idea, la suposicion más vaga é insegura de que pudiera imponérsele un yugo capaz de inclinar con su peso frentes que no basta á humillar el polvo mismo de las tumbas.

La historia de las naciones suele mostrarnos á cada paso, no con su dedo, sino con sus más verdes laureles, aquellos pueblos que más se distinguieron por su valor indomable, por sus virtudes cívicas, por su fiereza, por su abnegacion.

Tambien nos habla de los mártires, de los héroes...

Y desde la creacion del mundo, desde que las razas se extendieron sobre él buscando el paraje que más conviniese á sus aspiraciones, á sus costumbres, á sus necesidades; y desde que la ambicion hizo brotar la rivalidad entre los hombres, la historia vá, de edad en edad, de siglo en siglo, arrojando á las posteridades nombres tan preclaros como los de Mucio Scévola, Sócrates y Caton...

La antigua Sparta fué cuna de aquella raza que no pudiendo vivir sino para la guerra, tenia madres tan excesivamente varoniles que despeñaban sin piedad aquellos de sus hijos cuya mala estructura, cuya deformidad los hacia inútiles para las batallas. ¡Sublime ejemplo de bárbara abnegacion, grandioso desprendimiento de aquellas matronas cuyas entrañas convirtió la necesidad en *minas de soldados*, cruel y horrible virtud de la raza más firme y sagáz que conocieron los tiempos!

El valor alcanza á todos los países del mundo; en todas

las naciones el valor pátrio garantiza su autonomía contra la agresion de que puedan hacerles víctimas los más fuertes.

Pero tan solamente á la vieja y poderosa Roma cupo el encontrar una Numancia...

¡Numancia!... No es dable pronunciar este nombre venerando, sin un sentimiento profundo de admiracion.

La misma Roma se horrorizó al pasear su triunfante carro sobre aquellas cenizas, heróicos despojos de una ciudad aun más heróica...

Pues bien: esa Numancia, que *primero fué quemada que vencida,* dejó sobre la frente de los iberos, sus hermanos, el inmarcesible laurel de su heroismo...

Por eso, si las demás naciones producen hombres de valor indomable, España, la pátria de los *numantinos,* es la única en cuyo suelo nacen y se multiplican los héroes.

Y si no, ahí están Gerona y Zaragoza, esas Numancias del siglo XIX... Ellas enseñaron al coloso de Austerlitz, de Jena y de Marengo, que en la superficie del globo tan solo hay un suelo inconquistable, y que antes podrán reducirse á polvo las columnas de Hércules, que uncirlas al carro victorioso de los modernos Atilas.

Si aun pudiera, en el trascurso del tiempo, algun conquistador afortunado, ceñir en una sola diadema los dos continentes, en vano suspiraria por completar esa misma corona gigantesca que decimos: le faltaria siempre su más precioso brillante, su joya más preciada.

Y pues que escribimos *para españoles* la palabra *Dos de Mayo* nos evita designar esa joya «por la cual en vano suspirarán todos los ambiciosos del mundo!» . . . . .

. . . .

Decíamos que el heróico y altivo pueblo de Madrid

contenia ya á duras penas el sacro fuego de su indignacion.

Los alardes del caudillo francés anublaban á cada paso la frente de los ciudadanos.

No satisfecho Murat de sus secretas intrigas, de sus maquinaciones, quiso añadir á la ofensa el reto.

Hospedado en el seno de una poblacion pacífica é indefensa, que acababa de recibirle como amigo, á su intriga, á su deslealtad, se reunió bien pronto la insultante desvergüenza.

Cuando por sugestiones engañosas acababa de alejar al jefe supremo del Estado, cuando nuestros ejércitos se dejaban maniatar confiada y ciegamente, y cuando la débil autoridad aparecia menoscabada y cohibida por el extranjero, este quiso hacer público alarde de su predisposicion hostíl de un modo intranquilizador.

Madrid se contemplaba entregado á sí mismo... ¡qué decimos! ¡entregado á merced de lo que quisieran hacer las prevenidas legiones de Napoleon Bonaparte!

En la conciencia de todos se agitaba la voz de alarma: en la razon de todos se explicaba tambien la tendencia de ciertos pasos, que si al principio buscaban ocultas vias, ahora ni siquiera merecian á quien los daba la prudente forma de la precaucion, del disimulo.

Joaquin Murat dió en revistar con particular frecuencia sus 40.000 hombres: dentro de los mismos muros de la villa verificó ciertos paseos militares que se distinguieron, para que nada les faltára, por el ruido atronador de centenares de cañones...

Otro pueblo más curioso hubiera encontrado en estos espectáculos belicosos, motivos grandes de soláz, de recreo y distraccion; pero sin duda el pueblo de Madrid no

es aficionado á gustar la perspectiva de ejércitos extranjeros, cuando estos buscan sus calles para campo de giros y maniobras.

Efectivamente, ese pueblo se hizo en aquella sazon tan avaro de los guijarros que cubrian sus calles, que no sin reconcentrado furor vió pasar y repasar sobre ellos, sobre los guijarros, aquellas cureñas cuyas ruedas habian cruzado tal vez el Egipto y retumbado en la cumbre de sus pirámides.

La actitud del generalísimo, hasta entonces individualizada, cundió á sus oficiales, y de estos á los simples soldados.

No pasaba dia, no trascurria hora en que de ello no obtuviera el pueblo un nuevo testimonio.

Mientras ni en calles ni en plazas se veia un solo soldado nacional, porque los que guarnecian de un modo anómalo á Madrid hacian en sus cuarteles vida de anacoretas, los imperiales todo lo invadian, en todas partes abundaban.

Pero no era esto lo grave, sino que sus desmanes, contenidos hasta entonces, rompieron su dique. Este dique no habia sido otro que el corto disimulo de Murat.

Arrojada por fin la máscara, depuesta la ficcion, y visibles en toda su desnudéz las agresoras tendencias, pareció que los franceses se conducian ya como en país conquistado.

Despues de todo, cualquiera de aquellos huéspedes cometia, por ejemplo, un desman de esos que no toleran nunca las leyes más tolerantes de la hospitalidad.

El honrado ciudadano, indignado por la ofensa y conocedor de su derecho, acudia, como es natural, á sus autoridades en revindicacion del agravio recibido. La de-

manda era justa: el agraviado, en uso de su razon y su derecho, conduciéndose muchas veces con una moderacion que le costaba no pequeños sacrificios del dominio de sí mismo, pedia justicia...

Los encargados de administrarla y garantirla volvíanse trémulos y confusos ante las demandas de los ciudadanos.

La pretension de estos valia tanto como esforzarse á sacar agua de un pozo exhausto, seco.

Los hombres de la justicia carecian de autoridad.—La autoridad estaba cohibida por un ajeno poder.

Por tanto, la espada de la justicia era una espada de caña en manos de los magistrados, cuando tenian que esgrimirla contra las huestes napoleónicas.

Compréndase ahora la situacion violenta, intolerable, tirantísima del pueblo de Madrid.

En las regiones más altas tenian lugar escenas, si no tan públicas y escandalosas, por lo ménos bastante depresivas, harto intranquilizadoras, asaz intolerables para el espíritu nacional.

Vamos á patentizarlo en este capítulo.

Habia llegado á noticia de Murat el duelo verificado entre Velarde, oficial español, y otro del ejército que aquel mandaba.

Presumimos que si la suerte hubiese sido adversa á nuestro capitan, el gran duque de Berg se abstendria de mediar en un asunto que tanto sostendria el honor de sus águilas.

Pero un triunfo sobre los suyos, aunque este triunfo fuese parcial, era un galardon para el mal contenido pueblo y una mengua para su orgullo y altanería.

Murat no pudo resistir, y terriblemente contrariado hizo llamar á D. Pedro Velarde.

El valiente artillero compareció ante la presencia del caudillo francés, completamente ajeno al asunto de que se iba á tratar, aunque desde luego sus conjeturas á la sola consideracion del extraño llamamiento, nada de favorable tenian.

Joaquin Murat le recibió con ostensible intencion de deslumbrar é imponer á nuestro bizarro militar.

Rodeaban al gran duque la mayor parte de los generales de su estado mayor.

Mas D. Pedro Velarde vió con perfecta tranquilidad aquella profusion de uniformes cuajados de oro y condecoraciones, sin que diese muestras de encontrar el menor contraste entre lo recargado de aquellos y la sencilléz del suyo.

Entró y saludó al gran duque con gravedad y laconismo perfectamente militares.

Joaquin Murat le envolvió en una mirada que con todo su estudiado y persistente dominio no hizo á Velarde inclinar la suya, no arrogante hasta la imprudencia, pero sí bastante firme, natural y serena para que el ojo esperto del cuñado de Napoleon distinguiese con quién se las habia.

—Señor capitan,—exclamó,—estos dias habeis infringido de un modo inconveniente las terminantes órdenes que el mismo rey ha dado para que no se alterase la buena armonía que debe existir entre franceses y españoles.

Velarde observó con perfecta serenidad.

—Monseñor, no acierto con el significado que tienen las palabras que acabo de oir de V. A.

—¡Demasiado sabeis á qué me refiero!—gritó Murat.

—Gran duque,—repuso Velarde ofendido,—con el profundo respeto que exige la superioridad de V. A., debo advertirle bien á pesar mio que el capitan D. Pedro Velarde tiene en mucho su honra para faltar nunca á la verdad. Así, pues, repito á V. A. que no acierto á comprender el valor de las palabras que he tenido el honor de oir.

El general se sintió como humillado por la leccion que acababa de recibir por boca del capitan español, y se mordió los lábios con despecho.

Los oficiales generales que le rodeaban, acostumbrados á inclinarse ante la voz imperiosa de su jefe, miraron la para ellos tan atrevida energía con que de un modo respetuoso acababa de volver al cuerpo del gran duque las inmoderadas frases proferidas.

Este replicó dominándose con gran trabajo:

—Me refiero, señor capitan, al duelo que habeis tenido con uno de mis oficiales.

—Siento,—dijo Velarde,—que se hubiese incomodado á V. A. dándole una noticia que á la verdad debió habérsele ocultado por su misma insignificancia.

—No es tan insignificante como decís, señor Velarde; tengo por cierto que habeis provocado á vuestro contrario.

—Siento nuevamente decir que han informado mal á V. A., mi contrario es quien nos ofendió á mis compañeros y á mí..

—Tambien sé,—añadió Murat,—que le habeis herido, y que por cierto no fué con la legalidad que debia esperarse de vos.

Velarde tembló y se volvió rojo de cólera, pero reponiéndose contestó con despechado acento:

—Si la falta de legalidad consiste en haberle hecho generosamente gracia de la vida, cuando he podido atravesarle veinte veces el corazon, admito, gran duque, esa ilegalidad que tanto favorece á un hombre de honor.

—¡Creo que exagerais, señor Velarde!—replicó Murat.

—He dicho á V. A. que no sé mentir: ahora repito que no miento ni exagero... Temo que el lenguaje de V. A. no es muy bien sonante que digamos á los oidos de un oficial español; y si esto ha de continuar así, os pido vuestro permiso para retirarme, monseñor.

—Tened en cuenta, capitan, que faltais á la ordenanza hablando de ese modo á un superior vuestro.

—Pues porque reconozco un superior en V. A., os suplico me permitais retirarme: de otro modo, monseñor, y á tratarse de otra persona ménos alta, os lo digo con el mayor respeto, habria prescindido de semejante súplica.

El duque de Berg se sintió nuevamente desconcertado, y en su interior deploraba la escena que acababa de provocar tan imprudentemente.

Las mesuradas, pero enérgicas frases de Velarde, bajo un fondo de forzoso respeto, envolvieron una especie de reto que si el generalísimo no podia oir sin castigar al que lo dirigia, tampoco eran para olvidadas para un hombre que tanto presumió de valiente.

Murat creyó que al rodearse de su estado mayor conseguiria confundir al modesto militar; pero su poco tacto en conducirse, á él fué á quien produjo un desconcierto por demás enojoso. Dos veces habia intentado humillar al digno artillero; pero éste le habia devuelto con esquisita delicadeza sus palabras ofensivas.

Múrat fingió que se interrumpia para despachar negocios de importancia, y con tales pretextos consiguió des-

pejar á todos sus generales, quedándose á solas con Velarde.

Velarde comprendió perfectamente las intenciones del gran duque, quien levantándose y variando enteramente de tono,

—Señor Velarde,—dijo,—acabais de faltarme dos veces seguidas: debia castigaros, pero ya lo veis, prescindo de mi categoría y os proporciono medios para que os expreseis con entera libertad.

—Doy gracias á V. A., gran duque,—respondió Velarde,—pero siento ignorar el móvil del favor que acabais de concederme.

Murat guardó un momento silencio, y luego repuso:

—Con la presencia de mis generales, tendria que conducirme de otro modo: me veria obligado á haceros comprender que me debeis obediencia:

—Monseñor...

—No vacileis, Velarde, y respondedme: hace algun tiempo os tenia por un amigo mio: decid, ¿me engañaba ó no en mi creencia?

—No, no se engañaba V. A.; porque entonces...

—¿Qué?

—Entonces admiraba al general Murat como á un valiente caudillo, como al que fué terror de los indómitos cosacos... Apreciaba tambien á V. A. como á un aliado de España... como á su amigo...

—¿Y ahora?

Pedro Velarde guardó silencio.

—Y ahora,—repitió Murat,—¿no me teneis ya por aliado y amigo?

—No, monseñor,—respondió Velarde,—antes bien he

cambiado totalmente de opinion: los sucesos hacen variar los sentimientos.

—¿Qué quieres decir?

—Gran duque: permitidme que guarde un respetuoso silencio.

—No, Velarde, hablad: no os lo mando como superior; pero os lo ruego.

—Pues bien, gran duque: desde que los sucesos de algunas provincias han llegado á mi noticia, tengo al ejército francés por enemigo de mi pátria, y tambien desde entonces profeso un ódio mortal á todo lo que lleva el nombre francés.

—¿Eso quiere decir que sois mi enemigo?

—He tenido la honra de ser franco y de decir la verdad á V. A.

—¿Y qué necesitaria yo hacer para recuperar vuestra amistad?

—Para el emperador bien poca cosa, monseñor; para mí que en tanto aprecio la libertad de mi pátria, tendreis que hacer mucho.

—¿Qué tendria que hacer, Velarde? acabad.

—Repasar la frontera.

—Y sin eso ..

—Tendreis siempre el más encarnizado enemigo en el mismo que algun dia fué vuestro admirador.

Joaquin Murat guardó un prolongado silencio é inclinó su cabeza en actitud de meditar. Sin duda la contestacion categórica y leal del artillero le habia inspirado sérias reflexiones.

Velarde permaneció tranquilo esperando á que el duque de Berg volviese á dirigirle nuevamente la palabra.

Este no se hizo esperar mucho tiempo, y como si hu-

biera evocado un recuerdo cuya importancia le preocupase.

—Comprendo ahora,—dijo Murat,—la razon por qué tratábais de poner á Madrid en estado de defensa.

—¡Gran duque!—exclamó Velarde sorprendido.

—No lo negueis, capitan, todo lo sé. Hace muy pocos dias habeis presentado al ministro Ofarril un plano de defensa para el caso, segun vos probable, de una agresion por parte de las tropas francesas... ¿A qué negarlo? Velarde: teneis una noble cualidad que me complazco de admirar en vos: la franqueza: usadla hasta el fin.

—Pues bien, gran duque, es cierto, he hecho y presentado ese plano al ministro; más no podré ménos de manifestaros que me indigna, que me extraña sobremanera que Ofarril sea tan mal depositario de un secreto semejante. Confieso que sino teneis, gran duque, las simpatías del pueblo, en cambio debeis congratularos de tener en las autoridades tan celosos servidores.

—¿Y no podreis mostrarme ese plano, Velarde? Tengo curiosidad grande por conocerlo.

El capitan sonrióse amargamente por tan extraña exigencia y respondió á Joaquin Murat:

—Monseñor, aunque para nada sirve ya mi plano, debo advertir que nadie sino el ministro de la Guerra debió mirarlo y conocerlo con interés: no ha querido admitirlo, sin embargo de que lo consideró utilísimo: puedo aseguraros de que nadie, y mucho ménos el general Murat, examinará de hoy más mi desatendido é inútil trabajo.

—Pues bien: no me negareis ahora que abrigais intenciones hostiles hácia nosotros.

—He tenido ya el honor de confesaros mi aborrecimiento, gran duque.

—¿Y continuais siendo amigo?

—Dentro de Madrid, no; si pasais de la frontera sin haber costado una gota de sangre, una lágrima sola á esta nacion; entonces, monseñor, recobrareis las simpatías del capitan Velarde, con sus simpatías su admiracion.

—¿Segun eso, abrigais temores acerca de las intenciones del emperador?

—Y muy fundadas.

—¿En qué os fundais, pues?

—En los hechos, monseñor, en los desafueros de que ya han sido víctimas algunas plazas de España: la alianza se trueca en conquista.

—Os engañais, Velarde, os engañais.

—¡Plegue á Dios que así sea, gran duque!

Nuevo silencio volvió á interrumpir á ambos personajes.

Velarde, conservando su actitud reposada pero altiva.

Joaquin Murat, denotando en su rostro la agitacion de su mente preocupada por sombrías ideas.

Por fin salió de su meditacion el duque de Berg para preguntar á Velarde con extraña curiosidad:

—Suponiendo que vuestros temores sean ciertos, ¿qué es lo que podria hacer, qué es lo que haria España?

—¿En qué caso, monseñor?

—En el de una lucha.

—Se batiria.

—¿Con qué fuerzas, Velarde?

—Con sus fuerzas propias.

—¿Pero no recordais que poseo un ejército numeroso y aguerrido?

—Bien lo sé, monseñor.

—En ese caso comprendereis que al empeñarse España

en una lucha, quedaria aplastada bajo el peso de las águilas francesas.

Un relámpago de entusiasmo ardiente, y una desdeñosa sonrisa, fueron la respuesta que dió Velarde al caudillo francés, el cual, conociendo el significado de aquella sonrisa, volvió á preguntar con visible impaciencia:

—¿Os atreveis á dudarlo?

—Sí, monseñor.

—Explicaos.

—Monseñor: no olvidaré nunca que los soldados de Napoleon cuentan casi por victorias sus batallas.

—¿Y bien?

—Hasta ahora la balanza de esas victorias continúa firme para el gran conquistador.

—¿Y esa balanza?

—Esa balanza podrá inclinarse algun dia.

—¿A favor de quién, Velarde?

—No será á favor de las águilas francesas.

—¿Contra quién se inclinará, pues?

—Contra el emperador de los franceses.

—¿Y quién está llamado á inclinar nuestra balanza en tan desfavorable sentido?

—¿Quién, monseñor?

—Sí, ¿quién?

—España, ¡gran duque!

Joaquin Murat, que con tanto rodeo habia buscado esta concluyente afirmacion del artillero, soltó una estrepitosa carcajada.

Pero se repuso, y dijo escusando con la mayor galantería semejante modo de expresar su incredulidad:

—Perdonadme, Velarde, pero acabais de convencerme de que al lado de Napoleon un oficial de vuestras cualida-

des nada comunes, empuñaria ya el baston de mariscal del imperio. Tal y tan serenamente acabais de asegurar lo que ya seria maravilla.

—Y sin embargo, monseñor, esa maravilla, si llega tan desgraciada ocasion, la vereis realizada,—respondió con aplomo el capitan Velarde.

—¡Mucha sangre costaria á la España!

—Eso mismo, gran duque, me dá completa seguridad de lo que os digo; porque precisamente para los españoles se hace infalible la victoria desde que han empezado á derramar su sangre. Un español que muera en el campo de batalla, no queda fuera de combate, si ha luchado por su independencia; ¡ojalá no llegueis á ver algun dia cómo nuestros cadáveres pueden ser aun más temibles desde la tumba, de la que se levanta siempre su memoria con el grito de venganza!

Murat contempló con admiracion el inspirado y noble rostro del artillero, á quien alargó cordialmente la mano, diciéndole con voz que nada tenia ya de su anterior impertinencia:

—Creedme, Velarde; siento en el alma que hayais dejado de ser mi amigo; pero conozco vuestra firmeza, y solo me queda el consuelo de admiraros: id seguro de mi aprecio.

Luego, cambiando de tono, añadió alegremente:

—Cuenta, señor capitan, con que no volvais á maltratar el brazo de otro de mis oficiales: quince dias de curacion me los hace holgazanear, y me disgusta que los empleen contra mi voluntad en elogiar el temple de vuestra espada.

El artillero dió gracias al gran duque, y se despidió diciendo:

—Basta con que V. A. haga justicia á su valor recomendándoles que lo empleen con serenidad.

Joaquin Murat se mordió los lábios al conocer la pulla; pero acompañó á Velarde con uno de sus más corteses y risueños saludos.

En seguida llamó.

El general Belliard acudió á la voz del gran duque.

CAPITULO XV.

El baron del Pino.

A las cinco de la tarde de aquel mismo dia, un carruaje de posta tirado por seis briosas mulas se detenia frente á la casa de Eugenia, en la calle del Prado.

Un criado abrió la portezuela y el viajero saltó á tierra con ligereza, dando órden de que inmediatamente se remudára el tiro para volver á partir.

En seguida subió precipitadamente y de dos en dos los escalones, deteniéndose en el piso principal.

A la entrada de la escalera le esperaban ya dos criados de la casa.

Eugenia le esperaba tambien, y apenas divisó al baron le tendió la mano con extraordinario júbilo.

—Por fin has venido,—murmuró cariñosamente la madre de María, conduciendo á su futuro hasta el salon.

—Y ya lo vés,—respondió el baron,—mi primera visita ha sido para tí. Pero tendré el sentimiento de dejarte pronto.

—¿Pues cómo?

—Dentro de hora y media, ó dos á lo más, regresaré á Villaviciosa.

—¡Tan pronto!

—Es preciso, querida Eugenia; la suerte del Príncipe de la Paz vá á decidirse, y nunca como hoy podemos salvarle del furor del populacho que difícilmente le respetaria en su misma prision. Las tropas francesas le servirán de garantía contra cualquiera conflicto.

—¿Y hay esperanzas de sustraerle al poder de la Junta?—preguntó Eugenia.

—Y tantas que me prometo llevar hoy mismo al príncipe la noticia de su traslacion á Francia.

—Pero tal vez en el camino...

—¡Bah! pierde todo cuidado: el gran duque de Berg le mandará escoltado suficientemente, y los que intentáran oponerse al paso, pagarian bien caro su atrevimiento. Felizmente para nosotros, tenemos á nuestro favor la fuerza contra todas las eventualidades.

—Te recomiendo, baron, que uses de todas cuantas precauciones son hoy necesarias.

—¿Por qué dices eso?

—Porque la *canalla* de Madrid está muy prevenida.

Y Eugenia acentuó la palabra *canalla*, con una expresion en que pretendia demostrar todo su aristocrático disgusto.

—Descansa, y no hablemos más del asunto. ¡Ah!... lo habia olvidado, ¿y tu padre, Eugenia?

—Tan impertinente como de costumbre. De algunos dias á la fecha no se le puede resistir...

—¿Pues cómo es eso?

—Tambien se la echa de profeta, y ha dado en aficionarse á los vaticinios lúgubres; siempre tiene en su boca

la palabra *pátria, el extranjero* y otras chocheces por el estilo.

El baron del Pino celebró con una sonora carcajada las noticias que Eugenia le daba sobre su padre.

Esta continuó:

—Anoche, despues de una larga disputa que sostuve con él, me amenazó terriblemente.

—¡Que te amenazó dices!...

—Sí, y casi le tuve miedo, me dijo que yo me iba haciendo afrancesada, y que si llegaban á confirmarse sus temores me mataria por sus propias manos.

—No hagas caso, Eugenia: tu padre vá tocando ya sin saberlo á la segunda niñez, á la niñez de los noventa años: como todos los viejos señores tiene su fanatismo; y así, no es extraño que ahora eche por ese lado.

—Sin embargo,—replicó Eugenia,—muchas veces creo que habla del modo más formal del mundo. Tiene al dedillo todas las ocurrencias y noticias del dia, y habla de golpes de mano, de alzamientos, de medidas preventivas... Además, casi todo el dia permanece fuera de casa, y desde que sale el sol parece como que en su gabinete le punzan...

—¿En qué se ocupa, pues?

—Yo no lo sé á ciencia cierta, pero se le vé frecuentemente acompañado por hombres de mal pelage; cosa que sobre su inconveniencia temo ha de concluir acarreándole algun disgusto.

—Es preciso apartarle de ese camino, Eugenia.

—¿Y cómo? si le hablo de semejante asunto, corro el peligro de que se afirme en su creencia de que soy afrancesada y anti-española.

—Bien, á mi vuelta tomaremos nuestras medidas y con-

seguiré desengañarle. Pero el tiempo es precioso, apenas me quedará tiempo para informarme de lo que ocurra en el asunto del príncipe y volar á participárselo: vive en una ansiedad cruel.... Así, Eugenia mia, perdona que te abandone por el servicio de los reyes y de mi amigo el príncipe: á mi regreso volverás á tenerme á tu lado con más frecuencia; ahora... adios... querida mia: ten confianza y no hagas caso alguno á las chocheces de tu padre...

Ambos amantes se dieron un estrecho abrazo y Eugenia preguntó al del Pino.

—¿A dónde vas ahora?

—A ver al gran duque de Berg.

—¿Y despues?

—Despues, sin detenerme un solo momento reventaré mis caballos hasta llegar á Villaviciosa. No sé cuanto tiempo me detendrá Murat; pero mi cochero se encargará de compensarlo. ¡Adios, Eugenia!

—¡Adios, baron! que vuelvas felizmente.

Y volviendo á abrazarse los futuros consortes, el baron abandonó precipitadamente la estancia y llegó con notable ligereza al portal.

El criado le esperaba ya.

—¿Has ejecutado mis órdenes?

El criado respondió afirmativamente señalando al tiro del carruaje.

—Pues desde aquí no te detengas hasta la casa que fué del Príncipe de la Paz... ¿Recuerdas?

—Sí señor,—respondió el criado:—la que hoy habita el general francés.

El baron del Pino subió á su carruaje que arrancó veloz entre el ruido de las campanillas y los trallazos que sin cesar daba el cochero.

Habíamos dejado al duque de Berg con el jefe de su estado mayor general Belliard.

Este, que desde la antecámara acababa de oir todo cuanto se habia hablado, entró interrogando á Murat con una mirada llena de sumision y de solícito interés.

Creyendo encontrar enojado al gran duque, á pesar de las frases benévolas y amistosas dirigidas por él á Velarde, se asombró de verle asaz preocupado y un si es ó no es abatido y pensativo.

Viendo que para Murat trascurria el tiempo sin dar señales de abandonar su actitud preocupada, Belliard le recordó que esperaba sus órdenes.

El gran duque se pasó una mano por su espaciosa frente como para borrar una idea que le contrariase, y dijo á Belliard casi maquinalmente:

—Lástima grande, Belliard, que mi cuñado el emperador no hubiese conocido á ese bravo capitan.

—¿De quién hablais, monseñor? le preguntó Belliard oficiosamente y como si no comprendiera de qué se trataba.

—¡De quién he de hablar; vive Dios!—exclamó Murat con voz de trueno,—¿de quién sino del capitan Velarde? A ser amigo del emperador ese jóven, á contar con la adhesion de un capitan español tan entendido y valiente, algo ganaria el imperio en la Península.

—Monseñor,—observó Belliard como pretendiendo consolar al gran duque del pesar que este demostraba por no poseer lo que decia:—V. A. honra demasiado á ese jóven: es un oficial oscuro, sin la menor importancia y que de nada podria servir al poderoso brazo de V. A. ni á los fines de S. M. el emperador.

Murat envolvió en una mirada de fiero reproche al

general que así contradecia su opinion, y dijo con una irónica sonrisa que hizo más punzantes y ofensivas sus palabras:

—Veamos: ¿creeis valer vos más que él, Belliard?

Este no se atrevió á responder una sola palabra, porque creia ver vagar por los lábios de Murat, trás aquella intencionada pregunta, una de las injurias á que con tanta frecuencia se abandonaba el irascible duque de Berg, el cual preguntó de nuevo:

—Y bien..., ¿no me respondeis?—Yo lo haria por vos; pero antes quiero que me digais si ese hombre que considerais oscuro y falto de importancia, porque no empuña como vos un baston de mando, quisiera me dijéseis, Belliard, á qué precio seria posible adquirir la adhesion de ese hombre.

—Monseñor...

—Responded, Belliard, responded segun vuestro sentir.

—Pues bien, pensando yo por esta sola vez de distinto modo que V. A. I., creo que ese capitan, por mucho que le realceis, lo haríais vuestro á muy poca costa.

—¿Cómo? explicaos.

—Ofreciéndole la poderosa proteccion de S. M. I.

—¿Y qué proteccion le ofreceria mi cuñado que á Velarde pudiese satisfacerle? ¡Grados, honores!

—Ménos, monseñor: Velarde no es rico...

El gran duque de Berg prorumpió en una sonora carcajada que confundió hasta ponerle pálido al general Belliard.

—¡Conoceis muy poco á los hombres, querido general!—exclamó,—¿sabeis qué recompensa puede estimular el corazon de ese jóven y humilde oficial, como vos le llamais?

Belliar balbuceó algunas frases incoherentes y Joaquin Murat prosiguió:

—Pues al capitan Velarde no le satisfarán nunca los favores de un poderoso; ahí teneis la reina de Etruria capaz de vender á su pátria porque le cedamos un quiñon de Portugal; pues si mi cuñado conociese á fondo el carácter de ese capitan, se guardaria de cederle su reino de Italia por un solo palmo de territorio español: no lo olvideis nunca, Belliard: Velarde está formado de la materia de que Dios hace los héroes; y ya sabeis que los héroes ambicionan algo más que diademas, porque ambicionan la inmortalidad que se adquiere con la veneracion de un pueblo: él tiene, como todos los que se le asemejan, el presentimiento de la posteridad.

Un ugier vino á interrumpir en este momento á Murat en su apología.

—El baron del Pino,—anunció.

El duque de Berg mandó que le introdujesen y añadió dirigiéndose al atónito Belliard.

—Hé aquí uno que no tiene escrúpulos de vender á su pátria por ménos precio del que proponíamos al hablar de Velarde: ese buen baron nos la vende solo para llevar una buena dote á su esposa.

El aludido saludó rendidamente á Murat, y este le recibió con aparente afabilidad.

—Acabo de llegar desde Villaviciosa.

—¿Y el Príncipe de la Paz?—preguntó Murat.

—Traigo el encargo de hacer en su nombre presente á V. A. toda la gratitud de que se halla poseido por el interés que ha demostrado siempre en su favor. El príncipe queda en una viva ansiedad esperando las órdenes de V. A.

—¿Pensais verle pronto, baron?

—Hoy mismo vuelvo á su lado.

—Pues lo llevareis una nueva de todo punto satisfactoria.

—¡Cómo!... tal vez ya...

—Cuando el Príncipe de la Paz guste hacerlo, podrá verificar su viaje, con las precauciones que ya le indiqué al tratar de esto.

—¿Será posible, monseñor?

Joaquin Murat tomó un papel de sobre su mesa de despacho, lo desdobló y leyó.

Era una copia de la resolucion de la Junta de gobierno para la entrega del Príncipe de la Paz al general francés, quien estaba encargado de remitirle á Francia con la *seguridad conveniente.*

Hé aquí el documento que Murat leyó al baron del Pino:

«El rey nuestro señor haciendo el más alto aprecio de »los deseos que el emperador de los franceses ha manifes»tado de disponer de la suerte del preso D. Manuel Godoy, »escribió desde luego á S. M. I. mostrando su voluntad de »complacerle, asegurando S. M. que el preso pasaria in»mediatamente la frontera de España, y que jamás vol»veria á entrar en ninguno de sus dominios.

»El emperador de los franceses ha admitido este ofre»cimiento de S. M. y mandado al gran duque de Berg que »reciba el preso y lo haga conducir á Francia con escolta »segura.

»La Junta de gobierno, instruida de estos antecedentes »y reiterada expresion de S. M., mandó ayer al general, á »cuyo cargo estaba la custodia del citado preso, que lo en»tregára al oficial que destina para su conduccion el

»gran duque. Madrid 21 de abril de 1808.»

Murat volvió á doblar el papel y lo entregó al baron del Pino, diciéndole:

—Aun podeis anticiparos á las órdenes que se expedirán al general encargado de su custodia; pues que aquellas, por miras particulares, tardarán aun dos ó tres dias en comunicarse: he hecho adelantar la fecha de ese documento. Decid en mi nombre á Godoy que le deseo la más pronta tranquilidad al lado del emperador y del rey Cárlos y su esposa, quienes verificarán muy pronto su viaje á Bayona.

El baron del Pino hizo grandes votos por la salud y prosperidad del emperador, hizo tambien una igual oracion á Murat, y saludando con amistosísimo ademan al general Belliard, abandonó aquella estancia donde tantos horrores se fraguaban contra la malaventurada y afligida pátria.

Cuatro minutos despues su carruaje partia con la velocidad del rayo hácia el castillo de Villaviciosa, donde permanecia prisionero el funesto y tan aborrecido Godoy, bajo la custodia y vigilancia del general marqués de Castelar.

CAPITULO XVI.

La casa del conde de M...

Hemos adelantado algunos dias.

Aunque el corazon se oprime al acercarse á la parte más culminante y gloriosamente terrible de nuestra historia, preciso es que obedezcamos á la imperiosa necesidad del tiempo.

Por demás doloroso es desenvolver nuestro drama, precisamente cuando se acerca el dia memorable de escenas tan desgarradoras como las que habremos de presenciar.

Ya no quedaba lugar alguno á duda : el pueblo de Madrid habia perdido su última ilusion, la última esperanza capaz de contenerle. Los pueblos más ciegos y confiados no pueden desconocer por mucho tiempo la evidencia de los hechos, ni lo que estos significan cuando se relacionan íntimamente con sus intereses y su tranquilidad.

Una trás otra piedra arrojada en un mismo punto, llegan á formar por su continuidad y aumento sucesivo, an-

dando el tiempo, una montaña inaccesible.—Así aconteció á Madrid en aquellos inolvidables momentos de azar y confusion, que dieron á España eterno luto y más eterna gloria.

Despues de todo, la presion que Napoleon Bonaparte, por medio de su fiel representante Joaquin Murat, ejercia en los actos y deliberaciones de la Junta de gobierno, colmó la medida de la paciencia pública. Poco habia de tardar en cometer con esta el memorable atropello de que más adelante hablaremos.

Verdad es que desde su instalacion fué débil la Junta, pues la sombra de Murat habia conseguido agotar en los miembros que la componian el último destello de virtud, de resolucion. Verdad es tambien, que al ser constituida por el rey Fernando para que gobernára en ausencia de este, perdió todo su escaso prestigio, dando oidos á las órdenes del ex-rey Cárlos; pero aun así, en la imposibilidad de organizar entonces un poder sólido que tuviese la más pequeña iniciativa, dicha Junta parecia garantir en lo posible las instituciones pátrias.

Las tramas de la reina madre y de su hija la reina de Etruria, por facilitar á su tierno vástago la restitucion ó la compensacion de la corona que le habian arrebatado, no eran ya un misterio para nadie.

El expreso que por órden de Murat envió la referida Junta al marqués de Castelar para la entrega del prisionero Godoy, llegó tambien á ser conocido, así como su verificado viaje á Francia. Uno de los miembros de aquella corporacion, el anciano D. Francisco Gil y Lemus, se habia opuesto con todas sus fuerzas, aunque inútilmente, á esta y otras resoluciones que tanto debian favorecer los planes de Napoleon.

Respecto á Fernando VII, ya no cabia ningun género de duda sobre su suerte: era prisionero del emperador.

El viaje de los reyes padres debia verificarse tambien á Bayona: y siempre con la muletilla ó pretexto de *ver á su caro aliado*, la familia real de España iba bien pronto á entregarse voluntariamente en las garras del francés.

Era una de las últimas noches de abril de 1808, y en un salon de la casa del conde de M... se hallaban reunidas más de cincuenta personas de todas las condiciones y edades.

Personajes de elevada posicion social, hombres pertenecientes á esa clase llamada inferior del pueblo, y algunos militares de diversas graduaciones confundidos entre la multitud que llenaba la estancia.

Entre los primeros, esto es, entre los paisanos, veíase al amante de María, D. Enrique, á su leal amigo el tio Colás y al Maestro, que despues de una ausencia de algunos dias, acababa de llegar desde la frontera acompañando al magistrado D. Justo María Ibarnuevo, ambos procedentes del mismo Bayona.

Don Pedro Velarde y el teniente Ruiz pertenecian al número de los militares.

Entre estos hallábase tambien uno del cual no nos hemos ocupado hasta ahora, por figurar únicamente en una escena la más importante de nuestra historia.

Era el capitan de artillería, de glorioso nombre, don Luis Daoiz.—Por una de esas coincidencias providenciales se hallaban allí reunidos los dos nombres, DAOIZ Y VELARDE, que habian de simbolizar el primer grito de independencia en que á su ejemplo prorumpió la nacion entera.

Aquellos cincuenta ó sesenta hombres allí congregados, á excitacion del conde de M..., se ocupaban de las últimas

noticias recibidas de Bayona, por conducto del expresado Ibarnuevo (1).

---

(1) Estractamos los siguientes párrafos de una carta que acerca de esto dirigió D. Justo María Ibarnuevo con fecha 27 de setiembre de 1808 al Illmo. Sr. D. Antonio Arias Mon y Velarde.

«El emperador de los franceses queria exigir imperiosamente del rey D. Fernando VII que renunciase por sí y en nombre de la familia toda de los Borbones el trono de España y todos sus dominios en favor del mismo emperador y de su dinastía, prometiéndole en recompensa el reino de Etruria: que la comitiva que habia acompañado á S. M. hiciese igual renuncia en representacion del pueblo español: que desentendiéndose Su Mugestad Imperial y Real de la evidencia con que se demostró que ni el rey ni la comitiva podian ni debian en justicia acceder á tal renuncia, y despreciando las amargas quejas que se le dieron por haber sido conducido S. M. á Bayona con el engaño y perfidia que carecen de ejemplo, tanto más execrables, en cuanto iban encubiertos con el sagrado título de amistad y utilidad recíproca afianzadas en palabras las más decisivas y terminantes, insistia en ella sin más razones que dos pretextos indignos de pronunciarse por un soberano que no haya perdido todo respeto á la moral de los gabinetes y aquella buena fé que forma el vínculo de las naciones. Redúcese el primero de dichos pretextos á que su política no le permitia otra cosa, pues que su persona no estaba segura mientras que alguno de los Borbones enemigos de su casa reinase en una nacion poderosa; y el segundo á que no era tan estúpido que despreciase la ocasion tan favorable que se le presentaba de tener un ejército formidable dentro de España, ocupadas sus plazas y puntos principales, sin nada que temer por la parte del Norte, y en su poder las posesiones del rey y del señor infante D. Cárlos; ventajas todas bien difíciles para que se las ofreciesen los tiempos venideros. Que con la idea de procurar dilaciones, y sacar de ellas el mejor partido posible, se habia pasado una nota dirigida á que se autorizase un sugeto que explicase sus intenciones por escrito pero que cuando el emperador se obstinase en no retroceder, estaba S. M. resuelto á perder primero la vida que ceder á tan inícua renuncia: que con esta seguridad y firme inteligencia procediese la Junta en sus deliberaciones.

«Y habiendo preguntado voluntariamente,—concluye,—á D. Pedro Cevallos al despedirse de S. E. si prevendria algo á la Junta sobre la conducta que debia observar con los franceses, me respondió que aunque la comi-

Todos se sentian dominados por una profunda consternacion, y cada cual manifestaba sus opiniones respecto á la línea de conducta que debia seguirse, con el fin de conjurar los males que amenazaban á la nacion.

Ya no habia remedio: el peligro era inevitable, y solo debia pensarse en conjurarlo.

Algunos de los concurrentes optaron por la determinacion concluyente de hostilizar al extranjero.

Pero si este deseo estaba en el corazon de todos, en la razon de la mayoría se presentaban tambien los inconvenientes de tan ineficaz como peligrosa determinacion.

El capitan D. Pedro Velarde fué, sin embargo, uno de los que se declararon en el primer sentido.

Volvió á hablar de las medidas preventivas que habia aconsejado á Ofarril cuando aun era tiempo, de la conveniencia de poder disponer con facilidad de las escasas tropas (unos 2 ó 3.000 hombres) que permanecian en Madrid; y con estas pequeñas fuerzas disciplinadas y el pueblo bien armado y distribuido convenientemente, para lo cual habia contado con el repuesto de los almacenes, empeñar la ofensiva.

—Sin embargo,—añadió,—soy de opinion que despues de apoderarnos de las municiones, armas y alguna artillería, ó inutilizando aquellas piezas que fuera preciso dejar al enemigo, abandonásemos los muros de la villa para no

---

sion no comprendia en este punto, podia decir que estaba acordado por regla general, que por entonces no se hiciese novedad, porque era de temer de lo contrario que resultasen funestas consecuencias contra el rey, el señor infante y cuantos españoles se hallaban acompañando á S. M., y el reino se arriesgaba descubriendo ideas hostiles antes que estuviese preparado para sacudir el yugo de la opresion.»

aumentar el número de desgracias que pudieran sobrevenir en una lucha encarnizada dentro de las mismas calles. Pero sobre todo, señores, sobre todo, si queremos un primer éxito probable, preciso es contar con las tropas, con las escasas tropas existentes en la poblacion.

El capitan D. Luis Daoiz, que hasta entonces habia escuchado en silencio las opiniones así de su compañero Velarde, como las de todos cuantos acalorada ó friamente trataron del asunto,

—Amigo mio,—dijo á Velarde poniendo una mano sobre el hombro de este,—ahí está precisamente lo que más me arredra: tú cuentas como un medio muy fácil, sencillo, con disponer de esos 2.500 á 3.000 inermes soldados, y no recuerdas que sus jefes tienen la órden de no permitir, bajo su más estrecha responsabilidad, que un solo indivíduo salga para nada de sus cuarteles, los cuales debemos considerar tan prisiones como para el rey Fernando y el infante lo está siendo ya la ciudad de Bayona.

—En cuanto á eso, teneis razon, capitan;—afirmó el teniente Ruiz adelantándose hasta Daoiz,—sobre mi batallon pesa esa órden terminante.

—Ya lo vés,—continuó Daoiz,—y Vds., señores,—añadió dirigiéndose á los demás,—comprenderán que puestos los jefes de las respectivas fuerzas en el imperioso deber de cumplir con la ordenanza, mal podrán faltár á ella despreciando lo que en más precio tiene un militar bien subordinado y pundonoroso.

—¿Y qué hacer entonces?—preguntó Velarde con invencible despecho.—En el caso de que el pueblo se amotine, ¿le dejaremos entregado á su suerte?

—La pregunta de Velarde está muy en su lugar.—Observó el de M...

Daoiz contestó:

—De ninguna manera dejarémos, á no haber perdido el corazon y la honra, que el pueblo se lance indefenso y solo á un conflicto: todos nosotros, y yo el primero si es posible, acudiremos á dirigirle, á sacrificar con la mayor economía su sangre, su preciosa sangre, peleando á su lado hasta morir; pero eso y no otra cosa podemos hacer por nuestra parte, y aun así, señores, al obrar de ese modo quebrantaremos la órden que se nos ha impuesto de no hostilizar, ni siquiera provocar á los franceses, en particular ó generalmente. De todos modos,—añadió,—¿creeis que obtendremos, en tal y tan precaria situacion un éxito decisivo contra esas huestes compactas, bien armadas y disciplinadas? (1) Decid, señores, decidlo; y si creeis que á pesar de mis temores y de tantas dificultades puede aun organizarse algo, yo os doy mi palabra de despreciar las órdenes que se me tienen comunicadas, si de este modo, hollando por un momento la ordenanza, consigo salvar la salud y la dignidad de nuestra querida pátria.

Todos guardaron profundo silencio ante las maduras y reflexivas cuanto patrióticas razones del experimentado capitan.

Solamente uno de entre los concurrentes se adelantó á emitir una opinion contraria á la de Daoiz.

Pero si el lector quiere que le digamos el nombre del impugnador, forzoso nos será retroceder dos horas.

---

(1) En Madrid, dentro del mismo casco habia una division de infantería y una brigada de caballería mandadas por el general Musnier; y además numerosas fuerzas de la guardia imperial de á caballo y de á pié. Fuera, pero inmediatos á la poblacion, hallábanse acantonados otros 28 ó 30.000 franceses, distribuidos entre Chamartin, Casa de Campo, Fuencarral, Pozuelo y convento de San Bernardino.

Asímismo tendremos que introducirnos nuevamente en la cámara de Joaquin Murat, donde este conversa con una persona que frecuenta su trato hasta la intimidad.

El que conversaba á la hora que decimos con el lugarteniente de Napoleon, era el solícito amigo de Godoy, el amante de Eugenia de Montenegro, la desnaturalizada madre de la infeliz María: por decirlo de una vez, era el titulado baron del Pino.

Lo que vamos á reseñar es por demás repugnante, pero debemos ser fieles en la confeccion de nuestra historia, siquiera esto forme un doloroso é inmediato contraste.

El duque de Berg permanecia arrellanado en un profundo sillon, delante de su lujosa mesa de despacho.

El baron del Pino, de pié, en actitud vergonzosamente contemplativa y respetuosa, decia á Murat:

—Puedo asegurar á V. A. I. que á pesar de todo y del respeto que deben imponer los ejércitos imperiales, se maquina un alzamiento, que de un momento á otro podia sorprenderos, gran duque.

—Pero eso es una locura, baron;—respondió Murat desdeñosamente,—si tal maquinan esas pobres gentes, ¡vive Dios que están á mal, muy á mal con sus vidas!

—Y sin embargo, monseñor, es la pura verdad; y si fuese posible que V. A. se disfrazase, le seria fácil asistir á la reunion que esta noche celebra en su casa el hombre más inquieto y revoltoso de Madrid.

—¿Quién?... ¿el conde de M... tal vez?...

—El mismo.

—¡Pero ese hombre está loco y quiere tentar á Dios!

—Pues no es él solo: á la reunion asisten otras personas cuyos nombres no dejarian de asombrar á V. A.

—Decidme esos nombres, baron.

—Una de esas personas es D. Pedro Velarde...

—¿Quién habeis dicho?...

—Don Pedro Velarde, monseñor...

—¡Velarde!... ¿no os habeis equivocado, baron?

—Digo lo que sé y veré dentro de dos horas por mis propios ojos.

—¿De qué modo?

—Asistiendo á la reunion que ha de celebrarse.

—¿Y no temeis?...

—Nada temo: es completamente desconocida mi adhesion hácia el emperador y por V. A. I.: á no haber tenido buen cuidado de disimular á los ojos de todos mi inclinacion á la Francia, no hubiera podido serviros con la oportunidad y la seguridad que hasta hoy. He conseguido del mismo conde de M... la entrada para esta noche.

—¿Y pensais ir, baron?

—Dentro de una hora: ¿os parece mal mi determinacion?

—Muy al contrario,—respondió Murat que se habia quedado algo pensativo,—únicamente se me ocurria una idea, un deseo, pero un deseo imposible de realizar...

—¿Qué desea V. A.?

—Asistir yo mismo á la reunion de M...

—V. A. se comprometeria, por muy bien que se disfrazase: es gente toda que obra con gran suspicacia.

—Pero en fin, baron,—repuso el gran duque,—¿vos ireis á esa reunion?

—Iré para el mejor servicio de V. A. y S. M. I.

—¿Y á qué hora creeis que se terminará?

—Probablemente muy tarde.

—Pues bien, aunque dure hasta la madrugada, informaos hasta el fin, baron... ¿entendeis?

—Seré de los últimos que abandonen la casa del conde.

—Perfectamente; pero en cuanto se haya terminado...

—Si V. A. lo permitiera...

—No me acostaré hasta que me hayais informado de todo: esta noche reuniré á mis oficiales en consejo, que se prolongará por lo ménos hasta las dos. Ahora bien, vamos á otra cosa, á lo que os interesa á vos.

—Estoy á las órdenes de V. A.

—¿Me habeis dicho que os bastarian 500.000 francos para fijar vuestra residencia en cualquiera capital de Francia?

—He tenido el honor de fijar esa cantidad, monseñor.

—¿Y cuándo pensais abandonar á España?

—Cuando ya V. A. y el emperador no necesiten aquí mis humildes servicios.

—Pues bien: ahí teneis dos bonos, por valor de 250.000 francos cada uno contra el tesoro imperial: uno sobre Bayona y el otro sobre París.

Y el duque de Berg entregó al baron del Pino los expresados bonos, suscritos y rubricados de su puño y con el gran sello imperial estampado al márgen.

El futuro de Eugenia los tomó estrechando y besando con grosera gratitud aquellas manos que le prodigaban tan vil dinero.

Joaquin Murat añadió:

—Cuando me hayais informado de todo lo que ocurra en la casa de M..., habreis terminado vuestros servicios, y quedais en libertad de emprender vuestro viaje...

—¿Entonces, señor, podré marchar cuando SS. MM.?

—Ciertamente.

El baron del Pino renovó sus gestos y sus protextas de gratitud, y se despidió del gran duque hasta la hora convenida, aunque indeterminada.

Cuando salió del que habia sido palacio de Godoy, dos

hombres, embozados en sus capas, permanecian parados como en actitud de esperar.

El baron, loco, arrebatado por una imprudente alegría y ocupado en estrechar cariñosamente la cartera en que habia guardado los bonos de Murat, siguió impávido su camino, sin observar que los dos embozados le seguian á cierta distancia.

Al cabo de un cuarto de hora llegó á la casa del conde de M... y subió precipitadamente.

Los dos embozados que habian vacilado al aproximarse á la citada casa, detuviéronse un momento; pero despues subieron tambien por las mismas excaleras que el baron.

Aquella misma tarde habia hecho á Eugenia la siguiente promesa, expresándose en estos términos:

—Dentro de algunos dias estaremos en camino para Francia: he vendido todos mis bienes, y sobre su producto llevaré una suma que nos permitírá vivir felices. Tu padre, con su nueva chochéz, nos incomodaria, y así he determinado verificar nuestro enlace allende el Pirineo. Si observas que se dilata mi vuelta, ó que dejo de venir hoy, no te inquietes, Eugenia: es que durante ese tiempo habré estado trabajando por abreviar el plazo de nuestra felicidad, de nuestra union.

Eugenia abrazó á su amante con alegría, y aun podemos decir con frenesí.

Las palabras de aquel parecian haberla aliviado de un enorme desasosiego.

Ir á Francia, y esto en tan breve plazo como el baron aseguraba, valia tanto como borrar de su memoria la pesadilla de María, con todas las otras pesadillas relacionadas con el secreto de su liviandad.

. . . .

Daoiz prestó suma atencion á las palabras de su impugnador, con la ansiedad del que abrumado por la densidad de las tinieblas, desea vivamente percibir un rayo de luz que le ilumine.

Varios sugetos de entre los concurrentes se acercaron para oir tambien atentamente la opinion del baron del Pino; pues ya habrá columbrado el lector que este era y no otro el personaje en cuestion.

—Yo opino de diverso modo que Vd., capitan,—dijo.

—Sepamos su opinion de Vd.—respondió Daoiz.

—En primer lugar,—continuó el del Pino,—como ha dicho muy bien el señor Velarde, no debemos descansar hasta comprometer en un movimiento á la guarnicion.

—Eso es difícil, sino imposible,—respondió Daoiz,—y nuestras tentativas se frustrarian contra las órdenes terminantes del gobierno.

—Bien: quiero conceder á Vd. eso; pero no me negará que conviene prevenir y armar al pueblo, á fin de que al primer conflicto haga frente á los invasores.

—Ya he dicho tambien, baron, que debemos respetar la sangre del pueblo, comprometiendo á este lo ménos posible.

—Cuando se trata de la independencia de la pátria, de su dignidad, de su honra,—exclamó el baron con énfasis de patriota,—no deben ocurrirse á un militar semejantes escrúpulos.

Daoiz miró sorprendido al baron, y casi se inmutó, como si en sus palabras hubiese hallado un justificado reproche.—Varios circunstantes aprobaron con un murmullo de asentimiento las palabras del entusiasta.

Ruiz y Velarde fueron de la misma opinion, si bien

alabaron las humanitarias y generosas observaciones de Daoiz.

Este preguntó con voz enérgica y esforzándose por rechazar todo escrúpulo:

—Y bien, señores: ¿opinan Vds. con el baron?

—¡Sí! ¡sí!—clamaron muchas voces.

—Eso quiere decir que no debemos reparar en la sangre que se derrame, aunque esa sangre sea la del pueblo, la de vuestras madres, la de vuestras esposas, la de vuestros hijos.

—¡Esa sangre tendrá la virtud de convertir en enemigos á las mismas piedras bajo la planta odiosa del usurpador, y aniquilarán hasta el último de sus soldados!—volvió á exclamar el del Pino en tono profético.

—¡Bien! ¡bien!—dijeron muchas voces.

—¡Pues lo quereis, sea!—exclamó por fin el noble capitan.

—Procuraré no ser el último en derramar mi sangre cuando llegue el caso supremo: ahora, señores, lo que conviene es concierto, y que cada cual llene su mision cumplidamente, aunque sin faltar nunca á los deberes que nos imponen nuestras posiciones respectivas.

. . . .

Como habia presumido el baron, eran las tres de la madrugada, cuando paulatina y sigilosamente comenzaron á desfilar los que habian formado parte de aquella reunion.

Cuando ya quedaban muy pocos concurrentes, el futuro esposo de Eugenia despidióse de M..., quien le respondió con marcada frialdad, y se dispuso á abandonar el salon.

Dos personas que esperaban á la misma puerta, detuvieron el paso al satélite de Murat.

Una de aquellas personas era D. Enrique Utrera.

La otra, que hasta entonces habia permanecido arrebujada en una ancha capa, bien á pesar de la estacion que ya se hacía sentir, se descubrió llenando al baron de asombro.

—¿Qué me quieren Vds.?—preguntó sin acertar á explicarse el motivo por el cual le detenian; pero causándole desde luego profunda zozobra el haber reconocido en el embozado á D. Pablo de Montenegro, su futuro y burlado padre político.

El lector recordará las frases dirigidas por el baron á Eugenia aquella misma tarde, y comprenderá, que efectivamente pretendia burlar al buen anciano.

Este le respondió con una calma y un acento tan significativos, que en aquel momento al aristocrático espía ni siquiera se le ocurrió que el digno anciano maquinaba una de sus extravagancias ó chocheces, como el del Pino decia en el momento de clasificar el patriotismo del que tomaba entonces cierta actitud de juez, actitud de no muy buen agüero.

El anciano dijo:

—Tengan Vd. la bondad de aguardar á que salgan esos señores que se despiden del conde, y despues hablaremos detenidamente de un asunto importantísimo.

—Me es imposible de todo punto esperar, señor Montenegro;—respondió el baron con recelosa impaciencia,—mañana hablaremos en su casa de cuanto Vd. quiera.

E hizo ademan de continuar su camino.

Pero D. Enrique le detuvo fuertemente por el brazo, y dijo rechazándole al centro del salon:

—¡Atrás, baron!... no puede Vd. salir de aquí ahora.

—¡Caballero!—exclamó el del Pino, haciendo ademan

de arrojarse sobre D. Enrique y sirviéndose de un estoque que habia desenvainado hasta la mitad.

—Cuenta, miserable, con que no me obligue Vd. á que le despedace tan pronto la innoble frente.

Diciendo así Utrera montó una pistola y apuntó con ella á la cabeza del baron del Pino.

El baron se contuvo, pero empezó á mirar en derredor suyo con visible y creciente inquietud.

Montenegro le contemplaba con enojo, Utrera con profundo desprecio; y cuando por evitar las de estos buscaba las miradas del de M..., encontraba en ellas y en la sonrisa del severo conde una expresion particular que tenia algo de siniestro, de amenazador.

Por último quedaron únicamente en el salon nuestros cuatro personajes.

El de M... indicó al baron con ademan imperioso que se le acercárá, y el miserable obedeció maquinalmente.

—¿A qué ha venido Vd. aquí hoy?—le preguntó el conde.

El espía quiso protestar enérgicamente contra lo que le acontecia: pero hay siempre una traba inexplicable aunque poderosa en la lengua del criminal, cuando se interroga á su conciencia; y entonces, lo que la palabra no confiesa, lo dice el rostro con turbacion elocuente.

Don Pablo de Montenegro se encargó de contestar como escusando la intencion del satélite de Murat.

—Ha venido á enterarse de todo,—dijo,—para vender luego á su amo el secreto á precio de unos cuantos pedazos de oro francés.

—¡Miente Vd.!—exclamó por fin el baron recobrando una parte de su serenidad.

—Dejémonos de altercados, que nos harian perder un tiempo sobrado precioso!—interrumpió M....,—y vamos al grano. Queremos examinar los papeles que Vd. trae sobre sí.

El baron dió un paso hácia atrás, como si tratára de servirse del arma que traia en la mano, pero á una seña del conde, D. Enrique se apoderó del baston. Quiso de nuevo el miserable arrojarse sobre el amante de María, mas este le contuvo por segunda vez con el elocuentísimo argumento de su pistola.

—¡Los papeles, pronto! ¡dame los papeles que llevas encima, bandido!—exclamó con voz de trueno el conde.

Pero el atribulado espía se negó rotundamente á obedecer, asegurando que no tenia papel alguno.

El conde de M... no estaba sin duda muy dispuesto á malgastar su tiempo; así es, que se arrojó velozmente sobre el del Pino, cuya resistencia contra los brazos de hierro que le oprimian, fué inútil de todo punto.

Por fin el miserable dejó al exasperado conde que se apoderase de sus papeles y de la cartera que tan cariñosamente habia estrechado contra su corazon en el momento de abandonar el palacio del *villano* (1) gran duque de Berg y de Cleves.

---

(1) Creemos que nuestros lectores nos agradecerán los siguientes apuntes biográficos acerca del funesto personaje que tan amargos recuerdos ha dejado á la capital de España.

«Joaquin Murat era hijo de un maestro de postas de Querey: entró de criado en la casa del príncipe de Condé: á pesar de su humilde condicion dejaba entrever ideas elevadas y ambiciosas: en el mes de setiembre de 1795, fué *uno de los que más se distinguieron por su ferocidad* en las horrorosas matanzas hechas en las cárceles de París, por cuya razon se le dió como á sus compañeros en aquella inhumana ejecucion el título de *setem-*

Lo primero con que el conde de M... tropezó, fué con los bonos, guardados en una bolsa de la cartera.

—¡No te habia pagado mal, miserable!—exclamó dirigiendo una sonrisa feróz al espía.

—¡500.000 francos!—añadió,—¡500.000 francos, señores! ¡este era el precio de nuestras vidas! Oportunamente daré las gracias al duque de Berg por lo bien que remunera á los traidores,—afortunadamente muy contados,—que por lo visto no tendrian rebozo alguno en vender su pátria al mismo bey de Túnez.

El conde de M... examinó despues las cartas, entre las cuales se encontraban algunas dirigidas en dias anteriores por el Príncipe de la Paz al baron del Pino; cartas que leidas en alta voz acabaron de iluminar á aquella especie de tribunal de quien esperaba el singular reo una terrible sentencia, pues sobrado conocia el temple del conde y el carácter rígido é inconmovible de D. Pablo de Montenegro.

Así que hubo terminado su minucioso escrutinio, volvió á preguntar al conde:

—¿Qué proyectabas hacer al salir de aquí?

—Pero conde...—balbuceó el espía.

—Bien; tanto dá que no confieses, bribon; ibas derechamente á soplar cuanto acababas de ver y de oir... ¡Ven! ¡ven!

El conde de M... asió fuertemente al baron por el cue-

---

bricista: la revolucion lo elevó á general y casó con Carolina de Bonaparte, hermana de Napoleon: era por lo tanto el militar en quien confiaba, y en 1808 vino á España con la investidura de príncipe, gran duque de Berg y de Cleves, generalísimo de los ejércitos franceses en España, y gran almirante del imperio francés.» (De una *Mem. Hist. de la G. de la Independencia.*)

llo de su casaca y le llevó casi arrastrando hasta una mesa, sobre la cual habia recado de escribir.

Hizo sentar al baron que, abrumado por tan inesperado suceso, obedeció sin resistencia, automáticamente. Colocó el conde delante de él un papel y puso en su mano una pluma.

—Escribe,—dijo.

El del Pino se puso á mirar fijamente al conde, pero este repitió irritado y en tono amenazador:

—¡Escribe lo que yo tenga á bien dictarte, canalla!

El adlátere de Murat obedeció maquinalmente.

El de M... dictó:

—«Declaro, que en la noche de hoy he estado espiando mediante las órdenes de mi amo el general francés, gran duque de Berg...»

El baron del Pino arrojó la pluma, resistiéndose á escribir lo que M... le dictaba.

Pero este volvió á hacerle tomar la pluma, y exclamó con acento de terrible cólera:

—Si no quieres precipitar tu fin, escribe hasta el último sin replicar: obedece y calla.

A su pesar y dominado por el aspecto amenazador y severo de su improvisado juez, el espía escribió dos terribles declaraciones, que por último firmó con nervioso puño.

El conde de M... dobló y guardó ambos papeles, juntamente con los bonos de 500.000 francos contra el tesoro imperial.

—Ahora,—dijo,—es preciso que pues dejas reparada en parte tu inícua falta, vuelvas por tu nombre, manchado con tal indignidad, y justifique tu tardío arrepentimiento.

—¿Qué más quiere Vd. de mí?—preguntó atónito y como fascinado el baron del Pino.

M... volvió á ordenarle que escribiera:

—«Para que á nadie pueda en ningun tiempo atribuirse mi desesperada resolucion, la cual me aconsejan el remordimiento y el pesar de mi honra mancillada por tan horrendo extravío, declaro que despues de haber sido traidor á mi pátria y de haber querido comprometer la vida de sus más ardientes defensores, he determinado poner fin á mi existencia miserable...»

—¡Qué intentan Vds!—gritó con espanto el baron del Pino, levantándose de su asiento y mirando alternativamente los rostros nada tranquilizadores de Montenegro, Utrera y M...

Este respondió con calma, forzándole á que volviese á ocupar su asiento:

—No te apresures y escribe: luego hablaremos de lo demás.

Y repitió las últimas palabras:

«*He determinado poner fin á mi existencia miserable.*

—¡Imposible! yo no escribo eso,—exclamó el traidor.—Lo que Vds. pretenden es cometer un asesinato.

—En cuanto á eso descuida: palabra de honor: no abrigamos la intencion de manchar nuestras manos en una sangre tan vil como la tuya. Escribe, noble y patriótico baron, escribe.

El baron del Pino, tranquilizado por las seguridades que le daba el conde, consignó las últimas palabras que se le dictaban, puso la fecha y firmó.

M... hizo otro tanto con este documento que con los anteriores, guardándolo cuidadosamente.

—Ahora,—dijo,—te convencerás de que no falto á mi palabra: vas á ahorrarnos tú mismo el trabajo repugnante de estirpar á una víbora de tu especie.

Y presentó al baron del Pino un agudo puñal, que el mísero cobarde rechazó con un gesto de terror.

—Un baron que comete ciertas felonías está en el deber de recuperar su honra para llevar un título noble, forzoso es tener nobleza, dignidad: pero ciertos arrepentimientos únicamente se justifican de un modo, esto es, suicidándose: señor baron del Pino, suicídese Vd.,—dijo el de M... variando de tono y tratamiento.

—¡Pero esto es inaudito!—murmuró el amante de Eugenia escuchando atónito á M...

—Será como Vd. quiera, pero ha de ser.

—Pues yo no cometeré semejante atentado: he hecho ya bastante: el suicidio es un crímen.

—Bien: veo con satisfaccion que si era Vd. un traidor, tambien es hombre religioso: efectivamente un suicidio voluntario lo reprueba y castiga nuestra santa religion; pero en cuanto á Vd., varía de especie: el público creerá expontáneo su acto de desesperacion; Dios y nosotros sabemos que tan solo á la violencia puede Vd. ceder.

—Pero entonces vale tanto como un asesinato premeditado,—objetó el baron del Pino.

—Si Vd. lo juzga así, no me opongo; pero es el caso que Vd. sobra en el mundo: en otra ocasion y por diverso motivo le hubiera propuesto un duelo.

—¿Y por qué no ahora?

—¿Seria Vd. capaz de aceptar?...

—Es el medio más decoroso: así la suerte ó la destreza pueden decidir: de otro modo, lo repito, es un asesinato premeditado.

—Lo siento, baron: pero es cosa acordada... Pero ¿qué diablos? no tenga Vd. escrúpulo alguno: yo cargaré con la responsabilidad, y si no soy bastante á soportar un peso

de tal índole, estos señores me ayudarán á sobrellevarlo: de este modo, como dijo el otro, entre muchos tocará el mal á ménos.

Utrera y Montenegro hicieron una señal afirmativa, sonriéndose con espantosa complacencia.

M... añadió alargando al baron el puñal:

—Vamos: lo del desafío es materia imposible; si hubiera un pretexto decoroso, complaceria á Vd.; pero la cosa es sencilla, esta hoja tiene buena punta y con bien poca fuerza encontrará Vd. el corazon tan fácilmente cual si se bebiese un vaso de agua. Animo, y buen viaje.

Presa de una alucinacion febril, el baron del Pino se retorcia con desesperacion los brazos, contemplando en cada uno de aquellos personajes una especie de fantasma. Su semblante estaba lívido, sus ojos demasiadamente abiertos, su pecho y sus músculos agitados por una convulsion que producian al par el miedo y la sorpresa.

Por un momento casi le tuvo lástima el noble conde, y apartó sus ojos de tanta perfidia y tanta bajeza reunidas en un solo hombre.

Mas la doble é imperiosa mirada de Utrera y Montenegro parecieron borrar en su alma aquel destello de compasion; por manera que volviendo á presentar resueltamente al del Pino el arma terrible,

—¡Acaba!— exclamó.

El espía tomó maquinalmente el puñal, y por algunos segundos le estuvo contemplando con estupor.

Mas de súbito, y como si por su mente acabára de cruzar una idea salvadora, se sacudió en un extremecimiento nervioso, arrojándose sobre M... al cual dirigió arrebatado el arma terrible. M... dió un paso atrás, pero tropezó con un sillon que interceptándole la retirada, dió lugar á

que su adversario avanzase con mayor firmeza sobre él.

En su desesperacion, el instinto de la vida, animó el alma ruin del furioso baron. Todos, el conde y sus amigos, lo comprendieron así, por manera que su ansiedad creció de todo punto cuando el puñal brilló sobre el noble caballero, cuya actitud á causa del tropiezo ni aun le permitia defenderse con sus manos.

Un solo segundo, y la reluciente hoja se esconderia en el corazon del hombre que á la sazon era una verdadera esperanza para la salvacion de la pátria, y á quien el pueblo de Madrid queria con frenesí bajo el nombre del *tio Pedro,* segun ya hemos manifestado.

De pronto resonó en la estancia una fuerte detonacion.

Casi al mismo tiempo se vió libre M... de su adversario, pues que este cayó al suelo exhalando un grito y soltando el puñal en que fundaba su desesperada salvacion.

El conde y Montenegro volvieron á un tiempo sus ojos al lugar de donde habia partido aquel ruido.

Don Enrique, pálido y desencajado por la ansiedad en que lo habia puesto el peligro que acababa de arrostrar el conde, permanecia aun con la humeante pistola en su diestra y contemplando con alegría dolorosa al baron del Pino que se revolcaba en el suelo, presa de horrible dolor.

—¿Qué ha hecho Vd., Utrera?—preguntó M...

—Nada, conde;—respondió D. Enrique,—no hice otra cosa que anticiparme á las intenciones de ese buen cristiano que repugnando el crímen del suicidio, ya Vd. lo vé, hallaba muy moral y más cómodo cometer un homicidio.

Montenegro se rió de la observacion hecha por el jóven.

El conde se quedó pensativo, y dijo:

—No habia previsto que un hombre de su corazon es



Este cayó al suelo exhalando un grito y soltando el puñal en que fundaba su desesperada salvacion.

capáz de todo, ménos de una accion noble: debí haberlo temido.

—Y mucho, conde; pero ¿qué se le ha de hacer? así lo quiso, y así lo tiene: no era ¡par diez! esa mi intencion; pero entre uno y otro, he dado á Vd. la preferencia: me conviene que Vd. viva. ¿Digo mal, señor Montenegro?

Pero Montenegro y el conde, movidos por un sentimiento de humanidad irresistible en las almas buenas, contestaron á la pregunta de D. Enrique, indicándole al baron que se revolcaba desesperadamente.

Todos tres acudieron á examinar la herida del desgraciado.

CAPITULO XVII.

Belliard enamorado.

Velarde, al abandonar la casa de M... se encaminó directamente á la calle del Arenal. Dos ideas distintas, dos sentimientos encontrados preocupaban su elevado espíritu en aquel momento.

La primera idea, el primer sentimiento eran gratos, le llenaban de felicidad y hacian latir su corazon de veintinueve años con las emociones del que siendo en todo grande y leal, debia comprender el amor como le han comprendido siempre las almas puras y grandes.

La otra idea, el otro sentimiento de Velarde, contrastaba claramente con los primeros, constituyendo así en su fondo una lucha inexplicable.

De este modo caminaba preocupado y distraido por la citada calle, á tan avanzada hora de la noche, cuando tropezó con dos bultos, dos personas que llevaban direccion opuesta.

Apartóse naturalmente el capitan, y ni siquiera pre-

tendió examinar, en medio de la oscuridad, quiénes eran las personas que se le habian interpuesto.

Sin embargo, uno de aquellos bultos reconoció á Velarde, pues dijo deteniéndole:

—Muy tarde se retira Vd. hoy, capitan.

Velarde reconoció entonces aquella voz, que era la voz de una mujer.

—Buenas noches, Eugenia,—respondió Velarde,—parece, añadió,—que tambien Vd. madruga: creo que en esta parte ambos nos hemos propuesto esperar al dia.

La futura baronesa del Pino, pues no era otra, repuso:

—Sí, pero seguramente que nos desvelan objetos bien diversos.

Velarde calló.

Eugenia continuó hablándole casi al oido:

—Sea Vd. franco, pues le interesa más que á mí el serlo: Vd. vá á casa de Carolina, ¿eh?

—¿Por qué esa pregunta?—balbuceó Velarde.

—Antes respóndame Vd. con la confianza de un buen amigo, pues como á tal puedo prestarle un servicio no despreciable. Así, pues, ¿vá Vd. ó no á ver á Carolina?

—Seguramente: he ocupado una buena parte de la noche, y como Carolina tiene por costumbre recogerse muy tarde, sobre todo, la noche que yo falto...

—Por eso vá Vd. ahora, y la ocasion no es oportuna que digamos.

—¿Pues cómo?... Explíquese Vd.

—Ante todo: ¿ha visto Vd. al baron del Pino?

—Acabo de dejarle.

—En casa de M..., ¿eh?

—Sí, señora, y se preparaba á salir. Pero... ¿no me dirá Vd?...

—A eso voy: he estado en casa de Carolina.

—¿Y bien?

—Carolina no esperaba á Vd. hoy, ó por lo ménos hasta el dia.

—Prosiga Vd.

—Pues como digo, llega Vd. en hora muy poco oportuna: por lo que he podido observar tiene una visita, y visita de intimidad, pues durante los breves momentos que he estado allí, he observado en Carolina una impaciencia marcada, y apenas me despedí de ella se dirigió con suma rapidéz á sus habitaciones interiores.

—Pero eso nada significa, Eugenia; encuentro muy natural lo que Vd. me dice,—observó el artillero con perfecta tranquilidad.

El tono de convencimiento con que aquel se expresó, pareció picar algun tanto el amor propio de aquella mujer tan singular, así es que dijo sin cuidarse de medir el efecto de sus palabras:

—Lo que no encuentro yo muy natural, ó por lo ménos propio á su altivéz, es que cediendo á una ciega confianza tolere que le suplanten. ¿Y quién, Dios mio? ¡nada ménos que un extranjero!

—¡Eugenia!

—Como lo digo. Veamos: ¿no habia ofrecido á Vd. su novia separarse del servicio de los reyes padres?

—Cierto, y se ha separado al fin. ¿Pero qué tiene que ver eso?

—Tiene, y mucho. Pero vamos al asunto. Ayer ha recibido Carolina una carta de la reina madre, en que le recuerda su cariño, y la ruega que no la abandone...

—¿Que ha recibido una carta de la reina? ¡Imposible!

—¿No ha dado á Vd. cuenta de ella? Mas en mi favor:

pues tenga Vd. por seguro que no tan solamente la ha recibido, sino que está dispuesta á complacer á S. M. Despues de esto, le falta saber lo demás: me duele decirlo, pero es Vd. un buen amigo, le aprecio sinceramente por lo mucho que vale, y aun á trueque de proporcionar á Vd. un desengaño cruel...

—Acabe Vd., Eugenia.

—Pero... ¿me da Vd. su palabra de no tomar para nada mi nombre?

—La tiene Vd.—respondió Velarde con voz alterada.

Eugenia bajó más y más la suya, y añadió rozando casi la mejilla del artillero con sus perfumados rizos:

—Antes de entrar, observe Vd. una poca de paciencia, y verá salir al pájaro de un momento á otro.

—Pero no acabo de comprender á Vd... no puedo...

—Es cosa que se resiste, y esto se explica bien, cuando se trata de un hombre de honor; sin embargo es la pura verdad: así pues, sitúese Vd. en los alrededores de la casa, desde donde Vd. no pueda perder de vista la puerta, y verá salir...

—¿A quién?—preguntó Velarde con viveza.

—¡Chist!—murmuró Eugenia poniéndole un dedo en la boca,—tenga Vd. prudencia, amigo mio, si quiere aprovecharse de la feliz casualidad que ha deparado este encuentro.

—Pero acabe Vd., Eugenia, ¿á quién he de ver salir?

—Al general Belliard.

—¡Al general Belliard!

Y Velarde manifestó á la vez que dudaba y temia la certeza de esta extrañísima revelacion.

Eugenia añadió:

—Nada pierde Vd. con tomar las precauciones que

acabo de aconsejarle. Ahora prudencia, y mañana estoy segura de que apreciará el interés que me tomo por Vd... Pero una pregunta: ¿dice Vd. que ha visto... que acaba de dejar al baron del Pino en casa del conde de M...?

—Sí, respondió Velarde casi maquinalmente.

—¿Y no le ha sucedido nada?

—Nada.

La preocupacion en que se hallaba sumido el artillero, no le permitió fijarse en el tono particular con que Eugenia le habia dirigido aquella pregunta.

En seguida se despidieron ambos, Eugenia con un criado que hasta entonces habia permanecido á una respetuosa distancia, dirigió sus pasos por la Puerta del Sol.

Velarde, presa de una extraña duda, echó por la calle del Arenal y fué á situarse casi frente á la puerta de la casa-palacio que habitaba Carolina.

No habian trascurrido aun diez minutos, cuando la citada puerta se abrió, dando paso á un hombre que, á pesar de ir envuelto en una ancha capa, permitia distinguir vestia uniforme militar.

Velarde pareció reconocerle, y por un momento casi estuvo impulsado á salirle al encuentro; más reflexionó y pudo contenerse.

Poco despues hacia sonar el pesado aldabon, y apenas le abrieron se precipitó en la escalera, subiendo con extremada precipitacion; por manera que ni aun respondia al portero que le saludaba al paso.

El mismo jóven no acertaba á darse cuenta de lo que pasaba en su corazon, agitado por sensaciones para él hasta entonces desconocidas, ajenas á su carácter altivo.

Casi nos resistimos á colocar en el alma elevada de nuestro héroe inmortal ese sentimiento que por igual á to-

dos domina, y que en el largo diccionario del amor se llama celos. Tal respeto nos inspira su nombre venerando, que cediendo á una pueril y vulgar preocupacion, despues de los cincuenta y cinco años que han trascurrido desde aquella fecha memorable, contemplamos á Daoiz y Velarde como dos séres sobrenaturales, diferentes en todo á los demás hombres.

Sin embargo, forzoso es convenir que la revelacion de Eugenia, primero, y seguidamente lo que sus propios ojos acababan de ver como confirmacion de lo que temia, excitaron en su pecho altivo los impulsos de la indignacion, de un amor tanto más ofendido, cuanto más digno, puro y respetuoso era el de Velarde.

Por consecuencia del cargo que habia ejercido tan cerca de los reyes padres, lo que antes no era otra cosa que una simple amistad hácia Carolina, se convirtió con la intimidad en una pasion mútua, en que ambos se correspondian con igual sensibilidad, con la misma lealtad y delicadeza de sus bellos corazones.

Dotado Velarde de una bella y simpática figura, no era preciso tener para nada en cuenta el brillante porvenir que debia fundar en su condicion, para que una mujer inteligente y noble se prendára del bizarro capitan.

Carolina, siguiendo en esto la opinion de todos, habia apreciado en su amante, más que las otras recomendables prendas, las prendas no comunes de un preclaro talento y de un valor á toda prueba, que se revelaban en el acto más insignificante, en la palabra más sencilla que pronunciaran sus lábios.

Pocos hombres reunen ciertamente los incentivos que el exforzado artillero, y ella, con su delicada percepcion

de mujer, supo distinguirle entre la multitud de adoradores que pretendian su mano.

Huérfana desde muy tierna edad, cuando aun apenas habia llegado á su desarrollo, Carolina terminó su educacion al lado de los reyes padres.

Ciertas escenas de aquella córte no eran las más á propósito que digamos para hacer de ella un dechado de virtudes: pero una exquisita conciencia de su dignidad, bien á pesar de su genial aparentemente voluble y humorístico, le mantuvo dueña de ese tesoro que es la primera belleza de las mujeres pundonorosas.

Era hija de los condes del Ramal, y al fallecimiento de estos quedó por única y exclusiva poseedora de su pingüe riqueza.

La reina María Luisa la habia distinguido en los cinco años que hacia la conservaba á su lado; pues conocedora de su adhesion franca y leal, cuando tantos desengaños acarreó á la esposa de Cárlos su particular conducta, sabia muy bien que el afecto de una persona como Carolina, era una garantía, ó por lo ménos un consuelo contra tantas asechanzas y amenazas que se alzaban en torno suyo; y más aun desde que con sobrada imprudencia, tanto la reina como el rey, habian atraido sobre sí la responsabilidad de las murmuraciones y del ódio profundo, universal, con que en todas partes se pronunciaba el aborrecido nombre de Godoy, elevado á tan grande altura en alas de una privanza tan equívoca y mal mirada, cosa que ni aun los mismos historiadores, en la severidad de su alta mision, han querido perdonar á aquel reinado, el más sangriento y funesto, el que más sinsabores acarreó á la magnánima nacion española.

Cuando Velarde aun desempeñaba el cargo de secre-

tario de Estado Mayor á las órdenes de Godoy, María Luisa aprobó y aun protegió los amores de aquel con Carolina.

Pero desde la caida del privado, y cuando ya el artillero vió con terrible claridad cuál y cuán crítica era la situacion del país, desde entonces, apercibiéndose la reina del notable cambio que se habia obrado en el jóven, hasta quiso disuadir á la enamorada condesita del Ramal, á quien presentó en perspectiva otros partidos más ventajosos por la posicion de los aspirantes.

Más Carolina, bien á pesar de su lealtad y de su particular cariño por los reyes, demostró muy claramente que la firmeza era una de las prendas más recomendables que adornaban su bello corazon.

María Luisa, pues, tuvo que resignarse á consentir en la afeccion que antes habia protegido; y Velarde y Carolina prosiguieron cada vez más enamorados el uno del otro.

Nuestros lectores recordarán la escena que tuvo lugar la primera noche que presentamos al artillero en la casa-palacio de su novia la condesita del Ramal, como tambien la palabra que esta empeñó de abandonar el cargo que cerca de los reyes desempeñaba.

Efectivamente, cumplió su promesa, pretextando primeramente á la reina el mal estado de su salud, y por último excusándose con toda suerte de evasivas y disculpas, que no por eso bastaron á que María Luisa renunciase al deseo de retenerla á su lado.

Subió, pues, Velarde con marcada agitacion los escalones del palacio, y preguntó con voz no muy segura á la doncella de Cárolina, que le comtempló admirada:

—¿Dónde está la señora?

—Acostada,—respondió la doncella.

—Pues avísela Vd., y diga que la espero.

—Es que como me tiene prohibido entrar en su dormitorio desde el instante mismo en que se recoje, y acabo hace un momento de dejarla, francamente, no me atrevo...

Velarde, que habia reflexionado durante algunos segundos, interrumpió á la doncella de Carolina, diciéndola con tono más afable:

—No tema Vd., y dígala en mi nombre que tengo necesidad de comunicarla sin dilacion un asunto de la mayor importancia, y que mañana no tendré ocasion de hablarla.

La doncella, tranquilizada por las palabras del capitan, se encaminó al dormitorio de su ama, despues de haber dejado á Velarde en el gabinete que ya han visitado nuestros lectores en otra ocasion.

Pero retrocedamos dos horas, aunque para nada variaremos el lugar de la escena.

El general jefe del estado mayor francés, Belliard, habia solicitado de la jóven condesa una entrevista para aquella noche; y apenas el duque de Berg le hubo dejado libre, se encaminó á la calle del Arenal.

Carolina, juzgando que se trataba de algun asunto referente á la reina, le esperaba con curiosidad, creyéndole portador de una nueva súplica de su parte.

Con efecto, Belliard entregó á la jóven una carta de María Luisa concebida en estos términos:

«A tal punto ha llegado la ingratitud de todos, que, como sabes, he tenido que buscar la seguridad de la persona del rey y la mia en la guarnicion que tan galantemente se ha servido facilitarnos nuestro amigo el gran

duque de Berg. Toda nuestra servidumbre, con excepciones bien ligeras, nos ha hecho traicion. Tan solo en tí confiaba, y aun confío; pero sin duda los consejos de alguna persona mal avenida con nosotros, y á quien no quieres contrariar, te obliga á variar de conducta. Sin embargo, conozco tu buen corazon, tu lealtad y tu consecuencia; confío en que no habrás olvidado el cariño que siempre te hemos profesado yo y el rey, así como el pobre Príncipe de la Paz, que tan amigo ha sido de tu difunto padre; y si á estas consideraciones añado la de que tu presencia á nuestro lado es de todo punto necesaria, creo no vacilarás en acceder á los ruegos de la que, reina desgraciada, te abre sus brazos de amiga. Si el capitan se opone, como presumo que hará, no vaciles en buscar un pretexto cualquiera, y te prometo que una vez aquí todo se arreglará del modo más satisfactorio. Si te quiere verdaderamente; segura estoy de que vencerá todo escrúpulo; sino, permíteme, querida mia, que dude de un amor que se sacrifica á ajenos intereses. Pero esto no pasa de ser una suposicion: veremos.—Ayer ha estado en este real sitio el general Belliard, quien ha tenido la galantería de ser portador de esta carta. Créele, pues te aprecia muy sinceramente.»

Carolina, vivamente conmovida por la lectura de estos renglones, permaneció por algun tiempo en actitud meditabunda.

Belliard la preguntó:

—¿Ha disgustado á Vd. la carta de la reina?

—No,—respondió la jóven,—pero me entristece la situacion en que los sucesos la han colocado de algun tiempo á esta parte, y no puedo olvidar el cariño que la debo.

—S. M. confia en los inmediatos consuelos de usted.

—Pues ¿no se decia que estaba próximo el viaje de sus Magestades á Francia, y que acaso de un momento á otro se verificará?...

—Así parece, condesa.

—Entonces la reina no necesita de mí.

—¿Por qué?

—Porque al lado del emperador cesarán sus inquietudes.

—Eso no obsta para que desee la compañía de Vd.: aun al lado de sus amigos el emperador y la demás familia imperial, es fácil eche de ménos á su bella amiga la condesa del Ramal á quien tanto cariño profesa.

Carolina replicó inclinándose:

—Como Vd. acaba de asegurar muy acertadamente, la reina tendrá allí muy numerosos amigos y servidores, y estos escusarán mi ausencia.

—¿Es decir que se niega Vd. á ver á S. M.?

—No digo tanto: espero tener el honor de despedirla; pero no entraré de ningun modo en su servicio, no podré acompañarla en su viaje: asuntos muy graves me lo prohiben.

—Creo conocer alguno de los asuntos que aconsejan á Vd. tan terminante resolucion,—dijo Belliard insidiosamente.

—Tal vez;—murmuró Carolina volviéndose un tanto colorada, y previendo la alusion del general francés.

—Vd. ama demasiado á Velarde,—añadió Belliard.

—¿Lo cree Vd.?—preguntó la jóven condesa riéndose con ingenuidad,—¿dice Vd. que amo *demasiado* á Velarde?

—Así lo dicen al ménos,—prosiguió el general, sin

apercibirse del modo que habia tenido Carolina de recalcar la palabra demasiado.

—Sin embargo,—repuso,—es posible que las gentes se equivoquen ó exageren las cosas.

Carolina hizo un gesto que Belliard tomó por asentimiento, y fijó una mirada pensativa, de esas miradas que muchas veces proceden del abstraimiento, de la preocupacion ó del recuerdo de objetos lejanos, en el rostro de su interlocutor.

Este á su vez torció la significacion de aquella mirada indefinible y que á pesar de su languidéz, ejercia una impresion magnética en su corazon.

Durante algunos minutos absorbió silenciosamente todo el dulce y voluptuoso encanto de aquella mirada, sintiendo en todo su sér una conmocion tan fuerte como inexplicable, tan poderosa como creciente, á medida que la situacion se prolongaba y recordaba, traduciéndolas favorablemente, las últimas frases de la bella condesa del Ramal.

Pero los ojos de esta, clavados con una tenacidad que nos atreveríamos á llamar galvánica, si no envolvieran cierto fuego de vida, de pasion ardiente, en el rostro de Belliard, lo que ménos veian en aquel momento era al general francés.

Por uno de esos fenómenos prodigiosos de la fantasía que en los corazones ardientes produce un recuerdo adorado, Carolina, como á través de una óptica, contemplaba una figura á sus ojos más bella que todas las bellezas del mundo.

Cualquiera diria que el brillante uniforme de Belliard, cuajado de oro y de condecoraciones, la causaba una especie de admiracion.

Pero la figura que con tal tenacidad ocupaba su fantasía, tenia esa sencillez severa que las almas *no vulgares* saben anteponer á la recargada y muchas veces monótona del blason.

El mismo general francés, al pronunciar un nombre, acababa de evocar inadvertidamente aquella hermosa figura que Carolina absorbia extasiada y como si no quisiera perder el más mínimo de sus contornos, el detalle más imperceptible así en la expresion como en la forma; y en vez de dirigir sus enamoradas pupilas á la pared, al techo ú á otro cualquier punto indiferente, los mantuvo largo rato clavados en el alterado rostro de Belliard, que con verdadera fruicion contemplaba aquel éxtasis, aquella pasion de fuego que irradiaba en unos ojos negros, con toda la impetuosidad de los veinticuatro años.

Decíamos que Belliard interpretó desacertadamente aquella mirada, y en verdad que todo contribuia á confirmarle en su presuncion; pues al preguntar á Carolina con acento conmovido:

—¿En qué piensa Vd.?

La jóven respondió, ó más bien se respondió á sí misma en un pensamiento íntimo, con una sonrisa encantadora, á través de la cual contempló fascinado Belliard las más bellas perlas que pudieran adornar los sonrosados lábios de una fresca vírgen. La boca y la sonrisa de la jóven condesa eran una doble tentacion, una de esas perspectivas que producen trás la fascinacion el vértigo.

Pues Belliard, que se habia sentido fascinado por aquella mirada ardiente, pero elocuentísima en su inmovilidad, hallóse desapercibidamente poseido por el vértigo.

El vértigo en materia de amor, llega muchas veces á

la enagenacion, dá brios al más cobarde, y alas á la lengua del hombre más tímido.

Belliard no era tímido; pero el deber y las buenas formas imponen al hombre tanto más, cuanto mayor es su significacion en el mundo social. No tenia, por tanto, que vencer á la timidéz ni al respeto; pero acababa de dar un gran paso en el terreno de la confianza.

Ensayó á su vez una de sus mejores sonrisas, y volvió á preguntar sentimentalmente:

—¿No es cierto, Carolina, que el amor es el primero, el único y delicioso encanto de nuestra vida?

—¡Oh! ciertamente,—pronunció la jóven, haciendo brotar de sus ojos un relámpago que inundó á Belliard.

Este prosiguió:

—Y Vd., condesa, ¿comprende las celestiales dulzuras de ese sentimiento por que Vd. ama?

—Sí, amo...

—Pero Vd. ama un objeto elevado, grande.

—Grande, elevado... repitió maquinalmente la absorta jóven, que parecia estar poseida de un poderoso sonambulismo.

—Un objeto glorioso, que no es vulgar...—prosiguió el francés.

—No, no es vulgar...

—Que la adora á Vd...

—Sí, que me adora...

—Que la contempla en este instante con frenesí... que Vd. misma contempla con un fuego desconocido...

Belliard parecia estar seguro de los efectos de su brillante uniforme: la mayor parte de los generales de Napoleon I adolecian de esta presuncion.

El amor, la seguridad de su uniforme, una gran dó-

sis de presuncion y muy especialmente la extraña actitud en que se habia colocado la jóven y hermosa Carolina, dieron al traste con la poca razon que ya quedaba al trastornado general.

La condesa habia repetido:

—Sí, que me contempla con frenesí, con fuego...

—Y el cual es amado ardientemente,—repuso Belliard.

—Sí... es amado...

—¿Es decir que me amas, Carolina?... me amas.

Aquí Belliard se descompuso, y no fué más dueño de sus acciones que de su insegura cabeza. Todo lo que acabamos de trascribir pasó con la mayor rapidéz, en ménos tiempo del que hemos necesitado para expresarlo. Con la misma prontitud Belliard abandonó su asiento, y acercándose á la jóven, de una de cuyas manos quiso apoderarse,

—¿Con que es cierto que me amas?—exclamó.

Pero aquel movimiento y aquella exclamacion repentina, predujeron un efecto bien contrario al que Belliard se esperaba.

No necesitó Carolina tanto para despertarse bruscamente de aquella enagenacion, de aquel ensueño singular, y sin acertar á darse cuenta de lo que motivaba el arranque apasionado del general, dijo levantándose y rechazándole con fria dignidad:

—Caballero, si he soñado, debió Vd. respetar mi sueño: acaba Vd. de cometer una ligereza imperdonable.

Belliard se encontró como aquel á quien arrojáran desde el sétimo cielo á las profundidades sin fin del abismo.

—¡Carolina!—exclamó asombrado, ó más bien resentido porque empezaba á comprender todo lo ridículo del papel que acababa de desempeñar.

La condesa le indicó con un ademan imperioso que tomára respetuoso asiento, ó que abandonára la estancia.

El general obedeció, cayendo sobre el sillon completamente desconcertado por aquel arranque de altivéz que no esperaba.

De pronto una voz resonó detrás de las espesas colgaduras, pronunciando el nombre de Carolina.

Esta, creyendo reconocer á la persona que llamaba, salió con rapidéz del gabinete, dejando por algunos instantes solo á Belliard.

A cinco ó seis pasos distante de la puerta, la condesita del Ramal se encontró á Eugenia de Montenegro.

Hacia un largo cuarto de hora que esperaba, y habia oido la conversacion de Carolina con el general Belliard, sin perder una sola palabra.

—Vengo en hora tan importuna á pedirte un favor,—dijo Eugenia despues de excusarse con la jóven.—He dispuesto ir mañana al sitio de San Lorenzo.

—¿Para qué?—preguntó Carolina.

—Para ver á los reyes: ¿no van á salir de un momento á otro con direccion á Francia?

—Así lo creo, Eugenia, ó por lo ménos eso se dice.

—¿Y tú los acompañas?

—No.

—Pues yo me dispongo á emprender ese viaje.

—¿Tú?

—Sí, yo: ¿qué tiene de extraño?

—Nada, pero no sabia...

—Me caso con el baron del Pino, y hemos resuelto fijar nuestra residencia en cualquier punto del imperio, en París tal vez.

—En cuanto á tu matrimonio, ya lo sabia, Eugenia; pero ignoraba esa otra resolucion.

—Pues vengo á que me recomiendes á la reina, toda vez que, segun noticias, rehusas acompañarla.

—Ciertamente; pero no podré servirte.

—¿Por qué?

—Porque no me conviene pedir nada, porque tan solo me he propuesto despedir á SS. MM. un dia ó dos antes de su viaje. Pero toda vez que hemos hablado del baron, quiero, si aun es tiempo, dispensarte un servicio más importante que el que me pedias: es cosa grave.

—¿De qué se trata, pues?—preguntó Eugenia con alguna inquietud.

—Se trata nada ménos que de su vida,—respondió Carolina, la cual viendo la agitacion que habian producido en la hija de Montenegro sus palabras, repuso con interés:

—Qué... ¿te pones mala?... ¿qué tienes?

—No es nada,—balbuceó Eugenia;—semejante inesperada noticia me ha desazonado: pero habla, explícame el peligro que corre el baron.

—Esta noche ha asistido, segun creo, á una reunion verificada en la casa del conde de M...?

—Creo que sí.

—Pues bien: ayer he enviado yo al conde una carta que se me remitió desde San Lorenzo, carta en la cual se demostraba que el baron andaba en ciertos manejos con los franceses; la reina, temerosa siempre de que en la casa de M... nada bueno puede concertarse para ella, tan estrechamente relacionada y confiada al general Murat, ha indicado á este la conveniencia de que el baron se hiciese pasar por uno de tantos alborotadores como esta noche habrán formado la reunion de M..., quien informado por la

carta que se me ordenó le remitiera, y de la cual nada quise decir á Velarde, creo que está dispuesto á hacer un castigo ejemplar con el traidor.

—¿Y por qué has entregado esa carta al conde?—preguntó Eugenia, sobrecogida de espanto y mirando á Carolina con cierta expresion de ódio.

—¿Y qué querias que yo hiciera?—respondió la jóven,—Velarde es uno de los comprometidos en la reunion, y bastante he hecho con ocultarle á él la supercheria del baron.

—¡Y tal vez será tarde para acudir en su socorro!—exclamó Eugenia desesperadamente.

—Son las dos y media de la madrugada,—respondió la jóven condesa con una tranquilidad que exasperó á su amiga.

—¿Y á qué hora se disolverá la reunion?

—A esta, sobre poco más ó ménos.

—¿Es decir que ya no hay medio de evitar un conflicto?

—Mucho lo temo: el conde de M... es temible en un asunto de esta naturaleza, no es muy devoto de los traidores.

Eugenia envolvió en una mirada de ódio á la condesa, y salió precipitadamente sin dirigirla una sola palabra, sin despedirse de la que tan tarde y como por via de sarcasmo la daba tan séria noticia.

Carolina se encogió de hombros viéndola salir, y volviendo á entrar en el gabinete, dijo á Belliard:

—Caballero: esta es la hora en que yo acostumbro recojerme.

—Esto es despedirme, condesa;—observó el general ofendido.

—No, general; esto es advertiros que ha terminado ya

vuestra mision, y que habeis cumplido sobradamente el encargo de la reina.

Poco despues Velarde vió salir al general francés, y temió que las palabras de Eugenia estaban confirmadas.

Así se explica la insistencia con que exigió hablar á su amante en hora tan avanzada, y á pesar de encontrarse la jóven ya recogida.

Pero de esto, de la entrevista que tuvieron, nos ocuparemos á su tiempo, ya que tanto nos interesa dejar deslindada la situacion de cada uno de nuestros personajes, cuando tan pronto vamos á entrar en la parte más difícil y terrible de nuestra historia.

CAPITULO XVIII.

Un muerto que sale de su tumba.

Petra Ruiz, la criada y ex-confidente de la futura baronesa del Pino, habia pasado en un calabozo del cuartel de San Gil tres dias verdaderamente mortales.

Al principio su dolor y su natural sorpresa no la permitieron distinguir nada en tan oscura situacion, por más que á cada instante se fatigaba poniendo en prensa su acalorada imaginacion, por conjeturar la causa ó causas que hubieran podido acarrearla el enojo del francés.

Como hemos dicho ya al ocuparnos de este hecho, no pudo resolverse á creer la paciente que aquello fuese cuestion de Estado, ni mucho ménos. En cuanto á la estancia del ejército extranjero en Madrid, no distinguiria, ni se la daria un bledo porque fuesen los soldados de Napoleon ó los del moro Muza. En materia de patriotismo, Petra no veia palabra, y por lo tanto no habia dado lugar en manera alguna á que se la tuviese por sospechosa.

Por otra parte, ningun género de crímen ni delito habia cometido, del cual hubiese de responder ante la justicia; y si algo le remordia la conciencia, no era seguramente por el mal, segun ella bien merecido, que habia causado á su ama, en la forma que ya conoce el lector.

Sin embargo, desde que sus deducciones se apoderaron del nombre de Eugenia, su afan se detuvo como el navegante que llega al puerto deseado.

Una luz primero muy confusa, y harto clara despues, la hizo distinguir perfectamente el quid de su desgracia.

Habia sido durante mucho tiempo la sombra de Eugenia, lo era aun, continuaria siéndolo mientras viviese: por manera que encerrada ó muerta, necesitaba la madre de María reducirla á cualquiera de ambas situaciones, para vivir sin escrúpulos ni temores. No podia olvidar Petra, cuando así discurria, el memorable fin del gato que por uno de esos caprichos de la suerte, de la casualidad ó de la Providencia, la habia libertado de una muerte cierta y terrible.

Inclinóse, pues, á creer que su antigua ama habia sido autora del arresto que sufria.

Entonces su imaginacion y su discernimiento tomaron proporciones colosales, y temió un resultado más sério que aquella simple prision, en que sin embargo permanecia enteramente incomunicada, sin otra relacion ni trato que el de dos soldados que en ocasiones distintas la servian de carceleros. Estos la hablaban mal español, y aun así con espantosa economía.

Contra lo que á otras célebres prisioneras aconteció en el mundo, Petra, sino era del todo vieja, ni mucho ménos desagradable, carecia de los atractivos que pueden hacer

pensar á una mujer desesperada en el recurso de la seduccion.

Petra no se creia capáz de seducir con su belleza pecadora, mas en su constante maquinar y urdir, encontró por último, al cabo de cuarenta y ocho horas mortales, un recurso.

Uno de los consabidos soldados, su carcelero, vino en cierta hora de decision para la atribulada mujer á traerla su comida; cosa que, de paso sea dicho, la suministraban en el cuartel de San Gil con irregularidad y desaseo á cual peor.

Entró, pues, el soldado y puso sobre un taburete y en un cacharro una especie de menestra indefinible y un pedazo de pan.

Petra ni siquiera paró su atencion en las vituallas, pero mirando fijamente á su proveedor de menestra, le dijo como aquel que considera el valor del tiempo:

—Amigo mio, no quiero que por mí se exponga Vd. á un castigo, ni que falte á su obligacion; pero le suplico un favor que le agradeceré tanto como será bien retribuido.

El francés se quedó mirándola perplejo, sin responder palabra, y la prisionera continuó:

—Tengo necesidad de que un pariente mio sepa de mi paradero, pues en ello juegan intereses muy considerables: así, si Vd. quiere encargarse de hacerme este favor, es decir, de llevarle un recado mio, le gratificarán con un buen puñado de oro.

Estas últimas palabras fueron para el soldado las más inteligibles y que de un modo más armonioso y claro sonaron en su oido; así es que respondió á Petra en mal zurcido español:

—Si mi no correr en ello pelicro alguno, y cuardar el

segreto, yo servir á la signora... Mes querer mi antes la asurance de l'or, ó del dinerrgo.

—En cuanto al secreto, pierda Vd. cuidado, pues se guardará por la cuenta que me tiene: y el dinero se lo entregarán á Vd. apenas vean la carta que escribiré á ese mi pariente.

—Pien: penca la *lettre*, y jurarme dire la ferdat...

—Lo juro por mi salvacion. Pero antes necesito que Vd. me proporcione papel y tintero para escribir dos renglones.

—¡Diable!—exclamó el francés rascándose una oreja,—madamme pedir una chosse dificíl... mi no safrá como fuscar...

—Por Dios, haga Vd. lo posible,—replicó Petra,—vea Vd. que en ello vá el interés de muchas personas, y que de otro modo pierde Vd. esta ocasion tan buena que se le presenta de recoger una buena cantidad de dinero. Reflexione Vd. bien y vea si es cosa de dejarlo por tan pequeño inconveniente.

En estos ó en análogos términos hablaron el francés y Petra, y á vuelta de tal cual vacilacion por parte del uno, y de grandes súplicas y promesas de la otra, el soldado se decidió á buscar, y al fin encontró el papel y el tintero que la prisionera deseaba.

Petra, que al lado de su ama y cuando esta acababa de admitirla en su servicio, habia tenido la complacencia de enseñarla á escribir lo ménos mal posible, escribió al tio Colás, al tabernero de la calle del Humilladero, una extensa carta, en que le hacia una pintura terrible de su situacion excepcional.

Manifestábale, más que sus sospechas, su convencimiento de que doña Eugenia Montenegro era la causante

de su prision inmotivada; expresaba sus temores de que el dia ménos pensado se la ocurriria envenenarla, y añadia que dijese á D. Enrique interpusiera su mucho valimiento para que pudiese salir de aquella horrible prision.

Por último, en una post-data le rogaba que fuese á su casa cuyas señas él sabia muy bien; que allí tenia 23.000 reales, fruto de sus economías de muchos años;—el lector, sin ser suspicáz, será el primero en colegir de qué provenian estas economías,—que por el dador le enviaba la llave de su cofre, en cuyo fondo encontraria el expresado dinero, del cual le suplicaba entregase al francés cuatro onzas de oro, etc., etc.

El tio Colás, apenas recibió esta nueva, apresuróse á ejecutar la parte que concernia á la recompensa del francés, y habiendo encontrado intacto el baul de que la Petra le hablaba, buscó en el fondo el numerario, del cual apartó cuatro peluconas de Cárlos III, que el francés recibió con tanta alegría y sorpresa, como hasta cierto punto habia abrigado alguna desconfianza por el modesto pelaje del tabernero.

Despues de llenar este requisito, no ménos apremiante que el objeto de la carta, se fué á ver á Utrera; quien por largo espacio no pudo volver de su asombro. Precisamente aquella misma tarde habia tenido noticia de las maquinaciones en que andaba el baron del Pino, y esta reincidencia en el mal camino que Eugenia se habia trazado, no pudo por ménos que hacerle reflexionar en que el baron y Eugenia, cada cual por su estilo, no se quedaban á deber nada mútuamente en punto á mezquindad y á perfidia.

Para él era el enlace del baron y de la falsa madre de María la union de la pantera con el zorro.

Aunque las virtudes de Petra, segun todos sus antece-

dentes, no eran que digamos muy recomendables, Utrera sintió compasion por esta desgraciada, cuyo principal delito no era otro que haber explotado durante catorce ó quince años el fruto de una debilidad encubierta por el orgullo y la ambicion de una madre sin entrañas. Resolvióse, pues, á favorecerla, y al efecto puso en juego sus relaciones consiguiendo que algunas de estas se interesáran con el mismo Murat á fin de que este ordenára secretamente la libertad de aquella inofensiva mujer, que ningun delito habia cometido ni era capáz de cometer, que perjudicase ú ofendiese al último soldado del ejército de ocupacion.

El duque de Berg se extrañó en un principio ante la noticia de semejante prision, y aunque preguntó á todos sus generales la causa que la habia motivado, nadie supo ó no pudo darle razon, de todo lo cual se mostró, al parecer, indignado.

El mismo Grouchy, á quien habia preguntado á su vez, se habia guardado muy bien de atraerse el enojo del gran duque, declarándole que por complacer á una dama temerosa de quiméricos peligros, habia consentido en tan ridícula prision.

Petra fué puesta en libertad aquella misma noche, con gran asombro de su carcelero y comensal, que con ella vió desaparecer una mina de dinero, y que ya ahora, forjándosele una dama principal disfrazada, sentia no haberla exigido una retribucion mayor por su servicio, toda vez que una órden suya escrita en disformes y mal trazados caractéres, le habia valido un buen repuesto de oro contante y sonante, sin que en todo ello le hubiese sobrevenido peligro alguno, ni siquiera responsabilidad.

Luego que Petra hubo respirado el aire libre, se encaminó como una flecha á la calle del Humilladero, para co-

locarse bajo la proteccion del tio Colás y de su libertador.

Don Enrique se hallaba á la sazon con su amante, y creyó advertir en las copiosas lágrimas que vertió la ex-criada cierto arrepentimiento que le conmovió en lo más vivo.

Era muy posible que el pánico, el terror que le causaba Eugenia, mujer tan extraordinariamente mala é inclinada al crímen, ocasionase en el ánimo de la atribulada Petra nada tranquilizadores presentimientos.

De todos modos, esto era para conmover á un corazon tan excelente y compasivo como el de D. Enrique, y con efecto, este sintió cierto interés por la antigua criada, y se propuso dar un paso definitivo que hiciese inútil la prevencion con que la madre de María trataba de descartarse ó deshacerse de la que, poseyendo el secreto de su liviandad, amenazaba echar por tierra sus proyectos ambiosos, con una revelacion que ahora temia doblemente.

Así fué que llamando aparte á su novia, la dijo tomándola una mano y con acento cariñoso y suplicante á la vez:

—María: no te preguntaré si tú me amas como yo á tí, porque en esto no me cabe duda alguna.

—¿Qué quieres decir?—preguntó la jóven con extrañeza.

—Escucha:—continuó D. Enrique,—tú has prometido á aquella señora, á tu madre, interesarte porque nadie revelase el secreto de tu nacimiento.

—Y he tratado de cumplirlo, Enrique.

—No; no lo has cumplido en realidad; pues tanto el señor Nicolás como yo, hemos obedecido en este punto tus menores deseos. Pues bien, María, tu conducta y la nuestra

no han bastado á tranquilizar á esa señora, cuyo orgullo desmedido es inferior á su maldad...

—¡Dios mio! Enrique;—interrumpió María con disgusto,—no quisiera que hablásemos nunca de esa mujer... si es mala deseo ignorar el por qué: al fin es mi madre... ¿Por qué me hablas de ella?... ¿Por qué me mortificas, Enrique?... ¿No ves que vivo perfectamente satisfecha, y que no apetezco otros padres que esos buenos ancianos, ni más cariño que el tuyo? Creo inútil repetirte que renuncio de buen grado al reconocimiento de esa que se dice mi madre y he llegado á conocer desgraciadamente, merced á los amaños de esa maldita Eufrasia, cuyo paradero se ignora desde entonces... Creeme, querido mio: estoy contenta, soy completamente feliz sin esa madre: ¿por qué hablar más del asunto? ¿no me amas, segun dices, por mí misma?

—Sí, María,—continuó D. Enrique hondamente conmovido por la expresion de terror que su novia demostraba al ocuparse de la que era su madre;—te quiero por tí misma, por lo mucho que tú vales; por tu encantadora belleza; por tu excelente corazon; pero no se trata de esto.

—¿Pues de qué se trata entonces?

—Del bien de tu misma madre.

—No comprendo...

—Es preciso que me comprendas y escuches, porque, repito, en ello vá el bien de esa mujer; así, pues, dí, María: tú que conoces mi corazon, que sabes cuánto te amo y que por tí soy capáz de acometer hasta lo imposible: tú que conoces mi honradéz y que no soy capáz de engañarte, díme, María, ¿tienes absoluta confianza en mí?

—¿Puedes dudarlo, Enrique?

—Tambien sabes que antes de adoptar una determinacion cualquiera, la peso y medito con calma.

—Lo sé.

—Pues bien: hace algunos dias te dí mi palabra, no tan solamente de no inquietar á tu madre, sino de hacer todo lo posible porque esa pobre mujer que fué su criada y testigo de tu nacimiento, se abstuviera de hablar del asunto.

—Sí, Enrique, me lo prometiste, y creo que habrás cumplido tu palabra.

—Sí, la he cumplido; pero ahora á mi vez quiero pedirte respecto á esto un favor que importa mucho: ¿me lo negarás, María?

—¿Por qué me haces una pregunta semejante? Ya sabes que tu voluntad es para mí una ley.

Enrique estrechó entre sus manos una mano de María que llevó á su boca, y repuso:

—El favor que quiero pedirte es más grave de lo que tú crees.

—Sepamos, mi amable señorito,—dijo María con volubilidad encantadora,—¿qué favor grave es ese que tanto le cuesta pedirme?

—Que me devuelvas una palabra.

—¿Qué palabra?

—La que te dí de no mezclarme para nada en el asunto de tu nacimiento.

—¿Eso me pides, Enrique?

—Te lo suplico por su propio bien.

—Explícate.

—Despues de las palabras que tú le has dado, despues de la conducta que en todo esto hemos seguido, esa mujer

debia darse por satisfecha y permanecer completamente tranquila.

—¿Y no lo está, Enrique?

—¿No acabas de ver llorar á la que fué su criada?...

—Pero no comprendo la causa...

—Ha pasado tres dias mortales en un calabozo del cuartel de San Gil, detenida por soldados franceses...

—Eso ya lo sé.

—Pero lo que no sabes, María, es á quién debe esa inmotivada prision, y por qué se ha llevado á efecto.

—He creido adivinarlo... aquella señora tal vez...

—La misma.

—¿Y por qué se ensaña con esa mujer?

—Porque la teme, porque abriga una tenáz desconfianza de que no mantenga el secreto...

—Pero ha dado motivo de que sospeche...

—Ninguno.

—¿Pues entonces?

—Voy á hacerte una explicacion que te dejará comprender claramente hasta qué punto es capáz de cualquier atentado aquella soberbia madre que por tan horribles medios ha querido ocultarte en el asilo de caridad, para que nadie se apercibiera de su falta. Perdóname que te disguste, María, pero es preciso. Hemos procurado ocultarte siempre algunos horribles pormenores, y si yo abrigase el convencimiento profundo de que, como has dicho y repetido mil veces, tu mayor desgracia consistiria en estar al lado de una madre semejante, me guardaria muy bien de acibarar tu sencillo corazon con revelaciones odiosas. Sin embargo, y para que comprendas la razon por qué te suplico me devuelvas tu palabra, voy á hacerte comprender de lo que es capáz esa mujer

ruin, con tal de ocultar en lo más profundo la debilidad de su primera falta. ¿Me prometes oirme con serenidad, María?

—Con tal de que no me propongas nada que haya de dar por resultado el reconocimiento que há dias me propusiste, dispuesta me tienes á escucharte, y aun á hacer lo que con tu buen juicio creas conveniente.

Dicho esto, la enamarada María se dispuso á oir á su amante.

Este prosiguió:

—Esa mujer es más mala de lo que todos creíamos, y ante su voluntad ó su capricho no hay leyes ni vínculos humanos que la detengan: imposible parece,—añadió interrumpiéndose y con visible enternecimiento,—¡que haya llevado en sus entrañas un ángel como tú! Como te decia, su primera y más latente contrariedad es la mujer que durante trece ó catorce años la sirvió de criada y á la cual dió en la hora crítica del alumbramiento el encargo de depositarte en el torno de los expósitos. Esa desgraciada sirviente quiso explotar á su sabor el secreto, conociendo, como conoció, que su ama queria ocultarlo á todo trance. Durante mucho tiempo resistió la presion que la criada ejercia sobre ella, sucumbiendo á todas sus exigencias, á todas sus pretensiones. Pero debia llegar el término de su paciencia, ó más bien su forzada conformidad; y con efecto, procuró reprimir y acabar de una vez con la tutela á que la habia sometido Petra. ¿Y sabes, María, de qué medio se valió para terminar de una vez sus zozobras?

—La echaria de su casa,—respondió María con la más perfecta candidéz del mundo.

Sonrióse D. Enrique, y repuso:

—No, ese era un medio tan sencillo como ineficáz, y aun desde luego más peligroso que el mantenerla á su lado... No, María, tu madre es mucho más fecunda en recursos, y comprendió muy bien y sin gran trabajo que para cortar los malos efectos conviene adelantarse á destruir la causa.

—¿Qué hizo, pues, Enrique?

—Muy poca cosa: únicamente quiso darla una carta de seguridad para el otro mundo, desde el cual no podria cantar ni verbalmente ni por escrito...

—¡No comprendo!...

—Pues es bien fácil, María.

—Concluye de explicarte.

Don Enrique refirió por último á su amante la escena del frustrado envenenamiento que ya conocen nuestros lectores, sin omitir el más mínimo detalle, y antes bien pintado el hecho con sus más negros colores. María le escuchó con muestras de profundo espanto y horrorizada cada vez más de que una mujer de tan perverso corazon pudiera ser su madre.

Luego que Utrera hubo medido el efecto que habian causado sus palabras en el ánimo de la jóven, y seguro de conseguir el objeto que se proponia, continuó de este modo:

—Ahora, querida mia, pues ya sabes lo que hasta hoy no he querido decirte, debo hacerte partícipe de los sérios temores que abrigo para lo porvenir respecto á la misma criada que tan milagrosamente y gracias á su ocurrencia feliz ha podido salvarse, Dios sabe de qué peligro, peligro que, indudablemente la amenazaba en su prision.

—Ya te escucho, Enrique,—balbuceó María con emocion de profundísimo disgusto,—dime ahora todo cuanto juzgues necesario, pero á condicion de que no nos ocupa-

remos de hoy más de un asunto que, sin poderlo remediar, me hace padecer mucho.

—Eso sí, te lo prometo;—aseguró D. Enrique,—más ahora he de decirte por qué es forzoso que me devuelvas la palabra que he empeñado há dias, de no revelar al padre de esa mujer cruel lo que hace diez y siete años le oculta por todos los medios imaginables...

—Puedes decírmelo todo.

—Petra, la criada que fué de tu madre, se encuentra ahora en completa libertad, y si á estas horas no lo sabe su antigua señora, no tardará mucho tal vez en tener de ello conocimiento.

—¿Por qué no se oculta esa infeliz, ó por qué no abandona á Madrid, si es que abriga temores de no vivir tranquila ni segura?

—Eso no basta, María: es preciso acabar con esto de un modo más terminante, más radical.

—¿Y qué puedo yo hacer entonces?

—Cosa bien sencilla: desde el momento en que el padre, y aun el que va á ser esposo de Eugenia, sepan lo que ella les ha ocultado tan cautelosamente, desde entonces, María, no tendrá necesidad de perseguir á esa mujer por nada, ni para nada. Eugenia, como acabo de decirte, combate los efectos tratando de destruir la causa: la causa primitiva es conocida ya: la causa de que persiga á Petra hasta el punto de desear su muerte, es que en ella considera ménos seguro el secreto que entre nosotros. Pues bien, imitémosla; tomemos por norma su sistema; para evitar los malos efectos que con fundamento debemos temer, acudamos al orígen, destruyamos la causa.

—¿Qué intentas hacer, Enrique?

—Un doble bien; contener á doña Eugenia de Montene-

gro en la senda del crímen por la cual adelanta con espantosa repidéz, y garantizar la vida de la que fué su criada.

—¿Y para eso?...

—Necesito que me devuelvas mi palabra...

—¿Vas á revelar por fin?...

—Sí, María: su padre y su amante el baron del Pino deben saberlo todo, y lo sabrán; sí, es preciso que lo sepan y cuanto antes mejor. Así, pues, prenda mia, ¿puedo contar con que me devuelves mi palabra?

—Sí, pero con una condicion, Enrique.

—¿Cuál?

—La de que no me veré obligada en ningun tiempo, ni ahora que vivo al lado de estos buenos ancianos, ni cuando sea tu mujer, á entenderme para nada con esa señora: la tengo miedo, y creo seria capáz de mandarme matar.

—Descuida, hermosa, no tendrás necesidad alguna de verla; es asunto que me propongo despachar á mi modo.

María y Enrique hablaron aun por espacio de un largo cuarto de hora, pero su conversacion versó entonces sobre lo más interesante para ambos jóvenes, rindiendo el consiguiente y debido culto al dios ciego, y formando grandes proyectos y palacios encantados para un cercano porvenir, tan lleno de delicias, de placeres y de todas esas cosas bonitas que tanto recrean la imaginacion de todos los enamorados que piensan á la par poética y honradamente.

Por último, D. Enrique dejó algunos momentos á su jóven y adorado tormento, y llamando á Petra y al tio Colás, conversaron los tres largo rato y al parecer sobre un asunto que interesaba grandemente: pues en los gestos y en las frases de aprobacion que el tio Colás y Petra dejaban percibir, se colegia sin esfuerzo que se trataba de una importante resolucion.

¿Era de política de lo que trataban nuestros personajes, ó zurcian alguna trama de conspiracion contra los franceses?

De ningun modo, pues ya hemos dicho que Petra no entendia de estas cosas, y mucho ménos desde el punto y hora en que se pasó tan tremendo susto encerrada en el calabozo del cuartel de San Gil.

Preciso es repetirlo, por más que esto no favorezca en nada á la mísera criada de Eugenia: no tan solo era incapáz de exponer su piel en una aventura séria contra gentes tan poderosas, sino que desde luego y á colegir que la pátria valia algun dinero, no hubiera vacilado un solo instante, si dispusiera de ella como dispuso del secreto de su ama en todas ocasiones, en venderla al Shah de Persia, ó al poderoso jefe del Celeste imperio, cuanto más á Napoleon Bonaparte, persona muy nombrada á la sazon en toda Europa, y que en materia de ventas sabia pagar á precio subido los servicios de cuantos traidores hallaba al paso en su triunfal y ambiciosa carrera; nube fea y bochornosa, que con otras no ménos indignas de un grande hombre, tanto contribuyeron á manchar el explendor de sus glorias y á menoscabar el prestigio de su nombre.

Por otra parte, no es presumible que D. Enrique tratára de semejante asunto con una mujer que para maldita cosa de provecho le serviria, física ni moralmente. Así, pues, con el privilegio que nos compete en nuestra cualidad de narradores, diremos que Petra y el tio Colás se ocuparon del objeto para que momentos antes habia suplicado Utrera á su María le devolviese una palabra empeñada por él en ocasion tan solemne como fué aquella que siguió al lance ocurrido en el Postigo de San Martin; lance que tan honda y cruel impresion dejó en el ánimo de la

sencilla hija natural del conde de la Alianza.

El mejor medio de aplastar á aquella harpía era concluir de una vez con el misterio y la rèserva en que habia pretendido envolver su falta, echando como habia echado mano de todos los recursos imaginables, entre ellos los que contra la denuncia terrible de su sirvienta la proporcionaba el respetable caudal de su noble y anciano padre; quien si habia conocido y autorizado los amores de su hija con el general, ignoraba de todo punto las resultas de aquellos amores.

Hombre rigoroso é intransigente, como hemos dicho, en punto á honra, por más que sus otras cualidades le hicieran pasar por el más excelente de su elevada clase entre el vecindario de la populosa villa, D. Pablo de Montenegro hubiera soportado difícilmente la debilidad de su hija, irreparable desde el momento en que el conde de la Alianza, ya difunto, no podia repararla decorosamente.

Este temor y la ambicion de un nuevo y brillante partido á que la daban derecho las numerosas ventajas de su nacimiento y de su posicion, hicieron que Eugenia marchase á ciegas por la peligrosa senda en que la hemos visto caminar de un modo tan decidido como incomprensible en el alma de una mujer, cuya debilidad más imperdonable arranca siempre al hombre un sentimiento de compasion, desde que á la debilidad van unidos el arrepentimiento, las lágrimas y la esquisita sensibilidad que tanto distingue á este sexo.

Desgraciadamente, en todas las esferas de las sociedades todas, los extravíos no son nunca ejemplares; y antes bien por lo comunes, y bajo las diversas formas y circunstancias en que se cometen, jamás consiguen sorprendernos hasta el asombro.

Débil por naturaleza, es por lo comun la mujer blanco de las tentaciones y asechanzas del hombre, que siempre tiene sobre ella las ventajas de la superioridad moral, de la seduccion, del fingimiento muchas veces, y casi siempre la incalculable de ser él quien puede con más facilidad prescindir del rubor en el vehemente é irresistible lenguaje de la pasion.

Por otra parte, las verdaderas tentaciones en tales casos son las ocasiones, que nunca faltan en la relacion amorosa del hombre con la mujer; y es frecuente, frecuentísimo que los disgustos de las familias provengan siempre de las coyunturas que entregan á merced del temible vértigo del deseo contenido.

La debilidad de la mujer está tambien en relacion con el mayor ó menor alcance de su inteligencia.

Es cierto que la afeccion manda imperiosamente á la voluntad, y que casi siempre la voluntad sale vencida en la lucha; pero son muchas, muy numerosas las veces en que tambien la voluntad y el recto juicio establecen en el corazon de la mujer un perfecto equilibrio: en cuyo caso mide y compara en la balanza del bien parecer y de las virtudes, cuánto pesan de un lado el baldon de una falta punible, y de otro el rico tesoro de la virtud triunfante y la conciencia inmutable de un deber nunca torcido por los arrebatos locos de algunos instantes de ensueño y de delirio, que pasan rápidos, pero no tanto que no dejen impresa siempre sobre la frente de la vírgen su huella oscura é indeleble.

La mujer que se penetra de su verdadera posicion y de las condiciones que le impone una sociedad intransigente, cuyas leyes y costumbres llevan en sí el sello ó la sancion del hombre que las ajusta á la medida de su criterio, cuan-

do no á la impenetrable de su capricho; cuando de esto se penetra, decimos, suele salir incólume de las pruebas á que la somete el roce de esa sociedad virtuosa en conjunto, oficialmente, por decirlo así, pero que no conseguirá echar nunca de su seno la lepra roedora y ponzoñosa que se oculta bajo los dorados pliegues de su confuso manto, de su aparente perfeccion, más bien de su hipocresía.

Jóvenes hay que ceden por debilidad, como tambien otras ceden al cálculo, á la conveniencia, al vil interés: en estas últimas entra por muy poco la seduccion, pues no son ciertamente piedras de toque para calcular la superioridad de ese oro que en el lenguaje de la moral llamamos pureza, virtud, virginidad.

Asímismo, ¡cuántas mujeres no resisten á todas las tentaciones imaginables, al poder de la seduccion más fuerte, tan solo por hacer más productivo su triunfo! De estas pudiéramos decir que dentro de la pureza ó virginidad del cuerpo, ocultan la prostitucion del alma, especie de logreras que saben regatear su amor con el que mejor lo compra.

Sin embargo, preciso es confesar, para consuelo y dulzura de la familia, que el innato sentimiento del deber hace de ciertas mujeres fortalezas inespugnables; y hé aquí precisamente las que se ofrecen al mundo como modelo de esposas fieles y de madres virtuosas, y que son una perfecta garantía de felicidad para el hombre.

En cuanto á Eugenia de Montenegro, no podemos aplicarla ninguno de los casos últimamente expuestos.

Habia sido débil por debilidad; hé aquí demostrado físicamente su valor físico. En la parte moral, conocida es ya de nuestros lectores, y casi hemos visto desarrollarse sus cualidades y tendencias; sobre todo desde que al dar á

luz á María, y muerto el conde de la Alianza, siguió, á través y á pesar de todos, trás la ambicion de honores y títulos que añadir á su doble riqueza: la que poseia por su madre, y la que su padre ya viejo la dejaria á su muerte.

Pero ya es tiempo de que volvamos á tomar el hilo de nuestra narracion que tan próxima se halla á una terrible amenidad, y en ocasion oportuna explicaremos á nuestros pacientes lectores el objeto de que reunidos se ocupaban el amante de María, el tio Colás y la atribulada Petra Ruiz.

En cuanto á esta, basta con fijar un poco la atencion en el presente capítulo, para comprender por qué lo encabezamos con el epígrafe de «Un muerto que sale de su tumba;» mucho más aun cuando nos faltó añadir que este muerto se hallaba dispuesto á hablar de un modo que seguramente no debia agradar mucho á uno de los personajes de nuestra historia.

CAPITULO XIX.

En que la mano de Dios empieza á sentirse.

Cuando Eugenia se despidió del capitan, al que tan perplejo acababa de dejar con sus palabras, encaminóse rápidamente á la casa del conde de M..., donde sabia se encontraba su amante, acaso en grave peligro.

Rencorosa y malévola hasta no más, habia aprovechado su casual encuentro con Velarde, para hacer el daño posible á la amiga que, prescindiendo tal vez de una reserva que indudablemente se la habria encomendado, acababa de iluminarla, aunque tarde y por casualidad, en el peligro que el baron del Pino corria.

No teniendo otra cosa en qué apoyarse, aprovechó cuanto rastreramente habia oido oculta trás el pabellon del gabinete en que sorprendió conversando á Carolina con el general Belliard, desfigurándolo todo completamente y previniendo con exquisita maldad el efecto que causaria

en el jóven la forzosa salida del francés de la casa de Carolina y el encuentro que por fin se efectuó.

Aborrecia á la jóven condesa del Rainal, y para cobrarla este aborrecimiento la bastaron algunos minutos.—¿Y por qué así? se nos preguntará. Porque además de que esto era en ella una propension, al abandonar el palacio de la calle del Arenal en tan avanzada hora, llevaba, con su temor, el convencimiento de que Carolina habia contribuido al daño de su futuro y tan deseado esposo el baron del Pino.

Encaminóse, pues, á la casa del conde de M...

El portalon estaba abierto de par en par, y así habia permanecido durante la noche toda; acaso por infundir confianza y verificar de este modo más libremente la patriótica reunion.

Los concurrentes habian salido del propio modo que habian entrado: esto es, aislados ó de dos en dos, siempre guardando la precaucion de medir la distancia del tiempo entre unos y otros; por manera que ni aun podia nadie fijarse en singularidades que se habian previsto muy cuerdamente..

Sin embargo, el general Murat tenia conocimiento de esta y de otras maquinaciones, de que el revoltoso conde de M... era el promovedor, desde la memorable revuelta de Aranjuez; y sin duda como estaba casi seguro de que todo, en la postracion en que se encontraba el pueblo de Madrid, no traspasaria los límites de impotentes conferencias, se limitaba á desplegar una numerosa, activa y bien pagada cohorte de espías, entre los que se contaba el baron del Pino; y en esto el mariscal Murat, generalísimo, dos veces duque, gran almirante, etc., pero que á pesar de todos estos títulos no habia podido olvidar su orígen de hu-

milde servidumbre, ni sus hábitos adquiridos en la furiosa revolucion como sanguinario *septembricista*, hacia lo que un adagio vulgar atribuye á la cabra, en las montaraces propensiones de este animal. «Tiraba al monte,» ó hablando más claramente, volvia con frecuencia á sus groseros hábitos, que ahora tenian mucho de soldadescos por lo que se le habia pegado en el vivak y en las funciones de los campamentos; bien á pesar de que, pretendiendo elevarse hasta el papel que en España le estaba encomendado, presumia tener sus ribetes de diplomático; cuando era simplemente un intrigante de baja condicion, que tan solo supo aprovecharse de las desavenencias de la familia real española, y abusar de un modo ruin y cobarde, contra un pueblo indefenso y noble, escudado en las numerosas tropas que le amparaban. ¡Triste y abominable aborto de aquella feróz revolucion, que si consiguió imprimir nuevo rumbo y vida nueva á la marcha de la política y del saber humano, tambien produjo hombres execrables como Danton, Marat y Robespierre!

Elevado Murat por la revolucion al apogeo de la fortuna, el feróz carácter que le distinguia, unió bien pronto el orgullo fundado en su parentesco con el emperador y rey, ensanchado, por decirlo así, con los honores con que este le colmára y con el terrible prestigio adquirido por las águilas imperiales en tantas y tan reñidas batallas....

Y aquí, no podemos por ménos que lamentar que aquel hombre verdaderamente privilegiado, aquel génio audáz, aquel rayo de la guerra templado en la ardiente fragua de una lucha tan prolongada como ruda, aquel gigante de Córcega que á su indisputable valor habia concedido la Providencia un talento brillante, acaso el primero de su calamitosa edad... lamentamos, pues, que un sér tan uni-

versalmente privilegiado, que tanto bien pudo haber legado al mundo en su ruidoso tránsito por él, se hubiese enardecido en tal manera con el estruendo de los combates y el afan de arrollar coronas, que casi de su poder no ha quedado otra cosa que una extensa huella de sangre, que de Oriente á Occidente, y desde el continente viejo hasta el nuevo, se conservará indeleble á través de los siglos y de las revoluciones del tiempo.

Si conforme Napoleon I arrastró sus magestuosas alas por el cieno mezquino de las ambiciones vulgares, encontrando un extéril placer en arrebatar y adjudicar cetros débilmente sostenidos, hubiese querido ser el regenerador de la sociedad, la espada que cortára las rancias preocupaciones políticas, la antorcha de libertad para tantos pueblos que yacian envilecidos y aherrojados al ominoso carro del despotismo estúpido y degradante; si aquel coloso de tanto poder, hubiera tenido algo del cielo en su alma poderosa, ¿quién duda que la posteridad le hubiera aclamado como á un redentor, como á un enviado por la Providencia para levantar á nuestros abuelos de la abyeccion en que los habian sumido el fanatismo y la baja servidumbre?

¡Oh! es indefinible el sentimiento que causa contemplar al solitario prisionero de Santa Elena, más castigado por los recuerdos de su turbulento pasado, que por las cadenas con que la Bretaña detuvo su destino... Y causa el espectáculo de su decadencia el mismo efecto que si el sol explendoroso descendiera desde su magestuoso carro de fuego para estrellarse contra el despreciable granito de una humilde roca. ¡Brillar tanto, inundar á toda una generacion con la luz de un poder casi fabuloso, para morir olvidado, vilipendiado y escarnecido en medio de una isla

que diez años antes no hubiera servido ni para pedestal del más inferior de sus soldados! ¡Triste, pero celestial castigo con que Dios justo y compensador se propuso advertir al primer Bonaparte, que desconociendo su verdadera mision, ni aun supo ser bastante digno de su grandeza! El que debió haber sido el regenerador, fué únicamente el azote de aquella edad.

Una de las cosas que más directamente le perjudicaron, fué la numerosa chusma que en sus arranques de escentricidad elevó á la categoría de generales. Napoleon pretendia tener la doble vista; pero como todo aquel que presume, solia equivocarse con lamentable frecuencia.

En cuanto á la eleccion de hombres, cierto es que habia engrandecido á algunos de verdadero mérito; pero en su mayor parte los generales de Napoleon, servian tan solo para combatir á su lado en los campos de batalla: no para ejercer comisiones políticas, en cuyo desempeño se resentian más que de falta de instruccion,—casi todos eran *generales prácticos,*—de falta de cultura y de buenas maneras.

Tal era, ni más ni ménos, en medio de su afectacion y de su petulancia, el generalísimo del ejército de ocupacion en España, el tristemente célebre Joaquin Murat, gran duque, y gran almirante, y príncipe del imperio...

Eugenia encontró, como digimos, abierto el portalon de la casa de M..., y entró desalada: al pié de la escalera encontró á uno de los criados del conde, á quien preguntó:

—¿Está su amo en casa?

—Creo que sí, señora,—respondió el criado,—pero no es esta hora oportuna para verle; tal vez se habrá retirado á descansar.

—No importa,—replicó Eugenia,—quiero verle, necesito hablarle á todo trance: pásele Vd. recado al momento.

—Pero, señora, yo no aseguro que esté de cierto; entra y sale á todas horas, sin que muchas veces pueda uno verle...

Eugenia le interrumpió con impaciencia:

—Nada se pierde con averiguarlo; suba Vd. y dígale que espero, si felizmente se encuentra... Aun cuando se haya acostado, diga Vd. que quiere hablarle una señora... ¿lo entiende Vd.? aun cuando se haya acostado.

El portero se quedó mirándola algunos instantes, y conociendo por la visible alteracion del rosto de Eugenia, que se trataba de un asunto grave, preguntó:

—¿Qué nombre le digo?

—Doña Eugenia de Montenegro,—respondió Eugenia, no sin vacilar ante la necesidad de decir su nombre.

El portero se encaminó á las habitaciones, y poco despues volvió diciendo á la señora que el conde la esperaba.

Pero anticipémonos algunos minutos á Eugenia.

El conde de M... y sus dos amigos se apresuraron á examinar la herida del baron del Pino.

La bala disparada por D. Enrique, habia atravesado el pecho del espía en la parte inferior del costado derecho, y á la salida del proyectil por la espalda, fracturó completamente una costilla, haciéndole derramar sangre en abundancia.

Despues de haberse agitado y revolcado durante dos minutos, el herido se desmayó.

Sin avisar á criado alguno, M... y Utrera le condujeron con el mayor cuidado á un dormitorio, sobre el

cual le depositaron, despues de haber hecho lo posible por contener la sangre que salia á borbotones de ambas heridas.

En el momento en que M... se preparaba á ordenar que buscáran un médico, el portero se anunció desde la puerta del salon. El conde se adelantó hasta la puerta, y el criado le dijo algunas palabras al oido.

Volvióse el conde hácia Montenegro, y dijo admirado:

—¿Cuánto apostamos á que no adivina Vd. la persona que con gran premura quiere verme?

—No es fácil,—respondió Montenegro.

—Su hija de Vd.

—¡Mi hija!—exclamó el anciano con asombro,—¿está usted cierto de que es mi hija quien quiere ver á Vd.?

—Así acaban de anunciármelo.

Montenegro se quedó profundamente pensativo.

Al cabo de un largo rato preguntó al conde:

—¿Quiere Vd. permitirme que abuse durante un cuarto de hora de esta casa?

—Puede Vd. disponer como en la suya propia.

—Pues bien:—añadió Montenegro dirigiendo á don Enrique una mirada de inteligencia, permítame Vd. que el amigo y yo recibamos á mi hija: la casualidad ó la Providencia se nos anticipan, y no quiero despreciar la ocasion.

M... dió órden de que Eugenia entrase, y despues de encangar al criado que inmediatamente llamase á su propio médico, dejó solos á Montenegro y á Utrera.

Poco tardó en presentarse la presunta baronesa del Pino, la cual, á la vista de su padre y del amante don Enrique, á quienes seguramente no imaginaba encontrar,

lanzó un grito de sorpresa, retrocediendo algunos pasos.

Montenegro la dirigió una mirada severa, y dijo con una calma aparente, más terrible mil veces que la explosion de su cólera:

—Sin duda no esperabas tal encuentro, ¿eh?... Dios te trae, hija querida, y por tanto llegas á tiempo.

Eugenia no respondió una palabra, ni se movió de su sitio.

El anciano continuó, adelantando hácia ella:

—¿A quién venias á buscar?... ¿á mí?... ¡pobre hija mia! y cuánto debo á tu amor filial... Mucho te interesan mis canas, y sin duda por eso vienes, llena de natural inquietud y en hora tan avanzada de la noche, á informarte de si corro algun peligro... A mis años, esta es cosa fácil, luego, segun tú misma opinas con tu laudable prevision, la chochéz de haberme metido á aborrecer á los franceses... qué sé yo que más?... ¿Cuántas y cuán terroríficas ideas no cruzan por la mente de una hija cuyo padre, imbécil y alelado, se halla fuera de su casa nada ménos que á las dos y media ó tres de la madrugada?... tranquilízate, habla sin temor: ¿vienes á buscarme, no es esto?... pues aquí me tienes sano y salvo, hija querida.

Eugenia contemplaba y miraba á su padre con estupor.

Aquel lenguaje terriblemente irónico, aquella forzada sonrisa, aquel cariñoso tono que envolvia en su fondo una profunda cólera, fueron para ella más elocuentes que todas las recriminaciones y diatrivas imaginables. Repriméndose con suma dificultad continuó el anciano, pasando repentinamente del tono humorístico á la severidad más grave:

—Pero... ¿no me respondes? ¡ah! ya comprendo: no era á tu padre á quien buscabas, y temes mentir: efectivamente, engañar á un padre, y á un padre que lleva sobre su frente las canas de la ancianidad, es una gran falta, un crímen imperdonable. Sin embargo, permíteme, Eugenia, que no comprenda tus tardíos escrúpulos en quien hace diez y siete ó diez y ocho años se complace en engañarme constantemente, valiéndose al efecto de los medios más odiosos, de medios que un salteador de caminos, no una mujer, se apartaria horrorizado ante la presencia de un padre honrado, ó al recuerdo poderoso de una hija...

Eugenia abrió desmesuradamente sus ojos y los clavó sucesivamente en su padre y en Utrera. Uno y otro sostuvieron aquella mirada con perfecta serenidad, y Montenegro repuso adelantando el paso más hácia su hija:

—Parece que me comprendes, ¿eh?.. Verdaderamente, la que tanto afan ha demostrado por ocultar su vergonzosa debilidad, la que por mucho tiempo ha tenido sobresaltada su conciencia por el temor, no por el arrepentimiento, y para acallarla echó mano de recursos inauditos; la que sin saberlo es mala madre y mala hija, y desconoce así los dos únicos sentimientos que pueden inspirar alguna piedad hácia toda mujer perdida; la que primero fué liviana, despues semi-parricida y por último quiso ser envenenadora; la mujer que posteriormente trataba de enlazarse con un espía traidor á la pátria, por el solo placer de ostentar en el extranjero un título degradado y de hoy más vergonzoso... esa mala hija... esa peor madre... esa gran criminal, ha comprendido muy bien que ya poseo la llave de tan largo como incalificable misterio... ¡Responde!.. responde ahora: ¿buscabas á tu deshonrado padre?.. ¿ó buscabas al

noble baron del Pino?.. ¿Por cuál de ambos abrigabas tan tierna solicitud?.. Por cuya vida temes: ¿por la de tu padre anciano, ó por la del criado y espía del duque de Berg?..

Si el palacio de M... se hubiera desplomado en aquel momento sobre Eugenia; si un rayo hubiese caido sobre su cabeza; si á sus piés se hubiese abierto un abismo, seguramente que esto hubiera influido ménos en el ánimo de Eugenia, no la hubieran espantado hasta el punto que las terribles palabras que acababa de proferir el indignado anciano.

No era preciso que este se mostrára tan enterado de su terrible historia, expresada en el más rápido conjunto, para turbar poderosamente su ánimo, por lo comun tan sereno.

El hecho solo, despues de los temores que la habian conducido á aquel paraje, de haberla recibido su padre y no el conde de M..., y esto en union del que iba á ser esposo de su hija: la expresion particular que desde un principio creyera notar en el rostro de D. Enrique, las primeras palabras de su padre, todo en fin, hasta el presentimiento, si cabe, la indujo desde un principio á temer una catástrofe, cuyas proporciones no era dable calcular de un solo golpe de vista.

Aquella especial mujer, que desde su niñez habia sido el objeto de las mayores caricias, de todas las predilecciones de su padre: la que avezada á ver satisfecho el menor de sus caprichos, habia concluido por abusar de tanta condescendencia, hasta el punto de burlarse de aquel cuyas graves razones y madura opinion, tomaba frecuentemente por otras tantas estravagancias de la chochéz: aquella mujer por lo regular tan dueña de sí misma en todas las ocasiones, y cuya imaginacion abundaba en fáciles recursos,

creyóse por un momento víctima de un sueño quimérico, de una alucinacion fatídica, ó arrastrada por una de esas que llamamos casualidades y más bien son decretos de la Providencia, á los piés de un juez inexorable que con frio y penetrante mirar acabase de leer como en un libro su historia, de ver la falsedad del hasta entonces apuntalado edificio de sus maquinaciones, de sus perfidias y malos pasos.

Las almas perversas son generalmente vulgares, y toda la resolucion, toda la audacia de que disponen para los casos ordinarios, les falta siempre en los momentos supremos que no han previsto en su torpe confianza.

Eugenia se sintió conmovida, sin fuerzas, ante aquella situacion tan terrible como imprevista, tan espantosa para ella como contraria á todos sus cálculos y esperanzas.

Ni una palabra, ni una confusa exclamacion pudieron pronunciar sus lábios, y únicamente en su mirar se revelaban el asombro, el horrible padecimiento de que era presa en aquel instante, sobre todo con lo que respecto del baron temia, ahora más que nunca, por la singular expresion con que el anciano acababa de preguntar si era por la vida del baron del Pino, por la cual se mostraba tan solícita.

Montenegro, adelantando siempre hasta ella, volvió á preguntar con la misma serenidad:

—¿Qué?—¿No me respondes? Pues bien: yo soy quien vá á responder á tu inquietud. Me habia anticipado á tí: cinco horas hace he estado en casa porque necesitaba verte, porque era preciso que tuviéramos una conferencia: no estabas, pero has venido en buena ocasion: más tarde hablaremos largamente: ahora voy á complacer la natural solicitud de mi buena y excelente hija. Repetiré la pregunta: ¿buscabas aquí á tu padre? Seguramente no. Pero en-

tonces, ¿á quién?... ¡Ah! esto es fácil de adivinar: ¿al baron del Pino? á tu digno prometido, á uno de los más ardientes defensores de la pátria, y que á tus ojos no pecará sin duda de *chochéz* como este pobre viejo. Bueno: es cosa natural: la loba infame viene á informarse de si su compañero el zorro traidor ha caido en alguna trampa. Te diré, hija mia: él mismo se ha preparado el lazo, y á él solo debes culpar. Seguramente que esto debia disculparle, pero no ha podido ser... Cierto fatalismo inexplicable persigue á los malvados..... Tú debes comprenderlo, pues te veo desconcertada como por la mano de la fatalidad. Verdaderamente, cuando la desgracia nos hace cara, es implacable... ¡Todo lo has perdido! el secreto de tu inveterada perfidia y... ¿Qué?—añadió interrumpiéndose, al ver un gesto que acababa de hacer su hija:—¿Pretenderás negarlo? Es posible: todo lo debo esperar ya de tí, hasta el descaro: pues no, no te atreverás á negarme lo que muchos se hallan dispuestos á confiar. ¿Conoces á Petra?—¡Pues no! ¡como que ha sido largo tiempo, más que criada, tu ama!... Pero de esto hablaremos. ¿Buscas al baron? ¡Tu mismo padre vá á conducirte á donde está!... Mal se encuentra para recibir visitas, pero en fin, ¡qué se le ha de hacer! no todas las horas de un dia son propicias al hombre: la presente es aciaga, muy aciaga para él y para tí: tambien para mí lo es; sin embargo, cosa extraña, ¡yo, que no soy malvado, que no tengo sagacidad, estoy más sereno que tú!... ¡Pero ven, ven!... estamos perdiendo un tiempo precioso.

Dicho esto, el anciano, con una fuerza de que no hubiera podido creérsele capáz, cogió por un brazo á su hija, y la llevó medio arrastrando hasta la habitacion donde exánime yacia el baron del Pino.

Eugenia se dejó conducir maquinalmente, casi podemos afirmar que sin voluntad propia, por la voluntad fuerte y absoluta de aquel decrépito, tan imponente y majestuoso en su indignacion, tan terrible y amenazador en su aparente calma.

Al llegar al centro del salon, una sacudida nerviosa conmovió el cuerpo de aquella mujer, pero siguió, siempre arrastrada por el brazo poderoso de su padre, sin que este pareciera apercibirse de la conmocion de su hija.

Esta habia creido distinguir sobre el pavimento un estenso charco de sangre, que á la luz de las bujías brilló ante sus ojos de un modo fatídico.

Despues fué empujada rápidamente hácia el dormitorio, y al contemplar al baron bañado en sangre y cuyo rostro cadavérico estaba horriblemente contraido, exhaló un grito de espanto.

El anciano dijo entonces con acento implacable:

—¿Lo vés?... ninguna esperanza de vida tiene: tal vez no durará algunas horas... Tal vida, tal fin... Su muerte será digna de un bandido... ¡Que no hayas venido antes!... Pero en fin, no lo has perdido todo, pues acabo de satisfacer tu inquietud de un modo tan elocuente que no dá lugar á dudas.

—¡Le han asesinado Vds!—gritó por fin Eugenia con desesperacion, despertando de su inmovilidad.—¡Le han asesinado!

El anciano, arrastrando á su hija fuera de allí, la interrumpió indignado:

—Calla, miserable, y no agregues el escándalo á tus inveteradas maldades!... Vámonos de aquí: ahora nos ocuparemos de lo que aun falta... Utrera: tenga Vd. la bondad de acompañarnos, le necesito.

CAPITULO XX.

En que se expresa lo que aconteció entre Velarde y la condesita del Ramal.

Velarde esperó medio cuarto de hora próximamente, durante el cual mil ideas tumultuosas se agolparon á su mente abrasada.

Una sospecha semejante en aquel corazon tan puro, tan recto y caballeresco, hacia un daño más cruel que la aguda punta de una espada. Estaba allí, y la sola idea de que sus temores, enteramente despertados por Eugenia, tuvieran algun viso de fundamento, le inquietaba y disgustaba hasta la indignacion.

Y perdido, internado por decirlo así, en el confuso laberinto de las conjeturas, de las deducciones, ora concebia sérios y aun justificados recelos, ora, apelando á una razon súbita, los rechazaba; ya temia que la volubilidad de aquella mujer, tan sincera, tan consecuente y enamorada hasta entonces, le hubiese burlado y pospuesto al capricho de un nuevo amor: ya venian á su memoria las ardientes

protextas, las repetidas pruebas, los extremos, los arrebatos y la innegable pasion que tantas veces habia leido en los ojos y aun en el alma de aquella mujer que siempre habia tenido por un ángel.

Además, en muchas, en muchísimas ocasiones, y desde que él empezó, desconfiando primero, á cobrar un ódio mortal á los franceses, á todas luces falaces enemigos de su pátria, Carolina, identificada siempre con los más íntimos sentimientos del artillero, ávida de ser digna de él, de imitarle en todo, de seguir sus inspiraciones, de fundir su alma en el alma enamorada del jóven, demostró hasta la evidencia, bien á pesar de los compromisos que la ligaban á la reina María Luisa, que tambien ella detestaba, tanto como pudiera detestarlos Velarde, á los funestos huéspedes que parecian haber tomado á España por una colonia del imperio, y que estaban siendo objeto de la desconfianza y de la animadversion general, sin distincion de clases ni de personas.

De otro modo, á no estar él seguro de que el corazon de la condesa era un altar abierto exclusivamente al culto de su amor, ¿cómo era posible que él no lo adivinára en tanto tiempo? ¿cómo, cuando su altivéz y su dignidad estaban por cima de todo, pudo olvidarse alguna vez de sí mismo hasta el punto de depositar su fé y su confianza en quien no sabia ser digna de conservar hasta con avaricia tan inestimable tesoro?

¿Debia creer en el relato de Eugenia?... Pero... ¿qué más? ¿Deberia ó no dar crédito á sus propios ojos?

¿No acababa él mismo de ver salir á tan avanzada hora al general Belliard, precisamente aquel sobre quien debian recaer con algun fundamento las sospechas, aquel que por consecuencia de los manejos en que se entretenian

las régias personas habia estado en activo contacto con la jóven, muchas veces á solas, siempre con ocasiones propicias á poder galantearla?

Mas esto no era posible: semejante perfidia no podia caber en un corazon que habia visto siempre tan delicado, en una voluntad que tenia por tan firme, en una altivéz que rayaba en el más incontrastable orgullo castellano.

¿Qué creer, pues?... ¿Qué opinion formar sobre tales apariencias? Si era verdad, si se confirmaban sus temores, ¡cuán infame superchería era la de aquella mujer!

Pero tambien, si todo era una quimera, si Carolina permanecia inocente y ajena á cuanto él intentaba averiguar, ¿cómo era posible, sin ofender su noble delicadeza, comunicarla tan repugnantes sospechas?

Así discurria el noble capitan, cuando la doncella de Carolina vino á anunciarle que su señora le esperaba.

Levantóse prestamente, y con el corazon palpitante, y temeroso y anhelante á la vez por ver á su amada, siguió los pasos de la doncella.

Atravesaron un largo corredor, por los cristales de cuya galería se divisaban confusamente las flores y los arbustos del jardin que formaba el centro de la casa, luego llegaron á una antesala, en la cual se detuvieron mientras la doncella hacia girar una pequeña llave, abriéndose por último una puerta que daba á un espacioso salon ricamente amueblado al gusto de aquella época. Atravesaron este á lo largo, y la doncella dió dos golpecitos en otra puerta á los cuales respondió una voz cuyo timbre era bien conocido para Velarde.

La doncella levantó al fin un pestillo, hizo girar la puerta y el artillero fué introducido en el mismo dormitorio de la jóven condesa del Ramal, que lo recibió con su

más encantadora sonrisa é indicándole que se sentára.

Pero él permaneció en pié y contempló con profunda mirada el sereno rostro de Carolina.

—Ya vés cómo te recibo,—dijo esta sin apercibirse del alterado continente del capitan,—casi no te esperaba hasta el dia, y por eso habia querido descansar una ó dos horas. Pero dormiré despues... Al fin no tengo sueño... Veamos, ¿qué te parece mi traje?... No es el más á propósito para recibir á un arrogante mozo como el capitan Velarde... ¿eh?... más ¿qué quieres? ¡Te has anunciado de tal manera! y luego, me guardaría muy bien de hacerte esperar...

Preciso es confesar que en aquel momento Carolina no hablaba con perfecta sinceridad, al manifestar su repugnancia por el bello *negligé* en que la encontró Velarde.

Necesitaríamos la delicada pluma de Víctor Hugo, del tierno purista del tálamo, el sublime divinizador del lecho nupcial en la boda de la linda *Cosette* (1), para describir con alguna semejanza el voluptuoso aspecto de aquel dormitorio aromático, templo de una vírgen, Edem arrobador en que las gracias, los colores, los perfumes, el tibio ambiente, hacian de aquel lecho, ligeramente removido, el delicioso nido de los placeres ideales, participando igualmente de la inocencia de la cuna, de la castidad inmaterial, y de ese encanto fascinador que habla poderosamente á los sentidos.

El frenético Sué, ó el desapiadado Alfonso Karr hubieran profanado su inmaculada blancura vertiendo entre sus pliegues algunas gotas de la copa fulminante del deseo.

---

(1) *En los Miserables.*

Walter Scott se habria sonreido al contemplar la huella que sobre los mullidos almohadones dejára una graciosa cabeza de mujer... Y tal vez sonreiria con expresion más irónica, más cruelmente excéptica, interrogando á la arrugada colcha azul, ó al pabellon carmesí, que servia de dosél, como demandándoles impuros secretos de historias aun más impuras.

Pero Lamartine adivinaria sobre el lecho de la jóven condesa el tranquilo sueño de un ángel, que hubiera tenido ojos azules y frente de nácar, cabellos de oro y mejilla de rosa; presintiendo así á la vírgen que reposára en los brazos de la inocente quietud.

¡Cuánta diversidad, qué contrastes en la idea y en el sentido de tantos génios, unos levantando á la mujer hasta las regiones del éter, otros arrastrándola por el cieno de los deleites fugaces!

Carolina apareció á los ojos de Velarde como á través de un velo que no le permitia fijarse en el armonioso conjunto de aquella mujer y de aquel dormitorio.

Reclinada en un holgado sillon de terciopelo de Utrech, verde con el color de la esmeralda, vestia la bella jóven una bata de finísima batista, y su mórbido cuello pugnaba por cobijarse ruboroso bajo los profusos encajes que sobre el turgente seno se oscilaban inquietos al borde de un oyito, en que el amor caprichoso habia colocado encantos indefinibles.

Caíanle en armonioso desórden á ambos lados del rostro los ensortijados cábellos, cuyo ébano résaltaban con brillo admirable sobre la blanca batista...

Dos redondos brazos, ligeramente morenos, yacian tendidos con dulce abandono, sobre la falda de nieve.

Un solo pié, pero un pié diminuto de niña, mal ajus-

tado á un chapin de raso blanco, sobresalia tentador y jugueton por el borde de la bata.

Hé aquí, cómo á los severos ojos del celoso artillero, se presentó la bellísima y enamorada condesa del Ramal.

Pero hemos dicho que Velarde ni siquiera pareció fijar su atencion sobre aquel cuadro, que tanta seduccion tenia, y ni aun respondió en su profundo embarazo, á las primeras palabras que le habia dirigido la jóven.

Esta, distinguiendo al fin la expresion del rostro de Velarde, le preguntó con visible inquietud:

—¿Qué?... ¿no quieres sentarte?... estás agitado... ¡Jesús! ¿qué es lo que tienes, Pedro, ¿te sucede algo?... ¿ó estás incomodado conmigo?... explícate, por Dios, y no permanezcas así por más tiempo... ¿Qué tienes?

—¡Nada!—exclamó el jóven bruscamente.

Y esta vez tomó asiento como aquel que no sabe qué posicion tomar ni qué hacerse.

—¡Buena contestacion!—observó Carolina.

Velarde preguntó á su vez:

—¿A qué ha estado aquí, hace media hora, el general Belliard?

Aquí llegó el turno á Carolina de guardar silencio, turbándose notablemente ante aquella pregunta, que sin duda no esperaba.

El artillero lo observó, y repitió:

—¿A qué ha estado aquí hace media hora, el general Belliard? Responde, Carolina, por favor, responde.

—Ha estado á entregarme una carta de S. M.,—dijo por fin la jóven recobrándose algun tanto.

—¿No ha estado con ningun otro objeto?

—No.

—¡Carolina! tú me engañas. ¿No te ha hablado el general Belliard de alguna cosa particular suya?...

Carolina preguntó con verdadera turbacion:

—¿De qué podia haberme hablado?

Velarde frunció el ceño, y dijo con voz alterada:

—No me habian engañado.

Y guardó silencio, clavando sus ojos en el suelo, como si tratára de no ver la turbacion creciente de la jóven.

Carolina le miró fijamente, procurando leer en la fisonomía de su amante lo que pasaba por su corazon.

Las mujeres, en estos casos, suelen dar muestras de una comprension admirable. Así la jóven, queriendo dar con el orígen de lo que por fin acababa de comprender, preguntó ingénuamente:

—¿Has hablado tal vez á Belliard al salir de aquí?

Semejante pregunta se prestaba á cualquiera gratuita interpretacion. Para quien como el capitan, sentia tomar cuerpo en su mente á la sospecha, aquella pregunta era un indicio que valia tanto como una confesion; de suerte que la ingenuidad de Carolina fué una imprudencia.

Velarde se incorporó sobre su asiento para mirarla sorprendido.

Durante dos minutos, ni uno ni otro hablaron palabra.

Carolina, esperando una respuesta á su pregunta, se sintió nuevamente desconcertada, sin comprender lo que motivaba la sorpresa ni la mirada escudriñadora de Velarde.

El capitan, á su vez, luchaba con dos ideas: la pregunta de Carolina era para él como una luz: para sacar partido de esto era preciso mentir. Por un momento, casi se sintió resuelto á echar mano de este recurso arrancando insidiosamente á la jóven una confesion, y estuvo en poco que no

respondiese afirmativamente á la pregunta de la condesa.

Pero Velarde era incapáz de mentir, y respondió:

—No, no he hablado á Belliard, pero le he visto salir: ¿Por qué me haces esa presunta?—añadió,—¿temes acaso que haya hablado á Belliard?

—¿Por qué habia de temerlo?—gritó Carolina prorumpiendo en una de aquellas francas y estrepitosas risas que le eran tan habituales en sus momentos de expansion, y que tanto solian encantar al mismo Velarde, quien encontraba en ellas cierto agradable candor.

Esta vez la franca risa de Carolina desagradó á Velarde: estaba demasiado sério, era demasiado grave el asunto de que se trataba, para que en su ofuscacion pudiese apreciar entonces el elocuente valor de aquella risa.

—¡Yo no me rio, señora!—dijo con sequedad.

—¿Y bien?—respondió Carolina,—hablaremos con seriedad: ya escucho: pero vuelvo antes á preguntar: ¿por qué habia de temer que habláras ó no á ese hombre al salir de aquí?

—En primer lugar,—dijo Velarde,—porque tal vez él ha inclinado el ánimo de Vd. para que vuelva al lado de la reina, y aun para que la acompañe en su viaje.

—¿Y quién ha podido decirte eso?

—Quien lo sabe muy bien: ¿pero es ó no cierto?

—En parte, sí.

—¿Cómo se explicará Vd.?

—Bien fácilmente: la reina me ha instado sobre el particular cuatro ó cinco veces, y he resistido.

—Lo cual quiere decir que esta vez no ha habido resistencia posible, y que acaso han llegado á ser insinuantes las gestiones de Belliard, portador de la voluntad de la reina...

—¡Velarde!

—Qué, ¿se extraña Vd.? verdaderamente no comprendo su extrañeza, señora... ¿No ha sido el mismo Belliard portador de esa carta que Vd. debe poseer?

—Sí, ¿pero quién ha podido?...

—¿Decírmelo?

—Sí, ¿quién?

—Permítame Vd. que guarde en esto reserva.

—Velarde: imposible es que hables con formalidad: por Dios deja ese tono: ¡guardar reserva conmigo! ¡Vamos esto debe ser pura broma!

—No, señora: jamás he adoptado máscara para hablar. Hablo con perfecta seriedad, y tanta, que si al salir de aquí no se aclaran mis dudas, será esta la última vez que nos hablemos, y no volveré á atravesar los umbrales de esta casa.

Las mejillas de Carolina se colorearon vivamente, y sus ojos brillaron con un resplandor de resentimiento y orgullo.

Levantóse con lentitud, y hablando del propio modo:

—¿Y qué duda pretende Vd. aclarar antes de abandonar esta casa, caballero? en otra persona no extrañaria ese lenguaje que me ofende, porque soy bastante digna y recta para preocuparme de las ridículas sospechas que á nadie pueda inspirar; pero lo que de parte de una persona indiferente no me extrañaria, en Vd. no seria capáz de tolerarlo, ni lo toleraré de ningun modo.

El capitan se levantó á su vez, y con el mismo ademan altivo, aunque con voz temblorosa:

—Tiene Vd. razon,—dijo,—acabo de excederme y pido á Vd. mil perdones por mis maneras intolerables: beso á Vd. los piés.

Dicho esto se inclinó respetuosamente ante la jóven, y aunque á paso muy lento, se dispuso á salir del dormitorio.

Carolina le contempló algunos momentos, haciendo poderosos esfuerzos sobre sí misma para llamar en su ayuda la fuerza de voluntad que la faltaba.

Una vez creyó que su amante, con cualquier pretexto, se volveria: de este modo, cediendo él cederia tambien ella, sin que ni uno ni otra vieran menoscabada su firmeza.

Pero Velarde, con aparente frialdad, pues llevaba sobre su corazon un peso que lo ahogaba, traspuso y cerró la puerta del dormitorio, sin volver la cabeza.

Carolina ahogó un gemido, y cayó desplomada en su sillon.

Aquel gemido fué oido por Velarde, pero no obstante que habia resonado en su alma de un modo poderoso, continuó á lo largo del salon, contando sin embargo los pasos: tal puede decirse de la notable lentitud con que caminaba.

Su amante, que sin fuerzas para soportar tal arranque de energía, yacia tendida en su asiento, se incorporó súbitamente, apenas los pasos del capitan se alejaban.

En el salon resonó por fin el pestillo de la puerta.

Velarde, pues, no retrocedia, y Carolina conocia demasiado la voluntad de hierro del jóven, y le amaba con exceso, para no ser presa en aquel instante de una cruel ansiedad.

En el corazon de ambos una voz poderosa les aconsejaba que corriesen á encontrarse.

El capitan, por su parte conocia ahora, ó temia en su extremada delicadeza, haber procedido con demasiada

acritud y arrepentíase en su interior de llevar, sin otra explicacion, sin aclarar lo que le preocupára tanto, á un extremo tan rigoroso: además, habia llegado hasta él, más terrible mil veces que el eco de un cañon, el gemido que se exhalara del pecho de Carolina; gemido tan doloroso, tan hondo, tan expresivo, que por sí solo era una justificacion. Pero habia tambien adelantado mucho en su resolucion; y si era fuerte para avanzar hasta estrellarse, no lo era para retroceder: tan esclavo era de sus firmes propósitos y de sus inquebrantables palabras.

En cuanto á Carolina, manifiesto era su desconsuelo.

Conociendo perfectamente que el carácter de Velarde era asáz bondadoso y galante, se hacia cargo ahora de que únicamente algun motivo de celos le habia arrastrado á producirse con demasiada severidad.—Estaba bien penetrada de que á una voz suya retrocederia; pero el dar esta voz, llamarle, era lo difícil.

Pero, ¡y si abandonaba para siempre su casa, como habia dicho él, que tan exactamente cumplia sus palabras!

Velarde levantó el pestillo de la puerta del salon.

El corazon de la jóven se agitó con insufrible violencia.

Sintió escocidos sus ojos por una humedad abrasadora.

Sus lábios se desplegaron como para hablar.

Sin embargo, se detuvo aun.

Todavía esperaba que Valarde cedería.

Pero Velarde abrió la puerta del salon, y esta volvió á sonar cerrándose: Velarde iba á abandonar aquella casa para siempre.

A pesar de esto, si Carolina le hubiera aun visto

vacilar y detenerse, trás la puerta que encerraba el inapreciable tesoro de sus amores, se hubiera tranquilizado un poco.

Pero ella no veia ni oia nada ya, mientras que su corazon latia de tal manera, que parecia próximo á estallar.

Entonces hizo un esfuerzo supremo, abandonó su asiento con la rapidéz del águila, y abriendo la puerta del dormitorio,

—¡Velarde!—gritó con la voz mojada en lágrimas,—¡Velarde!

Velarde no respondió á aquel llamamiento, pero su mano temblorosa volvió á apoderarse del pestillo.

—¡Velarde!—volvió á exclamar la jóven.

Una dignidad exagerada, y un teson fútil, eran la barrera que habia separado por algunos momentos á aquellas dos almas tan dignas una de la otra. ¡Dulces querellas del amor, que cuanto más afectan más encienden llamas que se pretende apagar!

El pestillo sonó, y la puerta del salon tornó á abrirse.

—¿Llama Vd.?—preguntó Velarde.

Un prolongado cuanto hasta entonces reprimido sollozo, fué la respuesta que Carolina pudo dar.

CAPITULO XXI.

Maquinaciones del francés.

A las diez de aquella mañana, el general Murat, tan activo en dar fuego á la mina de la opinion pública que le era tan adversa, conversaba con los jefes más importantes de su ejército y con el ministro español de la Guerra, el inolvidable Ofarril, que tan vergonzoso papel desempeñó en aquellos críticos dias de peligro para la pátria.

—Señor Ofarril,—decia Murat,—por Moncey acabo de saber que el pueblo de Madrid no abriga las intenciones más lisonjeras hácia el ejército aliado: despues de las provocaciones y de los escándalos de todo género que á cada paso llegan á mi noticia; despues de que esta misma noche he sabido y permitido que se forme una especie de coalicion en la casa del conde de M...; despues de las gestiones que el capitan de artillería D. Pedro Velarde hace para combinar el medio de combatirnos, comprendereis que no estaré dispuesto á permanecer por más tiempo impasible.

Ofarril permaneció mudo, sin saber qué contestar al gran duque, y este prosiguió:

—He tenido, como sabeis muy bien, que poner una guardia de mis tropas para que vigile de cerca en el Parque de Artillería al capitan del detall, D. Luis Daoiz.

—Monseñor, en cuanto á ese militar,—dijo Ofarril,—ya he dicho á V. A. que debe inspirar entera confianza.

—Eso no obsta,—replicó el gran duque,—para que siguiendo las inspiraciones de Velarde, se hubiese puesto de acuerdo con él para combinar los medios de una conspiracion.

—¿Eso cree V. A.?

—Como vos mismo lo creeis, señor Ofarril: ¿qué significaba sino el repentino afan con que so pretexto de ser necesario completar la dotacion de cartuchería de fusil y de cañon para los ejercicios de instruccion, se puso á dirigir construcciones en grande escala?...

—Y yo mismo he tenido la honra de indicarlo á V. A.;—más no precisamente porque creyera que aquello fuese un plan combinado: únicamente he querido patentizar con esto á V. A., que en todo procuro la mayor tranquilidad y confianza para nuestros huéspedes y amigos, adelantándome á participar aun aquello que ménos inquietudes ofrece.

—Por ello os doy las gracias, amigo mio, y no me cabe la menor duda acerca de vuestros buenos deseos. Mas no ha bastado nuestra vigilancia en el Parque, pues segun Belliard, á quien han informado bien, ayer, no sé en qué casa, se trabaja con el mismo objeto (1).

---

(1) Histórico.

—Imposible, monseñor: yo nada he sabido ni remotamente de semejante cosa...

—Pues ahí vereis: con tener vos aquí una autoridad que os permite conocer el estado de la poblacion , yo soy más afortunado que el señor ministro de la Guerra, y mi policía particular me dá á cada hora cuenta del menor accidente que pueda infundir sospechas.

—Pero en ese caso, monseñor, tambien os habrán dado señas de la casa en donde se preparan municiones.

—No, los que han dado la noticia, la saben por referencia: de otro modo, ¿creeis, señor Ofarril, que no habria tomado ya mis providencias? ¡pardiez! que conoceis mal aún á Joaquin Murat.

Un oficial de estado mayor entró en aquel momento.

—Monseñor,—dijo inclinándose y con grave ademan, —los vecinos de la calle de Toledo acaban de cometer un atropello con dos indivíduos de la Wesfaliana.

—¡Qué decís!—exclamó Murat frunciendo el ceño.

—Que dos soldados de la Wesfaliana acaban de ser atropellados y maltratados por el paisanaje en la calle de Toledo.

Murat dirigió á Ofarril una significativa mirada, y con acento colérico:

—¿Lo veis?—dijo.—Ahora no pretendereis tranquilizarme respecto á las intenciones amistosas que abriga el pueblo de Madrid. ¿Qué juzgais vos de esto, que casi todos los dias se repite?

—Monseñor...—balbuceó sesvilmente Ofarril, bajando sus ojos ante los airados ojos del duque de Berg.

Pero interrumpióle este, y volviéndose al oficial,

—Sin duda me explicareis,—dijo,—los pormenores de ese atentado; hablad.

El oficial de estado mayor de Murat continuó entonces:

—Dichos soldados pasaban tranquilamente por la calle de Toledo, y aunque al parecer muchos hombres y mujeres los silbaron, ellos prosiguieron su camino sin hacer caso.

—¿Lo veis?—interrumpió Murat dirigiéndose á Ofarril. —La misma escena viene repitiéndose hace dias y á cada momento. ¿Pretendereis ahora tranquilizarme respecto á ese pueblo insolente? ¡Proseguid!—añadió volviéndose al oficial.

Este continuó:

—Un paisano venia en distinta direccion de la que nuestros veteranos llevaban, y se empeñó en que estos le debian dejar la acera que creia corresponderle.

Ofarril se aventuró á preguntar tímidamente:

—¿Y se la cedieron por fin los soldados?...

—Ya comprendereis que no debian ceder á una exigencia semejante, y con efecto no cedieron.

—Pues han hecho mal, porque si el paisano llevaba su derecha, es costumbre...

—Acabad, terció Murat interrumpiendo á Ofarril.

Este guardó un vergonzoso silencio, y el oficial añadió:

—Trabóse una acalorada contienda, se reunió gente, y los guardias fueron terriblemente acosados por la muchedumbre, de tal manera, que si á tiempo no acude alguna fuerza en su socorro, es indudable que hubieran perecido en manos del populacho. Mas á pesar de haberles acudido, no se ha evitado que uno de los soldados fuese bárbaramente herido en la cabeza, siendo conducido al cuartel en un estado deplorable.

—¡Vive Dios!—gritó Murat en el colmo de la exasperacion,—que voy á hacer un escarmiento ejemplar en

vuestra plebe, señor Ofarril. No es posible tolerar ya por más tiempo la actitud agresiva de esos insensatos, que un dia trás otro van llenando hasta el colmo la medida de mi tolerancia. ¿Qué os parece de esto?

—Monseñor; preciso seria, para juzgar en esto con certeza, saber quiénes tuvieron la razon en esa contienda, si los soldados de V. A., ó el paisano.

—¿Defendeis el hecho?

—No, monseñor, no lo defiendo; pero no conviene tampoco prejuzgarlo. Por lo demás, V. A. conoce bien mi celo en reprimir cualquier desman que se cometa por el paisanaje contra los soldados del ejército imperial. Y como prueba de mi sinceridad, ruego á V. A. ordene cuanto crea oportuno, para poner severo coto á escenas semejantes.

¡Oh! la pluma se nos cae de las manos al bosquejar lo más dulcemente posible tanta y tan cobarde bajeza en aquel débil ministro, que no pudiendo encontrar en su corazon la dignidad del caballero, ni aun siquiera sabia ser español.

¿Qué génio maléfico para la nacion habia elevado á aquel hombre de funesta memoria al honroso cargo que desempeñaba, y que á haber caido en manos más fuertes pudo ser tan provechoso en aquellas críticas circunstancias?

Preciso era que en las páginas de nuestra historia hubiésemos de registrar indistintamente la magnanimidad, el orgullo y el decoro de un valeroso pueblo, y las debilidades, la estupidéz, la bajeza y el baldon de sus gobernantes.

Aun se comprende que la excesiva prudencia redujese á Ofarril á la inaccion, y que ante un enemigo tan preve-

nido y poderoso, se sintiese desposeido de fuerzas para oponerle un dique, para hacerle respetar la autoridad menospreciada y escarnecida por el extranjero: pero lo que no se comprende, pero lo que cuesta sumo trabajo comprender, pero lo que llena de indignacion, de repugnancia y de asco el ánimo, es ver cómo aquel majadero, bien por un exceso de increible confianza, bien por una secreta aficion al orgulloso duque de Berg, llevára á tal extremo su bajeza y ruin humildad, que á cada paso se le encontrase en la cámara del caudillo francés, no ya únicamente á recibir sus órdenes como un simple subordinado, sino lo que es más ominoso y vil, á constituirse en denunciador de los que en bien de la pátria se impacientaban por sacrificarla cuanto antes sus vidas, fraguando á escondidas y á través de mil dificultades planes de defensa para un caso desesperado que todos presentian.

No eran ya los reyes padres los solos á cometer lamentabilísimos desaciertos é imprudencias, entregándose á discrecion del cauteloso y faláz enemigo. Los representantes de la autoridad no se daban punto de reposo, ni omitian medio para entregar maniatado al noble pueblo á merced del que entró en España vendiendo amistad para salir bien pronto traidor y tirano, furioso vampiro de sus instituciones y de sus libertades.

Pero quizá estamos siendo aun demasiado justos con Ofarril, atribuyendo á prudencia lo que distaba muy poco de la traicion.

La historia es inflexible al calificar las virtudes ó las faltas de los hombres públicos, y esa misma historia, equitativa é imparcial, condena fatalmente al ministro Ofarril.

¿Y cómo no, si para escribir historia se necesitan una

completa rectitud y un alto criterio, dando á cada época y á cada personaje que la simboliza su merecido?

Por eso, históricamente considerados los actos de Ofarril, no es dable limitarse á calificarlos de debilidad, de pura simplicidad, error ó confianza. De ninguna manera; porque entonces cierta parte de lo que constituye la historia del capitan de artillería, del inmortal D. Pedro Velarde, seria una pura ficcion.

Volvemos á referirnos á su conocido plan de defensa.

«Escribió su proyecto,—dice el autor de una Memoria referente á los sucesos del Dos de Mayo, y lo consultó con el comisario ordenador del cuerpo de artillería, D. Alejandro Silva, el coronel D. José Navarro Falcon, el capitan D. Joaquin de Osma, el comisario don Andrés Gallego, el coronel D. Francisco Novella y con D. Luis Daoiz: todos conocieron lo árduo de la empresa; pero deseosos como buenos españoles de destruir la pérfida trama que urdia Murat, no se detuvieron en nímias consideraciones; por lo cual desde luego, entre otras disposiciones, bajo pretexto de ser necesario completar la dotacion de cartuchería de fusil y de cañon para los ejercicios de instruccion, quedó Daoiz encargado de construir de una y otra clase como capitan del detall, lo cual alejaba toda sospecha que pudieran concebir los franceses: al propio tiempo se disponian algunas piezas para los ejercicios doctrinales, y se construia metralla, sin olvidarse de recorrer la Armería para saber el número de fusiles con que se contaba, además de una remesa que esperaban de Plasencia, la que se retiraba para que los franceses no se apoderasen de ella.»

En otro lugar dice la citada Memoria:

«Entretanto proseguia Velarde su plan de revolucion, que consistia en ponerse de acuerdo secretamente con los

oficiales del cuerpo de artillería, para que el golpe fuese simultáneo en todos los departamentos; interceptar la correspondencia militar de los ejércitos aliados; determinar varios puntos donde debian reunirse todas las tropas veteranas y de milicias, armas y municiones, adoptando un sistema oportuno para entusiasmar las provincias, y la clase de guerra que deberia formalizarse para el completo exterminio de un enemigo aleve.

»Creyó Velarde que el ministro Ofarril opinaria como él, y no titubeó en franquearle su secreto en ocasion oportuna, esperando con su cooperacion consumar su acertado plan; pero se equivocó por desgracia.»

En la misma precitada publicacion, partiendo del hecho de que Ofarril comunicó al caudillo del ejército francés el proyecto de D. Pedro Velarde, dice que lo más escandaloso en las precauciones que se creyó prudente tomar con tal motivo, ha sido que el mismo ministro de la Guerra las mandó ejecutar públicamente.

De este modo, y con semejante conducta, nada se ocultaba ya á la razon del indignado pueblo, que devoraba con dificultad tantos desmanes y afrentas, y desvergüenza tanta.

El gran duque de Berg respondió á Ofarril variando súbitamente de tono.

—Estoy seguro, muy seguro de vuestra lealtad, general; pero no basta en estos momentos: preciso es dictar disposiciones muy severas, encaminadas á reprimir toda suerte de abusos.

—Pues bien, monseñor,—dijo Ofarril,—V. A. puede por sí mismo acordar las medidas que crea más convenientes, para garantir la paz entre el pueblo y las tropas imperiales.

—Hé aquí la medida más eficáz: vos mismo vais á dictarla y publicarla: yo no puedo por ménos que considerar los hechos de la naturaleza del que acaban de referirme, sino como síntomas de sedicion, de hostilidad á mi persona y al ejército de mi mando. Seria preciso estar absolutamente ciego, para desconocer lo que pasa, y aun yo mismo soy á veces objeto de alardes y demostraciones, que si he tenido la prudencia de despreciar hasta ahora, no consentiré de ningun modo que se repitan. Así, pues, señor Ofarril, ya que las autoridades españolas no son bastante fuertes para mandar al pueblo, para contenerle, para obligarle á la sumision, me veo en la necesidad de iniciar, ó más bien, de hacerme justicia á mí mismo cuando llegue el caso.

Bien penetrado estaba el *ex-criado de Condé*, entonces *gran duque*, de que los ministros españoles no eran *fuertes* que digamos, y que su autoridad vagaba á merced de ridículos vaivenes, como á la sazon vagaba la corona que ciñó las testas poderosas de Isabel I y del emperador Cárlos, el vencedor de Pavía, el que tuvo aprisionado á Francisco en la célebre torre de los Lujanes, que aun hoy nos recuerda, entre tantas, aquella inolvidable página de nuestro infinito poderío, de nuestra grandeza.

Mas por lo mismo que estaba penetrado de la bastardía de aquellos débiles, por eso no se limitaba para nada en materia de exigencias, haciendo ley su voluntad.

Cualquier otro, el último y más humilde habitante de Madrid, hubiera perdido su serenidad al oir las palabras de aquel presuntuoso, de aquel general abortado de la abyecta plebe de una revolucion desenfrenada, de aquel diplomático pretencioso, de aquel político de docena, de aquel cobarde ametrallador de un pueblo indefenso, que

le habia recibido noble y confiadamente como á un amigo, y que ahora le rechazaba desde lo más íntimo de su dignidad, como el leon que no resiste ligaduras ni cadenas que le esclavicen, que profanen su indomable majestad.

Sí, el último hombre del pueblo, en su clase más inferior,—y hartas pruebas hemos tenido de ello,—hubiera hecho tragar con el puño á Murat sus insolentes palabras, prefiriendo antes morir mil veces que sufrir su afrentosa altanería. Pero sin duda Ofarril no tenia sangre en sus venas.

Tan solo con esta condicion se comprende, en un hombre que aun podia concertar y disponer de medios que le hicieran fuerte contra el audáz caudillo, y devolver al pueblo sus fueros menoscabados por el usurpador... tan solo así se comprende que hubiera tenido la calma de contestar en el lenguaje que una mujer, la más débil, no hubiera empleado:

—Monseñor: se hará lo que V. A. ordene.

Murat repuso entonces:

—Desde hoy quiero que todo paisano que maltrate de palabra ó de hecho á los soldados de mi ejército, sea juzgado y condenado militarmente, aplicándosele el castigo á que se hiciere acreedor.

—Yo creo, gran duque, y esto seria ménos sensible, que deberia aplicárseles el condigno castigo por la via ordinaria, sin despojarlos así del fuero civil, que solo en casos especiales puede alterarse por una ley especial.

—Ya veis, señor Ofarril, que nada se consigue por ese medio, y por tanto estoy dispuesto á adoptar tal medida, con vuestra aprobacion ó sin ella. Con que así resolved: ¿puedo contar con vos?

—Estoy dispuesto á secundar los propósitos de V. A.

—Yo os lo agradezco en nombre del emperador y en el mio. Así, pues, el paisano que insulte ó trabe pendencias con cualquiera de mis soldados, será arrestado inmediatamente y castigado con arreglo á las leyes militares. Para esto deseo que las órdenes que se expidan con este objeto vayan firmadas por vos, y que los presos aparezcan de este modo detenidos por vuestra autoridad. Ya veis que deseo proceder en la más conveniente forma, toda vez que únicamente queda á mi arbitrio el hacer uso de mi derecho y de la fueza para prender á los culpables. Por lo demás, creo inútil repetir que se les juzgará militarmente, como á reos de sedicion y atentadores al órden que quiero conservar á todo trance.

—Monseñor, sereis complacido,— respondió el buen Ofarril, con una serenidad más digna de la muerte que del asunto.

—Ahora vamos á otra cosa,—continuó Murat.

—Escucho á V. A.

—El capitan Daoiz, continúa encargado del detall del Parque...

—Respecto á ese militar, tengo de él la mayor confianza.

—Yo no pienso de igual modo, señor Ofarril.

—Pues yo puedo asegurar á V. A. que es más fácil contener al capitan Daoiz que á cualquier otro, por peligroso que él aparezca á los ojos de V. A.: le conozco muy bien, monseñor.

—¿Y puedo saber en qué fundais vuestra confianza?

—En que la ordenanza es para Daoiz una valla de hierro.

—¿Pero olvidais sin duda que él era uno de los más comprometidos y que más debian cooperar al plan de Velarde?

—No importa: entonces nada sabia yo de eso; más he hecho ya lo que debia para encadenarle al deber de la ordenanza.

—¿Creeis que no prescindirá de ella?

—Morirá primero, monseñor.

—Sin embargo, no es bastante: creo que debiera separársele de su cargo y aun alejarle de Madrid con cualquier pretexto.

—Entonces sí que no responderia de él.

—¡Cómo!... no os entiendo.

—Es muy sencillo. Daoiz está encargado del Parque...

—¿Pero no veis que eso es precisamente lo que conviene evitar?

—Es un error, gran duque, y pido á V. A. me perdone el modo de expresarme.

—¿Cómo... pues?

—En primer lugar, para no inspirar desconfianza, conviene mantenerle en su puesto: en segundo, que además de ser de todo inútil aquel punto en cualquier caso grave, que no espero, V. A. es ya dueño de él, desde que lo vigila una guardia francesa... Por último, vuelvo á asegurar á V. A., bajo mi responsabilidad, que Daoiz no se moverá para nada ni se apartará de las órdenes que se le impongan.

Joaquin Murat reflexionó un momento, y dijo:

—Bien, toda vez abrigais tanta confianza, no hablemos de ello... Pero Velarde no se halla en el mismo caso.

—¿Por qué, monseñor?

—Tiene un carácter indomable, con nada transige.

—¿Y V. A. teme?...

—Yo nada temo;—interrumpió Murat con arrogancia,—pero sí quiero prevenir cualquier desastre, que más caro

saldria al pueblo de Madrid que al numeroso ejército de que dispongo, y tengo tan convenientemente situado para un evento. Mas Velarde es uno de los más íntimos de ese revoltoso conde de M..., adolece de un génio fogoso, arrebatado, y es capáz de lanzarse á un motin...

—Si contára con recursos, tal vez...

—Escuchad, Ofarril: hubo un tiempo en que aprecié muy particularmente á Velarde, y él, por su parte, mostraba, ó fingia hácia mí cierta adhesion que me cautivó...

—Es que él participa de los temores del vulgo, en cuanto á la ocupacion del ejército francés...

—Lo sé, mi amigo; y si yo no lo adivinára, lo he oido de su propia boca, declarándome su ódio con una franqueza que me admiró.

—¡Es posible!

—Sí, y tal vez por eso siento más aun el haber perdido su adhesion: le hubiera apreciado y distinguido...

—Y yo estoy seguro de que no hubiera sido inútil al servicio de S. M. I.

—Tal creo yo, y por eso le habia propuesto que entrara al servicio del emperador, á cuyo efecto le hacia comandante de un batallon del arma, donde hubiera prosperado hasta llegar á una posicion brillante, para lo cual le bastarian tal vez un par de años.

—Pero él ha rehusado, monseñor.

—Sí, bien lo sabeis: su contestacion fué una evasiva muy bien pensada y que revela el talento de ese jóven militar... dijo *que no podia separarse del servicio de España sin una voluntad expresa del rey, de su cuerpo y de sus padres...* (1)

---

(1) Esta contestacion dada á Murat por el artillero es completamente histórica.

Pero volviendo á lo demás, preciso es tambien guardarse de ese jóven: segun Belliard me ha asegurado hace algunos momentos, no anhela otra cosa que una ocasion que le proporcione el medio de medirse conmigo... (1) Insensata idea que yo deploro, y que si por desgracia suya y de su país llevára á cabo, bien debeis comprenderlo, Ofarril, se la haria sentir amargamente.

El ministro español repuso:

—Repito á V. A. que si Velarde hubiera contado con recursos para organizar su plan, deberia mirársele con alguna consideracion, casi me atreveria á decir, monseñor, que seria temible.

Murat volvió á sonreirse con su familiar desden de hombre que se creia muy superior, y preguntó á Ofarril:

—¿No podria, por lo ménos á ese que parece más dispuesto á lanzarse á todo, alejársele de Madrid á cualquier departamento?

---

(1) Nada exasperó más á Velarde ni puso más á prueba su patriotismo que la ridícula exigencia del emperador de los franceses cuando pidió al rey de España la espada que Francisco I, rey de Francia, midió en la batalla de Pavía, hecho prisionero por el marqués de Pescara, general de las tropas españolas; y que conducido á España de órden de Cárlos I, llegó á Madrid y estuvo prisionero en la torre de los Lujanes, sita en la plazuela de San Salvador.

La espada del vencido monarca se conservaba en la Armería Real desde el año 1525, como la mejor de las prendas conquistadas al francés; pero fué muy torpe y débilmente entregada á Murat, duque de Berg y de Cleves, con gran pompa el dia 21 de marzo de 1808; para que á su vez lo hiciera á Napoleon. Velarde proyectó evitar esta vergonzosa entrega y aun se dice si llegó á reunir alguna gente con intencion de avalanzarse en la carrera sobre la comitiva que la conducia, y apoderarse de ella para conservarla.

Memoria Histórica de los acontecimientos del «Dos de Mayo,» por D. E. Tamarit, oficial del cuerpo de Cuenta y razon de Artillería.

—Allí,—respondió el ministro, le temeria más mil veces que á Daoiz: es ingenioso, como V. A. mismo dice, tiene talento. Pues bien, tardaria muy poco en arrastrar á la insubordinacion y al tumulto el pueblo á donde se le destinase. Puede creerme V. A., gran duque.

Murat se quedó pensativo: las razones de Ofarril, tan á propósito para iluminar el ánimo de Joaquin Murat, muy predispuesto á llenar de angustiosa inquietud al pueblo de Madrid, parecieron convencerle.

Renunciamos, con permiso del lector, á proseguir este diálogo, doblemente repugnante por la perversidad del extranjero, que tan miserables maquinaciones tramaba en el seno de una poblacion vendida por sus propias autoridades, y por la inaudita bajeza de un español desnaturalizado, que tan decidido empeño mostró en aquellos aciagos dias por cooperar y auxiliar eficazmente las intenciones ambiciosas de Napoleon I.

De sobra figurará el nombre de Ofarril en la sangrienta historia que trazamos, sin que necesitemos estendernos en precedentes.

CAPITULO XXII.

En que se ve cómo María, tan medrosa para la que la negaba el nombre de madre, se alegró de encontrar un buen abuelo.

La situacion de varios personajes habia sufrido un cambio radical, inesperado, en el trascurso de ménos de veinticuatro horas.

Para unos, semejante revolucion, era motivo de contento y tristeza á la vez, porque nada afecta más á las almas buenas y sencillas que el ver alterada una de esas costumbres que parecen constituir su felicidad.

Para otra persona, este cambio fué un acontecimiento que la llenó de indecible júbilo, de una alegría comparable tan solo al sentimiento que de un modo íntimo la dictaba.

Y por último, un venerable anciano que indudablemente habrá simpatizado con nuestros lectores, tenia la satisfaccion de haber cumplido con un deber, mientras que por otra parte sentia reemplazarse en su alma un afecto

que circunstancias muy graves casi habian llegado á borrar súbito.

Los esposos de la calle del Humilladero, el tio Colás y la señora Teresa, eran los que sentian una mezcla de tristeza y de contento á la vez, formando este en su corazon un compensador equilibrio.

El júbilo pertenecia exclusivamente á D. Enrique Utrera.

En cuanto al venerable y simpático anciano de que hablamos, lo era y mucho D. Pablo de Montenegro.

Pero ¿y qué se ha hecho de María?—se nos preguntará.

Hé aquí precisamente la causa del cambio radical que decimos, cambio que ciertamente es una verdadera sorpresa por ser sorpresa agradable en nuestro concepto.

Vamos á explicar lo que en manera alguna es un fenómeno, ni siquiera una cosa extraordinaria.

Despues de la escena que habia tenido lugar entre hija y padre, este, dominando quizá por la primera vez en su vida el resuelto y dominante carácter de Eugenia, terminó la aclaracion de tan punibles faltas en su propia casa, á cuyo efecto obligó á la antigua sirviente á que delante de su propia ama declarase cuanto sabia.

Petra, cuando semejante cosa se le propuso, movida de un invencible, aunque ciertamente bien fundado temor, se negó á acusar á Eugenia cara á cara, pues de su perfidia todo podia esperarlo.

Mas el viejo Montenegro la tranquilizó en este punto, asegurándola que ni su hija la causaria ningun nuevo disgusto, ni quedaria en libertad de entregarse á nuevos manejos; toda vez habia resuelto obligarla en breve á meditar en una prudente clausura sus errores y extravíos, ya que

tanto habia distado de comprender sus deberes, aun despues de cometida su falta.

Concertóse, pues, que D. Enrique y Petra concluirian con sus afirmaciones verbales por arrancar á Eugenia todo pretexto de negativa, y antes bien que se la obligaria á confesarlo todo. Bien hubiera querido Montenegro contar en aquel severo acto con el apoyo de un nuevo y veráz testigo, cual era la amiga que tan lealmente habia ayudado á Eugenia en su ocupacion que entonces se creia temporal, y á quien supo engañar con el supuesto fallecimiento de la desgraciada criatura. Pero se contrajo á miras de bien parecer y de conveniencia. Nada más necesitaba el anciano que la afirmacion de Eugenia misma, y este fin lo consiguió fácilmente, pues ella, desconcertada por dos golpes terribles que estaba muy lejos de esperar, lo que no confirmó con un elocuente silencio, no tuvo ya fuerzas para desmentirlo.

Su padre entonces, y con una precipitacion comparable tan solo á la rectitud de su carácter y á la indignacion de que estaba poseido, puso en juego sus grandes relaciones, y en el término de algunas horas obligó á Eugenia á entrar preventivamente en uno de los conventos de esta córte, dándola á elegir entre dos, en los cuales contaba con la buena voluntad de las superioras.

Ella misma, habiendo elegido el de San Plácido, donde contaba con dos amigas, se apresuró á llenar los deseos de su padre, y entró en él con el corazon oprimido, y presa de un sentimiento que hasta entonces no le habia hecho latir.

Don Pablo de Montenegro dijo, cuando hubo visto cumplida su voluntad, á D. Enrique:

—¿Vd. ama á esa niña?...

—No sabe Vd. con cuánto afan deseo compensar sus muchos sufrimientos, haciéndola feliz con mi amor y mi fortuna,—contestó el jóven con apasionado acento.

—Pues bien: mientras no llega ese caso y preventivamente, quiero adoptar una medida: ya lo veis... he quedado solo...

—Y acaso...

—Sí, me habeis comprendido: hoy mismo quiero que venga á mi lado, al momento si puede ser.

—¡Ah! señor: ¡cuánto lo van á sentir aquellas pobres gentes!

—¿Quiénes?

—Los honrados viejos que la extrajeron de la inclusa y la han servido de padres. ¡La querian tanto!

Con efecto, á las dos de aquella tarde, Utrera y el padre de Eugenia llegaron á la casa-taberna del tio Colás.

—Vamos á proporcionar á Vds. un disgusto,—le dijo al tabernero D. Enrique.

—Pues ¿cómo?...

Pero no bien habia acabado de hacer esta pregunta, fijándose pensativo en la presencia allí de Montenegro, añadió dándose una palmada en la frente y balbuceando con emocion indefinible.

—Pero... será tal vez... ¡tonto de mí!... no, no puede ser... ¡Pero no se me habia ocurrido una idea!... vamos... piensa uno á veces cada disparate... A mis años... no es de extrañar: más diga Vd., diga Vd., señor D. Enrique, veamos qué disgusto me trae Vd. para los postres.

Utrera se sonrió con triste dulzura contemplando la turbacion del viejo: desde luego comprendió que habia sospechado, con una penetracion instintiva el objeto de que iban á tratar.

El padre de Eugenia contemplaba con visible curiosidad y complacencia el rostro de aquel hombre, en cuya actitud, en cuyas palabras y en cuyo aspecto aparecia marcado el tipo de la honradéz sencilla y de la bondad acrisolada.

Iba á contestar Utrera, pero Montenegro le interrumpió dirigiéndose al tio Colás:

—Por esta vez creo que no ha hablado bien mi amigo, pues el asunto que nos trae es de alegría para todos.

Y comunicó al tabernero su propósito de llevarse á María.

El buen hombre, cediendo á un arrebato de contento, arrojóse á Montenegro y le abrazó, y dijo medio llorando, medio riendo:

—¡Sí, me lo daba el corazon!... al fin y á la postre... Dios es justo siempre, y tarde ó temprano los buenos... pero ¡cómo ha de ser!...

Y rompió á llorar como pudiera hacerlo un chiquillo.

Montenegro y Utrera le contemplaron con enternecimiento y el tabernero repuso tratando de dominar su emocion:

—Pero no vayan Vds. á creer que me alegro por librarme de ella... ¡bien sabe Dios que no!... No tengo tan malas entrañas... y luego como uno casi puede decir que la ha visto nacer... que la ha criado... Vamos, ¡paciencia!... no hagan Vds. caso de mí... no tenia otra hija... voy á perder esa hija es verdad... pero ¡qué diablos! ella ganará en el cambio, pues se le presenta un padre que vale mil veces más que yo, pobre de mí... Pero... verdaderamente, ella perdia mucho á mi lado: al cabo, como ustedes ven, metida en una taberna, ella, que habia nacido

para señora... ¡Vaya! ¡vaya! Nicolás: debes darte el parabien... porque al cabo de tus muchos dias podrás morir á satisfaccion, viendo feliz á la que tanto has querido durante diez y seis años.

Montenegro extrechó con efusion la honrada mano de aquel excelente hombre que así menospreciaba su accion más noble, y este repuso dominándose y enjugando sus lágrimas:

—Pero vamos al grano, llamaré á María y tambien á mi Teresa, que se anda en sus quehaceres por allá dentro; ¡diablo! cuánto se va á alegrar: ¡Teresa! ¡María!—gritó acercándose al corredor.

La señora Teresa, fué quien primero se presentó.

—¿Qué me quieres?...—dijo á su marido,—y luego viendo allí á D. Enrique le saludó mirando con extrañeza á Montenegro.

—Pero... María, ¿dónde está María?—preguntó el tio Colás.

—Ocupada por un momento: más ahora vendrá.

El tabernero repuso cuadrándose delante de su mujer y haciendo un guiño de inteligencia á Utrera y á Montenegro:

—Pues has de saber, vieja querida, que estos señores vienen de apremio contra nosotros, y van á embargarnos: es un verdadero secuestro, una confiscacion... ¡pero qué se le ha de hacer!... Cuando ménos se piensan las cosas, cátate que suceden... y Cristo con todos.

—Pero explícate, que no entiendo una jota de lo que dices,—observó la señora Teresa, dirigiendo á D. Enrique y al anciano una mirada interrogadora. El tabernero continuó:

—Como te digo, las cosas no van siempre por el ca-

mino que uno las dirige, y de aquí resulta... ¿me comprendes?

—No, y ahora ménos que antes.

El tio Colás hizo un esfuerzo, y añadió con resolucion:

—Pues allá va, que como dice el otro, cuanto más antes mejor: amiga mia,—continuó,—sábete que todo se muda en este mundo, y que por lo tanto y para que esto sea, quiere Dios por el bien de todos que en nuestra pobre casa suceda lo que debes ya saber...

—Pero, ¡si yo no sé nada, hombre de Dios!

—¡Ah!... tienes razon: estoy desbarrando; ¡caramba!... creo que aunque por allá nos vamos, chochearé antes que tú... ¡je! ¡je! ¡je!...

—¿Acabarás de una vez?...

—A eso iba; pues sábete, sábete que María...

—¿Qué?...

—No está ya bien en nuestra casa.

—¿Cómo?... ¿Ha dicho ella eso?

—¡No, majadera!... cómo habia de decirlo... Pobrecilla, no es capáz de semejante cosa, ni mucho ménos, pero Dios ha dicho: ya has sido padre bastante tiempo, y ahora toca su vez á otro; y este otro, Teresa, es un padre más verdadero y que puede lo que nosotros no podriamos nunca... Más ahí viene María, que de seguro va á sorprenderse: ambas lo sabreis á la vez... pero despacha á esa gente que espera, y cierra luego la puerta para que nadie nos interrumpa, y porque al fin es hoy para nosotros como un dia de fiesta.

La señora Teresa fué con efecto á servir á dos mujeres que esperaban, y poco despues cerró el establecimiento.

María se presentó, sumamente sorprendida ante aquella especie de consejo reunido que la esperaba.

Don Pablo Montenegro la tomó una mano y con acento sumamente cariñoso, y despues de haberla contemplado en silencio algunos instantes, la dijo sin más rodeos:

—El señor Nicolás te llama, hija mia, para decirte que desde hoy vas á abandonar su casa.

La jóven miró con asombro alternativamente al padre de Eugenia, al tio Colás y á su amante.

—¿Que voy á abandonar esta casa?—preguntó.

—Sí,—continuó Montenegro,—para vivir desde hoy en la mia, que te pertenece, que es tuya.

—¡Pero no comprendo qué quiere decir esto!—replicó admirada,—yo estoy bien aquí, señor, y no puedo encontrarme mejor en otra casa.

—Gracias, María; no esperaba yo ménos,—terció el tabernero,—pero no se trata de eso, sino de que ha llegado ya la hora de que cada uno ocupe su lugar; y este señor,—añadió mirando á Montenegro,—es tu padre, tu verdadero padre... ¿comprendes ahora?

María se quedó como si viera visiones: tan repentina sorpresa le era de todo punto inexplicable.

Por fin todo se aclaró: su abuelo, esto es, D. Pablo de Montenegro, manifestó á la jóven su resolucion de que la llevaria á su lado, despues de hacerla comprender el derecho que tenia para protejerla y hacerla feliz, toda vez la reconocia por su hija.

Ella no supo qué responder en los primeros momentos, y se quedó abismada, fluctuando en un piélago de encontradas impresiones, de sentimientos que ella misma no acertaba á definir.

¿Qué suceso extraordinario era aquel que tocaba, quién habia dispuesto así variar su suerte de un modo tan repentino y por un medio precisamente que estaba muy lejos de haber imaginado?

Aquel anciano respetable, que la abria sus paternales brazos y que la proponia un cambio tan rudo como ventajoso en sus costumbres y en su fortuna, era el padre de aquella señora que al llamarla hija suya, se mostró tan decidida en ocultar á los ojos del autor de sus dias el fruto de su amor con el marqués de la Alianza. El mismo, de los propios lábios del anciano acababa de oirlo.

¿Cómo, pues, se preguntaba, pudo un señor tan respetable, tan orgulloso y al que tanto temia la perversa hija descubriera el secreto de su falta, pudo transigir con todo hasta el punto de reconocerla y tenerla á su lado públicamente?

Además,—y esto sin duda se fijó con preferencia en su mente,—¿aquella mujer tan mala que se decia su madre y á la cual tenia un horror invencible, estaba de acuerdo, tendria alguna participacion en todo aquello? Por ventura ¿se veria precisada á vivir á su lado, exponiéndose tal vez á que la maltratára, á que cometiese con ella una terrible venganza?

Podemos asegurar que esta sola idea la llenó de un disgusto tal y tan visible, que todos advirtieron en su rostro, fiel espejo de su alma cándida é ingénua, una expresion inequívoca de desagrado.

El tabernero, con orgullosa ternura, y con cierto egoismo que se explica muy bien con su carácter excelente, coligió que los escrúpulos de su prohijada consistirian principal y acaso únicamente en la sensacion que la causaba el abandonarles.

Y en parte no se engañaba el tio Colás, pues si á él le desconsolaba una tan repentina separacion, por su parte María solamente la hubiera aceptado para unirse á D. Enrique. ¿Para qué queria más padre, segun ella misma decia, pues los que la habian dado el sér se habian mostrado, por lo ménos su madre, más inhumanos que las fieras; habiendo tenido ya ocasion de conocer cuán desnaturalizada era la temible mujer que la habia llevado en su seno?

Montenegro, que á medida que la contemplaba, sentia una inclinacion irresistible, poderosa, hácia su nieta, y que por una de esas bruscas transiciones del sentimiento, del afecto humano, sentia estenderse su alma, por decirlo así, sobre aquella hermosa criatura, como cubriéndola con el amor que habia tenido á su pérfida Eugenia en una edad semejante, concibió como celos por la perplegidad de la niña.

La costumbre de vivir, durante tantos años al lado de aquellas honradas gentes que la colmáran de cuidados y de caricias, que la habian arrancado de la abyeccion, que la habian criado y educado, que lo habian hecho todo con entrañable solicitud, ¿dificultaria en el ánimo de la jóven el aceptar aquel cambio por todos conceptos tan favorable?... Tal se preguntaba D. Pablo de Montenegro á su vez, movido por el secreto impulso que decimos, y que casi no se concibe tratándose de su decantado orgullo, y recordando con cuánta persistencia, por cuántos medios habia Eugenia procurado ocultar su falta á aquel padre, hoy tan indulgente, ¡qué decíamos! tan apasionado de aquel inocente fruto de una debilidad.

Cuando Montenegro se enteró por D. Enrique y la que habia sido criada suya, del secreto sepultado entre las sombras de un establecimiento benéfico, y el casual ampa-

ro de una humilde taberna, se extremeció de indignacion.

Su primer impulso despues de la duda natural de un padre, fué de ódio, de aversion hácia la hija. Quizá en los dias de su mayor fortaleza, hubiera pensado exterminar á la infame. Burlado en su amor paternal y en su honra, tal vez esto solo no le arrastraria á ejercer un terrible castigo; pero ciertamente que la crueldad de la hija, despues de cometida la falta, le impulsaria á ser cruel, en justa compensacion.

El buen tacto de D. Enrique pudo dulcificar un tanto el dolor de que aquel venerable anciano se sintió poseido, y supo colocar en el corazon la llaga sin profundizarla.

Para borrar en cierto modo la mancha de la pérfida madre, habló de la inocente hija. La elocuencia de Utrera en aquel momento fué digna de su amor: al tratar de María, estaba en su cuerda, en su elemento: era el sacerdote hablando de Dios.

El anciano le escuchó atentamente.

Lo que Utrera le pintaba con los más puros colores, si era un sol en hermosura, poseia tambien el alma y las virtudes de un ángel.

Dos edades hay en la vida del hombre en que este gusta de los ángeles: en su oriente y en su ocaso; en la infancia y en la vejéz, que son nuestras dos opuestas auroras, nuestros dos crepúsculos: el uno color de oro y rosa: el otro de nieve; pero ambos de celestial semejanza.

El niño que viene al mundo, al jugar al pié de su cuna, tiene sus sueños y sus sonrisas de ángel, como si comprendiera que aun goza la intimidad, las primicias de un cielo que acaba de abandonar.

El decrépito á su vez, gusta la compañía de los ángeles, porque acaso á través de la tumba cuyo borde toca su

pié inseguro, contempla entre la gloriosa bruma de la eternidad las inmarcesibles alas de los querubines que rebolotean en torno al dosel de Dios.

Por eso el hombre, como el dia, tiene sus dos crepúsculos; el uno cuando nace: el otro cuando va á morir decrépito. En el primero tiene el alma como suspendida entre el mundo y el Criador.—En el segundo presiente la divinidad, busca la gloria.

Hé aquí por qué el anciano gusta, como el niño, de los ángeles.

Utrera habló á Montenegro de un ángel, y Montenegro pidió á Utrera cuantas particularidades se referian á este ángel, á este ángel nacido de un demonio: á la hija de su hija.

Repetimos que Utrera le habló haciendo justicia, pero tambien con el elocuente lenguaje de quien, como él, se sentia apasionado.

Montenegro que se habia formado el propósito de renunciar á una hija tan querida como ingrata, concibió la esperanza de no perderlo todo.

Entonces fué cuando, con una impaciencia visible, el hombre orgulloso, el hombre intolerante, suplicó expontáneamente á Utrera que le ayudára en su propósito de adornar el paraiso de su casa con aquella inestimable joya que tanto debia valer.

Sofocado por el momento su amor á Eugenia, tal vez confundido por un tiempo limitado entre las nubes de su exasperacion, creyó encontrar en María un áncora en que estribar sus últimos destellos de ternura.—Cuando D. Enrique Utrera,—se dijo,—ha ofrecido su mano á esa niña, digna será de él y de mí.

Tanto el tio Colás como el padre de Eugenia no iban

descaminados en sus temores; pero quien desde luego comprendió en qué consistia la perplegidad de María, fué él, Utrera, con esa doble vista que dá el amor para leer en el alma de los séres queridos.

—Decídete, María;—dijo,—este señor es tu abuelo; apenas lo ha sabido, no bien conoció la historia que por tanto tiempo ha ignorado, se apresuró, como ves, á buscarte y quiere desde ahora tenerte á su lado.

María le dirigió una mirada en que se traslucia más y más su irresolucion, y respondió con candor admirable:

—Yo no podria vivir al lado de este señor tan respetable.

—¿Por qué?—preguntó Montenegro.

—Por dos motivos.

—¿Cuáles hija mia? ¿Me dirás qué motivos son esos?...

—En primer lugar, seria para Vd. una deshonra el tenerme por hija...

—¡Qué estás diciendo, niña!—replicaron á la vez, como si quisieran borrar hasta el eco de la palabra *deshonra* que acababa de pronunciar la jóven.

—Te engaña tu mucha modestia, hija del alma;—dijo á su vez el anciano, apesadumbrado con la triste idea que aquella pobre criatura tenia de sí misma, ó más bien de la condicion en que el destino la habia colocado,—y pues no dudarás seguramente de mis canas, yo te juro por estas mismas canas y esta honradéz que no me ha abandonado nunca, que al llorar hoy amargamente la perfidia de un sér idolatrado, mi único consuelo, mi felicidad, lo que endulzará los pocos dias que me restan de vida, es la satisfaccion de tenerte á mi lado, y de que si otra persona ha renunciado al sacrificio de cerrar mis ojos, mi mucho cariño hácia tí te permita usar esta piedad con un moribundo... ¡Y par-

diez, querida niña, que esto, á mi modo de ver, no se ha de retardar mucho tiempo!

Al pronunciar el buen anciano estas últimas frases, María que le escuchaba con atencion suma, vió humedecerse los ojos del que hablaba con la severa franqueza de la vejéz; y sin advertirlo ella misma, sintió que por sus mejillas corrian algunas lágrimas que brotaban de esa dulce y misteriosa fuente que se llama ternura.

El anciano las vió, y sintió en su corazon indefinible gratitud por aquel primer tributo pagado á su senectud por el alma de una vírgen.

Hubo un momento de silencio en que todos los actores de esta singular escena se encontraron conmovidos.

Pero á pesar de todo, María, que comparando la bondad del abuelo con los pérfidos instintos de la hija, se sintió notoriamente inclinada hácia él, respondió dominando su emocion:

—Señor, la bondad de Vd. y sus palabras que tanto me alientan, bastarian á decidirme; pero una dificultad muy grande se opone á que yo admita un bien semejante.

—¿Una sola?—replicó Montenegro vivamente.

—Una sola,—continuó María,—pero muy grande.

—Sepámosla,—dijo el anciano,—y se hará lo posible por vencerla.

—Es imposible, señor...

—Pero dime al ménos qué es, en qué consiste esa dificultad.

María vacilaba en responder, y miró á D. Enrique de un modo significativo, como si en su mirada le manifestára su pensamiento. Con efecto, Utrera comprendió lo que expresaba.

—No temas hablar con la mayor franqueza,—dijo,—co-

nozco esa dificultad que muy pronto verás desvanecerse; pero quiero, es preciso que la manifiestes tú misma.

—Sí,—añadió Montenegro,—tú misma debes manifestarme esa dificultad, y si no puedo yo combatirla, supon que nada he dicho.

La jóven, animada por la excitacion de su amante y del anciano, balbuceó entonces con voz sin embargo imperceptible, cual si con sus palabras temiera causar disgusto.

—Hay una persona, señor, que, sin que yo pueda remediarlo, me impone miedo, porque á mi parecer no es buena...

—¿Y temes que esa persona se opondrá?...

—Temo,—interrumpió la jóven,—que seria capáz de mirarme con malos ojos, de maltratarme tal vez si me viera á vuestro lado.

—¿Y el nombre de esa persona?...—preguntó el anciano, á pesar de que acababa de comprender á quien la jóven aludia.

—Es mi... mi... esa señora...

—Vamos, ya caigo,—dijo por fin Montenegro,—es tu madre la persona á quien temes... ¿he acertado?...

María hizo un signo afirmativo, y el anciano replicó batiendo las manos con aire de triunfo:

—Bien decia yo que venceriamos á ese gigante ó diablo de dificultad. ¡Cáspita, si tenias razon, querida mia!—¿Y en todo eso consiste la otra, es decir, la única, la insuperable dificultad?

Interrogó la jóven con la vista al tio Colás y á su mujer, quienes le respondieron con otra mirada que dirigiéndose á Montenegro parecia querer decir de este modo:

—Cierra los ojos, hija mia, y agárrate sin vacilar á la casaca de ese padre que te viene como de molde.

María respondió entonces:

—Esa es, señor, la dificultad que yo encuentro.

—Pues si en esta sola consiste,—aseguró el anciano en tono de buen humor,—aquí tienes mi brazo, despídete de estos buenos señores hasta cuantas veces se les antoje verte, y vámonos en paz á nuestra casa.

No supo la jóven de qué modo interpretar las humorísticas y confiadas palabras del que ya podemos llamar su abuelo; pero este la sacó de su incertidumbre diciéndola los motivos por qué no debia temer en manera alguna á la que, siendo su madre, temia como á un enemigo. Cuando María se enteró de que aquella se encontraba como recluida en el convento de San Plácido, abrigó una especie de remordimiento, atribuyendo que acaso habia el anciano padre adoptado semejante rigorosa medida para facilitarla á ella la tranquilidad que de otro modo no tendria. ¡Cándida presuncion que el abuelo desvaneció completamente, convenciéndola de que no era ella sino la maldad de Eugenia, quien le aconsejaba el alejar á esta de su lado!

Aquella misma tarde y despues de haberse prometido mútuamente, sus antiguos padres y ella, que se verian con la mayor frecuencia, María ocupaba un lindo y elegante gabinete en la casa del señor D. Pablo de Montenegro, que no tuvo, á pesar de su repetido y siempre decantado orgullo, el menor inconveniente en conducirla él mismo, en el traje popular y amanolado que usaba la jóven, hasta la misma puerta; y antes bien, con una tierna solicitud, que en breves momentos llenó de encanto á la niña, la condujo á través de las calles, y á pesar de sus años, con la misma galanteria y las mismas distinciones que si se tratára de una princesa.

No faltó quien los viese cruzar así, extrañando ver al respetable señor dando el brazo á una hija del pueblo; y acaso alguno hubiera sospechado con sobrada malicia en el anciano, una calaverada de esas que suelen cometer los viejos verdes.

Pero el grave y respetuoso continente con que el conocido jóven D. Enrique Utrera los acompañaba, cortó las alas á la maledicencia ruin, y los que en ello pararon mientes, se perdieron en vanas é inútiles conjeturas.

María se encontró, pues, instalada en su nueva casa, pero con una casa magnífica, casi en un palacio.

En los primeros momentos creyó estar siendo juguete de un ensueño inverosímil, que se desvaneceria al despertar.

Su embarazo, al pisar aquellas alfombras, al sentarse en ricos y cómodos sillones, al rozar los pesados tapices, llegó al colmo, cuando los criados de la casa, obedeciendo las expresas órdenes de su señor, se afanaban, casi se atropellaban por servirla.

Hubo un momento en que se lo advirtió á su abuelo.

Este se sonrió con bondad, y dijo tranquilizándola:

—Saben que eso y más deben á mi hija, y casi todos ellos han entrado esta mañana esprofeso para tí... Por lo demás, ¿crees tú que yo necesito de esos ganapanes?... Con uno solo me sobraria.

Dijo, é imprimió luego un beso en la frente de María.

Ella sintió latir, á la dulce presion de aquel beso, una cuerda secreta, que á pesar del mucho cariño que la prodigáran las buenas gentes de la calle del Humilladero, no se habia conmovido jamás.

Una fruicion grande, íntima recorrió por todo su sér.

Era un beso apagado, un beso frio tal vez, aunque no

por eso ménos apasionado y cariñoso: pero habia ejercido en la niña cierta influencia magnética, cual si un fluido extraño se derramára por sus venas.

Tal vez no se cuidó, ó no supo definir aquella sensacion; pero es la verdad que desde aquel instante se sintió feliz al lado del que se acababa de declarar su abuelo.

¿En qué se diferenciaba, pues, el beso del anciano de los que habian impreso mil veces en su frente y en su rostro el tio Colás y la señora Teresa, que tanto se complacian en adorarla?

Es que el beso de D. Pablo de Montenegro tenia un legítimo derecho á imprimirse en la frente de la niña.

Con aquel primer ósculo del anciano, acababa de recibir María la primera caricia verdaderamente paternal, en el trascurso de diez y siete años... Hé aquí, pues, sobradamente explicado el por qué se diferenciaba mucho de los que debió al cariño del matrimonio que desinteresada y caritativamente la habia prohijado.

¿Seria este sentimiento nuevo, desconocido hasta entonces para ella, una ingratitud hácia aquellas buenas gentes?

No; porque le dictaba la poderosa voz de la sangre.

Además, su corazon, tan exquisitamente propenso á amar, no podia en modo alguno ser sordo á tan noble sentimiento.

María, pues, comenzó á consagrar al anciano padre de Eugenia el cariño que tal vez esta le habia retirado, mas no por eso la pobre niña pudo olvidar á sus antiguos protectores, á sus padres del alma.

CAPITULO XXIII.

En el cual se ve que en cuestiones donde media un amor verdadero, no hay fuerza de voluntad posible.

Habia vuelto á abrir Velarde la puerta del salon, y sin traspasar el dintel, aunque llegó á su oido el sollozo de Carolina, tornó á preguntar:

—¿Llama Vd.?

Preciso es que hasta en sus resoluciones de amor, tambien el jóven llegase hasta el heroismo; pues el llanto de la condesa, que yacia en su sillon sin fuerzas para otra cosa, era la más elocuente respuesta que podia desear su amante corazon, apasionado hasta el egoismo, intransigente en grado sumo; prueba sin duda de lo mucho que valian los sentimientos delicados de su alma recta y leal, así para los afectos como para los deberes.

Habíase, pues, detenido, bien á pesar de que los sollozos de su amada le dañaban cruelmente, y de que por evitarla una sola de aquellas lágrimas, hubiera dado su preciosa vida, mil vidas más que tuviera.

Viendo que Carolina no podia responderle, adelantó poco á poco hasta el gabinete, se detuvo á dos pasos de la jóven, y contemplándola en aquella actitud conmovedora,

—¡Carolina!—murmuró.

Ella, que habia percibido acercarse los pasos de Velarde, y detenerse ante ella, apartó las manos de sus ojos al oir la voz del artillero, miróle á través de un cristal de lágrimas, hermosas mil veces más que las preciadas perlas de Ofir, y exclamó con voz entrecortada:

—¡Pedro!..... ¡Pedro!..... no te creia tan duro de corazon.....

Sin advertirlo tal vez la jóven calumniaba terriblemente al capitan, pues si las lágrimas no le hubieran impedido ver, distinguiria que los ojos de aquel sér varonil, pero delicado y sensible, se habian humedecido de ternura.

Velarde se acercó á Carolina, y tomándola una mano que ella le abandonó dulcemente, imprimió sobre el terso cútis un beso en que se exhalaba toda la efusion de su amante solicitud.

—Perdona,—dijo,—¡pero te amo tanto!

—¡Ah! si me amáras como dices,—objetó ella,—no consentirias en verme sufrir por niñerías que no tienen el menor fundamento.

—No dirias eso si te halláras en mi caso, Carolina.

Esta repuso enjugándose las lágrimas y consiguiendo serenarse:

—Veamos en qué fundas tus inmotivadas quejas; mas primero siéntate, para que así podamos explicarnos con entera calma. Estoy segura de que bien pronto vas á pedirme perdon, señor malvado, y entonces... ¡oh! entonces

me vengaré, juro que me vengaré, y mi castigo será tan ejemplar como lo es mi cariño por un ingrato que no sabe corresponderme.

Sentóse el artillero y comenzó:

—No es cierto, Carolina, lo que dices, y en dos años has tenido tiempo de conocerme. Te amo con idolatría, y porque te amo así soy capáz de llegar, como hace un momento, á prescindir hasta de mi carácter, benévolo aun para las personas que me son más indiferentes: no puedes dudar de lo que te digo, pues valdria tanto como dudar de la luz. Pues bien: voy á ser franco, antes de venir he sabido de un modo inesperado que ese hombre, á quien detesto como á todos los que son enemigos de mi pátria, se hallaba aquí, en esta casa, conversando contigo; y debo asegurarte, que despues de haberte manifestado en otra ocasion mi deseo de que abandones tu puesto al lado de la reina, para evitar así el roce de *esa canalla* inmunda, he extrañado y casi he sentido asombro al decírseme que en hora tan avanzada consentias la visita, que hoy repugna el más infeliz hijo del pueblo, de un francés tanto más odioso cuanto es más directa la parte que toma, por su posicion cerca del tirano, en las desgracias que tarde ó pronto han de sobrevenir.

—Prosigue hasta el fin,—dijo Carolina viendo que Velarde acababa de interrumpirse,—que despues hablaré yo hasta disipar todas tus dudas.

El artillero prosiguió:

—Es corto aunque sério lo que me resta que decir: persistiendo la reina en que vuelvas á su lado, te escribió por conducto de Belliard para que te decidas...

Carolina le interrumpió:

—Y aquí tengo la carta,—dijo entregando á Velarde la

misiva de la reina, que el jóven leyó con avidéz. En seguida dijo:

—Y bien, ¡yo sé que te decides, conozco perfectamente tu resolucion!

—¿Dices que me decido, que conoces mi resolucion?

—Sí, Carolina.

—Pues entonces, ¿de qué te inquietas?

—¿No he de inquietarme?... ¿Sabes tú que volver, sobre todo en estas circunstancias, al lado de la reina, valdria tanto como si nos separára un abismo?

—Escucha, Pedro,—repuso la jóven,—digo que no debes inquietarte, y digo bien: ese abismo de que hablas no podrá mediar nunca entre nosotros...

—¿Me habrán engañado?...

—¡Y tanto como te engañaron! Habia resuelto ver á los reyes antes de su partida; mas negándome abiertamente y sin otro pretexto que mi voluntad, á admitir las proposiciones que se me hicieron, ahora pienso hacer más, pienso hasta evitar el despedirme de la reina...

—¿Es decir que ya no vas, que no irás á aspirar los pestíferos aires del extranjero?—insistió Velarde con júbilo.

—Juro, Velarde, que aun cuando esto causára gran disgusto á la reina, y aunque la librára con mi compañía de los muchos peligros que la rodean, primero eres tú, tu voluntad vale más á mi corazon que la felicidad de esa señora á quien tanto he querido; pero que segun tú mismo dices, causará grandes catástrofes al reino con sus desaciertos.

Velarde quiso arrojarse sobre las manos de Carolina para cubrirlas de besos, pero ella le rechazó dulcemente y dijo:

—¿Creo que aun debias preguntarme algo más?

—Es verdad,—respondió Velarde,—pero estoy convencido de que todo es una falsedad indigna, y se ha querido sacar partido de meras coincidencias.

—Sin embargo,—insistió la jóven,—¿no te han dicho que Belliard me habia declarado su amor? Sé franco.

—Sí, me lo dijeron.

—Pero han omitido sin duda una cosa importante.

—¿Qué?

—La posicion tristemente ridícula en que se ha colocado el pobre Belliard, habiéndome obligado su presuncion estúpida á una reconvencion que ciertamente, si es hombre delicado, le habrá llegado al alma.

—Mas... ¿cómo?

Carolina refirió entonces á su amante cómo fué presa de aquella especie de sonambulismo que recordarán nuestros lectores, pero lo refirió de un modo particular, que hizo extremecer de dicha á Valarde; y al llegar á la parte que comprendia la falsa interpretacion dada por Belliard al monólogo de la condesa, los dos amantes rieron de todas veras con una risa que hubiera hecho palidecer al general del estado mayor francés, á estar presente.

La condesa añadió conteniéndose á duras penas:

—Imagina tú, Pedro, cuánto no le afectarian mi actitud y mis palabras, que al despedirse mohino y disgustado, me dijo con una expresion que le asemejó á uno de esos feos mamelucos de su ejército:

—Vos le amais á él, señora, pero yo os juro que vuestro amor le saldrá caro, porque desde hoy seré su mayor enemigo.

Velarde se sonrió con desprecio, y advirtió á Carolina, despues de haberla besado con tierna gratitud una mano:

—Estoy tranquilo, querida mia, y no podia ser otra cosa: me arrepiento y te pido perdon por el disgusto que te he causado; más desde ahora quiero que bajo ningun pretexto permitas en tu casa la entrada á ese hombre.

—¡Me guardaré muy bien!... y en cuanto á eso, no era necesario que me lo advirtieras, pues al tiempo de irme á acostar, antes de venir tú, me habia formado la firme resolucion de alejar por completo al impertinente... Pero díme, ahora que ya hemos conseguido entendernos y despejar la incógnita, ¿podré saber quién ha sido el buen amigo que quiso hacerme el favor de llenar tu cabeza de fantasmas?... Creo que ni la persona ni sus intenciones valen la pena de guardar un secreto respetuoso: sé franco.

Velarde pareció como indeciso en responder á su amada; pero esta le sacó del apuro diciendo con la más profunda conviccion:

—No necesitas decirlo, porque lo sé perfectamente: ha sido mi excelente amiga Eugenia... y con su carácter vengativo y orgulloso, no necesito exforzarme en averiguar los motivos que la impulsaron á cometer esa felonía. ¡Verdaderamente bien necesita compasion!

—¿Qué ha habido pues?

—Cosa bien sencilla; cuando hablaba con Belliard, estaba Eugenia en el corredor, y mientras mi doncella creyó que entraria derechamente en el gabinete, ella se detuvo trás el tapíz, y lo escuchó todo, segun todas las probabilidades; aunque procuró desfigurar la verdad con una perfidia que comprendo ahora. ¿Y sabes por qué ha querido vengarse? Pues vás á saberlo: habia querido ocultártelo para ahorrarte un disgusto. Díme: ¿no has visto esta noche en casa de M... al que debe enlazarse pronto con esa mujer, al baron del Pino?

—Sí, le he visto.

—¿Y no ha ocurrido alguna cosa particular?... ¿algun percance?...

—Ninguna cosa ha habido que no fuera tratar del asunto para que el conde formó la reunion.

—Pues óyeme: habia recibido una carta, escrita en San Lorenzo, por la cual se colegian los manejos en que anda el baron del Pino con los franceses... La carta era de la reina á Murat, y se recomendaba la conveniencia de un pensamiento que habia concebido el baron, que consistía en asistir á la reunion de M... é informarse de lo que allí se tratára...

—¿Y qué hiciste de esa carta?

—No quise dártela, porque temia no te contuvieras, pero la remití á M..., aun á trueque de que tanto Murat como la reina descubran esta mi traicioncilla... pero ¿qué quieres?... por un lado temia que tú te enteráras de ello, y por otro era forzoso cortar las alas á la iniquidad de ese hombre... Sabia que tú concurririas á la casa de M..., y como este tiene el hábito de hacer las cosas disfrazándolo todo como su nombre cuando le conviene hacer una de las suyas, dije para mí: nadie más á propósito para sacar partido de este aviso de la Providencia...

—¿Pero cómo es que nada me ha dicho el conde?

—Yo no lo extraño: se lo habia recomendado mucho... ¡Harto te comprometes á cada paso, manifestando sin rebozo el ódio que profesas á la canalla, como tú dices!... Pues para acabar de una vez: he cometido la flaqueza, ó la imprudencia, de decirlo todo hace una hora, poco antes que tú encontraras á Eugenia, y sin duda al saber de mi propia boca que indirectamente contribuí á un fracaso, ha querido vengarse, hé aquí todo.

Reconciliados de este modo los dos jóvenes, continuaron hablando primero del viaje de los reyes padres que se anunciaba para uno de aquellos dias, como tambien el de la reina de Etruria y su tierno vástago.

Hablaron tambien de lo que sin género alguno de duda les interesaba más que todo en el mundo, esto es, de sus amores, de sus dulces delirios presentes, de sus grandes esperanzas para el porvenir.

Nada hay tan socorrido como el asunto de amor, materia siempre inagotable, siempre nueva para los enamorados; y como nuestros interesantes jóvenes lo estaban muy de veras, de aquí que las horas corrieran presurosas, desapercibidas, sin que Carolina pensára en retirarse á su casto lecho, ni Velarde en abandonar aquel agradable paraiso, donde ambos respiraban ese perfume vago y misterioso de la pasion humana, cuyo encanto celestial, tan breve sobre la tierra, tiene horas, minutos, instantes de tan excesivo placer, de tan infinita y deleitosa armonía, que sus horas, sus minutos, sus instantes, bastan á compensar los padecimientos de todo un siglo.

De este modo sorprendió á Velarde y á Carolina la última aurora del último dia de abril de 1808, penetrando sus tímidas luces á través de las rayadas celosías y del espeso pabellon de terciopelo y encajes que le oponia una trasparente barrera.

CAPITULO XXIV.

En que se demuestra que el gran duque de Berg y de Cleves valia un imperio tratándose de disponer viajes de españoles principales.

Y decimos bien, sin que esto sea en nosotros sobra ó falta de modestia.

La historia, que tiene por único objeto trasmitir la verdad severa de una generacion, imperio ó reinado á las generaciones herederas, nos ha dado fortaleza y aun autorizado á consignar el epígrafe antecedente.

Con efecto, Murat se daba muy buenas trazas y desplegaba una actividad notable en descartarse de la familia real de España.

Desde el descabellado viaje de Fernando á Búrgos, viaje que ya en el camino, se prolongó á Bayona, el cuñado de Bonaparte no descansó hasta decidir á unos y otros, á los restantes príncipes, á que entraran en deseos de hacer una visita al emperador de los franceses allende la frontera.

La docilidad, que no se puede creer otra cosa, con que eran atendidas las insinuaciones y los consejos del gran duque, fueron bien dignas ó de la debilidad más floja, ó de la inocencia más pueril.

Verdad es tambien que habiéndose encargado el emperador de los franceses la mision de dirimir las encontradas pretensiones y los opuestos intereses de los desventurados reyes y príncipes que á su sabor manejaba, ningun pretexto pudo hallar más beneficioso á sus ocultas intenciones.

El pretendido protectorado del francés arrastraba á unos y á otros en pos de diversas esperanzas: Fernando VII habia ido á estrechar la mano del amigo que debia asegurarle en el trono, al cual le exaltara la decidida voluntad de un pueblo; y Cárlos IV, arrepentido de su abdicacion, corria tambien al encuentro del francés, del temible coloso, á recuperar una corona que no habia podido sostener sobre sus sienes.

Entretanto, la garra imperial se estendia sobre aquel cetro y sobre aquella nacion, abandonados á merced de funestas discordias, y ya el ejército francés cubria el territorio español, indefenso é inerme, hasta su misma capital.

Así, en el último dia de abril, ya las versiones que corrian por Madrid acerca de tales manejos, levantaban más y más el enardecido y escandalizádo espíritu público; y no era un misterio para nadie lo que ya ni siquiera se trataba de ocultar.

A vueltas de engaños y subterfugios por parte del emperador Napoleon, se habia conseguido arrancar del seno del pueblo al príncipe que tanto queria y en quien tantas esperanzas habia fundado; y ese mismo pueblo, cuando

con feliz penetracion concibió y demostró sus temores á una perfidia manifiesta, inclinó su cabeza ante las aseveraciones y la confianza del jóven viajero que le tranquilizó con la esperada proximidad de una dichosa vuelta.

Pero al cabo de algunos dias nadie se engañaba ya á sí mismo acerca de los sucesos; y la situacion de Fernando era manifiesta.

Permanecia en Bayona prisionero de Napoleon, y además de saberse que este no le habia reconocido, ni aun se daba trazas de tratarle decorosamente, cundió la alarma de que se pretendia colocar en el trono de España á un indivíduo de la familia imperial; á un Bonaparte, á un advenedizo del cual hasta se ignoraba el nombre.

Y sin embargo de que el pueblo, por vagas noticias, pero tambien por lógicas deducciones, preveia la catástrofe, sin embargo Cárlos IV y la reina madre se apresuraban á favorecer y aun á precipitar el resultado de aquellos amaños y bastardas intrigas.

El país estaba destinado á correr una suerte parecida á la de Italia, de la cual Bonaparte habia hecho su segunda corona...

Mas el país rugia de indignacion ante esta idea, porque siempre le pareció al pueblo español más dulce el yugo de los propios, que las bellas perspectivas de felicidad y de ventura que pudieran ofrecerle los extraños; fundando en esto cuando la atmósfera política era tan diferente á la de hoy, la libertad *sui generis* de que se mostraba tan avaro.

Y preguntamos nosotros: ¿tenia el dimitente rey Cárlos IV tan gran confianza en su *querido hermano y aliado* el emperador, que únicamente se encaminaba á su encuentro

para anular á la sombra del poder de este la abdicacion hecha en Aranjuez?

No es posible que así confiara; porque teniendo más motivos que el pueblo para dudar, no habia de ser ménos en saber á qué fin le empujaba su ambicioso amigo y falso aliado.

Y sin embargo, corria presuroso al encuentro del usurpador; y ahora, para colmo de insensatéz, no era ya en Búrgos donde iba á encontrarle sino á Francia misma, á Bayona, en cuyo punto lamentaba ya Fernando las consecuencias de su confianza... ¿Qué se proponia, pues, obtener Cárlos IV?

¡Ay! que la reina María Luisa, aislada y mal avenida con el país, cuyo afecto se habia enajenado, no pensaba ya otra cosa que en reposar tranquila en cualquier rincon de la Francia.

Entretanto la reina de Etruria, mostrábase arrepentida y llena de amargo pesar, comprendiendo de lleno cuán crítica era su situacion.

Al regresar á Madrid en el dia citado, dió pruebas inequívocas de su agotada credulidad y de su amargura.

Ocupada durante mucho tiempo en conspirar contra su propio hermano Fernando, habia esperado, como muy bien saben nuestros lectores, que por premio á sus manejos la concederian para su tierno hijo, el príncipe heredero, el reino de la Lusitania septentrional, á cambio del de Etruria, de que le habia despojado el famoso tratado de Fontainebleau.

Pues bien: como ya se corria el rumor de las intenciones de Bonaparte hácia Fernando, añadíase que trataba de hacerle renunciar sus derechos al trono de España, dándole en compensacion el Portugal.

Esto, como puede colegirse, destruia todas las esperanzas de su hermana, ó más bien deshauciábala completamente.

No bien llegó de paso á Madrid, fué á verla Murat.

Encontrándola que hacia sus preparativos de viaje, dijo:

—Ya ha tenido ocasion de ver V. M. que la Junta ni siquiera se ha opuesto á su marcha...

—No me ha sorprendido, gran duque,—respondió la reina viuda,—y aun puedo deciros que lo esperaba.

Al hablar así la hermana de Fernando, recordaba la indiferencia que hácia ella tenian sus compatriotas; y como dice muy cuerdamente un historiador, hasta se olvidaban de los vínculos estrechos que unian á la imprudente reina con su príncipe querido.

Joaquin Murat repuso:

—Tampoco ha opuesto ningun obstáculo á la salida de la demás familia real, y por lo que toca al infante don Francisco de Paula Antonio, no sin algunas dificultades he conseguido igual resultado. Así, pues, pasado mañana domingo podeis abandonar á Madrid sin demora ni inconveniente alguno.

La reina de Etruria, que á la sazon se hallaba rodeada de sus hijos, mostrábase apesadumbrada y llorosa.

El duque de Berg hizo como que no lo advertia, y preguntó:

—¿Vendrán hoy por fin SS. MM.?

—Mis padres se preparaban á salir tambien,—respondió la reina de Etruria,—y creo llegarán esta tarde ó por la noche á Madrid.

—¿Sabe V. M. si han recibido mi carta?

—¿Cuál? gran duque.

—La en que incluia una del emperador.

—Sí, la han recibido, y están sumamente agradecidos á V. A. y á S. M. I.

—¿Habrán visto cómo el emperador ha tratado al príncipe Fernando?

—Ciertamente, gran duque; pero así como mis augustos padres se sienten satisfechos por ver colmados sus deseos, así yo tengo un cruel pesar, un disgusto profundo, por el mal aspecto que toman mis intereses.

—¡No comprendo á V. M.!...

—¡Ah gran duque! debiérais comprenderme.

—A fé mia que no acierto... no comprendo... ¿Será tal vez que inspira esa inquietud á V. M. el abandonar el país en donde ha nacido?

La reina de Etruria se sonrió haciendo un gesto de indiferencia y menosprecio.

—Bien sabe V. A.,—dijo,—que eso no puede inquietarme. Bien mirado, ¿qué me importa á mí la España?... Por ventura, le preguntó, ¿ha de reinar en esta nacion mi pobre hijo? No... Pues entonces ahí queda para que la posean mi padre ó mi hermano: es enteramente idéntico que la posean el uno ó el otro.

Murat la preguntó casi maquinalmente.

—Pues entonces ¿en qué estriba la inquietud de V. M.?

—En que todas mis esperanzas, gran duque, van á salir fallidas; mi desgracia va á ser completa.

—¿Y en qué os fundais para abrigar semejantes temores, hermana mia? ¿cómo podeis dar crédito á tan extraños escrúpulos?

Murat dirigió á la reina de Etruria esta pregunta, fingiendo no comprender el verdadero sentido de las palabras pronunciadas por la insensata mujer á quien daba el

título de hermana, sin causa ni parentesco que justificara tan ridícula fórmula.

La hija de Cárlos IV le respondió vivamente:

—¿Me preguntais en qué me fundo, gran duque?...

—Sí, hermana mia, y mucho más desde que vuestros deseos van á ser por fin colmados...

—Mucho lo dudo...

—¿Que lo dudais, decís?...

—Sí, gran duque.

—¿Y cómo me explicareis vuestras dudas?

—Las explicaré muy sencillamente, diciendo á V. A. que el emperador, tal vez cediendo al compromiso de nuevos pactos, no me cumplirá su palabra...

—¡Hermana mia!...

—Permitid, gran duque;—insistió la destronada reina con acento entrecortado,—hoy ha llegado hasta mí el rumor de que el emperador se propone coronar rey de Portugal á mi hermano Fernando; y ya veis, en este caso, ¿qué esperanza me resta, ni qué corona podrá darse ya á mi pobre y desgraciado hijo?

—Pero... ¿quién ha podido hacer creer á V. M. semejantes invenciones, pues no son otra cosa esas patrañas que se atribuyen á mi augusto cuñado?

Y Murat dió á sus palabras un tono de ingenuidad tal, que cualquiera, ménos la reina de Etruria, le hubiera creido.

Pero aquella atribulada mujer prorumpió en amargo llanto, en que revelaba su profunda desconfianza, obligando con él á Murat á cesar en sus justificaciones con que pretendia consolar á la que tan cara debia pagar su falsedad, su hasta entonces ciega confianza en el lugar-teniente del odiado ejército extranjero, y en su sagáz cuñado el emperador de los franceses y rey de Italia.

A propósito de la escena que reseñamos, cuéntase un episodio digno de interés.

Refiérese que al ver llorar á su madre el tierno rey heredero de Etruria, provocó una desagradable escena, una agria contienda con Joaquin Murat.

Entre otras cosas se dice que echó en cara al general del imperio la atrevida confianza que usaba respecto de su madre, lo mismo que con todas las personas reales; y habiéndole replicado el orgulloso caudillo muy altaneramente, le preguntó el niño con energía inconcebible:

—¿Habeis olvidado que estais hablando con los reyes de Etruria?

Natural es que semejante escena hubiese producido muy mal efecto en el ánimo del tristemente memorable personaje, más acostumbrado al dominio que á ser dominado.

Tenemos por apócrifo este episodio singular, si bien tampoco nos atrevemos á negarle todo nuestro crédito.

A ser cierto, sin embargo, probaria de un modo evidente, pero lamentable, que en el corazon de aquella tierna y precóz criatura se habian refugiado toda la dignidad y la energía que faltaban á sus parientes.

Lo que parece ser cierto, es que en aquella ocasion salió Murat de palacio mohino y enojado; y esto prueba en algun modo que su conferencia no habia sido en dicha ocasion tan amigable y fraternal como las anteriores.

Como habia afirmado la reina de Etruria, Cárlos IV y su esposa no tardaron en verificar su breve regreso á Madrid.

Murat, que en esto tenia un vivo interés, volvió presuroso á palacio y fué introducido inmediatamente en la cámara de María Luisa.

El semblante de esta formaba contraste con el de su hija, pues se ofreció á los ojos del caudillo francés rebosando júbilo.

Esto sirvió á Murat de compensacion.

Saludó cortesmente y dijo á la reina:

—Vengo á ponerme á las órdenes de V. M., señora.

Luego, tomando asiento cerca de María Luisa, con cierta familiaridad que hubiera enrojecido la frente del altivo Cárlos I, á poder este levantarse de su tumba para contemplar tamaña humillacion, añadió el gran duque de Berg:

—¿Y el rey? ¿Cómo no veo aquí al rey?

María respondió con perfecta serenidad:

—Algo indispuesto por la gota que le aqueja con tantos disgustos como nos ha dado nuestro hijo, y agitado con las molestias del viaje, ha tenido que retirarse á descansar.

El cuñado de Napoleon acogió la parte recriminativa de la contestacion de María Luisa con una sonrisa irónica, y repuso:

—Mas... ¿se podrá confiar en que esa indisposicion no será bastante á impedir que verifique desde luego su marcha?

Tal vez el rey Cárlos hubiese agradecido á Murat la equívoca solicitud que procuraba demostrar en esta pregunta: para ello mediaba esa decidida credulidad que le atribuye la historia, y que á ser cierta, como no es difícil suponer, le asemejaba grandemente á su desgraciado pariente Luis XVI.

Pero nuestros lectores comprenderán que lo que ménos interesaba al gran duque de Berg y Cleves, era la salud del monarca español, con cuyo destino jugaba despiadadamente.

La reina le dijo, pretendiendo tranquilizarle:

—De hecho podeis perder todo temor, gran duque: segura estoy de que mi esposo recobrará sus fuerzas ante la sola idea de abrazar á nuestro querido hermano el emperador y rey.

—Lo celebro por el propio bien de nuestro augusto amigo, y por el cariñoso afecto que le profesamos mi cuñado y yo.

María Luisa interrumpió la falsa solicitud del duque de Berg, para preguntarle:

—¿Sabeis algo de Fernando, príncipe?

La familia real de España mostraba un especial cuidado en prodigar simultáneamente al caudillo francés todos sus títulos y honores.

Joaquin Murat respondió:

—Casi lo mismo que ya he tenido el honor de decir á V. M. en mis comunicaciones.

—¿Ha vuelto el emperador á amonestarle?

—Cada dia se muestra con él más severo.

La reina hizo un gesto de alegría bien poco maternal.

—El emperador,—continuó Murat,—como saben muy bien V. M. y el rey, ha visto con disgusto y ha reprobado abiertamente la conducta del príncipe de Asturias (tal calificaban á Fernando) hácia sus padres, así como su ambicion desmedida; y no puede caber el menor género de duda sobre que le reprenderá y ablandará de modo que, cuando VV. MM. le vean en Bayona, le hallen completamente desconocido, trasformado y obediente.

—¡Ah!—dijo vivamente la reina,—yo no querré nunca ver á mi hijo: no, jamás lo consentiré: esto me serviria de afliccion, acaso me ocasionaria la muerte: es de mala

índole, no nos tiene ley ni á mí ni á su padre (1), me aborrece, y sé que su mayor defecto es el rencor obstinado, eterno, que guarda en su corazon: nunca perdona.

—Pues yo puedo asegurar á V. M.—replicó Murat de un modo insinuante,—que al lado de mi cuñado, en Francia, se conducirá con tanta mesura como el último súbdito de sus egregios padres...

En vano intentaríamos concluir en este capítulo el diálogo precedente, pues la pluma se nos cae de las manos al intentar seguir á nuestros personajes en su gravísima conversacion.

La incauta reina, que por atender al solo bien de los objetos que tan exclusivamente la interesaban, no omitia imprudencia ni medio alguno cerca del extranjero, cuya actitud era por demás terrible, prosiguió largo tiempo hablando con él de mil descabellados proyectos, produciendo á cada paso amargas y terribles recriminaciones contra el rey que, proclamado y entonces querido por un pueblo lleno de buena fé, pagaba ya bien caras en extraño país las ligerezas y la falta de meditacion con que procedió en todo, movido por su ansiedad respecto del emperador Napoleon, á quien temia, y por las sugestiones activas y apasionadas de algunos consejeros suyos.

Su precipitado viaje fué lo último de que con grande interés se ocuparon la reina María Luisa y el generalísimo del ejército imperial.

Un nombre, nombre aciago y aborrecido por el pueblo, se mezcló repetidísimas veces en los futuros proyectos de la reina madre...

---

(1) Histórico.

CAPITULO XXV.

Amagos.

¡Salve! ¡pátria querida, orgullo de tus ilustre hijos, cuna de los héroes, fértil suelo de la libertad, espejo de la honra, eterno crisol de las virtudes!

¡Salve! ¡terror de los romanos, azote de la Media Luna, señora que fuiste de ambos continentes!...

¡Gloria y honor á tí sobre cuya augusta frente no ha podido grabarse jamás el ominoso sello de la esclavitud!

¡Gloria á tí, cuyo seno ha sustentado barones tan animosos en el sacrificio, como el ilustre defensor de Tarifa, el esforzado Alonso Perez de Guzman!

¡Gloria, loor á tí, que has hecho brotar de entre las breñas de Covadonga al restaurador del suelo que bañaron en sangre el funesto D. Rodrigo, y el execrable don Julian!

¡Gloria á tí, el antiguo titan de los mares, de quienes

las rizadas lomas no podian ya sustentar el enorme peso de tus escuadras formidables!

¡Gloria! loor á tí, sobre cuyos dominios, tan vastos como la superficie del globo, jamás llegaba á divisarse la puesta del sol, toda vez que para tí era un mito su ocaso... Sí, un mito, un ensueño; porque tú, presidiendo siempre á la rotacion de la tierra, siguiendo su movimiento diario, divisabas en todas partes al astro rey, cuando en vano pretendia irradiar únicamente sobre los bosques vírgenes de nuestros antípodas.

Yo te saludo con la sacra veneracion que inspira tu grandioso pasado, con el sublime orgullo que hacen brotar en mi alma tantos recuerdos de gloria como atesoras, y son la admiracion de todas las edades y naciones.

El solo convencimiento de ser tu hijo, embravece y eleva los corazones más débiles.

Cada vez que se ofrecen á la consideracion tus renombradas altezas, el entusiasmo rompe sus diques, y parece como que no halla espacio bastante para remontar su vuelo.

¡Oh España! Para que las generaciones más remotas llegasen á olvidar la altivéz, el heroismo de tus hijos, seria forzoso que á este olvido precedieran cien siglos que entre sí rasgaran en menudos pedazos, en átomos imperceptibles las prodigiosas páginas de tu historia.

¡Oh España! A tí, que fuiste un tiempo la señora del mundo, invoco la inspiracion de tus númenes inmortales, para reseñar dignamente las terribles escenas de un dia el más aciago, pero tambien el más bello, que ha cubierto de glorioso luto la majestad de tu nombre.

Voy á posar mi pié vacilante en las gradas de tu más

severo templo, y temo que mi voz no resuene armoniosa en el ámbito de sus bóvedas celestiales.

Voy á describir á un noble pueblo, hijo de aquel pueblo grande que arrojó al otro lado de los Pirineos á sus falaces opresores, lo que la pluma no es bastante á reseñar, y aun apenas concibe la mente, lo que tan solo comprenderá el que tenga la fortuna de haber visto la luz de la vida en la invencible nacion que baña al Norte el mar Cantábrico.

Quiero hablar de aquellas gloriosas jornadas... y temo que mi acento es débil para ensalzar tanta grandeza.

Ilustres manes de aquellas heróicas víctimas; adoradas sombras de mis abuelos; sacrosantas cenizas que reposais dentro de vuestras urnas en el precioso *Campo de la Lealtad*, ¿me negareis en esta hora suprema la inspiracion que os pido?

—¡Ah! ¡no me abandoneis ahora, no permitais que torpe os profane quemando al pié del ára que os consagró la Pátria agradecida, el pobre incienso de mi pobre númen!...

No, no lo permitais: porque el remordimiento de haber sido indigno de vuestra memoria, llenaria de amargura y de dolor eterno mi conciencia.

. . . .

La noche del 1.° de mayo de 1808 llegó á su mayor extremo, á su postrer límite la inquietud del exasperado pueblo de Madrid, de cuya cordura él mismo no acertaba á darse cuenta.

El descarado influjo de Murat en los destinos de la nacion, sus atrevidas bravatas, su conducta por demás odiosa, la irritante grosería de sus audaces soldados y las tendencias manifiestas de usurpacion que tan claramente

se distinguian, desbordaron casi el contenido enojo de los ciudadanos, que ya ardian en vivos deseos de lanzar al rostro del llamado coloso toda la iniquidad, todo el cieno de la traicion con que habia correspondido á la más cordial y noble acogida que puede hacer un pueblo tan confiado y generoso como el español.

Desde el momento en que se desvaneció la última nube de la duda, la hospitalidad sorprendida, la buena fé burlada, cedieron su lugar á la venganza en el corazon de todos cuantos presenciaron tan escandalosa perversidad.

Al prepararse los habitantes de la indefensa villa para el descanso del próximo domingo, la gran mayoria, casi podemos decir la totalidad, ya en el seno de las familias ó en los parages más públicos, en vano procuraba contener los impulsos de una irritacion á duras penas refrenada.

Sobre todos los motivos de alarma que conmovian fuertemente á los honrados moradores de Madrid, descollaba uno capáz de sublevar el ánimo y el carácter más apacibles.

Difícil se habia hecho ya sobrellevar con paciencia tantas supercherías, tantos escándalos, tanta maquinacion, tanta amenaza y tan depresivos vejámenes. No se podia ir más allá en este peligroso terreno.

Las excisiones entre el ejército francés y el pueblo se repitieron al anochecer de aquel dia con desusada tenacidad.

Parecia como que el pueblo y la desenfrenada soldadesca adivinaban el límite de sus respectivas posiciones.

Donde quiera que un grupo de paisanos tropezaba con otro de soldados franceses, una pulla, un tropezon, una amenaza que se distinguia por la expresion de los semblantes, bastaban á promover una reyerta, de alguna de las

cuales habian resultado heridos y hasta muertos de unos y de otros, de imperiales y de españoles.

En las primeras horas de aquella noche, se habia visto además, cruzar por entre la multitud algun hijo del pueblo custodiado por tropas francesas, que contra todo derecho le conducian á las prisiones militares.

Nada podia ocurrir ya más alarmante ni más provocador.

En todas direcciones, acá y allá, en los altos y pequeños círculos no se daban tregua los comentarios, los rumores de todo género, los corrillos en los cafés y en las tabernas, y los conciliábulos en el recinto de los salones donde el hálito francés no habia podido inficionar los enteros corazones de hombres patricios.

La fermentacion habia cundido á los barrios bajos, donde el espíritu de las gentes se hallaba poseido de una temible sobreescitacion.

Por otra parte, numerosos ginetes de la caballería imperial atravesaban con repeticion las calles de Madrid, desde el palacio de los reyes al que habitaba el gran duque de Berg y Cleves, y esto demostraba de un modo evidente que se corrian órdenes importantes, que seguramente no envolvian ningun bien para la sobresaltada poblacion.

Todo era movimiento y agitacion; todo aparecia cubierto de un sombrío tinte que nada bueno presagiaba.

Diríase que en aquellos momentos de ansiedad inexplicable, se preparaban los ánimos para las dolorosas impresiones de una fiesta fúnebre, ó para los desconocidos resultados de una terrible convulsion, de un cataclismo desolador en el órden moral...

¿Qué grave suceso motivaba tan extraña agitacion? ¿Por qué en todos los semblantes se retrataba la inquietud

y en todas partes se murmuraba en baja ó en alta voz, bien con sigilosa prudencia, ó bien con imprudente y nerviosa vehemencia?

¿Cuál era el móvil de tan singular fermentacion?

Vamos á saberlo.

Para ello es preciso que nuestros lectores nos acompañen á un lugar donde por primera vez les hicimos penetrar, al dar comienzo á esta verídica reseña de los más grandes sucesos por que ha atravesado la nacion ibera en la primera mitad de este siglo.

El lugar á que nos referimos, es la taberna de la calle del Humilladero, á la que hasta entonces habia sido morada de la interesante María.

Serian apenas las ocho de aquella apacible noche que precedió á la sangrienta catástrofe de que muy pronto vamos á ocuparnos.

Como decíamos, las gentes trabajadoras abandonaban sus faenas del último dia de trabajo en la vencida semana, y preparábanse tal vez á disfrutar el descanso del domingo que Dios adoptó para contemplar satisfecho la magnífica obra de su creacion.

Dentro del estrecho recinto de la taberna, con dificultad podian revolverse como dos docenas de hombres, pertenecientes á la honrada clase trabajadora, ocupando unos los bancos de madera, en actitud de consternacion meditabunda, y permaneciendo los más en pié ó reclinados gravemente sobre el basar del establecimiento.

Contra la costumbre ordinaria, la puerta de la taberna permanecia cerrada completamente, por manera que todas aquellas gentes habian tenido necesidad de llamar para ser introducidas, lo que no consiguieron sin ser antes reconocidas con escrupulosidad minuciosa.

La señora Teresa, sentada en su lugar correspondiente, quizá por la primera vez durante su tráfico, permanecia en una completa inaccion, y triste. Tenia la frente apoyada sobre las palmas de ambas manos y la mirada fija con insistencia, cual si su pensamiento se concentrára tenazmente para absorber el más pequeño detalle de un recuerdo, de una imágen querida. Nada de cuanto pasaba en deredor suyo, parecia ejercer influencia ni impresion alguna sobre sus ideas.

Cerca de ella, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, el señor Nicolás guardaba una actitud muy parecida á la de su mujer, si bien el rostro del buen anciano revelaba en ciertas contracciones harto frecuentes que mil encontradas sensaciones batallaban dentro de su corazon.

A muy poca distancia se encontraba otro personaje que nos es tambien conocido por sus opiniones de hidalgo patriotismo.

Era el animoso Epifanio, quien cogidas con las dos manos las solapas de su chaquetilla, y con el tricornio pronunciadamente caido sobre los ojos, contemplaba de hito en hito al Maestro, que á su vez dirigia con sombrío fuego miradas significativas á sus contertulios. A pesar de sus años y de su calma habitual, daba muy visibles muestras de una impaciencia y emocion que corrian parejas con la que Epifanio pretendia en vano calmar.

Sin embargo de que algunas veces un rumor más ó ménos prolongado, tal cual suspiro que lanzado con nerviosa dificultad se asemejaba mucho á un rugido violento de profunda exasperacion, y una pregunta ó una respuesta breves, se distinguian de tarde en tarde; á pesar de estas interrupciones lacónicas, el más completo silencio presidia en aquel estrecho recinto á la reunion de tantos hombres.

Las mútuas y furtivas miradas suplian á la ausencia del lenguaje, y cual si se hubiese establecido entre todos una relacion magnética, en aquellas miradas rápidas, pero elocuentes, leíanse, por decirlo así, unos á otros con tal seguridad, cual si lo hicieran en las páginas de un libro.

Nunca la igualdad de pareceres, de sentimientos y tendencias reunió, identificándolos, bajo el techo de una taberna, tantos hombres de pasiones fuertes, de temperamento ardoroso y arrebatado.

Como si hubiesen atendido á una consigna inquebrantable, de esas que á la par imponen el deber y la conciencia, la actitud general era tan mesurada é inalterable como dejamos descrito.

Si durante un cuarto de hora más hiciésemos permanecer á nuestros lectores en aquel recinto, seguramente que les colocaríamos en una situacion embarazosa, de todo punto extraña.

Verdad es que la silenciosa calma ocultaba en el fondo, pensamientos grandes y sensaciones sobradamente terribles, pues de lo contrario, no se comprenderia, no seria fácil explicar una reunion tan inexplicable, y en otras circunstancias anómala.

Pero si como decimos, en el fondo de aquel prolongado silencio y en las actitudes de los circunstantes, podia columbrarse aproximada ó acertadamente la presencia de un extraordinario suceso, la monotonía de un cuarto de hora trascurrido en semejante situacion, seria suficiente á molestar acaso la paciencia del lector.

Así, dejaremos á los unos mirar de cuando en cuando hácia la puerta, despues de haberlo hecho entre sí repetidamente, para preguntarse con una brevedad que revelaba su ansia:

—¿Por qué tardará tanto?—Mientras el señor Nicolás respondia suspirando de ansiedad y con idéntico laconismo:

—¡Aun no es tarde, paciencia!

Y el Maestro solia añadir:

—Antes que él, faltaria la luz: ¡paciencia!, ¡paciencia!

¿A quién esperarian, pues, y á quién se referian?

Presto vamos á saberlo, haciendo una corta escursion á otro paraje, donde presenciaremos algunas escenas dignas de atencion.

Momentos antes de lo que dejamos descrito respecto á la taberna del señor Colás, y mientras acaso la mujer de este dedicaba su pensamiento á la que durante muchos años habia sido para ella como una verdadera y querida hija, María, trasformada completamente por un cambio brusco de su fortuna, conversaba en un lindo gabinete que le habia destinado su abuelo con el hombre que bien pronto debia unir á ella su suerte y los destinos de su vida.

La jóven, á pesar de su nueva y excelente condicion, más que preocupada, mostrábase triste y como cautivada por inquietudes poderosas.

Al manifestarlas á Utrera, pretendia este inspirarla tranquilidad con sus más dulces y amorosas palabras, mientras la jóven replicaba, haciendo negativos movimientos con su linda cabeza:

—No lo dudes, Enrique: ciertas criaturas tienen su destino marcado; yo por más que veo y toco mi trasformacion, soy presa tal vez de un desaliento mayor del que otra en estas circunstancias se encontraria poseida.

—Pues ese temor, querida mia, es hijo únicamente de la sencilléz y del carácter tímido con que Dios te ha dotado. Tu modestia, la generosidad de tus sentimientos, y

además la desgracia de que hasta ahora has sido víctima, te hacen ver las cosas de color sombrío...

—No quiero contrariarte en modo alguno, Enrique mio; pero me fundo en razones bien sanas, que nada tienen de lo que tú llamas supersticiones...

—¿Qué son pues, sino meras supersticiones, María?

—No, repito, no son supersticiones, son presentimientos motivados.

—Veamos de qué modo explicas tus presentimientos.

—¿De qué modo? Muy sencillamente.

—Te escucho, María.

—Primeramente, debo recordarte que desde el momento en que comprendí mi orígen aciago, he distinguido tambien que me faltaba una gran parte de aquella tranquilidad, de aquel sosiego que no há mucho era el encanto de mi existencia: entonces mi corazon desconocia la duda.....

—¿Pues qué duda abrigas ahora?—interrumpió con viveza Enrique.

—¡Oh! varias...—respondió la jóven.

—¿Tienes de mí alguna?

María vaciló un momento, y luego repuso:

—¿Quién sabe?... Tal vez...

—¡María!...

—Tranquilízate, Enrique: muy lejos estoy de inculparte; y antes por el contrario, no tengo de tí sino motivos de gratitud...

Utrera interrumpió á María con dolorosa emocion:

—Por Dios, amada mia, retira esa frase que nos ofende á los dos, y no sienta bien á la que es reina de mi corazon.

María prosiguió despues de haber sonreido tristemente:

—Bien, la retiro: tanto da: no hablaré, pues, de mi

gratitud, pero te indicaré el género de duda que abriga hoy mi corazon respecto de todo.

—¡De todo dices! pero y de mí ¿por qué?

—Sé razonable y escucha,—respondió María con cierto dulce acento de autoridad que realzaba armoniosamente los encantos de su voz.

Utrera no replicó, y escuchó sumiso á la jóven.

—Hace algunos meses,—dijo,—que yo ignoraba el verdadero sentido de la palabra horfandad: más aún, por mucho tiempo me permitió Dios desconocer cuánto de terrible tiene la mia.

—Tú no eres responsable de ella...

—Tal vez sea eso un consuelo, no me opongo á creerlo así; antes de conocerte, Enrique, es posible que no me hubiese causado gran sensacion, pues creo que entonces vivia en las tinieblas... dichosa oscuridad ¡cuán precisa es á la condicion humana! con ella viviria en este instante más feliz que todos lo reyes que son felices en la tierra.

—Pues qué, María, ¿no eres tú feliz?

—El amor, Enrique, parece como que presta alas y remonta desapercibidamente á la inteligencia.

—Y qué, ¿no eres feliz con mi amor?

—Lo he sido, y aun lo seria hoy, si una luz desconocida no me hubiese obligado á comprender lo que antes me era completamente vedado.

—¿Qué has visto, María?

—La miseria, las flaquezas humanas.

—¿Y crees?...

—Líbreme Dios de creer nada que no deba creer, pero á mi razon no se esconden ya ciertas cosas. Mi madre ha sido, tal vez por su culpa, muy desgraciada; pero su desgracia es de esas que los mismos padres reprueban, de esas

que al llegar tan terrible caso no perdona la sociedad, y mancillan cuanto se les acerca. Yo soy la hija de una madre que tú y mi abuelo mirais por distintas causas con horror.

Utrera escuchó estas últimas palabras de la jóven sin desplegar sus lábios, y como si estuviese asombrado de tal razonamiento.

María continuó:

—Mi anciano abuelo, al saber cuál era mi paradero, renunció á una hija por otra, y, ¿sabes tú lo que debió pensar obrando de este modo?

—¿Qué?

—Que conduciéndose así, hacia un mero cambio.

—No te comprendo, María.

—Pues no es difícil: mi buen abuelo ha rechazado una infamia por abrazar otra infamia, la una responsable y la otra sin culpabilidad propia, que soy yo.

Del pecho de Utrera se exhaló un sordo gemido, al escuchar con doloroso asombro estas frases de su amante.

Hubo un momento de pausa, durante el cual fijó Utrera sus ardientes miradas en María, cuyos negros ojos se habian humedecido y cuyo seno virginal palpitaba á impulsos de una ansiedad profunda.

El tan enamorado como absorto jóven hizo un poderoso esfuerzo sobre sí mismo, y preguntó á María de un modo indefinible:

—Pero, ¿á dónde quieres ir á parar con esas extrañas ideas? ¿Sabes tú bien lo que has dicho? ¿No comprendes que careces de razon para calificarte de ese modo?..... ¡María, María! en verdad no comprendo, por más que lo procuro, ese cambio singular que temo hallar en tí.

La jóven, secando furtivamente las lágrimás que pre-

ñaban sus bellas pupilas, añadió con voz conmovida y triste:

—No debe extrañarte lo que por mí pasa: es natural: mi abuelo es un caballero honrado, compasivo y tú abrigas sentimientos harto nobles para dejar de conducirte como quien eres.

—¿Y bien?

—Mi pobre abuelo, ese anciano, herido á la par en su cariño paternal y en su honra, desechó indignado á la hija que habia burlado largos años su buena fé; pero como cristiano, ha querido evitar á su conciencia el remordimiento que pudiera causarle mi abandono: por esta razon únicamente se decidió á arrancarme de los brazos de aquellas honradas gentes, que á su vez lo hicieron, no sé si diga por desgracia ó por suerte mia, al asilo dentro del cual se me ocultó como un baldon por una mano despiadada.

—Pero tu abuelo te quiere, María; el pobre anciano te colma de cuidados y de caricias, no piensa sino en tu mayor ventura, en tu felicidad...

—En vano pretenderia negarlo, Enrique, como tampoco he negado jamás el cariño que me profesabas.

—Y te profesaré mientras viva, ángel mio.

—Pues bien: una duda cruel me martiriza.

—¿Qué duda?

—Mi abuelo, como tú dices, me colma de atenciones y de cuidados.

—Has podido verlo, María.

—Sí, Enrique, sí, como tambien he visto en tí testimonios repetidos de un amor que antes llenaba de felicidad inexplicable mi alma...

—¿Y ahora?

—Pues bien, ahora, Enrique, á la felicidad casi ha llegado á reemplazar la inquietud; el desasosiego, la pena.

—¿Por qué?... esas palabras...

—Porque mientras mi abuelo se conduce movido por su piedad cristiana, tambien tú obras guiado, más bien que por tu amor, por la compasion que debe inspirarte esta mujer desventurada.

—María, casi no comprendo ya lo que me está pasando; ese lenguaje es extraño en tí...

Utrera pronunció estas palabras con vehemencia, con una especie de alucinamiento dictado por el cambio singular que creia distinguir en el carácter de su jóven prometida.

María le interrumpió:

—No te extrañes, Enrique: grandes y muchos son los motivos que tengo para ser víctima hoy de ideas y de temores que no habia jamás sentido. ¿Ves esta casa, este lujo que hoy me rodea? Tal vez encontraria otra jóven en todo este cambio una felicidad completa. Pues bien; esta casa tan suntuosa, ese lujo, esos criados que á porfia desean servirme, todo esto, Enrique, me disgusta y me abruma. Preferiria que ese buen anciano me hubiese conducido á un humilde zaguan, dentro del cual no me sentiria embarazada por comodidades para las cuales sin duda no he nacido, ó no estoy bastante bien preparada.

—¡Un palacio seria muy poco para tí!—exclamó Utrera con la precipitada exageracion del amor.

—No dudo que lo creerás tú así,—continuó María,—pero aun cuando en realidad lo creas, te engaña ciertamente tu buen deseo. Por otra parte, un remordimiento

me aqueja... La que me ha dado el sér era la dueña natural de todas estas riquezas; por su carácter se la adaptaban mucho mejor que á mí, que nada ambiciono. Pues bien, mientras que el noble anciano me colma de todo cuanto puede tener la más encumbrada señora, su hija, mi madre, permanece como desheredada de lo que de derecho la pertenece; y todo ¿por qué? porque el buen anciano ha querido á una vez dar un castigo y establecer una compensacion... su cariño hácia mí tiene mucho de misericordia... y... ¿quién sabe? Quizá no es él solo á participar de este sentimiento.

María cesó en esta penosa explicacion de las dudas que un rápido cambio de destino la habia sugerido, y alzó sus ojos, que hasta entonces los habia tenido fijos en el suelo, para mirar á Utrera.

Este se habia levantado al oir las últimas palabras de la jóven.

En su semblante, en su actitud inquieta se advertia bien claramente el efecto desagradable, la triste sensacion de que se hallaba poseido.

—María,—dijo despues de un largo espacio de silencio,—te encuentro muy distinta de lo que eras; una trasformacion inexplicable parece haberse obrado estos últimos dias en tí... O yo no comprendo bastante bien, ó creo que estás siendo víctima de una lamentable preocupacion.

—Tal vez, Enrique.

—Pero debes presumir, María, que forzosamente ha de causarme sérios temores lo que en tí observo... Ese cambio inaudito, al tratarse de un alma tan candorosa como la tuya, no es obra de tu sola razon; esos escrúpulos que ahora abrigas, no son tuyos, pobre niña, una

voluntad ajena, otro criterio más sagáz debió inculcártelos...

—¿Quién habia de inspirármelos?—preguntó María con viveza.

—Un alma pérfida,—repuso Utrera,—para quien no pasó desapercibido el rápido movimiento de sorpresa en que se extremeció la jóven.

Esta replicó:

—Bien sabes que yo estoy únicamente rodeada de los criados de la casa, que á nadie veo, que no hablo á persona alguna.

Utrera hizo un gesto de incredulidad, y dijo:

—María, si tú me amas como yo te amo á tí, vás á darme una prueba. Confíate á mí, no como un amante, sino como á un hermano cariñoso... ¿Quieres responder con franqueza á lo que voy á preguntarte?

María hizo un esfuerzo para hablar, pero un interior impulso, que no pasó desapercibido para el ojo cauteloso de Utrera, mantuvo cerrada su boca. Todo el predominio que hasta entonces habia ejercido su amante sobre ella, fué inútil en esta ocasion.

El jóven esperó algunos minutos á que María respondiera ó alegára una escusa; mas comprendiendo que se prolongaba demasiado aquel silencio, exclamó con profundo acento de amargura:

—¡Dios mio! ¿será posible que se haya obrado en tí tan repentina mudanza, que las súplicas mias no hallen ya eco en tu corazon?

María permaneció en su actitud silenciosa.

Utrera exclamó entonces:

—¡Oh! ya no me cabe duda, María: tú no me amas.

—¡Eso no es cierto!—exclamó á su vez la jóven con viveza.

La apasionada inflexion que la niña dió á su voz llegó hasta lo más hondo del corazon de Utrera, derramándose por sus agitadas fibras con la frescura de un bálsamo consolador. Una terrible duda le habia dominado durante algunos angustiosos momentos, motivada por las extrañas frases de su amante y por su exquisito egoismo del amor, ese eterno orígen de los celos entre los enamorados.

Sin embargo, desvanecida la duda respecto á lo que principalmente le interesaba, sus sospechas ante la singular actitud de María no se mitigaron en lo más mínimo, y antes por el contrario, se confirmaba en ellas cada vez más; y como segun las ideas que se agitaban y tomaban cuerpo en su mente, podia ser peligroso cualquier descuido, resolvió no abandonar la estancia de la jóven hasta resolver aquel problema.

El tono de las últimas frases en que se produjo su amante al significarla sus celos ó sus temores, restableció en su alma la tranquilidad que tan próxima habia estado á abandonarle; y en este concepto nada más fácil le era que volver á la verdadera situacion.

Por un momento se sintió movido á estrechar con ternura las manos de María, y pedirla perdon por sus dudas.

Pero por esta vez, torciendo la expansiva bondad de su carácter, se mantuvo en una prudente reserva, pues no convenia á sus propósitos variar de faz ni de armas para combatir la decepcion que segun él se ocultaba en el corazon de la niña.

Mantúvose, pues, en una perfecta espectativa, y sin dar á conocer su contento, se resolvió á prolongar la es-

cena en el terreno de que se prometia en tal sazon sacar algun provecho.

Así es, que dijo moviendo la cabeza como para mostrar su desconfianza:

—¿Qué, no es cierto, María?... ¿te atreves aun á negar lo que tan claramente distingue mi corazon?... ¡Ah! por Dios al ménos no pretendas hacer mayor mi desventura, negando lo que evidencia tu conducta.

—¿Tienes queja alguna de mí?—le preguntó la jóven.—¿Qué culpa tengo yo de que impensadamente y contra mis deseos se me hubiesen ocurrido ciertos presentimientos naturales, ciertos temores?...

—Acaso deberia creerte, María; pero tu aspecto, el cambio que se ha obrado en tí rápidamente, me aseguran todo lo contrario de lo que dices.

—¡Dios mio! ¿y serás capáz de dudar?...

—¿Y por qué no? De otro modo no serias conmigo reservada.

—¿Que soy reservada, dices?

—Sí, María, sí.

—¿En qué te fundas, pues?

—En lo mismo que fundabas tú los temores que acabas de manifestarme respecto de tu anciano abuelo y de mí.

La jóven se sintió desconcertada por esta salida de su amante, quien no queriendo perder un solo palmo de terreno, añadió:

—Hasta dos dias hace, no guardabas para mí secreto alguno, más aun, con tu carácter ingénuo y confiado, no precisamente el hombre que tanto te adora, sino tambien cuantos te rodean, leian en tu corazon y en tu pensamiento, como en su propio pensamiento y en su propio corazon... Verdad es, María, que, en la pureza de tu alma,

nada tenias que mantener escondido á los ojos del mundo; pero esto mismo aviva las sospechas que en este momento acabas de levantar en el fondo de mi alma, y en verdad que á ser ciertos mis temores, bien pronto tendré derecho á decirte que los tuyos eran una máscara con que pretendias encubrir lo que en vano anhelo yo adivinar, María, creeme: tu conducta no es digna de tí ni de mí.

La jóven, cuyo desconcierto crecia de un modo visible, replicó con voz balbuciente:

—Yo no guardo para tí secreto alguno... tus sospechas...

—No prosigas,—dijo Utrera,—no quiero forzarte á que por la primera vez en tu vida faltes á la verdad... ¿A qué cansarme? ¿Por qué molestarte á tí con lo que ya sé hasta la evidencia? ¿Para qué más luz? ¿No veo bastante claro lo que pasa en tu conciencia?

—Pero Enrique mio...

—No, no; es inútil: yo no quiero que te esfuerces más, haciéndote una violencia que yo no merezco. ¡Ya tienes secretos para mí!... ¿A qué discurrir más? Estoy convencido de que ya no me amas...

—¡Enrique!

—Sí, no me amas, y ya que tanto te he querido, no consentiré en ser para tí una pesadilla insoportable. Así, pues, voy á evitarte mi presencia, voy á librarte de un importuno que ciegamente creia ¡imbécil! ser el elegido de tu corazon.

Y Utrera hizo como que se disponia á salir.

Dió algunos pasos con fingida resolucion, tomó su sombrero, y poniendo su rostro todo lo más sério que le fué posible,

—Adios, María,—dijo,—te dejo feliz con mi ausencia.

Pero no bien intentó dar algunos pasos, la pobre niña se arrojó á él y le detuvo, como si creyera que el alma iba á abandonar su cuerpo.

Copiosas lágrimas bañaban sus bellos ojos.

—¿Y serias capáz de irte? — decia sollozando. — ¿Tendrias valor para eso?

Utrera se sintió vencido ante la elocuente sensibilidad de la jóven, y por un momento estuvo decidido á deponer su ficcion.

Pero se reprimió, y dijo:

—Tú lo quieres: desde que me consta el género de secreto que guardas respecto de mí, una barrera insuperable se interpone entre nosotros.

Utrera mentia soberanamente.

Si es verdad que lo sospechaba, no podia determinar cuál era el secreto de la pobre niña.

Esta le creyó sin embargo, y balbuceó:

—Pues bien: voy á decírtelo todo, ó más bien, tú mismo vás á enterarte.

Y sacando una carta de su bolsillo se la entregó á su amante.

Este la tomó casi maquinalmente, porque no acertaba á comprender lo que aquello significaba.

Pero al desdoblarla y al leer la firma que tenia escrita al pié, dejó escapar una exclamacion de sorpresa.

—Lo sospechaba,—murmuró,—pero no hubiera creido jamás que se atreveria á tanto.—¡Pobre niña! Tal vez intenta secar tu corazon y dejarle desierto como tiene el suyo.

En aquel momento apareció en la estancia D. Pablo de Montenegro, y al verle María, murmuró precipitadamente al oido de su novio, que se sonrió cariñosamente:

—Que nada sepa él de esa carta.

Utrera la guardó lentamente y sin leerla en su bolsillo.

Don Pablo de Montenegro, despues de besar en la frente á María, sin reparar en los surcos que las lágrimas habian impreso en sus mejillas, dijo dirigiéndose á Utrera:

—Vamos ya, si Vd. quiere.

—Estoy á sus órdenes,—respondió el amante de María, dirigiendo á este una mirada de inteligencia.

—Y añadió en seguida:

—¿Pero tardaremos mucho? ¿nos detendremos, don Pablo?

—No, pero es preciso ir, se cuenta con Vd. decididamente.

—Pues iré, pero será preciso que me detenga breve tiempo.

—¿Por qué?

—Porque me esperan en otra parte á las ocho en punto.

Y bajando la voz,

—En la calle del Humilladero,—dijo.

—¿Aquel buen hombre acaso?

—No solamente él, sino lo más decidido del barrio: habia indicado á Vd. ya que á mi vez tengo la presidencia de una reunion verdaderamente respetable: á las ocho en punto debo de estar entre ellos.

—Pues no queda tiempo que perder; vamos.

Y Utrera y Montenegro, que se apoyaba en el brazo del jóven, abandonaron aquella casa, dirigiéndose al mismo café de la Carrera de San Gerónimo, donde nuestros lectores han tenido ocasion de presenciar el lance ocurrido entre Velarde y un oficial del ejército francés.

Al contrario del aspecto que presentaba interiormente

la taberna de la calle del Humilladero, Utrera y Montenegro se encontraron con que las puertas del café estaban abiertas casi de par en par.

Los reverberos, casi apagados, lanzaban una luz moribunda sobre las mesas, desiertas á la sazon.

Nuestros personajes entraron deteniéndose algunos instantes.

Un mozo que por allí aparecia como ocupado en sus faenas, les hizo una imperceptible seña de inteligencia.

Luego, despues de haber mirado Utrera con cierto aire de precaucion hácia la calle, franquearon una puerta interior penetrando por ella y cerrando rápidamente.

En seguida comenzaron, despues de haber andado algunos pasos, á descender por una escalera de caracol situada al extremo de un corredor.

Desde que hubieron bajado como seis escaleras, distinguieron las tintas de una luz que subia del fondo.

Tambien el eco de algunas voces llegó hasta los oidos de nuestros personajes, quienes llegaron por fin al término de su descenso.

El paraje donde acababan de penetrar era una espaciosa cueva, un sótano que servia para almacen ó depósito del establecimiento.

Hacinados en los extremos ó rincones, distinguíanse barriles, cajones y sacos, sobre los cuales indistinta y llanamente se veian sentadas como unas trece ó catorce personas, pertenecientes en su totalidad á una clase acomodada.

Uno solo entre todos representaba una gerarquía distinta.

En pié, casi al centro de la cueva, parecia presidir aquella especie de asamblea subterránea, que tenia algo

de las famosas catacumbas, ya por lo austero de los semblantes en aquella ocasion, y ya por la fé y ardimiento con que se ocupaban todos de un objeto que viene á constituir para todo ciudadano honrado una cierta religion que se parece algo á la divina, porque es la religion sacrosanta de la pátria.

El conde de M..., pues no era otro el personaje á quien nos referimos, conversaba, ó más bien dirigia la palabra en aquel momento al capitan de artillería D. Pedro Velarde. Este, con el semblante visiblemente contraido y descompuesto, escuchaba á M..., es decir, al tio Pedro, de un modo que no es posible definir.

—Sí, ha llegado el momento de la terrible prueba, y ya no es fácil contener á la opinion y al sentimiento público que se desbordan... Hoy, mañana tal vez, van á aparecer horas aciagas para España... Yo presiento, señores, que la sangre va á correr en abundancia, y tanto, que ya creo que únicamente la noche se opone al rayo de la indignacion popular.

Estas palabras fueron las últimas que distintamente sonaron en los oidos de Montenegro y de Utrera al penetrar en aquel singular paraje.

—Tiene Vd. razon, conde;—afirmó Utrera inclinándose cortesmente,—y ya esta noche los preludios dicen que todo es preferible, hasta los horrores de una lucha desigual, á los desmanes de nuestros huéspedes.

—Pues bien,—añadió el de M...,—al estado á que han llegado ya las cosas, forzoso es ordenar algo que tenga carácter de solidéz, de fuerza.

—A ese fin creo que nos encaminamos todos.

—Sí, pero es preciso no perder el tiempo: en tal situacion, las horas, los minutos son preciosos y no deben des-

aprovecharse, sin exponerse á que el peligro ya cierto, sea mayor de lo que debe ser. ¿Qué noticias traeis sobre las que ya conocemos, amigos mios? ¿Habeis tenido ocasion de observar por ahí algo?

—Con escasa diferencia lo mismo, solamente que los extranjeros pasan y repasan las calles, como si se aprestasen á dar una gran batalla.

—¡Es que conocen la proximidad del conflicto que han provocado!—observó uno de los concurrentes con oportunidad.

—¡Y han visto ya que el pueblo de Madrid no se encuentra dispuesto á tolerar sus punibles desafueros!—añadió otro.

—Dejémonos ahora de consideraciones inútiles,—interrumpió el de M...—y hablemos de lo que interesa prevenir y hacer. Dígame Vd., Utrera, — añadió,—¿qué tiene Vd. preparado á estas horas? ¿Ha conseguido Vd. entenderse con esa gente?

—Sí, conde, y precisamente venia á hablar á Vd. de eso. Ya sabe Vd. que el tabernero de la calle del Humilladero, con una prevision verdaderamente profética, ha conseguido formar un depósito de armas para un caso de necesidad...

—Sí, lo sé, Utrera, y ese hombre es digno del agradecimiento de la pátria...

—Pues bien, esta tarde, y en vista de los escándalos y de los atropellos promovidos por la soldadesca, así como de la indignacion con que se ha acogido generalmente la noticia de la marcha del infante á Francia, hemos procurado avisar á toda la gente templada capáz de ordenar junta y separadamente una resistencia, en el caso, muy probable, de un conflicto.

—¿Y qué han conseguido Vds.?

—Acaso en este momento me esperan ya una veintena de valientes en la taberna del tio Colás, que los recibe á puerta cerrada, y tiene órdenes terminantes para advertirles que se conduzcan con la más sigilosa conducta, con entera moderacion, á fin de no echar de barato nuestros esfuerzos con una imprudencia.

—¿Los habia Vd. visto ya?

—Acabo de decir á Vd., conde, que quizá en este momento me esperan para recibir las instrucciones convenientes.

—Entonces puede Vd. decirles lo que ya hemos acordado respecto de lo demás. Mañana es el dia destinado para la salida del infante...

—Sí, la Junta de gobierno no ha tenido teson ni dignidad suficientes para resistir y oponerse á esta nueva exigencia de Joaquin Murat. El pueblo todo sabe ya muy bien cuanto ha ocurrido en ese particular.

—Pues porque el pueblo lo sabe, señores,—repuso el conde de M... dirigiéndose á sus colegas,—y además, porque se encuentra fuertemente excitado con ese próximo viaje, casi nos consta que á pesar de todo lo que se haga por contenerle, estallará de indignacion y comprometerá gravemente la situacion tirantísima y peligrosa porque atraviesa. Como Vds. comprenden, ante la perspectiva de una excision más que probable, deben tomarse toda suerte de precauciones en su favor... Si nosotros, contra todas las reglas de la prudencia, precipitamos á ese pueblo por una pendiente tan peligrosa como lo será un motin en las actuales circunstancias, seríamos responsables en cierto modo de la sangre que se vertiera... Pero el pueblo, cuyo carácter noble, independiente y enérgico, puede resistir muy

pocas veces ó ninguna á las bastardías y vejámenes de los extraños, no encontrará, llegada la ocasion, dique alguno bastante á contener su fuerte irritacion; y en verdad, no necesitará que nadie le impulse ú hostigue, dado ya el caso, que podemos decir infalible, de una agitacion... Nuestra conciencia, repito, puede estar tranquila en este punto. Pero desde luego necesita de un guia, quien dirigiéndole con cordura y encaminando su rumbo, le economice una sangre que, entregado á sí mismo, derramaria estérilmente.

Un murmullo unánime de aprobacion interrumpió al de M...

Hizo una breve pausa para inclinarse ante los circunstantes, y luego continuó con la misma solemne voz:

—Este ha sido el objeto que nos ha traido aquí, á la que acaso es nuestra última reunion, y este tambien el norte que debe guiarnos. Así, pues, con la conciencia tranquila en cuanto á nuestra responsabilidad, y conociendo de un modo palpable que ni nuestra excitacion ni el débil freno de nuestros consejos pacíficos, influiria ni en pro ni en contra de lo que necesaria, de lo que lógicamente ha de suceder al pueblo muy pronto por desgracia, encomiendo á todos Vds., amigos mios, que colocándose á su lado en un caso aflictivo y cada cual respecto de los suyos, á falta de una disciplina y un órden imposibles á la multitud desbordada, la dirijan del modo más acertado... Velarde,—añadió dirigiéndose al artillero que le escuchaba absorto,—¿no podrá Vd. decirme á punto fijo los recursos con que cuenta, si es llegado el momento?

El capitan respondió con amarga ironía:

—El patriota Ofarril no ha querido dejarme otros medios de defensa, ni más armas, ni municiones que los tin-

teros y demás útiles de mi oficina... Mi departamento, esto es, mi escritorio en la secretaría de la Junta económica, le pareció de hecho poco peligroso. Verdad es que en el caso que se presiente cercano, no será la mia la última sangre que llegue á verterse peleando contra el francés; pero en cuanto á medios, á recursos que yo pueda arbitrar, todo me lo ha vedado la baja ruindad del susodicho Ofarril.

Dijo así Velarde, y pareció caer en un profundo abatimiento, de esos que despedazan á ciertas organizaciones activas y vigorosas, como lo era la del jóven capitan.

Las miradas de todos permanecieron fijas por largo espacio en el rostro del capitan Velarde con un marcado interés, con una simpatía que á poder él distinguirla en aquel momento, hubiese sentido mitigarse en alguna parte la hiel que rebosaba su hidalgo corazon.

A ninguno de cuantos allí se encontraban reunidos se escapó la causa que tenia sumido al jóven militar en aquel visible abatimiento.

El conde de M... le preguntó:

—Pero ¿y su amigo Daoiz? ¿No podríamos contar con él en un caso supremo?

—Mi amigo Daoiz,—respondió el jóven,—á pesar de hallarse en el Parque encargado del detall, es tan impotente como yo.

—Sin embargo, en los almacenes del Parque existen armas y municiones en regular cantidad: si oportunamente dispusiésemos de ellas...

—Son muy escasas allí las existencias,—objetó el artillero,—nada hay hecho, nada se ha permitido hacer ni aun para la instruccion de los reclutas; pero de cualquier modo para nada sirve lo que allí hay, con nada podemos contar.

—¿Por qué, Velarde?

—En primer lugar, porque Daoiz permanece al frente del Parque como maniatado, sin accion ni voluntad de ninguna especie.

—¿Pues cómo?

—Ya creo habérselo indicado á Vd. en otra ocasion: era natural, porque al recordar la intimidad que á él me liga, y despues de manifestado á Ofarril mi plan que Vds. conocen, se le ha colocado, bajo un falso pretexto, un piquete de soldados imperiales que le vigilan de cerca. Esto en cuanto á lo que él pudiera disponer sobre los escasos, ó más bien desprevenidos recursos que de allí fuese fácil aprovechar. Además, media un obstáculo no ménos fuerte que el anterior, para que él facilite ó haga armas de ningun modo contra nuestros opresores y enemigos.

—¿Qué obstáculo es ese de que habla Vd.?—preguntó M...

—La disciplina, ese dogal de la ordenanza que llaman deber los militares rígidos como lo es Daoiz.

—¿Y bien?

—Daoiz es uno de esos militares de que os hablo, muy escrupuloso y estricto en cuanto á la ordenanza.

—Pero eso no obsta para que auxilie al pueblo cuando este llegue á verse amenazado por sus enemigos. Por otra parte, ¿no era Daoiz de nuestra opinion, cuando en otras ocasiones, no tan inminentes, hemos hablado en su casa propia de las probabilidades de un porvenir belicoso?

—Sí, pero entonces nadie se habia acordado de que Daoiz podria ser un brazo auxiliar del pueblo.

—¿Y ahora?—preguntó M...

—Desde que fué en mal hora sometido mi plan á Ofarril,—continuó Velarde con acento de amargo despecho,—y como en dicho plan de defensa comprendia el Parque, á

cargo de nuestro amigo Daoiz, comenzaron á abrigarse temores acerca de mi compañero. Convencido Ofarril hasta la evidencia de que á Daoiz más le contiene una órden de sus jefes que las granadas de un enemigo, no creyó necesario llevar á efecto las exigencias de Murat para que le separara del destino que se le ha confiado... Por otra parte era, segun el general, hacerse inútilmente sospechoso: limitóse, pues, á poner á su inmediacion ochenta hombres del ejército francés.

—¡Miserable!—exclamó el de M.... con indignacion.

—Despues de esto, señores,—dijo Velarde,—creo que en vista de la agitacion que se observa, el mismo Ofarril le comunicó una órden, previniéndole que aun cuando llegase un motin entre el pueblo y los franceses,—tal es en el fondo el espíritu de tan peregrina comunicacion,—permaneciese quieto condenándole así á una impasibilidad dolorosa.

—Y Daoiz, ¿se ha conformado con la órden? ¿Cómo la ha recibido?...

—La ha recibido,—y esto me consta muy particularmente,—con vivas muestras de despecho, de desesperacion, pero tambien se ha resuelto á no contrarestarla.

—¿Es decir que no podrá contarse con él en ningun caso?...

—Mucho lo temo: sin embargo, tal vez la presencia de sucesos que aun tendrá la esperanza de que no llegarán á acontecer... ¿Quién sabe, amigos mios, quién sabe hasta dónde alcanzará su dominio sobre sí mismo, cuando se trate de la salud de la pátria? El tiempo nos lo dirá.

. . . .

Largo tiempo continuaron aun departiendo aquellos valientes patricios sobre los males que aquejaban á la nacion y los terribles desastres que amagaban sobrevenir de un momento á otro, segun el profundo rencor que los españoles profesaban á sus huéspedes los franceses y las demasías á que estos gustaban entregarse, por no perder su inveterada costumbre.

Lâs observaciones más exquisitas, las precauciones más previsoras, los medios más hábiles en tan crítica situacion: de todo hicieron mérito, nada omitieron durante la sesion que en parte hemos reseñado á nuestros lectores, y que en tan extraño paraje se habia concertado.

El rumor, ó más bien, la certeza de que el conde de M... habia celebrado en su propia casa asambleas de este género desde que acontecieron los memorables tumultos de Aranjuez contra el favorito, dando márgen á la abdicacion de Cárlos IV en favor de su hijo, hasta los que tenian por objeto único prevenirse contra las perfidias del caudillo y ejército bonapartista, la constancia con que era vigilado desde dos dias anteriores al suceso del baron del Pino, y en su consecuencia los temores de un inútil compromiso, le obligaron á ocurrir á otros medios más seguros.

Verdad es que estas reuniones no eran diarias ni mucho ménos; pero cuando se hacia indispensable recurrir á ellas para concertar alguna cosa de utilidad al pueblo, entregados los contertulios á una previsora ambulancia, ya elegian el más humilde rincon de una casa retirada, ya el elevado techo de una desmantelada boardilla, ó bien un local análogo al sótano del café, donde les hemos visto tan satisfechos como si disfrutasen de los abandonados salones del palacio de M...

D. Enrique Utrera se despidió de sus colegas, antes que estos hubiesen dado fin á sus importantes conferencias.

Cuando llegó á la calle del Humilladero, en donde era esperado con verdadera ansiedad, todos le acogieron con muestras de gran satisfaccion.

Sin embargo, ¡cosa extraña! ni una sola voz, ni una exclamacion imprudente alteraron en lo más mínimo la silenciosa gravedad que por su propio bien les estaba encomendada.

El Maestro y el tabernero fueron los únicos que dirigieron á D. Enrique la palabra, haciéndole respectivamente preguntas que se relacionaban con la situacion del dia y la actitud de los allí asistentes.

D. Enrique les refirió en tono sumamente bajo, pero que fué oido por todos sin dificultad, cuanto se habia acordado por los personajes á quienes acababa de abandonar.

En su afan por complacer á aquellas buenas gentes que le escuchaban como á un oráculo, no omitió razon ni detalle alguno.

Cuando despues de esto hubo concluido de dar sus instrucciones, le preguntó el tabernero con aire de duda:

—Y si llega el caso, D. Enrique, ¿cómo distribuiremos el depósito de mi camaranchon? ¿Cómo se arreglará eso, así, en un pronto?

—Descuide Vd., señor Nicolás, descuide Vd.,—dijo Utrera,—respecto á ese particular, tengo mi plan ya bien meditado, y desde luego le prometo que me tendrá aquí con exacta puntualidad...

El Maestro le interrumpió para preguntar á su vez:

—Pero díganos Vd. ahora, señor D. Enrique: ¿Vd. cree

que llegaremos por último á las manos?... Con franqueza, ¿qué opina Vd.?

—Pregúnteselo Vd. á su propia conciencia,—le respondió Utrera,—pregúnteselo á todos cuantos aquí están, á los presentimientos de sus corazones.

—¡Es verdad!

—¡Tiene razon!—Murmuraron sordamente algunos.

Utrera prosiguió:

—Por los demás, aunque todos adoptamos nuestras precauciones contra un caso previsto, tal vez inevitable, ¿seríamos tan poco cuerdos, que fuésemos á aventurar un golpe fuera de tiempo, ineficaz y peligroso? No, seguramente. La indignacion es general; las ofensas que la motivan, numerosas y graves. Muchas son, es verdad, las que hemos devorado en el silencio, apelando siempre á una prudencia difícil; ¿pero quién nos responde de que mañana, una gota más, no hará rebosar la ya colmada copa? ¿Quién nos responde, amigos mios, quién? ¡Ah! ¡ninguno de vosotros se atreverá á responder en este sentido, porque á ello se opone como un abismo la sangre española que corre por nuestras venas!

. . . .

Las últimas palabras de Utrera habian causado una profunda sensacion entre aquellas honradas gentes.

Un cuarto de hora trascurrió todavía, al cabo del cual la taberna fué quedando desierta gradualmente.

Uno tras otro, y esperando á una razonable intermision, salieron con perfecta cautela. A aquellas horas era muy expuesto infundir cualquier sospecha; pues en todas direcciones cruzaban á Madrid repetidamente numerosas patrullas de soldados franceses.

Don Enrique Utrera salió el último, y antes de hacerlo

consagró un muy largo espacio á satisfacer las preguntas de la señora Teresa acerca de su querida María.

La buena mujer terminó su plática sin poder reprimir algunas lágrimas rebeldes que el recuerdo hizo asomar á sus ojos.

CAPITULO XXVI.

Graves peligros de una distraccion amorosa.

En tanto se adoptaban estas medidas, si bien ineficaces, bastante previsoras en razon á las críticas circunstancias porque atravesaba la Península en general, y muy particularmente el pueblo de Madrid, dos personajes de nuestra historia corrian un inminente peligro que, por lo no esperado y oculto, no se preveía ni ménos conjuraba con precauciones de ningun género.

El móvil de este peligro era el amor propio burlado de un hombre, y los personajes contra quienes se fraguaba, la jóven condesa del Ramal, Carolina, y su noble amante el célebre militar que tan glorioso papel desempeña en el drama que pretendemos reproducir.

Preocupado Velarde hondamente por la aciaga situacion del país, su pensamiento se fijaba sin treguas en un porvenir que columbraba en lontananza lleno de fúnebres colores.

Desde que sus tentativas de precaucion habian obtenido de parte de Ofarril tan malos resultados, ya por haberse negado este á auxiliar al valiente capitan en su proposicion, y ya por su torpe confianza con Murat al revelarle tan delicada idea, Velarde se sintió dominado por un abatimiento cruel, abatimiento que tenia en ciertos instantes todos los síntomas de una pesadilla.

Dotado el jóven de un carácter tan activo como enérgico, y de una penetracion y talento singulares, si le constaba hasta la evidencia que su inaccion en aquella coyuntura podia ser en cierto modo una sancion tácita, prestada á los enemigos del pueblo, no dejaba de comprender tambien todo lo ineficaces que hubieran sido sus esfuerzos propios, cuando la desgracia y la vileza le negaban los elementos necesarios para combatir de algun modo lo que sus ojos contemplaban hacia tanto tiempo con inquietud y con santa ira.

Si se tratase de un sér de ciertas condiciones, de esos en quienes la conciencia tiene muy felices resortes para graduarla á su arbitrio, Velarde hubiera recobrado sin esfuerzo su tranquilidad, con el solo recuerdo de sus tentativas frustradas.

Nada más natural en los hombres de honor que la conciencia de su deber, allí donde la palabra *imposible* aparece grabada con terribles caractéres.

Decimos con la razon de la experiencia los cristianos que *el hombre propone y Dios dispone*, y aunque Ofarril nada tenia de la divinidad, aplicado aquel dicho al caso en que se encontraba Velarde, parece debiera haberle servido de lenitivo á su patriótica pesadumbre.

Cuando, como él lo hizo, se buscan los medios de oponerse á una iniquidad, y estos medios son imposibles por la

falencia del poder superior de quien se pretenden, la responsabilidad, aun dentro de la conciencia más rígida, va á pesar toda entera sobre una segunda persona, sobre la que niega su cooperacion, sobre la que disponiendo de la fuerza, niega su concurso á toda empresa de justicia.

Desde que este caso llega, se establece una relacion absoluta, como si dijéramos de mancomunidad, entre el mal y el que lo consiente con su indiferencia.

Por el contrario, el que lo ha designado, el que ha indicado contra ese mal un remedio que no posee, á otro en cuya mano se halla, puede volver sin temor sus ojos al santuario de su conciencia, seguro de no encontrar en ella esas manchas ó borrones indelebles que en el lenguaje de la religion, de la moral y del deber, se llama remordimiento.

Pues D. Pedro Velarde se hallaba, ó más bien, á ser otro, debiera hallarse en este caso, ménos abrumado por el rigor de sus escrúpulos.

Ofarril, que hàbia visto y encontrado excelentes las medidas propuestas por Velarde, las cuales eran su famoso plan ofensivo y defensivo contra cualquier agresion que pudiese sobrevenir de parte de los franceses, no contento ya con negar su cooperacion, se detuvo muy poco, más bien corrió presuroso á informar de todo lo ocurrido al caudillo enemigo de la pátria, el cual indudablemente debió reirse con menosprecio, al considerar á un hombre como el celebérrimo ministro, tan solícito en facilitarle armas contra la libertad de su nacion, movido por un oficioso celo de que no hay ejemplo tal vez en los anales de la insensatéz, ó acaso de la avilantéz.

La responsabilidad, pues, de este hecho, recaia toda entera sobre el incalificable ministro español.

Pero á Velarde no podia satisfacer esta consideracion,

y á ello se oponian su extremada conciencia y su amor á la pátria.

De aquí el abatimiento en que habia caido desde que á la par se convencia más y más de su impotencia y de la proximidad del peligro.

Murat, á pesar de todos sus esfuerzos de galantería y de distincion hácia el leal artillero, mirábale con particular desconfianza, con atencion preferente, procurando en lo posible no perderle de vista y adquiriendo á cada momento informes ó haciendo preguntas acerca de los pasos de nuestro valiente, que pudiesen parecer tentativas de sublevacion.

Mas no eran los ojos de Murat los únicos que estaban fijos de un modo particular sobre el capitan Velarde.

Otro personaje muy allegado al generalísimo, y á quien hemos visto desempeñar un papel en la apariencia pasivo en esta narracion, le tenia tambien en la memoria; y acaso, acaso se sentia arrastrado hácia él por otro sentimiento, si cabe, más temible que el que dominaba al duque de Berg y de Cleves.

El personaje á quien aludimos, no era otro que el general Belliard.

No creemos indispensable recordar á nuestros lectores un incidente de suma importancia en el particular de que vamos á ocuparnos, para que desde luego se colija la razon por qué Belliard no olvidaba á Velarde.

Y no tan solamente no le olvidaba, sino que el recuerdo de Velarde era para él una especie de fantasma, cuya presencia causaba vértigos á su amor propio.

Cuando Carolina refirió á su amante la extraña situacion de su coloquio aun más extraño, ambos jóvenes no se fijaron en otra cosa que en la parte cómica del suceso, sin

darle más importancia que algunos minutos de hilaridad, á los cuales sucedieron bien pronto el olvido y la determinacion de alejar para siempre al importuno.

Pero si ellos pudieron olvidar así lo que poco ó nada les interesaba, Belliard lo llevó grabado sobre el corazon y en su memoria de un modo indeleble.

La bella y tentadora imágen de la condesita del Ramal, fué desde aquel célebre momento de apasionado sonambulismo, una mortificacion cruel.

Una lamentable coincidencia, una distraccion de esas que frecuentemente padece el ánimo preocupado por una pasion amorosa, dió motivo á una escena tan original como equívoca.

Carolina, como ya hemos tenido ocasion de ver, impregnada; digámoslo así, en el recuerdo de Velarde, soñó despierta, y en su éxtasis creyó que él respondia á sus pensamientos, á lo que sentia en aquellos instantes su corazon trasportado: la fascinacion era tan poderosa en la jóven, como el amor de que estaba poseida.

En los primeros momentos de la visita hecha por Belliard, la jóven tan solo hizo violentos esfuerzos por mostrarse con él deferente y amable. Habia creido tambien que como siempre, la permanencia del general en su casa, no excederia del tiempo preciso para tratar de los asuntos confiados á ella por María Luisa; mas aquella vez el soldado de Napoleon quiso prolongar su estancia en el gabinete de Carolina más de lo regular.

La condesa, para quien el gangoso acento francés, tenia muy pocos atractivos, le escuchó con verdadera distraccion, y desapercibidamente esta distraccion llegó á su más alto grado: al olvido.

Las distracciones de los enamorados llegan muchas ve-

ces al embeleso, al éxtasis, lo mismo en la soledad que entre el bullicio.

Para los verdaderos enamorados, pues, la soledad no consiste precisamente en la ausencia de toda persona, como sostendria un autor de idilios.

Casos se han visto, y entonces más repetidos que ahora, en que un enamorado, á semejanza de ciertos filósofos, pasa entre la multitud sin apercibirse de ella, sin verla, sin sentirla...

Es que en un caso y en otro, el pensamiento y el sentimiento, egoistas de tan precioso afecto, absorben y abstraen el espíritu, rechazando en absoluto toda otra percepcion que sea extraña al objeto preferente á que rinde culto el alma.

La condesa del Ramal se habia visto en este caso precisamente.

Pero por desgracia de Belliard, no fué distraccion, sino éxtasis como decimos, lo que redujo á una inmovilidad voluptuosa y á un sueño magnético á la hermosa y enamorada Carolina.

El general francés comenzó por aburrirla, despues pasó á serla indiferente, y por último consiguió alejar tanto de sí el pensamiento de la jóven, que los bellos ojos de esta, languidecidos por la contemplacion de una imágen lejana, dejaron de distinguir á Belliard y de oir su voz, ni más ni ménos que si toda su gentil persona compusiera el mismo lugar que los muebles de la estancia...

Recordamos de intento esta escena, para que se juzgue el efecto que debió producir en el ánimo de Belliard.

La fascinacion de Carolina le habia fascinado á él.

Establecida, digámoslo así, una atraccion magnética el cuerpo y el espíritu del general francés, quedaron com-

pletamente subyugados á la influencia de la condesa.

Ni el uno ni la otra fueron dueños de sí mismos en aquella extraña situacion de encontrados sentimientos.

La jóven condesa se dejó arrastrar por aquel arrobador encanto, evocacion de su mente enamorada...

Belliard, por el atractivo poderoso de la situacion, y mucho más aun, por la ardiente languidéz de unos ojos que destellaban todo el fuego contenido de una pasion tan grande como es capáz de sentirla un corazon español...

El francés, como los sectarios de Mahoma al columbrar las delicias de un Edem lleno de deleites, quiso llegar, embriagado, frenético, hasta la hurí que ante sí tenia...

Poseido de la situacion, imaginó sin duda poseerla.

Y sus lábios tartamudearon, faltos de esa entonacion ardiente del idioma de Melendez y de Mena, una declaracion de amor... Pero por su mal la dijo en francés...

Carolina entonces casi llegó á reirse en sus barbas.

El encanto se habia deshecho.

Si el monte Himalaya se hubiese desplomado sobre Belliard, seguramente le habria parecido más ligero, más dulce su peso, que la mirada de aquellos ojos meridionales en que al borrarse los últimos destellos de la pasion, apareció fria y rígida como las eternas noches del polo la expresion de un altivo desden.

Desde aquel instante Belliard fué presa de dos encontrados sentimientos, á cual más poderosos.

Al amor desmesurado que sentia, se unió bien pronto el amor propio ofendido, estado el más grave á que puede conducir al hombre la vanidad, ese amor de nosotros mismos que causa vértigos á la extraviada razon y despedaza el alma.

Cuando ciertas criaturas llegan á este extremo fatal, suelen seguir dos caminos odiosos.

El de la venganza ó el del ridículo.

Belliard escogió el primero.

La venganza es el recurso de las almas pequeñas.

No diremos si Belliard tenia el alma grande ó pequeña, que esto lo demostrarán sus hechos mejor que nuestras palabras; pero desde luego nos consta que era vengativo.

Así lo hizo comprender á la condesita del Ramal.

Esta á su vez lo comunicó á Velarde.

Pero Velarde, obrando acaso con alguna ligereza, se contentó con despreciar las amenazas del general del imperio, previniendo á Carolina le cerrase desde entonces para siempre las puertas de su casa.

Belliard, que no olvidaba ni la bella imágen de la condesita del Ramal, ni el desden de que esta le habia hecho objeto, ni el amor profundo que sentia por Velarde, se sintió dominado por el torcedor horrible de los celos, esencia refinada de la envidia.

Desde entonces no cesó de pensar con algun placer en la venganza.

La venganza, en el corazon del general francés, comprendia por igual á la jóven condesa y á su dichoso amante: ni á uno ni á otro quiso perdonar.

¿De qué medios se valió para conseguirlo?

Ciertamente que la nobleza de semejantes medios corria parejas con su torpe vulgaridad.

Vamos á probarlo.

CAPITULO XXVII.

Vulgaridad ruin de los medios á que apeló Belliard para llevar á cabo su venganza.

El general del estado mayor del duque de Berg, como llevamos dicho, se sintió herido en lo más hondo su amor propio.

Preocupado con la idea del ridículo, esta luchó bien pronto con el sentimiento de la rivalidad.

Pero la rivalidad con Velarde, era imposible.

El artillero, más modesto en su carrera, ocupaba un lugar más elevado en el corazon de Carolina.

De este modo, no cabiendo ni aun dentro del excesivo amor propio de Belliard el convencimiento de una rivalidad, de una lucha, la venganza tomó cuerpo en su corazon y centenares de proyectos vagaron por su mente de un modo tumultuoso.

Tan desesperado combate debia tener su fin, y de todos sus proyectos uno solo se le presentó claro, realizable, casi seguro en su ejecucion.

Cuando hubo abrigado tal convencimiento, cuando creyó que su proyecto tenia condiciones de seguridad, decidió llevarlo á ejecucion.

Al efecto buscó una persona que se le asociase.

La palabra no es la cierta, la gráfica.

Lo que Belliard buscó fué un cómplice que le ayudase en su venganza.

Una persona extraña á la condesita del Ramal, de nada serviria á los fines del general francés.

Por lo tanto, era preciso, indispensable, dirigirse á la misma casa de Carolina.

En este punto no iba descaminado.

Una doncella de Carolina, la de su más íntima confianza, casi la única que sobre ella tenia cierto ascendiente, fijó desde luego su atencion.

Sin detenernos precisamente á bosquejar su tipo, debemos consignar aquí algunas cualidades que en cierto modo vienen á justificar la seguridad con que Belliard puso en ella sus ojos, al formar su tenebrosa maquinacion.

Enriqueta, la doncella de Carolina, era una jóven como de veintiocho años, alegre y vivaracha, cual lo son comunmente las mujeres de su clase.

Voluble hasta la exageracion, su carácter aparente pudiera muy bien calificarse de indefinible.

Su corteza, pues, no indicaba otra cosa que un conjunto de aturdimiento y de ingenuidad.

Carolina la dispensaba un particular cariño hasta el punto de consentirla familiaridades de esas que honran siempre á un criado, por más que se haga acreedor á ellas:

Por su parte Enriqueta, se esforzaba en servir lo mejor

posible á su ama, y en cuantas ocasiones se la ofrecian la demostraba un cariño tan fraternal, que Carolina llegó en alguna ocasion á enternecerse en vista de tan leal proceder.

Las gentes amigas de la condesa elogiaban repetidas veces á la doncella, ponderando á su ama la fortuna de haber acertado á encontrar un verdadero tesoro.

Esto, como es de suponer, aumentaba más y más el prestigio de Enriqueta; y por más que los otros sirvientes se sintieran dominados por una secreta emulacion, es lo cierto que su privilegiada compañera ejercia sobre ellos un gran predominio.

Unicamente el portero veia con agrado el favor de que gozaba Enriqueta en el palacio de su señora.

Una causa muy poderosa y comun tanto á Enriqueta como á Blas,—así se llamaba el portero,—infundia en este el contento que sentia por la posicion que aquella ocupaba.

El caso no era para ménos.

Enriqueta, si bien distaba mucho, muchísimo de ser lo que se llama hermosa al hablar de una mujer, era dueña de unos veintiocho años robustos, bien formados, llenos de sensualidad á falta de pasion.

Para un portero son indefinibles los atractivos de un tipo semejante, porque habla á lo único que él en su condicion puede percibir: esto es, á los sentidos.

Los sentidos, pues, de Blas, se enamoraron de las redondas caderas, del redondo seno y de los redondos brazos de la sensual Enriqueta, como si dijéramos de la segunda señora de la casa.

La doncella, por su parte, consideró en Blas un buen partido.

Era Blas un mozon de treinta y seis agostos, alto, fornido, de agraciadas facciones y ligeramente moreno.

Su barba negra como sus ojos, picó muy singularmente la sensibilidad de Enriqueta.

Era, digámoslo así, el conjunto de su bello ideal.

Enamorados por fin el uno del otro, llegaron á ser desde entonces una potencia entre la servidumbre escasa de la jóven condesita del Ramal, en cuyo aprecio ganaban de dia en dia, á fuerza de esmero y empeño hasta en adivinar los más escondidos pensamientos de su ama.

Carolina por su parte, sin descender á la cuestion de pormenores, contemplaba con agrado la correspondencia amorosa de su doncella con su portero.

Sin embargo, una circunstancia grave debia poner tasa á los afectos de los enamorados sirvientes.

Todo en este mundo tiene sus límites, y aunque en la apariencia todo continuó lo mismo, Enriqueta y Blas sintieron que sus corazones no eran todo lo efusivos que las gentes decian hácia su jóven y bondadosa señora.

Esta mudanza íntima consistió en lo siguiente:

Blas propuso á Enriqueta un dia un negocio de casamiento.

La muchacha encontró excelente la proposicion de Blas, y como testimonio de su beneplácito, dió en aquella ocasion al portero veinte abrazos más que los cotidianos.

Esto, entre sirvientes, no tiene nada de extraordinario, y por tanto de licencioso é inmoral.

Cada cual se entiende á su manera en este mundo, y si los amantes de cierta gerarquía indican sus afectos por medio del lenguaje, de la mirada; los aguadores, por ejemplo, demuestran su ternura por medio del retozo, y muchas veces del pugilato.

Queda, pues, sentado que la aprobacion de Enriqueta al proyecto de Blas, recibió la confirmacion por medio de algunos abrazos extraordinarios.

En seguida, trás el propósito en principio, entraron en la cuestion de detalles.

Dice una locucion vulgar «que el casado casa quiere.»

Blas y Enriqueta, al entrar en el terreno de los detalles, se ocuparon de lo más interesante, de lo indispensable: y como es de inferir hicieron sus conjeturas sobre los medios de poner casa. En este punto les ocurrió una idea.

La fuente de esta idea era la condesa del Ramal.

Si ella les patrocinaba, todas las dificultades desaparecian como por encanto; celebrándose la fiesta más que con desahogo, con esplendidéz.

Carolina era una ama bastante rica para poner casa á sus fieles criados, y un regalo de ella bien podia valer toda una fortuna, relativamente.

Decidieron, pues, comunicarla su proyecto.

En ocasion de estar peinando Enriqueta á su señorita, entabló el asunto de este modo:

—Señorita,—dijo,—desde ayer ando buscando una ocasion buena para pedir á Vd. un favor.

—¿Desde ayer?—preguntó Carolina.—¿Pues por qué has tardado tanto en pedirme ese favor? Otras veces no eres tan reacia en ese punto. Algo malo debe ser...

—Malo, no, señorita; pero es el caso...

—¿Qué?

—Que Blas me instó mucho á que yo la dijera á Vd...

—¿Es cosa de Blas solamente?

—Y mia, señorita.

—¡Ah! eso es otra cosa; pero acaba de explicarte.

—Pues el caso es, mi querida señorita,—prosiguió En-

riqueta pasando con estudiada lentitud el peine sobre un negro rizo de su ama,—el caso es, que Blas, cosa en que hasta ahora no habia pensado formalmente, quiere casarse.

—¿Que quiere casarse, dices?

—Sí, señorita.

—Y tú...

—Yo... yo, si he de ser á Vd. franca, tambien soy del mismo sentir que Blas: hace ya dos años que nos queremos.

—¿Y tratais de abandonarme?

—Tanto como eso, no; pero ya Vd. ve, una no ha de estar siempre mano sobre mano, quiero decir...

Carolina interrumpió á su doncella con precipitacion:

—Bien, es decir ¿que estás decidida? ¿Quereis abandonarme? ¿Y es eso lo que desde ayer te preparabas á decirme, Enriqueta?

—Es que quisiéramos que Vd...

—¿Os diese mi permiso?

—Eso es, mi querida señorita.

—Sí, dílo en ese tono, con esa gazmoñería, como si eso te hubiese de valer... Pues no, no quiero que te cases, y no te casarás por ahora... ¿Entiendes? ¡Háse visto!... ¡Así dispones las cosas, como si no hubiera más que decir: esto voy á hacer y esto hago!

Hubo un momento de silencio al cabo del cual notó Carolina que Enriqueta habia suspendido su peinado.

Esto, y un gemido de la doncella, obligaron á que la jóven condesita volviese la cabeza.

Enriqueta estaba llorando.

Semejante actitud la conmovió, así es que dijo tratando de consolarla:

—No seas simple, hija mia; yo no te he negado el consentimiento que me pides: además, tú eres dueña de disponer á tu voluntad. Ya sabes que te quiero, y por lo mismo debiste comprender que lo dicho es pura broma. Veamos, ¿qué es lo que quereis de mí?... Porque yo presumo que no será únicamente mi consentimiento... Acaba y no llores más, pues no hay por qué...

La doncella enjugó sus lágrimas, y como si hiciese un gran esfuerzo sobre sí misma para vencer su pena:

—¡Ah señorita!—exclamó,—¡qué buena es Vd.!... Casi me arrepiento de haber querido á Blas para tener luego que abandonarla: esto será mi única pena.

—Pues bien,—dijo Carolina, — todo tiene remedio. ¿Quieres ser dócil y adherirte á un plan muy bueno?

—Haré lo que Vd. quiera, señorita.

—Escucha: tú ya sabes que de un dia á otro...

Enriqueta interrumpió á su ama:

—No diga Vd. más; comprendo lo que va Vd. á decir.

—¿Y te decidirías á esperar?

—¿Pues no? Como que será para mí una gran alegría el ver á Vd. tambien por el mismo camino.

—Entonces, Enriqueta, puedo jurarte que yo misma tomaré bajo mi proteccion vuestro enlace.

—¡Ah! ¿de veras?

—¿He mentido yo nunca acaso?

—Perdone Vd., señorita, ¡pero es Vd. tan buena!

—¡Aduladora!

—¿Y será muy tarde eso?

—¿Tanta prisa tiene Blas, Enriqueta?

—No, pero...

—Vamos, recomiéndale que tenga una poca de pacien-

cia, y asegúrale que confio no tardará mucho el momento que deseais.

Enriqueta se deshizo en mil alabanzas de su ama, y aquel dia el peinado de Carolina apareció tratado con mayor esmero que de costumbre.

Apenas la doncella se vió libre de sus quehaceres, corrió desalada á la portería, con el júbilo pintado en su moreno rostro.

Blas la esperaba con alguna impaciencia.

—¿Qué ha habido?—preguntó.

—Todo sale á pedir de boca,—respondió Enriqueta.

Y comenzó á referir, interrumpiendo y prolongando con su natural volubilidad la narracion de cuanto acabamos de presenciar en el diálogo antecedente.

Al llegar á lo del plazo el portero hizo una mueca.

Su amante conocia muy bien lo que tales gestos solian expresar en la cara de Blas, así es que le preguntó:

—Pues qué, ¿no te parece bien?

Blas respondió con sorna:

—Esperando á un buen dia se murió mi abuela.

—¿Dudas, Blas?

—No dudo, pero tampoco me confio demasiado.

—¿En qué te fundas?

—En que estas gentes hablan ahora de una cosa, prometen hasta hacerle á uno columbrar el cielo, y despues, si te he visto...

Enriqueta le interrumpió:

—Pero nuestra señorita no es de esa condicion.

—¿Lo crees así, Enriqueta?

—¿No he de creerlo?... ¡Es tan buena!

—Corriente, no me opongo; así como así no queda otro recurso: esperaremos sabe Dios hasta cuando.

Desde entonces ambos amantes se dedicaron á esperar el término indeterminado de su enlace.

Algunas veces, pasado cierto tiempo, Enriqueta recordaba á su ama la promesa que la habia hecho.

A su vez Carolina solia decir espontáneamente á su doncella, que entonces cobraba alguna esperanza:

—Dame las gracias anticipadas, Enriqueta, y prepárate; pues bien pronto vas á encontrarte convertida en una mujer de tu casa, en una señora Enriqueta.

La doncella entonces corria á participarlo á su amante.

Pero este, por una desconfianza que acaso le era innata, respondia siempre á las esperanzas de Enriqueta con su eterna duda, no dando aprecio á las palabras, como decia, de los señores: las esperanzas, pues, no encontraban albergue en el corazon de aquel portero positivista.

Enriqueta, á su vez, llegó tambien á dudar.

Pero ya entonces, la doncella dudó con algun fundamento: habia trascurrido año y medio desde la primera palabra que obtuvo al comunicar á su ama su propósito.

Más volvamos á Belliard.

Enriqueta, sin embargo de sus pesares, ni habia enflaquecido como de ordinario acontece en tales casos, ni siquiera perdió su carácter aquella volubilidad habitual de que dejamos hecho mérito al ocuparnos de sus indefinibles prendas morales.

Por su parte Blas, tampoco dejó de seguir en su satisfactorio estado de robustéz.

El romanticismo se hubiese estrellado contra aquellas dos rocas, pretendiendo encontrar una chispa de sentimiento, allí donde todo debia ser sensualidad.

Al propio tiempo que uno y otro proseguian tan fuertes como antes, continuaban en sus halagos y agasajos y soli–

citud por su jóven ama, haciéndola ver todo el cariño que la profesaban.

Pero á espaldas de Carolina, tomaba cuerpo la murmuracion, y el descontento era evidente.

Exceptuando á los otros dos criados de la casa, algunas personas se apercibieron de esta actitud de los sirvientes, actitud que, sea dicho de paso, parece ser peculiar á los séres de su condicion, amigos siempre de criticar y poner en relieve las acciones y costumbres de sus amos.

Inútil creemos indicar lo que todo el mundo sabe, y es que cuando un criado murmura lo hace siempre ante personas que han de ir á contarlo á sus señores.

Una de las personas que percibieron el descontento de Enriqueta, fué el general Belliard.

El carácter comunicativo de la doncella, por una parte, y por otra la necesidad en que este jefe del ejército imperial se encontró de entrar en confidencia con la muchacha, llegaron á establecer una buena inteligencia entre ambos.

De aquí que, despues de conjeturas y cálculos prolijos, dirigiese Belliard sus miras á Enriqueta.

Al dia siguiente de la aventura que aconteció á Belliard, se procuró este una entrevista con la doncella.

El exordio que precedió á la conversacion, si era digno de las costumbres y de las inclinaciones de una sirviente, no lo era en verdad de un personaje que ocupaba la alta posicion del general francés.

Parece una fatalidad providencial en ellos; pero cuando los franceses vienen á España, suelen distinguirse por algun hecho ridículo.

A no ser impropio de la índole de nuestra obra, nos estenderíamos largamente en presentar ejemplos numerosos que corroborarian de un modo auténtico nuestra asevera-

cion, sin que para ello nos fuese preciso recurrir á nombres de gentes vulgares ni de soldados.

Es cosa sabida y corriente que los ingleses son propensos á cometer escentricidades curiosas, y que algunas traspasan los límites del original.

Sin embargo, raras veces tocan el ridículo.

En el carácter francés, tan atraviliario, tan poco reflexivo, caben el ridículo y la tonteria.

Díganlo sino sus escritores, cuando se ocupan de nuestros tipos, de nuestras costumbres nacionales.

Pero insensiblemente íbamos á deslizarnos, y aun renunciando al placer de dar á nuestros lectores un buen rato con las reflexiones que acaban de ocurrírsenos, volveremos á Belliard y á Enriqueta, la doncella de la condesita del Ramal.

Belliard, pues, llamó á Enriqueta y dió principio á su conversacion de la siguiente manera:

—Enriqueta, tú eres una buena muchacha.

La doncella, comprendiendo que de algo bueno se trataba, de un soborno probablemente, hizo un mohin como de modestia, y respondió á su interlocutor:

—Aunque todos los dias y á todas horas me dice lo mismo mi Blas, yo no creo merecer tantos favores.

—Tiene razon Blas, querida, y más razon aun para quejarse de su ama.

Enriqueta preguntó vivamente:

—¿No es verdad que sí, señor general?

Belliard repuso con sorna:

—Sí, Enriqueta, porque tu ama es mala.

—Yo no lo queria creer, aunque bien me lo decia Blas. ¡Qué desengaños sufre una en este mundo! ¡Dios mio!

—Ella tiene la culpa de que tú y Blas no os caseis.

—En cuanto á eso, ¿quién lo duda?

—Y su amante...

—¡Ah! tambien es posible: habia pensado en ello.

Belliard se sonrió á pesar suyo, comprendiendo cuanto expresaba la afectada ingenuidad de Enriqueta.

Estaban en camino de una buena inteligencia.

—Y Blas,—añadió,—¿no piensa del mismo modo?

—¡Caramba! parece que adivina Vd.: ¿es Vd. brujo?

—¿Qué significa eso?

—Aquí, en España, un hombre que ha hecho pacto con el diablo.

—¡Ah!

—Pues mi Blas, aunque aparenta lo que aparenta, no puede tragar al capitan: le tiene ojeriza.

—¡Magnífico! así da muestras de tener buen ojo. El artillero es una mala persona, y Blas, tu querido, le conoce á fondo...

—Mi novio querrá Vd. decir, que no mi querido...

—Es igual, allá en Francia son queridos.

—Pero ese es un nombre muy feo...

—¿Lo crees tú?

—En España al ménos.

—Bien, te diré tu novio. Pues tu novio, Enriqueta, juzga muy bien al capitan, y no se le esconde que él es un obstáculo para vuestra felicidad... ¿Digo bien?

—¡Ah! por desgracia muy bien, señor general.

—Voy á proponerte un medio de vivir feliz con tu novio, como tú dices.

—¿De veras?... Por Dios, no me engañe Vd.

—¡Que no te engañe!... de ningun modo, querida mia, y muy pronto voy á darte la primera prueba.

—¿Qué prueba? mi buen señor.

—Toma, este es el principio de tu dote.

Y Belliard alargó á Enriqueta un bolsillo repleto de oro, bolsillo cuyo son conmovió fuertemente los nervios y dilató de codicia los ojos de la fiel doncella de Carolina.

—Pero... ¿qué me da Vd. aquí?—preguntó balbuciente de emocion.

—¿No te lo he dicho?—respondió Belliard,—la primera parte del dote que necesitais para casaros tú y Blas.

—¡Pero yo estoy soñando!...

—¿Qué?... ¿té asombra?

—Pues no ha de asombrarme; apenas mi Blas sepa esto, vá á volverse loco de alegría. ¿Cuándo habia de pensar él que tan pronto llegaria á nuestràs manos lo que mi señora me pronosticó hace tanto tiempo, y llevaba trazas de cumplir el dia del juicio?

—Vamos, veo que yo voy á casaros mucho más pronto que vuestra propia ama: en cuanto me hayas prestado un gran servicio que necesito de tí, entonces os haré casi ricos.

—¿Y qué he de hacer yo para eso?—preguntó de un modo insinuante Enriqueta, que de antemano se preparaba á las exigencias de Belliard.

—¿Qué has de hacer?—preguntó á su vez Belliard.

—Sí, ¿qué servicio quiere Vd. de mí?

—Una cosa muy sencilla.

—Explíquese Vd., señor general.

Belliard reflexionó por espacio de un minuto, y luego dijo:

—Enriqueta, tú y tu Blas, no os encontrais bien en la casa de vuestra señorita: es preciso abandonarla, ó de lo contrario jamás os casaríais.

—En cuanto á eso, no me cabe la menor duda.

—Pues bien, vais á salir de allí.

—¿Cuándo?

—Cuando me hayais prestado el servicio de que voy á hablarte: escúchame con atencion, Enriqueta.

—Ya escucho á Vd.

—Tu ama me hizo noches pasadas un desaire.

—¿Y se ha atrevido á eso? ¡Imposible! á Vd....

—Sí, Enriqueta, y á estas horas ella y su amante se estarán riendo de mí.

—Eso es infame: ¡el diablo del artillero!... ¿Y qué piensa Vd. hacer?

—Vengarme, querida Enriqueta, vengarme.

—Matando al novio, ¿eh?

—No, eso no.

—¡Dios mio! ¿será tal vez á mi ama?...

—¡Quién habla de matar á nadie! De nada me serviria eso, Enriqueta: mi venganza solo se satisface de un modo.

—¿De qué modo?

—Vas á prestarme gran atencion: mi amor propio y la felicidad tuya y de Blas dependen de lo que voy á decirte.

—Ya escucho á Vd., señor general.

Hay escenas en la vida humana que repugna consignar detalladamente en el papel.

Si todo lo que en la esfera privada del indivíduo se urde cotidianamente, sobrenadára, digámoslo así, hasta mostrarse en relieve con sus más prolijos detalles, con frecuencia tendríamos que cerrar nuestros oidos ó cubrir nuestros ojos, para no percibir la perversidad que se oculta bajo la corteza humana.

La sociedad, si todas sus bondades ó infamias, saliesen á la superficie; se horrorizaría de sí misma.

Y no se crea que el contraste entre lo malo y lo bueno mitigaría el natural horror, á la manera que la luz mitiga los efectos de la sombra: de ningun modo.

En la condicion humana difícilmente cabe este símil; porque las virtudes de los hombres jamás, ó raras veces, llegan á compensar sus vicios: que mientras estos son grandes comunmente, aquellas son pequeños átomos perdidos en la inmensidad de las pasiones.

Al hacer punto en la conversacion que mantenian la doncella de Carolina y el rencoroso militar, estamos seguros de que en el enlace natural de los hechos se encontrarán compensados nuestros lectores de esta omision, que hacemos en obsequio de nuestra repugnancia.

CAPITULO XXVIII.

Carolina.

Mientras Velarde se ocupaba con el ardor de su patriotismo de los graves sucesos que se columbraban; mientras que precisado él y aquellos valientes á ocultarse bajo la misma tierra, para mejor concertar así sus belicosos proyectos, maquinaban á su vez los opresores del pueblo los medios de subyugarle más y más, y hacerle así su esclavo; la enamorada condesita del Ramal, presa de la general zozobra, estaba inquieta por su amante, cuyo valiente espíritu y cuyo ódio á los franceses le exponia casi de un modo evidente á muy graves peligros.

Desde el momento en que comprendió que las simplezas y desaciertos de las altas esferas, habian contribuido muy particularmente á tan alarmante estado de cosas, no fueron ya precisas las amonestaciones de Velarde para que su alma se cerrase al afecto que hasta entonces habia profesado á la reina madre.

María Luisa y la reina de Etruria habian llegado á Madrid: Carolina llegó á saberlo inmediatamente, y aunque dias antes la habia hecho cierta violencia la palabra empeñada á Velarde, llegó expontáneamente á afirmarse en su propósito de no ir al palacio á cumplimentar á la familia real, cuya permanencia, además, en la capital de España, debia durar tan pocas horas.

La noche del dia último á que nos referimos, la hermosa jóven era presa de una inquietud devoradora, que hasta cierto punto habia tomado el carácter de una fiebre.

Los rumores que durante las últimas horas habian cundido, llegaron hasta ella rodeados de proporciones tan graves, que los instantes de su tiempo le parecieron otros tantos siglos de cruel tortura y desfallecimiento mortal.

Cualquier rumor que llegaba hasta su gabinete, introducia la alarma en su corazon angustiado.

Una multitud de tristes presentimientos parecian multiplicarse considerablemente para hacer más aciagas àquellas horas de incertidumbre, en que á la vez la colocaban sus afectos de amante y sus sentimientos de española.

Los amagos de un motin echaron más raices quizás en su conciencia que en la de los hombres más experimentados y que estuviesen al alcance del verdadero aspecto de la situacion porque Madrid atravesaba.

Pero sobre todo, temia por Velarde, cuyo denuedo y arrojo no la daban lugar á esperanza alguna en el caso de un conflicto, de una escision entre el pueblo de Madrid y los aborrecidos franceses.

Hubo momentos en que llegó á tal punto su pesadumbre, su ansiedad, que movida como por un secreto resorte, comenzó á agitarse en su mente la idea de buscar ella mis-

ma al jóven capitan, cuya vida era para ella su más preciado y único tesoro.

Mas la incertidumbre venia bien pronto á desalentarla, y caia en una postracion tanto más dolorosa, cuanto el convencimiento de su impotencia era ilimitado.

¿Cómo buscar ella, débil mujer, al que entregado en aquellos momentos á activos manejos de defensa, no tenia hogar fijo ni sabido donde ir á buscarlo?

Así, en esta situacion de indefinible padecer, llegaron las diez de la noche, sin que Velarde apareciese.

Sola, entregada á sus reflexiones y á sus temores, Carolina sintió sonar en su corazon los golpes del relój que marcaban aquella hora.

Parecíala que en su inquietud, debia volar su amante, aunque no fuese mas que á tranquilizarla.

¡Cuántas veces, en el fondo de su alma, y aun á sus ardientes lábios, asomó una queja por la tardanza del capitan!

Pero en seguida le disculpaba, recordando que el jóven la habia prometido ir una hora más tarde.

Entonces únicamente parecia cobrar alguna tranquilidad, pero tan pasajera, que nada ó muy poco mitigaba la febril inquietud de su espíritu.

Postrada por aquella lucha terrible, se dejó al fin caer como desplomada en un sillon, inclinada hácia atrás la cabeza, y en actitud inquieta, desazonada.

Trascurrió así un cuarto de hora.

Enriqueta entró entonces con paso imperceptible, y se detuvo distante de su ama, que no reparó en su presencia.

—¿Quiere Vd. que la traiga el chocolate?—preguntó.

Carolina se volvió rápidamente, y casi sin fijarse,

—No, no quiero nada,—dijo,—solamente agua, tráeme agua: tengo sed.

Enriqueta salió volviendo luego con un vaso lleno de agua.

Carolina lo tomó y bebió en seguida con avidéz, devolviendo el vaso á Enriqueta, la cual se detuvo un momento, como si una vacilacion ó una secreta fuerza paralizase su accion.

Su ama la miró vagamente, diciéndola:

—¿Querias algo, Enriqueta?

La doncella respondió tartamudeando:

—Nada, señorita; creí que deseaba Vd. alguna cosa más.

—No, puedes irte.

Y Carolina volvió á su anterior actitud de agitacion.

Enriqueta salió del gabinete con paso torpe.

Tampoco advirtió la condesita del Ramal la extraña vacilacion de su doncella, á la cual una fuerza extraña parecia quererla atraer al fondo de la habitacion.

Diríase que la conciencia del criminal, paralizando con el remordimiento las facultades físicas de Enriqueta, obraba en sus piés un movimiento de retroaccion, muy semejante al embarazo del pánico.

Su jóven ama, preocupada y fija en una sola idea, idea que absorbia su espíritu hasta un extremo febril, estaba muy lejos de concebir inquietud ni temor alguno que no se relacionara con Velarde.

Así, no distinguió tampoco que al levantar y trasponer Enriqueta el tapíz de su gabinete, un movimiento de oscilacion verificado por un cuerpo extraño trás la colgadura, hubiera revelado á los ojos de un observador curioso que allí, trás aquella débil barrera, un cuerpo extraño, un sér,

un hombre tal vez, espiaba cauteloso cuanto en el fondo de la estancia acontecia.

La oscilacion cesó, sin embargo, y despues de una leve pausa, los pasos de Enriqueta se alejaron en direccion de las habitaciones interiores, perdiéndose al fin totalmente.

Todo volvió entonces á su anterior silencio.

Carolina, tambien, continuó en su agitacion cavilosa.

Reclinada su hermosa cabeza en el sillon, fijos sus negros ojos en los caprichosos frescos del techo, tendidos hácia adelante sus torneados brazos, entreabierta por la emocion su roja boca, de la cual se exhalaban á cada instante suspiros entrecortados, la jóven condesita del Ramal parecia en aquella actitud el génio de la contemplacion y del dolor.

Un suave perfume vagaba en torno á la pura vírgen, casto ambiente que tal vez derramaban sus lábios, como el jazmin que embalsama los céfiros primaverales en la risueña hora del alba: y este perfume, de que todo se impregnaba en aquel silencioso santuario del amor, tenia algo de divino, de santo, de celestial para la triste amante.

La luz, en aquel momento amortiguada, vertia sobre la jóven unas tintas de tal modo opacas y suaves, que dando un color fantástico á sus bellos contornos, parecia rodear su cabeza de una radiante aureola.

La imaginacion ménos soñadora y poética hubiese encontrado en aquel raro conjunto de una estátua animada y de un colorido exterior tan dulcemente monótono como el de aquella estancia, uno de esos cuadros que embelesan el alma y dejan huellas profundas en el corazon.

¡Triste cambio, formidable mudanza de los tiempos y de las sociedades en sus costumbres y en sus creencias!

Nuestra pluma parece resistirse hoy á trazar estas su-

blimes concepciones de la belleza ó de la virtud, que la generacion presente, que el moderno excepticismo, que la actual descreencia rechazan, como el ateo rechaza con indiferencia la idea sublime de Dios y de su divinidad, como el oido carnal del materialista rechaza toda percepcion armónica, insensible como es á las armonías y ajeno al éxtasis arrebatador de sus inspiraciones celestiales, de sus mágicos efectos en el corazon y en el alma.

¡Oh! hablar en esta época de semejantes afectos, atreverse á divinizar el sentimiento más tierno y grande de la humanidad, vale tanto como arrostrar el sarcasmo y la mofa de los que nada creen.

Decir, pues, en el corazon de una vírgen no cabe otra aspiracion que esa sed devoradora de los placeres materiales que todo ha llegado á invadirlo, es lo mismo que si se afirmase que desdela tierra al cielo mediaba un breve paso, una insignificante distancia.

Es verdad que en todos los tiempos ha habido Heliogábalos y Nerones, para quienes la vida era tan solamente un mar de crueles deleites, una larga cadena de sensualidades groseras.

La materia, tratándose de ciertos séres, ha podido hacerse en todos tiempos digna de la celeste plaga que asoló á Sodoma y á Gomorra.

¡Cuántas Pompeyas y Herculanos contemporáneos merecerán la horrible suerte que cupo á aquellas dos populosas ciudades en que Priapo era el dios que una degradada sociedad adoraba con un furor digno en verdad de las mismas bestias!... ¡La lava de cien volcanes en combustion, no seria bastante á cubrir con su ardiente capa el inmundo sensualismo de ciertos séres que no tienen de humanos sino la forma, y cuya mision no parece ser otra que la de re-

producirse á manera de chacales, obedeciendo así eternamente á las leyes brutales de la materia!

Decimos que en todos tiempos ha habido hombres materialistas, y así en las edades primitivas, como en la Edad Media, como en la primera parte de nuestro siglo, los ejemplos han podido ser más ó ménos numerosos.

La preponderancia, la superioridad de la materia sobre el espíritu, es causa grande de la bestialidad carnal. Es cuestion de temperamentos á veces.

Pero lo que no ha sucedido jamás, lo que nuestros abuelos no hubieran podido creer, es que toda una generacion, toda una sociedad como la nuestra, estuviese dominada principalmente por ese cruel materialismo que ha llegado á arrojar en medio de la familia tantos excépticos, para quienes el cuerpo goza una gran supremacía sobre el alma.

De este modo las virtudes han venido á ocupar en el órden moral un puesto secundario; y no es ya extraño ver que una generacion raquítica se afane hoy en abrir el camino á una sucesion de pigmeos, raza enfermiza y degradada que no tendrá fuerzas siquiera para llorar en su misma cuna la endebléz que recibió en herencia.

¿Qué bien podrá legar á su hijo el ateo?

Los horrores del cáos.

Y á los suyos, ¿qué porvenir les dejará el sensualista?

Una infancia precóz de hastío, una fuente de goces fugaces y una vejéz prematura, cuyas canas no tendrán ese brillo de la ancianidad venerable que, al inclinarse sobre la tumba, revelaba en nuestros antepasados ese más allá del cielo, que es la recompensa del hombre moderado que en sus mismas necesidades físicas ha sabido no empañar el

alma con la exageracion nerviosa y violenta del cieno mundanal.

Conociendo nosotros las tendencias de nuestros contemporáneos, no en su gran generalidad, afortunadamente, sino en su gran mayoría, cuando tocamos ciertas sublimes concepciones del espíritu, no lo hacemos sin un vivo temor á ese humor epigramático del que vé á través del pliegue que envuelve una casta beldad, la incitante forma, el contorno lascivo y las lujuriosas palpitaciones del deseo. Torpes ojos que irradiando eternamente un fuego impuro como el que produce la embriaguéz de ciertos séres embrutecidos, no contemplan jamás en cuanto ven otra cosa que el sucio alimento de una lascivia desenfrenada.

Nuestros lectores perdonarán que temerosos de incurrir en el ridículo á que con lamentable frecuencia se presta hoy el elogio de ciertas virtudes, procurémos sincerarnos en lo posible.

A aquellos que vieren una falta en nuestros escrúpulos, les pedimos anticipadamente su perdon por ella.

Hemos procurado siempre realzar á la virtud sobre el vicio, lo bello sobre lo malo, la luz sobre las tinieblas; y de aquí que algunas veces parezcan digresiones lo que tan solo es una protexta contra el espíritu materialista de esta otra mitad del siglo XIX.

Los vientos del Pirineo nos han traido paulatinamente un excepticismo tal hácia lo que son virtudes, que de dia en dia vemos correr progresivamente á nuestra sociedad en busca de una descomposicion moral que todo lo trastorne.

La mujer, emancipada en el extranjero hasta un extremo odioso, repugnante, ha adquirido inmunidades que pervierten su mision celestial cerca del hombre y de la fa-

milia: posee, tambien, derechos que dejan de serlo, desde que haciéndola árbitra de sus acciones la dan una idea de que la superioridad del hombre es una afrenta, un dominio tiránico y egoista que aquel funda no más que en su reconocida fortaleza.

Desde que se ha lanzado por el camino de esa libertad equívoca, corre ufana y ansiosa de respirar un aire tan nocivo como el de su nueva vida; ignorando acaso que esa libertad es el gérmen desconsolador y pestilente del libertinaje...

No conoce que quien se emancipa así es el hombre, el cual, ansioso de no sujetar su capricho veleidoso á los lazos indisolubles, la dice con bárbaro egoismo:—el rubor es una valla contra mi vario apetito: el consorcio llegaria á saciar bien pronto mi deseo; sé libre, y cuando mútuamente consigamos llegar al cansancio de nosotros mismos, tú y yo, indiferentes á nuestro pasado, renovaremos por nuevos y opuestos caminos la crápula del deleite.

Y la mujer corre, corre desatentada y en apariencia feliz, creyendo tocar con sus alas un cielo que es su infierno, buscando en su esfera de emancipacion engañosa, un objeto que llene sus aspiraciones infundadas...

Tal vez buscando su corazon, le encuentra sin latidos al fin de la jornada, y su mente, sin el cultivo de sanos principios, yace hueca é inaccesible á toda percepcion del entendimiento.

Sér abandonado á los peligros de un porvenir azaroso, la inteligencia y el alma irá desapareciendo de él poco á poco, abandonándola hasta el punto de convertir su cuerpo en una materia inerte!...

Así, su libertad, convertida en cadena por la profanacion, sujetará su espíritu al imperio de los sentidos; y feliz

ella si al llegar á un estado tal de opresion, ha conseguido perder con su castidad la conciencia de su envilecimiento.

Pero si desgraciadamente conserva un rayo de su luz primitiva en el instante de apurar el último trago de la prostitucion, ¡ay de la infeliz, cuando comprenda cuán consolador es á la madre virtuosa descender á la tumba entre los dulces lazos de la familia!

Erial ingrato, árida tierra que no fecundizaron jamás los ricos manantiales del deber, encontrará tan solo en sus entrañas las ingratas cenizas de un placer inmundo.

El sentimiento de la maternidad no será, con el libre albedrío de la mujer, otra cosa que un vacío aterrador.

Un hijo del vicio tiene que avergonzarse de su orígen.

La plegaria del hijo hácia la madre que jamás ha conocido los deberes, será una sarcástica maldicion.

Los descendientes, pues, de una raza de mujeres torpemente emancipadas de sus deberes, blasfemarán de su orígen.

Triste sociedad aquella que al derribar tan sagrados vínculos, se avergüence de guardar en su corazon hasta el recuerdo del Paraiso.

Desconsoladora libertad aquella que imprimiendo en la frente de un sér débil el estigma de la indiferencia social, le conceda el horrible derecho de corromperse con varonil desenvoltura.

Por eso, repetimos, al hablar de esa pureza, de esa castidad que es la más rica joya en la mujer, una vacilacion, un temor fundado en experiencias amargas, corta el vuelo á nuestra pluma.

Pero á pesar de este escrúpulo tendremos por precision que ser fieles á la verdad de nuestra historia, trasmitiendo verdades que si á unos cuantos ilusos causarán una sonrisa

irónica, en cambio merecerán el aplauso y las simpatías de la gran generalidad de nuestros lectores.

. . . .

Decíamos que la luz, en aquel momento amortiguada, vertia sobre la jóven condesa unas tintas de tal modo opacas y suaves, que dando un color fantástico á sus bellos contornos, parecia rodear su cabeza de una radiante aureola.

Su pensamiento continuó absorbiendo con apasionada tenacidad un recuerdo que á la vez infundia en su tierno corazon sensaciones indefinibles de amor y cuidados y zozobras infinitas, fundadas en el peligro á que acaso se exponia en aquellos momentos de inquietud el sér venturoso que así la conturbaba.

Un largo espacio de tiempo trascurrió desde que Enriqueta, con perplegidad inexplicable, abandonó la estancia.

Ninguna cosa notable distrajo entonces la atencion de la condesita del Ramal, ocupada exclusivamente en amontonar dentro de su febril cabeza mil encontrados pensamientos, inspirados por la tenebrosa situacion que atravesaba el pueblo madrileño y por el demasiado patriotismo del valiente capitan D. Pedro Velarde.

CAPITULO XXIX.

Vision terrible.

Carolina no se apercibió ni de la extraña agitacion que dominaba á su doncella, ni de que un zumbido singular empezaba á dominar su hermosa cabeza con sorda pesadumbre.

Al principio de haber notado algo, creyó aquella novedad resultado de su situacion agitada y de sus cavilaciones.

—¡Velarde no viene!—repetia de cuando en cuando, con creciente inquietud y desaliento.

Y su abatido espíritu gemia á la vez cohibido por la ansiedad y la inaccion, causándola sensaciones muy superiores á su débil resistencia.

Hubo un momento en que creyó percibir un rumor como el que hace un cuerpo al variar una posicion en que ha estado fijo demasiado tiempo.

Era tan inmediato, y le sentia tan próximo, que súbitamente quiso incorporarse para mirar hácia el tapiz.

Una oscilacion de este la inspiró cierto instintivo estremecimiento de temor, que la hizo prorumpir en un grito comprimido.

Su inquietud llegó á un doloroso extremo, cuando sintió que su cabeza pesaba como si la domináră el calor de la fiebre.

Un entorpecimiento inexplicable respondió á las tentativas que hizo la jóven de consultar á sus fuerzas.

Quiso apoyar ambas manos en el sillon, y merced á un esfuerzo incorporarse.

Pero sus brazos como su cabeza, permanecieron embotados.

Una angustia cruel se apoderó entonces de su ánimo.

Aquel trastorno repentino, del cual no se explicaba la causa, la hizo concebir sérios temores.

Su razon, en medio de tan extraño y rápido desfallecimiento, parecia no abandonarla con facilidad; y prueba de ello era que el recuerdo de Velarde se fijaba más y más en ella, desde que su malestar aumentaba progresivamente.

Si el jóven capitan hubiese estado allí en aquel terrible momento, ¿no se hubiera apresurado á socorrerla con indecible y amoroso espanto, y ansioso de defender su vida contra la misma muerte, no hubiese corrido, gritado, en demanda de pronto socorro para la hermosa vírgen de su pensamiento, para la reina de su corazon, para la que en un porvenir más ó ménos lejano debia de ser la dulce compañera de su vida?

Tales pensamientos cruzaban rápidos por su mente, mezclados con los que su grave situacion la sugeria, cada vez que su desfallecimiento cobraba proporciones más y más alarmantes.

Por fin llegó para ella un instante de horrible terror.

La cesacion de sus fuerzas, de su accion, en un principio ligera, se hizo absoluta, invencible.

Creyó que su hermoso cuerpo habia quedado como adherido al espacioso sillon en que yacia postrada.

¡Cosa extraña para ella! ningun dolor, ni siquiera malestar físico, indicaba la presencia de un padecimiento grave; y sin embargo padecia, padecia mucho, porque su espíritu distinguia como por intuicion que un fenómeno desconocido, inexplicable, fenómeno jamás sentido por ella en ningun tiempo, se obraba en todo su sér.

Sin olvidar por eso un solo instante á Velarde, mil veces intentó pronunciar el nombre de Enriqueta, para que la doncella, desapercibida sin duda de aquel suceso peligroso, corriese á socorrerla, pero como ya hemos indicado, su voz llegó á debilitarse casi al mismo tiempo que su cabeza.

La luz de la habitacion pareció últimamente como que se debilitaba por grados ante sus ojos, cuyos párpados apenas podian ya permanecer abiertos, por más que en abrirlos se esforzaba.

Como las últimas tintas del crepúsculo de la tarde se apagan, desvaneciendo la forma de los objetos que se destacan sobre el horizonte al verificarse ese fenómeno que separa el dia de la noche, así tambien los objetos comenzaron á desvanecerse gradualmente ante su vista, medio velada por sombras indefinibles.

Aquel letargo indefinible fué creciendo, creciendo, sin que la condesita del Ramal pudiese explicar sus extraños efectos.

Por consecuencia del primer movimiento que habia hecho al sentirse indispuesta, su cabeza quedó vuelta entera-

mente hácia el tapiz que cubria la entrada de la habitacion.

Sus miradas, pues, sin embargo de que iban amortiguándose hasta el punto de confundir los objetos, no se apartaban de la colgadura, tras la cual esperaba, con extraño alucinamiento, ver cómo aparecia ya un terrible fantasma de aspecto aterrador, ó el rostro salvador de su doncella, ó el de su adorado amante.

Así permaneció algunos minutos más, inanimada, fija, llena de angustioso terror; y ya su razon daba tambien señales de apagarse como sus fuerzas y su turbada vista.

De pronto un sudor frio y un extremecimiento, rápidos como una exhalacion, recorrieron su cuerpo.

Sus párpados, llenos de pesadéz, se dilataron con un inaudito y desesperado esfuerzo, y fijó una mirada intensa en el tapiz...

Una oscilacion ligera fué seguida bien pronto de otra en sentido inverso, y agitándose por último, reveló á Carolina que una persona permanecia tras la colgadura: y por la circunstancia de detenerse aquellas oscilaciones algunos instantes, como si se temiera descorrer los pliegues, conoció instintivamente la espantada jóven que semejante suceso no podia ser producido por persona de la casa.

La agitacion del tapiz se repitió con más insistencia.

Carolina creyó sentir, por los latidos presurosos y agitados de su corazon, que un gran peligro se ocultaba al otro lado de aquella débil barrera.

En medio de su letargo, y cual si la alumbrase un último destello de la razon adormecida, un presentimiento inspirado por el cielo, concibió súbitamente la idea de que su repentina indisposicion, su indefinible sueño, se relacionaban con el otro suceso misterioso que acababan

de revelarla últimamente las oscilaciones de la cortina.

De pronto los pliegues de esta se redujeron, como si una mano invisible los descorriese con particular cautela.

Un espacio negro medió en seguida entre uno de los extremos laterales del tapiz y el marco de la puerta de entrada.

Aquel espacio se ensanchó con visibles proporciones, y unos rizos negros, primero, y despues la cabeza de un hombre, se destacaron sobre el fondo.

La condesita del Ramal arrojó un grito de terror, penoso, infinito; pero que solamente resonó dentro de su alma, y que no produjo eco alguno entre sus entreabiertos lábios...

Su inmovilidad, su fijeza, su pesadumbre no se alteraron en lo más leve, al arrojar, digámoslo así, con la voluntad, aquel grito sin voz, ménos sensible aun que el leve paso del aire en un brumoso dia del estío.

Por fin, el cuerpo á que correspondia aquella cabeza se dejó ver distintamente, adelantando con segura lentitud al centro de la estancia.

—¿Te atreves á reirte de mí ahora, bella condesita del Ramal?—preguntó el aparecido.

Estas palabras resonaron en el oido de Carolina como un eco de muerte.

Un zumbido como el rumor lejano que produce el choque de las olas en el mar, trastornó su cabeza.

Sus ojos se apagaron con la misma rapidéz que estalla una nube de fuego.

Entonces, la desventurada jóven, cesó de ver y de sentir.

Cuando llegó á un perfecto estado de inmovilidad, su

respiracion, hasta aquel punto fatigosa y calenturienta, se hizo por grados uniforme, dulce, natural, tranquila.

El subido color de sus mejillas, producto de la fiebre que la habia dominado durante aquellas horas de ansiedad, tornóse rosado y natural, desvanecido en el leve trascurso de un minuto.

Una encantadora sonrisa desplegó sus lábios dulcemente, dejando entrever una brillante línea de marfil que causára envidia á la misma nieve.

En este estado, su sueño no tardó en parecerse al descuidado sueño de un niño que duerme en su cuna de flores, arrullado por el ángel que bate sus alas invisibles en torno de su cabeza.

. . . .

El desconocido se detuvo á contemplar con profunda emocion aquel cuadro tan bello y digno del más delicado pincel.

A muy corta distancia de la dormida vírgen, absorbia, dominado por una fruicion inexplicable, pero inmensa, poderosa, y apuraba en sus menores detalles con anhelante ardor, con cierta admiracion estática, el delicioso aspecto de una beldad realizada por la actitud infinitamente candorosa de un descuidado sueño.

Sobre aquel rostro hermoso se distinguia ese reflejo sublime y preciosísimo de la castidad, que hace de la mujer un ángel, y que siendo ciertamente su más preciada belleza, su belleza moral, su belleza del paraiso, la eleva en sus momentos de refraccion sobre la escoria mundana muy por encima de todo cuanto es carnal y profano en esta desventurada region de la materia que se llama mundo.

Nuestro singular aparecido buscaba en vano en la her-

mosa jóven ese fatal destello de fuego nervioso, que á tantos place encontrar en la mujer querida

Las delicadas facciones de la condesa, sus formas torneádas con virginal delicadeza, y su apostura recogida, bien á pesar del profundo letargo en que yacia sumida, rechazaban poderosamente las imágenes de la mente calenturienta que tal contemplaba...

No es dable á nuestra pluma reproducir aquí lo que el desconocido no acertaba á darse cuenta, víctima como era en aquellos instantes de una sorpresa y de una emocion muy superiores á él; pues que así le habian convertido como en estátua y reducido á una inmovilidad contemplativa, cuyo dominio tampoco determinaba romper, temeroso acaso de que se desvaneciese su encanto con la rapidéz de un metéoro.

La jóven así, en aquella tranquilidad letárgica, pero acompasada y dulce, era para él como una tentacion.

Sin embargo, en la faz de aquel hombre se revelaba de un modo elocuentísimo, cierto sobrecogimiento, cierta agitacion semejante á la de un ratero que se introduce furtivamente en la apacible morada del honrado vecino.

En medio de su contemplacion, del irresistible encanto que sus ardientes ojos encontraban en aquella belleza entregada á merced de un profundo sueño, pero de un sueño involuntario; á pesar de la atraccion magnética de tanta belleza reflejada en el cuerpo de una mujer como la que ante sí tenia, de cuando en cuando extremecíase súbitamente, y volviendo atrás la cabeza, sus pupilas se fijaban con demasiada insistencia en la misma colgadura que acababa de ocultarle momentos antes.

Al más leve ruido que confusamente sonaba en la ca-

lle, á cada oscilacion de la opaca luz que alumbraba la estancia, un temblor convulsivo recorria todo su cuerpo, con un poder y una velocidad indefinibles.

De este modo trascurrieron cinco ó seis minutos, que ciertamente fueron para él de contínua zozobra, y acaso no aventuramos mucho en decir que de íntimo remordimiento.

Pero despues cesó su agitacion como por encanto, sus ojos quedaron fijos en el rostro de la condesa del Ramal, y cesó por fin toda otra percepcion dentro de su alma que no se relacionase con el encanto de que era presa.

Luego, y como si fuese movido por un resorte invisible, adelantó, un paso tras otro, los que le separaban de la desventurada Carolina.

Esta continuaba en su absoluta inmovilidad, dormida con esa pesadéz que el beleño causa en la organizacion más resistente y vigorosa.

¿Qué es lo que intentaba aquel hombre tan súbita y extrañamente aparecido, y despues del singular accidente de que acababa de ser víctima la pura y virginal amante del noble artillero?

¿Qué intentaba en tal hora y en aquella actitud, que tanto se asemejaba á la de un sagáz y cauteloso bandido?

¿Es que pretendia robar á la jóven, asesinarla tal vez, arrastrado por una oculta venganza?

Pero no: en su mano visiblemente agitada y temblorosa, no se ostentaba el homicida puñal del matador aleve, ni en la expresion de sus miradas llenas de embriaguéz podia encontrarse ese reflejo del ódio que mueve el brazo de las venganzas sangrientas.

Adelántó, pues hácia Carolina, y se detuvo al pié del sillon en que yacia como desplomada.

El alucinamiento, la embriaguéz, la fascinacion llegaron á su más alto grado, cuando su ropa se rozó con la seda de la bata de la jóven.

Por un momento sus pupilas pareció que rodaban estremecidas sobre la blanca órbita, y que pretendian encontrar en el vacío una fugáz vision que se llevára entre sus aéreos é impalpables dedos el alma del frenético personaje.

En esta situacion difícil de expresar, se inclinó rápido, y á la vez que cogia entre sus manos convulsas las manos torneadas y blancas de Carolina, se acercó cual si quisiera sellar con un beso de impuro fuego los entreabiertos y purpurinos lábios de la dormida jóven...

Ya el fresco aliento de esta lo sentia mezclarse con su ardoroso y entrecortado aliento.

Tal vez iba ya á profanar el sueño de la vírgen.

La impureza de sus intenciones era evidente.

El peligro en que se hallaba la jóven hubiera estremecido al que, conocedor del inmenso tesoro de virtudes que la enriquecia, la contemplase en aquella situacion como á un alma pendiente de las infernales garras de Satanás.

Y ella ¡infeliz! no se despertaba para sustraerse del inminente peligro que amenazaba tal vez empañar el diáfano cristal de su honra inmaculada.

¡Tanta hermosura, tantas virtudes, tantas y tan risueñas esperanzas en un rico porvenir, verlas así expuestas á merced de un ladron de la más bella y codiciada prenda que puede hacer de una mujer un ángel!

¡Y nadie acudia presuroso á socorrerla, á salvarla de tan espantoso abismo!

¡Atrás! miserable ¡atrás!

Decíamos que ya los inmundos lábios de aquel hombre que se arrastraba con toda la vil artería de la culebra infame, aspiraban el dulce y perfumado aliento de la hermosa Carolina.

Un momento más, y la profanacion habria comenzado ya su obra execrable.

Pero de pronto un ruido sonó detrás de aquel hombre con tal estrépito, que le obligó á incorporarse con el azoramiento del terror.

Al mismo tiempo, y sin que aun le hubiese quedado el suficiente para volverse, sintióse fuertemente asido por su larga melena y arrastrado con poderosa violencia hácia atrás.

Una voz de trueno, voz terrible, voz iracunda y que sonó en el oido del criminal con el estrépito del trueno, exclamó subitamente:

—¡General Belliard! Os habia creido hasta ahora simplemente un soldado soéz; pero acabais de convencerme de que tambien sois de una condicion más vil y despreciable que el ladron que roba y mata en los despoblados... ¡Atrás! miserable ¡atrás!

CAPITULO XXX.

La mirada de Dios vela sobre sus ángeles.

Belliard, pues no era otro el personaje de esta singular escena, se volvió con el sobresalto y el terror marcado en su desencajado y pálido semblante.

Sus ojos contemplaron con estupor el rostro amenazador del que tan inopinadamente le interpelaba.

Entonces, el mismo temblor convulsivo que algunos momentos antes habíamos observado en él, volvió á apoderarse de su cuerpo ante aquella especie de providencia que acudia al socorro de la infeliz condesa, cuya honra sin género alguno de duda acaba de correr tan funesto peligro, entregada como habia estado á merced de un hombre doblemente poseido de un amor de Satanás y de un resentimiento el más ruin que puede caber en humanos corazones.

Primeramente la sorpresa de haber sido sorprendido, si se nos permite la paradoja, despues la conciencia de sus

criminales intentos, y por último, la mirada inflexible y amenazadora del salvador de Carolina, de tal modo sobrecogieron su ánimo, que durante mucho tiempo no fué dueño de sus acciones, y ni aun su turbacion le permitió articular en ningun sentido ni una disculpa, ni una amenaza que contrarestase al que de hecho podemos llamar su terrible adversario.

Sorprendidos nuestros lectores desde que les hemos revelado á Belliard en el cauteloso personaje que con rastreros modos parecia querer robar al palacio de la condesita del Ramal su más preciado tesoro, van á sorprenderse mucho más aún cuando les revelemos quién era el inesperado amigo que tan oportunamente se habia interpuesto á las asechanzas de un demonio y al descendimiento involuntario de un ángel.

El capitan D. Pedro Velarde, con los ojos inyectados en colérica sangre, el cabello erizado, las manos convulsas y la respiracion anhelante, apenas podia contener el arrebato de que se sentia poseido ante la inícua y abominable accion del general francés.

Habia sorprendido al odioso ratero alargando su inmunda gárrula, para apoderarse de lo que en el mundo constituia toda su riqueza y la felicidad de su vida toda.

Mas para explicar sencillamente esta coincidencia, preciso es que retrocedamos.

No es ya un misterio para nuestros lectores la complicidad de Enriqueta, la *cariñosa* doncella de Carolina, en el punible hecho que acabamos de presenciar.

Además, ya hemos asistido en ocasion bien reciente á la conversacion que Enriqueta habia tenido con el general Belliard, á propósito de la venganza que este proyectaba.

Entonces no habíamos querido proseguir en la narra-

cion de tan repugnante diálogo, porque nada afecta más nuestro corazon que esas alianzas de villano linaje en que se pretende atacar de un modo aleve la honra ó la vida de un descuidado prógimo.

Ahora es inútil ya explicar, pues queda ya explicado suficientemente, el resultado de aquella conferencia en que el dinero, palanca vil pero incontrastable de todas las maquinaciones sociales, garantizaba á una miserable mujer la vida de un porvenir más miserable todavía, y á un hombre apasionado y vengativo el logro de infames propósitos.

Cuando llegó la hora decisiva, la convenida para el infame golpe, Enriqueta, frente á frente con el crímen, obligada á la más negra traicion hácia su ama, sintióse poseida de un secreto é invencible remordimiento, remordimiento tanto más justificado, cuando la condesa del Ramal la habia hecho constantemente objeto de su particular cariño, depositando en ella una confianza ilimitada.

Por uno de esos gritos de su misma conciencia no avezada al crímen, la doncella no se decidió al principio á administrar á su ama, la dósis de ópio que sin esfuerzo habrá comprendido el lector habia dado á la condesita del Ramal, en el agua que esta se bebió con avidéz febril.

En el momento de proponer Belliard un medio semejante Enriqueta se extremeció.

A haberse tratado de un envenenamiento, seguramente hubiese resistido á las sugestiones del general francés; pero cuando este le aseguró sin esfuerzo de que únicamente trataba de adormecer á la jóven condesa, entonces Enriqueta se decidió á ser cómplice en la trama.

Suministró, pues, el indispensable narcótico.

Arrastrada más y más por los consejos é instancias de su amante el portero, que miraba á su ama con particular

ojeriza, pagándola con ingratitud inícua todos los favores por él recibidos, Enriqueta se fijó para no desmayar en su empresa, en que su boda con Blas pendia de la más pronta ejecucion de los tenebrosos planes de Belliard.

Además, el general la habia asegurado aquella noche misma de que disponiendo como disponia S. M. el emperador de tan extraordinario poder dentro de la misma España, ni ella ni Blas se verian expuestos á ningun género de pesquisas ni de peligros.

Blas y Enriqueta convinieron que en el momento mismo de dar el golpe, abandonarian el palacio de su ama, sustrayéndose á que el jóven amante de la condesa, llegando acaso en hora fatal, sorprendiese la trama.

Firme en esta resolucion, Enriqueta, despues de haber servido á la condesa el agua que esta la pedia, y en lugar del chocolate, fué el medio de dar con seguridad el golpe, se dispuso á huir.

Al llegar á su dormitorio tomó de sobre su cama una bolsa llena de dinero, y la examinó, abriéndola con ansiedad codiciosa.

Era el dinero que Belliard la habia dado un poco antes de conducirle hasta dejarlo situado tras el tapiz que le ocultaba á los ojos de la condesita del Ramal.

Despues bajó con prontitud las escaleras, y se encaminó al zaquizamí donde la esperaba impaciente su amante el portero.

—¿Está ya todo?—preguntó este.

Enriqueta, sin alientos para responder, é indicando á Blas la puerta de la calle, satisfizo la curiosidad del mise-

rable levantando en alto la bolsa y haciendo sonar el oro que contenia.

—¡Vamos, pues al momento!—dijo el portero tomando un lio que al efecto tenia ya hecho y apoderándose á la par del dinero que el general francés habia dado á Enriqueta, en recompensa de su infame complicidad.

Los otros dos sirvientes de la casa, no acostumbrados al servicio inmediato de su señora, estaban muy lejos de imaginar siquiera el horrible peligro que la amenazaba; y ocupados en sus quehaceres, ni siquiera se apercibieron de la rápida desaparicion de Enriqueta.

Esta ya en la calle y despues de haber avanzado algunos pasos se detuvo súbitamente.

—¿Qué es eso?—le preguntó Blas.

—Se me ocurre una duda,—respondió Enriqueta.

—Dímela pronto, pero no perdamos el tiempo así parados: podemos andar y hablar á la vez.

—No, precisamente es lo que yo no quiero, Blas.

—¿Que no quieres andar, dices?

—Precisamente.

—¿Estás loca, Enriqueta?... ¿Sabes tú bien á lo que te expones, si, como es muy probable, descubren los demás lo que está pasando ahora, ó llega de pronto el capitan?...

—Pues á pesar de todo esto, yo quiero detenerme.

—¿Será posible que te ocurra una idea tan estrafalaria?

—Sí, Blas.

—¿Querrás tal vez volverte á casa y exponerte á lo que suceda?... No, de ningun modo, yo no podré consentir en semejante locura: vámonos, pero vámonos pronto y déjate de tonterías.

—¡Imposible!—replicó la doncella de Carolina con resolucion,—me ha dado una corazonada, y si aun es tiempo, trataré, procuraré, por todos los medios posibles, salvar á nuestra pobre señorita...

—Exponiéndote tú á perecer... ¿Qué te importa á tí eso, Enriqueta?... Si ella hubiese sido otra...

—Blas, á tí te ciega el resentimiento.

—Buen resentimiento nos dé Dios; lo que á mí...

—¡Vamos, vamos!—interrumpió Enriqueta,—es inútil perder el tiempo; yo te seguiré: pero antes es preciso dar un paso, y estoy firmemente resuelta á hacer cuanto me sea posible para remediar en parte un daño que en este momento me está partiendo el corazon de tal manera que hasta me parece haber cometido una muerte.

Blas se quedó mirando durante algunos segundos á Enriqueta con profundo asombro.

—¿Pero acabaré de saber yo,—dijo,—la barrabasada que intentas hacer?

—Avisar al señorito Velarde,—respondió con perfecta decision Enriqueta.

—¡Loca! ¿no lo dije?—exclamó Blas,—esta muchacha está loca de atar.

Enriqueta añadió:

—Bien, déjame á mí con esta locura; tú puedes irte y esperarme en la calle de San Bernardino: allí te saldré yo, Dios mediante.

—¿Pero á dónde vas, muchacha? ¡Tú quieres perderte y perderme á mí!... ¿Adonde quieres ir, Enriqueta, respóndeme?

—¿Adonde? muy cerca de aquí, Blas; voy hasta el café de la Carrera de San Gerónimo que, como tú sabes, viene

á ser el punto en que el señorito suele pasar algunas horas segun su costumbre.

—Pero eso es una locura, Enriqueta: ¿quieres participarle lo que ha sucedido?

—No, si le encuentro le diré que la señorita se halla acometida de un peligroso accidente.

—¿Y bien?

—Volará en su socorro.

—¿Y tú qué harás entonces?

—Reunirme á tí.

—¿Pero y si te compromete á que le acompañes?

—Pierde cuidado; sabré esquivarme.

—¿De qué modo?

—Pretextando que corro á la calle de Santa Catalina en busca del médico de casa.

Blas reflexionó un momento, y luego dijo:

—No me parece mal pensamiento; pero se me ocurre que vas á tocar una dificultad.

—¿Cuál?

—El señorito Velarde puede no estar ahora en el café.

—Sin embargo, esta es la hora en que suele ir allí con algunos amigos; ¡muchas veces la señorita me ha enviado á llamarle!...

—Pero... ¿no te has enterado ya de que en esta ocasion no se encuentra allí?...

—Embustero; eso consiste en que tú te has guardado muy bien de cumplir el recado del ama, pues te convenia lo contrario; y así has fraguado una mentira...

—Pues para que veas que yo no soy malo, y que solamente por tí he hecho lo que sabes, voy á acompañarte á

cierta distancia para que no se aperciban si nos ven por ahí juntos.

—¿Con que al fin aceptas?..... ¿con que te decides á acompañarme?

—Ya lo ves, Enriqueta; pero en marcha porque hace cuatro minutos que el otro se encuentra solo arriba, y ya que has concebido esa idea...

Y sin concluir Blas la frase, comenzó á andar detrás de Enriqueta, cuyo paso se hizo tan acelerado, que no parecia sino que sus piés tenian alas.

Así llegaron hasta el centro de la Puerta del Sol, cruzada y ocupada en aquella hora por numerosas gentes que llegaban por los sitios céntricos, arrastradas por la comun ansiedad.

De pronto Blas se detuvo y procuró confundirse entre las gentes, aunque sin perder de vista á Enriqueta, la cual acababa á su vez de detenerse.

Al llegar cerca del Buen Suceso, sus ojos, que con ansiedad inaudita, con la ansiedad del remordimiento y del terror, se fijaban donde quiera, procurando penetrar en la misma sombra, se detuvieron al divisar una persona que caminaba en direccion encontrada.

Enriqueta corrió hácia el transeunte.

La Providencia le habia guiado.

El que venia hácia ella era D. Pedro Velarde.

—Señorito,—dijo acercándosele Enriqueta,—corra usted, corra Vd. mucho, que mi señorita se encuentra muy grave, en un terrible peligro.

—¿Qué ocurre, pues?—preguntó atónito el artillero.

—Ya lo sabrá Vd., ya lo sabrá pronto: pero corra, no pierda ni un instante, mientras que voy á buscar un médico, al médico de la señorita.

Y Enriqueta hizo como que corria en busca del socorro facultativo, mientras que Velarde, con paso acelerado primero, y despues corriendo todo cuanto le fué posible, se dirigió como una exhalacion á la calle del Arenal.

Más adelante daremos otros pormenores acerca de este punto y de lo que aconteció entre el jóven y el general Belliard.

CAPITULO XXXI.

El Dos de Mayo.

Amaneció por fin el memorable dia que tan graves sucesos estaba destinado á presenciar.

Un bello sol de primavera se preparaba á alumbrar con sus trasparentes rayos la desolacion del hidalgo y noble pueblo madrileño.

Hubiérase creido que la circunstancia de ser domingo atraia hácia los puntos céntricos de la poblacion un numeroso concurso.

Considerables masas de gente habian empezado á cruzar desde muy temprano en todas direcciones, y muy particularmente refluian á la Puerta del Sól y á las avenidas de Palacio.

Un inexplicable desasosiego, una ansiedad violenta arrastraba poderosamente á las turbas.

Desde la clase más modesta á la más encumbrada de la poblacion, el vecindario de la córte abandonaba sus ca-

sas y se lanzaba á discurrir por Madrid con arrebatado continente.

Pero lo que daba á todo esto un aspecto más imponente, si cabe, del que ya se reflejaba en todos los semblantes, eran los condensados y murmuradores grupos, que aumentándose gradual y repetidamente, se hacian sentir como las rompientes de un mar proceloso que agitára el huracan sobre las descarnadas rocas de un arrecife.

Era un gran pueblo que exasperado é inquieto por los dolores de una profunda herida que la perfidia gravára hondamente en lo más delicado de su honra, comenzaba á fermentar, despues de inauditos esfuerzos de prudencia, y á rebelarse contra una pesada cadena que la traicion y el engaño habian fraguado á expensas de su buena fé.

La voz de alarma, esparcida ya desde la víspera, cundió entonces con eléctrica fuerza entre el pueblo, de quien dice á este propósito el conde de Toreno que «un présago inexplicable pronosticaba á todos en tan aciago acontecimiento como pocas horas despues se verificó en aquel dia de amarga recordacion, de luto y desconsuelo.»

Esta voz y la suma inquietud excitada por la falta de dos correos de Francia, dice el mismo autor, habian llamado desde muy temprano á la plazuela de Palacio numeroso concurso de hombres y mujeres del pueblo.

Al dar las nueve subió en un coche con sus hijos la reina de Etruria, quien, como ya hemos indicado en otra ocasion, era mirada más bien como princesa extranjera que como propia; consecuencia merecida por sus desaciertos y maquinaciones cerca del francés.

Este carruaje partió sin novedad alguna, como era de presumir, y ni la más leve resistencia, ni siquiera un sa-

ludo que indicára el deseo de significarla esa buena cortesía que tanto distingue al hidalgo pueblo español, se adelantó á interrumpir la libre marcha de la citada princesa.

Otros dos carruajes de camino esperaban á dos viajeros; y allí, en aquellos vehículos, fué donde con tenáz insistencia y particular emocion se fijaron los anhelantes grupos situados en la plaza.

Por la multitud corrió la noticia de que aquellos coches estaban destinados á conducir á los infantes D. Antonio y don Francisco.

Pero en tanto el momento de su partida llega, acerquémonos á uno de los corros que, ya por su actitud marcadamente hostíl, y ya por contener personas que nos son bien conocidas, debe fijar de un modo muy especial nuestra atencion y la de nuestros amables lectores.

Uno de los personajes que lo componian, exclamaba pocos minutos despues de haber desaparecido, entre el polvo y el galopar de los caballos, el carruaje de la desairada reina de Etruria,

—Es ya llegado el momento de estrellar ó de estrellarse uno contra esa maldita gente, Maestro: esto ya no puede pasar de aquí, ó dirán que por nuestras venas no corre una gota de sangre...

El que así hablaba era el mozo cuya saña respecto á los franceses hemos tenido ocasion de admirar al principio de esta historia en la calle del Humilladero, en la casa del honrado protector de la inolvidable María.

Quien le hubiese observado en el momento en que volvemos á presentarle á nuestros lectores, distinguiria sin esfuerzo en su inmutado rostro que era presa segura de una de esas sobreescitaciones que al llegar á cierto grado de desarrollo, no dejan en el corazon espacio alguno dentro

del cual puedan ampararse la prudencia ni el recato.

Verdad es tambien que todos sus compañeros, á excepcion de Alvarez, ó por otro nombre el Maestro, que yacia sumido en una meditacion, no por eso ménos imponente, no se cuidaban ni remotamente de bajar el tono de sus amenazantes voces; y antes bien los gritos, las furibundas amenazas y toda suerte de denuestos contra los franceses, daban clarísimas señales de que sus intenciones no eran hostiles de todo punto.

La mayor parte de nuestros compatriotas allí reunidos,—y en esto indudablemente no eran los únicos,—aparecian envueltos en sus anchas capas; á cuya circunstancia podemos añadir, sin que por esta razon nos anticipemos á los hechos, que debajo ocultaban algo muy en consonancia con sus tendencias nada tranquilas ni tranquilizadoras.

—¿Qué, no responde Vd. Maestro?—volvió á preguntar el jóven con ciega mirada.

El Maestro respondió con laconismo:

—¿Qué quieres tú que yo diga?

—¿Cómo?... ¿está Vd. en su juicio?—replicó el jóven,—¿así me responde Vd. con esa calma, muy capáz de tentar y dar por tierra con la paciencia de un santo?

—Epifanio, añadió el Maestro con la misma tranquilidad aparente,—tú eres un jóven...

—Como si no lo fuese: para el caso viene á resultar lo mismo que si contase los años de Vd.

—No trataré de contradecirte, amigo mio.

—Pues... y entonces ¿cómo me explica Vd. esa paciencia con que se entrega Vd. á reflexiones que ahora vienen ya fuera de tiempo?

—¿Qué cómo me las explico?

—Sí, ¿cómo?

—Con una de esas reflexiones que tú me echas en cara.

—Veamos cuál es, Maestro.

—Una muy sencilla y que no tiene contradiccion: las cosas, como tú y toda la compañía estais viendo, no tienen ya remedio alguno.

—Ciertamente.

—Pues en este firme convencimiento, he creido que lo más oportuno de todo es una cosa.

—¿Cuál?

—Callarse por algunos momentos.

—¿Para qué?

—Para que en el caso crítico sea nuestra voz más fuerte que la del trueno, y para que el estampido y el rayo salgan á la vez de nuestra boca y de nuestras manos. Mientras tanto, amigos mios, esperemos á los pocos intantes que nos resta esperar: aconséjate de mi experiencia, y no dudes que muchas veces la lucha que se revela por las pala bras, suele enervar las fuerzas del hombre más decidido y valeroso.

Epifanio guardó un respetuoso silencio de aprobacion, que á su vez imitaron los cincuenta hombres que componian el interesante grupo.

Sin embargo, en los demás que estaban situados delante del palacio y llenaban las avenidas, el tumulto crecia con notable violencia, y las oscilaciones de la muchedumbre indicaban bien á las claras que la efervescencia habia llegado á su grado máximo.

¡Cosa bien particular en aquellos momentos de peligrosa inquietud! Más de una tercera parte de aquel pueblo allí agrupado, lo componian las mujeres atraidas por una indignacion delirante, y excitadas por un sentimiento de pa-

triotismo tan elevado, que las asemejaba en cierto modo á esas varoniles amazonas que en la guerra excedian en arrojo y decision al mismo sexo fuerte.

Cuando el Maestro aparecia más abismado que nunca, pero sin que por eso su atencion se apartára en lo más mínimo de cuanto en derredor suyo acontecia, una mano amiga vino á posarse sobre su hombro, y una voz para él muy conocida y simpática pronunció al mismo tiempo estas palabras:

—Poco nós queda ya que esperar, querido amigo.

El Maestro se volvió rápidamente.

—¡Ah! por fin está Vd. aquí, D. Enrique,—dijo.

—Sí, hace un cuarto de hora que estoy dando por ahí vueltas y más vueltas por adquirir pormenores...

—Y al fin ¿qué sabe Vd.?

—Sí, ¿qué sabe Vd. D. Enrique?—añadió Epifanio.

—Lo mismo que Vds. saben ya, amigos mios.

—¿Tratan de llevarnos decididamente los niños?

—Es cosa resuelta.

—¿Y será pronto?—insistió uno de los concurrentes.

—Creo que nos quedan pocos minutos que esperar hasta la ejecucion de esta última infamia: las cosas caminan ya con suma rapidéz.

—Pues ya es preciso enseñar los dientes á esa gente que Dios maldiga.

—Y hacerles ver que con nosotros no se juega.

—Y que con toda su ostentacion no se intimidan los españoles.

—¡Los infantes no saldrán de Madrid de ningun modo!

—Aunque se empeñe en ello con todas sus fuerzas el general *melenudo*.

—Muera el Monsieur de las cabelleras (1).

—Sí, que mueran los monsieures todos.

—Mueran los franceses.

—Estas y otras voces se escaparon de los grupos con arrebatada furia, y como si las repitiera el eco, fueron contestadas unánimemente por la muchedumbre.

Cuando la gritería y las amenazas eran ya ensordecedoras, iracundas, terribles, un suceso particular vino á aumentar repentinamente el universal frenesí.

Mr. Augusto Lagrange, que por su particular uniforme era conocido como ayudante de Murat, acababa de llegar en tan mala sazon á palacio.

Venia encargado de enterarse de lo que allí acontecia, y de si la inquietud popular ofreciá temores de que se llegase á una grave conmocion.

Casi con su funesta llegada coincidió otro suceso, que fué una nueva chispa incendiaria en los irritados ánimos.

La multitud acababa de oir por boca de los mismos criados de palacio, que el infante D. Francisco *lloraba* desconsoladamente y que *no queria partir*.

Todos se enternecieron al oir esta noticia, las mujeres prorumpieron en lamentos y penetrantes sollozos, y como es de presumir la sobrexcitacion no conoció entonces límites.

Al ver á Lagrange el pueblo, se persuadió este de que habia venido allí *para sacar por fuerza* á los infantes, y siguiéndose á esto un general susurro, una mujer gritó en aciaga hora:

---

(1) Murat se distinguia muy particularmente por la rizada y larga crencha de pelo que le caia por los hombros, llegándole casi hasta la cintura.

—¡*Que nos los llevan*! ¡*que nos los llevan*!

Aludia á los infantes.

Entonces Mr. Lagrange fué embestido con terrible furia por todas partes, y hubiera perecido sin duda alguna, á no haberle escudado con su cuerpo el oficial de walonas, D. Miguel Desmaisieres y Florez.

Pero la rabia y gritería subieron de punto, y ciegos los españoles por la desesperacion, ambos, Lagrange y el oficial de walonas iban á ser atrepellados y muertos, á no haber llegado á tiempo una patrulla francesa que los libró del furor del embravecido pueblo, consiguiendo por fin sustraerse al inevitable fin que los amenazaba.

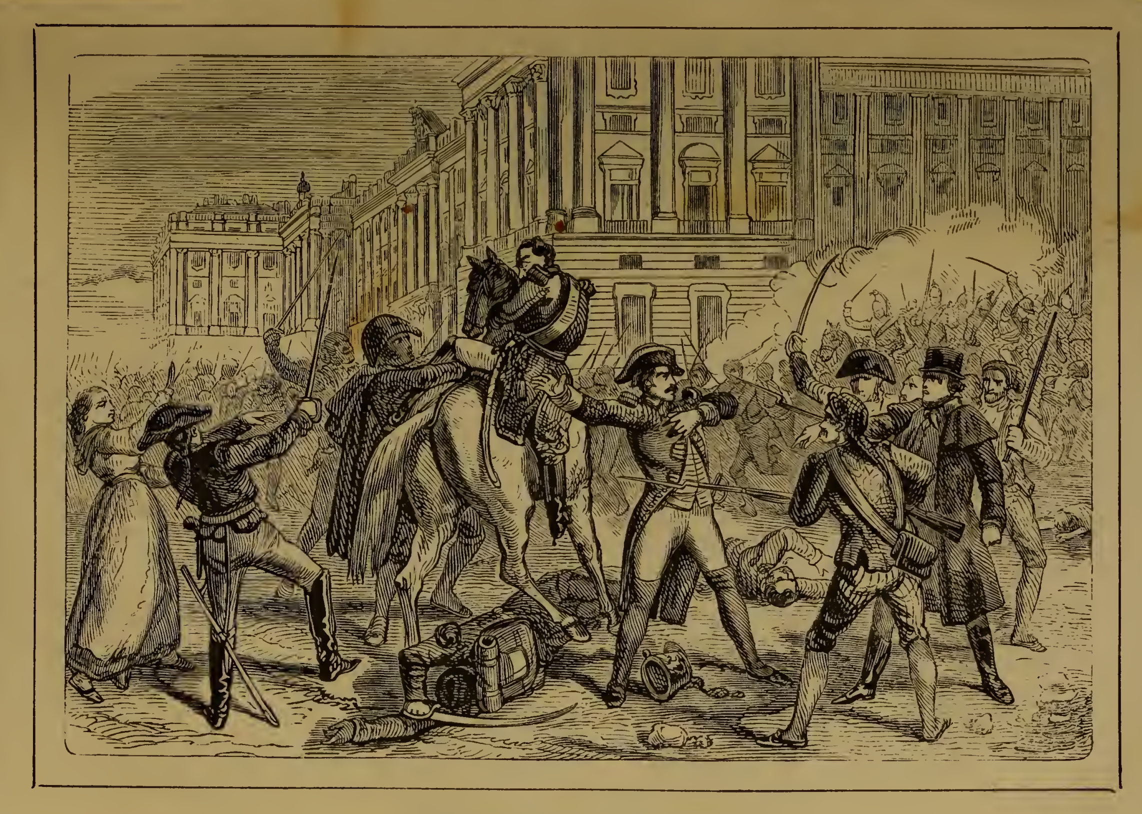
Mientras, Mr. Lagrange aprovechó un interregno salvador y huyó con toda la velocidad de su brioso caballo á dar cuenta al general Murat de lo que el pueblo aparecia dispuesto á hacer, y de lo que á él mismo le hubiese hecho á no evitarlo una casualidad inesperada.

El pueblo, abandonando á su presa cuando se vió acometido por la patrulla, se arrojó entonces sobre esta y comenzó á trabarse una desesperada lucha.

Por otra parte, y en lo que concierne á Lagrange, pasado el primer momento de efervescencia, muchas voces salidas de entre los mismos grupos del pueblo, habian clamado porque se le dejase en libertad, protextando con esa noble hidalguía tan peculiar á las naciones verdaderamente grandes, que era indigno atacar á un solo hombre incapáz de defenderse contra tan crecido número de agresores.

El general Lagrange oyó estas nobles palabras que la historia ha conservado, si no textualmente, en su generosa y leal expresion.

A cualquiera se le ocurre que el tal proceder deberia excitar la recíproca en el corazon del aborrecido extran-



Combate en la plaza del Palacio Real.

jero; más no fué así por desgracia; y los esforzados hijos de Madrid lucharon estérilmente, segun se demostrará, contra un enemigo superior en el número, cauteloso, y contra una perfidia de que el pecho español no ha sido capáz en ningun tiempo al tratarse de adversarios.

El amotinado pueblo de la plazuela de palacio se entregó, pues, al arrebato de su hasta entonces comprimido enojo, dando rienda suelta á los vivas á la pátria y por igual á las maldiciones y denuestos que le inspiraba el nombre francés.

Los que habian acudido á aquel paraje, desprovistos de armas, corrieron presurosos en busca de ellas, y bien pronto se vió flotar en el aire una nube de escopetas y carabinas, palos, sables y estoques en tumultuosa confusion y cerrando con los franceses que habian osado hostilizar á la muchedumbre en defensa de Mr. Lagrange.

Casi en el mismo acto de ser atacado y salvado simultáneamente el ayudante de Murat, el Maestro, que momentos antes habia permanecido en una actitud meditabunda, levantó su cabeza con imponente bravura y resolucion, y exclamó arrebatado:

—Ya es llegada la hora, señores; á morir ó á vengarse de esos perros malditos.

Y rompiendo el círculo en cuyo centro habia estado hasta entonces, corrió en direccion del sitio en que el pueblo, despues de abandonar á Lagrange, se entregaba con decision incontrastable á la pelea, haciendo frente á la osada patrulla.

Nadie hubiera creido al Maestro, al considerar su edad avanzada, tan ágil, tan vigoroso, tan fuerte, que sus compañeros más jóvenes difícilmente podian seguirle en su velóz carrera.

Una singular metamorfosis se obró entonces en todos los individuos de la compañía.

En medio de su agresivo movimiento, se les vió desembozarse y terciar sus capas, debajo de las cuales salieron como por encanto fusiles, trabucos y pistolas, llevando casi todos en sus cinturas cananas ó bolsas de cuero que contenian municiones.

Todo aquel armamento habia estado depositado durante un mes, con una prevision profética, en la especie de arsenal de la calle del Humilladero, en la taberna del tio Colás, en aquel escondido cuarto donde por vez primera hemos llevado al lector la noche del 28 de marzo de aquel año memorable.

CAPITULO XXXII.

La Puerta del Sol.

Sin embargo de que el arrojo y la rabia del pueblo eran tan solo comparables á la justa indignacion de que estaba poseido, bien pronto fué abandonando la plaza de palacio, donde además de lo inútiles que se hacian todos sus esfuerzos, por la mala situacion, y asímismo por la poca resistencia que en realidad hallaba en el momento, era exponerse á un golpe ó más bien á un probable descalabro, si á los franceses se les ocurria acudir en ordenado ataque y en número superior.

Así que, la mayor parte de los que habian corrido á sus casas con el objeto de apoderarse de algunas armas, en vez de regresar al punto indicado, se dirigieron al corazon, digámoslo así, del levantamiento, esto es, á la Puerta del Sol y calles afluentes.

No bien llegó á Murat la noticia de la verdadera intencion que abrigaba el pueblo, y de que la hostilidad con-

tra los franceses era tan decidida, el cuñado de Napoleon tomó sus precauciones, y adoptó medidas que bien pronto vamos á conocer.

Entretanto la alarma cundia en la poblacion.

Como llevamos indicado, los grupos de la plazuela de palacio se disiparon para reaparecer en la Puerta del Sol, cubriendo sus avenidas en las calles de Alcalá, Carrera de San Gerónimo, Carretas, Arenal, Mayor, Montera y la del Cármen.

Los grupos aumentábanse de minuto en minuto con visible rapidéz, y parecia que toda la gente de accion se habia concertado para aquel punto.

Entretanto los ayudantes de Murat y numerosos soldados de á caballo, recorrian con sospechosa, ó más bien inequívoca diligencia de uno á otro lado, llevando y trayendo órdenes.

Con este motivo tuvo lugar una escena de que vamos á hacer mencion, porque ella, entre otras, contribuyó en cierto modo á precipitar los amargos sucesos de aquel dia terrible.

El brigadier D. Tomás García Vicente (1) conversaba acaloradamente con varias personas que á su inmediacion habia.

Una de estas personas, que á pesar de su edad avanzada, mostraba una decision notable, era el anciano D. Pablo de Montenegro.

Por más instancias que se le habian hecho para que se retirase á su casa, vista la proximidad del peligro que amenazaba, el buen anciano, arrastrado por una fuerza

(1) *Memoria Histórica* del dia 2 de Mayo de 1808, por D. Emilio de Tamarit, oficial tercero del cuerpo de Cuenta y Razon de Artillería.

muy superior á todas las reflexiones, despues de haber pasado la noche en un completo desasosiego por el estado grave en que quedaban las cosas, salió aquel dia muy de madrugada, asegurando, sin embargo á María de su pronta vuelta.

El expresado García Vicente, que á la sazon conversaba, segun hemos dicho ya, con un agitado grupo, vió venir, de vuelta del Retiro, dos soldados mamelucos, portadores de un pliego para Murat.

Al grito de *¡Independencia!* repetido hasta el frenesí por la multitud, se adelantó García hácia los mamelucos que venian á la carrera.

—¡Señores!—exclamó,—vamos á hacer que esos soldados nos entreguen el pliego de que son conductores.

—¡Sí, sí, que nos lo entreguen!—repitieron con frenesí cien voces, siguiendo el movimiento de D. Tomás García Vicente.

Los mamelucos fueron al fin detenidos, y comprendiendo que toda resistencia era inútil para sus decididos intimadores, entregaron el pliego que se les exigía.

Despues se les dejó continuar libres su camino, sin recibir la menor ofensa.

Pero ellos, ciegos de furor, subieron la calle de la Montera á todo escape, sable en mano, y descargando repetidos golpes á cuantos indefensos transeuntes encontraban al paso.

Al comenzar la calle habian atropellado ya á una infeliz criatura, á la cual dejaron terriblemente magullada bajo los cascos de sus caballos.

Una anciana llamada María N. fué muerta de un sablazo que descargaron sobre su cabeza, en la Red de San Luis...

Más arriba mataron tambien á un hombre de un pistoletazo, y hubieran continuado dejando en pos de sí tan terribles huellas, á no habérseles empezado á perseguir por el pueblo.

Un artesano, justamente indignado por aquellas felonías, siguió á uno de los soldados de cerca, y le asestó con ojo certero á corta distancia.

El tiro salió... y el mameluco fué derribado de su caballo que libre del ginete, dió en correr á su albedrío...

Todos cuantos lo presenciaron, aplaudieron y victorearon este hecho.

La bala del artesano atravesó al mameluco, dejándolo muerto en el acto.

Su compañero, que en vista de esto, emprendió decididamente la fuga, fué tambien á morir en la calle de la Luna, perseguido por otro hombre del pueblo.

El que habia castigado así los desmanes del primero, bajó precipitadamente, despues de haber vuelto á cargar su arma con indecible rapidéz, la calle de la Montera, en direccion á la Puerta del Sol.

Allí le detuvieron las gentes.

Era un grupo de personas bastante conocidas de nuestro artesano, que, al verle, demostró una profunda satisfaccion á que aquel correspondió, diciendo en seguida:

—He tenido el placer de enviar al otro barrio á mi primer mameluco: tenia particular ojeriza á esos bárbaros cuyo fanatismo corre parejas con su figura.

—¿Qué mameluco dice Vd.?—le preguntaron.

—Uno de los dos que hace un momento corrian desesperadamente por la calle de la Montera.

—Pero esos no hacian mas que huir.



La bala del artesano atravesó al mameluco dejándole muerto en el acto.

—Sí, pero tambien aprovechaban al paso su tiempo.

—¿Pues cómo?

—Han matado á dos ó tres personas, entre ellas á una pobre é inofensiva anciana.

—¿Y Vd.?...

—Yo le atravesé de parte á parte el cráneo.

—Bien, muy bien hecho. Pero ¿y el otro, qué ha sido del otro?

—Tampoco habrá salido muy bien parado: las gentes le seguian la pista hácia la calle de la Luna, y todo tenia el aspecto de una batida.

Hubo un momento de pausa.

Don Pablo de Montenegro, que estaba allí, preguntó á nuestro hombre:

—¿Viene Vd. de la plazuela de palacio?

—Sí, aquello se ha puesto en malas condiciones; dos batallones han hecho fuego contra el pueblo, y como éramos pocos ha sido preciso ceder, no sin pérdidas muy sensibles de nuestra parte...

—¿Y D. Enrique, Maestro?

—Ha seguido la misma direccion que yo, pero á la vuelta de una calle lo he perdido de vista... creo que no tardará en aparecer por aquí.

Efectivamente, el Maestro, que él mismo era nuestro valiente artesano, no se equivocó en sus conjeturas; pues bien pronto D. Enrique Utrera, que los divisó á algunos pasos se dirigió al grupo.

—¡Señor Montenegro!—exclamó al ver al abuelo de María,—¿cómo se atreve Vd. á venir aquí? ¿Sabe Vd. bien como está esto, ni los conflictos que se preparan?

—¡Todo lo sé, querido amigo!—respondió el anciano con perfecta serenidad.

Utrera le replicó lleno de solicitud y de temor por el buen anciano.

—Pero... y María, la deja Vd. abandonada en un dia como este, exponiéndola tal vez á un peligro.

Estas palabras causaron un efecto mágico en Montenegro, dejándole totalmente desconcertado.

Utrera añadió:

—Aun es tiempo, retírese Vd. á casa.

—Pero Utrera...

—Nada, lo dicho, á casa y pronto, porque si María no le vé á Vd. durante la zambra que vá á armarse, padecerá terriblemente... y ¿quién sabe si dominada por su inquietud comete una imprudencia?...

En el momento que el anciano parecia dispuesto á ceder ante estas y otras prudentes insinuaciones del jóven, un movimiento de oscilacion se verificó en la multitud, y los gritos frenéticos y los rumores se levantaron con eco formidable.

Utrera se volvió en seguida para observar el móvil de aquella agitacion y alarma.

Las voces de—¡Ahí vienen! ¡á ellos!—se repetian con creciente afan, al mismo tiempo que todos cuantos allí aparecian armados, y aun los que no tenian otra defensa que un palo inútil, su solo cuerpo, se dirigian presurosos á las embocaduras de la calle de Alcalá y Carrera de San Gerónimo.

Con efecto, no tan solo por dichas calles, sino por otras afluentes avanzaban en órden y en son de guerra numerosas tropas francesas.

El enardecimiento de las masas populares en vista de las disposiciones inminentemente agresivas que tomaba el ya declarado y comun enemigo, no conoció valla.

Cuando Utrera volvió á buscar al anciano Montenegro, este habia desaparecido, confundido y arrastrado tal vez por las oleadas.

El jóven sin embargo, conocedor del carácter patriótico que sobresalia en su noble y anciano amigo, temió que desoyendo sus anteriores consejos, se habria lanzado con la multitud al encuentro de los franceses.

La situacion de María y el peligro á que acaso corria el viejo señor, preocuparon desde entonces su ánimo, que sintió algun tanto abatido.

Mas no era aquella ocasion de retroceder ante consideracion ni interés de ningun género, así es, que abandonándose con toda su alma á la causa del pueblo, se lanzó igualmente á la pelea que se preparaba.

Una veintena de hombres decididos y ansiosos de morir por la independencia de la Pátria, se lanzaron en pos del esforzado jóven.

Tomaron la direccion de la calle de Alcalá, donde en aquel momento acababa de romperse un vivísimo fuego entre los regimientos franceses y los madrileños.

Las huestes enemigas habian avanzado por igual con temeraria confianza casi hasta las mismas bocas calles de la de Alcalá y Carrera de San Gerónimo.

El cuadro que entonces ofrecia el heróico pueblo era magnífico, arrebatador.

Así artesanos, como propietarios, los empleados como los jornaleros, los nobles como los sacerdotes, las mujeres como los niños... todos, con armas buenas ó malas, con palos ó herramientas, porque todo era adecuado *para matar franceses*, como decian, aparecian confundidos en amalgama heróica haciendo frente con encarnizada fiereza á las legiones del aborrecido extranjero.

Esta inaudita resistencia, que los franceses no habian creido encontrar, les costó pérdidas muy numerosas, por más que los nuestros tuviesen á su vez que lamentar bien sensibles desgracias.

Atacados por do quiera los regimientos franceses, fueron muchas veces ignominiosamente rechazados por el bizarro paisanage.

Principalmente cuando en una de sus acometidas se acercaron á la Puerta del Sol, la resistencia del pueblo fué más encarnizada que nunca.

Una inmensa barrera de la cual llovian las balas de los trabucos cargados hasta la boca, piedras y navajazos dados *de hombre á hombre*, en la expresion más gráfica de esta palabra, fué secundada por los tiestos, piedras, muebles y ladrillos que los vecinos arrojaban desde las ventanas y tejados y que en el modo de menudearse parecian una verdadera lluvia.

Esto por lo que toca á la calle de Alcalá, en cuyo punto el valiente Utrera, con los suyos, sostenia un bien nutrido y mortífero tiroteo.

La accion de la Carrera de San Gerónimo era si cabe más encarnizada.

Los llamados veteranos de Marengo y Austerlitz cedieron repetidas veces á la resistencia que se les oponia.

En una de las retiradas á que se vió forzado el enemigo, el pueblo, dejándose llevar de su arrebato, persiguió á los franceses hasta la mitad de la calle.

Un escaso número de albañiles á quienes sorprendió la lucha trabajando en la iglesia del Espíritu Santo, contribuyó poderosamente al triunfo del pueblo, el cual, despues de haber sufrido una violenta carga dada por los mamelucos y polacos, tomó á su vez la revancha causándoles gran

número de muertos y heridos y haciéndoles retroceder en desórden.

Los citados albañiles, colocados en el mismo borde del tejado y desde los andamios, arrojaban piedras, ladrillos y cuantos objetos podian haber á la mano.

Mientras esto sucedia por aquella parte, en otros puntos se sostenia la lucha con igual heroismo.

El mismo grito dado por los extranjeros de ¡*Viva Bonaparte*! era contestado con entusiasta vigor por aquel pueblo idólatra de su príncipe, con el de ¡*viva la Independencia*! ¡*viva Fernando*! (1)

---

(1) De intento, y en nuestro deseo de amenizar este histórico relato hemos querido dejar para este sitio la insercion de la carta que Fernando VII dirigió al emperador de los franceses, pidiéndole para esposa una mujer de su familia. ¡Fatal contraste!

«Señor: el temor de incomodar á V. M. I. en medio de sus hazañas y grandes negocios que lo ocupan sin cesar, me ha privado hasta ahora de satisfacer directamente mis deseos eficaces de manifestar á lo ménos por escrito los sentimientos de respeto, estimacion y afecto que tengo al héroe mayor que cuantos le han precedido ansiado por la Providencia para salvar la Europa del trastorno total que la amenazaba, *para consolidar los tronos vacilantes* y para dar á las naciones la paz y la felicidad.

»Las virtudes de V. M. I., su moderacion, su bondad aun con sus más injustos é implacables enemigos, todo en fin me hacia esperar que la expresion de estos sentimientos seria recibida como efusion de un corazon lleno de admiracion y de la amistad más sincera.

»El estado en que me hallo de mucho tiempo á esta parte, incapáz de ocultarse á la grande penetracion de V. M. I., ha sido hasta hoy segundo obstáculo que ha contenido mi pluma, preparada siempre á manifestar mis deseos. Pero lleno de esperanzas de hallar en la magnanimidad de V. M. I. la proteccion más poderosa, me determino no solamente á testificar los sentimientos de mi corazon para con su augusta persona, sino á depositar los secretos más íntimos en el pecho de V. M. I. como en el de un tierno padre.

»Yo soy bien infeliz de hallarme precisado por circunstancias particu-

Segun cita uno de los muchos autores á quien hemos consultado, la defensa sostenida en la Concepcion Gerónima excedió á todo encarecimiento.

A tal punto llegó la obstinada resistencia, que los franceses que avanzaban por aquella parte, cejaron largo tiempo, dudando si debian ó no seguir adelante.

Las mujeres arrojaban sus muebles mejores sobre los soldados del imperio, les disparaban tiros desde los balcones y desde los tragaluces de las cuevas, «incomodándolos por cuantos medios les sugerian el justo encono y una legítima defensa.»

Pero como los franceses tenian de su parte todas las

---

lares á ocultar como si fuera un crímen, una accion tan justa y tan loable; pero tales suelen ser las consecuencias funestas de un exceso de bondad, aun en los mejores reyes.

»Lleno de respeto y amor filial para con mi padre, cuyo corazon es el más recto y generoso, no me atreveria á decir sino á V. M. I. aquello que V. M. I. conoce mejor que yo; esto es, que estas mismas cualidades suelen con frecuencia servir de instrumento á las personas astutas y malignas para confundir la verdad á los ojos del soberano, por más propia que sea esta virtud en caractéres semejantes al de mi respetable padre.

»Si los hombres que le rodean aquí le dejasen conocer á fondo el carácter de V. M. I., como yo lo conozco, ¿con qué ansias procuraria mi padre estrechar los nudos que deben unir nuestras dos naciones? Y ¿habrá medio más proporcionado que rogar á V. M. I. *el honor de que me concediera por esposa una princesa de su augusta familia*? Este es *el deseo unánime de todos los vasallos* de mi padre, y no dudo que tambien el suyo mismo (á pesar de los esfuerzos de un corto número de malévolos) así que sepa las intenciones de V. M. I. Esto es cuanto mi corazon apetece; pero no sucediendo así á los egoistas pérfidos que rodean á mi padre, y que pueden sorprenderle por un momento, estoy lleno de temores en este punto.

»Solo el respeto de V. M. I. pudiera desconcertar sus planes, abriendo los ojos á mis buenos y amados padres, y haciéndolos felices *al mismo tiempo que á la nacion española* y á mí mismo. El mundo entero admirará ca-

ventajas, las del número, de la organizacion y del armamento, poco debia durar su indecision.

Y con efecto, repuestos de su sorpresa, volvieron á la carga y sus numerosos y mortíferos disparos arrollaron con terribles pérdidas al pueblo.

Jóvenes hubo, que llevando su desesperado encono á un límite inaudito, heróico, se lanzaron solos en medio de las filas enemigas, matando é hiriendo hasta exhalar su último aliento. Los franceses vencieron al fin por aquella parte, y adelantaron en medio de crueles venganzas: el marqués de Villamejor y el conde de Talaora, estuvieron á punto de ser allí fusilados.

---

da dia más la bondad de V. M. I., quien tendrá en mi persona el hijo más reconocido y afecto.

»Imploro, pues, con la mayor confianza la proteccion paternal de V. M. I., á fin de que no solamente se digne concederme el honor de darme por esposa una princesa de la familia, sino allanar todas las dificultades y disipar todos los obstáculos que puedan oponerse en este único objeto de mis deseos.

»Este *esfuerzo de bondad* de parte de V. M. I., es tanto más necesario para mí, cuanto yo no puedo hacer ninguno de mi parte, mediante á que se interpretaria á insulto á la autoridad paternal, estando como estoy reducido á solo el arbitrio de resistir (y lo haré con invencible constancia) mi casamiento con otra persona, sea la que fuese, sin el consentimiento y aprobacion positiva de V. M. I., de quien yo espero únicamente la eleccion de esposa para mí.

»Esta es la felicidad que confio conseguir de V. M. I., rogando á Dios que guarde su preciosa vida muchos años. *Escrito y firmado de mi propia mano* con mi sello en el Escorial á 11 de octubre de 1807. de V. M. I. y R. su más afecto servidor y hermano.—*Fernando.*»

Mr. Thiers.—Tomado de la *Historia del Consulado y del Imperio*, publicada en París por varios autores franceses.

Nota. Hemos subrayado algunas frases de este singular documento, al cual añadiremos oportunamente nuevos datos para que nuestros lectores consideren lo que tal conducta debia prometer.

En los demás puntos tambien las ventajas obtenidas momentáneamente por el pueblo, cedieron á los vigorosos ataques del enemigo.

Joaquin Murat, desde que la refriega se habia empeñado, resolvió tomar determinaciones decisivas.

Desde el principio y para estar más desembarazado y en posicion de dar órdenes, ya á las tropas de afuera, ya á las de adentro, se colocó acompañado del mariscal Moncey y demás generales fuera de puertas, en lo alto de la cuesta de San Vicente.

Entonces fué cuando los regimientos de su ejército emprendieron por distintos puntos la lucha contra el pueblo, eligiendo todas las avenidas en direccion de la Puerta del Sol.

Los madrileños resistieron por última vez...

Pero cansados los franceses de verse detenidos por tan obstinada resistencia, decidieron concluir de una vez con aquel puñado de valientes.

Entonces la metralla; dirigida con terrible profusion desde la calle de Alcalá y Carrera de San Gerónimo, abrió brechas terribles en los valientes adalides de la Independencia, y multitud de víctimas volaron á la mansion de Dios, á quien presentaron la hermosa palma del martirio recogida con heróica firmeza en el ára de la Pátria.

Rechazado el pueblo al mortal é incesante estampido de los cañones, los franceses avanzaron por fin hasta la misma Puerta del Sol, hasta entonces inespugnable.

Lo que despues aconteció allí es indescriptible.

Nuestra pluma se resiste á trazarlo en estos mal ordenados renglones, y solo su recuerdo nos hace estremecer de espanto y de indignacion.

La venganza y el pillage, fueron dos miserables, dos

odiosas condiciones que distinguieron muy singularmente á los hetereogéneos ejércitos del primer Bonaparte.

Su desenfreno despues de la victoria, no conocia límites.

Contra lo que debia esperarse de los ejércitos de un país que se llamaba civilizado, los soldados del imperio, sucesor del Consulado y de la República, se mostraron siempre dignos de sus fieros aliados los cosacos y los mamelucos.

La huella francesa dejó tras sí en aquella memorable época tan indelebles rastros de sangre, en su mayor parte inocente, que la bruma y aun la indulgencia de las futuras edades, no bastarán á borrar su horrible memoria.

No bien las tropas de Murat penetraron en aquel punto, las represalias se sucedieron á su poco honrosa victoria.

Ya momentos antes habian asaltado la abandonada casa del duque de Hijar, donde no encontrando á otra persona que el anciano portero, y despues de haberse cebado en el saqueo, arrastraron despiadadamente á aquel infeliz, fusilándole contra una pared frente á Santa Catalina, en cuyo espacio, mucho tiempo despues, aun se conservaban clavadas las balas que habian puesto fin de un modo tan desastroso á la existencia del desventurado portero.

En la Puerta del Sol, sin duda por las pérdidas que su posesion les habia costado, las escenas de la naturaleza de esta que acabamos de relatar, fueron numerosas.

Pero de esto nos ocuparemos detenidamente á su debido tiempo.

Mientras tanto, prosigamos en la enumeracion de los sucesos que distinguieron á aquel dia de luto y amargura para los honrados habitantes de Madrid.

CAPITULO XXXIII.

DAOIZ Y VELARDE

ó

EL PARQUE DE ARTILLERIA.

No bien el capitan de Artillería, D. Luis Daoiz observó que el pueblo madrileño, agitado ya desde la víspera, empezaba á moverse, se dirigió al cuartel del arma en donde estaba el famoso Parque, en el barrio de Maravillas, y en la calle de San José, hoy denominada de Velarde.

Sus jefes le habian intimado la órden expresa de no hacer movimiento alguno con los escasos artilleros, algunos inútiles, puestos á su cargo, ínterin no recibiese nuevo aviso.

Semejante indigna disposicion fué comunicada igualmente á todas las tropas españolas que permanecian encerradas en los cuarteles.

Los paisanos habian acudido repetidas veces, y despues de verificado el levantamiento, á los cuarteles indicados.

Sin embargo, fué inútil que el pueblo tratara de excitar el patriotismo de los soldados; porque aun cuando estos respondian con su decidida voluntad á sus compatriotas, los jefes lograban detenerlos; dejando así entregados á los ciudadanos á tan desigual y horrorosa pelea.

Encaminóse, pues, el capitan Daoiz á la denominada casa de Monteleon, donde estaba situado el Parque, y allí con una guardia de franceses á la vista, se entregó á una resignacion forzosa, á una actitud pasiva que sin duda alguna debió hacerle pasar trances mil veces más amargos que la muerte, segun era inmensa su indignacion, y grandes los deseos que inflamaban su noble pecho de confundir cuando ménos su hidalga sangre española con la ya vertida sangre de sus valerosos compatricios.

Pero suplicamos á nuestros lectores nos permitan dirigir á las cosas y á los sucesos una mirada retrospectiva.

El capitan del mismo cuerpo, D. Pedro Velarde habia ido muy de mañana á su oficina, la Secretaría de la junta superior Económica, sin embargo de ser dia festivo el célebre dia de que nos ocupamos.

Dos pesadumbres, á cual más grandes, amargaban á la sazon su noble espíritu y hacian discurrir por su cerebro ardientemente oprimido, mil pensamientos lúgubres.

Mas entre aquellas dos pesadumbres, entre aquellos pensamientos que en su mente se adunaban tumultuosamente, el que más prevalecia, el que más lastimaba su conciencia y su corazon, eran los conflictos ya indudables que pesaban sobre el noble pueblo de Madrid.

Por lo que toca al suceso de la víspera, vamos á consignar lo más brevemente posible su desenlace.

Cuando Velarde oyó decir á Enriqueta que su ama se encontraba indispuesta de gravedad, casi olvidó en aquel

instante los importantísimos asuntos de que con sus compañeros se habia ocupado en el reducido sótano del café, y corrió presuroso, sin pedir más pormenores, á la casa de su amada Carolina la condesita del Ramal.

Apenas llegó, anhelante y fatigado, se encontró, no sin extrañarse, con que el portalon estaba abierto de par en par, y que Blas el portero, no se hallaba en su puesto de costumbre; y aunque le llamó repetidas veces, el silencio le respondió tan solo.

Entonces comenzó á subir con precipitado paso los escalones, y enmedio de la misma soledad y de un profundo silencio, penetró en el gabinete donde la jóven acostumbraba recibirle.

Pero Carolina no se encontraba allí.

Sin proferir una sola frase, ni llamar á los demás criados, pues ya su emocion y su inquietud no se lo permitian, encaminóse á las demás habitaciones.

Júzguese cuál seria su sorpresa, cuando al levantar el tapiz, detrás del cual tenia lugar la indigna escena que ya conocen nuestros lectores, distinguió á Belliard, vuelto de espaldas, que retenia entre sus manos las níveas é inmóviles manos de la aletargada condesa.

No acertando á darse cuenta de lo que sus mismos ojos estaban viendo, detúvose como alucinado, creyendo ser más bien víctima de un quimérico ensueño, que espectador real de tan singular escena.

El general francés, ya por el enagenamiento de que estaba poseido, y ya porque la alfombra habia amortiguado las pisadas de Velarde, ni siquiera se apercibió de que tras él se alzaba la mano de Dios, dispuesta á arrebatarle la pura víctima que torpemente pretendia sacrificar á sus impuros deseos y á la satisfaccion de una venganza la más

inícua que puede caber en un corazon malvado.

Velarde permaneció aun algunos instantes como si sus piés se hubiesen negado á obedecerle.

Pero su perplejidad duró tanto como dura en el espacio un desprendido metéoro.

Belliard acababa de inclinar su cabeza sobre la cabeza de la jóven condesa.

La actitud osada del francés obligó al artillero á volver de su estupor, y entonces fué cuando, sin darse todavia cuenta del singular estado en que se hallaba Carolina, se precipitó hácia el infame, asiendo su larga melena, y prorumpiendo con voz de trueno, en aquella terrible exclamacion que recordarán nuestros lectores.

Le tenia delante de sí, como un espectro formidable, y no se decidia á dar crédito á sus propios ojos.

Su perplejidad era tan grande como su perfidia.

Belliard, tan inopinadamente sorprendido, se quedó mirando con asombro al jóven.

Seguramente no contaba con aquella sorpresa, con aquel testigo de su alevosía.

Enriqueta y el mísero portero le habian prometido velar hasta el último punto de su venganza, no sin asegurarle ante todo de que el artillero no llegaria sino dos horas más tarde.

Pero ya hemos visto la actitud de ambos cómplices, y la súbita idea que concibieron y pusieron en ejecucion, para descargar con la menor exposicion posible el peso de su conciencia.

Durante medio minuto nuestros personajes se contemplaron con indecible fijeza.

Velarde miraba á su enemigo con amenazadores y airados ojos.

Belliard, sin resolverse á creer que el hombre que ante sí tenia pudiera ser el mismo Velarde.

Velarde fué el primero en romper aquel silencio contemplativo.

—¿Qué significa esto?—preguntó.

—¿Y quién sois vos para interrogarme así?—preguntó á su vez el extranjero, saliendo por fin de su embarazoso estupor.

—¡Un caballero que vá á estrujar á Vd. con el pié como se hace con una víbora!—exclamó Velarde con voz de trueno.

Y se lanzó sobre Belliard, á quien intentó ahogar entre sus nerviosas y crispadas manos.

Mas el francés retrocedió vivamente diciendo:

—Creo no tratareis de asesinarme, caballero.

Velarde, cediendo á un noble impulso, y por un doble movimiento, llevó la mano á la empuñadura de su espada que desenvainó hasta la mitad.

Pero las palabras del francés le obligaron á volver en sí, conociendo cuál era su posicion respecto de aquel menguado y de aquella casa.

Una rápida ojeada que echó sobre el francés, le bastó para observar que su adversario estaba completamente desarmado.

Habia llegado hasta allí sin creer en la necesidad absoluta de tomar precauciones.

Velarde, pues, se contuvo; pero no pudiendo reprimir con la misma facilidad su ódio, y penetrado de que una precipitacion para castigar al malvado, era indigna de su hidalguía,

—Pues bien,—dijo,—no me tiente Vd. ahora; seria difícil que yo me contuviese más tiempo... Váyase Vd., vá-

yase Vd. pronto de aquí. Su presencia en este punto se me hace insoportable... Aun quiero tener con Vd., por más que sea indigno de ella, la consideracion debida á los militares pundonorosos... ¡Váyase Vd., repito!

Y Velarde señalaba con imperioso ademan á Belliard la puerta, extendiendo con tension nerviosa su brazo y clavados sus ojos irritados en el pálido rostro de su adversario, á quien parecia querer confundir bajo el peso de sus fulminantes miradas.

Pero Belliard no se movia.

—¡Salga Vd. pronto!—repitió el artillero.

—¡Saldré por mi voluntad!—replicó Belliard, á su pesar dominado por la actitud del jóven.

—Saldrá Vd. de cualquier modo, pero saldrá Vd.,—acentuó cada vez con más ira Velarde.

—Señor Velarde,—dijo el francés,—mañana me dareis cuenta de ese lenguaje incomprensible.

—Sí, pero ahora deje Vd. cuanto antes esta casa, su aliento solo está profanándola: mañana nos veremos, dentro de algunas horas acaso.

—Entonces,—añadió Belliard, preparándose á abandonar la estancia,—os juro, capitan, que me vengaré cumplidamente de vuestros insultos.

—Me prometo que antes le enseñaré yo á Vd. cómo los caballeros castigan en mi pátria á los bandidos de vuestra calaña.

Belliard salió al fin de allí, debiendo sin duda alguna su existencia á la para Velarde grave circunstancia de encontrarse desarmado.

El artillero, que hasta entonces no habia reparado en la completa inaccion de Carolina, se acercó á ella con tierna solicitud.

Al principio la creyó víctima de un desmayo.

Pero al observar que, al ménos aparentemente, el sueño de la jóven,—pues sueño se hubiera creido,—era sereno y reposado, su sorpresa no reconoció límites.

Examinó la pulsacion de la jóven, y la encontró reposada y uniforme.

Puso una mano sobre su blanca frente, y tambien la encontró fresca y tranquila.

Aquello era para él inexplicable, problemático.

La condesa, sin apercibirse de lo que cerca de ella pasaba, sin conciencia de nada, sujeta á la influencia del narcótico, no respondió á los repetidos llamamientos del inquieto jóven.

Este, viendo que su amante no volvia en sí, empezó á sospechar vagamente lo que aquello era.

No era necesario todo su claro talento para comprender que el sueño de Carolina distaba mucho de ser natural.

Inútil fué que repetidas veces pronunciára el nombre de la jóven, ni que la agitase para despertarla.

Entonces dió voces, y á ellas acudieron los dos sirvientes únicos que quedaban en la casa.

Velarde les interrogó, pero ellos, estupefactos y llenos de asombro, no pudieron responder á las preguntas del capitan.

Unicamente uno de ellos, dominado por sus vehementes y en cierto modo fundadas sospechas hácia Enriqueta y Blas, dijo con resolucion:

—Juro que esto es obra de Enriqueta.

—¡Cómo!...—balbuceó el jóven, que empezó á columbrar alguna luz, donde hasta entonces todo habian sido tinieblas é incertidumbre.

—Sí, señor, Enriqueta, la misma Enriqueta debe tener la culpa de lo que pasa á nuestra señorita.

—Explícate.

—Verá Vd.: yo no he creido jamás en las zalamerías de esa mujer, que tanto gustaban á la señora condesa...

—Adelante...—interrumpió Velarde impaciente.

—Pues como digo, creo que Enriqueta le hacia traicion.

—¿En qué te fundas, pues?...

—Mire Vd., para no molestar á Vd. y no gastar el tiempo, debo decirle que Enriqueta debió dar algo malo á mi señora.

—¿Eso crees?

—Sí señor, y para ello me fundo.

—¿En qué?...

—En que hace un cuarto de hora poco más ó ménos fué la infame á servir agua á mi señorita, y como yo habia sorprendido ciertos cuchicheos que no me gustaban entre Blas y ella, no la he perdido de vista ni ayer ni hoy...

—Acaba...

—Cuando Enriqueta creia estar sola, yo la atisbaba...

—¿Y bien?...

—He visto que sacando un papel del pecho, vació una cosa, que no pude distinguir bien, dentro del vaso...

—¿Eso has visto?—preguntó el capitan con voz terrible.

—Sí señor; pero como no podia conocer á punto fijo lo que aquello era, y además Enriqueta mandaba aquí en jefe, más aun que la señora... Porque no puede Vd. imaginarse, mi buen señorito, el dominio que queria tener y

tenia sobre nosotros... ¡Ya se vé! la quiere tanto la señora, y luego la muy taimada...

La sirviente no llevaba trazas de poner fin á sus digresiones; pero Velarde impaciente y deseoso de concluir con aquella situacion, hizo que inmediatamente se buscára un facultativo.

. . . .

Algunos minutos despues, Carolina habia vuelto en sí, merced á los auxilios que la habia prodigado un boticario establecido en la misma calle del Arenal.

La extrañeza de la jóven al abrir los ojos y recobrar la razon, fué tan grande, como el júbilo de su amante que á cada instante que trascurria sin salir de aquel letargo, sufria terriblemente.

Por largo espacio de tiempo, la condesa tendió alrededor suyo una mirada vaga.

Su aturdimiento, resultado del letargo, no la permitió discernir ni aun distinguir nada.

Pero la voz cariñosa de Velarde consiguió sobre su mente y sobre su razon una completa victoria.

Conoció al jóven súbitamente, pero de cuanto la habia acontecido no conservaba sino una especie de presentimiento intuitivo, lleno de gran pesadumbre.

Despues de pretender fijar sus recuerdos, preguntó á Velarde con alguna inquietud:

—¿Estabas tú ahí cuando me acometió esta pesadilla?

Velarde respondió algo vacilante:

—No; pero gracias á la Providencia he llegado á tiempo.

—¿Pues qué?

—¿No recuerdas algo, Carolina?...

—Sí, creo que al desvanecerse mi cabeza...

—Has visto alguna persona...

—¡Oh Dios mio! creo que he visto...

—¿Al general Belliard, no es esto?

—¡Sí, el mismo!—gritó con espanto la jóven.

Y luego mirando rápidamente en torno suyo:

—Pero ¿y Enriqueta?—añadió,—en dónde está Enriqueta?

—Ni ella, ni Blas, se encuentran ya en casa.

—¿Qué significa esto?...

—Tranquilízate, querida mia, y responde. ¿No sospechas qué es lo que ha podido reducirte á ese letargo?...

—No, no recuerdo... no puedo sospechar... Digo...

—Enriqueta, segun creo, acababa de servirte agua... ¿recuerdas esto?...

—¡Ah!—exclamó la condesa llevándose ambas manos á la frente.

—¡Pero esto es inconcebible!—añadió.

Largo espacio trascurrió durante el cual ambos jóvenes hicieron toda suerte de conjeturas sobre tan grave suceso; pero tranquilizada Carolina hasta cierto punto, solo tuvo palabras para lamentar la perfidia y la traicion del uno y de la otra, de Belliard y de su doncella; no pudiendo explicarse ni Velarde ni la condesa la razon por qué, despues de cometer semejante crímen, habia corrido Enriqueta el riesgo de buscar al artillero y encaminarle subrepticiamente á la salvacion de su ama, cuyo peligro acaso era el más terrible que puede amenazar á una mujer.

. . . .

Velarde abandonó por fin la casa de su amada.

Como las noches eran ya cortas en aquella sazon, no

tardaron en sorprenderle los primeros crepúsculos...

Habia discurrido durante dos horas por las calles de Madrid preocupado por mil ideas fatales.

Carolina, en el momento de despedirse, y temerosa por el estado de agitacion en que se hallaba el pueblo, así como por las manifiestas tendencias de Velarde, suplicó á este, hasta con las lágrimas en los ojos, que no comprometiese su vida.

El jóven procuró tranquilizarla del mejor modo posible; pero su rostro desmentia su resolucion.

Quizás no aventuramos mucho en decir que la despreciable accion de Belliard, añadió alguna decision más á la que ya tenia respecto á los enemigos declarados de la desventurada España.

En esta situacion, y siendo aun muy poco adelantada la mañana, se dirigió á su oficina, en la dependencia de que ya hicimos mencion.

Una vez en ella hizo desesperados esfuerzos por distraerse en sus ocupaciones y trabajos del despacho.

Pero su empeño era en vano.

Su inquietud y desasosiego crecian por instantes.

Parecia como que un vago presentimiento de lo que debia pasar aquel dia, se agitaba en su espíritu.

Su noble corazon latia muchas veces con desusada violencia, cual si obedeciera á los presentimientos de la abrasada mente.

Emborronando y rompiendo papel sin medida, dejó pasar las horas.

El tiempo, durante la primera mitad de aquel aciago y glorioso dia, parecia deslizarse con fúnebre celeridad, á pasos gigantescos.

De este modo llegaron los momentos críticos.

La lucha entre el pueblo y los franceses rompió al fin con decidido empeño.

A la lucha siguieron todos los horrores de que fueron entonces víctimas los habitantes de Madrid.

De pronto, el jóven militar se levantó arrebatado, y comenzó á pasear con febril violencia y de un modo descompasado.

El eco del cañon sucedió al eco de la fusilería.

Velarde comprendió que se estaba inmolando al pueblo bárbaramente.

Su exasperacion no conoció ya dique.

Con el rostro encendido y brotando fuego más bien que palabras, se dirigió al coronel de artillería, D. José Navarro Falcon, comandante del arma en la plaza é individuo de la Junta Económica.

—¡Mi coronel!—exclamó lacónicamente.—*Es preciso batirnos: es preciso morir; vamos á batirnos con los franceses* (1).

El coronel Falcon se quedó mirándole sorprendido.

—Lo dicho, mi coronel;—respondió Velarde,—¡*es preciso morir; vamos á batirnos con los franceses*!

—¿Pero no conoce Vd. las órdenes terminantes del gobierno?

—¿Qué órdenes?

—Las de que no prescindamos de una estrecha neutralidad con los franceses.

—Pues bien: ¡yo desprecio esas órdenes! son fruto de una traicion abominable...

—Pero... ¿y la ordenanza, Velarde?

—¡La ordenanza, cuando los franceses están ametrallando al pueblo!... ¿No oís el estampido del cañon?

(1) Estas palabras son *obsolutamente* históricas.

—Pero Velarde, nosotros...

—Lo dicho, mi coronel, es preciso batirnos, y yo voy á amparar ó á morir al lado del indefenso pueblo.

El bravo capitan, sin atender á las observaciones de Falcon, se precipitó por la escalera, acompañado del escribiente meritorio del cuerpo de Cuenta y Razon, D. Manuel Almira.

Dos ordenanzas, con sus respectivos fusiles, acompañaron tambien voluntariamente al bravo capitan, quien á su vez se armó tomando otro fusil de la guardia.

En esta forma, y antes de dirigirse al cuartel de artillería, encaminóse con su escasa comitiva al del regimiento de Voluntarios del Estado, situado en la calle Ancha de San Bernardo.

Detúvose á la puerta que permanecia cerrada, segun la órden terminante de las autoridades españolas, y llamó, golpeando con la culata de su fusil.

El centinela atisbó por el ventanillo.

—Llame Vd. al teniente Ruiz,—dijo Velarde.

Un momento despues D. Jacinto Ruiz preguntaba á su amigo con el rostro taciturno y ademan abatido:

—¿Qué me quiere Vd. mandar, Velarde?

Pero el artillero le preguntó á su vez:

—¿Está dentro el coronel?

—Sí, ¿mas qué intenta Vd.?

—Hablarle.

—¿Para que disponga de la fuerza?

—Sí.

—Creo que será inútil.

—No importa, ensayemos.

Ruiz condujo á su amigo al departamento del coronel de su cuerpo.



Si me dá V. S. una sola compañía, pongo á su disposicion el Parque.

Velarde saludó militarmente, y dijo con el tono más suplicante:

—*Si me da V. S.* una sola compañía, pongo á su *disposicion el Parque de Artillería, sin perder un solo hombre* (1).

—¿Ignora Vd. que eso es completamente imposible, señor capitan?—respondió el coronel.

—No ignoro la órden que tiene V. S. de no permitir que salga del cuartel ni un solo individuo; pero V. S. sabe tambien que el extranjero está sacrificando al pueblo vilmente, y esto es demasiado grave.

—Yo bien quisiera combatir al lado de los madrileños,—objetó el coronel,—pero no es posible faltar á las terminantes prescripciones del ministro de la Guerra.

—¿Es decir que se permitirá pasivamente una tan desigual y horrorosa lucha?

—¿Y qué hacer?

—Pues bien, mi coronel; ya que V. S. no quiere ayudarme en una empresa que podria contrarestar las fuerzas del enemigo, iré solo con los tres hombres que me esperan á la puerta de este cuartel, y haré que nos maten: moriremos solos, pero vendiendo caras nuestras vidas.

Un rumor de disgusto se levantó entre los soldados y algunos oficiales que desde la puerta escuchaban á su jefe y al bravo capitan.

El coronel comprendió entonces el elocuente significado de aquel rumor, y se resolvió á ceder en parte.

—Pues bien, señor capitan,—dijo á su vez,—no quiero que por un solo momento dude Vd. de mí: faltaré á la consigna, pero no importa: puede Vd. disponer de la ter-

(1) Tambien histórico: son palabras textuales.

cera compañía... ¿Queda Vd. satisfecho? ¡Bien sabe Dios que no puedo hacer más!

—¡Gracias, gracias, mi coronel!—exclamó Velarde con trasporte, estrechando y besando la mano del coronel de Voluntarios, que se la abandonó conmovido, al comprender cuánta abnegacion y cuánta grandeza encerraba aquel valiente pecho.

Sin que fuese preciso llamar á los números separadamente, la tercera compañía apareció formada como por encanto.

Componíase esta tan solo de treinta y tres plazas.

Varios oficiales y numerosos soldados quisieron agregarse solos, pero su jefe no lo permitió.

Así, pues, vieron partir con dolorosa emulacion á sus compañeros, cuya afortunada desgracia, si se nos permite la frase, envidiaban profundamente.

El capitan de dicha compañía, D. Rafael Goicochea, los tenientes D. José Ontoria y D. Jacinto Ruiz, el amigo de Velarde, el subteniente D. Tomás Burguera y los cadetes D. Andrés Pacheco y D. Juan Rojo, formaron parte de aquella pequeña fuerza.

Inmediatamente se encaminaron, precedidos del artillero al Parque de Artillería.

En el tránsito se les incorporaron numerosas gentes del pueblo, gritando con denuedo:

—¡Armas! ¡armas! ¡queremos que se nos den armas!

—¡Bien, bien, amigos mios! las tendréis,—les respondió el artillero,—venid con nosotros.

De este modo, cuando llegaron al Parque, llevaban consigo una verdadera legion.

Muchas valerosas mujeres se habian mezclado entre ellos, anhelantes por combatir al extranjero.

El capitan Velarde les mandó que hicieran alto.

Luego, encaminándose á la puerta del Parque, tambien cerrada como las de los demás cuarteles, dió sobre ella repetidos golpes con el fusil que llevaba.

Un militar, un capitan del mismo cuerpo que el esforzado jóven, abrió al que llamaba.

Era D. Luis Daoiz.

—¿Qué quieres?—preguntó dirigiendo una absorta mirada sobre la gente que acompañaba á su amigo.

—Apoderarme de esta posicion.

Daoiz miró á su compañero con cierto asombro.

—¿Dices que quieres apoderarte del Parque?—preguntó.

—Sí, ¿qué tiene de extraño?

—Mucho, Velarde: debes conocer la órden...

Velarde hizo un gesto de impaciencia y de despecho.

—¿Tambien tú sigues la conducta de los otros?...

—¿De quiénes hablas?...

—De los traidores que se están quietos mientras el pueblo derrama su sangre...

—¡Me llamas traidor!...—preguntó Daoiz ofendido y conteniéndose á duras penas.

—No, yo no te llamaré traidor; pero no respondo de la opinion que puedan formar las gentes que me acompañan.

—¿Y qué quieren, Velarde?

—Que les des armas para batirse.

Daoiz vaciló aun.

La multitud, impaciente y temerosa de que el capitan Daoiz les negase su auxilio, empezó á murmurar, y algunas voces dijeron:

—¡Será tal vez un traidor!

—¡Un amigo de los franceses!

—¡Un enemigo del pueblo!

El capitan irguió de pronto la majestuosa cabeza, y en su mirada aparecio un destello de resolucion.

—¿Qué dicen?—preguntó á Velarde maquinalmente.

—Ya lo has oido: temen que seas amigo de los franceses.

Daoiz no fué ya dueño de sí mismo.

Adelantó resueltamente hácia el pueblo y los soldados que esperaban, y sacando un papel de un bolsillo le mostró á la multitud.

—¡Señores!—gritó con voz tonante.—Hé aquí la órden que me habian comunicado nuestras autoridades, obligándome por ella á permanecer neutral...

Hizo una ligera pausa, y luego añadió:

—Vais á conocer ahora al traidor, al amigo de los franceses: hé aquí el destino que doy á la órden de mis jefes.

Diciendo así, rompió el papel en menudos pedazos, arrojando estos al aire con desprecio.

—Ahora, señores,—concluyó,—vamos á cumplir nuestro deber. ¡Viva la independencia española! ¡Mueran los franceses!

—¡Viva la independencia!

—¡Mueran los franceses!—repitió á una voz la muchedumbre.

Y el eco formidable de estos clamores resonó en el espacio como el grito de las justas venganzas á que un pueblo, traidoramente asesinado, tenia tan sangrientos derechos.

El primer paso, la primera disposicion de Velarde al penetrar en el edificio, fué buscar al oficial de la guardia

francesa que, segun dijimos, habia mandado situar el artero duque de Berg, bajo un fútil pretesto, aunque en realidad para vigilar de cerca á Daoiz.

Apenas le avistó el jóven artillero, dirigióse á él y le dijo resueltamente:

—*Es Vd. perdido, si no se oculta con toda su tropa; que entregue esta las armas, pues el pueblo vá á forzar la entrada del Parque, y no respondemos de que sean Vds. respetados* (1).

El oficial francés quiso oponer resistencia, pero Velarde repitió:

—Acceda Vd. de grado, si desea conservar la vida á sus gentes...

—¿Pero no comprendeis que es imposible...

—Vea Vd. lo que hace: ahí fuera aguardan los granaderos del Estado, y si Vd. se detiene un instante más en acceder á lo que le digo por su bien, Vd. con toda su tropa serán pasados á cuchillo.

Tan súbita é inesperada intimacion confundió al oficial.

Por un momento permaneció como indeciso.

Pero Velarde volvió á amonestarle con mayor entereza.

Entonces, aturdido el francés, mandó á un capitan, cuatro subalternos, un tambor y setenta y cinco soldados de que se componia la guardia, que rindieran á discrecion las armas.

Seguidamente formaron todos, y despojados de sus fornituras, Velarde los encerró en unas caballerizas del edificio.

---

(1) Histórico.

Despues corrió Daoiz presuroso á abrir de par en par y con estrépito las puertas del Parque.

—Adelante, amigos mios,—gritó;—¡adelante!

Y soldados y pueblo se precipitaron cual un mar airado al interior del edificio, prorumpiendo en vítores á la pátria é imprecaciones á los detestables enemigos de ella.

Lo que allí pasó desde aquel punto, no hay rasgo de la pluma, ni pincel que pueda reproducirlo con sus verdaderos y sublimes colores.

Como el agua de un caudaloso rio, que contenida por una fuerte barrera, logra romper su dique y se desliza sobre la llanura, invadiéndola toda y posesionándose de ella con decisivo empuje hasta sus más remotos límites, así el pueblo y aquel puñado de soldados, recorriendo el Parque hasta su más pequeño rincon, se apoderaron con ávido anhelo de cuantos fusiles y armas de todo género pudieron haber á mano.

Las armas de los soldados franceses fueron tambien repartidas por los esforzados capitanes Velarde y Daoiz entre la irritada muchedumbre, que los tomaba con febril y arrebatado entusiasmo, clamando á cada instante con la fuerza de un violento huracan:

—¡Viva la independencia!

—¡Muera Napoleon!... ¡Mueran los franceses!... Guerra á ellos y á su odioso jefe Murat!

Y el enardecimiento crecia, y el pueblo se armaba con belicoso entusiasmo, y los escasos militares que á él se habian unido con fraternal interés, afanábanse por ayudarle en la justa y tremenda lid que se preparaba contra las águilas del soberbio Imperio.

Lo que aconteció luego, es indescriptible.

Presintiendo que aquel punto debia ser atacado por el enemigo, todos se preparaban á una obstinada defensa.

El jóven y el anciano, el oficial y el soldado se ayudaban recíprocamente y con sin igual solicitud en la comun faena.

Muchas mujeres del pueblo, arrastradas allí por su ardimiento pátrio, probaban en aquellos instantes de suprema ansiedad que su sexo no las impediria tomar una decidida parte en la escena que se preparaba.

Los artilleros que habia dentro del local eran veinte.

A pesar de su escaso número, se ocuparon afanosamente en poner el Parque en estado de defensa.

En los almacenes solo se encontraron diez cartuchos de cañon.

Era, pues, preciso no perder el tiempo, y Velarde dispuso que se construyeran mayor número, preparando todas las municiones, bien escasas desgraciadamente, con que se podia contar.

En medio de la faena á que todos por igual se entregaban, no trascurria momento sin que nuevas personas acudiesen al Parque, dispuestas á seguir la suerte de los demás.

Bien pronto los oficiales de artillería D. Felipe Carpena y D. Rafael Arango se unieron á sus compañeros Daoiz y Velarde.

Tambien el exento de Guardias de Corps, D. José Pacheco, que se halló accidentalmente en el Parque, prorumpiendo en gritos de venganza, animaba con su voz y su actividad á la improvisada y heterogénea guarnicion.

La mayor parte de cuantos habian sido rechazados en la Puerta del Sol por las numerosas huestes imperiales, cor-

rian como cediendo á un secreto instinto en direccion al Parque.

El Maestro fué de los primeros que acudieron.

Epifánio, con otros compañeros que habian podido salvar sus vidas en las recientes luchas, llegó al mismo tiempo.

Una enorme venda, venda improvisada con un pañuelo, cubria su frente ensangrentada.

Habia recibido una herida de sable al perseguir á un soldado de los escuadrones enemigos, quien viéndose acosado, y al hacer frente á nuestro jóven para darle una cuchillada, pagó con la vida su atrevimiento, cayendo de su caballo á los golpes de Epifánio, quien hallándose ya sin municiones, trabó una desesperada lucha con el francés, matándole á culatazos.

En el momento de dirigirse Velarde á examinar una de las escasas piezas que habia en el edificio, sintióse abrazar cordialmente.

Volvióse, y reconoció á uno de sus compañeros en las reuniones de la casa del conde de M... y otras, y su particular amigo.

Don Enrique Utrera estaba á su lado, con el rostro ennegrecido por la pólvora, y la ropa sucia y desgarrada.

—¡Ah! Vd. tambien,—exclamó con agradable sorpresa el artillero.

—¡Dios ha querido preservarme!—respondió Utrera.

—Entonces...

—He estado en la Plaza de Palacio y en la puerta del Sol.

—Habrá visto Vd...

—La sangre del pueblo se ha confundido allí con la del enemigo.

—¿Y la Puerta del Sol?...

—Queda en poder de los franceses: he estado hasta el postrer momento, hasta que era inútil permanecer... Los horrores que allí se presencian á estas horas son inauditos.

—Pero... ¿y si no se hace ya resistencia?...

—No importa: los soldados de Murat, despechados por haber encontrado tan larga resistencia en un pueblo casi inerme, se entregan ahora á todo género de venganzas, y el robo, la violacion y el asesinato ejercen su terrible imperio en las moradas de los indefensos vecinos...

—¡Infamia!—exclamó con indignacion el artillero.

Luego, detúvose á meditar como si acudiese á su mente una súbita idea.

—¡Infamia, sí!—añadió Utrera,—¡infamia grande, de la cual es preciso tomar pronta y cumplida venganza!

Velarde, que por un momento habia tenido inclinada la cabeza en actitud pensativa, la alzó por fin y miró á su amigo profundamente.

—Utrera, dijo,—un vago presentimiento me augura que esos horrores no han empezado á sentirse aun con toda su fuerza.

—Eso creo, mas...

—Escúcheme Vd., Utrera; presumo que vamos á tardar muy poco en sostener una lucha, quizá más encarnizada que las otras...

—Y así mostraremos á nuestros enemigos de lo que es capaz el pueblo español cuando se pretende oprimirle.

—Sí, estoy casi cierto de que les venceremos, pero no ahora.

—¡Velarde!

—Para qué hacernos ilusiones!—continuó el artillero con triste resolucion.—Desde aquí haremos mucho daño al

enemigo en cuanto nos acometa; pero nada conseguiremos con esto. El posee más fuerzas numéricas que nosotros, tiene además municiones...

—¿Pues no las hay en el Parque?

—Sí, un par de docenas de paquetes y algunos centenares de tiros de fusil... ¿Pero de qué servirán? Una vez quemados, nuestro último recurso será el de hacernos matar, luchando cuerpo á cuerpo.

Hubo una nueva pausa.

Mientras tanto, alrededor continuaba el movimiento y el murmullo de pueblo y de soldados, cuyos pechos ardian en deseos de vengar las bárbaras matanzas á que en aquellos momentos se entregaban los soldados del Imperio.

Velarde tendió á Utrera su mano, que este estrechó con efusion.

—Amigo mio,—dijo el artillero,—el instante supremo se acerca; lo que aquí va á pasar, tan solamente Dios lo sabe: deseo que Vd. me empeñe una palabra...

—Escucho á Vd., Velarde.

—Los franceses atacarán esta posicion.

—Indudablemente.

—Por algun tiempo estoy seguro de que resistiremos...

—Así lo creo.

—Pero nuestra resistencia tendrá fin con las últimas municiones: nuestros enemigos, tan superiores en número y en elementos, concluirán por apoderarse del Parque, y... Yo no lo siento por mí, amigo Utrera: lo siento únicamente por ese valiente pueblo... Pero, en fin, es preferible todo á consentir la infamia, el odioso yugo de nuestros enemigos... el que sobreviva lo deberá á una extraña casualidad...

—¿Tal cree Vd., Velarde?...

—Casi estoy seguro de que así será desgraciadamente! ¿Á qué hacerse ilusiones?... Pero el tiempo urge: voy á suplicarle un favor.

—Ya escucho á Vd.

Una nube de triste enternecimiento anubló el rostro del artillero.

Utrera conoció, porque para ello tenia motivos, la expresion de aquel sentimiento.

Velarde dijo por fin, estrechando la mano de su amigo:

—Ya sabe Vd. las relaciones mias con la condesa del Ramal...

—Sí, las conozco; sé que Vds. se aman, y que deben...

—Es verdad, debíamos enlazarnos, tal era nuestro propósito, mi esperanza y la suya: sin embargo, van á ser irrealizables...

—Pero... ¡Velarde!

—No hay que hacerse ilusiones, amigo Utrera; tengo la conviccion del fin que me aguarda... que aguarda á la mayor parte de cuantos aquí nos disponemos á vender caras nuestras vidas. Pues bien, si sucumbo, amigo mio, y Vd. me sobrevive, ¿tendrá inconveniente en cumplir una mision que deseo encomendarle? Utrera, en el mismo caso, cumpliré gustoso el encargo que á su vez quiera hacerme...

—Bien, Velarde, ¿qué desea Vd. que haga en el caso de salvar mi vida?...

Velarde sacó de su bolsillo un pañuelo blanco, en una de cuyas puntas habia bordadas dos iniciales y sobre ellas una corona condal.

—La entregará Vd. esto, pero con una condicion.

—¿Qué condicion es esa?

—En el probable caso de morir, lo empapará Vd. en mi sangre...

—¡Velarde!

—Será la consagracion de nuestros desposorios en la tierra: si Dios conserva á Vd. la vida, se lo dirá Vd. así á la condesa... ¿Y Vd. no tiene algo que confiarme?

Utrera sonrió tristemente, y dijo:

—Ignoro lo que me sucederá; pero Vd. conoce á mi madre...

—¡Ah! sí...

—Además.... tengo, como Vd., una afeccion amorosa...

Y Utrera rogó á su vez á Velarde, que en caso de desgracia, la participase á los dos séres que más amaba en el mundo, y al mismo tiempo que hiciese averiguaciones acerca de la suerte que habia cabido á Montenegro.

Todo lo que acabamos de referir no ocupó á nuestros personajes la cuarta parte del tiempo que hemos invertido en trasladarlo al papel.

Despues se abrazaron cordialmente, y cada cual corrió á llenar su delicada mision en aquella terrible hora de inminente peligro.

Cinco piezas de artillería habia únicamente en el Parque.

Dos de aquellos cañones eran de á ocho y tres de á cuatro.

Los dos de á ocho fueron colocados de puertas á dentro del Parque, cerrando al momento las pesadas hojas, y enfilando la calle de San Pedro la Nueva (1).

Reunidos por último todos aquellos patriotas en me-

(1) Histórico.

dio del patio, juraron obediencia á Daoiz y Velarde, prorumpiendo en nuevos y entusiastas gritos, y pidiendo venganza.

El peligro no se hizo esperar mucho tiempo para nuestros valientes.

Las avanzadas de paisanos, que se habian situado convenientemente, vinieron á avisar bien pronto que llegaban tropas enemigas.

Cada cual corrió entonces á su puesto.

Un silencio sepulcral reinó desde aquel punto.

Nadie hubiese creido que en aquel insignificante edificio, tan tranquilo en la apariencia, se ocultaba una pequeña, pero formidable guarnicion, dispuesta á esparcir la muerte...

Ignoraban los franceses que, á semejanza de los bravos de Leonidas, un puñado de valientes preparaba á los guerreros de la Francia una segunda edicion del paso de las Termópilas.

Pocos momentos despues se presentó un piquete francés con un oficial, que intentó entrar en el Parque.

—¡No puedo permitir la entrada!—gritó en idioma francés (1) el capitan Goicochea, asomando á una ventana del edificio.

—¿Por qué no se permite?—preguntó el francés con impaciencia.

—Por hallarme yo encargado con mi tropa de este edificio.

Contrariado y despechado el oficial francés, mandó á sus soldados que hicieran fuego sobre las ventanas...

Una descarga de fusilería resonó entonces.

---

(1) Histórico.

Pero los nuestros, que entonces se encontraban en mejor posicion, respondieron con un nutrido fuego de fusilería, y los franceses se vieron precisados á huir, nó sin haber dejado varios muertos y heridos.

Una gruesa columna apareció á poco tiempo.

Delante de ella avanzaba una fila de gastadores, que se traian para derribar las puertas del Parque.

Los nuestros dejaron que se acercasen á su sabor.

Ninguna resistencia encontró á su paso la columna francesa.

Mas al dar los primeros hachazos sobre la puerta del edificio, el fuego se rompió por los españoles situados en las ventanas.

Seguidamente un cañonazo, que dispararon Daoiz y Velarde, diezmó las filas enemigas, ante cuyo estrago huyeron los pocos que habian logrado conservar las vidas.

Mientras los franceses abandonaban precipitadamente la empresa, los nuestros cobraron nuevo aliento.

Particularmente los paisanos llegaron en su entusiasmo hasta el frenesí, continuando en perseguir con un nutrido fuego á los fugitivos.

Ocupaban las casas vecinas madrileños de uno y otro sexo.

Atentos siempre á la voz inspirada de Velarde, se manejaban desde sus posiciones respectivas con el mayor órden.

El jóven artillero aparecia trasformado.

Su poderosa voz se alzaba con imperio, dominando el eco de los tiros.

Los rasgos de valor que ya en aquel segundo ataque tuvieron lugar por parte de los nuestros, fueron numerosos.

Entre ellos debemos citar uno verdaderamente heróico.

Un animoso anciano, llamado Juan Malasaña, habitaba con su mujer María Ordoño la casa número 18, cuarto segundo de la calle de San Andrés, segun consta de datos que tenemos á la vista.

Este digno español se habia posesionado de una casita que dominaba el Parque, y desde ella hacia un certero fuego sobre el enemigo.

Repetidas veces ocupó á su hija única, jóven de diez y siete años, llamada Manuela (1), la cual le llevaba cartuchos.

En una de estas operaciones sucumbió la pobre y esforzada jóven de un balazo, cayendo á pocos pasos de la puerta de su misma casa.

El dolor de Malasaña fué indecible; pero antes que padre era español, y así prosiguió inalterable, haciendo fuego á la vista del cadáver de su hija.

De este modo continuó hasta que se le acabó la pólvora.

Tan sublime rasgo de heroismo no fué, sin embargo, original, pues afortunadamente para la pátria, se repitieron por cada uno de cuantos tomaron parte en aquella refriega.

Murat, situado, como dijimos, en lo alto de San Vicente, esperaba el resultado del ataque intentado por la derrotada columna.

Cuando hubo sabido el éxito, la desesperacion de su amor propio no conoció límites, y ni aun se cuidó de disi-

(1) Es la misma que aparece entre la lista de víctimas, inserta en su lugar correspondiente.

mularla á los ojos de sus generales, desahogando toda su cólera en el jefe que habia acaudillado las malparadas y diezmadas fuerzas.

—¡Vive Dios!—gritó,—que no comprendo cómo un puñado de hombres ha podido haceros retroceder desde una mala casa.

—La mala casa que dice V. A.,—respondió el jefe,—está defendida por cañones que vomitan metralla, y el puñado de hombres allí apostados están provistos de buenas armas y municiones.

El duque de Berg llamó entonces al general Lagrange, el mismo que tan grave riesgo habia corrido momentos antes en la plaza de palacio.

—¡General!—dijo Murat, ciego de cólera,—es preciso que al momento pongais á mi disposicion el Parque de Artillería. ¡Tomad fuerzas bastantes, y acabemos de una vez!

Lagrange salió entonces con 4000 hombres de infantería, dos escuadrones y cuatro piezas.

Así, pues, por todas partes acudieron franceses sobre los nuestros; pero los Voluntarios del Estado esparcian la muerte por los alrededores del parque, é impedian los esfuerzos del enemigo para asaltar por su espalda el edificio.

El pueblo, al mismo tiempo, arrojándose sobre los agresores por su retaguardia, les obligó á las primeras tentativas á replegarse.

A pesar de esto, no era suficiente el fuego de fusilería para cubrir todas las avenidas del edificio.

En esta situacion, Velarde y Daoiz, ayudados por el pueblo y los soldados, sacaron del Parque dos cañones, que colocaron en direccion á la calle Ancha de San Bernardo.

Juzgaban fundadamente que por allí debian ser atacados.

Situaron tambien otro cañon en la misma puerta del cuartel, enfilando la calle de San Pedro la Nueva, y otro en la convergencia de las cuatro calles que están al extremo superior de la de San José.

Este cañon se distinguió muy particularmente por la singular circunstancia de haber estado servido despues por mujeres, cuando fueron muertos ó heridos los escasos artilleros á quienes se habia confiado.

Destacado, pues, el general Lagrange con sus numerosas fuerzas, decidió emprender un ataque formal.

Organizaron al efecto tres columnas, las cuales, asimismo, avanzaron por tres diversos puntos con extraordinario arrojo.

Al avanzar en masa, y todas cuantas veces intentaron llegar hasta las posiciones ocupadas por los nuestros, tuvieron que retroceder.

La línea que demarcaba la artillería española les cerraba el paso, y en una de las primeras embestidas que hicieron á son de clarines y tambores y con las banderas desplegadas, el cañon que certeramente dirigia el capitan Velarde, causó en las filas enemigas espantosos desastres y un número considerable de muertos y heridos.

Por su parte Daoiz les habia obligado tambien á retroceder, trepando sobre multitud de cadáveres en vergonzosa fuga.

Viendo entonces el general Lagrange que este sistema de ataque era tan peligroso como estéril, resolvió variar de plan.

Colocó en la calle Ancha de San Bernardo, inmediatos á la fuente de Matalobos, dos cañones, haciendo frente

á los otros dos con que Daoiz y Velarde defendian hácia aquel lado la calle de San José, y de este modo se empeñó un repetido y constante cañoneo entre una y otra parte.

Desgraciadamente, esto no dió otro fruto para los nuestros que el consumir de un modo inútil las municiones.

Lo mismo franceses que españoles conocian de antemano cuándo respectivamente iban á dar fuego, en razon á la mucha proximidad y á estar casi en línea recta.

En el acto mismo de aplicarse la mecha, unos y otros guarecíanse de los fuegos en las esquinas.

Con el fin de que consumiesen sus municiones los españoles, el enemigo aparentaba hacer grandes esfuerzos.

Hubo un momento en que aquel creyó aterrar á los nuestros, ante la idea de que se habia formalizado el ataque.

Pero se equivocaron de todo punto.

Como dice acerca de esto un cronista militar, habia al frente de los españoles, oficiales más perspicaces que los oficiales franceses, y especialmente dos artilleros, los dos héroes Daoiz y Velarde, que no se arredraban fácilmente.

Nuestros valerosos guerreros se dejaban ver sin tregua, allí donde mayor aparecia el peligro, unas veces como inteligentes oficiales, otras como simples soldados.

La accion, como queda demostrado, se habia hecho general.

Así duró cerca de una hora.

En este trascurso no se habia oido otra cosa que el horrísono estampido de los cañones españoles, cuya metralla dejó las calles obstruidas de cadáveres franceses, abatiendo el orgullo de los más atrevidos guerreros de la guardia imperial.

Mezclados con el estrépito, el pueblo llenaba el aire de

gritos entusiastas, y se lanzaba, sin meditar ni temer el riesgo, á recoger las armas de los muertos.

Llegó, sin embargo, para los nuestros un momento de angustia indefinible; momento supremo, y en cierto modo previsto.

Las municiones, y muy particularmente las de cañon, habian ido estinguiéndose.

Daoiz y Velarde, en su incansable afan, iban y venian de un lado á otro, alentando á sus gentes con sus exhortaciones y su ejemplo.

De pronto apareció por la calle Ancha de San Bernardo una columna enemiga, compuesta del 4.° Provisional.

Velarde la divisó, y dijo á Daoiz:

—Parece que quieren parlamentar: mira.

—Con efecto, así parece, respondió Daoiz.

El coronel que mandaba dicha columna se adelantó, tremolando en la punta de su espada un pañuelo blanco.

Las fuerzas que le seguian llevaban los fusiles con las culatas hácia arriba, en señal todo de que querian suspender las hostilidades.

El jefe se adelantó solo en direccion al Parque.

Llegado que hubo á cierta distancia, propuso á los nuestros un armisticio, en tanto, decia, no se recibian órdenes de los respectivos gobiernos, y los caballeros artilleros, durante esta breve conferencia, respetaron á la columna enemiga.

Pero apenas notaron que la fuerza avanzaba á paso lento, y trayendo á su frente un comandante, rechazaron la pretension del jefe, conociendo la pérfida traicion que envolvia.

Entonces el alevoso francés mandó hacer fuego.

A su vez Daoiz y Velarde lo aplicaron á sus respectivos

cañones, y arrollaron nuevamente á los enemigos, quienes dejaron la calle poblada de cadáveres...

El cañoneo se renovó entonces, y las escasas municiones del Parque tocaron á su fin.

¿Qué hacia entretanto la guarnicion española?

¡Ay! ya lo hemos dicho, y nos duele repetir que las cobardes é indignas órdenes de la débil autoridad, la retenian en sus cuarteles, en tanto que el extranjero asesinaba al pueblo con la aleve metralla.

En una de las avanzadas del enemigo, Daoiz fué herido en un muslo.

Sus compañeros, y entre ellos Velarde, le aconsejaron que se retirára, poniéndose á cubierto.

Mas el esforzado capitan rechazó esta proposicion, y montado en un cañon continuó mandando hasta que dió fin á la metralla.

Las últimas cargas se habian hecho con piedras de chispa que Velarde se encontró en unos cajones del almacen.

Fueron los dos últimos disparos.

Velarde, á quien seguia Utrera en tan crítico momento, recorria con afan los almacenes, por ver si hallaba municiones...

Convencido Daoiz de que sin refuerzos nada podia hacerse ya, que estos no vendrian, y de que era punto ménos que difícil sostenerse, desesperado, ardiendo en santa ira y deseoso de llevar hasta el último extremo la lucha, ocurriósele fingir que suspendia las hostilidades, llamando á capitulacion.

Enarboló un pañuelo blanco, é hizo seña al enemigo.

Lagrange entonces mandó cesar el fuego, y adelantó él mismo hasta Daoiz, que amparado en su cañon le esperaba con la espada desnuda en su diestra.

El general enemigo le intimó que se rindiera en términos tan descompuestos, que dieron lugar á una acalorada disputa.

Poniéndose de pié Daoiz, aunque con gran trabajo, pues de su herida corria la sangre en abundancia, dijo á Lagrange en idioma francés:

—*Si fuérais capáz de hablar con vuestro sable, no me tratariais así...* (1)

Lagrange alzó entonces el sable para herir á nuestro bravo artillero, mas este, al observar la actitud de su contrario, se puso en guardia, dispuesto á atacarle á su vez.

A pesar de las ventajas que concedian á Lagrange el estar sobre su caballo, y la profunda herida que un casco de metralla habia hecho en el muslo de Daoiz, este, medio exánime ya, acertó á darle una estocada en la ingle derecha.

Las tropas de una y otra parte habíanse mostrado mudas espectadoras de este singular combate, en que, como dice el escritor militar antes citado, «triunfó siempre la arrogancia española.»

Mas apenas se sintió herido el general Lagrange, gritó dirigiéndose á los suyos:

—¡Granaderos, á mí! ¡socorro á vuestro general! (2)

---

(1) Histórico.

(2) *¡Granadiers, á moi! ¡secours á votre general!*—Son palabras textuales. De este general se ha dicho, con motivo de haber cantado en el teatro de ópera italiana de Madrid la *Prima Donna* Anna Lagrange, que esta aplaudida cantante es hija del citado general Lagrange. A ser cierto, como se ha afirmado muy formalmente, séanos lícito admirar tan extraña coincidencia: el pueblo de Madrid aplaudió en la eminente artista á la descendiente del mismo que ametralló á los héroes de aquel dia sangriento.

A estas voces, los franceses se precipitaron sobre el artillero.

Entonces se trabó una lucha sangrienta, en que Daoiz aun procuró defenderse contra centenares de bayonetas.

Al fin cayó traspasado por numerosas heridas.

Un granadero francés le clavó por la espalda su bayoneta.

Un hombre del pueblo, á su vez, hizo pagar bien cara su alevosía al soldado de Murat, matándole en el acto de un pistoletazo.

Este hombre del pueblo era el Maestro, quien poco despues se replegó al interior, arrastrando á un herido que apenas se podia sostener.

Este herido era Utrera, á quien una bala habia atravesado la pierna izquierda, imposibilitándole de sostenerse.

Al saber Velarde el peligro en que se hallaba su amigo Daoiz, quiso acudir á su socorro; pero muchos soldados franceses habian penetrado ya en el patio, aprovechando la pelea entablada entre Lagrange y el artillero.

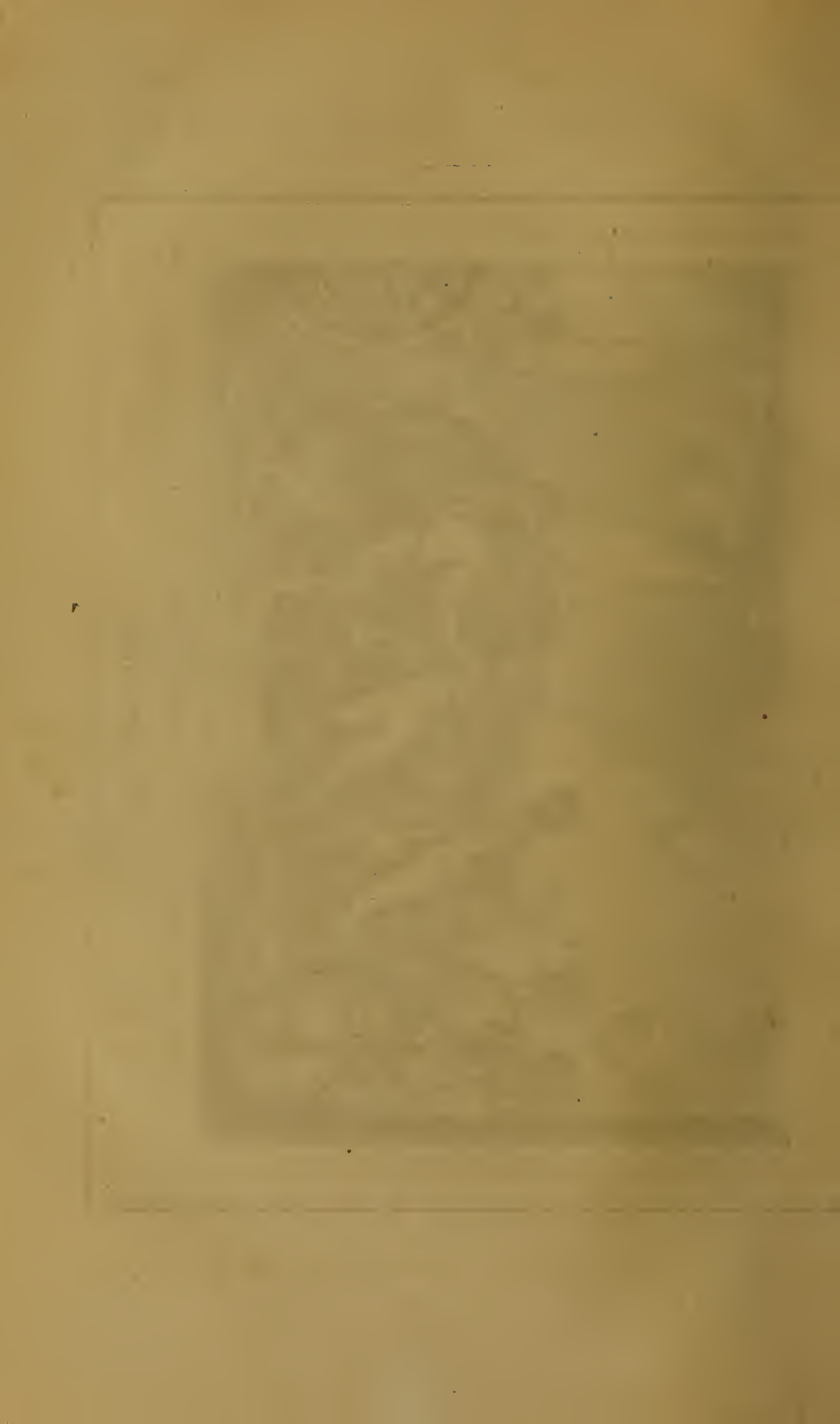
Un oficial de la guardia polaca, llamada *noble,* disparó sobre el jóven á quema ropa un pistoletazo «por la espalda,» dejándole muerto en el acto.

Las matanzas á que despues se entregaron los franceses encienden de indignacion la sangre, y excitan aun hoy nuestro desprecio.

En aquel memorable dia los soldados de Napoleon, los que se apellidaban veteranos y valientes, dieron muestras claras de ser meramente unos cobardes asesinos, sin generosidad, sin nobleza, indignos de pertenecer á un pueblo civilizado y caballeroso.



Heróica defensa del Parque.



CAPITULO XXXIV.

Pacificacion de Madrid.

Así terminó, sobre las dos y media de la tarde de aquel dia, la lucha sostenida por el valeroso pueblo madrileño contra las huestes de Napoleon, acaudilladas por el soez y sanguinario duque de Berg.

Las pérdidas sufridas por nuestra parte durante la lucha se calcularon en ciento y pico.

Este cálculo se hizo poco tiempo despues por barrios.

Por su parte los franceses tuvieron de pérdida sobre 2.500 hombres, entre muertos y heridos, en su mayoría al atacar al Parque.

Azorada entretanto la débil Junta de Gobierno, y sorprendida tal vez con los terribles acontecimientos, pensó en buscar algun remedio á tanto mal, á tan desastrosa situacion.

Ya en los primeros momentos habian Ofarril y Azanza

recorrido inútilmente los alrededores de Palacio, en cuya ocasion no habian sido escuchados ni de los mismos franceses.

Volvieron á montar á caballo y fueron á encontrarse con Murat.

Este se encontraba, segun hemos dicho repetidas veces, en lo alto de las afueras de San Vicente, acompañado del mariscal Moncey.

Llegaron allí los comisionados de la Junta, esto es, Ofarril y Azanza, y dijeron al gran duque, que si mandaba suspender el fuego y les daba para acompañarles uno de sus generales, se ofrecian y comprometian á restablecer la tranquilidad.

Esta vez el gran duque de Berg, á pesar de su arrogancia y de la equívoca victoria obtenida sobre los invencibles defensores del Parque, respondió con mesura á los comisionados:

—¿Y creeis, señores, que el pueblo se pacificará con vuestros esfuerzos?

La voz de Murat al pronunciar estas palabras estaba visiblemente alterada, efecto de una honda impresion.

Los comisionados de la Junta le respondieron:

—Nosotros podemos asegurarlo á V. A., gran duque: además, el pueblo se encuentra abatido en estos momentos.

Aquellos dos majaderos no comprendian, eran incapaces de comprender, en la pequeñéz de su corazon, qué clase de abatimiento era el que dominaba al heróico pueblo de Madrid.

Si aquel pueblo que consideraba abatido, dispusiese entonces de los elementos necesarios para seguir combatiendo, para luchar hasta el extremo último, ¿hubiera ter-

minado su decidida y tenáz resistencia con los inauditos y gloriosos sucesos del Parque?

No, seguramente; y es lástima grande que Ofarril y Azanza, y muy particularmente el primero, no hubiesen comprendido esto mismo un mes ó quince dias antes, en vez de poner en manos de Murat las armas con que el pueblo contaba, si el pensamiento del valeroso Velarde hubiese hallado la aprobacion del malhadado ministro de la Guerra.

El general Murat respondió á los pretendidos pacificadores:

—En ese caso, señores, hareis un bien al mismo pueblo; pues nada habrá tan grato para mí como que la buena inteligencia y la paz se restablezcan entre el vecindario de Madrid y mi ejército.

Conforme el príncipe Murat con el proyecto de la Junta de Gobierno, envió al general francés Harispe, acompañando en su mision pacificadora á los citados Ofarril y Azanza.

Juntos los tres, dirigiéronse á los Consejos, y asistidos por individuos de todos ellos, distribuyéronse por calles y plazas.

Ondeando una bandera blanca, recorrieron así los puntos principales, dirigiéndose con palabras tranquilizadoras á las gentes que encontraban.

Las ofertas de «olvido de lo pasado» se repitieron sin cesar.

—¡Olvido de lo pasado y reconciliacion general!—gritaban unos y otros con una entonacion de verdaderos apóstoles.

Aquel pueblo, siempre magnánimo y poderoso; aquel pueblo, tan pronto á exasperarse ante la sola idea de una

bajeza, como fácil en ceder á los afectos de la fraternidad, se aplacó bien pronto.

Casi todos, aun los más irritados, cedieron á los ruegos que se les hacian con tan pomposas palabras, y se retiraron á sus hogares con la tranquilidad en sus corazones, y fiados en la generosidad del enemigo.

Por esta parte la tranquilidad llegó bien pronto á ser completa.

Mas no bien los españoles se habian entregado á la confianza, la escena cambió únicamente en la forma.

Poco á poco los franceses fueron entrando en la capital y uniéndose á los que dentro habian combatido.

Todos los puntos importantes, y en particular las bocascalles, una tras otra, se vieron ocupadas por el enemigo, quien situó, particularmente en las encrucijadas, cañones con las mechas encendidas.

Aunque el dolor de las pérdidas sufridas era profundo, hemos dicho ya que se respiraba con la idea consoladora de que al ménos haria pausa la desolacion y la muerte.

¡Bella, pero engañosa esperanza, la de los desventurados madrileños!

Median por la generosidad de sus nobles sentimientos la dudosa generosidad y los sentimientos del pérfido adversario!

¡Engañosa esperanza, repetimos, triste ceguedad la de un pueblo que no sabia apreciar el valor del extranjero, sino por la generosa medida de su propio valor, de su proverbial hidalguía!

Serian apenas las tres de aquella horrible tarde, cuando una voz lúgubre comenzó á correr por la capital con la celeridad del rayo.

Decíase nada ménos que españoles tranquilos habian

sido cogidos por los franceses y arcabuceados al lado de la fuente de la Puerta del Sol y la iglesia de la Soledad.

Con la escursion de Ofarril y Azanza y sus agregados, habia podido salvarse la vida á algunos infelices, víctimas de la extranjera venganza; y señaladamente á ruegos del mismo Ofarril se perdonó á unos traficantes catalanes, próximos á ser fusilados (1).

Pero por lo demás, españoles tranquilos regaban con su inocente sangre los parajes indicados.

Casi no se atrevian á dar crédito las familias honradas á tal atrocidad.

Prendidos con el pretexto de que llevaban armas, aunque algunos no las tenian, quedaron depositados muchos madrileños en la casa de Correos y en los cuarteles, donde se les encerraba como reses destinadas al matadero.

Las autoridades españolas, fiadas tambien, como acostumbraban, en el convenio hecho con los franceses, descansaban en el puntual cumplimiento de lo pactado solemnemente.

Y para aumentar la nueva desolacion que comenzaba, casi instantáneamente apareció fijada en todas las esquinas la siguiente bárbara proclama, escrita en el más detestable español; que hasta en esto habia de atropellar Murat á nuestra querida pátria.

---

(1) A nuestro amigo el eminente actor del teatro de *Variedades*, señor Oltra, debemos la noticia de que las víctimas D. Manuel y D. Pedro Oltra, fusilados despiadadamente en aquel aciago dia, eran abuelo y tio paternos respectivamente de dicho apreciable artista.

Es una coincidencia bien notable, que, como la de Mad. Lagrange, respecto del general de este nombre, vienen á sorprendernos al cabo de tantos años trascurridos. Ignorábamos que al Sr. Oltra cupiese tan alta honra.

Decia así la órden del dia:

«Soldados:

»La poblacion de Madrid se ha sublevado y ha llegado hasta el asesinato: sé que los buenos españoles han llorado este desórden; estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que solo anhelan el pillaje; pero la sangre francesa ha regado las calles de la capital, y clama una venganza. En su consecuencia, mando:

»1.° El general Grauchi convocará esta noche una comision militar.

»2.° Todos los que han sido cogidos en el alboroto y con las armas en la mano, serán arcabuceados.

»3.° La Junta de Estado va á desarmar los vecinos de Madrid: todos los habitantes y pasajeros que despues de la ejecucion de esta órden se hallasen armados ó conservasen armas sin especial permiso, serán arcabuceados.

»4.° Todo lugar donde sea asesinado un francés será quemado.

»5.° Toda reunion de mas de ocho personas, será considerada como una junta sediciosa y deshecha por la fuerza.

»6.° Los amos quedarán responsables de sus criados: los jefes de talleres, obradores y demás de sus oficiales: los padres y madres de sus hijos, y los ministros de los conventos de sus religiosos.

»7.° Los autores, vendedores y distribuidores de libelos impresos ó manuscritos provocando á la sedicion, serán considerados como unos agentes de la Inglaterra y arcabuceados. Dado en nuestro cuartel general de Madrid á 2 de mayo de 1808.—*Joaquin*.—Por mandado de Su Alteza Imperial y Real, el jefe de Estado Mayor general,—*Belliard*.»

A esta salvaje órden del dia, cada una de cuyas frases

respiraba el rencor y la venganza, precedia una proclama, concebida en términos análogos y ajenos á toda idea de humanidad y de cultura.

Antes de seguir el curso de los sucesos y para terminar este cruel capítulo, debemos consignar que en medio de la confusion que despues de tomado por los franceses el Parque habia reinado, sucedió que varias personas de las que tan bizarramente se habian batido, llevaban su valor y su abnegacion á un extremo, que solo se comprende entre españoles.

Mientras que los franceses, ciegos con el afan de ocupar aquella posicion, que tanta sangre les habia costado, se precipitaban dentro del edificio, algunos artilleros de los que habian estado con Daoiz, y tambien algunos paisanos, aprovecharon la confusion y retiraron el cuerpo de D. Luis Daoiz, que era una continuada herida.

Tal se habian ensañado con él los granaderos de Lagrange.

El maestro de coches, Juan Pardo, facilitó á los generosos compañeros del malogrado militar una escalera de mano.

Daoiz aun daba señales de vida, si bien esta se apagaba por momentos.

Colocado, pues, en la escalera, fué conducido á su casa.

Esta estaba situada en la calle de la Ternera, núm. 12.

Segun se asegura por todos cuantos se ocuparon del triste fin del inmortal artillero, honra de su cuerpo y lumbrera de la esclarecida pátria, parece que al abrir los ojos reconoció el cuarto en que se hallaba.

Sin embargo, no pudo proferir más palabras que para llamar á su asistente.

El oficial de guardias españolas, D. Francisco Javier Cavanes, fué á avisar á la parroquia de San Martin, volviendo á poco acompañado del sacerdote Fr. Roman García.

Pero Daoiz habia perdido absolutamente el habla.

Unicamente respondió á las exhortaciones del sacerdote que le llevaba el Viático, apretándole la mano, siendo probado que hasta el fin conservó todo su conocimiento.

Pocos momentos despues de recibir la Uncion, entregó á Dios su alma, habiendo derramado tan generosamente su sangre en defensa de la pátria que le vió nacer, y que recordará eternamente con orgullo á tan ilustre hijo.

En cuanto al cadáver de Velarde, pasó con él una cosa verdaderamente singular.

Habia sido desnudado instantáneamente, sin saberse por quién.

Pero tambien, como aconteció á Daoiz, los valientes que con tanto arrojo secundaron sus esfuerzos, le envolvieron en una tienda de campaña (1) y le dejaron retirado en el interior del edificio hasta las tres de la tarde.

A esta hora lo trasladaron paisanos y artilleros á la parroquia de San Martin, á través de mil dificultades, y procurando desorientar á los franceses sobre si podian ser los restos del inmortal artillero.

Cuando el Maestro retiró herido á Utrera, este, que vió caer al jóven capitan y recordó su encargo, dijo al artesano:

—Amigo mio, Velarde ha muerto: ahora mismo le he visto caer: yo no puedo acercarme por mí solo... ¿quiere Vd. hacerme un favor?

---

(1) Histórico.

—Diga Vd. pronto,—respondió el Maestro,—pues sin pérdida de tiempo es preciso vendar la herida de Vd., y que ambos huyamos cuanto antes.

—El há muerto,—replicó Utrera,—y ante todo es preciso cumplir su voluntad.

—Disponga Vd. pues...

—Tome Vd. este pañuelo.

Y el amante de María sacó del bolsillo el pañuelo que una hora antes le había entregado Velarde.

El Maestro lo tomó, fijando en su noble amigo una mirada de estrañeza.

Este añadió:

—Acérquese Vd. á nuestro desgraciado compañero y observe ante todo si en realidad ha muerto...

—¿Y despues?...

—Si está muerto, si no da esperanzas de vida, empape Vd. ese pañuelo en su sangre: con él ha querido hacer un legado á una persona querida.

El artesano se dirigió adonde Velarde yacía exánime.

Cogió una de sus manos y la pulsó: tocó sus sienes y no halló un solo latido: aplicó el oido á su boca, y no respiraba.

Entonces, ejecutando las órdenes de Utrera, empapó en la sangre del héroe el pañuelo, comprimiendo la herida abierta por la traidora bala en su noble corazon.

Despues el Maestro volvió adonde estaba Utrera, y besando antes con religiosa veneracion el ensangrentado pañuelo, se lo entregó diciendo:

—¡Es una preciosa herencia! ¡dichoso el que la recoja!

Y dos lágrimas, lágrimas tan sinceras como expontáneas, corrieron por las mejillas del Maestro, dejando un

surco que trazaron sobre la negra tez, manchada por la pólvora del combate.

—Ahora,—añadió,—á salir de aquí cuanto antes...

—Lo creo difícil, amigo mio,—respondió Utrera,—mientras el artesano le vendaba la pierna.

—Dios nos ayudará,—repuso.

—Por lo que pueda suceder, debo hacerle un encargo.

—¿Qué encargo es?

—Si yo no puedo salir de aquí, Vd. está ágil, Vd...

—Por lo mismo que estoy ágil, saldremos los dos.

—Bien; pero no por eso debo prescindir de tomar mis precauciones. Decia, que si desgraciadamente no salgo de aquí, Vd. puede llegar hasta donde Vd. sabe...

—Sí, comprendo: continúe Vd.

—María debe estar en una terrible ansiedad; temo que á su anciano abuelo le habrá acontecido alguna desgracia...

—¿Y bien?

—Procure Vd. saber su paradero, y si, lo que es posible, hubiese perecido, póngase de acuerdo con el señor Nicolás, y juntos amparen á la pobre María...

—¿Tiene Vd. más que decirme?

—Sí: este pañuelo, que yo guardo, en el caso de perecer aquí, lo entregará Vd. á la condesa del Ramal, que vive calle del Arenal, número...

El Maestro, que habia concluido de vendar la herida del jóven, le interrumpió diciendo:

—Bien: todo lo que Vd. me dice se hará á su tiempo; mas entretanto, haga un esfuerzo, ampárese de mí, y probemos á salir de este sitio cuanto antes, ahora que esos canallas parecen ocuparse tan solo en tomar posesion de este sitio...

CAPITULO XXXV.

Horas de doble terror.

Durante la encarnizada refriega, y oyendo el eco repetido y mortal de las descargas, el retumbar del cañon y los gritos del pueblo, la tímida y desconsolada María fué presa de mortales inquietudes.

Desde las ocho de la mañana, ni su abuelo ni su amante habian aparecido en la casa; y unido esto á las funestas nuevas que en las primeras horas la habia traido un criado, la hizo temer sériamente por la suerte de los séres que tanto la querian, y cuya pérdida la reduciria de nuevo á una cruel horfandad.

Agitada y convulsa, á cada instante que sus oidos percibian el mas confuso rumor por las escaleras, ó cuando su afanoso deseo la hacia creer que llamaban á la puerta, corria desalada, adelantándose á sus criados, creyendo que alguno de los dos, Utrera ó el anciano, llegarian á acom-

pañarla, á consolarla, á librarla de la terrible ansiedad que agitaba su espíritu.

Pero nada; ella, como sus fieles criados, se engañaron repetidas veces, dando tan solamente crédito á la voz de su deseo.

Así trascurrió la mayor parte de aquel dia mortal.

La pobre criatura, perdidas, unas tras otras, todas las esperanzas, sin fuerzas ya para resistir á su hondo pesar, angustiada, ni aun escuchaba las frases de consuelo con que la servidumbre pretendia en vano tranquilizarla.

Por fin llegaron las tres de la tarde.

A esta hora habia terminado la lucha entre el pueblo y los soldados de Napoleon, si bien desde entonces comenzaron de parte de estos los asesinatos.

María lloraba con toda la amargura que sentia en su corazon.

Hasta cierto punto la esperanza la habia alimentado; pero ya entonces, ni aun los mismos criados, tan dudosos como ella, no se atrevian á inventar artificios ni frases, que ellos eran los primeros en reconocer estériles.

Habíanse engañado repetidísimas veces; en todas ellas habian corrido á la puerta, que abrieron atendiendo á un llamamiento quimérico.

Era el momento en que Madrid se habia pacificado, á instancias de la Junta de Gobierno y á gusto de los franceses.

La amante de Utrera ni aun tenia valor para fomentar ni una nueva ilusion que la sostuviese.

Horribles presentimientos agitaban su mente.

Su tierno corazon latía ahora bajo el temor de horribles desgracias.

Ya no habia consuelo para la pobre niña.

Tal vez Montenegro y su adorado Utrera habian sucumbido al mortífero plomo del francés, y yacian bañados en su sangre, Dios sabe dónde, tendidos en alguna plaza ó bocacalle.

Tan graves temores, si la ausencia de aquellos dos séres que tanto la querian no bastaba á inspirarlos á la desconsolada jóven, los hacia brotar el recuerdo del ódio marcado que uno y otro, Utrera y el anciano, profesaban á los enemigos de España.

No habia, pues, lugar á duda.

Tampoco abrigaba ya la esperanza mas ligera.

De pronto un suceso, un suceso verdadero, suceso inesperado, la hizo extremecerse, conmoviendo su corazon.

Dos golpes, dados fuertemente en la puerta, pero golpes no imaginarios como los que antes se habia figurado oir, vinieron á reanimar su espíritu desfallecido.

Tal vez Utrera, el anciano Montenegro... acaso los dos llegaban en aquel instante venturoso.

En alas de la esperanza, mas bien voló que corrió hácia la puerta de la escalera, tan rápidamente, que por muy ligeros que intentaron acudir su doncella y un criado, ya la solícita jóven habia puesto su mano sobre el cerrojo, y se disponia á abrir con la misma presteza.

Los latidos de su corazon eran tan fuertes, que casi los sentia tan claros como el golpear de un martillo sobre el yunque:

Por fin corrió el cerrojo, y abrió llena de ansiedad.

Pero al fijarse sus ojos en la persona que habia llamado lanzó un fuerte grito, y retrocedió como espantada.

Tal fué su sorpresa, y aun podemos decir su terror, que á no sostenerla oportunamente su doncella, la jóven María hubiese caido desplomada sobre el suelo.

No era extraño.

Eugenia de Montenegro, su madre, se habia ofrecido á sus ojos tan repentina é inesperadamente, que casi la tomó por una vision.

La fascinada jóven retrocedió, como decimos, cayendo en los brazos de su doncella, casi privada de conocimiento.

Eugenia avanzó precipitadamente hácia su hija con ademan de socorrerla; pero al dar algunos pasos se detuvo y fijó en el rostro de la jóven una mirada indefinible de tristeza.

Pareció como que temia tocarla.

—Llévela Vd. á su habitacion, y procure sosegarla,—dijo Eugenia con una voz, que por la primera vez acaso parecia triste y apesadumbrada; y cerrando luego la puerta siguió á María y á los criados, que la sostenian exánime en sus brazos.

Al llegar al gabinete de la jóven, la sentaron en un sillon.

Pero no habia perdido la razon, y su rápido desvanecimiento desapareció bien pronto, permitiéndola fijarse con estupefaccion en la mujer que, habiéndola llevado en sus entrañas, siendo su madre, la inspiraba tal vez un terror más profundo que los horrores de aquel aciago y tremendo dia, tan fecundo en emociones desconsoladoras para la tímida criatura.

Eugenia se sentó frente á su hija, pero á una larga distancia, desde donde la estuvo contemplando mucho tiempo en silencio, y sin perder ni su mirada ni su rostro el marcado destello de tristeza que los mismos criados de la casa, ménos preocupados que María, distinguieron al primer golpe de vista.

Sin embargo, ellos tambien, como su nueva ama, extrañaron la repentina aparicion de Eugenia, exceptuando á la doncella de María, que Montenegro habia admitido á su servicio, con destino exclusivamente á a pobre huérfana.

Cuando Eugenia comprendió que su hija se recobraba, preguntó con ansiedad á su antiguo criado, que la contemplaba como á un huésped del otro mundo:

—¿Y mi padre?... ¿está en casa mi padre?

El criado balbuceó una negativa.

—¿Que no está en casa, dices?—volvió á preguntar Eugenia sobresaltada.

El criado no respondió.

—¿Habré entendido mal, Domingo?—insistió la hija de Montenegro.

—Desgraciadamente,—respondió por fin el criado,—ha comprendido Vd. demasiado bien, señora.

—¿Pues qué?...

—Desde esta mañana muy temprano, no hemos vuelto á saber del señor; estamos en una contínua zozobra.

—¿Y no habeis averiguado?...

—¿El qué, señora?

—¿Qué es lo que puede haberle sucedido?

—¿Y cómo?

—Buscándole en los sitios adonde solia concurrir ordinariamente.

—Imposible: con los horrores que se cometian por esas calles, y además, con tanta confusion, era difícil buscar al señor: hubiera sido inútil.

—Pero... ninguna noticia...

—Ninguna: tememos que la primera que llegue habrá de ser fatal. ¡Son tan numerosas las desgracias que han ocurrido!

Eugenia no replicó.

Las palabras del criado parecian haberla causado una viva impresion.

Por espacio de algunos segundos guardó profundo silencio.

Luego murmuró como si hablára consigo misma:

—¡Lo temia!... ¡Mas será posible, Dios mio! ¡Le habrán atropellado... asesinado tal vez!

Y llevándose ambas manos á su frente, rompió en amargos y entrecortados sollozos.

María contempló entonces aquella mujer con visible sorpresa.

Semejante actitud era para la pobre niña incomprensible.

Ya en un principio la brusca aparicion de Eugenia la habia causado cierto sobrecogimiento, que hasta llegó, como hemos visto, á desvanecerla.

Su sobrecogimiento era motivado, como saben muy bien nuestros lectores, por el terror, por la terrible opinion que de Eugenia tenia formada.

Mas por lo mismo que tenia de ella semejante opinion, su extrañeza, su sorpresa creció de todo punto al contemplar las lágrimas que su madre derramaba en aquel momento de ansiedad.

La pobre jóven creia á su madre incapaz de llorar, y más aun, de llorar por la desgracia que todos temian hubiese acontecido á su padre.

Durante algunos minutos los sollozos de aquella mujer extraordinaria, sollozos inexplicables, inverosímiles para María, se repitieron con tenaz desconsuelo, y parecia no ser dueña de sí misma.

—¿Por qué llora Vd., señora?—preguntó á pesar suyo

y como pretendiendo consolar á la misma que tan mala impresion la habia causado hasta entonces con su criminal conducta.

Eugenia apartó las manos de sus ojos, y miró á través de sus lágrimas á aquel ángel que tanto daño la debia.

La hija de Montenegro, á su vez, se extrañó de que la suya la demostrase el más leve interés...

¡La habia ofendido tanto, la habia hecho tan desgraciada!

Hija y madre se contemplaron mucho tiempo, sorprendidas la una de la otra, sintiendo acaso por la primera vez cierta atraccion simpática, de que no se habian creido capaces...

¡Cosa inexplicable para María! Aquellas lágrimas que jamás habia creido capaz de ver correr por las mejillas de tan pérfida mujer, causaron en su bueno y sensible corazon un efecto mágico.

Aquel llanto pareció borrar su terror, el miedo que hácia Eugenia sentia.

Era para Eugenia una especie de redencion.

Esta, que por un momento se quedó como sumida en un éxtasis al escuchar el timbre celestial de aquella voz cariñosa, se levantó de su asiento con una sensacion extraña.

—¡Quisiera hablarte á solas un momento, hija mia!—dijo con voz suplicante y baja, acercándose á María, quien dirigiéndose á los criados, que atónitos presenciaban esta escena, les mandó salir de la habitacion.

Eugenia y María se quedaron solas.

En aquella ocasion, por uno de esos fenómenos que el tiempo y las circunstancias obran en las criaturas huma-

nas, Eugenia era la que se sentia sobrecogida, tímida, cortada, por decirlo así, delante de su hija.

Su vacilacion y temor eran tan marcados, que sin darse cuenta ella misma del rápido cambio que se obraba en su corazon, tuvo que dar alientos á su madre para que hablára, rompiendo al fin un prolongado y embarazoso silencio.

—Ya estamos solas, señora,—dijo.

Eugenia hizo un esfuerzo, miró á su hija con una mezcla de pesar y de ternura, cruzó desalentada sus manos, y dijo con la voz temblorosa:

—No quiero pedirte perdon, porque no soy digna de él.

—¡Señora!... murmuró la jóven como aterrada por la humillacion á que tal vez sinceramente se abandonaba su madre.

—No, no lo merezco; he sido... soy muy mala, y jamás debes mirarme sino con horror: tu alma sencilla y angelical debe rechazarme como á un demonio...

El llanto embargó la voz de Eugenia.

María, dominada á su pesar, sintió tambien que sus ojos se humedecian, y si hubiese podido leer entonces Eugenia en el alma generosa de su pobre hija, acaso habria encontrado fácil el camino de una rehabilitacion.

Una santa piedad fué, sin que ella misma se diese cuenta de este sentimiento, el perdon que espontáneamente la hizo mirar desde aquel punto á la autora de sus dias sin el terror que antes la inspiraba.

Una sola lágrima, en la dulce region del sentimiento, arrastra más el ánimo que las frases mas elocuentes.

Bien decia un escritor sagrado, que ante Dios, y en la balanza del arrepentimiento, pesa tanto la lágrima sincera

del pecador, como las mayores y mas numerosas virtudes del justo.

Por eso, la última hora del criminal puede ser muchas veces la hora de su redencion, si es tambien por ventura suya la hora, jamás tardía, del arrepentimiento.

El perdon para las almas buenas y grandes es una intuicion, un destello que se desprende de la misericordia de Dios, y se encarna en el espíritu del hombre.

Sin esa misericordia emanada de la Divinidad, la justicia humana en cualquier caso dejaria de ser justicia, para ser únicamente una terrenal venganza.

María empezó por sentirse dominada, llena de esa divina misericordia.

Y ¿cómo no, si como muy bien decia Utrera, poseia el corazon de un ángel?

Las lágrimas de su madre, lágrimas para ella imposibles, caian sobre su corazon como el rocío benéfico en los cálices de las flores.

El cáliz virginal de su alma se abria desapercibidamente á las emanaciones de aquel llanto, arrancado segun ella por el arrepentimiento, por el horror del pasado.

Entonces y solo entonces fué cuando sus ojos pudieron fijarse en el rostro de su madre.

Eugenia, á pesar de su edad, conservaba toda su belleza, realzada en aquella ocasion por cierta palidez, hija del padecimiento, y por el llanto que sus ojos vertian.

La pobre niña, al contemplarla en aquella ocasion, lo hizo con secreto interés.

Y de sorpresa en sorpresa, perdiendo rápidamente y uno tras otro los escrúpulos y los recelosos temores que antes la habian dominado, llegó sin esfuerzo hasta la simpatía, sintiendo como suyo el dolor de aquella mujer, de

aquella madre, antes tan perversa, tan dura, y que ahora lloraba.

Las lágrimas de Eugenia abrieron, pues, la fuente á las suyas, que dejó correr silenciosamente sin cuidarse de reprimirlas.

Eugenia las vió correr.

Y comprendiendo por instinto, con el instinto de madre, lo que ganaba por momentos en el corazon de María, fuertes y misteriosos latidos agitaron su fibra, hasta entonces más insensible y recóndita.

No fué dueña de sí misma; así es que exclamó llena de inefable consuelo, que se revelaba en su acento entrecortado:

—¡Ah!... ¡tambien lloras!... gracias, hija mia, gracias: soy en verdad bien digna de compasion, porque ni aun me creo merecedora de que tú te apiades de mí...

—¡Señora!—exclamó María como aterrada por la humillacion de su madre.

Pero esta repitió:

—La verdad, María, la verdad; soy la mujer más criminal y odiosa de la tierra, y porque lo conozco, porque he dado grandes motivos para que me desprecien los mismos cuyo cariño no he debido enajenarme nunca... ¡Oh! gracias, repito, gracias, porque tú siquiera tienes compasion de esta desgraciada.

María volvió á exclamar, como si las palabras de su madre la hicieran daño:

—¡Por Dios!... no hable Vd. de ese modo... no debo permitir que Vd. prosiga..... mas..... ¡será posible Dios mio!....

La jóven se inmutó al decir esto.

Y dominada, vencida, no fué dueña de contenerse, y

las lágrimas que antes corrian en silencio, se convirtieron ahora en sollozos, estableciéndose por fin entre la madre y la hija una cadena simpática, que los desaciertos de aquella y su aun reciente crueldad habian imposibilitado hasta entonces.

Nuestros lectores se extrañarán sin duda al presenciar esta escena.

De ella, sin embargo, daremos bien pronto una explicacion, que la justificará cumplidamente.

Probablemente nuestros lectores, por lo que aparece, habrán podido inferir algo semejante á una reaccion singular, á una metamorfosis, á un cambio extraordinario, inverosímil, en el corazon de aquella inconcebible mujer.

Su inesperada presencia en aquella casa, delante de su hija, en tan críticos momentos; su actitud, sus lágrimas, infundieron algo más que la confusion y la sorpresa en el ánimo de la desconsolada María.

Decíamos que tambien los ojos de esta se humedecieron; y Eugenia, que á través de las suyas vió correr aquellas lágrimas preciosas, tal vez debió sentir como un impulso de gratitud hácia el generoso tributo que á su dolor rendia aquel hermoso fruto de sus hasta entonces empedernidas entrañas.

Por un momento se sintió dominada, atraida, y pareció como que una fuerza irresistible, íntima, la impulsaba á correr, con los brazos abiertos, para estrechar á la que así perdonaba tan enormes deudas con una espontánea simpatía, con la dulce simpatía del llanto.

Un vértigo cruzó la mente y agitó el corazon de Eugenia.

Cierta dulzura, un consuelo inefable refrescó su pecho,

en aquel instante agitado por violentas emociones, acaso por los remordimientos.

Dió un paso rápido en direccion á María; pero no bien lo intentó, se detuvo repentinamente.

—¡Ah! exclamó entre sollozos,—¡tambien tú lloras!... al fin tienes compasion de mí! Verdaderamente, bien la merezco!... ¡Bendita... bendita seas!

Y quizás flexible y débil por la primera vez de su vida sedentaria, Eugenia redobló su llanto, llanto precioso y venerable aun al desprenderse de los ojos del mayor criminal, y que en la senda de la maldad es siempre el principio de una redencion santa y verdadera.

La conmocion de María fué creciendo rápidamente, y desde entonces Eugenia se hizo lugar con sus lágrimas en el corazon de la jóven.

CAPITULO XXXVI.

La casa de Correos.

Habíase establecido, despues de aplacada la efervescencia del pueblo, un sistema de terror, de venganza y exterminio, quizás más sangriento, más inhumano que las escenas anteriores.

Apenas el rencoroso Murat fué dueño absoluto de la situacion, se entregó á toda suerte de represalias.

En aquel corazon malévolo y ambicioso no cabian los sentimientos leales.

Corrido, avergonzado de haber tenido que luchar durante algunas horas, y con desventaja en algunos momentos, contra un pueblo inerme y valeroso, si este, movido por su generosidad proverbial, no habia tenido inconveniente en ceder á las sugestiones de sus autoridades, ni en deponer las armas, entregándose desde luego á la tranquilidad y á la confianza que le inspiraban promesas bien solemnes de paz y de concordia, el francés, el soberbio caudillo, herido en su amor propio, sediento de sangre,

consecuente con su inmundo y criminal pasado, con el pasado, en que tanto contribuyó á alimentar la guillotina, no descansó hasta dar á la capital de España un nuevo ejemplo de su innata ferocidad.

Y como si la pacificacion del pueblo fuese para él la señal convenida, no bien los pacíficos habitantes creyeron terminada la desolacion reciente, y se entregaban en lo posible á la consoladora esperanza, comenzó á dictar medidas, cuyo fin era conseguir el desquite de las pérdidas ocasionadas en su ejército.

Ya hemos indicado que las ilusas autoridades españolas, fiadas en el convenio celebrado con el caudillo francés, descansaban en el puntual cumplimiento de lo pactado.

En la casa de Correos, mandaba por los españoles, un italiano al servicio de España.

Era este el general Sesti.

Cuando en la Puerta del Sol hubo llegado á su mayor apogeo la refriega, el anciano Montenegro, impelido por las masas, se encontró separado de sus amigos.

Utrera no habia podido encontrarle en los primeros momentos, y despues renunció por inútil á este propósito, comprendiendo además que habia llegado para él, como para el pueblo, la ocasion decisiva, en aras de cuya alta importancia, no el sacrificio del abuelo de su querida María, sino tambien la existencia de su propia madre, hubieran sido muy poca cosa; y este sentimiento no causará siquiera admiracion á nuestros lectores, toda vez que en España no es tampoco ejemplar el sacrificio del padre al hijo ó del hijo al padre en honor y defensa de la pátria.

Desviado Montenegro por una violenta oleada, fué llevado á una extremidad de la Puerta del Sol.

Al llegar á una casa situada en la esquina de la calle

del Cármen, un grupo situado á su puerta le obligó á detenerse.

Componíanle un puñado de hombres del pueblo, que armados y dispuestos á la pelea, se preparaban á ocupar una posicion, que por aquella parte podia ser atacada.

El anciano, al tropezar contra aquel puñado de valientes, con la cabeza descubierta, los blancos cabellos en desórden y la ropa descompuesta, se ofreció á la vista del grupo, lleno de majestad imponente.

A pesar de que habia sido rechazado por las oscilaciones de las masas hasta aquel punto, el aliento no le habia abandonado, ni de su severo rostro desapareció tampoco la expresion de la indignacion santa y patriótica que rebosaba en su corazon.

Aquel anciano venerable, cuyo resuelto ademan se revelaba en su singular aspecto, cautivó á los hombres del pueblo.

Uno de ellos, que parecia capitanear ó dirigir á los demás, habia preguntado á Montenegro, no atreviéndose á creer que su presencia allí fuese obra de otra cosa que de haberle sorprendido el motin como á una de tantas gentes desprevenidas:

—¿Vive Vd. muy lejos, caballero?

—No mucho; en la calle del Prado,—respondió.

—¡Ah! en ese caso es difícil que vuelva Vd. allí con seguridad, sin dar antes muchos rodeos, pues el enemigo atacará los puntos más cercanos...

Montenegro respondió con imperturbable seguridad y resolucion:

—Eso me importaria el saberlo, si yo pretendiese abandonar este sitio; pude haberlo intentado en tiempo...

—¿Qué pretende Vd. entonces?—le preguntó su inter-

locutor, participando de la admiracion que dominaba á sus compañeros.

—Y Vds., ¿qué pretenden, amigos mios?—les preguntó á su vez Montenegro.

—Luchar contra el enemigo de la pátria,—respondieron á la vez dos ó tres personas de las que componian el grupo.

—Pues eso mismo debo responder á Vds., señores,—objetó el anciano de un modo tan concluyente, que el primer interlocutor, no dudando ya de la resolucion firme que animaba el espíritu de Montenegro, tan solamente le preguntó, movido á interés por tan respetable figura y decidido patriotismo:

—Pero Vd... ¿habrá venido solo?...

—No; en medio de la confusion, he perdido á mis compañeros, que á la vez se han distribuido, haciendo frente á las calles de Alcalá y Carrera de San Gerónimo.

—Sin embargo,—objetó el artesano,—Vd. no va á poder resistir desde aquí la agitacion y el movimiento que bien pronto van á reinar.

—Haré lo posible,—respondió Montenegro resueltamente.

Otro hombre del pueblo terció en esta rápida conversacion, observando que el anciano podia ser más útil situándose en una de las ventanas de la casa cerca de cuya puerta estaban.

La proposicion, que sostuvieron muchas personas, fué por fin admitida, y Montenegro, acompañado de otros siete hombres, ocuparon efectivamente la posicion indicada.

Cuando los franceses, en lo más sangriento y empeñado del combate, penetraron y fueron rechazados sucesivamente en la Puerta del Sol, una de las casas desde

donde más les hostilizaron, fué aquella misma que Montenegro y sus escasos compañeros defendieron denodadamente.

Hubiérase creido por lo nutridos y certeros que eran los fuegos, que no podian ser ocho, sino cien hombres los defensores de aquella terrible fortaleza, bajo cuyos tiros habian dejado los veteranos de Napoleon numerosos cadáveres.

Apenas los franceses se hicieron dueños de aquella posicion, se dirigieron con predileccion marcada á aquella formidable casa, que tantas pérdidas acababa de costarles.

En la escalera encontraron á una anciana, que desde un piso subia á otro, temerosa de un atropello y anhelante por esconderse en el lugar más recóndito.

Pero no bien la distinguieron los soldados imperiales, emprendieron con ella á bayonetazos.

Muy pocos instantes bastaron para que la infeliz quedase convertida en un cadáver mutilado y horroroso.

Despues de esta primer hazaña, indigna no ya de soldados valerosos, sino delas hordas más salvajes del Africa, los franceses se dirigieron á las demás habitaciones de la casa.

Y de la misma suerte robaron y mataron, como verdaderos bandidos, cuanto podian haber á las manos de dinero, alhajas y personas.

Así llegaron á uno de los cuartos del segundo piso, el cual hallaron cerrado, como los otros, pero tan fuertemente, que todos sus esfuerzos por violentarle fueron de todo punto inútiles.

Viendo y comprendiendo que nada obtendrian por la fuerza, intimaron de palabra la órden de que se rindiesen los que dentro permanecian.

Pero una voz terrible les anunció una determinacion más terrible aun.

—A la menor tentativa,—gritaron desde adentro, en idioma francés, aunque con acento marcadamente español;—volaremos tres barriles de pólvora que tenemos dispuestos á muy pocos pasos.

Los franceses guardaron silencio, llenos de consternacion.

No era para ménos la amenaza.

El que la habia producido era el anciano Montenegro.

Conociendo que los enemigos se entregarian á toda suerte de atropellos y á una sangrienta venganza, dispuso que se reforzase la puerta de la escalera, colocando tras ella numerosos muebles que la sostenian y hacian inespugnable contra las primeras tentativas.

En cuanto á los tres barriles de pólvora, era esta una pura invencion. ¡Quién sabe! Acaso á haberlos tenido allí hubieran pasado de la amenaza al hecho, aun cuando no consiguiesen otro resultado que el destrozar una docena de franceses mas.

Pero apenas contaban aquellos valientes cuarenta ó cincuenta cartuchos sobre los ya quemados.

Como decimos, los franceses callaron, enmudecieron de consternacion.

Semejante amenaza, hecha por personas que momentos antes habian dado pruebas inequívocas de decision, era para meditarse y tenerse en cuenta.

La soldadesca, pues, desistió de violentar la puerta....

Pero era preciso cumplir las órdenes de los jefes, quienes habian determinado apoderarse del último y más insignificante rincon de la Puerta del Sol.

Se decidieron á participar tan terrible novedad al oficial que los mandaba.

A la sazon hallábase este en la puerta de la casa dirigiendo el resto de su fuerza, que se ocupaba en matar y prender transeuntes y vecinos...

La noticia que le dieron los soldados le hizo extremecerse.

Miró instintivamente hácia el lado de la casa, como si temiera que fuese á desplomarse sobre él á impulsos de una voladura, ocasionada por tres formidables barriles de pólvora.

Luego echó cuentas consigo, y considerando que el caso era demasiado grave para mirarle de cualquier modo, resolvió proceder con tino y cordura respecto de gentes que llevaban á su extremo último el principio de defensa.

Tras una larga meditacion, concluyó por tomar su partido.

Encomendó á sus soldados la mayor circunspeccion y cordura respecto á aquel punto, que por tan extraordinarias circunstancias se hacia en extremo delicado.

Despues, seguido de varios granaderos, subió la escalera y se detuvo ante la puerta de aquella respetable habitacion.

Aun se detuvo algunos instantes como receloso; pero al fin se decidió á llamar, y llamó con particular mesura.

—¿Quién vá?—le preguntó una voz.

Era la voz de Montenegro, el mismo que habia inventado el ingenioso recurso de volar los tres consabidos barriles de pólvora.

El oficial francés respondió en el tono más conciliador del mundo:

—Un oficial francés que quiere hablaros.

—¿Y qué quiere Vd.?—volvieron á preguntarle.

—Que os rindais, pero con las mejores condiciones para vosotros.

—¿Y quién nos las garantiza?

—Yo.

—¿De qué modo?

—Por mi honor, y defendiéndoos con las fuerzas de que dispongo contra los que osáran inquietaros en lo más leve.

Hubo un momento de silencio.

Al cabo, y despues de haber deliberado sin duda, volvió á decir la misma voz:

—Pues bien, vamos á tratar de estas condiciones.

—Entonces, abridme,—dijo el francés.

—Poco á poco, respondió Montenegro; abriremos, pero habeis de entrar solo.

—Bien, entraré solo.

—Es que si entra alguno más, daremos fuego á la pólvora, ¿entendeis?

—Convenido.

Y antes de entrar previno el francés á los suyos que se retiráran al fondo de la escalera.

Entonces el cerrojo de la puerta se descorrió; pero antes de esto sintió el oficial que los sugetos que ocupaban la habitacion se habian demorado, desembarazando de muebles el paso.

Por fin abrieron.

Montenegro dirigió una mirada hácia fuera, y despues de cerciorarse que únicamente el oficial se encontraba próximo, le indicó que podia entrar.

Apenas este lo hubo verificado, volvió á cerrar el anciano la puerta.

El oficial, al tiempo que le conducian al interior de

la habitacion, dirigia ávidas miradas en derredor suyo.

Sin duda buscaba los terroríficos barriles de pólvora con que habian amenazado volar la casa.

Montenegro distinguió la curiosidad del oficial, pero se hizo el desentendido.

—Amigo mio,—dijo en francés,—temerosos de que con la soldadesca nada bueno podríamos prometernos, nos hemos negado á toda inteligencia, esperando á tratar con una persona de honor...

El oficial se inclinó.

Montenegro prosiguió con la misma cortesía:

—Caballero, no seré yo quien oculte que desde esta casa hemos procurado batirnos lo mejor posible, correspondiendo, como Dios nos ha dado á entender, á la agresion de los vuestros...

—He podido distinguirlo perfectamente, á fé mia!—interrumpió el oficial.

—Pues bien,—repuso Montenegro,—despues de la guerra, viene siempre la paz; y como las almas generosas no guardan rencor, y esto ha concluido ya, comprendiendo que seria estéril resistir, estamos dispuestos á rendirnos con una sola condicion.

—Decidla...

—Con la de que estos amigos mios, padres de familia casi todos, puedan retirarse á sus casas tranquilamente.

El oficial hizo un gesto de duda.

—Qué... ¿no quereis?—le preguntó Montenegro.

—Por mi parte, amigo mio,—repuso el francés,—sentiria un vivo placer en poder serviros; pero se oponen algunas dificultades gravísimas.

—Veamos.

—El ejército del Emperador está exasperado, ciego...

—Nos confiamos á vuestra custodia.

El oficial francés se puso á meditar.

Tal vez olvidado ya de los famosos barriles de pólvora, y cediendo á generosos sentimientos, que estamos muy lejos de negar absolutamente á todos los soldados de Murat, escuchaba con muestras de franca simpatía al buen anciano.

Este esperó á que su interlocutor recapacitára.

Los demás circunstantes, esto es, los que tanto le habian ayudado á sostener un nutrido fuego desde las ventanas de la casa, no comprendiendo lo que en el idioma traspirenáico decian Montenegro y el oficial, permanecian mudos é indecisos, suspensos de lo que pudiese resultar de aquella ininteligible deliberacion.

El oficial francés dijo por fin:

—Amigo mio, sois un anciano valeroso, y aunque enemigo, digno de respeto y consideracion.

Esta vez le tocó á Montenegro inclinarse ante las lisonjeras palabras del oficial imperialista.

—Os doy las gracias por vuestro buen juicio,—dijo.

—Pues bien,—continuó el francés,—voy á hacer todo lo posible por salvaros.

—Y yo os lo agradeceré en nombre de mis compañeros,—repuso el anciano tendiendo á su enemigo la diestra, que este estrechó con esquisita cordialidad.

—Caballero,—dijo el francés,—preciso es que os fieis en mi palabra.

—Enteramente.

—Entonces, venid vos y vuestros compañeros.

—¿Qué intentais?

—Nuestros soldados se ceban en este momento contra cuantos españoles encuentran...

—¿Y bien?

—Es preciso que os dejeis conducir como en calidad de presos.

—¿Por qué así?

—Porque de este modo podré exigir que se os respete, y responderé de vuestras vidas...

—Pero... y despues, ¿qué hareis?

—Conduciros hasta cerca de la casa de Correos, donde se encuentran ya detenidos muchos españoles bajo la salvaguardia de vuestras autoridades.

—¿Y allí?

—Facilitaros la huida, si es posible.

—¿Y sino?

—Entregaros á vuestra autoridad: es el único medio que tengo de salvaros; de otro modo, repito, no responderia de las consecuencias que podrian sobrevenir.

Montenegro trasmitió á sus compañeros la proposicion del oficial, y todos le demostraron su aprobacion.

Pocos minutos despues, dicho oficial comunicaba á cuatro soldados suyos la órden de que le acompañáran en la custodia de aquellos presos, encomendándoles que se opusieran á toda tentativa de agresion á que pudieran entregarse otros soldados del ejército imperial.

De este modo llegaron á la casa de Correos, sin que nadie les inquietase; pero no sin presenciar el triste espectáculo, en su terrible tránsito, de los verdaderos asesinatos que se cometian en víctimas indefensas, las cuales eran inmoladas al furor y á la venganza sangrienta de sus verdugos.

Como habia ofrecido el oficial, dos compañeros de Montenegro, dos artesanos, pudieron deslizarse por una calle que encontraron en el tránsito.

Uno de ellos consiguió salvarse.

Pero el otro, que siguió un rumbo distinto al primero, tuvo la desgracia de ser divisado por un francés.

Apenas le vió echóse el fusil á la c ara, y dejó muerto de un tiro certero al valiente artesano, que tan denodadamente acababa de batirse en defensa de la pátria.

Cuando el oficial llegó con Montenegro y sus otros cuatro compañeros á la casa de Correos, la aglomeracion de tropas francesas en sus avenidas hizo ya difícil, imposible, toda otra tentativa de evasion.

—¡Nos hemos perdido!—exclamó con verdadero sentimiento, dirigiéndose disimuladamente al anciano.

Este le preguntó:

—¿No decíais que era española, si mal no he comprendido, la autoridad que aquí manda por el gobierno?

—Sí.

—Pues entonces, entregadnos á ella.

Dos minutos despues, aquellos valientes eran entregados al general Sesti.

Era este un italiano admitido por Godoy en sus buenos tiempos al servicio de España, y que pagó los favores obtenidos por nuestra pátria en aquella terrible ocasion, con la ingratitud más indigna y despreciable.

Pero en otro lugar nos ocuparemos de esto con la oportunidad debida.

Entretanto, volvamos á otros sucesos importantes á nuestra historia.

Nuestros lectores conocen ya en parte la suerte que habia cabido al anciano y noble abuelo de la atribulada María.

CAPITULO XXXVII.

Angustia y felicidad inesperadas.

Antes de acudir á otros parajes, donde nos esperan escenas en extremo graves y espectáculos de desolacion, preciso es que nos ocupemos de un suceso que para las almas generosas ofrece un verdadero interés, y mitiga en parte los rasgos desconsoladores de nuestra verídica narracion.

La situacion en que hemos dejado á Eugenia y á su hija, era verdaderamente singular.

Varios motivos habian concurrido de un modo muy poderoso á torcer, no diremos la índole, pero sí las costumbres y la conducta que hasta entonces habia seguido la hija de D. Pablo de Montenegro.

Recluida en el convento, despues del lance ocurrido en la casa del conde de M... al baron del Pino, en los primeros momentos sus inclinaciones y su aspiracion se rebelaron contra todo; y obstinada en llevar á efecto y por to-

dos cuantos medios desesperados le surgia su imaginacion calenturienta, un plan que contrariase á los que ella consideraba sus enemigos, y no eran otros que su padre y Utrera, echó mano de recursos insidiosos.

Durante los primeros dias que se sucedieron á la catástrofe del baron, ignoró el resultado fatal que habia tenido la herida de este, y aun el móvil cierto, determinado, que habia dispuesto las cosas de una manera tan aciaga para sus proyectos.

Poco tiempo despues de haber puesto el pié en el convento de San Plácido, ya por la determinacion de su padre, y ya por voluntad suya, en la desesperada alternativa de obedecer ó exponerse á más sérias consecuencias, llegó á saber Eugenia que su hija, la hermosa cuanto simpática y desgraciada María, habia sido recogida por el anciano, y ocupaba en su casa el lugar que habia perdido por su conducta odiosa, la que no habiendo podido arribar á ser condesa de la Alianza, tampoco llegó á alcanzar, por adversos acontecimientos, ser afrancesada baronesa del Pino.

Viva aun en su pecho la llama de la ambicion, semejante noticia la causó un profundo despecho.

Reducida casi á la impotencia, todo propósito de venganza era estéril.

Inquieta por la suerte del baron, por cuya existencia abrigaba sérios y fundados temores, la instalacion de María en casa de su padre llevó al colmo su furor.

Si bien por su clase y condicion disfrutaba de ciertas libertades, aislada en una habitacion de la sagrada casa, las religiosas, ni aun casi la molestaban con su presencia; sin embargo de esto, Eugenia reconocia y maldecia su impotencia, que la privaba de devolver á las personas que

tanto aborrecia, el mal que, en su sentir, la habian causado.

Desde luego la imágen de María se fijó en su pensamiento con tenacidad.

Segun su sentir, la habia usurpado un puesto en su casa que la correspondia á ella.

Penetrada del carácter resuelto y decidido de su padre, conocia que aquella determinacion, por la cual llevó á su lado á la jóven huérfana, seria irrevocable.

Como Eugenia no profesaba á su hija el afecto que de otro modo la hubiese impulsado á sentir de otra manera, discurrió sobre los medios que emplearia para apartar á la jóven del lado del anciano Montenegro.

Entonces fué cuando se decidió á escribir, valiéndose de los medios más secretos, una carta á la pobre niña.

Esta carta era precisamente la que María entregó á Utrera en la ocasion que nuestros lectores recordarán.

Dictada por mezquinos sentimientos, la pérfida madre consiguió llevar al corazon de María una pena, que la amargó hasta el punto de hacerla concebir temores y dudas, que tan ajenas eran á su inocente carácter, á su candidez é inesperiencia.

Decia así la carta consabida:

«Hija mia: sin comprenderlo tú acaso, estás sirviendo de instrumento á la venganza de mi padre y á la ambicion de tu amante, quien conociendo que por la posicion de aquel te espera un porvenir halagüeño, ha instigado al viejo á que diese el paso que hoy me tiene reducida á un completo aislamiento.

»Por muy doloroso que sea para mí borrar de tu corazon ciertas cándidas ilusiones, una larga esperiencia de las cosas y de los hombres me obliga á desengañarte acerca

del afecto que crees inspirar á dos personas, que hoy se afanarán en prodigarte toda suerte de atenciones y de cuidados.

»Repito que mi padre, al llevarte á su lado, lo hizo por vengarse de mí, por castigarme, por hacerte á tí tan feliz, como á mí desgraciada con su abandono. Acaso te probaré esto mismo de un modo tal, que no te dejará lugar á dudas.

»En cuanto á Utrera, ¿por qué, cuando no habian llegado aun las cosas á este extremo, no se enlazó á tí, dando así una prueba del desinterés de que tanto blasona?

»¡Ah, hija mia! líbreme Dios de decirte que su virtuoso amor es pura hipocresía; mas puedo asegurarte desde luego, que es mas extremado en ponderar que en sentir.

»Si no; si quieres por prudencia experimentarle, díle que te haga su esposa; pero con la condicion de que antes de darte su mano, te vuelva á tu antigua taberna.

»A mí me tienen por mala, me creen una hiena, y qué se yo cuántas otras cosas.

»En buen hora que lo crean; pero, ¿y ellos? ¿qué son ellos, hija mia?

»Yo al menos no he hecho alarde nunca de esas virtudes, que son la careta de ciertas personas; y Utrera, tu amante, ha hecho y hace todo lo contrario.

»Ciertamente la modestia no debe ser en él una de esas virtudes que aparenta, pues prueba todo lo contrario la costumbre que tiene de hacerse pasar por hombre sencillo y desinteresado entre las pobres gentes del pueblo, de que se rodea para sus fines particulares.

»Yo soy muy desgraciada, hija mia, mas no tanto como tú, que eres instrumento ciego de pasiones indignas, como son la venganza del uno y la ambicion del otro.

»¿Te quiere Utrera por tí misma, por lo que tú eres y vales?

»Intenta probarlo, hija mia, pero con cautela, y no tardarás mucho en conocer que te aprecio yo más, á pesar del mal concepto en que me teneis, que los que á cada hora y á cada instante no cesarán de ponderarte su entrañable amor. Duda siempre, hija mia, y así evitarás el peligro de engañarte. Yo soy desventurada en parte, y tú, sin comprenderlo, has contribuido á mi desventura. Te perdono, sin embargo, y te deseo toda la felicidad que á mí me falta. Sé cauta, y no te dejes engañar con falsos halagos.»

La lectura de esta carta, escrita con pérfida intencion, con la intencion de infundir la duda en el corazon de la pobre niña, consiguió preocupar su ánimo.

El temor de que las advertencias de su madre encerrasen alguna verdad en lo que hacia relacion á Utrera, por lo menos, la causó viva inquietud.

Ya hemos visto felizmente cómo, sorprendida por su cariñoso amante, le confió el secreto pesar que la afligia, entregándole la carta que con tan crueles designios habia escrito Eugenia desde su retiro.

Las protextas de aquel jóven leal, expresadas con toda la pasion que su alma bella y generosa sentia, arrancaron del corazon de María la segunda espina, que ya empezaba á clavarse con fiera saña en un puro seno.

Volviendo á Eugenia, esta recibió algunos dias despues un terrible golpe, que detuvo completamente el vuelo á su carácter.

Deseosa de conocer la suerte del baron del Pino, se determinó á informarse de ella por sí misma.

El baron habia permanecido en la casa del conde de M... durante los tres crueles dias que sobrevivió á la catástrofe.

Eugenia llegó algunas horas antes de empezar su terrible agonía.

Los más crueles dolores torturaban á aquel hombre, que tan cara habia pagado su adhesion á los enemigos de la pátria.

La mujer que habia creido dias antes ser su esposa, consiguió á la vez, apelando á su voluntad, siempre energica, salir del convento y entrar en la casa del conde de M... en ocasion de hallarse este ausente, hasta el mismo lecho del moribundo.

Este, que aun conservaba toda su lucidez, vió á Eugenia cerca de su cabecera, y un extremecimiento de su cuerpo reveló que la aparicion de aquella mujer acababa de causar en su alma y en su conciencia afectadas, una impresion desagradables:

—¿A qué viene Vd. aquí?—preguntó con voz colérica y prorumpiendo en gritos, que le arrancaban sus agudos dolores.

Eugenia, sorprendida por aquel tono, que sin duda no esperaba, no acertó á responder.

El baron del Pino gritó entonces:

—¡Infame! ¿viene Vd. tal vez á gozarse en mi agonía?...

—¡Pero baron!...—balbuceó por fin la hija de Montenegro.

—Si Vd. tiene aun entrañas,—añadió el baron,—salga de aquí, y vuelva á cuidar de la hija que ha abandonado por engañarme á mí, por arrastrarme á una senda de perdicion... No vaya Vd. á creerme tan desposeido de todo sentimiento bueno, que pueda aprobar su pérfida conducta... Vd. me engañaba, Vd. habia pretendido hacerme creer en su pureza, cuando ya era madre de una criatura

abandonada, fruto de otros amores, si esta palabra conviene á un ser tan insensible como es Vd...

El esfuerzo que el baron habia hecho para expresarse así, redobló sus dolores y le obligó á interrumpirse, exhalando terribles gritos é imprecaciones.

Eugenia le habia escuchado en silencio, como si se hubiese sentido anonadada bajo el peso de las palabras del moribundo.

Tan súbita mudanza en el alma del ambicioso baron, no podia ser resultado de otra cosa que de las revelaciones que deberian haberle hecho Utrera ó el anciano.

Ni una palabra, ni una protexta, ni siquiera una escusa brotó en los lábios de Eugenia.

De una en otra sorpresa, abandonada por todos, por todos recriminada, hasta por aquel moribundo, que en obsequio á ella tal vez se habia lanzado por el camino de bastardas traiciones y manejos con los enemigos de la pátria, esto último fué para ella un terrible golpe, que dió al traste con toda su serenidad de ánimo.

El baron, que la vió allí muda y perpleja, volvió á exclamar con voz de trueno, y haciendo un supremo esfuerzo:

—¿Qué?... ¡aun permanece Vd. ahí!... ¿se ha propuesto usted acaso acibarar mi última hora?... Salga Vd. inmediatamente, y corra á buscar á su hija abandonada... huya Vd., si no quiere llevarse de aquí mi justa maldicion, por los males que me ha causado!...

Estas últimas palabras concluyeron con las pocas fuerzas que quedaban ya al enfermo, cuyos padecimientos llegaron á su colmo por la exasperacion á que acababa de entregarse ante la presencia de Eugenia.

Casi súbitamente una nube empañó sus ojos, y la razon abandonó su espíritu.

Entonces, la hija de Montenegro vió empezarse el período de una horrible agonía, que acaso ella habia precipitado.

Pocos momentos despues los criados de la casa, cumpliendo el encargo del médico de M..., que habia asistido hasta entonces al baron, habian ido á buscar un sacerdote, cuyos auxilios llegaron demasiado tarde para el infeliz.

Cuando Eugenia salió de aquel lugar de agonía, llevaba en su corazon un terrible peso, un secreto dolor.

Al regresar al convento de San Plácido, se encerró en una especie de celda que la habian destinado para habitacion durante su permanencia en aquel asilo.

Ideas y sentimientos desconocidos acudieron entonces á su mente y á su conciencia.

Como si lo presenciase á través de un prisma sombrío, vió cruzar ante sus ojos su pasado, con cuanto de risueño ó de fatídico tenia.

Desde su niñez venturosa é inocente, hasta la edad en que gradualmente se fué haciendo más y más culpable, todo se presentó ahora á su razon, aguzada y despierta por el reciente desastre que acababa de tocar.

Entre todas sus reflexiones y recuerdos, las palabras con que el baron del Pino le habia referido á su hija, fueron las que más cuerpo tomaron en su imaginacion.

Los nombres de María y de su padre fueron pronunciados repetidas veces por sus lábios convulsos y trémulos.

Una hora permaneció así.

De este modo llegó la noche.

La tétrica vibracion de la campana del convento, que doblaba á las oraciones, hirió súbito su oido, y un extraño serpeo recorrió su corazon y agitó su sangre con desconocida sensacion.

Entonces sintió que sus ojos se abrasaban, que un peso enorme oprimia su pecho, y que una reaccion extraña se obraba en su ánimo abatido.

—¡Sola, Dios mio!... ¡sola por fin!...

Y pronunció estas palabras á manera de queja, con voz entrecortada.

La campana del convento seguia doblando con fúnebre tañido.

Parecia la voz de la eternidad hablando con elocuente majestad á la conciencia del hombre.

En aquel momento las religiosas elevaban en coro sus preces al trono de Dios.

Sus ecos, mezclados con el plañidero acento de la campana, llegaron, impregnados en celestial armonía, hasta el alma de Eugenia.

Un llanto copioso acudió á sus ojos y á su corazon con irresistible fuerza.

Sus manos se cruzaron con apasionada vehemencia.

Dirigió sus miradas hácia el cielo, á través de la reja de su celda, y tal vez el primer sentimiento de piedad acudió á su alma.

Luego, cayó de hinojos.

Así, derramando abundantes lágrimas y murmurando sus lábios ininteligibles plegarias, trascurrió para ella la primer hora feliz de su vida, el primer momento de verdadera tranquilidad.

. . . .

Desde aquella noche, Eugenia se sintió preocupada por nuevas ideas.

Sus aspiraciones tambien tomaron otro rumbo.

Las lecciones recibidas habian sido elocuentes.

Las terribles palabras del baron, y su más terrible ago-

nía, despertaron la adormecida conciencia de tan extraordinaria mujer.

A esto se agregó el recuerdo del ódio que la demostraba su anciano y honrado padre.

Desposeida de todo afecto, derribadas por tierra sus ambiciones, que habia fundado en bases indignas, echó de ménos el amor de su padre y el de su hija, que tambien la miraba con temor y repugnancia invencibles.

Casi nos atrevemos á asegurar que ya entonces deseó Eugenia conquistarse el cariño, por tantos conceptos perdido, de aquellos dos séres que la pertenecian, y á los cuales habia renunciado con su fatal conducta.

CAPITULO XXXVIII.

Rehabilitacion.

Entonces, y solo entonces, comenzó á ser feliz en parte la hija de Montenegro; porque nada satisface tanto al corazon humano como los buenos sentimientos, aun cuando estos le aflijan y torturen.

De este modo llegó para ella, como para todos, el sangriento dia que tanta desolacion sembró entre los habitantes de Madrid.

Eugenia, desde su retiro, sintió el eco del cañon y las terribles descargas, que infundian la muerte donde quiera.

La noticia de los sucesos llegó hasta aquella morada del recogimiento...

Tan fatales acontecimientos no debian ser desconocidos á nadie, ni aun á las religiosas que, apartadas del mundo, consagraban exclusivamente su vida á Dios.

Eugenia, no bien tuvo conocimiento de los conflictos por que el pueblo atravesaba, sintió un profundo horror.

Tal vez, aun en los últimos dias de su buena inteligencia con los enemigos de España, no alcanzaba su razon á prever la sangrienta catástrofe que acababa de estallar.

¡Cosa extraña para ella!

Los franceses, que antes habian sido tan simpáticos á su espíritu ambicioso, sin duda por lo que de ellos esperaba, le inspiraban ahora un vivo terror, una inquietud inmensa.

Los que antes eran amigos suyos, los que casi debia considerar sus aliados, por las relaciones que habia mantenido con los generales del Imperio, y aun con el mismo duque de Berg, ocuparon súbitamente en su conciencia el lugar de enemigos.

La hija de Montenegro no habia tenido ante sí hasta entonces ese espejo de las virtudes que se llama conciencia, y es la balanza que equilibra las sociedades civilizadas.

Eugenia, despues de lo que acabamos de referir, empezó á sentir la conciencia que antes la faltaba.

Por la conciencia se levantó á sus ojos con monstruosas proporciones su deforme pasado.

Las culpas y los desaciertos, las infames tendencias y las acciones criminales, el mal que habia causado por igual á su anciano padre y á su inocente hija, todas cuantas consideraciones surgieron en su mente, desde el terrible fin, y las más terribles palabras que la habia dirigido el baron en su agonía, las debió á su conciencia.

Y desde que la conciencia se despertó en ella, desde que con intensidad violenta se levantó y tomó cuerpo dentro de su ser, la hija de Montenegro empezó á sentirse arrastrada hácia el bien, para el que hasta entonces habia permanecido sorda, indiferente.

¡Cuántas veces son malvadas las humanas criaturas, tan solamente porque las falta un pretexto para practicar y ceñirse al bien! ¡Y cuántas, asimismo, los instintos del bien desfallecen, porque el mal cierra en lucha fiera con todas sus tentaciones!

Tal vez hemos acriminado á Eugenia con exceso, sin detenernos á examinar los vicios de su educacion, más ó ménos descuidada.

No queremos entrar ahora en este terreno, porque casi no cabe en la índole especial de nuestro libro; pero es muy posible que el bondadoso y noble Montenegro, por algun descuido ó por excesiva tolerancia, en que algunos padres estriban su cariño, hubiese contribuido involuntariamente á las desgracias de su hija.

Tampoco buscaríamos en esta circunstancia hipotética una disculpa en favor de la hija, y á última hora precisamente; pues en nuestro concepto, si los sucesos posteriores obraron un cambio favorable en su carácter, este cambio la sincera en cierto modo y la rehabilita á los ojos de las almas honradas y generosas.

Volviendo al asunto, cuando Eugenia conoció el estado crítico en que se hallaba Madrid, concibió sériamente profundos temores.

No eran, en verdad, por ella misma, que nada debia temer en aquel sentido; pues contra cualquier conflicto la garantizarian sus buenas relaciones con el caudillo y demás jefes del ejército francés.

Las personas por las cuales temia, eran su padre y su hija.

En cuanto al anciano, sus temores eran sobradamente fundados.

Dado su carácter fogoso, á pesar de los años, y su ódio

profundo á los franceses, de presumir era en él cualquier patriótica imprudencia ó excitacion.

Desde el momento en que se declararon las hostilidades entre el pueblo y los franceses, su espíritu no disfrutó un instante de reposo.

Imaginábase ver entre las masas populares al anciano autor de sus dias haciendo frente, más con su espíritu animoso que con su fuerza material, al ejército enemigo.

Y de una en otra deduccion fatídica, de un temor en otro, su imaginacion contemplaba ya á su padre confundido con multitud de cadáveres, inmolados en aras de la independencia nacional.

Despues de esto, y recordando á su hija, se espantaba ante la fácil desgracia de que la soldadesca, penetrando en la casa abandonada por Montenegro, se entregase á toda suerte de atropellos; cosa que en verdad no reconoció límites en el á veces vandálico ejército del terrible Napoleon I.

La angustia y la desolacion fué adquiriendo grandes proporciones en el corazon de aquella mujer, antes tan mala; y llegó por fin un momento en que no la fué ya posible permanecer inactiva, entregada de aquel modo á sus dudas y temores.

Corrió, pues, á ver á las religiosas.

Estas, que postradas y alzando á Dios sus oraciones, le pedian protegiese á los hijos de la pátria contra las huestes del usurpador, vieron con sorpresa llegar hasta ellas á Eugenia, la cual, con el rostro pálido y descompuesto, las manifestó su resolucion de salir de allí.

Aterradas las religiosas con tan grave determinacion, procuraron disuadirla.

Pero Eugenia desoyó completamente las reflexiones que se la hacian.

Firme en su propósito, exclamó con una exaltacion indecible al tratarse de ella:

—¡Y qué me importa morir!... Al menos habré procurado salvar á mi padre y á mi tierna hija del peligro que quizás corren en este momento de cruel matanza.

Y con el rostro bañado en lágrimas y sin esperar á que las religiosas continuáran reprobando ó aprobando su determinacion, la hija de Montenegro corrió desalada en direccion á la calle.

Cuando llegó á la puerta de su casa, tomando la más cercana y segura direccion, el fuego en el centro de Madrid habia cesado.

Acababa de concentrarse en la posicion del Parque de Artillería, con el vigor que conocen ya nuestros lectores.

Una extraordinaria emocion se apoderó de Eugenia al penetrar en su casa.

Temia y deseaba á un mismo tiempo encontrar á su padre y á su hija.

Temia encontrarlos, porque su conducta para con ellos la obligaria á arrostrar tal vez merecidas muestras de terror por parte de una, y de ódio por la del otro.

Esto la hizo vacilar al subir las escaleras de su casa en tan críticos momentos.

Entrando, pues, en la conciencia de aquella mujer, no dudarán nuestros lectores que se hallaba en el feliz camino de una rehabilitacion.

CAPITULO XXXIX.

Lo que aconteció entre Eugenia y su hija, y terrible sorpresa que sufrieron ambas.

Las lágrimas de Eugenia habian hecho brotar las de su tierna hija.

Nada es tan simpático para las almas buenas, como el llanto que vierten aun los enemigos más encarnizados.

Pero las lágrimas de Eugenia, preciso es decirlo de una vez, causaron algo más que simpatía en el corazon de la jóven.

Para ello concurrian varias circunstancias muy poderosas.

En primer lugar, su fondo bondadoso y tierno, su propension decidida é invariable á querer, á sentir afecto y á perdònar.

Despues de todo, la que ante ella tenia en tal actitud era al fin su madre, y desde que esta madre aparecia como arrepentida de sus extravíos, por grandes que estos fuesen, se hacia acreedora al interés filial.

Por otra parte, habia tal espíritu de sinceridad en la actitud y en las lágrimas de Eugenia, que seria preciso abrigar gran dósis de rencor y de desconfianza, para no convencerse de que cuando menos, el arrepentimiento habia brotado al fin en la conciencia de aquella mujer.

Y para que todo contribuyese á estrechar un nuevo y precioso afecto en aquellos dos corazones, por tanto tiempo separados y tan diversos hasta entonces, la situacion de ansiedad en que ambas se encontraban en tan críticos momentos, las impelía dulce y rápidamente á una reconciliacion.

Las palabras de turbacion y de pesar en que se habia expresado Eugenia, conmovieron vivamente á la bondadosa María.

Esta, á pesar de sus lágrimas, distinguió el movimiento de su madre, cuando cediendo sin duda á un arranque de efusion, habia tal vez intentado abrir sus brazos á la jóven.

Un extremecimiento singular recorrió su cuerpo, y toda su sangre afluyó á su corazon.

Acaso podemos asegurar que Eugenia participó de la misma sensacion.

Pero en ambas era inefable.

María, que no participaba ciertamente de aquel terror que antes la habia inspirado su madre, creyó adivinar que algo de grande, de inesperado y consolador iba á recompensarla en parte del profundo azar que la dominaba por la ausencia de su anciano abuelo y de su amante.

Por lo que á Eugenia toca, se extremeció al considerar toda la dicha que por fin esperimentaría, confundiendo en un abrazo estrecho sus lágrimas con las de su hija.

Pero por mas que las miraba correr, dudaba que las

dictase otro sentimiento que el de la compasion, y esto mortificaba su alma, ahora deseosa de los dulces afectos á que ciegamente habia renunciado.

Hubo un momento de perplejidad, en que ambas permanecieron sorprendidas.

Las palabras de Eugenia, como decimos, causaron una dolorosa impresion en su hija.

Esta, cruelmente afectada, habia exclamado en tono suplicante y cariñoso:

—¡Por Dios, señora, no hable Vd. de ese modo!...

—No tengo derecho á otra cosa,—respondió Eugenia con honda pesadumbre.

—¡Vd. sufre!...

—¡Oh! sí, jamás he sufrido tanto...

—¿Por qué? señora...

—Porque conozco que debí parecerte un mónstruo, que aun debo inspirarte horror...

—¿Y es por eso?

—Sí, por eso, y porque he renunciado para siempre, con mis desaciertos, á tu cariño y al de mi padre, que tanta falta me hacen...

—¡Señora!...

—¡Estoy sola! ¡Dios mio! ¡sola y aborrecida!

—¿Lo cree Vd.?—preguntó María, ya desconcertada y con un acento indefinible.

Eugenia levantó los ojos hácia la jóven.

Con su instinto de madre conoció que algo extraordinario pasaba en aquella alma sencilla y candorosa.

Un brillo singular de ternura se reflejaba en los húmedos ojos de María.

Un temblor, esta vez visible, agitaba su cuerpo.

Sus brazos se abrieron.



María se arrojó delirante en los brazos de su madre, y la estrechó contra su corazon...

Eugenia, en vez de arrojarse en ellos, adelantó dos pasos, y cayó de rodillas.

Pero María se arrojó delirante y en la misma actitud que su madre, á la cual estrechó fuertemente contra su corazon.

Dos gritos de infinita felicidad habian sido exhalados por la madre y la hija.

Despues, los besos y las lágrimas se confundieron armoniosamente, y el más dulce lazo que puede estrechar á la naturaleza humana, las hizo permanecer así mucho tiempo.

De este modo no distinguieron que un criado y una persona que acababa de ser introducida en la habitacion, las contemplaban silenciosamente y con admiracion.

Pasados los primeros trasportes de cariño, María se levantó, atrayendo hácia sí á su madre.

Entonces fué cuando ambas repararon en la presencia del criado y del recien venido.

Este, para Eugenia, era desconocido completamente; así es que le vió con extrañeza.

En cuanto á María, le reconoció al punto.

La figura del Maestro, en un desórden que demostraba la parte que habia tomado en las escenas del alzamiento, se ofreció á los ojos de la niña, que le contempló con temor, exclamando apenas le reconoció:

—¿Vd. aquí, Maestro?

—Sí, hija mia,—respondió el valiente artesano;—aquí me tiene Vd. milagrosamente.

—¿Ha estado Vd....

—Sí, he estado en la refriega, y tambien...

María le interrumpió vivamente:

—¿Qué? ¿vá Vd. á participarnos alguna desgracia?... ¿mi abuelo?... ¿Utrera tal vez?...

—No tanto, María,—prosiguió el artesano:—en cuanto á D. Enrique, aun cuando herido, se encuentra á salvo...

—¡Ha sido herido!

—Sí, pero no es cosa de cuidado: me ha ordenado que tome informes de lo que pudiera haber ocurrido...

—¡Ah! gritó la jóven,—¿es decir que no saben Vds. nada respecto de mi pobre abuelo?

—Eso habíamos pretendido saber aquí mismo; pero es el caso que una casualidad...

—Por Dios... acabe Vd...

—Mi padre... ¿qué sabe Vd. de mi padre?... ¿vive?... gritaron á un mismo tiempo María y Eugenia, acercándose al Maestro con terrible ansiedad, y queriendo leer en el rostro del artesano, ennegrecido por la pólvora, lo que este se preparaba á decirles.

—Ante todo,—dijo el Maestro,—procuren Vds. tranquilizarse: la cosa no es tal vez tan grave... quiero decir, que aun es tiempo...

—Pero acabe Vd., buen hombre,—dijo Eugenia, cuyas piernas flaqueaban de temor.

—¡Sí, acabe Vd., amigo mio!—repitió María.

—Pues óiganme Vds. Deben saber, que habiéndome prevenido el señor de Utrera que viniese aquí á informarme del señor de Montenegro, á quien hemos perdido de vista en los primeros momentos de la refriega...

—¡Dios mio! ¡habrá perecido tal vez!

—¡El no podia hacer frente á tantos horrores! ¡Habrá sucumbido á las balas, ó habrá sido atropellado!

El Maestro dejó que pasáran estas y otras exclamaciones con que volvieron á interrumpirle Eugenia y María, cuya ansiedad crecia por instantes, y repuso por fin, procurando tranquilizarlas:

—Tengan Vds. calma, y atiéndanme, por Dios: todos hemos corrido peligros, es verdad, pero otros podrán quejarse con mayores motivos que Vds. en esta ocasion. Hace un cuarto de hora, y cuando con el alma en un hilo atravesaba la Puerta del Sol, temeroso de ver lo que afortunadamente no he visto, llamó mi atencion un grupo de soldados franceses, que en medio conducian prisioneros á varios hombres del pueblo.

—Acaso...

—Perdone Vd., María, y permítame llegue á explicarme: yo, como el señorito D. Enrique, temíamos que el señor de Montenegro hubiese sido una de tantas víctimas; pero afortunadamente no ha sido así.

—Qué, ¿le ha visto Vd.?

—Era uno de los sugetos que entre franceses he visto atravesar la Puerta del Sol.

—¡Padre mio!

—¡Vírgen santa!—tornaron á exclamar con voz desoladora hija y madre.

El Maestro repuso:

—Tranquilícense Vds. y tengan más fuerza de ánimo, lo cual es más útil en estas circunstancias.

—¿Y cómo, si acaso en este momento corre peligro la vida de nuestro padre?

—Veamos,—continuó el Maestro,—tal vez no habrá motivo para tanto.

—¿Desconoce Vd. tal vez los fusilamientos que se están haciendo?—preguntó Eugenia con voz angustiada.

—Desgraciadamente lo conozco todo, señorita,—observó el artesano, lleno de amarga conviccion;—pero al aconsejar á Vds. que no desesperen, me fundo en mis razones.

—Dígalas Vd.; pero, por Dios, no nos tenga demasiado tiempo en esta cruel ansiedad.

—Pues bien, por lo que yo he podido comprender rápidamente, segun lo que por ahí se dice, los españoles detenidos en la casa de Correos, lo están á disposicion de nuestras autoridades.

—¿Y nuestro padre?...

—Ha sido conducido á aquel punto.

—¿Puede saberse el jefe que allí manda?—preguntó Eugenia con ansiedad.

—Lo ignoro, señora,—respondió el Maestro;—mas puede saberse muy pronto.

Eugenia se dirigió rápidamente á su hija, y cogiendo con ternura una de sus manos:

—¡Gracias, hija mia, gracias!—dijo bajando la voz,—acabas de regenerar mi alma, derramando en ella el bálsamo de una felicidad, que por tanto tiempo he desconocido. Gracias, gracias mil le doy á Dios y te doy á tí, por haberme permitido ver un rayo de luz en medio de las tinieblas que me rodeaban, que me tenian ciega... Te dejo, hija de mi alma; pero volveré pronto, apenas haya cumplido con un sagrado deber, y aun cuando no fuese mas que para disfrutar un solo momento de la felicidad que acabas de hacerme entrever... ¡Adios! voy á salvar á mi padre...

Y sin dejar tiempo á que María la hiciese observacion alguna, como intentaba, Eugenia se dirigió al Maestro, á quien dijo en tono suplicante:

—Quédese Vd. mientras tanto, amigo, y acompañe á mi pobre hija; voy á salvar á mi padre, si aun es tiempo.

—Pero... ¿se atreve Vd. á ir sola?...

Eugenia se sonrió de un modo particular, casi con amargura, y respondió al artesano:

—Descuide Vd., amigo mio; no tema Vd. á los peligros que puedan amenazarme, ni temas tú tampoco, hija mia; ¿de qué me serviria, si no, el haber sido durante mucho tiempo afrancesada? Esta es, pues, la ocasion de que los que han sido mis amigos me otorguen algun favor, en el caso de que yo necesite de su proteccion. ¡Adios, hija mia! ¡Adios, amigo mio!

Dijo así Eugenia, y abandonó la estancia con rapidez.

Pocos instantes despues llegaba jadeante á la casa de Correos, cuyo centinela, cumpliendo con una consigna terminante, la detuvo el paso, causándola una terrible sensacion.

CAPITULO XL.

Venganzas.

Ya hemos indicado que la situacion del pacífico vecindario de Madrid, cuando más descuidado podia estar en la pacificacion á que por fin se habia venido por una y otra parte, llegó á ser de tal modo tenebrosa, que era ya difícil distinguir lo que seria preferible, si la lucha que con desiguales armas acababa de sostener contra las huestes de Napoleon Bonaparte, ó aquella aparente calma, en medio de la cual se disponia el caudillo francés á cometer con la más horrenda impunidad toda suerte de perversidades.

El sanguinario, el cruel, el déspota, el pérfido, el nunca bastantes veces maldecido Joaquin Murat, habia proferido una sentencia ó amenaza, de que no existe acaso otro ejemplo en la historia de la barbárie y la deslealtad; amenaza ó sentencia que desgraciadamente cumplió al pié de la letra.

Los débiles gobernantes de la desgraciada nacion,

aterrados por los sucesos, le habian brindado con la pacificacion del pueblo.

El duque de Berg, vista la matanza que en la lucha legal y generosa habian hecho los madrileños en sus soldados, temiendo acaso que en un lado ó en otro volviese á organizarse una resistencia parecida á la del Parque de Artillería, no vaciló un solo momento en aceptar las proposiciones de Ofarril y Azanza.

Unidos á los ministros y otros jefes españoles varios jefes delegados de Murat, enarbolaron la dulce enseña de paz y de perdon, que tan prontos resultados obtuvo en el corazon magnánimo de aquel pueblo valiente y generoso.

Pero entretanto que la autoridad española corria en alas de un justo y tardío remordimiento, desdecíase el antiguo vampiro de la revolucion francesa, el abastecedor de la *guillotina*, *el azote de los cosacos* que dice la historia, pródiga en execrar á este funesto personaje tantas cuantas veces se ocupa de él y de sus actos; y al desdecirse, faltando á la ley del honor, que respeta el hombre simplemente honrado, exclamaba con la saña del tigre:

—Id,—decia,—que yo os prometo fusilar diez de los vuestros, por cada uno de mis soldados muertos en el motin (1).

Y entretanto, Azanza y Ofarril corrian esperanzados, fiados en la falsa palabra del hombre que así habia jugado, que así habia burlado, que así habia menospreciado con cínica desfachatez todas las protextas de lealtad y de confianza que en él habian depositado, desde la incauta familia real hasta el mismo pueblo.

---

(1) Histórico.

En mal hora Napoleon envió á su cuñado á la capital de España.

Difícilmente, y pasando revista entre la numerosa cohorte de los generales del Imperio, podríamos escoger uno capáz de saberse conducir, en medio de un pueblo como el nuestro, cualesquiera que fuesen las intenciones, buenas ó malas, del extranjero; pero lo cierto, lo indudable es, que entre todos, ninguno era tan peligroso como Joaquin Murat.

Haciendo abstraccion de su alma terrible, de su malévolo carácter, de sus hábitos, escasas veces corteses, el cuñado de Napoleon obraba en España arrastrado por sus particulares miras.

La ambicion, desde que en aciaga hora puso su pié en nuestra pátria, comenzó á roer sus entrañas.

Su cabeza se abrasó con la fiebre de una soñada corona, corona que estaba bien lejos de comprender él, cuán difícil era de ceñir á sus inmundas sienes.

Napoleon mismo debió arrepentirse más de una vez de haber confiado al ambicioso duque de Berg el difícil papel, que tan mal supo desempeñar.

Aun dadas la perfidia, las ideas de usurpacion que Bonaparte abrigaba, el modo de conducirse que tenia Murat estaba muy lejos de favorecerle ni de convenirle.

Seguramente que el Emperador, en un principio al ménos, temió cualquiera excision con el ejército ó con el pueblo español.

Verdad es, que las sorpresas de varias plazas fuertes, de que hablamos en otro lugar, eran ya motivos más que suficientes para que la pretendida amistad del César francés no echase raices en el seno de nuestra pátria; pero aun así, merced á los artificiosos engaños de que se valieron,

todo hubiera podido dulcificarse con las astutas combinaciones y paliativos, de que tan cuerdamente sabia aprovecharse aquel hombre singular.

No sabremos decir si la decision con que el pueblo se opuso á la salida de los infantes el memorable dia 2, fué ó dejó de ser un mero pretexto, que su corage halló para llegar á las manos con el enemigo; pero es de presumir que aquel motivo le sirvió de bandera para su alzamiento.

En cuanto á si le inquietaba á Napoleon el temor de un rompimiento, de una guerra con España, la siguiente carta, tomada de la *Historia del Consulado y del Imperio*, obra de varios autores franceses, puede dar alguna luz, aunque poca.

El alma gigante de Napoleon I, era oscura por demás; y la innumerable série de contradicciones de que se vé plagada su historia tenebrosa, prueba, si no de veleidosidad, el poco ó ningun crédito que debia darse á sus palabras, y mucho ménos á sus promesas.

Cediendo al afan que desde un principio nos ha movido á dar á nuestros lectores cuantas nociones puedan ilustrarles acerca de los acontecimientos que venimos narrando, juzgamos oportuno reproducir aquí la susodicha carta de Bonaparte, antes de proseguir este importantísimo capítulo.

Decia así este documento, cuya fecha era la de 29 de Marzo de 1808:

«Señor gran duque de Berg: temo que me engañeis sobre la situacion de España, como os equivocais vos mismo. La ocurrencia del 19 de Marzo (1) ha complicado los acontecimientos: me encuentro en la mayor perplejidad.

(1) Alude á los sucesos de Aranjuez.

No creais que atacais á una nacion desarmada, y que no necesitais más que presentar vuestras tropas para someter la España. La revolucion del 20 de Marzo, prueba que tiene todo el poder y entusiasmo que se encuentra en hombres á quienes no han gastado las pasiones políticas.

»La aristocracia y el clero son dueños de España: si temen por sus privilegios ó existencia, provocarán contra nosotros un alzamiento en masa, que podrá eternizar la guerra. *Cuento algunos partidarios;* pero si me presento como conquistador, quedaré sin ninguno.

»El Príncipe de la Paz es aborrecido, porque se le acusa de haber entregado la España á la Francia: hé aquí el pretexto que ha servido para la *usurpacion* de Fernando: el partido popular es el más débil.

»El príncipe de Asturias no tiene ninguna de las cualidades necesarias al jefe de una nacion; esto no impedirá que para oponérnosle se le haga un héroe... No quiero usar de violencia con los individuos de esa familia; jamás es útil hacerse odioso, ni exasperar los ánimos. La España tiene más de cien mil hombres sobre las armas, y esta fuerza es más que suficiente para sostener con ventaja una guerra interior: divididos en muchos puntos, pueden servir de núcleo para el levantamiento general de la monarquía.

»Os presento todos los obstáculos que son inevitables; hay además otros que vos conoceis.

»La Inglaterra no dejará escapar esta ocasion de multiplicar nuestros obstáculos: despacha diariamente aviso á las fuerzas que tiene en las costas de Portugal y en el Mediterráneo, y recluta sicilianos y portugueses.

»No habiendo abandonado la familia real la España para ir á establecerse á las Indias, solo una revolucion pue-

de cambiar el estado de ese país, que de todos los de Europa, es el que quizá se halla ménos preparado para ella. Los que ven los monstruosos vicios del gobierno y la anarquía que ha reemplazado á la autoridad legal, son en muy corto número; los más se aprovechan de esos vicios y de esa anarquía.

»Por interés de mi imperio, puedo hacer mucho bien á la España. ¿Cuáles son los mejores medios que pueden adoptarse?

»¿Iré yo á Madrid? (1) ¿Ejerceré un acto de gran protectorado, decidiendo entre el padre y el hijo? Me parece difícil hacer reinar á Cárlos IV; pues su gobierno y su favorito son tan impopulares, que no se sostendrian tres meses.

»Fernando es enemigo de la Francia, y por eso se le ha hecho rey. Colocarle en el trono, seria servir á los partidos, que hace veinticinco años procuran el aniquilamiento de la Francia. Una alianza de familia seria un vínculo muy débil: la reina Isabel y otras princesas francesas han perecido miserablemente, cuando han podido ser sacrificadas impunemente á atroces venganzas. Pienso que no debe precipitarse nada, y que conviene esperarlo todo de los acontecimientos, que no pueden ménos de seguirse... Será preciso fortalecer los cuerpos de ejército, que se estacionarán en la frontera de Portugal, y aguardar...

»No apruebo el partido que ha tomado V. A. I. de apoderarse tan precipitadamente de Madrid. El ejército debia haberse mantenido á diez leguas de la capital, porque no teníais la seguridad de que el pueblo y las autoridades

(1) Ya saben nuestros lectores que no tuvo por conveniente venir él; pero vinieron *sus botas y su sombrero.* Algo era algo.

iban á reconocer á Fernando sin contradiccion. El Príncipe de la Paz debe tener muchos partidarios entre los empleados públicos, y además hay una adhesion habitual al antiguo rey, que pudiera producir muy buenos resultados. Vuestra entrada en Madrid ha alarmado á los españoles y servido maravillosamente á Fernando.

»He dado órden á Savary para que se traslade al lado del anciano monarca, y observe lo que pasa. Se pondrá de acuerdo con V. A. I. Avisaré ulteriormente el partido que haya de tomarse: entretanto, hé aquí lo que me parece conveniente preveniros: *no me comprometais á una entrevista con Fernando en España* (1), sino cuando juzgueis la situacion de tal manera, que deba reconocerle como rey. Os conducireis bien con el rey, la reina y el príncipe Godoy. Exigireis para ellos, y los hareis, los mismos honores que otras veces. Hareis de modo *que los españoles no puedan sospechar el partido que tomaré: no será difícil, porque yo mismo nada sé.*

»Hareis entender á la nobleza y al clero, que si la Francia debe intervenir en los negocios de España, serán respetados sus privilegios é inmunidades. Les direis que el Emperador desea que se perfeccionen las instituciones políticas de España, para ponerlas en armonía con el estado (2) de la civilizacion en Europa, y para sustraerla al régimen de los favoritos... Direis á las autoridades, á los habitantes de las ciudades y á los hombres ilustrados, que la España necesita volver á crear la máquina de su gobierno; que la hacen falta leyes que protejan á los ciuda-

---

(1) Esto explica en alguna parte las reticencias con que se anduvo respecto del llevado y traido viaje del Emperador á España.

(2) Para asimilársela al imperio.

danos contra la arbitrariedad y usurpaciones del feudalismo, é instituciones que reanimen la agricultura, la industria y las artes. Les pintareis el estado de tranquilidad y bienestar que disfruta la Francia, á pesar de las guerras en que se ha visto empeñada, y el esplendor de la religion, que debe su restablecimiento al Concordato que he celebrado con el Papa. Les demostrareis las ventajas que pueden sacar de una regeneracion política; el órden y la paz en lo interior, y la consideracion y el poder en lo exterior. Tal debe ser el espíritu de vuestros discursos y escritos. No precipiteis ningun paso. Yo puedo esperar en Bayona, pasar los Pirineos, y fortificándome hácia Portugal, ir á dirigir la guerra por aquella parte.

»Pensaré en vuestros intereses particulares; no penseis en ellos vos mismo... *el Portugal quedará á mi disposicion...* que ningun proyecto personal os ocupe ni dirija vuestra conducta; esto me perjudicaria, y á vos más que á mí. Vais demasiado aprisa en vuestras instrucciones del 14. La marcha que prescribís al general Dupont es harto rápida: á consecuencia de los acontecimientos del 19 de Marzo, hay que hacer algunas variaciones. Adoptareis nuevas disposiciones, y recibireis instrucciones de mi ministro de Negocios extranjeros. Os mando que conserveis la más severa disciplina; no haya indulgencia ni aun para las faltas más leves. Tendreis con los habitantes los mayores miramientos, y hareis que se respeten las iglesias y conventos.

»Las tropas evitarán todo encuentro, sea con los cuerpos del ejército español, ó con sus destacamentos: no conviene que por ninguna parte se encienda una chispa.

»Dejad á Solano que pase á Badajoz, y hacedle observar: marcad vos mismo el itinerario de mi ejército, para

mantenerle siempre á algunas leguas de distancia de los cuerpos españoles. Si se encendiese la guerra, *todo se perderia* (1).

»A la política y á las negociaciones toca decidir de los destinos de España. Os recomiendo que eviteis las esplicaciones con Solano y los demás generales y gobernadores españoles.

»Me enviareis dos correos diarios: en caso de acontecimientos graves, me remitireis oficiales de órdenes: volvereis á enviarme inmediatamente á Mr. de Fournon, portador de este despacho, y le entregareis una relacion circunstanciada.

»Recibid la seguridad, etc.

»Firmado,—NAPOLEON.»

Verdaderamente, aun despues de tantos años como han mediado desde la memorable guerra, no puede decirse á punto fijo lo que Bonaparte revelaba en la precedente carta, ni cuáles eran las instrucciones dadas por él á Murat, anterior ó posteriormente á la entrada de este último en la capital de España.

Tampoco nos seria fácil asegurar si el duque de Berg y Cleves habia ó nó manifestado ideas ambiciosas á su cuñado respecto de una corona, que en tal caso no podia ser otra que la de España; ó si el Emperador, leyendo las intenciones de su pariente, presumia y temia á la vez su impaciencia.

Lo que desde luego se comprende por la lectura de esta importante carta es, en primer lugar, el partido que se proponia sacar de las desavenencias en que andaba la fa-

(1) Tenia razon.

milia real de España, segun en otra ocasion digimos, y manejar á sus individuos á su arbitrio y á la medida de su conveniencia; y en segundo, la parsimonia con que queria proceder respecto de la aristocracia, del clero y del ejército; elementos que al declarársele ostiles podrian presentarle cruda y formidable guerra, como no tardó mucho tiempo en ver confirmado Bonaparte despues de la memorable convulsion del dia 2 de Mayo de 1808.

Colígese tambien sin esfuerzo que Napoleon debió estar en inteligencia con las ambiciones de su cuñado, y que algo tambien debió prometerle, pues en el párrafo de la carta en que dice el duque de Berg, «no penseis vos mismo en vuestros intereses... el Portugal queda á mi disposicion,» parece decirle bien claramente que á falta de la España que ambiciona, le reserva como fineza el reino Lusitano.

Si ahora se tiene en cuenta que despues de haber pretendido Bonaparte hacer reinar á los Borbones de España en las Indias, ofreció sucesivamente la corona de Portugal á la ex-reina de Etruria y á Fernando, vendremos forzosamente á considerar los muchos engaños para los cuales le dió asunto aquella famosísima corona, tan elástica en manos del Emperador.

Mentira parece que tan ciegos hubiesen estado ciertos personajes, que no hubiesen vislumbrado la urdiembre de esta ridícula trama, de tan singular tejido de patrañas con que se burlaban su ignorancia ó su candidez.

Por lo demás, aunque de este y otros documentos, suscritos por el capitan del siglo, se desprendia el profundo temor que él abrigaba si era llegado el caso de una lucha con la Península, las tendencias de usurpacion eran tambien evidentes.

¿A qué manifestar entonces á Murat sus deseos de que se condujese del mejor modo posible y favorable á la conservacion de la paz?

Aun cuando sus ejércitos no hubiesen penetrado en Madrid, y se hubiesen entretenido vagando por nuestro territorio, haciendo danzas y contradanzas para eludir todo encuentro con nuestros soldados, ¿coincidian con estas instrucciones dadas á Murat, los raptos traidoramente cometidos por otros generales suyos contra nuestras plazas, ya á la sazon ocupadas por los franceses?

Por un lado Napoleon temia, muy acertadamente, verse lanzado á una lucha con los españoles, y por otro no perdonaba medio para provocarla.

Si tanto conocia nuestro carácter, nuestra altivez, nuestra pasion nacional, ¿á qué intervenir en los negocios interiores de la nacion, cansando y mareando al pueblo con las idas y venidas, pasos y contrapasos, del original rigodon que parecian bailar sus tropas?

¡Ah! en medio de su temor, conocia que su ruina podia venirle de España; que todo el gigantesco edificio de su fortuna podia ser derribado por el terrible huracan de nuestra indignacion pátria; y sin embargo, ¡parece fatalidad ó providencial decreto! se apresuró á buscar en nuestra formidable querella la terrible nave que habia de conducirle algun dia, á través de la tempestad que levantó Europa en su camino, al angustioso encierro de la memorable isla!

No queremos extendernos en más consideraciones ni comentarios acerca de este particular; y ya, brevemente apuntado, le dejamos al ilustrado juicio de nuestros lectores, quienes deducirán de tan oscuros manejos si Murat obró, siguiendo sus propias inspiraciones, al precipitar los

sucesos, ó lo hizo siguiendo las instrucciones del Emperador.

Lo que sí debemos decir es, que sus crueldades, su ensañamiento con el pueblo de Madrid, cerraron el camino á toda conciliacion; y que el bautismo de sangre de mártires que recibió la causa de nuestra independencia, debia ser el principio de la horrorosa tormenta que el destino levantó sobre la altiva frente de aquel cuyas plantas sustentaron extremecidas las Pirámides.

Decíamos que cuando por distintos medios logró Murat ver pacificado el pueblo, dió rienda á su encono, y se entregó de lleno al exceso de la venganza.

Las comisiones militares fueron bien pronto constituidas entre la quietud y el silencio de la paz.

Los infelices que habian caido en manos de los soldados franceses, fueron bien pronto víctimas de la deslealtad y del rencor extranjero.

Hasta ignoramos con qué fundamento llamó el caudillo francés *comisiones militares*, á las que no eran otra cosa que escoltas encargadas únicamente de custodiar durante breves minutos á los indefensos ciudadanos destinados al sacrificio.

Y no eran ya precisamente fusilados tan solo aquellos que habian sido sorprendidos con armas en sus manos, nó.

Joaquin Murat llevó su crueldad á un grado tal de exquisito ensañamiento, que nada parecia ser bastante á satisfacer su devoradora sed de matanza y de exterminio.

Pareciéndole sin duda pocos los prisioneros destinados al cruento suplicio, inventó un inícuo medio de asesinar á víctimas inocentes é inofensivas.

En la calle Ancha de San Bernardo los soldados de

Murat detuvieron á una pobre y sencilla mujer del pueblo, á la cual registraron escrupulosamente.

La infeliz no llevaba otra cosa que unas tijeras pequeñas, pendientes de una cinta.

Esto fué bastante, sin embargo, para que en el acto mismo se la fusilase.

Ni sus ruegos, ni sus lamentos, ni sus lágrimas, pudieron ablandar el duro corazon de los despiadados verdugos.

Veinte balas atravesaron el cuerpo de aquella débil criatura, que espiró exhalando ayes desgarradores.

En otra calle se registró tambien á un modesto dependiente de una casa de comercio.

Su desgracia quiso que llevase en el bolsillo un pequeño cortaplumas.

Sin otra explicacion ni motivo, fué á su vez fusilado.

A un arquitecto le sorprendieron el estuche de su profesion, el cual, sin recelo ni temor de que pudiese ser su sentencia de muerte, mostró á los enemigos.

Aquel estuche le costó la vida.

Las víctimas sacrificadas por motivos semejantes fueron numerosas.

A muchos habitantes de Madrid se les asesinó hasta sin el pretexto de si llevaban ó nó armas de este género.

En cuanto á las casas desde las cuales se habia hecho fuego en la hora del combate, los atropellos y los asesinatos no conocieron límite.

Oculta y llena de terror en el rincon de una bohardilla en la calle de la Montera, encontraron á una pobre anciana.

La soldadesca la sacó arrastrando de su escondite,

golpeándola y magullándola con los puños y con las culatas de sus fusiles.

El trasfigurado cadáver de la anciana se convirtió bien pronto en una horrible masa de carne sangrienta, macerada, indefinible.

Dícese de otra habitacion en una casa de la Puerta del Sol, donde los soldados,—¡nos repugna darles tal nombre!—hallaron á un hombre postrado por una enfermedad en el lecho del dolor.

Despues de haber violado á su propia vista á su esposa, escena que repitieron sin compasion aquellos tígres, le arrancaron á sablazos la existencia.

Su desventurada mujer tuvo por último la misma suerte, doblemente sacrificada al rencor y á la lascivia de aquellas bestias.

Por lo demás, estos crímenes se repetian tambien en las calles.

A cada momento llegaban á los oidos del aterrado vecino los ecos de la fusilería.

Era que contra cada esquina de una calle, como hicieron contra el templo del Buen-Suceso, proseguian inmolando sin interrupcion los franceses nuevas y numerosas víctimas.

Si se añade á esto que muchas familias estaban desoladas porque tenian parientes ó deudos suyos, bien en la calle ó en los depósitos de prisioneros, cuyo destino era la muerte, júzguese hasta qué punto seria imponderable la grave situacion del pueblo madrileño.

CAPITULO XLI.

Fúnebres deberes que á través del peligro cumplen los españoles.

El horror detiene nuestra pluma; el grito de la humanidad ultrajada no hiere, sino rasga nuestro corazon, al referir estas atrocidades; y si nuestro deber de narradores nos lo permitiera, casi nos atreveríamos á suplicar al lector renunciase con nosotros al espectáculo de sangre que donde quiera se ofrece.

Pero es imposible renunciar á la historia, siendo esencialmente histórico y nacional nuestro libro.

Todo cuanto hallamos consignado en diferentes reseñas y Memorias que hablan de aquel dia tremendo, es superior á nuestras fuerzas, obligados como estamos á no omitir detalle alguno, por desconsolador y terrible que este sea:

Verdad es que sirve como de lenitivo á nuestro natural quebranto, el noble orgullo que nos inspiran tanta abnegacion y heroismo, tan sobrenatural firmeza como la que en

casos supremos distingue entre todas las naciones del mundo al nombre español; y aunque nos parece que la sangre vertida en aquellas horas, aciagas y solemnes para el porvenir de la nacion ibera, se ha inoculado, conservándose inmaculada, á través del tiempo, en nuestro corazon, dotándole de esa fortaleza, que es para el hombre amante de su pátria el más precioso tesoro, la joya de más valía que puede legarle la fortuna.

Quizá en estos momentos, al escribir estas líneas, luchamos vanamente contra un sentimiento, del cual no sabemos si será mejor engreirnos ó avergonzarnos; y este sentimiento es el de la emulacion, el de la envidia que nos causa la suerte de aquellos valerosos é ilustres héroes, que con generosidad inaudita llegaron á sacrificar en el ara de la independencia nacional sus preciosas vidas.

Envidia, sí, envidia... ¿por qué ocultarlo?...

El bien material, las riquezas, la felicidad de nuestros semejantes nos inspiran tan solo indiferencia...

Los tesoros del sér más poderoso del mundo, son mezquinos montones de vil materia, pasto menguado de las ambiciones, de la avaricia.

Cualquier monarca, el más poderoso de la tierra, el mismo Napoleon, cuya fortuna fué tan colosal, no nos causára el sentimiento de la envidia.

Pero la gloria del héroe; ese tesoro inapreciable que no se vende ni se compra; esa riqueza de vida, que estribando en el honor y en las grandes acciones, vuela con alas de fuego, grandes como los siglos, y es más eterna que las posteridades; ese tesoro, esa gloria que alcanzaron las víctimas heróicas del Dos de Mayo; esa gloria, ese tesoro que decimos, podemos envidiarlo sinceramente y sin mengua.

Tal vez, cediendo á una inspiracion singular, que nos arrastra hácia regiones desconocidas, nos atreveríamos á consignar aquí una página de gratitud á aquellos mismos, que al inmolar cruelmente al magnánimo pueblo madrileño, le dieron á cambio de sangre, pródiga y generosamente vertida, el inmortal laurel que hoy ciñe con esplendor augusto las frentes de sus hijos.

Pero si esta lúgubre satisfaccion nos causa el recuerdo de los que perecieron haciendo frente á las armas enemigas de nuestra dignidad y de nuestra independencia, esa satisfaccion se trueca en ira cuando recordamos la traicion, la felonía, la venganza, el asesinato cobarde con que afligió al heróico vecindario de Madrid la extranjera saña.

Hemos hecho ya mencion de las bastardías de que era víctima el pueblo madrileño, en el momento mismo en que más seguridades debia tener de que su actitud pacífica, despues de los recientes sucesos, seria respetada.

Si el hombre verdaderamente valeroso debe ser juzgado tal por la generosidad de su corazon, los soldados que á las órdenes de Murat trataron á los españoles de un modo tan bárbaro, deben ser calificados forzosamente de viles y cobardes.

Exasperado el caudillo francés por el heroismo con que los oficiales de artillería citados habian combatido al lado del pueblo, hasta perecer víctimas de su denodado arrojo, es bien sabido que en los primeros momentos de arrebato ordenó fusilar á cuantos oficiales de dicha arma se encontrasen.

Dicha órden fué al cabo rebocada, merced á las instancias de las autoridades españolas, que ya ahora, despues del cruento sacrificio que ocasionára su debilidad, ó como

quiera llamarse, trataba, contemporizando por todos los medios conciliadores de que podia echar mano, con las exigencias que á su vez les hacia el príncipe Murat.

Tal vez presintiendo varios paisanos el porvenir inmortal que la pátria tenia reservado á los bravos oficiales muertos en su defensa, procuraron sustraer sus preciosos cadáveres á las iras del furioso enemigo.

Despues de haber llevado á Daoiz hasta su casa, donde exhaló el último suspiro, trataron á todo trance de salvar al teniente de voluntarios del Estado, D. Jacinto Ruiz, el cual habia sido herido gravemente en lo más empeñado de la accion.

Aquella misma tarde fué conducido á su casa, no sin haber luchado con multitud de dificultades y vencido frecuentes peligros, atendida la suspicacia y el encono del extranjero (1).

El capitan Goicoechea, que consiguió parlamentar bajo honrosas condiciones con el coronel del 4.° Provisional, colocó su compañía en el patio del cuartel, donde estaba formada la tropa francesa.

En cuanto á Velarde, instantánea é inexplicablemente desnudado, fué tambien sustraido con religioso cuidado al anochecer de aquel dia.

Conducido por último, venciendo siempre mil dificultades, á la parroquia de San Martin, fueron depositados sus restos en la bóveda de esta iglesia.

En ella se encontraba ya el cuerpo de D. Luis Daoiz, trasportado allí desde su casa.

---

(1) Este bravo militar, honra y gloria de España, huyó de Madrid poco tiempo despues. A consecuencia de haber llevado abiertas las heridas, falleció en Estremadura.

Los que la amistad habia unido en vida, los que juntos lucharon por la libertad é independencia de su pátria, llegaron á unirse tambien en aquel recinto, especie de refugio que les libró acaso de que algunos años despues hubiese sido difícil ó imposible darles la honrosa sepultura á que se habian hecho acreedores.

Daoiz fué llevado al expresado punto en un féretro forrado de bayeta negra, cintas blancas y tachuelas doradas.

Para la traslacion desde su casa, proporcionó cuatro hombres el teniente mayor de cura de aquella parroquia, Fr. José Gomez Trejo, al meritorio del cuerpo de cuenta y razon D. Manuel Almira, el mismo que acompañó á Velarde en la defensa del Parque.

Eran estos el sepulturero mayor Mariano Herrero, José Gutierrez, Lucas Gutierrez y Pablo Nieto.

Dicho D. Manuel Almira fué comisionado para este piadoso deber por el comandante del arma D. José Navarro Falcon.

Apenas hubo llegado el fúnebre cuanto solitario cortejo á la iglesia situada en la plazuela de las Descalzas, temerosos de ser descubiertos por los franceses, entraron por una puerta que habia en la calle denominada Bodeguilla de San Martin, á espaldas del altar mayor de la iglesia, por donde se bajaba á la bóveda principal.

Ignórase á punto fijo, y debemos ante todo hacer esta salvedad, si la colocacion allí del cadáver de Daoiz precedió á la de Velarde, ó viceversa; pero es lo cierto que ambos se encontraron reunidos hasta su exhumacion, además de otras víctimas tan gloriosas.

D. Pedro Velarde permaneció aun mucho tiempo envuelto en un pedazo de tienda de campaña, colocado sobre

una mesa, y rodeado de unos seis ó siete cadáveres de paisanos.

Una persona desconocida entró á deshora de la noche y envolvió el cadáver del noble artillero en un hábito de San Francisco, que llevó de limosna.

CAPITULO XLII.

Desesperados esfuerzos que hizo Eugenia para ver á su padre.

El Maestro se habia quedado atónito contemplando á María y sin acertar á darse cuenta de lo que aquella situacion, extraña para él, significaba, si bien creyendo comprender por induccion y por la escena de que habia sido testigo, la relacion que existia entre la jóven y Eugenia.

La hija de Montenegro, sin atender á los ruegos de María ni á las observaciones del artesano, corrió presurosa en direccion á la casa de Correos.

Allí, como ya hemos dicho, fué detenida por las tropas francesas que guarnecian el edificio.

—¡No se puede pasar!—la habian dicho, remedando endiabladamente el español.

En el primer momento, la hija de Montenegro retrocedió sorprendida.

No habia contado con aquel obstáculo.

Semejante consigna, intimada por los centinelas en un tono arto brusco, pareció desconcertarla.

Un tiro á quemaropa no la hubiera sorprendido mas.

Durante algunos instantes permaneció indecisa.

Pero aquella situacion duró tan solo el tiempo que ella necesitaba para hacerse reflexiones acerca de lo que debia determinar en tan críticas circunstancias.

La resolucion, por otra parte, era más conducente y útil que el sobrecogimiento.

En este punto, y á pesar del reciente cambio que se habia obrado en el carácter de Eugenia, no era ciertamente necesario hiciese un gran esfuerzo sobre sí misma para dar una prueba más de resolucion.

El caso, además, lo requeria.

Su rehabilitacion, primeramente, llegaria al mayor grado á los ojos de María, cuanto mayores fuesen las dificultades que se viese obligada á vencer la hija de Montenegro.

Despues de esto, estaba en el deber de arrostrarlo todo, hasta el sacrificio, por la salvacion de su anciano padre.

Preciso es confesar que este sentimiento se arraigó en su corazon más que otro alguno.

Quizá algunos dias antes no hubiera sido capaz de él, lanzada como iba por una senda de perversion.

Así, pues, deponiendo toda vacilacion peligrosa, replicó á los centinelas, preguntándoles quién era el jefe que allí mandaba.

Pero los soldados se obstinaban en no guardar miramientos, ni aun por el sexo y clase de la persona que les interpelaba en el tono más suplicante.

Las lecciones que el pueblo habia dado á los veteranos de Napoleon, los hicieron rencorosos hasta el extremo.

Eugenia no desmayó por eso.

Su penetrante mirada, examinando cuidadosamente á cada uno de los soldados á quienes pretendia catequizar, procuraba distinguir cuál de los dos era menos incorruptible.

Despues de haber augurado mal del bigotudo rostro del uno, se dirigió resueltamente al otro.

Eugenia, como ya entonces empezaba esto á ser moda entre las personas medianamente acomodadas, poseia un poco el francés.

Destrozando algo menos este idioma que los franceses suelen hacerlo con el nuestro, dijo al centinela:

—Amigo mio, dígnese Vd. hacerme un pequeño favor.

—No estoy colocado aquí para hacer favores, señora,— respondió el imperial con unos ojos, que al mirar muy singularmente al rostro de Eugenia, parecia decir:—¡Ah! si yo mandára en este sitio, te haria jefe de toda la fuerza.

Eugenia, sin embargo de sus años, era aun hermosa.

La hija de Montenegro replicó:

—Es muy sencillo lo que yo quiero: que me deje usted entrar por algunos minutos.

El francés hizo un movimiento, como si fuese á saltar á impulsos de la sorpresa.

Pero los ojos de Eugenia, que le miraban con aire de piedad, le detuvieron súbitamente.

Además, le hizo variar de idea un movimiento que á su vez hizo la hija de Montenegro.

Se habia llevado la mano al bolsillo.

Esta accion fué su mejor victoria.

Ya hemos probado en otra ocasion, y acabamos de repetir, que los soldados de Bonaparte no eran incorruptibles que digamos.

Por espacio de medio minuto, los ojos del centinela va-

garon á impulsos de la tentacion, desde los negros ojos de la hermosa española, hasta el bolsillo de esta.

Despues su mirada se fijó.

Acababa Eugenia de sacar un bolsillo repleto de oro.

¿Qué conciencia se resiste á la elocuencia, á las tentaciones del precioso metal?

Eugenia repitió con voz insinuante:

—Necesito pasar, amigo mio, tan solo por algunos minutos.

Y al mismo tiempo que esto decia con el acento más tierno y suplicante, acompañábale de la accion, agitando el oportuno bolsillo.

El francés no pudo resistir, ni á los ojos, ni á los ademanes de la hija de Montenegro.

Felizmente para todos, esta escena no era observada por nadie á la sazon.

El centinela llamó la atencion de su compañero.

—Nos ofrece un poco de oro por pasar,—dijo en un francés que Eugenia, bien á pesar de su instruccion y de su cuidado, no pudo comprender.

Era una cosa peor mil veces que el francés lo que el centinela hablaba, pues era en maldito *patois*, más fatal aun que nuestro vascuence.

El otro centinela le replicó en el mismo dialecto:

—¿Y si nos compromete?

—Es posible; pero al fin, puede no comprometernos, y luego...

—Y luego, ¿qué?

—Como al fin es una mujer, y lo que pide es fácil, no nos reportará malos resultados...

Hizo una pausa, y miró á Eugenia intensamente, con la truanesca intensidad de un soldado que ante todo es hombre.

Eugenia soportó aquella mirada, ó más bien la recibió con una nueva y más tentadora sonrisa.

—Pero al fin, ¿qué hacemos?—preguntó el centinela volviéndose á su compañero.

—Y el dinero... ¿es mucho?—le preguntó este á su vez, cediendo á la tentacion.

—Así parece.

—Pues tómalo, y que pase.

—¿Qué?...—preguntó Eugenia, que aunque no entendia palabra, no dejaba de comprender que ambos soldados deliberaban sobre lo que debian hacer.

El centinela interpelado respondió:

—Puede Vd. pasar, señora.

Y al mismo tiempo alargó la mano.

La hija de Montenegro le alargó á su vez el codiciado bolsillo, y ligera como un relámpago se precipitó al interior del edificio.

Parecia que llevaba alas en los piés.

Cuando hubo dado algunos pasos hácia el interior del edificio, se detuvo súbitamente.

Un reflejo de alegría brilló en su rostro.

Sus ojos se fijaron en un grupo.

Componíanle varios oficiales del ejército francés.

Eugenia se dirigió al grupo.

Luego, llamó á uno de los oficiales.

A la voz de Eugenia se volvió vivamente.

—Señora,—dijo.

Y saludó á la hija de Montenegro con cierto aire de familiaridad, que revelaba entre ambos la existencia de relaciones no comunes.

Con efecto, el oficial y Eugenia se conocian, y mucho.

El oficial en cuestion era uno de los más íntimos amigos del baron del Pino.

Tambien era uno de los jefes que con más frecuencia asistian al despacho del duque de Berg.

—¿Y el baron, señora?—preguntó á Eugenia, ignorando sin duda el desastroso fin que habia tenido el baron del Pino, como justo y providencial castigo á su perfidia.

Eugenia respondió á esta pregunta de un modo evasivo, dando muestras de honda contrariedad.

Luego, cuando hubo conseguido escusarse, preguntó á su vez:

—¿Tendreis la bondad de decirme, amigo, quién es el que manda aquí?

—El general Sesti,—respondió el francés.

—¡Ah! ¡loado sea Dios!—exclamó Eugenia con alegria.

—Pues ¿qué os pasa, señora?—preguntó el francés, que sintió picada su curiosidad.

—Vengo á interceder por la vida ó por la libertad de un prisionero.

—¡Ah!—exclamó el francés,—eso es grave.

—¿Pues qué?...

—Personas muy altas se han presentado aquí con exigencias, á interceder por varios detenidos...

—¿Y qué?...—preguntó Eugenia, llena de cruel ansiedad.

—Que yo sepa, solamente á una reclamacion se ha accedido, y esto por una órden expresa del general gran duque.

—Pues amigo mio, vá Vd. á hacerme un favor.

—Si de mí depende...

—Oigame Vd.: la persona cuya libertad vengo á pedir, cuya libertad deseo, cuya libertad necesito...

—¿Es algun criado vuestro que se habrá lanzado al motin?—preguntó el francés interrumpiendo á Eugenia de un modo impertinente.

La hija de Montenegro reprimió un movimiento de impaciencia, y concluyó dejando asomar á sus lábios una triste y elocuente sonrisa:

—Es mucho más, amigo mio; porque la persona cuya libertad, ó acaso cuya vida necesito, es mi padre.

El francés dió un salto.

Las palabras de Eugenia le causaron un asombro sincero.

—¡Vuestro padre, señora!—exclamó.

—¡Sí, mi padre; mi pobre y anciano padre!

Y de los ojos de Eugenia brotaron ardientes lágrimas, al repetir estas palabras.

El francés se sintió conmovido, casi consternado.

Por fortuna para algunos, debemos dar una prueba de justicia diciendo, que no todos los generales, ni todos los jefes, ni todos los soldados de Murat eran tan perversos como su caudillo.

De lo contrario, tendriamos que decir que la Francia de aquellos tiempos era un país de tigres.

Es una aclaracion que nos dicta nuestra imparcialidad; nuestros lectores, con su buena sensatez, no se desdeñarán de convenir con nosotros en esta opinion.

—¿Y qué quereis que haga en vuestro obsequio, amiga mia?—preguntó el oficial, procurando dominar su dolorosa sorpresa.

—¿No dice Vd. que el general Sesti manda por los españoles?—repuso Eugenia.

—Ciertamente.

—Pues tenga Vd. la bondad de facilitarme una entre-

vista con él: temo que me detengan por ahí, amigo mio, y ante todo, me conviene no perder el tiempo.

El oficial francés vaciló un momento.

Eugenia se extremeció de terror.

Temió que la vacilacion del militar procediese de que su sencilla peticion fuese difícil, atendidas las extraordinarias circunstancias de que todo apareció rodeado.

—¡Qué!... ¿acaso será imposible?...

El oficial francés, vivamente interesado por Eugenia, y deseoso sin duda de ahorrarla los naturales recelos que debian brotar á cada paso en su corazon, la interrumpió diciéndola con tono tranquilizador:

—Tranquilizaos, y venid,—dijo.

Y alargando á Eugenia la mano, ambos se dirigieron á la estancia del general Sesti.

El oficial y la hija de Montenegro se detuvieron en una especie de antesala.

Eugenia sintió allí un mortal extremecimiento.

Muchos soldados del ejército francés, casi todos de á caballo, ocupaban aquel aposento.

Pero no fué esto lo que la impresionó precisamente.

La circunstancia de hallarse armados, y algunos ostentando pliegos cerrados en sus manos, demostraban que su mision era la de esperar ó llevar órdenes.

Eugenia, sin embargo, no hizo la más leve pregunta á su generoso acompañante.

Tal y tan profundo era su temor de saber demasiado en el sangriento drama, que aun no habia concluido para el desgraciado y valeroso pueblo madrileño.

El oficial dirigió varias preguntas á uno que parecia ser allí una especie de ordenanza.

Luego, volvió á alargar á Eugenia la mano, y dijo haciendo á la mampara girar sobre sus goznes:

—Venid, señora.

Y ambos penetraron en la habitacion del general Sesti.

Le encontraron rodeado de numerosos jefes del ejército francés.

El general español-italiano vió con sorpresa entrar á nuestros personajes.

Saludó á Eugenia, y balbuceó una pregunta.

Pero Eugenia, cuya lengua parecia adherírsele al paladar, tal era su emocion, no atinó á pronunciar una sola palabra en aquellos críticos y solemnes instantes.

El noble oficial francés se apresuró á responder:

—Esta señora tiene una cosa grave que pediros, general.

Sesti hizo un gesto de contrariedad.

—¿Viene Vd. á pedirme la vida de algun prisionero?—preguntó entre galante y severo;—advierto á Vd., amiga mia, que ninguna de ambas cosas está en mi mano.

Eugenia sintió una dolorosa emocion.

Sesti, á pesar de su amigable y protectora sonrisa, se habia expresado con brutal desenvoltura.

Esto mismo dió fuerzas á la hija de Montenegro.

—Vengo á pedir á Vd. por mi padre, por un amigo de Vd. que era,—exclamó con desgarrador y enérgico acento.

Y rompió á llorar.

Sesti, como antes le habia sucedido al oficial francés, hizo un movimiento de sorpresa.

Tal vez no esperaba la respuesta de Eugenia.

Los demás circunstantes contemplaban con viva curiosidad, y aun algunos con interés, á la hija del anciano Montenegro.

El general Sesti se acercó rápidamente á una mesa.

De sobre ella tomó un papel.

Era una extensa lista.

Contenia los nombres de la mayor parte de las personas que permanecian prisioneras en aquel sitio, desde la pacificacion de la Puerta del Sol.

Sesti recorrió el papel con la vista.

A los primeros renglones se detuvo.

Acababa de encontrar el nombre de D. Pablo de Montenegro, despues del cual seguian otros muchos.

Volvió á dejar el papel, y dijo:

—Tiene Vd. razon, amiga mia; pero yo ignoraba semejante desgracia.

Eugenia, enjugando sus lágrimas rápidamente, se le quedó mirando con los ojos fijos.

—¿Y bien?—preguntó.

Sesti, con afectado interés, respondió:

—Su pádre de Vd., amiga mia, se ha colocado en una situacion difícil, peligrosa.

—Pero... ¡tendrá remedio!—gritó Eugenia.

—Tal vez; pero ya he dicho á Vd. que no está en mi mano, aunque bien lo quisiera.

La hija de Montenegro tuvo que hacer un poderoso esfuerzo sobre sí misma para contener su indignacion.

Aconsejada por una especie de instinto, creyó distinguir alguna perfidia en la respuesta de aquel extranjero, que renegó á la vez de su país natal y de su pátria adoptiva, y que en aquellos dias aciagos dió hartas pruebas de ser un miserable aventurero, sin más honor ni conciencia que su desmedida ambicion personal.

Penetrada, además, la arrepentida madre de la bella María, de que una imprudencia podia hacer más y más

grave la situacion del valeroso anciano, apeló á toda la ternura de que era capáz desde que comenzó felizmente para ella la hora de su regeneracion.

Así es que dijo con acento insinuante:

—Es mi padre.

—¡Pero señora!...—balbuceó Sesti.

—Es vuestro amigo,—añadió Eugenia.

El general italiano-español replicó:

—No consiste en eso, amiga mia; yo tengo que responder estrechamente de los prisioneros que, cogidos por las tropas del Emperador con las armas en la mano, han sido confiados á mi custodia.

—Pero, ¿y si los fusilan?... ¿y si entre ellos fusilan á mi padre?—gritó Eugenia con espanto.

Sesti sintió algun embarazo en responder.

Sin duda alguna distaba mucho de ser conmocion, humanidad ó interés lo que le embarazaba.

Unicamente le faltaba entonces el valor, el descaro, el cinismo de su asquerosa perfidia.

Eugenia interpretó esta turbacion favorablemente.

Creyendo dar el último golpe, conseguir el último pretendido efecto en el ánimo de Sesti, añadió derramando abundantes lágrimas:

—Si no lo hace Vd. por el padre, por el amigo, general, hágalo Vd. al ménos en obsequio á la ancianidad.

Sesti, para contrarestar á los ojos de todos la actitud conmovedora de Eugenia, adoptó un fácil escudo.

Echó mano de una miserable hipocresía.

Expresando una emocion que estaba muy lejos de sentir, contestó á la hija de Montenegro:

—Créame Vd., amiga mia; en obsequio á mi propio padre, yo nada podria hacer.

—¿Habla Vd. de veras, general?—preguntó la hija de Montenegro reprimiéndose.

—Señora, es demasiado sério esto, y estimo mucho á su anciano padre, mi amigo, para no lamentar como el que más la situacion en que se encuentra.

—Pues entonces, póngale Vd. en libertad,—exclamó Eugenia en un arranque de terrible pesadumbre.

—Perdóneme Vd., pero para ello tendria que faltar á mi deber, y eso es imposible.

Eugenia creyó que aquello era ya un sarcasmo.

Pero apeló á toda su paciencia.

El general Sesti añadió:

—Y además, constando su nombre en la lista, de la cual he pasado nota á S. A. el gran duque de Berg, para poner en libertad al padre de Vd., señora, tendria que romper esa lista y borrar el nombre de la persona que tan justamente interesa á Vd., en la citada copia que ya obra en poder de Monseñor el príncipe Murat.

Eugenia acabó de comprender por las últimas palabras cuál era la verdadera intencion del general Sesti.

Las reverencias y tratamientos con que acompañaba el nombre de Joaquin Murat, demostraban bien claramente que aquel hombre sin pátria y sin lealtad, se disponia de un modo ostensible á arrimarse al calor del nuevo sol, que con terrible lumbre brillaba ya en el porvenir de nuestra desventurada cuanto generosa pátria.

Nos causa repugnancia, asco, el ocuparnos de un pigmeo semejante.

Ya momentos antes se le habian dirigido reclamaciones con el mismo motivo que lo hizo Eugenia en favor de su padre, y aun las autoridades españolas las hicieron á su vez.

Personas tambien muy afectas al general Sesti le pidieron y se interesaron por la suerte de amigos suyos.

Pero este pérfido general, cuyo interés ha sido despues tan claramente conocido, se resistió á todas las gestiones y súplicas que se le hacian.

Cuando de órden del mismo gobernador se le preguntó por los presos, respondió fria y falsamente, que para evitar las continuadas reclamaciones de los franceses, habia hecho á estos entrega de todos los españoles detenidos y confiados á su custodia, poniéndolos á su disposicion.

Dice á este propósito el conde de Toreno:

«Así retribuyó á su pátria adoptiva los grados y mercedes con que le habia honrado.»

Nos habíamos propuesto hacer una extensa y dura calificacion del pigmeo, cuyo nombre y hechos nos ocupa, dando así su merecido á sus acciones; pero renunciamos á tan enojosa tarea, dejando que nuestros lectores aprecien todo el valor de su pobre y villana memoria.

Seria demasiado honor para su nombre la formalidad de un juicio.

Siquiera Joaquin Murat, por muy terrible y bárbaro que su corazon fuese, tenia el valor, aceptaba la responsabilidad de sus crueldades.

Eugenia se convenció al fin de que nada podia obtener de aquel hombre frio y cauteloso.

Unicamente se limitó á pedirle, que tuviese y mandase tener los mayores miramientos con su anciano padre, en tanto ella se dirigia á ver á uno ó dos generales franceses amigos suyos, y aun al mismo duque de Berg.

El general Sesti lo prometió así.

Sin embargo, Eugenia no salió de allí muy confiada.

Cuando hubo llegado á la puerta del edificio, acompañada siempre del generoso oficial francés, preguntó á este:

—¿Quiere Vd. venir conmigo á casa del general Grauchy, amigo mio?

—Temo que no le encontraremos en su alojamiento ahora, respondió el oficial.

—No importa, lo averiguaremos, y si en ella no está, se le encontrará en otra parte: me horroriza la sola idea de perder el tiempo.

—Pues bien, señora, vamos,—respondió el digno y generoso francés.

Y acompañó á Eugenia hasta la casa del citado general Grauchy.

Pero, como habia temido, no le encontró en su alojamiento.

Entonces se dirigieron á la morada del gran duque de Berg y de Cleves.

Eugenia, durante todo este tiempo, sufrió terriblemente, acosada por la natural ansiedad que la inspiraba el peligro que amenazaba los breves dias de su noble y anciano padre.

En vano, al salir de la casa de Correos, pretendió, aun exponiéndose á arrostrar la cólera del anciano Montenegro, entrar en el aposento que, como á otros muchos, le servia de prision.

El centinela que vigilaba la puerta tenia una consigna muy rigurosa acerca del extremo que Eugenia intentaba.

La hija de Montenegro y el galante oficial desistieron entonces de su empeño, aunque este último se brindaba ya á vencer la dificultad que se oponia.

Cuando llegaron al alojamiento del duque de Berg, este se encontraba activamente ocupado.

Pero adelantémonos á nuestros dos personajes.

CAPITULO XLIII.

Joaquin Murat ocupado en labrar la felicidad del pueblo madrileño, segun él la entendia.

Vuelto el duque de Berg á su palacio, despues de apaciguada la reciente sublevacion, entregóse á los accesos de un furor tan terrible, que algunos de sus mismos generales fueron víctimas de él, sufriendo toda suerte de repulsas y aun denuestos por parte del hermano político del emperador y rey.

En la conciencia del orgulloso caudillo se abrigaba el convencimiento de que la victoria, sin embargo de la pacificacion del pueblo y de sus numerosas víctimas, estaba de nuestra parte.

El general Moncey, duque de Connegliano, le habia dicho afirmativamente:

—*Por cada paisano hemos perdido diez franceses.*

Era la verdad.

Pero esta verdad exasperó el ánimo de Murat.

Y Murat habia respondido, segun hemos indicado ya en otra ocasion:

—Pues por cada soldado de los mios muertos, fusilaremos diez prisioneros.

Entonces fué cuando redactó, firmó y mandó publicar la espantosa órden del dia que recordarán nuestros lectores.

Hallábase acometido el cuñado de Napoleon de un corage muy parecido á la hidrofobia.

En su sed de venganza, hubiera querido, á serle posible, reducir á polvo la España.

Desgraciadamente, despues de las numerosas víctimas que á Madrid costó su perfidia, la guerra contra el usurpador nos costó mucha y muy preciosa sangre.

Cuando Eugenia y el oficial francés llegaron, se vieron precisados á esperar.

El duque de Berg se hallaba ocupado en fulminar la muerte contra los indefensos habitantes de la capital.

Rodeado de todos sus generales, ora rugiá como la hiena enjaulada, ora prorumpia en salvajes sonrisas, efecto de alguna cruel disposicion que acudia á su mente exterminadora, y cuya ejecucion encargaba.

El general Belliard era el que con más solicitud parecia disponerse á secundar los deseos de su jefe.

Tambien en su rostro se distinguia una feroz sonrisa de satisfaccion.

Tenia para ello sus motivos.

Don Pedro Velarde, su poderoso rival, no habia sucumbido en la lucha, sino al plomo traidor de un miserable.

El noble y esforzado artillero habia sido víctima de una baja venganza.

Belliard, en el momento decisivo del ataque hácia la formidable posicion del Parque, habia tomado infernales precauciones respecto de su enemigo personal.

Exasperado por la última reciente derrota:

—Señores,—habia dicho á varios oficiales de los destinados á atacar al Parque de Artillería,—una cosa interesa más aun que tomar esa posicion.

Los oficiales se quedaron mirándole.

Belliard añadió:

—Sí, una cosa importa más que todo, y es matar á todo trance al capitan Velarde.

Belliard se extendió hasta en dar las señas de su rival.

Ofreció, además, que recomendaria eficazmente al gran duque al autor de esta baja accion.

Desgraciadamente, uno de los oficiales á quienes encomendó tal hazaña, conocia personalmente á Velarde.

Así es que apenas le distinguió, le disparó el tiro *por la espalda*, esto es, le asesinó *alevosamente*.

Era, como digimos, el oficial de la guardia polaca llamada *noble*.

Rodeado, pues, Murat de sus generales, y adulado muy particularmente por Belliard, exclamaba con fiereza:

—Juro en nombre de mi hermano el emperador y rey, que hoy mismo he de dejar bien *humillada la altivez castellana* (1): verán, por Dios, de lo que es capaz Joaquin Murat.

Belliard, dando muestras de viva aprobacion, dijo al gran duque:

---

(1) Histórico.

—Y con eso, Monseñor, dará V. A. una prueba más de amor á la Francia, colocando más alto aun si cabe el prestigio de su nombre.

Joaquin Murat pagó á Belliard su adulacion con una sonrisa protectora.

El rival de Velarde prosiguió:

—V. A. debe tener la satisfaccion de haberse deshecho de uno de los más encarnizados enemigos de S. M. I.

—¿De quién hablais, general?

—Del capitan de artillería D. Pedro Velarde.

—¿Pues qué?...

—Ha sucumbido en la accion.

—¿Lo sabeis de cierto?

—Un oficial de la guardia polaca fué quien le ha muerto de un tiro, Monseñor.

El duque de Berg se quedó pensativo.

—Es una fortuna para la Francia,—dijo al fin;—pero es tambien una pérdida dolorosa para España, pérdida que aun no sabrán apreciar bien hoy los madrileños. A la verdad, casi lo siento: ¡era un bravo y entendido militar, á quien apreciaba por sus dotes no comunes, de talento, de valor y de hidalguía!

Belliard no se extrañó de esta oracion fúnebre, pronunciada por el mismo duque de Berg y de Cleves, en loor del inmortal artillero.

En aquel momento entró un oficial de órdenes.

—Para V. A., gran duque, dijo á Murat.

Y le entregó un pliego cerrado y sellado.

Belliard se apartó á alguna distancia.

El ayudante parecia esperar las órdenes de Murat.

—¿De quién es?—preguntó este.

—Del general Sesti,—respondió el oficial.

—Esperad ahí fuera...

Pero el oficial de órdenes interrumpió al generalísimo:

—Señor,—dijo,—una dama aguarda ahí fuera, y solicita la vénia de hablar á V. A.

—¿Quién es?—preguntó Murat.

—No ha dicho su nombre.

El duque de Berg hizo un gesto de impaciencia, y dijo:

—¿Alguna súplica tal vez en favor de un prisionero?...

—Nada puedo informar á V. A. sobre este punto.

—Pues bien,—interrumpió Murat,—decirle que espere.

El oficial de órdenes salió.

Luego, abriendo el pliego que acababan de entregarle momentos antes, leyó lo que sigue:

«Gran duque: mi posicion respecto de los prisioneros que me han sido confiados, se hace á cada instante más embarazosa. Las autoridades, por una parte, y las personas que aquí tienen parientes ó deudos, no cesan de venir á molestarme con exigencias.

»Yo he podido evadirme, bien escudándome con una prudente incomunicacion, ó bien asegurando últimamente haber entregado á V. A. todos los prisioneros.

»Para el mejor servicio de S. M. el Emperador y el de V. A. I., creo de mi deber indicar á V. A. que convendria que por las tropas imperiales se ejerciese la custodia de dichos prisioneros, para los fines que más convengan.

»V. A. conoce ya por la lista que he tenido el honor de incluirle, el número y los nombres de los sugetos aquí detenidos.

»Conviene resolver en esto con la brevedad posible, pues las autoridades españolas parecen dispuestas á ocupar á V. A. con peticiones sobre la materia.

»De V. A. I. y R. muy humilde servidor, etc.»

Esta carta estaba firmada por el general italiano.

Joaquin Murat arrojó el escrito sobre su mesa.

—¡Es inútil!—exclamó.

Y luego, dirigiéndose á Belliard:

—General Belliard,—añadió,—voy á dictaros.

Belliard ocupó el sitio que le estaba destinado en la lujosa mesa de despacho del duque de Berg.

Puso delante de sí el papel, tomó una pluma, y esperó á que el generalísimo le dictase.

Este meditó algunos momentos.

Por fin dictó.

Y Belliard escribió lo siguiente:

«Al Presidente del Consejo Real.

»En vista de los desagradables sucesos que hoy hemos presenciado, y han costado la generosa sangre de muchos soldados de mi ejército, y á fin de que este goce de las seguridades que han venido á hacer difíciles los desmanes de un puñado de hombres de la plebe, ciegos agentes de la Inglaterra y enemigos de la alianza que une á las dos naciones, me creo en el caso de exigir al Consejo Real haga público, á la mayor brevedad, el adjunto bando, cuyo borrador le incluyo.»

Murat, escritos estos singulares renglones, se aproximó á Belliard, quien colocó el papel á la vista del duque de Berg, poniendo una pluma en su mano.

El general Murat, sin sentarse, firmó.

Luego dijo á Belliard:

—Tomad otro papel, general.

Belliard se apresuró á obedecer al gran duque, y se dispuso igualmente á escribir.

Murat dictó.

Era el siguiente BANDO, que debia publicar de órden del extranjero el Consejo Real.

Decia así:

«Aunque por las providencias tomadas se logró contener el alboroto del pueblo en la mañana de este dia, y se ha visto ya desde la tarde el sosiego público, conviene tomar otras precauciones que aseguren el que no se repitan funestos excesos. Y con este objeto se hace saber á todos los habitantes de Madrid, que por ningun título ni pretexto se reunan en las calles y plazas; en el concepto de que si advertidas por cualquier alcalde de córte ó de barrio, ó cabeza de ronda, ó jefe militar con patrullas, de cualquier graduacion que sea, no se dispersaren inmediatamente, se les tratará como violadores de la pública tranquilidad, é impondrán las penas correspòndientes hasta la de muerte.

»Que los alcaldes de córte recogerán en el dia de mañana, en sus respectivos cuarteles, todas las armas cortas blancas (en las cuales es bien sabido que se comprenden los puñales) (1) y de fuego, para colocarlas en la pieza que á este fin se destine en las Casas Capitulares.

»Que las escopetas y armas largas permitidas por la pragmática solo para la defensa propia, y evitar los asaltos de ladrones en las habitaciones ó en los caminos, se forme lista por los mismos alcaldes de cuartel, haciendo saber á

(1) Los franceses debieron temer muy presente aquel dia el certero uso que muchos hijos del pueblo, menospreciando y burlando las bayonetas, hicieron de aquella arma terrible.

sus dueños que no las empleen en otros usos, bajo las más severas penas.

»Que si despues de la publicacion de este bando se encontrase alguno usando dichas armas, cortas, blancas ó de fuego, se le impondrá, no solo la pena de pragmática, sino tambien se agregarán hasta la del último suplicio.

»El Consejo espera de la ilustracion y obediencia de los vecinos honrados de Madrid, que procurarán impedir todo desórden, cuidando se conserve la mejor buena armonía con la tropa francesa, para no exponerse á las fatales resultas que ya se habian empezado á esperimentar. Madrid 2 de Mayo de 1808.»

El general Belliard colocó bajo un sobre estos dos documentos.

Poco despues, un oficial de estado mayor se dirigia rápido al local que ocupaba el Consejo Real.

Los deseos de Murat quedaron cumplidos.

Aquella misma tarde, una hora despues, el pueblo de Madrid tenia una prueba más del horrible desamparo en que se encontraba, entregado enteramente á discrecion y al arbitrio del fementido caudillo francés.

En el idioma castellano solo tiene una calificacion semejante inícuo proceder.

Pero nosotros nos contentamos con calificarlo simplemente de cobarde complicidad.

Nuestros lectores dirán si vamos descaminados.

Sentimos hablar de estas cosas, pero es un deber.

La historia es inflexible, y es inútil que nuestra natural repugnancia quiera obligarnos á echar tierra, vulgarmente hablando, sobre las negras manchas de que entonces se cubrieron algunos españoles degenerados, muy pocos, por fortuna.

Pero volvamos al asunto.

Murat, que parecia estar de vena aquella tarde, mandó al general jefe de su estado mayor que escribiese otra carta.

Era para el general Sesti.

Felicitábale en ella por su prevision.

Murat tenia siempre muy á la mano los elogios que tan pródigamente sabia conceder á los traidores.

Además, asegurábale, con bárbara complacencia y epigramática saña, que pronto le libraría de tan enojoso cuidado.

Belliard volvió á escribir aun algunas órdenes más.

Pocos momentos despues, casi todos los generales y jefes á sus órdenes montaron á caballo y corrian en direcciones opuestas.

Bien podemos asegurar que cuanto conducian eran otros tantos motivos más de dolor para el afligido pueblo.

Belliard se quedó solo con el duque de Berg.

Este mandó que se hiciese entrar á la mujer que durante un cuarto de hora estaba esperando aquella ocasion.

Eugenia entró al fin.

Estaba pálida, terriblemente pálida.

Murat hizo un gesto de sorpresa.

Belliard se mostró igualmente sorprendido.

Este último habia comprendido la causa de la presencia en aquel sitio, y en tal sazon, de la hija de Montenegro, y de su mortal palidez y agitacion.

Maquinalmente alargó su mano á un papel que habia sobre la mesa del general Murat.

Era una copia de la lista que de los prisioneros confiados á su custodia tenia el general Sesti.

Murat, volviendo rápido de su sorpresa, preguntó á Eugenia con servicial galantería:

—¿Por qué no ha dado Vd. su nombre, señora? No la hubiera hecho esperar á Vd. tanto.

—¡Ah!—respondió Eugenia,—creed, gran duque, que harto me ha hecho sufrir el esperar tanto tiempo.

—¿Pues qué os pasa, amiga mia?... El baron...

—El baron no existe ya.

—¡Ha muerto!

—Sí, gran duque.

Joaquin Murat pareció que se afectaba por esta noticia, y ya iba tal vez á dar á Eugenia el pésame; pero esta le interrumpió vivamente:

—Pero no se trata ahora de eso, que ya no tiene remedio, y de lo cual, por circunstancias bastante graves, no me es dado ya ocuparme como lo hubiera hecho en otra ocasion,—dijo.

—¿Qué os pasa, pues?

—Una desgracia que pesa sobre mi cabeza, y que aun es tiempo de conjurar, gran duque.

—Decid, señora.

—La vida de mi padre está en peligro.

—¡Eugenia!

—Se halla detenido entre los prisioneros de la casa de Correos, y mi casa en el estado más terrible de desolacion.

—¿Pues cómo?

—No podré decir á V. A. cuáles sean ó puedan ser los motivos que le hayan conducido á situacion semejante...

—Le habrán sorprendido con armas...

—Si he de ser franca, como lo he sido siempre con V. A., debo confesar que temo eso mismo; pero mi padre, gran duque, es un anciano, y ¡Dios bien lo sabe! poco ó ningun daño ha podido hacer mezclándose en el terrible motin que acaba de terminar.

—¿Y qué deseais de mí, señora?—preguntó Murat.

Eugenia dejó entrever una amarga sonrisa, y dando un paso más hácia el general, dijo con triste acento:

—Creo, gran duque, no habrá olvidado aun V. A. la adhesion que he demostrado siempre á su persona y á la Francia.

—No, señora, no; difícilmente olvido yo á los que son mis verdaderos amigos.

—Pues bien,—continuó Eugenia,—esa adhesion, esa amistad, ha llegado á ocasionarme terribles conflictos.

—Señora... Si teneis enemigos, yo...

—Gracias, gran duque, gracias: agradezco á V. A. la proteccion con que va á brindarme, y no dudo de ella; pero por lo mismo, y pues no se trata de eso...

—¿Qué quereis, pues?

—Que V. A. me conceda la libertad de mi padre.

—Nada más en armonía con mis deseos, amiga mia; sentaos, y esperad un momento.

Y Murat, dando treguas momentáneamente al profundo rencor de que estaba poseido, condujo á la hija de Montenegro hasta un sillon, quizás obrando sinceramente por la primera vez en su vida.

Luego hizo que Belliard extendiese una órden al general Sesti, mandándole que sin dilacion ni condicion alguna pusiese en libertad á su amigo D. Pablo de Montenegro, y que si preciso era, lo mandase con toda seguridad acompañado hasta su casa.

Firmada esta órden, se la entregó á Eugenia.

—¡Oh! gracias, gracias, gran duque,—exclamó esta con lágrimas de alegria en sus ojos;—esta última prueba de vuestra generosidad, la llevaré grabada en mi corazon mientras viva.

Y arrastrada, loca, dominada por una exaltacion noble, por el objeto que la dictaba, tomó una mano á Murat, la cual besó con gratitud y bañó en sus lágrimas.

¡Cosa bien singular!

El fementido Murat pareció tambien conmoverse, y dijo á su general de estado mayor:

—Mr. Belliard, vais á acompañar á la señora.

Y al mismo tiempo le dió algunas instrucciones verbales, que debia comunicar al general Sesti.

Aquellas instrucciones, ¡triste contraste! estaban en contradiccion con la sensibilidad de que acababa de dar tan rápida muestra á la hija de Montenegro.

Esta salió por fin acompañada por Belliard.

En la antecámara se encontró al oficial francés, que tan generosamente la habia conducido hasta allí.

—Por fin, señora...—balbuceó.

—¡Llevo la libertad de mi anciano padre!—respondió Eugenia con alegria.

Belliard acompañó á Eugenia á la casa de Correos, y en el camino manifestó á la hija de Montenegro que difícilmente se las apostaría con ella á correr.

Con efecto, parecia que sus piés tenian alas.

Tales eran su ansiedad y su temor de llegar tarde.

Por fin entraron en la casa de Correos.

Eugenia sintió una emocion terrible.

No era para ménos lo que acababa de ver.

Escoltados por un piquete de soldados franceses, salian en aquel momento unos ocho ó diez prisioneros, en cuyos rostros se veia una fúnebre expresion.

Tal vez caminaban á la muerte.

Pero pasado el primer impulso, la madre de María pudo tranquilizarse algun tanto.

Entre aquellos desventurados madrileños, no distinguió su mirada escudriñadora el rostro de su padre.

Sin embargo, una terrible duda le asaltó.

Podian haberse llevado antes al anciano.

Algunos instantes despues, ella y Belliard conversaban con el general Sesti.

D. Pablo de Montenegro se hallaba todavía en su prision.

CAPITULO XLIV.

La prision.

Dentro de una extensa habitacion de la casa de Correos, habia como unos treinta españoles, pertenecientes á diversas clases del pueblo.

Salvas muy pequeñas excepciones, casi todos, contra la inquietud que debia inspirarles su crítica situacion, aparecian, más que resignados, tranquilos.

Momentos antes habian sido extraidos de allí algunos compañeros, cuya suerte, por las precauciones que se habian tomado en el terrible acto de designarles por sus nombres para salir, no debia ofrecer grandes esperanzas.

Las revelaciones hechas por algunos compañeros encerrados allí con posterioridad, habian alejado de aquellos corazones toda confianza en la generosidad del rencoroso y aleve enemigo.

Sabian muy bien que este no perdonaba.

Colocados bajo la custodia de un general *llamado espa–*

ñol, pero que no lo era afortunadamente, habian concebido en un principio cierta idea de seguridad y aun de perdon.

Pero desde que, como decimos, entraron allí los nuevos prisioneros, y dieron cuenta de los impíos fusilamientos que los hijos de la capital habian presenciado con indecible terror, pocos ó ningunos se hicieron ya ilusiones.

Sus presentimientos tuvieron despues una terrible confirmacion.

Los infortunados compañeros que se les habian separado, salieron, Dios sabia adónde, rodeados de una escolta de soldados franceses, que los conducian con mil precauciones.

Además, los habian atado en parejas con fuertes cordeles.

No habia, pues, lugar á duda.

Iban al suplicio.

Eran los mismos que Eugenia habia visto salir precisamente en el momento de atravesar ella la puerta de aquel edificio, en compañía del general Belliard.

Volviendo á los que aun ignoraban la mayor ó menor proximidad de su fin, el aspecto que todos ofrecian en el momento de presentarlos á nuestros lectores, deberia llenarnos de orgullo inmenso y justo, si no nos conmoviera tristemente ver á hombres tan valerosos y tan avaros del honor de su pátria, expuestos á ser resignadas víctimas de la mezquina venganza del maldecido extranjero, cuyo nombre es oprobio hasta de los más ruines y malvados que registra la historia.

Aquellos treinta hijos de San Fernando, aquellos nobles defensores de la libertad española, ofrecian un aspecto tal de sublimidad, aparecian tan serenos é indiferentes á su suerte, que más que prisioneros próximos á traspasar

los umbrales de la eternidad, tomáraseles por una reunion de buenos amigos que estuviesen allí tratando de asuntos los más sencillos y naturales.

Esto en cuanto á la expresion de sus rostros y firme conviccion con que hablaban de las probabilidades de una cercana desgracia, de la desgracia de ser fusilados.

Hemos dicho ya que los treinta hombres que componian aquel grupo pertenecian á distintas clases de la sociedad.

Hombres de la clase media, honrados hijos del pueblo, comerciantes y trabajadores...

Pero si la clase, oficio y condiciones diversas les separaban, la unidad de sentimientos, con bien raras excepciones, no podia ser más grande, más completa.

En el momento en que los presentamos á nuestros lectores, casi todos formaban un estrecho grupo en el centro de la estancia que el general Sesti les habia destinado.

Solamente un infeliz, hombre de alguna edad, lloraba amargamente retirado en un rincon.

Era un pobre jornalero, padre de una numerosa familia, que sin motivo alguno, arbitrariamente, habia sido detenido por los soldados de Napoleon y llevado á aquel depósito, á aquella especie de *capilla.*

Sus compañeros habian pretendido consolarle, animarle repetidas veces con esperanzas que ellos mismos no abrigaban, ó con su ejemplo.

Pero todo habia sido en vano.

El infeliz no podia creer sino en la muerte, ni mucho ménos resignarse á esta.

Protestaba á cada paso de su inocencia.

El no habia tomado parte alguna en el reciente motin.

—De otro modo,—decia muy bien el infeliz,—aceptaria

de buen grado y con firmeza la responsabilidad que me cupiese.

Además, no á todos ha concedido el Ser Supremo ese valor del heroismo, que es, digámoslo así, el aliento, la vida de los hombres superiores.

El infeliz lloraba, y lloraba más amargamente aun por la idea de la horfandad en que tal vez iba á dejar á sus hijos.

En el centro del grupo indicado, un hombre, un anciano respetable, dirigia la palabra á sus compañeros de infortunio, cautivando poderosamente la atencion de todos.

Su rostro venerable no denotaba alteracion alguna.

Su frente, coronada por blancos cabellos, aparecia serena.

Tambien su voz era firme, segura.

Y su acento poderoso, exhortando á los demás, estaba adornado de un timbre tal de solemnidad, que las simpatías y el entusiasmo general era segura muestra del predominio que ejercia sobre los corazones y sobre las voluntades del auditorio.

Nuestros lectores conocen ya á este anciano.

Era D. Pablo de Montenegro.

Cerca de él, un jóven del pueblo, absorbiendo con visible entusiasmo las menores frases, los gestos más imperceptibles, daba de cuando en cuando sus señales de aprobacion y replicaba á su compañero.

Este jóven, considerado en su especial actitud por un ojo observador, hubiera llamado la atencion vivamente.

A cada frase enérgica que brotaba de los lábios de Montenegro, sus ojos adquirian un brillo singular.

Era el brillo propio de la exaltacion.

Y era su exaltacion aquella misma con que los antiguos mártires del Cristianismo se lanzaban en la arena de los circos, recibiendo con la sonrisa en los lábios una gloriosa muerte, llevando en el corazon la vida de su ardiente fé, la fé de su causa divina, la causa de la humanidad, de la civilizacion, de la justicia.

De este modo podria explicarse solamente la expresion ardiente, entusiasta de aquel valeroso jóven.

Nuestros lectores le conocen ya.

Era Epifanio.

Al huir del Parque, y cuando más próximo se hallaba ya á su casa, fué detenido por una patrulla.

No llevaba armas; pero su aspecto, el desórden de su ropa, la venda que ostentaba sobre su frente herida, infundieron profundas sospechas al enemigo.

El jóven se dejó conducir á la casa de Correos, sin oposicion ni resistencia alguna, que por otra parte consideraba inútil contra veinte soldados bien armados y prevenidos; extrañando únicamente que en el momento mismo de su captura, no le hubiesen fusilado sin otro preámbulo, interrogatorio, ni preparativos.

Pero escuchemos al anciano Montenegro.

—Seguros del fin que nos aguarda,—decia,—conviene que nuestros enemigos no nos vean desmayar. Que los nombres de Dios y pátria sean las últimas palabras que pronuncien nuestros lábios: llevémosles tambien dentro del corazon, que con estas dos reliquias preciosas, la muerte será más leve que una arista arrastrada por el viento. Amigos y compañeros mios: si algun sentimiento pudiera cabernos aun, despues de la gloria que nos espera, ese sentimiento será el de no poder, en el instante de nuestro sacrificio, morir arrancando cada uno de nosotros el cora-

zon á media docena de esos enemigos de nuestra desventurada España...

Un murmullo de aprobacion interrumpió al anciano, y Epifanio hizo crugir sus dientes de corage.

Montenegro prosiguió:

—Sí, amigos mios: ese puede ser nuestro único sentimiento y el del abandono en que dejamos á nuestras familias; pero, ¿qué importa? Si hoy verterán lágrimas por nosotros, mañana recordarán con orgullo nuestros nombres. Hé aquí la mejor herencia que podeis legar á vuestros hijos, á vuestros padres, á vuestras mujeres, á vuestros hermanos.

Al llegar aquí Epifanio interrumpió al orador.

—El caso es,—dijo,—que yo no me encuentro en la disposicion que Vd. dice, caballero.

—No comprendo á Vd.,—dijo Montenegro.

—Es cosa sencilla,—repuso el jóven,—Vd. dice que nuestros padres, hermanos y demás recibirán por herencia la gloria de nuestro nombre...

—Eso dije, amigo mio.

—Pues ahí verá Vd...

—¿Qué?

—Que yo no puedo hacer ese favor á padres ni á hermanos.

—¿Por qué?

—Porque no los tengo.

Todos los prisioneros se rieron de la contestacion, que con la mayor ingenuidad acababa de dar Epifanio.

Este añadió con calma imperturbable, aunque demostrando cierta pesadumbre:

—¡Y si aun siquiera me hubiese casado con mi Paquilla!... ¡pobre muchacha! ¡ni aun este consuelo la que-

dará!... ¡Nos queríamos tanto! Como que estábamos reuniendo el dinero para casarnos... Pero, ¿qué se le ha de hacer? Dios no lo ha querido... ¡Y cuánto vá á llorar la pobrecilla!... Pero, prosiga Vd., caballero, prosiga usted; pues parece que con sus palabras, tan razonables y bien dichas, le vienen á uno ganas de morir cuanto antes, escupiendo á la cara de nuestros enemigos... ¿No es cierto, señores?

Un aplauso general respondió á estas últimas palabras de Epifanio.

Montenegro se sonrió, satisfecho de lo animoso é ingénuo que era aquel valiente hijo del pueblo, que, con la venda que cubria su cabeza y revelaba que su valor habia sufrido ya su primer bautismo de sangre, parecia el tipo del héroe.

Ya se disponia á continuar el buen anciano, cuando un incidente, notable en aquella ocasion, vino á interrumpirle súbitamente.

Todos volvieron los ojos hácia una misma direccion.

La puerta de aquella prision provisional acababa de abrirse en aquel momento.

Acaso los enemigos venian á buscar nuevas víctimas para conducirlas al horrendo suplicio.

Un silencio sepulcral sucedió á los anteriores murmullos y á las patrióticas exhortaciones, que ya el anciano reanudaba con gran contento del auditorio.

Un jefe del ejército francés apareció en el dintel de la puerta, vestido con su brillante uniforme.

Parecia ser un general.

Con efecto, era Belliard.

Detrás de él medio se distinguia una señora.

Hubo un momento de ansiedad, de extraña vacilacion,

durante el cual los prisioneros no sabian darse cuenta de lo que la presencia de Belliard significaba.

Por fin este pronunció un nombre.

Era el de D. Pablo de Montenegro.

No pudiendo comprender á su vez el anciano por qué venian á llamarle á él solo, y un general francés en persona, dió algunos pasos hácia Belliard.

—¿Qué me quiere Vd.?—preguntó.

Belliard se apartó á un lado, dejando ver á Eugenia, que, dominada por una gran emocion, ni aun osaba poner los ojos en su padre.

El general francés respondió:

—Vengo con vuestra hija á poneros en libertad, de órden del gran duque de Berg.

Montenegro retrocedió casi tantos pasos como habia avanzado un momento antes.

Un vértigo singular pareció cruzar por su cabeza.

Por sus ojos pasó una nube.

El noble anciano, el esforzado patriota, el enemigo de los franceses, el padre de aquella hija que aborrecia y que consideraba retirada en un convento, casi no encontró en su mente una razon que le explicase aquella inesperada escena y aquel más inesperado perdon.

Hubo un momento de perplejidad para todos.

El movimiento de repugnancia que habia hecho el anciano al retroceder al fondo de aquella prision, causó muy dolorosos latidos en el ya agitado corazon de Eugenia, y no poca sorpresa al general Belliard.

Los prisioneros contemplaban todo esto en silencio.

El anciano se pasaba repetidas veces sus manos por los ojos, cual si quisiera arrancar de ellos una nube que le impidiera ver.

Por fin Belliard rompió aquel silencio.

—¿No me habéis comprendido, caballero?—preguntó;—venimos yo y vuestra hija á traeros la libertad.

Belliard, por el sentido que dió á sus palabras, se habia equivocado completamente.

Creyó que el anciano era presa de la emocion de alegría que sin duda debiera causarle su inesperada libertad, la vida que le concedian.

Pero si Belliard se habia engañado al interpretar de este modo la actitud de Montenegro, no le sucedió lo mismo á la hija de este.

Conocia de antemano á su padre.

Un frio mortal recorrió el cuerpo de la antigua amante del baron del Pino, que no osó articular una sola palabra.

Presentia lo que iba á pasar.

Montenegro respondió al fin:

—Caballero, tenga Vd. la bondad de retirarse y devolver al general Murat su perdon: le doy por él gracias, pero no le quiero: ¿entiende Vd.? ¡no le quiero!

Y acentuó estas últimas frases con tal energía, que entre los prisioneros se levantó un murmullo de admiracion, mas bien de asombro.

Casi no se atrevian á comprender aquella respuesta en boca de un débil anciano.

Belliard tambien prorumpió en una exclamacion.

—¡Qué dice Vd.!—preguntó.

—Creo haberme expresado bien,—replicó Montenegro;—he dicho que no acepto ese perdon.

—Pero señor Montenegro... vuestra hija...

El anciano le interrumpió haciendo un gesto de terrible impaciencia, en que habia mucho de ódio.

—No os molesteis más, caballero, he dicho ya cuanto debia decir; dejadme ahora en paz.

—¡Pero no veis que esto es una locura!—exclamó Belliard mirando alternativamente á aquel hombre extraordinario y á Eugenia, cuyo rostro aparecia más pálido que el de un cadáver.

Montenegro pareció sentir una súbita inspiracion.

Dirigió una rápida mirada sobre sus absortos compañeros, y volviendo á adelantar hácia Belliard:

—Caballero,—dijo,—segun veo, parece que Vd. y el general Murat se interesan por conservarme la vida...

—Es verdad,—respondió Belliard.

—Pues bien, yo os doy gracias por el favor que quereis hacerme, pero lo aceptaré tan solo con una condicion.

—¡Decid!—balbuceó el francés, suspenso de las palabras de aquel anciano, cuya firmeza apenas comprendia.

—¿Ve Vd. á mis compañeros?—dijo el padre de Eugenia señalando con la mano á los prisioneros.

—Sí, respondió Belliard maquinalmente.

—Pues bien,—añadió Montenegro,—si quereis que yo salga de aquí, saldremos todos.

Belliard retrocedió asombrado.

Un murmullo de admiracion salió de entre los prisioneros, que no esperaban semejante salida.

Eugenia, por su parte, prorumpió en un gemido.

Acaso comprendió que la resolucion de su padre era de todo punto irrevocable.

Belliard adelantó unos pasos hácia Montenegro.

—¿No comprendeis,—dijo á media voz,—que eso es de todo punto imposible? ¿Ignorais las determinaciones que ha tomado el gran duque respecto á los prisioneros?

—No, no las ignoro.

—Pues ¿por qué no venís?...

—¡Caballero!—respondió Montenegro con firmeza y alzando cuanto pudo la voz,—podeis retiraros, lo mismo que esa mujer; no saldré de aquí, si no se accede á la condicion que he impuesto.

—Pero os repito que es imposible.

—Y yo vuelvo á decir á Vd. que está perdiendo el tiempo lamentablemente; yo no acostumbro á volverme atrás de lo que digo una vez. ¡Hemos concluido!

Belliard no replicó.

El tono conque Montenegro se habia expresado era de tal modo enérgico, que no daba lugar á réplica.

—Suplíquele Vd., señora,—dijo dirigiéndose á Eugenia.

La hija de Montenegro obedeció.

Pero al adelantar hasta el anciano, sus miembros temblaban más y más.

Tenia en el corazon el convencimiento de su impotencia, de la ineficacia de sus ruegos.

Pero la indicacion de Belliard la habia decidido.

En otras condiciones, no hubiera esperado á la insinuacion del general francés.

Sus afectos de hija la habrian obligado á precipitarse en los brazos de su anciano padre.

Pero llevaba en su corazon el recuerdo de sus faltas.

Sus ruegos, en vez de obtener el cariño, iban á despertar la cólera del padre ofendido.

Sabia que el anciano era inexorable.

Al adelantar, pues, hácia él, no se engañaba.

Temia con fundamento lo que iba á pasar.

Pero el deber se alzaba sobre su desconfianza y su temor.

No es dable una situación tan terrible como la suya.

Por fin llegó cerca del anciano.

Este la vió aproximarse con cierto estupor.

Despues, cuando la sintió cerca, sus ojos brillaron como áscuas con marcada expresion de ira.

Todos los espectadores de esta escena esperaban de ella un desenlace natural, una victoria en el ánimo de Montenegro...

Pero este, con voz bronca:

—¿A qué precio has comprado mi libertad?—preguntó á la desgraciada Eugenia.

—¡Quieres irte, desdichada!—añadió.

Pero Eugenia, en vez de irse, cayó de rodillas.

—¡Padre mio!—murmuraron sus lábios.

El anciano estaba ciego.

Aquella actitud, que á todos habia conmovido, causó en él un efecto contrario.

Una cosa peor aun que el vértigo acabó de anublar su razon, ya turbada.

—¡Vete, miserable, vete!—exclamó.—¡Vete! y mi maldicion te siga!

Y empujó á su hija con el pié.

Una exclamacion de terror sucedió á las últimas palabras del terrible anciano.

Eugenia lanzó un grito, y cayó sobre el suelo desmayada.

Belliard, auxiliado por algunos soldados, la sacó de allí.

D. Pablo de Montenegro se habia obstinado en morir al lado de sus compañeros.

Despues de haber hecho á estos una incompleta y rápida justificacion de su proceder, de victorear á España y maldecir á sus enemigos, volvió á reanudar sus exhortaciones, interrumpidas por un suceso que no esperaba.

CAPITULO XLV.

La pobre María va de una en otra afliccion.

La confusion y el terror crecian.

El pueblo, los pacíficos habitantes de Madrid, y muy particularmente los que por desgracia suya eran vecinos de los puntos en donde la resistencia á los franceses habia sido formidable, tenian sus vidas á merced del capricho, de la perfidia, del rencor, de la feroz venganza á que con desvarío ciego se entregaba el extranjero.

Hemos visto ya tambien cómo á los desventurados é inofensivos transeuntes se les detenia con el más fútil pretexto: un alfiler bastaba á veces para fusilarles en el acto, ó para conducirles á los depósitos, en los cuales ya esperaban la muerte numerosos españoles de todas las condiciones, sexos y edades.

En los cuarteles de San Gil y otros, en el Retiro, en la casa de Correos, en todos estos parages retenia Murat,

destinados á la matanza, muchos desventurados padres é hijos de familia.

Las canas del anciano, el llanto de las débiles mujeres, el severo hábito del sacerdote, nada de esto respetaban aquellos bárbaros, desde que habian visto una afrenta en el valor conque los heróicos hijos de Madrid habian combatido y *vencido* á las orgullosas águilas del invencible y temido imperio.

Sí, *vencido*; porque el caudillo francés, vista la pérdida ocasionada en sus tropas, y que hasta los tiernos niños se habian conducido en la lucha más que como hombres como gigantes, como héroes; cogiendo piedras, cuando no tenian otras armas, y arrojándolas con certera saña contra los enemigos de la independencia española, temió bien fundadamente que en un pueblo de tal naturaleza, hasta los mismo guijarros de las calles iban á levantarse contra él, cual otros combatientes, y á inaugurarse de este modo una lucha de titanes, en que sus huestes sucumbirian á los persistentes golpes, no de una guerra, sino de una tempestad devastadora.

El duque de Berg y de Cleves sentíase humillado por la derrota, y ni aun á sus mismos generales permitia que le hablasen de la cifra real á que ascendian sus pérdidas.

Por eso sin duda, cuando el *Moniteur* publicó en París la reseña de los sucesos que llevamos mencionados, la cifra de muertos por parte de los franceses la hicieron estos ascender solamente á unos

¡Ochenta entre muertos y heridos!...

Cañonazo hubo tan certeramente disparado por los valerosos artilleros del Parque, en que la metralla barrió *más de cien franceses.*

¡Como que Daoiz y Velarde *tiraban á dar!*

El conde de Toreno, concordando con los cálculos hechos por personas bien informadas, de los antecedentes que al efecto se consultaron, y por el número de los imperiales que ingresaron en los hospitales, dice que la pérdida de los franceses en aquel dia fué ed 1,500 hombres.

Si fuéramos á guiarnos por el Consejo de Castilla en este punto, la nuestra seria exígua.

Véase el estado que publicó, y con el cual, fundados en razones muy poderosas, no podemos estar conformes:

CUARTELES.	MUERTOS.	HERIDOS.	EXTRAVIADOS.
San Francisco. . .	10	8	»
Maravillas. . . .	16	12	»
Lavapiés.	1	7	25
Afligidos.	10	1	4
Palacio.	10	1	»
Barquillo.	7	3	4
San Martin. . . .	8	3	»
San Isidro.	14	5	1
Plaza Mayor. . . .	15	12	1
San Gerónimo. . .	13	2	»
	104	54	35

Hé aquí el cálculo hecho sobre las pérdidas de los franceses, aun cuando hay autores que le hacen subir á más:

CUARTELES.	MUERTOS.	HERIDOS.	EXTRAVIADOS.
San Francisco. . .	15	11	10
Maravillas. . . .	1,063 (1)	296	95
Lavapiés.	31	13	4
Afligidos.	92	20	9
Palacio	44	10	9
Barquillo.	100	15	24
San Martin. . . .	107	83	71
San Isidro. . . .	26	4	7
Plaza Mayor. . . .	84	13	10
San Gerónimo. . .	122	30	12
	1,684	495	251

(1) Por el relato que ya hicimos de los sucesos, nuestros lectores comprenderán que de una y de otra parte debieron ser más numerosas las pérdidas.

En resúmen, la cifra de pérdidas ocasionadas á los franceses, arroja un total de

Muertos.			1,684
Heridos.			495
Extraviados. . . .			251
			2,430
ESPAÑOLES.			
Muertos. . . .	104		
Heridos. . . .	54	. .	193
Extraviados. . .	35		

Diferencia contra los franceses. . 2,237 (segun los estados anteriores).

Acerca de estos cálculos, se nos ocurren algunas muy justas reflexiones aclaratorias.

Por lo que toca á los franceses, el cálculo de los 2,430 hombres perdidos, entre muertos, heridos y extraviados, no ofrece lugar á duda, y antes por el contrario, á la vista salta una notable proporcion, que vamos á demostrar muy fácilmente.

Téngase primero en cuenta el número de cada uno de los respectivos barrios de Maravillas, San Gerónimo, Barquillo y San Martin.

En todos estos puntos el combate fué más encarnizado que en parte alguna.

El entonces denominado cuartel de San Gerónimo fué, despues de la corta lucha habida en la plazuela de Palacio, el que mayor resistencia oponia.

Aquí el número de pérdidas es, respecto de los franceses, de 122.

En el mismo cuartel perdieron los españoles 18 hombres.

Algo de equivocacion debe haber en esto; pero guarda consonancia con la proporcion tomada bajo el tipo general.

Viniendo al Parque, dicha proporcion varía.

La resistencia en aquella situacion estuvo más bien organizada.

Por tanto, las pérdidas entre franceses y españoles, al ser más numerosas, prueban la más exacta proporcion respecto de los primeros; y aunque tememos que de los nuestros han debido perecer más, sin embargo, parece venir á desvanecer nuestros escrúpulos el recuerdo de que en el Parque se batian generalmente á cubierto los españoles.

Tal vez la confusion de aquel terrible dia no permitió formar con toda la exactitud debida estos cálculos; pero lo que no debemos dudar, bajo concepto alguno, es que los españoles vendieron en aquella ocasion tan caras sus vidas, que los mismos franceses, á pesar de su despecho, han confesado, mal de su grado, que por cada madrileño muerto ó herido sucumbieron seis de los suyos.

Para esto no podemos fiarnos en los partes comunicados por Joaquin Murat á su cuñado el Emperador.

El generalísimo francés habia tenido un interés pueril en ocultar una gran parte del descalabro sufrido.

Verdad es, y en esto damos una prueba de nuestro sentido imparcial, que tambien la España pagó con este motivo su tributo á la vanidad.

Si el Consejo de Castilla se atrevió á decir tan formalmente, que de españoles muertos, heridos y extraviados, no habian resultado sino ciento y pico de hombres, nosotros tenemos buenas razones para dudar.

En buen hora que lo que fué verdaderamente lucha no nos hubiese costado más pérdidas que las que con tan buena fé menciona el citado Consejo de Castilla.

Pero ¿y los fusilamientos? ¿Se han tenido en cuenta, se ha pretendido incluir en esta cifra, bastante exagerada, las víctimas inmoladas durante el lúgubre curso de todo

aquel dia, de la noche y madrugada terribles que le siguieron, y durante cuyo espacio no cesaron los vecinos de Madrid de oir el eco del cañon francés y las descargas de su fusilería?

Pues segun todos los datos que nosotros hemos podido revisar para la confeccion de esta obra, las personas fusiladas en el Prado solamente, ascendieron á muy cerca de 200.

Triste es que por punto general hayan las autoridades rodeado de necias puerilidades las páginas más brillantes de la historia del pueblo, cuando verdaderamente para nada se necesita amenguar las terribles pérdidas que nos ocasionaron aquellas memorables jornadas.

Hubieran especificado al ménos el concepto de las pérdidas enunciadas, y podrian demostrar, como nosotros tenemos por seguro, que la lucha en realidad fué para el pueblo de Madrid ventajosa, contra todas las condiciones de su falta de armamento y de organizacion.

Con fundarse despues en las masas del pueblo, que bárbaramente inmolaron los soldados de Murat, demostrábase á la vez el valor y la fuerza de los madrileños, y la osadía, la bajeza, la falta de humanidad de que dieron hartas pruebas sus enemigos.

. . . .

Entretanto que Eugenia habia corrido desalada con el intento de salvar á su anciano padre, su hija, la pobre María, recobrada á duras penas de sus hondas emociones, se quedó mirando con interrogadores ojos á su antiguo amigo el valeroso Maestro.

Parecia querer hacerle una pregunta, y que al mismo tiempo temia una contestacion desagradable.

El Maestro lo comprendió desde luego, y aunque dis-

puesto acaso á satisfacer á María, dijo procurando eludir por entonces la revelacion del suceso que indudablemente venia encargado de comunicar:

—Diga Vd., María, segun he podido comprender, esa señora que acaba de salir de aquí es...

—¡Mi madre, amigo, mi madre!—respondió la jóven.

—Lo presumia,—respondió el Maestro;—pero ¿y cómo es que el señorito D. Enrique no me habia hablado nada acerca de ella, cuando me encargó venir aquí?

La pregunta del Maestro fué un paso dado en falso.

María, en lugar de responder, preguntó:

—Pero ¿y no me dice Vd. nada de Utrera?

El Maestro se sintió desconcertado.

—¿Por qué no ha venido él mismo?—volvió á preguntar la jóven.

El viejo artesano balbuceó algunas escusas, que vinieron á aumentar los temores de la niña.

—¡Qué!—exclamó esta,—¿le ha sucedido alguna desgracia? Responda Vd., por Dios, responda Vd. pronto.

El Maestro se repuso, y viendo que no habia otro recurso que ser franco, dijo á la niña:

—¿Quién habla aquí de desgracia? D. Enrique está tan vivo como yo y como Vd.

—Pues entonces, ¿por qué no viene?

—Eso consiste en que ha tenido que irse á su casa, á tranquilizar á su pobre madre, que milagrosamente se ha salvado de la tremolina que allí hubo.

El Maestro mentia.

Utrera habia tomado desde la víspera sus precauciones, haciendo que su anciana madre variase de habitacion, trasladándose á la casa de una familia conocida, que habitaba en una de las calles más apartadas de Madrid.

María, que no conoció al principio que el buen artesano mentia, preguntó con la mejor buena fé del mundo:

—¿Que se ha salvado?... ¿de qué? ¿No se habia trasladado su madre á una casa de la calle de Fúcar? Ayer me lo dijo Utrera, y no sé que allí pueda haber habido desgracias como en la Puerta del Sol.

El Maestro volvió á desconcertarse; pero esta vez de un modo que María observó su turbacion.

El pobre hombre se habia visto precisado á mentir, y esto para él, que no sabia hacerlo, fué un lazo en que él mismo se enredó sin saberlo.

—Qué, ¿no me responde Vd.?—preguntó María con una exaltacion y un temor, que para el buen artesano, que conocia lo que en punto á mujeres significaba el miedo, temió que iba á ser objeto de un asedio.

—¡Tranquilícese!—respondió, reponiéndose á duras penas;—si es Vd. una muchacha formal y juiciosa como siempre lo ha sido, le diré la verdad.

—¡La verdad!... explíquese Vd., amigo mio, explíquese Vd. pronto, pronto, ¡por Dios!

El Maestro no acertaba á empezar.

Ni aun respirar le dejaba María.

—Si no se calma Vd., María, no empezaré nunca,—dijo.

Y dió á su voz un acento tal de firmeza, que María se esforzó por aparentar una calma, que distaba mucho de tener en realidad.

—Ya estoy tranquila,—dijo.

El Maestro se sonrió tristemente.

Le encantaba la ingenuidad de aquella hermosa jóven, á la cual conocia desde niña, y temia revelarla que Utrera se encontraba herido en una casa extraña de la plaza de San Ildefonso.

A través de mil peligros y dificultades, cuando le sacó en brazos fuera del Parque, pudo conducirle hasta verlo en salvo.

El mismo Utrera le habia encargado dijese su situacion á María, tomando para ello sus precauciones, á fin de evitarla parte del dolor que debia causarla semejante desgraciada noticia.

Franco y resuelto el Maestro hasta dejárselo de sobra, como vulgarmente se dice, la mision delicada que se le habia confiado era muy superior á sus fuerzas.

Como hombre templado, de valor á prueba, no tenia precio el noble artesano.

Hartas pruebas habia dado de él, y si no habia perecido como otros muchos, á la fortuna lo debia, no á las precauciones que tan lejos habia estado de guardar.

Pero como embajador, como portador de una mision que requiriese de su parte alguna astucia, ya lo hemos visto, era hombre al agua.

—Pues bien, María,—dijo,—D. Enrique no ha podido venir, por la misma razon de haberme enviado á decirle lo que sé y Vd. comprenderá.

—¡Sea Vd. franco de una vez!—exclamó María, viendo la ambigüedad conque aun se expresaba el Maestro.

Este continuó:

—Vd. ya sabe donde él ha estado...

—No, no lo sé; pero presumo...

—Conmigo, primero, en la plaza de Palacio; despues en la Puerta del Sol, y luego en el Parque de Artillería, en donde se armó la de Dios es Cristo...

—¿Y luego?

—Luego, aquello acabó mal...

—¡Dios mio!... ¿y Enrique?

—Salió conmigo de allí.

—¿Libre?

—Como yo lo estoy, ni más ni ménos.

—¿Pues entonces?...

—Una sola diferencia ha habido...

—¿Qué?

—Que él no ha podido andar tan ligeramente como yo: he tenido que darle el brazo, y aun hacer algo mas...

—¡Luego está herido!

—Sí, una maldita bala.

María dió un grito.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—exclamó;—¡dos desgracias en un solo dia! ¡mi abuelo preso, y Enrique herido!

Y rompió á llorar.

El artesano se sintió conmovido, y no sabia qué hacerse.

Sin embargo, trató de consolar á la infeliz niña.

—No es para afligirse tanto,—dijo;—la herida no ofrece cuidado: ha penetrado la bala en el muslo izquierdo; pero á estas horas ya se le ha extraido, y mucho es ya que con el génio de su novio no le dé la humorada de salir por ahí, cojeando como es natural.

Las razones del buen viejo dieron algun ánimo á María.

Alzó su hermosa cabeza, y miró al Maestro.

—¿Es verdad lo que Vd. dice?—preguntó.

—¿Qué ha de ser verdad, María?

—Que no es grave la herida de Utrera.

—Si no basta mi palabra, lo juro. ¿Quiere Vd. más?

—No, amigo mio, no; y perdone Vd. que le mortifique con mis temores... ¡Si supiese Vd. cuánto sufro!

—Pues pecho al agua; es preciso tener más valor.

—¿Y cómo?

—Haciendo frente á las circunstancias.

—Mi anciano y cariñoso abuelo está preso...

—Ya saldrá, María, saldrá al fin.

—Pero entre tanto, sufre. Además, ¿no dicen que los franceses fusilan sin piedad á cuantos cogen?

—Eso dicen, María...

—Y si le sucede á él otro tanto, ¡Dios mio!

—¿Á quién?

—A mi abuelo.

—Descanse Vd., María; respetarán sus canas. Además, su madre de Vd. le salvará: la hemos visto muy decidida...

—Sí; pero falta saber si la escucharán...

—Ahí verá Vd.: yo creo que la escucharán, y algo mas.

—¿Pues cómo?...

—Esa señora, segun creo haber oido alguna vez al señorito Utrera,—me parece que no hace de esto muchos dias,—ha tenido relaciones íntimas con los franceses...

—¡Tambien creo yo lo mismo!—respondió María, dejando escapar una exclamacion de alegre sorpresa.

Con efecto, no dudaba que su madre habia sido aliada, digámoslo así, de los franceses, durante el tiempo de sus amores con el baron del Pino.

La pobre jóven, abatida, preocupada con sus penas, habia olvidado en los primeros momentos ésta circunstancia, y habia visto partir á su madre sin pensar siquiera en las más ó ménos probabilidades del éxito que pudiese obtener el paso que intentaba dar.

Por lo tanto, la observacion del Maestro hizo descender á su corazon un rayo de esperanza.

—¡Si fuese posible!—exclamó.

—¡Lo será!—afirmó el artesano, deseoso de alimentar la reciente esperanza de María.

De este modo, hablando de estas y otras cosas análogas, trascurrió una hora más.

Eugenia no volvia.

Era la primera vez que María, la que tanto la habia aborrecido y temido, esperaba á su madre con ansiedad verdadera.

¡Oh! si Eugenia hubiera podido oir á su hija invocar su nombre repetidas veces, desear su llegada... tal vez se hubiese sentido resarcida en parte de los dolores y penas que la aquejaban terriblemente.

¡Pero en qué circunstancias tan terribles ganaba el corazon de la jóven, al cual habia renunciado durante tantos años!

Además, al regresar de la prision, traia sobre su conciencia lo que aun la faltaba: el desprecio público, y la maldicion más pública de su padre.

CAPITULO XLVI.

La autoridad delira, y la desolacion de Madrid crece.

Cada paso en el camino emprendido por una y otra parte, era una nueva calamidad que se levantaba sobre las muchas que ya lamentaba el pueblo.

El Consejo Real, prestando una indigna sancion á los actos del usurpador, como si presintiera ya lo que debia pasar en lo porvenir, y se dispusiese á levantar el trono del futuro Pepe Botella, publicó sin rebozo el inícuo bando que ya hemos dado á conocer.

Muchas veces hemos tenido que vencer á nuestra repugnancia, al ocuparnos por igual de las necedades y de las bajezas cometidas por los hombres funestos que en tan calamitosas circunstancias estaban encargados de regir los destinos de la nacion; y en lo poco que ya nos resta, no deja de disgustarnos la necesidad en que nos coloca la imparcial historia de referir otros hechos semejantes.

No era ya preciso vernos expuestos á la perfidia de un enemigo poderoso, sino que tambien las entidades que al-

go podian, ó deberian poder, no perdian coyuntura ni circunstancia en que Napoleon y sus secuaces no adelantáran á pasos agigantados por el camino que debia conducir al coloso de Córcega á su infalible desgracia, pero tambien á sumir la Península en una asoladora guerra de muchos años; guerra que si costó á Francia, como á su tiempo se demostrará, más de 400,000 hombres y la ruina de su imperio, tambien costó á los españoles grandes sacrificios de sangre y de recursos, y más tarde la miseria, la tiranía, la reaccion y el embrutecimiento.

Joaquin Murat, despues de dictar cien horribles disposiciones, encaminadas á tomar venganza contra los habitantes de la capital de España, obteniendo un perfecto acuerdo en todo de las autoridades nacionales,—así queremos llamarlas,—se dispuso «á humillar, como él decia, la arrogancia castellana.»

Al efecto, no bastándole el que ya habia dado, preparaba nuevos espectáculos conque debia obtener para su nombre una funesta celebridad.

Las últimas luces de aquel dia de luto y desolacion abandonaban ya al cielo de Madrid.

Al rumor, á la agitacion, sucedió con la noche una calma muy parecida á la de los sepulcros.

Madrid no tenia gobierno que le guiára, ni mucho menos protegiera.

Pero en cambio, la muerte habia establecido su imperio dentro de sus muros.

Las familias permanecieron aterrorizadas dentro de sus habitaciones, unas llorando la pérdida de alguno de sus individuos, otras luchando con el azar, con la duda de la desgracia que en aquellos momentos arrostraban el padre ó el hijo ausentes.

Si unos cuantos aun confiaban en que la noche pondria fin á tantas escenas de horror, la gran generalidad no se engañaba en sus presentimientos.

Decíase que en diferentes puntos habia detenidos numerosos prisioneros, y que el general francés habia dispuesto fusilar una gran parte aquella misma noche.

Y decian bien.

Murat se habia propuesto alcanzar el desquite.

Pero ¡por qué medios!

Vergüenza dá confesar que ciertos hombres han pertenecido á la especie humana.

El memorable cuñado del primer Bonaparte, por sus sentimientos crueles, era la afrenta de la humanidad.

Al anochecer de aquel dia, este hombre perverso, acompañado de sus generales y de una gran escolta, se dirigió al local que ocupaba la Junta de Gobierno.

Esta se hallaba reunida y deliberando á la sazon.

Presidíala el anciano Gil y Lemus.

El terror parecia pesar sobre todos como una montaña de plomo, y la confusion en las deliberaciones era general.

Unicamente Gil y Lemus, á pesar de su edad, daba allí pruebas de energía y de carácter.

Las escenas del dia le tenian lleno de indignacion.

Murat, con sus exigencias, habia hecho imposible la permanencia en aquel débil Consejo del digno anciano; porque ni su voz ni su voto tenian fuerza contra la mayoría de sus compañeros.

Pero en el momento de que vamos á ocuparnos, el único que allí podia tener verdaderamente conciencia, se hallaba tambien consternado.

Acababa de leer á la Junta una carta del infante don Antonio Pascual.

Nuestros lectores saben muy bien que Fernando VII, al emprender su desatentado viaje á Bayona, dejó á su tio el infante encargado de presidir la Junta de Gobierno en su ausencia.

Pues bien; el buen infante era en dicho puesto una nulidad absoluta.

Fernando no pudo confiar á peores manos, ni á cabeza más hueca, tan importante mision.

¡A quién se le ocurria hacer de un hombre tan apacible un hombre de gobierno, y mucho ménos dejando á la nacion, como la dejaba, en situacion tan azarosa!

Hasta en dar este desacertado paso debió Fernando VII seguir las inspiraciones del célebre Escoiquiz.

Lo que vamos á referir viene en apoyo nuestro.

Alejada ya toda la familia real de España, lo único que á Joaquin Murat embarazaba, era la presencia del susodicho infante, muy en particular por el carácter de que se hallaba investido.

El duque de Berg trató de deshacerse de él como de los demás, y aprovechó para ello la ocasion que le ofrecia aquel dia, en que tan descarada y decididamente habia arrojado la máscara conque hasta entonces se cubriera, haciendo el falso papel de *amigo y aliado.*

No se detuvo ya en consideraciones.

Para proceder con gentes tan débiles, no necesitaba en manera alguna guardarlas.

Fué, pues, derecho á su objeto.

Un general suyo se habia presentado al infante y le dijo verbalmente, que el gran duque de Berg y de Cleves le mandaba á nombre del Emperador, que en el término más breve dejase su cargo en la Junta de Gobierno y á Madrid, encaminándose á Bayona, en donde ya se encontraba Cár-

los IV con su esposa, y Fernando, á quien no se trataba ya como rey.

El pobre infante se quedó como el que vé tinieblas.

Semejante pretension era incomprensible.

Pero tambien no comprendió más.

Dijo que lo comunicaría á la Junta aquella noche.

Y con efecto, en la carta de él que acababa de leer el anciano Gil, manifestaba terminantemente la necesidad que tenia y la determinacion que habia tomado de renunciar á la presidencia, la cual, decia, ofrecia grandes peligros para su persona, y encaminarse luego, inmediatamente, al encuentro de sus hermanos.

Semejante carta habia producido el asombro que es de inferir; pues aunque realmente de nada les servia el infante para el despacho y direccion de los tan mal dirigidos negocios, sin embargo, era una especie de pretexto, por la autoridad que le adornaba, para tenerlo delante de sí, si no como escudo, como pantalla.

Como de este incidente no nos hemos de volver á ocupar, debemos anticipar aquí, que á pesar de las gestiones de algunos miembros de la Junta, y cediendo á las activas y amenazadoras exigencias del general francés, el infante D. Antonio Pascual no cejó en su propósito de atravesar el Pirineo; un dia despues, remitia á la misma Junta de Gobierno esta otra singularísima é incalificable carta.

Es curiosa.

Dejamos á nuestros lectores que la saboreen.

Decia así:

«A la Junta, para su gobierno, la pongo en su noticia, como me he marchado á Bayona de órden del rey, y digo á dicha Junta, que ella sigue en los mismos términos *como*

si yo estuviese en ella. Adios, señores, hasta el valle de Josafat.—ANTONIO PASCUAL.—Al señor Gil.»

¡Oh! la historia ha sido cruel al conservar este documento, en que no se sabe qué cosa es peor: si la falta absoluta de sindéresis que revela en él D. Antonio Pascual, ó el tono profético conque, echándola de político, parece presagiar graves trastornos, á cuyo efecto se despide de sus compañeros de gobierno *hasta el valle* de Josafat, esto es, *hasta Bayona.*

Porque no es imaginable creyese el pobre hombre que Napoleon le destinase á desempeñar un ruidoso papel en su político juego.

La primera carta de que hicimos referencia, dejó ver claramente á los individuos de la Junta de Gobierno, que Murat habia ejercido presion en el ánimo y en la voluntad fácil de D. Antonio Pascual.

El primer momento despues de la lectura fué de ansiedad y de duda para todos, y muy principalmente para el anciano Gil.

Este se habia expresado en el sentido de impedir al infante su viaje, precisamente en aquellos aciagos dias que tan nebulosos se presentaban.

Varios de sus compañeros no fueron de la misma opinion, y esta disidencia dió lugar á un acalorado é inútil debate en el seno de dicha Junta.

Y en parte, los que alegaban razones contrarias á las de Gil, tenian razon.

¿De qué serviría entre ellos el infante?

De mucho ménos aun que la misma Junta, con bien raras excepciones; y con esto está dicho todo.

En lo más acalorado de la discusion, vieron llegar inopinadamente á Joaquin Murat.

Con su presencia casi todos se sobrecogieron.

El duque de Berg les imponia.

Unicamente Gil no se inmutó por su llegada.

Cuando Murat acabó de saludarles con aquel ademan tan altanero que le distinguia, el anciano Gil se dirigió á él.

—Gran duque,—dijo,—la Junta de Gobierno se halla en un grave conflicto con la inesperada ida á Bayona que proyecta el infante D. Antonio Pascual, su presidente nombrado por el rey.

Murat fingió que se sorprendia.

Pero Gil no le creyó, como no debia creer nadie en las afectaciones y en la falsa política del cuñado de Napoleon; así es que añadió con una resolucion increible á sus años, y en aquel momento en que tantas defecciones se veian, y tantas apostasías y traiciones se preparaban:

—Sí,—dijo,—pero es el caso que la Junta debe oponerse, y se opondrá á su salida.

Esta vez la fisonomía de Murat varió súbitamente.

Las palabras de Gil le habian hecho mal efecto.

Los hombres enérgicos desconcertaban siempre al duque de Berg y de Cleves.

Y consistia en que estaba avezado á tratar mansas ovejas, y no hombres.

Pero despues del desconcierto, despues de medir en toda su extension el dicho de Gil, sintió un acceso de ira.

Iba dispuesto á disimular, pero no pudo.

El anciano le abordaba de frente.

Murat, sin embargo, tenia á su favor muchas circunstancias que le hacian doblemente fuerte.

Seguro como estaba de la adhesion de la mayor parte de los individuos que componian la Junta, casi no le era

preciso ya recordar el número y el poder de las tropas que tenia francamente dispuestas á apoyar sus exigencias y sus actos, de cualquier género que fuesen.

Así es que respondió al anciano:

—Podrá ser que la Junta quiera oponerse, aunque no lo creo, pues la marcha del infante á Bayona es cosa decidida.

El anciano Gil preguntó con indignacion:

—¿Que es cosa decidida?

—Sí, tan decidida, que dentro de veinticuatro horas vá á emprender sin más dilacion su viaje.

—¿Quién lo ha dispuesto, gran duque? La Junta no ha recibido instrucciones acerca de una cosa tan grave...

—¿Y qué importa?—le interrumpió Murat con petulancia.—Yo os daré y haré conocer esas instrucciones....

Gil se quedó mirando estupefacto al duque de Berg.

Este añadió:

—Sí, señores; el infante vá á dejar la presidencia de esta Junta y á irse de España.

La indignacion de Gil llegó hasta su último extremo.

—El infante D. Antonio Pascual,—dijo con entereza,—no podrá irse, pues que está encargado por S. M. el rey de presidirnos, y nadie podrá sustituirle en sus funciones, á no ser que el mismo rey designe otra persona.

Murat repuso con una flema que dejó aterrados á aquellos de los circunstantes en quienes el vírus francés, digámoslo así, no se habia inoculado aun:

—Es que yo, desde que el infante se aleje, intervendré y presidiré los actos de esta Junta: las circunstancias, y más que todo, los graves sucesos que hoy han ocurrido, lo requieren así: el infante, pues, saldrá sin dilacion (1).

(1) Con efecto, poco tiempo despues, y á pesar de la protexta que hizo

Estas descaradas palabras, que resonaron allí como el estrépito de un trueno, produjeron una acalorada contienda.

Gil y Lemus protestaron contra tamaña arbitrariedad.

Varios compañeros suyos le apoyaron.

Pero otros, demasiado temerosos, ó sobradamente ruines, se pusieron de parte del duque de Berg.

El debate fué terrible.

Resultado de esto fué, que el duque de Berg salió poco despues de allí más irritado y colérico que habia entrado.

Al volver á montar á caballo para dirigirse á su palacio, una señora le salió al encuentro.

—¡Gran duque!—dijo casi sin voz.

—¿Qué me quereis?—preguntó Murat impaciente.

—El perdon que V. A. ha concedido á mi padre es ineficáz.

—Pues ¿cómo? señora,—volvió á preguntar Murat, distinguiendo al fin la persona que le hablaba, y en la cual no habia reparado.

—Porque mi padre renuncia el perdon.

Estas palabras dejaron sorprendido al general.

—¡Es posible!—exclamó.

—¡Y tanto, Monseñor! el mismo general Belliard lo ha visto, y puede confirmarlo á V. A.

Murat se quedó pensativo.

Con un pié en el estribo de su caballo, y rodeado casi enteramente de sus ayudantes y numerosos soldados, preguntó á su interlocutora con vaguedad, preocupado como estaba por sucesos para él de más interés:

—¿Y qué quereis que yo haga, señora?

---

el digno Gil de Lemus, el príncipe Murat se introdujo por la fuerza en los actos de la Junta de Gobierno.

—Mi padre acepta el perdon con ciertas condiciones...

—¡Con ciertas condiciones! ¿Qué quereis decir?

—Que acepta el perdon, con tal de que se conceda tambien á los demás prisioneros.

Murat se quedó mirando con asombro á aquella mujer, que, en nombre de su padre, venia á decirle que aceptaba un beneficio condicionalmente.

Por un momento no supo él mismo qué decir.

Pero consultando sin duda alguna á su conciencia, encontró de tal modo absurda la pretension de su interlocutora, que prorumpió en una terrible carcajada.

—¿Conque no quiere aceptar la vida?—preguntó.

La pobre mujer no atinaba á responderle.

A Murat le urgia el tiempo.

La presencia de aquella mujer, con su perplejidad y en ocasion para él tan importante, se le hizo insoportable.

—Y bien,—dijo,—¿qué quereis que yo haga?

—¡Monseñor!—exclamó ella,—es mi padre.

—¿Pero tengo yo la culpa de que se obstine en morir?

—¡Sed clemente, Monseñor!

—No puedo hacer más.

—Ved que el pobre anciano vá á morir.

—¡Tanto peor para él!

—¡Gran duque!

—Adios, señora: no puedo perder más tiempo inútilmente; ¡lo que me pedís es imposible!

Y Murat, sin atender á las últimas súplicas de su interlocutora, saltó sobre su caballo.

Pocos segundos despues corria velozmente rodeado de sus ayudantes y seguido de su escolta.

La infeliz mujer sintió circular por sus venas el frio de la muerte.

Sin embargo, con ese terrible valor que dan los instintos aun más supremos del peligro, hizo un esfuerzo sobre sí misma, y se dirigió á uno de los depósitos, en donde muchos honrados madrileños, como se ha dicho ya, esperaban llegase por momentos la hora del suplicio.

Nuestros lectores habrán reconocido en la interlocutora de Murat á Eugenia, la hija de Montenegro.

CAPITULO XLVII.

Noche de horrores.

Cuando Eugenia, despues de haber sido rechazada por su anciano padre, se desmayó bajo el peso de su maldicion, Belliard y algunos soldados la sacaron de allí para socorrerla.

Poco despues, al volver en sí, exclamaba la desgraciada:

—¡Dios mio! todo está perdido, y su sangre vá á caer sobre mi cabeza, como su maldicion!

Belliard quiso tranquilizarla.

Pero dominado con la escena que acababa de presenciar, y comprendiendo por la entereza del altivo español, que su determinacion era inquebrantable, él mismo no daba crédito á sus palabras de esperanza.

La situacion de aquella criminal, cuanto ahora desventurada mujer, era dolorosa.

Cuando precisamente acababa de columbrar una luz

esplendorosa que la apartaba, que borraba de su espíritu las tinieblas de su pasado, con el reciente amor de la hija abandonada, encontró un terrible obstáculo á su felicidad.

Su padre iba á morir, y á morir despues de haberla maldecido cruelmente.

Para ella, la conducta de su padre equivalía á un suicidio; pero conocia demasiado su fuerza de voluntad, para no temer que llevaría á cabo su resolucion.

Recordando la madre de María que tambien ella habia tenido decision y entereza para saber dominarse, procuró volver en sí.

Hizo un esfuerzo, y al fin se sobrepuso algun tanto á la situacion que arrostraba.

Llevaba desde aquel momento la conviccion de que no tenia derecho á echarse de hinojos ante el autor de sus dias, para pedirle que conservase su propia vida; pero ambien se hizo cargo de que con la cooperacion de Belliard, su antiguo amigo, al cual tenia á su lado, algo se podria conseguir aun en el instante más crítico.

La madre de María encomendó á la perseverancia y al favor de los mismos franceses la salvacion del anciano.

Así es que dijo á Belliard:

—Amigo mio, aun queda un recurso.

—Hable Vd.,—respondió Belliard,—y haremos todo lo que sea preciso hacer; tengo interés por salvar á ese viejo tenaz, que ni aun ha sabido respetaros.

Eugenia sonrióse con amargura, y añadió:

—Volveremos á ver á S. A. el gran duque.

—Ahora mismo; pero, ¿qué intentais?

—Rogadle acceda á lo que mi padre exige.

—¿A qué, á perdonar, á conceder la libertad de todos los prisioneros?

—Sí.

Belliard hizo un gesto de duda.

—¡Es difícil!—dijo.

—Pues qué,—preguntó Eugenia,—¿habria olvidado el duque de Berg, que el difunto baron del Pino y yo hemos prestado grandes servicios, que ahora lamento, á la causa del Emperador de los franceses?

—No los ha olvidado, y prueba de esto es la órden de libertad que dió á favor de vuestro padre.

—Pero es preciso que me sirva en esta ocasion suprema, aun haciendo un sacrificio...

—En fin, amiga mia,—concluyó Belliard,—iremos á ver de nuevo al gran duque, intentaremos todos los medios para conseguir vuestro deseo.

Efectivamente, Belliard y Eugenia se dirigieron al palacio de Murat.

Pero en aquel momento el cuñado de Napoleon se ocupaba del infante D. Antonio Pascual.

Ya hemos demostrado en el anterior capítulo á qué objeto se dirigian sus intentos respecto del presidente de la Junta de Gobierno.

Eugenia no pudo ser recibida.

Belliard, sin embargo, la habia dicho:

—Id, y descansad en mí; conservar la órden, y yo me encargo de gestionar cerca del gran duque, para salvar por la fuerza á vuestro rebelde padre.

—¡Oh! ¡gracias, amigo mio, gracias!—exclamó Eugenia.

—Sois mi amiga, y os sirvo; volved al anochecer.

—¡Pero será demasiado tarde!...

—No, porque aun no se ha dado ninguna otra nueva órden acerca de los presos de la casa de Correos, y desde ahora quedo yo á la mira.

Eugenia salió del palacio de Murat con alguna esperanza en su corazon.

Deseosa de no volver á encontrarse con su hija y el artesano que lo esperaban, hasta llevarles la noticia de la salvacion de su padre, y no sabiendo qué direccion tomar, comenzó á discurrir por las calles de Madrid á la ventura.

Donde quiera, todo lo encontraba desierto, y únicamente su estado de agitacion no la permitió comprender todo el inminente riesgo que corria, atravesando los mismos puestos en donde los franceses permanecian, posesionados de los principales puntos y bocacalles, en actitud vigilante y amenazadora.

Cuando atravesaba por parages en donde no se hallaba el enemigo, entonces era cuando Eugenia sentia verdadero terror.

Allí circulaban, aprovechándose de su estrecha libertad, algunas gentes del pueblo.

Pero por lo mismo, la situacion de Eugenia se hacia allí más terrible, toda vez que entre los muchos comentarios que se hacian y rumores que circulaban, asegurábase con gran certeza que aquella misma noche debian ser fusilados muchos de los españoles que estaban prisioneros: júzguese cuál seria la angustia de la hija de Montenegro.

De este modo, y á través de horas que la parecieron más largas que siglos, llegó á ocultarse el sol.

La hija de Montenegro se encaminó entonces por tercera vez al alojamiento de Murat.

Pero este habia salido.

Belliard tampoco estaba.

El primero se habia dirigido al local que ocupaba la Junta de Gobierno.

Belliard, á comunicar las órdenes necesarias para preparar nuevas y sangrientas hecatombes.

Eugenia, sabedora del sitio en donde podria encontrar á Murat, se encaminó á él llena de terrible emocion, temiendo que llegaría demasiado tarde.

Al fin tuvo que esperar.

Murat se hallaba demasiado ocupado en aquel momento, para que Eugenia pudiese llegar hasta él.

Descargaba el peso de su cólera contra los individuos de la expresada Junta.

La hija de Montenegro creyó oportuno esperarle.

Murat aun tardó una hora mortal para Eugenia.

Por fin salió, pero salió despechado.

Habia jurado en su interior vengar en el pueblo la resistencia que habia osado oponerle el animoso Gil.

Eugenia, al verle, se dirigió á su encuentro.

Ya hemos visto el resultado de sus palabras y las súplicas hechas al duque de Berg.

Le habia pedido un imposible.

Con el corazon destrozado, el alma llena de amargura, la cabeza trastornada, se dirigió, casi maquinalmente, en seguimiento de Murat y su comitiva.

Pero esta corria con tal velocidad, que la infeliz mujer la perdió de vista bien pronto.

Es verdad que tampoco ella podia correr.

La faltaba el ánimo, habia perdido hasta el aliento.

Aterradores fantasmas cruzaban su mente.

La vida de su anciano padre iba á ser inmolada.

El indomable orgullo de Montenegro habia hecho inútiles las gestiones de su hija por salvarle.

Habia creido llenar, con un nuevo deber cumplido, el inmenso y terrible vacío de su pasado, y poseer un nuevo título al amor de su hija.

Aquella mujer, que tan gran tributo habia pagado á la vanidad, habia sentido borrarse esta con el último golpe recibido en la muerte desastrosa del baron del Pino.

Desde aquel momento fatal se encontró sola en el mundo, en el triste recinto de un convento, colocada dentro de él en una posicion equívoca, y mirada con cierta humilladora reserva por las mismas religiosas.

Entonces tambien comenzó á pensar en dos séres que hasta el último extremo le habian sido, más que indiferentes, aborrecidos.

Al recordar que tenia una hija, y que ella sola hubiera podido llenar el abismo que ya con horror encontraba en su alma, el corazon de Eugenia latió de un modo extraño, inexplicable para ella.

Esto sucedió pocas horas despues de haber escrito á la inocente María aquella carta, de que por medios tan eficaces pudo apoderarse Utrera, carta que llenó de indignacion.

¡Rápido é inconcebible cambio!

¡Así avanza al mal la especie humana, ó retrocede por inesperado choque al camino del bien!

Pero tal vez Eugenia retrocedia tarde.

Preocupada y llena de un profundo terror, iba la desgraciada Eugenia tal vez á casa de Murat á hacer una nueva y última tentativa, conociendo que de su padre nada conseguiría la que habia recibido su pública maldicion.

De este modo llegó hasta la Puerta del Sol.

Era ya muy entrada la noche.

Un numeroso grupo llamó de un modo terrible la atencion de la hija de Montenegro.

Alrededor de este grupo, y á manera de una cadena, brillaba un espeso círculo de bayonetas.

Eugenia sintió una aguda punzada en su razon.

Arrastrada, ó más bien impulsada por una fuerza, por una especie de presentimiento secreto, corrió hácia el grupo.

Este llevaba su direccion al Prado.

Las bayonetas que Eugenia habia visto brillar, pertenecian á una escolta de soldados franceses.

Rodeaban á unas cuarenta personas del pueblo, próximamente.

Entre ellas contábanse gentes de todas las clases, y tambien de ambos sexos.

Un sacerdote venerable y dos mujeres figuraban en el número.

Iban aparejados y atados brazo con brazo por medio de cordeles.

Eran todos los prisioneros que habian estado hasta aquella hora detenidos en la casa de Correos.

Las pocas gentes del pueblo que en tal sazon se atrevian á cruzar por aquel punto, vieron con terror pasar á la comitiva.

Nadie se engañó acerca de la suerte que esperaba á aquellos infelices.

Iban al suplicio.

Eugenia, por un febril y desesperado impulso, se avalanzó hasta penetrar entre los soldados del piquete.

Fijó una mirada de angustia infinita en las víctimas que iban tan pronto á ser sacrificadas.

Un grito que debió rasgar el seno de la infeliz, se dejó oir de un modo tan penetrante, que llegó á todos los oidos.

—¡Padre mio!—exclamó de un modo indefinible..

Y al pronunciar esta exclamacion, cayó desplomada.

Un militar se acercó rápidamente á sostenerla.

—Tranquilícese, amiga mia,—dijo acercando sus lábios al oido de Eugenia,—le salvaré.

Pero Eugenia no podia comprenderle.

Habia perdido el conocimiento.

La comitiva continuaba con fúnebre celeridad, y lo que acabamos de referir pasó tambien en menos tiempo del que hemos empleado en trasladarlo al papel.

El oficial del piquete tuvo que abandonar el cuerpo inanimado de Eugenia, dejando tendida á esta en la calle.

Cuando los franceses se habian alejado ya, dos hombres del pueblo se acercaron á socorrer á la desgraciada hija de Montenegro.

Esta tardó mucho tiempo en recobrarse.

La impresion recibida, habia sido terrible.

CAPITULO XLVIII.

Desolacion.

El bárbaro francés no hallaba aun bastante satisfecha su cólera: se habia propuesto abatir al pueblo por medio de cruentas matanzas; y si esto no era fácil obtenerlo con un pueblo tan valeroso y heróico como el español, cuando ménos conseguia llevar la consternacion y el luto al seno de centenares de familias.

Habíamos omitido consignar aquí, que ya en la tarde de aquel dia se habia elegido, como otros tantos teatros de estas escenas sanguinarias, una casa que hacia esquina á las calles del Príncipe y Carrera de San Gerónimo, donde los montones de cadáveres allí mutilados ofrecian á la vista un espectáculo horroroso.

Tambien frente á varias casas de la calle Mayor se hizo bajar á un crecido número de habitantes, los cuales, unidos á indefensos é inofensivos transeuntes, fueron sin piedad muertos á balazos contra las mismas puertas.

¡Casi nos falta el tiempo preciso para hablar de tanta sangre!

Y sin embargo, la cabeza, el corazon y la pluma nos parece que están empapados de ella.

Tal es la abundancia de crímenes, de verdaderos asesinatos, cometidos en aquella época de triste recordacion.

Montenegro y sus compañeros habian permanecido aun en la prision, entre la vida y la muerte, hasta la hora á que nos referimos.

El altivo anciano, aconsejado por su ódio profundo á los enemigos de nuestra independencia, y arrastrado por su noble anhelo de no desalentar á los demás prisioneros, á quienes tanto habia animado, con la tentadora perspectiva de la libertad que habia ido á ofrecerle su hija, rechazó á esta y el perdon, de que era portadora.

Los mismos infelices que esperaban allí de un momento á otro la muerte, mostráronse asombrados de tanta firmeza.

Alguno hubo que manifestó su disgusto por la manera conque habia procedido respecto de Eugenia.

Pero el anciano encontró, aunque sin decir toda la terrible verdad de su secreto, los medios de justificarse.

Despues de esto, como hemos dicho ya, continuó en sus exhortaciones, animando á todos con sus enérgicas palabras al sacrificio.

Por último se acordó de que dejaba en el mundo un sér, una criatura sencilla abandonada al azár.

Entonces procuró remediar, ó más bien conjurar los peligros que pudiesen ofrecérsela en el porvenir.

Acercóse al centinela que guardaba la puerta, y por un ventanillo desde donde aquel atisbaba, le rogó que llamára

á su jefe, á quien dijo deseaba comunicar una cosa importante.

En vez de un oficial se presentaron dos.

Uno de ellos era el que tan interesado y generoso se habia mostrado en secundar los planes de Eugenia.

Por un momento creyó que Montenegro habria tomado otro acuerdo, y que la perspectiva de la libertad le habia al fin tentado, despues de la fria reflexion.

Con esta idea se acercó al anciano.

Pero Montenegro le dijo:

—Caballero, estoy solo, en este momento no tengo de quién valerme, voy á morir, y como dejo en el mundo séres débiles y desvalidos, deseo tratar de su porvenir antes que llegue mi última hora.

El oficial retrocedió asombrado.

—Pero, ¿os obstinais en seguir la suerte de los demás? —dijo.

Montenegro, sonriéndose con digna indiferencia, respondió al generoso oficial:

—Doy á Vd. gracias por su interés; pero mi resolucion es irrevocable: tal vez en otras condiciones aceptaría, siquiera porque los cortos años que me resta vivir, les son necesarios á una persona querida.

—Pues entonces,—replicó el francés,—aun creo más injustificable vuestro empeño: ¿quereis suicidaros?

El anciano añadió con firmeza:

—Es inútil, caballero, os lo repito: yo soy hombre de honor ante todo, y mi deber y mi conciencia me mandan morir al lado de mis compañeros: si no lo hiciese así, sería un miserable: ó todos ó ninguno.

Al oir estas palabras el oficial, comprendió que en vano lucharía contra aquella voluntad de acero.

Interesado noblemente por Eugenia, la conducta del anciano para con esta, conducta que él habia presenciado, no impidió que tambien la extraordinaria hidalguía de aquel le interesase.

Así es, que arrastrado por una viva simpatía, dijo á Montenegro con un acento de respeto y de consideracion, que este no pudo ménos de agradecerle:

—Pues bien, caballero, disponed de nosotros.

Y designó al oficial de guardia.

Montenegro alargó su mano al oficial, y estrechando con efusion la de este, dijo:

—Gracias, caballero, me haceis un señalado favor: os ruego tengais la bondad de facilitarme algun papel y tintero...

—Nos está prohibido,—respondió el oficial de la guardia.

—Caballero,—añadió Montenegro,—no tema Vd. nada, no por eso faltará Vd. á sus instrucciones: deseo testar, y que Vd. y su compañero me sirvan de testigos...

Los dos oficiales consultaron entre sí.

Por fin, resolvieron acceder á la peticion del anciano.

Sobre una mala mesa de pino que allí habia, escribió poco despues el anciano su testamento.

Dejaba todos sus inmensos bienes á María.

Sin embargo de que acababa de maldecirla, no olvidó tampoco á Eugenia.

La consignó una renta, suficiente para vivir.

Pero la obligaba á permanecer en un convento, dentro ó fuera de Madrid.

«Si así lo hace,—decia en el testamento literalmente, —le retiraré desde la otra vida mi maldicion.»

Despues del testamento escribió una carta.

Iba dirigida á María.

Dentro de ella envolvió y cerró el testamento, tambien cerrado, y con sobre al conde de M...

Nombraba á este su testamentario, y en una nota de reconocimiento que consignó, al ocuparse de María, encargaba al conde la tutela de la jóven.

Despues de llenar este deber, volvió á llamar al oficial.

El conocido y auxiliar de Eugenia tornó á presentarse.

—Ruego á Vd.,—le dijo Montenegro,—que momentos antes de salir al sitio adonde me llevarán en breve con todos mis compañeros, haga llegar mi última voluntad á manos de mi segunda hija.

El oficial tomó la carta con cierta turbacion.

Aquel anciano le conmovia.

Verdad es tambien que Dios le habia dotado de un corazon humano y generoso.

El conde de Toreno, al ocuparse de este noble militar, aunque incidentalmente, lo consigna así.

Montenegro, para quien no pasó desapercibida la simpatía del oficial, añadió:

—Ahí van las señas de mi casa... Le doy gracias por la humanidad conque me trata Vd. No le pido juramento de que cumplirá mis deseos, pues leo en su corazon, aunque apartados por obtáculos insuperables, puedo en este momento llamarle mi amigo... Así, pues, abracémonos; este será su juramento respecto de mí... Para Vd., le servirá como una muestra de mi gratitud.

Y alargó sus brazos al oficial.

Este le estrechó á su vez entre los suyos.

Cuando se retiró de allí, sintió que llevaba húmedos los ojos: se hallaba fuertemente conmovido.

Los demás prisioneros presenciaron todo esto con extrañeza.

Montenegro les dijo sonriéndose:

—Tiene un buen corazon: lástima grande que el destino le haya hecho enemigo de nuestra pátria.

A los discursos que Montenegro habia pronunciado anteriormente, sucedió un acto más grave, más solemne.

El sentimiento pátrio cedió su lugar al sentimiento religioso, á la idea de Dios y de su eternidad.

El sentimiento religioso en España, fué uno de los grandes elementos que contribuyeron á la desgracia de Napoleon.

Los momentos eran preciosos.

Un sacerdote, cogido al salir de una iglesia, habia sido trasladado, casi de los últimos, á la casa de Correos.

Durante la sobreexcitacion entusiasta de sus compañeros, permaneció retirado y silencioso, acercándose solamente algunos momentos á consolar al infeliz de quien hemos dicho gemia amargamente.

Movido por su religioso celo, dirigióse á los prisioneros.

—Hermanos mios,—dijo con voz solemne,—para que el sacrificio de todos sea grato á los ojos de Dios, como lo será á la pátria, preciso es que nos preparemos á morir como buenos cristianos.

A la voz del sacerdote siguió un murmullo de aprobacion.

Despues reinó un profundo silencio.

El sacerdote continuó:

—Los enemigos de España, con la impiedad que hoy hemos tenido ocasion de ver en ellos, querian privarnos de los auxilios espirituales, matándonos como á perros.

Estas últimas palabras causaron una honda sensacion.

—Pues bien, hermanos y compañeros mios,—prosiguió

el eclesiástico;—si quereis, no saldrán con su intento; yo, el mayor pecador de todos vosotros, os ofrezco los auxilios de mi ministerio: ¿quereis aceptarlos, compañeros?

—Sí, sí,—gritaron todos;—queremos morir como cristianos que somos.

El sacerdote añadió entonces:

—De este modo, si algun escrúpulo pudiera turbar vuestra conciencia al morir, desaparecerá con la confesion de vuestras culpas: el enemigo de nuestra pátria y de nuestra religion, se admirará de veros morir con la tranquilidad de los antiguos mártires. En el nombre de Dios, que nos vé y ha de juzgarnos á todos, voy á purificar vuestras almas, concediéndoos su perdon. Venid, hermanos mios: esta es la hora del Señor.

Lo que desde entonces pasó allí, es indescriptible.

Todas las cabezas se descubrieron, y todos aquellos valerosos hijos de la más gran nacion de Europa, cayeron prosternados ante el ministro de nuestra religion.

Cada cual se ocupó de registrar el santuario de su conciencia, pronunciando las oraciones del penitente.

Mientras tanto, el religioso fué confesándolos uno á uno, con un celo verdaderamente apostólico.

Este acto solemne duró una hora.

En todos aquellos corazones se derramó un bálsamo inefable, que hasta les hizo olvidarse por algunos momentos del desastroso fin que les esperaba.

Concluida su mision, el sacerdote se puso á orar.

De rodillas, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos elevados, se entregó á una larga y fervorosa oracion.

Sus compañeros continuaban tambien orando.

El que hubiera contemplado aquel cuadro sublime; el

que hubiera podido leer en el alma de cada uno de aquellos futuros mártires de la independencia española, habria tal vez envidiado su destino.

El amor de la pátria les conducia á la muerte.

La muerte les llevaba, en alas de la fama, al templo de la gloria, que el porvenir concede á los héroes.

La religion, purificando sus conciencias, les preparaba el camino del cielo.

¡Bendita muerte!

¡Bendita religion la religion del Gólgota, que al descender con la sangre del Redentor, como infinito raudal de consuelo y de esperanza, sobre la frente de la humanidad, ha podido derribar el imperio de la muerte, mostrando al hombre las dulzuras imperecederas de una vida inmortal!...

Las oraciones duraron hasta que las sombras de la noche habian penetrado ya en aquella prision, convertida en un templo.

El silencio era tan solo interrumpido por el suave murmullo de los rezos, que cual celeste melodía, se alzaban monótona y dulcemente, subiendo á las regiones del Eter á acariciar el trono de Dios.

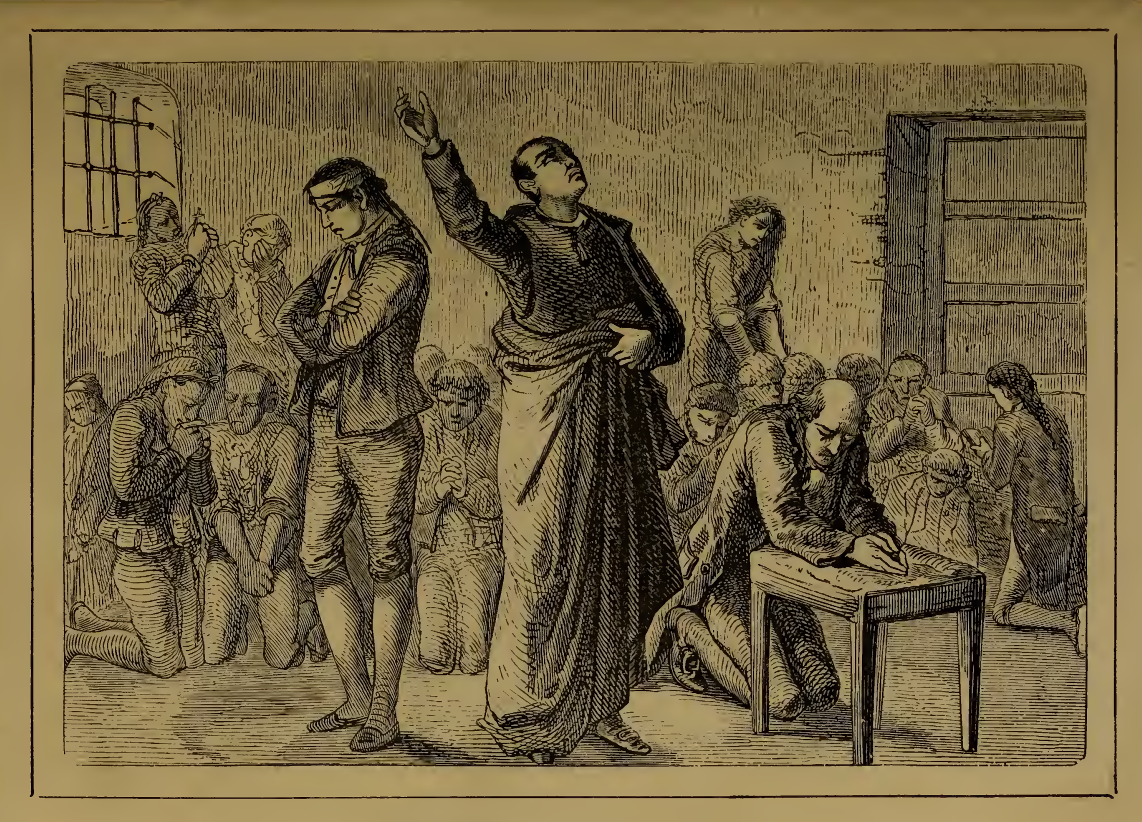
De pronto, un rumor cercano vino á interrumpir esta escena conmovedora.

El sacerdote se levantó súbitamente.

—Hermanos mios,—dijo en la oscuridad,— hé aquí llegado el momento... Decidme desde el fondo de vuestras almas si os arrepentís sinceramente de vuestras culpas.

—¡Sí, padre mio!—dijeron todos á una voz, sin levantarse del suelo, é inclinando sus frentes en actitud humilde.

El sacerdote dirigió nuevamente sus ojos al cielo, á



Y bendijo á sus hermanos de martirio.

través de una reja de aquella estancia, desde donde vió brillar con vívido fulgor algunas estrellas.

Extendió su mano sobre los prisioneros.

—Pues en el nombre de Dios Trino y Uno,—dijo,—yo os absuelvo, hermanos mios, y os doy su santa bendicion.

Y bendijo á sus compañeros de martirio.

La puerta de la prision se abrió entónces con estrépito.

A la luz de algunos faroles, vieron los prisioneros muchos soldados franceses apiñados á la entrada.

Cuatro granaderos de la guardia imperial penetraron en seguida, y dirigiéndose á los prisioneros, les hicieron formar en parejas.

Colocados así, los ataron codo con codo, por medio de fuertes cordeles que traian al efecto.

Terminada esta operacion, los sacaron de allí.

En la calle esperaba una numerosa escolta.

Dentro de esta se colocó á los prisioneros.

En seguida se pusieron en marcha.

Pero á los primeros pasos sucedió una cosa muy notable.

Una mujer del pueblo, haciendo desesperados esfuerzos, rompió las filas, y penetró en el centro.

Los soldados la vieron, sin oponerla resistencia, arrojarse sobre uno de los prisioneros.

—¡Epifanio!—gritó la infeliz con voz desgarradora.

—¡Paca!—exclamó á su vez el primero, extendiendo hácia ella la única mano de que podia disponer.

Hubo un momento de confusion, durante el cual aquella desconsolada mujer sollozaba y abrazaba al valiente artesano que ya conocen nuestros lectores.

Era su amada.

Durante las dos últimas horas que precedieron á la salida de los prisioneros, habia permanecido la desventurada sin apartarse de la puerta del edificio.

Habia sabido que su amante se encontraba allí.

En vano habia suplicado á los soldados y á los oficiales que la permitiesen ver al prisionero.

Los oficiales la habian escuchado con indiferencia, tal vez porque era una pobre jóven del pueblo.

En cuanto á la soldadesca, no cesó de mortificar á la desdichada, que arrostró todas sus pullas y obscenidades con una resignacion, comparable tan solo á la angustia de que se hallaba poseida.

Epifanio no sabia cómo consolar á su amada.

Por más que con toda su indudable serenidad se habia acordado de ella constantemente, no habia previsto lo que ahora le acontecia.

La primera impresion fué de lástima y de dolor por la pobre jóven.

—¡Valor! ¡valor!—la repetia conmovido, sin acertar á pronunciar otra frase.

Y por la primera vez durante aquel aciago dia, sintió deseos de llorar.

Y con efecto, sus ojos vertieron lágrimas.

Pero de repente, su altivez le hizo acordarse de que le contemplaban los franceses.

Entònces, procuró despedirse cariñosamente de su amada.

—Adios, Paca,—decia el artesano.—¡Adios! vete, querida mia... Ten valor... Acuérdate de mí... Pero véte, véte, ¡en el cielo nos veremos!...

Pero fué en vano su intento.

La jóven se asió á él con todas sus fuerzas.

—¡No, no!—exclamaba,—¡no te dejaré!

—¿Pero no ves que padeces, y me haces padecer á mí tambien?... ¡En vez de llorar deberias alegrarte, puesto que muero por la pátria!... ¡Véte, Paca, y no me obligues á que me avergüence de que me vean tambien llorar!

Una súbita reaccion se obró en aquella mujer.

Las palabras de Epifanio causaron en ella una sensacion extraña...

De pronto cesó de llorar.

Enjugó sus ojos con el revés de su delantal, y dijo á Epifanio con una voz, que este extrañó al conocer era tranquila:

—Tienes razon, Epifanio; el llorar aquí está mal, y á la verdad no tengo de qué... Ya lo vés, querido mio, estoy tranquila.

Y como la comitiva continuaba su fúnebre camino, la jóven seguia al paso al lado de su amante.

Este, que creyó comprender en parte la resolucion de su Paca, como él decia, quiso detenerla, impedir que le siguiese.

—¡Vamos!—la dijo sin dejar de andar,—abrázame y véte.

Pero la jóven repuso:

—No, Epifanio, no; aun no es hora; ya te abrazaré luego.

—Pero, ¿qué es lo que intentas?

—Ir contigo...

—¿Adónde?

—Adonde vas tú.

—Paca... ¡estás loca!

—No, te engañas...

—¡Paquilla!

—Mírame bien, Epifanio; ¿puede decir nadie que yo tengo ahora cara de afligida?

Su amante la contempló con cierto asombro.

No se atrevia á comprender en toda su extension la resolucion de su amante.

—Pero, en fin,—dijo mirándola con deslumbramiento,—¿sabré yo de una vez qué es lo que por último intentas hacer?

—Ya lo vés,—respondió con perfecta calma su amante,—me habias prometido ser mi esposo... como mujer tuya debia seguirte al último extremo del mundo...

—¿Y qué?...

—Pues bien, Epifanio, te sigo.

—¿Sabes tú adónde vamos, desdichada?

—Lo sé.

—Y entonces...

—Te sigo, Epifanio.

—No puede ser, Paquilla,—la replicó Epifanio rechazándola y abrazándola á la vez nuevamente;—véte, Paca, véte.

—¿Es decir que no me quieres?

—Pues porque te quiero, deseo no verte aquí.

—Es inútil, Epifanio; he formado mi resolucion.

El artesano aun procuró convencer á su amada para que se retirase; pero sus intentos fueron vanos, y aquella apasionada mujer se enlazó á él con la más firme resolucion.

Los mismos soldados no osaron apartarla.

De este modo continuó la comitiva su camino.

Un nuevo accidente vino á detenerles.

Pero fué breve.

Nuestros lectores saben muy bien de qué accidente hablamos.

Del que se refiere á Eugenia.

Su padre, que iba en el centro, oyó el grito de la infeliz.

Y reconoció á su hija.

En su corazon resonó aquel grito de un modo tal, que desde entonces el anciano, al caminar al suplicio, llevaba fija en su mente y en su alma la palabra «perdon.»

Por fin los prisioneros llegaron al teatro de horrores á que los conducia la perfidia del extranjero.

Un monton de cadáveres, mutilados en su mayor parte, se ofreció á sus ojos.

Los franceses colocaron á sus víctimas cerca de aquel monton humano.

Hubo, durante algunos minutos, una terrible confusion.

Una valerosa mujer se obstinaba en morir.

Era la amante de Epifanio.

Por más que el mismo jóven, aterrado de su decision, procuraba persuadirla, era inútil.

En los ojos de Paca brilló una mirada de fiereza.

—¿Me rechazas?—preguntó á Epifanio de un modo terrible.

—¡No, no te rechazo,—respondió el jóven,—únicamente no quiero que mueras!

—¡Pues moriré, moriré contigo!

Y se abrazó á Epifanio fuertemente.

En medio de toda esta lucha y de la agitacion en que estaban los demás, aconteció una cosa digna de atencion.

Pero ni los mismos prisioneros pudieron fijarse en ella.

Como á diez pasos de distancia, algunos soldados arrastraban á un hombre.

Este luchaba por desasirse de ellos.

Mas no pudo resistir al número, á pesar de sus desesperados esfuerzos, concluyendo por ser trasportado casi en el aire.

Epifanio no tuvo ya palabras ni fuerzas para oponerse al intento de su amada.

Dejóse abrazar por ella, y la abrazó á su vez tiernamente.

—¡Por fin iremos juntos!—exclamó ella con un placer y una expresion de terrible sublimidad.

De pronto resonó una descarga.

Al resplandor de los fogonazos, vióse vacilar y agitarse aquel grupo de hombres, y algunos gritos sucedieron al eco de los tiros.

Los franceses, cuando el humo de la pólvora se hubo desvanecido, vieron á varios hombres que aun permanecian en pié.

Habíanles respetado aun las balas.

Entonces hicieron los granaderos una nueva descarga.

Poco despues, ayes y gemidos desgarradores interrumpian el silencio de aquella noche fatal.

Muchos desgraciados, mal heridos y revolcándose en su sangre, luchaban con una espantosa agonía.

Durante algunas horas, las descargas de los enemigos de la pátria se repitieron muchas veces.

La venganza de Murat no acababa de saciarse.

Lo que el fusil no hacia, lo acababa el cañon.

¡Cuántos infelices madrileños, mutilados y abandonados sin piedad, estuvieron revolcándose y gimiendo, en-

tre cadáveres aun palpitantes, hasta la madrugada del siguiente dia!

Dice la historia que algunos fueron enterrados cuando aun conservaban la vida...

¡Horror!

CAPITULO XLIX.

En que se dan interesantes pormenores acerca de lo que aconteció en la casa de Montenegro.

María y el Maestro habian esperado, llenos de una terrible ansiedad, la vuelta de Eugenia.

Pero esta no aparecia.

Entre la duda y la esperanza, se deslizó de un modo angustioso la tarde del dia 2 de Mayo.

Cuando Eugenia volvió en sí, despues del profundo desmayo que la habia acometido, dijo las señas de su casa, y la condujeron á ella en un estado difícil de expresar.

Llamó á la puerta, y esta se abrió súbitamente, como si detrás de ella estuviese alerta una persona.

María vió aparecer á su madre, pálida como un espectro, andando con dificultad, y con el extravío reflejado en sus negros ojos.

La pobre niña no se atrevió á preguntar.

Eugenia se dejó caer sobre una silla.

—¡Todo ha sido inútil!—exclamó.

María preguntó entonces entre sollozos:

—Pero... ¿no ha podido Vd. conseguir su libertad?

—Sí.

—Entonces...

—Mi padre ha renunciado, ha querido morir, me ha despreciado y... ¡maldecido!

El corazon de María se llenó de horror.

Las palabras y la actitud de su madre la hicieron distinguir, que aquella desdichada habia sostenido una lucha terrible.

Muchas veces la pobre niña pretendió en vano consolar á la autora de sus dias.

El Maestro no desplegó sus lábios.

Se sentia terriblemente impresionado.

Reinó un profundo silencio.

Eugenia, temerosa de darla un terrible golpe, habia tenido cuidado de no decir á su hija, que acababa de ver á su anciano padre caminando hácia la muerte.

La infeliz devoraba en el más espantoso secreto, esta parte del drama de aquel dia funesto.

Pero un eco lejano la obligó súbito á extremecerse.

Este eco resonó en direccion al Retiro.

Otro rumor semejante se sucedió al primero.

Pero esta vez lo distinguieron nuestros personajes con una espantosa claridad.

Eugenia se levantó, cual movida por un resorte.

Miró á su hija con espantados ojos.

—¿Has oido?—la preguntó.

—El qué...—balbuceó María, no atreviéndose á comprender, y mirando á Eugenia con angustia.

Esta repuso:

—¡Esos tiros!...

—¡Dios mio!...

—¿Comprendes?...

Eugenia terminó esta pregunta con una mirada de infinito terror.

Luego, añadió delirante:

—¡Hija mia! ¡hija mia!... yo te lo diré todo; pero no me maldigas tú tambien... ¡nuestro padre acaba de morir! ¡Piedad, piedad para mí!

María prorumpió en un doloroso grito, y se precipitó hácia su madre, abrazándola con desesperada ternura.

Todo, todo acababa de saberlo.

En vano, despues, trataban de consolarse y de animarse una á la otra.

El dolor y el llanto las oprimia por igual.

El Maestro, mudo espectador de tan triste escena, contemplaba á madre y á hija con los ojos arrasados.

Aquel noble artesano, que habia luchado todo el dia en un doble sentido con los franceses y con las demás peripecias que presenciára, no tuvo el valor y la serenidad suficiente para salir incólume de esta última prueba.

Era demasiado terrible, demasiado patética la escena que ante él pasaba, para no enternecerse.

Siempre fué condicion de los corazones valerosos y exforzados la sensibilidad, la ternura, la generosidad.

Hija y madre continuaron abrazadas durante mucho tiempo, prorumpiendo á cada instante en desgarradores y entrecortados sollozos.

Así trascurrió cerca de una hora.

Nuestros lectores nos preguntarán con la impaciencia que es natural, y con la razon que para ello les asiste, qué habia hecho el oficial francés de la carta y testa-

mento confiados por el anciano Montenegro á su lealtad.

Pero bien pronto vamos á sacarles de esta duda ó ansiedad.

Cuando María y su madre se hallaban más entregadas á su cruel dolor, pasos precipitados y sonoros se dejaron oir en la escalera de la casa.

Luego, unos golpes muy repetidos y fuertes fueron dados á la puerta.

Eugenia y María se apartaron y miraron una á otra con cierto estupor.

Aquellos pasos y aquellos golpes las dejaron casi aterradas.

Las desgracias, para aquellos dos desventurados séres, debian sucederse como las gotas de agua en una fuente.

Despues de los sucesos de aquel dia terrible, despues del último golpe recibido, el abismo parecia abrirse ante sus ojos, amenazando arrastrarlas, atraerlas á su negro seno, cada vez que el motivo más leve las hacia temer la proximidad de un nuevo suceso, ó la ampliacion de pormenores referentes á las catástrofes ya conocidas.

Multitud de tétricos pensamientos cruzaron por la mente de Eugenia y de María.

Los criados, que habian intentado correr hácia la puerta, se detuvieron á una insinuacion de Eugenia.

Esta habia hecho un gesto de terror.

Temia que acaso los que en aquel momento llamaban, vendrian á traer los tristes pormenores del suceso que ya daban por consumado.

Un último destello de incertidumbre para los que son realmente desgraciados, tiene á veces tanto valor, por infundado que sea, como la esperanza misma.

Parece como que con las últimas armas de la ilusion, se pretende alejar el convencimiento del infortunio.

Eugenia, lo mismo que María, se hallaban en este caso.

Temian á la confirmacion de su desgracia, y no osaban acercarse al terrible instante.

Sin que ellas pudieran darse de ello explicacion, presentian que la llegada del que llamaba en aquel momento, debia guardar relacion con la suerte de su anciano padre.

Largo espacio de tiempo permanecieron en aquella actitud embarazosa.

Pero los golpes dados antes, volvieron á repetirse ahora con más fuerza.

Los criados preguntaron qué deberian hacer.

Eugenia, con los ojos desmesuradamente abiertos, desencajados por el terror, nada respondió.

María, haciendo un gesto, en que la negativa y la afirmacion podian distinguirse por igual, autorizó á un criado á que abriera.

Esta indicacion bastó.

El criado fué á abrir.

Algunos instantes mediaron, despues de los cuales, dos personas aparecieron en el dintel de la estancia.

Dos gritos, seguidos de una exclamacion unánime, en que prorumpieron el Maestro y los criados, acogieron, digámoslo así, la aparicion de ambos personajes.

María se abalanzó á uno de los recien llegados.

—¡Padre mio!—exclamó con indecible acento.

Era Montenegro el que, con extraordinario asombro y contento de todos, acababa de presentarse de un modo inesperado.

Un oficial francés le acompañaba.

Era el mismo que tan obstinada y noblemente se habia propuesto salvarle.

Sin embargo, si lo habia conseguido, no fué sino á costa de desesperados esfuerzos.

El anciano habia resistido hasta el último extremo.

Pero tambien hasta el extremo último luchó el generoso oficial, valiéndose para salir airoso de su intento, de un recurso que le sugirió su buen corazon.

Fuerza es decir que, á haberse tratado de otro hombre que el noble oficial, la resistencia, y hasta los denuestos de Montenegro, hubieran hecho desistir á aquel de su empeño por salvarle (1).

Movido por los terribles sufrimientos de que Eugenia era presa, se habia fijado con obstinacion en salvar al anciano á todo trance.

Mientras que Epifanio y su amante, abrazados estrechamente, perecian con todos sus compañeros, y entre las sombras de aquella noche aciaga, sobre un monton de cadáveres mutilados, el padre de Eugenia era llevado por la fuerza, arrastrado lejos del horrendo suplicio.

Ninguno de sus compañeros, preocupados todos como estaban con su terrible fin, se habian apercibido de este singular episodio.

Montenegro, del mismo modo que habia sido apartado del grupo de las víctimas, fué conducido hasta su casa; es decir, asegurado por cuatro soldados franceses, unos ocu-

(1) Acerca de este particular, refiere el conde de Toreno en su *Historia de la Guerra y Revolucion de España*, que D. Antonio Oviedo debió la vida á un oficial francés, movido de sus ruegos é inocencia. «Atado ya en un patio del Retiro, y estando para ser arcabuceado, le soltó el oficial; y aun no habia salido Oviedo del recinto, cuando oyó los tiros que terminaron la larga y honrosa agonía de sus compañeros de infortunio.»

pados en tapar su boca, para que no se oyeran sus exclamaciones y denuestos, y otros en asegurarle y reprimir sus esfuerzos por desasirse.

El generoso oficial, cumplida ya su terrible mision, despues de haber ordenado á su fuerza que hiciese fuego sobre los infelices, se dirigió en seguimiento de Montenegro.

De este modo llegaron á la calle del Prado.

Ya en la casa del anciano, y al subir las escaleras, ordenó á los soldados que dejáran libre á tan singular prisionero.

—Caballero,—dijo á este,—es inútil ya que intenteis evadiros; no pretendais comprometerme más, por haber querido restituiros á vuestra familia.

Y dichas estas palabras, tomó del brazo al anciano y le obligó á subir.

Entonces llamó á la puerta, y aun despues de las vacilaciones que ya conocemos, vinieron por fin á abrirles.

Cuando Montenegro y María permanecian estrechamente abrazados, un suceso terrible vino á sorprenderles.

Ambos se volvieron con asombro.

Eugenia se reia en aquel momento, pero de un modo tal, que heló la sangre de todos los espectadores de tan dolorosa escena.

Pero aquella risa que habia arrancado á la infeliz un acceso de alegría infinita, en que por decirlo así, se abrió su corazon, era una risa seca, histérica, descompasada.....

María y el anciano la contemplaron con terror profundo.

El rostro de la desventurada estaba lívido; su boca, pálida y entreabierta, dejaba entrever sus dientes, que chocaban repetidamente, como si el extremecimiento de una

fiebre los agitase; y sus ojos, desmesuradamente abiertos, tenian una fijeza cruel, desgarradora.

La pobre María, abandonando y hasta olvidándose por un momento del anciano, corrió presurosa en direccion á su madre.

Enlazó el cuello de esta con sus brazos, y con las frases más tiernas procuraba hacerla volver en sí.

Pero Eugenia fué desde entonces insensible á estas caricias, y á ellas respondió solamente con su risa estúpida y descompasada.

Tambien Montenegro, olvidándolo todo en tan horrible trance, se acercó á su hija y la miró con secreto espanto.

—¡Eugenia!—gritó.

Pero Eugenia contestó á su voz con la misma risa.

Entonces uno y otro, María y el anciano, se abrazaron á ella con dolorosa emocion, y entre gritos y lágrimas procuraban hacerse comprender.

Sus voces y sus lágrimas no llegaban al corazon, ni iluminaban el entendimiento de Eugenia.

La infeliz estaba loca.

Cuando el oficial francés abandonó aquella morada de dolor, salió aterrado.

Algo habia hecho en bien de la humanidad; pero habia llegado tambien demasiado tarde.

CAPITULO L.

El herido.

Eran las dos de la madrugada del dia 3, cuando el Maestro salia con el corazon traspasado, de la casa de Montenegro.

Contristado y pensativo, se dirigió á la plazuela de San Ildefonso.

Llamó á la puerta de una casa situada al centro de aquel punto, y despues de algunos minutos de espera, bajaron á abrirle.

Poco despues se hallaba en una habitacion, especie de dormitorio.

En el centro de este veíase un lecho, cuyas sábanas ostentaban algunas manchas de sangre muy recientes.

Sobre él descansaba Utrera.

El Maestro entró, procurando hacer el menor ruido posible por no despertar á su amigo.

Pero este le esperaba.

Dos horas hacia que, despues de un sueño apacible, se habia despertado.

—¿Cómo ha venido Vd. tan tarde?—preguntó.

—¡Ah!—exclamó el Maestro,—parece que estamos desvelados, ¿eh?

—Sí; pero he dormido, y bien.

—¿Y cómo se encuentra Vd.?

—Desde que me extrajeron la bala, casi no siento dolor; ya ha visto Vd. que no tenia interesado hueso ni tendon...

—De lo que me alegro en extremo, amigo; nosotros hemos salido bien librados, á Dios gracias.

—¿Qué noticias me trae Vd.?

—Buenas y malas, D. Enrique; de todo hay.

—¿Y Montenegro?

—Sano y salvo; acabo de dejarle en su casa.

—¿Cómo ha salido, pues, de la Puerta del Sol?

—Es cosa larga de contar.

—¿Pues cómo?

—El señor Montenegro debia haber sido fusilado á estas horas, como lo han sido otros.

—¿Qué dice Vd.?

—La verdad, ni más ni ménos.

—Bien fundaba yo mis temores.

—Y tanto: el señor Montenegro, que desde una casa de la Puerta del Sol se entretenia, con otros mozos tan decididos como él, en cazar franceses, ha sido despues hecho prisionero y conducido á la casa de Correos.

—¿Y cómo se ha podido salvar?

—Ahí verá Vd.; el señor Montenegro pudo haberse salvado á la hora de haber entrado en la prision: una persona, á quien le interesaba la vida del anciano, pidió su perdon á Murat.

—¿Quién es esa persona?

—¿No lo adivina Vd.?

—No... no acierto...

—Pues ha de saber Vd. que esa persona era su hija.

—¡Su hija!... ¡imposible!

—Ella misma ha sido, y por cierto que le costó no poco á la infeliz: su padre habia rechazado el perdon, y apenas anocheció, iba ya con todos sus compañeros camino del Retiro á sufrir la muerte conque muchos centenares de madrileños pagaron el corage del verdugo francés.

Y el Maestro refirió con todos sus pormenores todo lo que ya sabemos acerca de este particular.

Cuando llegó á la escena que hizo á Eugenia perder la razon, se detuvo conmovido.

Utrera le preguntó:

—Y despues de salvado ya nuestro amigo, ¿qué fué de su hija?

—¡Oh!—en cuanto á esto, señor de Utrera,—respondió el Maestro,—es cosa terrible.

—Su padre tal vez...

—La pobre señora, que ya nada esperaba, no pudo resistir á la alegría de ver á su padre sano y salvo: ha pasado una cosa terrible...

—¿Qué ha pasado, pues?

—Como digo á Vd., ya no abrigábamos esperanza alguna.

—¿Y bien?...

—Cuando más afligidos estaban todos, héte aquí que el señor Montenegro aparece...

—¿Y despues?—preguntó Utrera con ansiedad, presintiendo lo que el Maestro vacilaba en decirle de una vez, temeroso de afectar demasiado al herido.

El Maestro continuó:

—Ella no pudo resistir este nuevo golpe: apenas vió á su padre comenzó á reir de un modo, que aun al recordarlo ahora me hace extremecer...

—Entonces...

—Entonces todos la miramos con espanto, y así el señor de Montenegro como María corrieron á socorrerla; pero en vano.

—¡Desgraciada!—exclamó Utrera, comprendiendo al fin.

El Maestro concluyó:

—¡La infeliz señora se ha vuelto loca!

Durante algunos minutos, Utrera y el Maestro guardaron un profundo silencio.

Ambos se sentian preocupados.

Por fin Utrera dijo:

—Amigo mio, vamos á salir de aquí.

—¡Qué dice Vd.!— exclamó el Maestro, mirando al amante de María como si no hubiese comprendido bien sus palabras.

Don Enrique repitió:

—Digo, que vamos á salir de aquí.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¡Está Vd. en su juicio!

—¿Qué extraña Vd.?

—¿Yo? pues no es nada, con la herida abierta...

—No siento dolor alguno.

—Eso consiste en que hasta ahora tiene Vd. la sangre caliente, y además no ha hecho esfuerzo alguno que pueda exacerbar la herida.

Utrera, sin hacer caso de las observaciones del artesano, añadió resueltamente:

—Vamos, ello es preciso; vá Vd. á ayudarme...

—¿A qué?

—A levantarme de aquí, y á vestirme.

—Pero... ¿sabe Vd. bien lo que dice?

—Ya conoce Vd., amigo mio, que jamás digo nada por el solo placer de hablar.

El Maestro inclinó la cabeza como resignado.

Conocia muy bien á nuestro jóven, para no comprender que su resolucion era irrevocable.

Sin embargo, llevado por sú interés, replicó aun:

—Pero cuando ménos, espere Vd. á mañana.

—Imposible,—dijo Utrera.

—Pues... ¿qué es lo que urge tanto?

—En primer lugar, encuentro esta la hora más apropósito para cumplir un encargo.

—¿Cuál?... ¿Qué encargo quiere Vd. cumplir en hora tan intempestiva, y en el estado en que se halla, D. Enrique?

—El encargo del difunto capitan D. Pedro Velarde.

—Pero eso bastaría conque lo hiciese Vd. mañana...

Utrera le interrumpió:

—No, es preciso que sea inmediatamente; además, quiero ver á mi madre, y sobre aburrirme la cama, deseo evitar toda molestia á los dueños de esta casa.

El tabernero replicó aun:

—Pero... ¿cree Vd. que podrá sostenerse solo y andar por su pié?

—Vd. me ayudará,—dijo D. Enrique,—y de este modo será insignificante la molestia que yo pueda sentir: conque así, tenga la bondad de ayudarme.

—Avisaré á la gente de la casa...

—No, podemos excusarlo; déjeles Vd. dormir; la criada nos abrirá la puerta de la calle.

Poco despues Utrera, ayudado por el artesano, habia concluido de vestirse.

Con un palo en una mano y apoyado en el brazo del Maestro, llamaron á la sirviente de la casa.

Esta, al ver á Utrera en aquella disposicion, retrocedió como asombrada.

—Pero... ¿qué es lo que intenta Vd.?—preguntó.

Utrera la respondió sonriéndose:

—Ya lo vé Vd., irme de aquí; tengo que cumplir con un asunto de interés.

—Pero... cuando mis amos sepan...

—Dígales Vd. que no he querido despertar á nadie, y que tan pronto como pueda hacerlo con desembarazo, tendré el gusto de venir á significarles mi gratitud personalmente.

Y Utrera, ligeramente apoyado en su palo y en el brazo del Maestro, se dirigió de un modo resuelto á la puerta de la escalera.

La criada les abrió y acompañó hasta la puerta de la calle.

Abierta á su vez esta, nuestros dos personajes se aventuraron, entre las sombras de la noche, en su camino.

Un silencio sepulcral reinaba en todo Madrid.

No sin muchas precauciones y cuidados, Utrera y el Maestro llegaron á la calle del Arenal.

Dirigiéronse á la casa de la jóven condesa del Ramal, y al llegar á la puerta hicieron sonar el pesado aldabon.

Trascurrió cerca de un minuto sin que nadie respondiese.

Nuestros dos amigos volvieron á llamar.

Pero obtuvieron la misma respuesta.

—¿Habremos hecho en valde el viaje?—preguntó el

Maestro, suspendiendo á Utrera por debajo del brazo, á fin de que no hiciese fuerza apoyándose sobre la pierna herida.

Utrera hizo con la cabeza un gesto de duda, y sin responder á los temores de su amigo, volvió á llamar, dando repetidos golpes con el aldabon.

Esta vez obtuvieron mejor éxito.

Un rumor como de pasos y voces, se oyó confusamente en el interior.

Poco despues preguntaban desde adentro:

—¿Quién llama?

—Abra Vd.,—respondió Utrera;—traemos un encargo para su señora.

Pero el que habia preguntado, objetó con cierto acento de desconfianza:

—La señora está descansando: vuelva Vd. mañana.

—¿Por qué no abre Vd.?—preguntó impaciente Utrera.

—¡No es posible!—respondió con tenacidad el de adentro,—no conozco á Vd.

Utrera se desesperaba.

No habia contado con aquella dificultad.

Por un momento estuvo tentado á retirarse.

El Maestro era de la misma opinion.

Pero una idea repentina acudió á la mente de Utrera, y acercando sus lábios á la cerradura de la puerta:

—¡Escuche Vd. lo que voy á decirle,—prorumpió bajando la voz, pero acentuando sus palabras, para darlas más interés.

—Diga Vd., que ya le escucho,—respondió la misma voz, que no habia perdido aun su tono de desconfianza, cosa que Utrera y el Maestro comprendieron muy bien desde un principio.

El amante de María dijo entonces:

—D. Pedro Velarde ha muerto.

La voz respondió:

—La señora lo sabe desde esta tarde.

—Pues yo, que he estado cerca de él al morir,—añadió Utrera,—he recibido un encargo suyo para la señora condesa. Es preciso que me abra Vd. al instante, pues temo que mañana no podré tal vez venir: estoy herido tambien, y solo por cumplir tan sagrado encargo, he abandonado la cama hace una hora.

Estas últimas palabras bastaron para que la rebelde puerta se abriese por fin.

CAPITULO LI.

El legado de sangre.

Como todos cuantos en Madrid tenian séres queridos expuestos al azar de las terribles jornadas de aquel dia memorable, la condesa del Ramal sintió pasar las horas, llena de indecible angustia y sobresalto.

Desde las primeras escisiones, un presentimiento triste se apoderó de su amante corazon.

Velarde, despues de la escena ocurrida la noche anterior, se habia apartado de ella aquella misma mañana, fuertemente exasperado.

Carolina, que inmediatamente se habia provisto de un criado más, desde los primeros tiros, desde que la sangre corrió por su misma calle, encerrada en su casa con los tres individuos de su servidumbre, esperaba con terror al desenlace del drama representado por el pueblo y sus opresores; y conocia demasiado, que por muy valeroso que el pueblo se mostrase, saldria al fin vencido en lucha tan desigual.

Velarde mismo, cuando de antemano preveia lo que habia de pasar, habia manifestado á su amante estos temores.

La lucha se generalizó, como ya sabemos, y el estampido incesante del cañon, las descargas de fusilería, y los trabucos, y los gritos, vítores y clamores de ambas partes, hicieron comprender á la condesa del Ramal, que el pueblo y los soldados de Napoleon se batian con encarnizado empeño.

El combate se prolongó.

Desde entonces, los temores de Carolina llegaron á su más alto grado.

Su presentimiento de la noche anterior cobró proporciones tales, que pálida y anonadada, su espíritu seguia, desde el fondo de su gabinete solitario, las peripecias del formidable motin.

Este cesó por último, y á él se siguieron los fusilamientos.

Cuando estos parecian tambien cesar, por lo menos en el centro de la córte, la condesa del Ramal hizo que su nuevo criado saliese á la calle con las mayores precauciones, y que adquiriese las noticias posibles.

El criado salió á ejecutar las órdenes de Carolina.

La jóven le esperaba con temor é impaciencia á la vez, pues ya hemos dicho que su presentimiento fatal no la abandonaba.

Por fin el criado volvió.

Carolina, sin darle tiempo á pronunciar la primera palabra, se adelantó á él, preguntándole por las noticias que habia adquirido.

El criado respondió ingénuamente:

—Los oficiales de artillería D. Luis Daoiz y D. Pedro

Velarde, han perecido defendiendo el Parque, y los franceses se han apoderado de él; además, en la Puerta del Sol, en la...

Carolina no escuchaba ya á su criado.

Las primeras palabras de este habian bastado para anonadarla: era el complemento de cuanto necesitaba saber.

Sus presentimientos se habian cumplido.

Sin murmurar una frase, sin exhalar una queja, sin derramar una lágrima sola, volvió al imprudente criado la espalda, cuando él se disponia á proseguir en el cumplimiento de su mensaje; y desconcertada y triste, se dirigió á su gabinete.

Allí se dejó caer desplomada sobre un sillon.

Apoyó su cabeza sobre ambas manos, cerró sus ojos, y en esta actitud pareció que su pensamiento rodaba en las tinieblas del abismo.

Largo espacio de tiempo permaneció así, sumida en aquel doloroso anonadamiento.

Herido en lo más hondo su corazon, pareció que al romperse su más delicada fibra, se habia quedado hasta sin latidos, yerto.

La seguridad de la muerte de Velarde se encarnó de tal modo en ella, que ni aun la razon la quedó para medir toda la extension de su desgracia.

Cual si con la vida de Velarde hubiese huido de su cuerpo el alma enamorada de Carolina, la hermosa jóven cayó en un profundo estupor, en un dolor mudo, muy semejante á la insensatez.

Llegó la noche, y sus criados la encontraron en aquella actitud.

Muchas veces habian querido hablarla, sacarla de tan

terrible abatimiento; pero los que conocian la causa de él le respetaron como se respeta un objeto sagrado, al cual se teme tocar y profanarle.

Pero tambien la noche habia avanzado.

Entonces llevaron luz á su habitacion.

Carolina pareció que entonces tambien se despertaba de un profundo sueño.

Lo primero que hizo fué preguntar maquinalmente la hora que era.

Respondiéronla que las diez de la noche.

—¿Ha cesado ya todo?—preguntó de nuevo con vaguedad, y cual si no recordára con certeza su situacion ni los sucesos del dia.

Sus criados la respondieron afirmativamente.

Luego Carolina les indicó que queria estar sola.

Más tarde, la que desde entonces sustituia á Enriqueta en sus funciones, rogó á su ama que se retirára á descansar, pues ya era tarde, y además la encontraba fatigada.

Pero Carolina despidió á la solícita sirvienta, diciéndola que no pensaba acostarse, ó que en otro caso lo haria sin ayuda de nadie.

La doncella volvió á retirarse; mas visto su estado de agitacion, todos resolvieron permanecer en vela.

De este modo continuó avanzando la noche.

Así tambien llegó el momento en que Utrera y el Maestro llamaron á la puerta de la casa.

Ya hemos presenciado los inconvenientes que en un principio se opusieron á que se les abriese.

Introducidos por fin en la casa, el criado fué á llevar á su ama la noticia de que D. Enrique Utrera era portador de un encargo del capitan Velarde para ella.

Carolina, despertando como por encanto de su abati-

miento, hizo que sin dilacion fuese llevado á su presencia el mensajero de su amante.

Utrera se presentó, apoyado en el brazo del Maestro, y saludó profundamente á la condesa.

Bastó á nuestro jóven dirigir una mirada á la amante de Velarde, para comprender su situacion.

El bello semblante de la infeliz se hallaba notablemente pálido, y sus ojos rodeados de amoratados círculos.

Con una voz lánguida y desfallecida preguntó á Utrera, esforzándose por hacer asomar á sus lábios una fúnebre sonrisa:

—¿Conque es verdad que ha muerto?

—¡Es verdad, desgraciadamente! — respondió Utrera.

—¿En la lucha?...

Utrera vaciló en responder á esta pregunta.

Constábale la muerte que habia cabido al artillero.

Pero el Maestro respondió por él:

—No, señora condesa; el capitan D. Pedro Velarde, á quien habian respetado las balas, ha muerto asesinado.

—¿Cómo? ¿en dónde?—exclamó la condesa, dando una sacudida nerviosa en su asiento.

Don Enrique Utrera dijo entonces:

—Lo que este amigo dice, es la verdad: un oficial de la guardia polaca, quien parece le buscaba con empeño al penetrar los franceses en el Parque, disparó sobre nuestro valiente amigo su pistola, atravesándole el corazon por la espalda.

Carolina exhaló un gemido.

—¡Ah!—exclamó,—creo comprender... ¡Ha sido víctima de la venganza de ese miserable!

Y el llanto de la jóven, contenido hasta entonces, brotó de sus ojos copiosamente.

Hondos sollozos y gemidos sofocados desgarraban su puro seno, y anudaban su garganta.

Utrera y el Maestro la contemplaron durante algunos minutos en silencio, vivamente enternecidos, y sin atreverse á interrumpir el amargo dolor de aquella hermosa jóven, que con tanta justicia lloraba una tan inmensa é irremediable pérdida.

Utrera, que habia permanecido mucho tiempo en pié, sintió que su herida le dolia.

El apoyo de su amigo el Maestro no era bastante á evitarle tantas molestias; así es que tuvo que pedir á la condesa permiso para sentarse.

—Perdone Vd., — murmuró esta, sofocando á duras penas su llanto, — y su amigo, que tambien me perdone; yo no puedo ni aun darme cuenta de lo que por mí pasa.

—Lo sé, señora,—dijo Utrera tomando asiento con gran trabajo cerca de la jóven,—y á no estar herido...

La condesa reparó entonces en los violentos esfuerzos que hacia el amante de María para no agravar sus dolores al sentarse.

—¡Ah!—exclamó la condesa,—¡está Vd. herido!

—He recibido un balazo en esta pierna, y tal vez debo mi salvacion á ese amigo.

Y señaló al Maestro.

Luego, evitando el noble jóven que continuára hablando de sí mismo:

—Señora condesa,—dijo,—mi valeroso amigo el capitan Velarde, momentos antes de comenzar la lucha en el cuartel del Parque, ha confiado á mi honor y á mi amistad una mision sagrada; y temeroso de que mañana podria oponerse alguna dificultad, he abandonado mi lecho, para

cumplir la que puedo llamar última voluntad de un héroe.

Utrera hizo una pausa.

La condesa del Ramal, suspendida de sus palabras, contemplaba al jóven con respetuosa atencion.

El Maestro, aunque la condesa le habia indicado que se sentára, permanecia en pié, con la cabeza descubierta.

El jóven mensajero prosiguió:

—Temeroso mi valiente amigo, ó más bien que temeroso (porque este sentimiento no cabia en su corazon), seguro de que al combatir contra los enemigos de la pátria, sacrificaba á esta su preciosa vida, ha tenido la bondad de hacerme depositario de una confesion... Vd. me comprenderá, condesa.

Carolina se inclinó en señal de afirmacion, y de sus ojos volvió á brotar el llanto con abundancia.

Utrera continuó:

—Además exigió de mí, que si yo le sobrevivia, y sucumbia en la lucha, entregase á Vd. un recuerdo... recuerdo lúgubre y doloroso; pero que Vd., condesa, estimará en todo su inmenso valor.

Y al decir esto, Utrera llevó la mano á su pecho.

Sacó de él un objeto, é incorporándose lo entregó, despues de acercárselo á sus lábios, á Carolina.

Esta se apoderó de él precipitadamente.

Apenas le reconoció, empezó á besarlo con apasionado delirio.

Era el pañuelo que Utrera, por encargo de Velarde, habia mandado empapar al Maestro en la sangre del héroe.

El jóven repitió á la condesa las mismas palabras que nuestros lectores recordarán pronunció el artillero, al confiar tan triste mision á su amigo.

—¡Su sangre! ¡su sangre! ¡Dios mio!—habia exclamado

la condesa, besando, entre lágrimas y gemidos crueles, la sangre aun fresca de su noble amante.

Y sin que se apercibiese de que con los ojos humedecidos por el enternecimiento, se estaban contemplando Utrera y el Maestro, repitió mil veces sus exclamaciones y sus apasionados besos sobre aquella triste prenda, sobre el último recuerdo del sér á quien tanto habia querido.

Cuando D. Enrique Utrera y el artesano salieron de aquella casa, la condesa dijo, estrechando con efusion las manos de entrambos:

—Despues de esta desgracia, de que solamente me consolará en el mundo cierta esperanza, debo declarar á ustedes que el bien que acaban de dispensarme tiene tán alto precio, que mi razon se perderia buscando inútilmente todos los afectos de gratitud para intentar pagarlo...

—¡Hemos cumplido un deber sagrado!—dijo Utrera.

—Es verdad,—continuó la condesa;—pero tambien acaban de ser Vds. portadores de la única felicidad que ya me queda: pues bien, otro favor, pero el último, tengo que pedirles...

Utrera se inclinó respetuosamente, reprimiendo á duras penas la honda sensacion de que estaba poseido.

La condesa del Ramal añadió:

—Me servirá de gran consuelo, amigos mios, el que ustedes vengan alguna vez á participar de mi tristeza, visitando esta casa, en donde desde hoy habitará para siempre el luto de una mujer desventurada.

Al salir Utrera y el Maestro, los primeros albores comenzaban á destacarse sobre un cielo sereno y trasparente.

Nuestros dos personajes se contemplaron uno á otro.

Ambos tenian los ojos arrasados.

—Por Cristo,—exclamó el Maestro enjugando sus lá-

grimas,—no parece sino que hoy se han propuesto hacerme llorar estas mujeres... Seguramente hubiera preferido dejar la piel en el Parque: por lo ménos, no me vería convertido ahora en un mándria, por más que tampoco alcanzára la gloria de dejar en el mundo gentes que me llorária tanto... ¡A la verdad, señor D. Enrique, ya casi voy creyendo que de este modo, debe ser una felicidad el morirse!

Y continuó restregando sus ojos con ingénua impaciencia, y como si se revelase contra las tenaces lágrimas que le hacia verter su excelente corazon.

Utrera, sonriéndose tristemente, porque comprendia el valor de aquellas palabras, volvió á tomar el brazo del anciano, y ya se disponian á tomar la direccion de la Puerta del Sol, cuando un lejano rumor les obligó á detenerse.

Aquel rumor venia de la montaña del Príncipe Pio.

CAPITULO LII.

El conde de M...

Nuestros dos personajes se quedaron como petrificados.

Lo que acababan de oir no era para ménos.

El duque de Berg llevaba á cabo en aquel momento su última venganza contra el pueblo de Madrid.

Las doradas tintas de la aurora se habian levantado sobre el horizonte, para iluminar una nueva escena.

El teatro era la hoy llamada montaña del Príncipe Pio.

Más de cincuenta prisioneros habian sido conducidos allí por una escolta de tropas francesas.

Contra la cerca ó muro de aquel sitio fueron colocados.

Inmediatamente, y sin que los verdugos se hubiesen cuidado de concederles los auxilios espirituales, el cañon y la fusilería, simultáneamente, redugeron á mutilados cadáveres aquel monton de nuevas víctimas.

Estos desgraciados habian estado aquella terrible no-

che entre la esperanza y el temor, entre la vida y la muerte.

Varias personas influyentes se habian acercado al sanguinario duque de Berg, á impetrar su perdon.

En un principio, esta fiera execrable pareció mostrarse accesible y blando á las súplicas que se le hacian.

Pero ya sabemos hasta dónde su perfidia llegaba.

Despues de haber alimentado la esperanza de unos y de otros con falsas promesas, y cuando acabó de dar la última falsa palabra al último mensajero, dispuso que desde aquel momento no se permitiese á nadie la entrada en su palacio.

Incomunicado así, se dispuso llevar á cabo sus propósitos, aun á trueque de faltar á sus palabras, recientemente empeñadas.

Se habia propuesto dominar al pueblo de Madrid por el terror, y toda la sangre de sus habitantes le hubiera parecido poca para este objeto.

Cuando quedó solo con sus generales, ordenó á uno de ellos, que antes de despuntar el alba se dirigiese al cuartel de San Gil, y mandase fusilar á todos los prisioneros.

Y con efecto, los intercesores de estos desgraciados supieron con horror y asombro al siguiente dia, que el pérfido Murat no habia sentido el menor escrúpulo en faltar á una promesa solemnemente empeñada.

Cincuenta familias más tuvieron que llorar dolorosas pérdidas entre las nuevas víctimas.

Para colmo de cinismo y de insulto, al quejarse despues de este nuevo acto de barbarie los que con decidido empeño habian trabajado en favor de los últimos prisioneros, ya inmolados, Joaquin Murat les respondió fingiendo

gran indignacion por ello, protestando que se habian anticipado á sus deseos, precisamente cuando él se preparaba á comunicar la órden de libertad en favor de aquellos desgraciados madrileños.

Y para corroboracion de lo que decia con afliccion hipócrita, mostró la órden de libertad, que habia tenido buen cuidado de no circular con la oportunidad debida (1).

Cuando Utrera y el Maestro se contemplaban llenos de un secreto terror, vieron á un hombre acercárseles.

—¡Señor conde!—exclamaron á una voz.

El conde de M..., pues él era en efecto, se les acercó con aire de abatimiento, y preguntó:

—¿Qué hacen Vds. aquí?

—Venimos á la casa de la condesa del Ramal,—respondió Utrera.

—¡Ah!—exclamó el conde,—tal vez...

—Ha adivinado Vd., amigo mio,—dijo Utrera;—venimos de desempeñar un triste encargo, que momentos antes de morir me hizo nuestro amigo Velarde.

Y refirió á M... ligeramente cuanto sobre este particular saben ya nuestros lectores.

Luego preguntó:

—Pero ¿podrá Vd. decirnos lo que significan los cañonazos que acabamos de oir hace algunos momentos?

—Esos cañonazos significan,—respondió el conde,—que el tirano francés ha querido añadir una hazaña más á las anteriores: acaban de ser fusilados los prisioneros del cuartel de San Gil.

—¡Horror!—gritó con indignacion Utrera.

---

(1) Histórico.

—Sí, amigos mios, sí,—añadió el conde;—todo ha sido horroroso; pero juro por mi honor, que la sangre vertida clamará venganza bien pronto, y que al fin la obtendrá cumplida el pueblo español!

Luego, interrumpiéndose:

—¿Adónde van Vds.?—preguntó.

—Yo,—respondió Utrera,—á curarme.

E indicó al conde de M... su pierna.

—¿Ha sido Vd. herido?

—Sí, en el Parque; pero es poca cosa... una bala.

—Cúrese Vd. pronto,—dijo entonces el conde alargando sus manos á Utrera y al Maestro,—y vean si desean algo fuera de Madrid.

—¡Pues cómo! ¿se vá Vd.?—le preguntaron.

—Sí,—respondió el conde,—voy camino de Andalucía, llevo preparado mi plan, y bien pronto haremos (1) pagar muy cara al tirano de la Francia su victoria de hoy.

Dicho esto, el conde de M... abrazó á sus dos amigos, y se despidió de ellos indefinidamente.

Utrera y el Maestro siguieron su camino en direccion de la calle del Prado.

El jóven subió, despues de haber rogado á su anciano amigo que antes de retirarse á descansar de tantas fatigas, fuese á tranquilizar á su anciana madre acerca de su suerte.

Al entrar en las habitaciones de su amada encontró á su María llorosa, la cual, apenas le vió, no fué dueña de reprimir un grito de alegría.

La pobre jóven no lo habia perdido todo.

---

(1) El conde M... (¡cosa hoy extraña!) fué uno de los que más decididamente pelearon despues contra Napoleon.

Su abuelo y su amante estaban allí.

Pero Eugenia, la madre que ahora amaba su corazon, se hallaba en un estado terrible.

Utrera creyó distinguir al entrar, la estúpida carcajada de aquella pobre mujer, á quien la Providencia parecia haber querido castigar con tal rigor.

María se habia abrazado con amoroso afan á su jóven prometido, y despues de haber derramado algunas lágrimas, le preguntó con adorable candor:

—¡Enrique!... tú eres bueno... tú tambien la perdonas... si la vieras... ¡pobre madre mia!... la desgracia la hizo aparecer más mala de lo que en realidad era... ¡Loca! ¡Dios mio! ¡loca, cuando ahora todos debíamos ser felices!

Utrera la estrechó contra su corazon, y á su vez lloró el terrible infortunio de la desgraciada Eugenia.

CAPITULO LIII.

En que el autor, á manera de mariposa, se propone dar ligeramente unas vueltas alrededor de la historia, con lo cual desea concluir, en el espacio más breve posible, la presente narracion.

Vamos á hacer una breve escursion.

Antes de llegar al término de nuestro relato, preciso es que el lector examine, aun cuando sea muy por encima, los negocios que ocupan á la familia real española.

Con este fin, es preciso que nos dirijamos á Francia.

Ya hemos indicado en otra ocasion, cuál era el verdadero estado de Fernando desde que hubo llegado á Bayona.

El emperador Napoleon, que tan mañosamente habia sabido atraérselo, haciéndole entrever algunas vanas esperanzas, le trataba con rigor tal, que el príncipe español llegó á perder bien pronto las ilusiones que antes habia alimentado, acerca del ladino Bonaparte.

Verdad es que á Fernando, en medio de su desgracia, no le faltaban consejeros capaces de sacarle de un apuro.

Entre ellos habia uno que valia por todos.

Y creemos decir bien; porque si no le sacaba verdaderamente de apuros, en cambio tenia el tal consejero el don de no pensar, ni hacer otra cosa, que necedades políticas.

Ahora, con lo ya dicho, nos basta apuntar aquí el nombre de aquel personaje consejero de Fernando.

¿Quién no recuerda á Escoizquiz?

Para no conocerle, seria preciso desconocer tambien la historia de las mil desgracias que, en épocas semejantes, afligieron á nuestra querida pátria.

Pues este era, ni más ni menos, el consejero, el mediador, digámoslo así, entre Fernando y el emperador Napoleon I.

Conocido el carácter sagaz y artero de este, no es preciso esforzarse mucho para comprender todo el partido que sabria sacar de aquella especie de ministro del monarca español.

Al ocuparnos de él en este momento, se nos vienen á las mientes las palabras conque un escritor recuerda al celebérrimo Escoizquiz y sus maquinaciones.

Dice que el Emperador, para atraérselo, le daba muy repetidas pruebas de confianza y aprecio.

Una de tantas pruebas, era *tirar con aire de proteccion de las orejas á Escoizquiz.*

Napoleon, vulgarmente hablando, era muy solapado, y no es extraño que á tal extremo quisiese llevar la parte cómica de su farsa, conociendo, como conocia, bien á fondo, la talla de los hombres con quienes tenia que habérselas.

Esto, en cuanto á Fernando y á su adlátere.

Por lo demás, Napoleon iba en este punto de victoria en victoria, y los negocios se le habian presentado más fáciles de lo que hubiera deseado él mismo.

Cárlos IV y María Luisa habian llegado á Bayona.

El Emperador, á quien nada costaba distraer unos cuantos soldados para sostener más cumplidamente la farsa, hizo que el ejército francés formase y maniobrase en la carrera, al entrar en la ciudad los reyes padres.

Les hizo un recibimiento verdaderamente régio.

Destinóles un magnífico palacio, y les mandó su guardia de honor, sin exceptuar una numerosa servidumbre.

Púsoles además buena y suculenta mesa.

Y para colmo de dicha, el mismo Napoleon fué á comer varias veces con los reyes.

¿Qué más podia desear España?

Nada seguramente; y á la verdad, si á algunos de los personajes que rodeaban á Cárlos IV se les hubiese preguntado si el pueblo de Madrid habia tenido razon para sublevarse en aquellos mismos dias, hubiese contestado negativamente.

Eso sí, ¡la dignidad sobre todo!

Decíamos que Bonaparte rodeaba de toda suerte de comodidades y de agasajos á sus régios huéspedes.

Pero aun hizo más.

Forzoso es confesar, que al tratarse de ciertas concesiones, Napoleon era una especie de Providencia.

Recordando sin duda el afecto que Cárlos IV profesaba al Príncipe de la Paz, hizo que este personaje acudiese al lado de su amo y amigo.

Verdad es tambien, que lo primero porque preguntó el buen rey al llegar á Bayona, fué *por Manuel.*

Despues de estos y otros preliminares, que nos causa viva repugnancia consignar en el papel, y que en la otra obra que tenemos anunciada desenvolveremos detenidamente, las escenas de un carácter grave al principio, pasa-

ron á ser extraordinariamente burlescas, de un carácter detestable.

Desde el momento mismo en que Godoy besó la mano á su antiguo amo y pródigo protector, el funesto valido recobró en el ánimo del monarca su extraordinario ascendiente.

Volvió á ser, pues, el consejero de Cárlos IV.

De suponer es que al recordar su estrepitosa caida de Aranjuez, el aprovechado Godoy procurase tomar la revancha contra Fernando.

Así lo hizo con efecto.

Al entrar nuevamente á los consejos de Cárlos, hizo al príncipe cruda, aunque sorda guerra.

Tampoco María Luisa perdonó á su hijo.

Esto dió márgen á que el emperador Napoleon, segun refiere la implacable historia, presenciase escenas de familia, en que no mediando toda aquella buena compostura que era de esperar de tan elevados personajes, debió hacer asomar de una vez al rostro del chalán de cetros del siglo XIX, una maligna sonrisa.

Nosotros, más tímidos que la historia, queremos echar un velo sobre algunas de sus páginas.

Pero en lo que debemos fijarnos más, es en que mientras la corona de España retrocedia, digámoslo así, de las sienes de Fernando á las de su débil padre, Napoleon se preparaba tranquilamente á arrebatarla á entrambos, para disponer de ella á su capricho.

Esta era, ni más ni ménos, la triste realidad de aquellos ridículos juegos, en que la córte española se entretenia desde los primeros dias de su voluntario cautiverio.

Tal acontecia, salvas las omisiones que la prudencia nos aconseja, en la ciudad de Bayona.

Entretanto, y haciendo con ello un doloroso contraste, la España valerosa, la España hidalga, la España de Padilla, la España verdaderamente española, esto es, el pueblo, protestaba enérgica y decididamente contra los amaños del usurpador; y al grito altivo de libertad é independencia, volvió por sus fueros hollados, y se disponia á disputar al capitan de aquella edad, la corona que este arrancaba á Fernando VII.

El pueblo de Madrid, que adoraba á este príncipe, habia tomado su nombre por bandera.

Al sellar con su sangre preciosa los héroes del 2 de Mayo el reto que habian lanzado al rostro del caudillo francés, la lucha ya comenzada no debia terminar sino con la victoria ó con el esterminio, con la ruina del país.

Murat consiguió sofocar al valeroso pueblo.

Pero la mina estaba cargada.

Una sola chispa bastó para inflamarla, y esta chispa corrió con celeridad terrible toda la Península, desde el rincon del Parque, último atrincheramiento desde donde los bravos hijos de la heróica villa hicieron ver á sus opresores, que al pueblo castellano puede engañársele y escarnecérsele hasta cierto punto, pero que cuando él se levanta, es invencible, poderoso, imponente.

Por eso, cuando dos dias despues recibió Napoleon por un correo extraordinario que le enviaba su cuñado el generalísimo, la noticia del alzamiento nacional, su emocion fué grande.

Sin embargo de que Murat aseguraba al mismo tiempo la pacificacion, esta circunstancia no mitigó su disgusto.

Hemos tenido ya ocasion de ver, aunque sucintamente, que Bonaparte dirigia sus miras á apoderarse de los

destinos de España por medio de una falsa política, y sus primitivas cartas á Murat demostraban hasta cierto punto que deseaba evitar la guerra.

Prescindiendo de ciertas preocupaciones, á que él mismo rindió culto al ocuparse de nuestro carácter y de nuestras costumbres, conocia muy bien lo peligroso que era para sus intereses llegar á un rompimiento.

Si por una parte habia vacilado en aprovechar las discordias de la familia real, atrayéndosela por medio de la astucia y del engaño, tanta confianza abrigaba en este punto, como eran grandes sus temores al tratarse del pueblo.

Entre la fortaleza de este y la de sus príncipes, seguro es que Bonaparte debió dictar su fallo con justicia.

Pero el primer paso estaba dado; y ya saben nuestros lectores que una de las cualidades que distinguian al primer Napoleon, era la de no retroceder.

Por de pronto tenia en su poder á toda la familia reinante, y la manejaba á su arbitrio.

Dominado Fernando por el respeto que aquel extraordinario personaje le imponia, falto de libertad, y lo que es mucho peor que todo esto, aconsejado por Escoizquiz, cuya fatal ambicion le llevaba hasta el extremo de proponer á su antiguo discípulo las cosas más extravagantes, más pobres, más absurdas, no era preciso que Bonaparte se esforzase mucho para manejarle á su arbitrio.

Así fué como consiguió, que despues de mil escenas desagradables, y protestando siempre el interés que le inspiraba la desgracia de su querido amigo y aliado el rey Cárlos, á quien suponia maltratado por su hijo, este pidiese perdon al padre por sus culpas, y renunciase nuevamente de sus derechos sobre la corona.

Conseguida la nueva farsa, esto es, la restitucion de Cárlos al trono, todo lo demás era sencillo.

Sabia de más Bonaparte, que el dimitente y achacoso monarca no podia volver á reinar en España; pues sobre serle hostíl la opinion y las simpatías públicas, estas estaban todas del lado de Fernando.

Por tanto, sus intenciones eran manifiestas.

Despues de la restitucion del hijo al padre, lo que ya procedia era lo que en realidad sucedió al fin.

Napoleon necesitaba la corona para sí.

Habia entrado en sus vastos proyectos hacer reinar en España un príncipe de su familia.

Y con efecto, aunque á través de azares y de calamidades numerosas, consiguió imponer por la fuerza de las bayonetas, al intruso José.

Todos, hasta niños, conocen el famoso reinado del no ménos famoso José I, el llamado *Pepe-botella.*

Napoleon, lanzado ya en tan escabroso camino, por más que este fuese á todas luces el de su ruina, quiso sostener á todo trance su empeño; y aunque Cárlos IV y Fernando cedieron á sus exigencias, el Emperador debió arrepentirse más de una vez de haber emprendido tan árduo negocio.

Tenia en su poder débiles príncipes, es verdad...

Pero tambien tenia que habérselas con un pueblo valeroso y fuerte, difícil de abatir ni dominar.

¡Cuán caro costó á la Francia el burlesco reinado de José I!

CAPITULO LIV.

En el cual vuelve el lector á encontrarse con algunos personajes que les hemos dado á conocer al principio de nuestra obra.

El tiempo, que jamás cesa en su largo y eterno viaje, y que atropella con su inmutable empuje las edades y las generaciones, echando nuevos cimientos sobre las ruinas del pasado y edificando hoy lo que mañana ha de destruir precisamente; el tiempo, ese caminante impasible, que nunca retrocede, mientras la humanidad, arrastrada por él, se detiene ante un forzoso límite, en el cual cae y desaparece entre los abismos de la muerte; el tiempo, que con su dedo rígido hace girar en la esfera del reloj las breves horas de nuestra vida, es el que ahora nos hace avanzar dos años sobre la fecha de los últimos acontecimientos que dejamos reseñados.

Vamos á entrar nuevamente en un paraje, que nos es muy conocido.

Este paraje es el cuarto bajo ó tienda de la calle del Humilladero, la taberna de los dos buenos viejos, á cuyo lado hemos visto por primera vez á la bella María.

El dia á que nos referimos era uno de los más esplendentes y hermosos conque el mes de Julio suele alumbrar el puro y diáfano cielo de Madrid.

Las seis de la mañana serian apenas, cuando la señora Teresa, que en aquel momento aparecia vestida con el traje de las fiestas, daba la última mano, como suele decirse, á su atavío.

Su rostro se mostraba resplandeciente de alegría.

Diríase que la buena mujer se preparaba para un gran acontecimiento.

Mientras que con una agilidad prodigiosa iba y venia en todas direcciones, una mujer del pueblo, una vecina de la señora Teresa, la dirigia la palabra de este modo:

—Parece que hoy se ha remozado Vd., señora Teresa.

—¿Por qué dice Vd. eso?—preguntó la tabernera, sin cesar de ir de un lado á otro.

—La veo á Vd. correr con la ligereza de una moza de quince años, ¿y quiere Vd. que no me extrañe?

—¡Ah!—dijo la tabernera,—eso consiste en que este es para mí, lo mismo que para mi Blas, un gran dia, un dia como hay pocos.

—¿Cómo, pues?

—¿Pues no lo sabe Vd. ya?

—¿El qué?...

—María...

—¡Ah!

—Pues bien, se casa.

—¿Por fin?

—Sí.

—¿Y cuándo es...

—Hoy, Francisca; hoy se casa nuestra antigua hija.

—¿Y Vd.?

—Voy con mi Blas á alcanzarlos á la iglesia; dentro de una hora se celebra la ceremonia.

Y la señora Teresa continuaba yendo y viniendo de un lado á otro, ocupada en vestirse sus mejores ropas y en ponerse sus alhajas más bellas; alhajas que tal vez no se habia acordado de ellas la buena mujer desde el dia de su matrimonio con el honrado tabernero.

La llamada Francisca, á la cual no contrariaban en manera alguna las vueltas y revueltas de la señora Teresa, parecia dispuesta á pelar la pava, como vulgarmente se dice; y apurando á reposados sorbos la copa de vino que en su mano tenia, dijo alargándola á la anciana esposa del tio Colás:

—Tenga Vd., señora Teresa; y aunque la veo hecha una señora, que no parece sino que vá á ser preciso echar un memorial para hablarla, en celebridad del dia quiero beber otro vasito á la salud de los novios.

—¡Si creerá Vd. que estos trapajos me estorban para maldita la cosa!—exclamó la tabernera riéndose y tomando el vaso que Francisca la alargaba;—venga, venga el vaso, y se lo llenaré dos, veinte y cien veces, hasta que no quiera más...

—Bien, señora Teresa; eso se llama rumbo en esta tierra; no es Vd. orgullosa.

—¿Y de qué tenia que serlo, Francisca? Este es mi oficio, y pues con él hemos ganado los pocos ochavos que tenemos, á mucha honra... ¿Digo mal?

—¡Muy rebien! señora Teresa... ¡A la salud de Vd., del señor Blas y de los novios!

Y Francisca apuró de un trago el vaso que la señora Teresa la habia entregado lleno.

—¿Quieres otro?—preguntó la anciana.

—¡Otro!... ¿si querrá Vd. que vuelva á mi casa dando traspiés?...

—No será porque deje de gustarte, ¿eh?

—Para qué he de negarlo; pero como sabe Vd. bien, señora Teresa, desde que los malditos franceses nos han tomado por su cuenta, están los tiempos, que para que un pobre pueda llegar al pan tan solamente, ya necesita sudar.

—Tienes razon, Francisca, esto está malo, y si dura mucho, no sé qué vá á ser del pueblo de Madrid; los pobres, sobre todo, tienen mucho que pasar... Pero no hablemos de eso; ¿para qué entristecernos?... Hoy no es dia de eso... conque vamos... otro vasito, ¿eh?

—Pero vecina... basta ya; si mis hijos me ven llegar á casa en mal estado...

La señora Teresa la interrumpió, arrancando á su interlocutora el vaso y volviéndolo á llenar.

—Vamos, tome Vd. y calle; con decir que lo ha bebido á la salud de mi querida María, está concluido: lo que no ha de pagarse, debemos tomarlo con los ojos cerrados.

—¡Viva el rumbo!... Por lo que veo, vá Vd. á echar hoy los trastos por la ventana.

—En tal caso, sería por la puerta,—dijo riéndose la tabernera;—nosotros no somos gente de ventanas ni de balcones.

—Pues á la salud de Vd. y del esposo.

—Buen provecho, Francisca.

Esta apuró la cuarta copa.

—Creo que no tardará mucho en subírseme á la guardilla,—dijo.

—Mejor; con eso se vá Vd. á dormir de madrugada, repuso la señora Teresa.

—Y á la verdad,—añadió Francisca,—nunca me encuentro mejor que cuando estoy privada... ¡Ay! ¡señora Teresa! desde la muerte de mi hija... ¿querrá Vd. creerlo?... muchas veces bebo de más, por olvidar su terrible fin.

Y la llamada Francisca rompió á llorar.

—¡Pobre muchacha!—dijo la tabernera;—á la verdad que debia querer con extremo á su novio, para haber sacrificado así su vida.

—¡Y mucho que le queria la pobrecilla!

—Es verdad que el infelíz muchacho la pagaba en la misma moneda.

—Eso sí, señora Teresa, la idolatraba.

—¡Pobre Epifanio! mi Blas y yo le apreciábamos, y tambien el novio de mi hija, D. Enrique...

—Bien lo recuerdo...

—D. Enrique le apreciaba, porque conocia su corazon leal y su ódio á los malditos franceses: era muy valiente...

—Eso le ha perdido, y tambien ha causado la muerte de mi difunta Paca.

—¿Qué se le ha de hacer? Dios les habria destinado ese fin, y lo que Dios dispone no tiene vuelta: pero hay que tener conformidad, que si en la tierra no han llegado á unirse, á estas horas el Señor los habrá juntado en el cielo.

—¡Eso es lo que á mí me ha servido de consuelo!—exclamó la Francisca derramando abundantes lágrimas.

La mujer que así hablaba y lloraba era, como habrán podido comprender nuestros lectores, madre de la novia del valeroso Epifanio.

En todo el barrio habia causado gran admiracion y profundo sentimiento el trágico fin de ambos jóvenes: aunque en un principio nadie pudo comprender la verdadera causa por qué la novia de Epifanio habia tenido tan terrible muerte.

Atribuyóse, como es natural, á un rasgo de la cueldad que era característica á los franceses.

Poco tiempo despues se conoció la verdad del hecho.

Todos supieron, con gran admiracion, que la pobre jóven habia querido morir voluntariamente.

Pasados los primeros dias, Montenegro refirió el episodio de los jóvenes, entre otras personas, á Utrera.

Este á su vez lo contó á los taberneros.

Los taberneros lo dijeron á la madre de la novia, y esta, llorando como una Magdalena, á todo el vecindario.

El vecindario admiró, como no podia ménos, la firmeza conque aquella mujer amaba á su novio.

Por espacio de mucho tiempo, el episodio fué objeto de todas las alabanzas y de todos los comentarios.

No era para ménos.

Así, no es de extrañar que hubiese llegado á tal extremo, que el solo recuerdo de aquel dramático lance inspirase á los trovadores del barrio más de una copla alusiva, entonada al son de la guitarra española.

¡Cuántas veces, al atravesar un francés cerca de un grupo, le lanzaban al oido, como en son de amenaza ó reto, alguna de las coplas cuyo asunto estaba tomado del triste episodio á que nos referimos!

Verdad es tambien, que esto lo hacian con su cuenta y razon; pues aun cuando en ningun pecho cabia ya el ódio, jamás extinguido, que profesaba el pueblo á los enemigos de la pátria, como estos disponian de la fuerza, era pre-

ciso resignarse á callar y á sufrir bajo el yugo extranjero.

El intruso tenia su córte en Madrid.

Además de los ejércitos que en el territorio español luchaban por imponernos la dinastía de los Bonapartes, numerosos franceses seguian ocupando á Madrid para apoyar el ridículo reinado del pobre rey, á quien el vulgo puso el mote de *Pepe-botella.*

En el momento en que el recuerdo de su hija arrancaba á Francisca lágrimas, entró el tabernero.

El buen hombre se encontraba tambien vestido con un esmero, que jamás se habia observado en él.

Habíase, sin embargo, anticipado á su anciana esposa; y aun envolvian á Madrid las últimas sombras, cuando nuestro hombre se echó á la calle, impaciente y sin saber qué hacerse de su cuerpo.

Desde que el enlace de su hija, como él la llamaba, se fijó la tarde anterior para el dia siguiente, al buen hombre le hormigueaba la sangre.

Su mujer se habia visto apurada para poner límite á los repetidos abrazos que él la dió al regresar á su casa con la noticia.

Cuando hubo llegado la noche, se acostó muy temprano con ánimo de madrugar.

Pero en todo el tiempo que permaneció en su cama le fué imposible dormir.

No hacia otra cosa que revolverse.

Diríase, á haber leido en su corazon, que se trataba de su propio casamiento, y que la impaciencia torturaba su corazon, ni más ni ménos que el amor suele hacer en tales casos con las gentes jóvenes y fuertemente apasionadas.

Como decimos, se levantó siendo aun de noche.

Su mujer se mofó de él, viéndole que con luz artificial se disponia á atusar sus blancas canas y su ruinosa figura.

Al anciano no se le dió un bledo por las pullas de su mujer.

Verdad es que la señora Teresa conocia en el fondo de sú conciencia, que no era la persona más autorizada para echar en cara su impaciencia al desvelado marido.

Este, á quien no se escapó la situacion análoga en que su mujer se encontraba, la habia preguntado con socarronería:

—Y bien, ¿por qué no duermes tú?

—Porque no has querido dejarme, con tus vueltas y revueltas,—respondió la señora Teresa.

—Pues bien, ahora puedes tomar la revancha; yo te prometo guardar el mayor silencio.

Pero la buena mujer dijo, echando los piés fuera de la cama:

—¡Buena es esa! para lo que nos queda de noche, lo mejor que puedo hacer ya, es imitarte á tí.

Su anciano esposo sacó de esto gran partido para disfrutar, entretanto se ataviaba, media hora de buen humor.

Poco despues, no sabiendo qué hacerse, salió á dar un paseo, corriendo calles y calles á la ventura.

Cuando volvió, dijo á su mujer:

—Acaba pronto, Teresa, y cerremos; hoy tengo deseos de echar un par de canas al aire.

Luego, haciendo alto en la madre de la desgraciada novia de Epifanio:

—¡Ah!—dijo,—¿está Vd. ahí? Buenos dias, Francisca; ¿cómo vá de salud?

—No tan bien como á Vd., segun veo,—respondió la

mujer enjugándose los ojos;—Vd., por lo ménos, tiene motivo para estar alegre...

—Es verdad,—afirmó el tabernero,—voy á tener el gusto de ver casada á mi hija.

—Bien lo merece; es una linda y honrada muchacha.

—La pobrecilla ha sufrido mucho.

—¿Y su madre, señor Nicolás? creo recordar ahora que la pobre señora se habia vuelto loca...

—¡Oh! sí, ha llevado cerca de veinte meses privada de razon; pero á fuerza de cuidados y de cariño, la ha recobrado.

—Mucho lo celebro, señor Nicolás; y sobre todo, si ahora la madre y la hija se quieren al fin.

—En cuanto á eso, no cabe duda; y es cosa que enternece ver juntas á las dos.

—¿Y María?

—Adora á su madre; la quiere tanto como á su novio.

Diez minutos despues de esta conversacion, el tio Colás y su mujer cerraban su establecimiento.

CAPITULO LV.

Pormenores.

Casi á la misma hora en que los antiguos padres de María se dirigian á la iglesia del Espíritu Santo, una numerosa comitiva llegaba al pié de uno de los altares de aquel templo.

En el centro veíase una pareja, dos jóvenes, cuyos nombres casi es inútil los digamos á nuestros lectores.

Eran Utrera y María.

Montenegro, y varios amigos de unos y de otros, los acompañaban.

El rostro de María estaba cubierto de rubor en aquel instante de dicha suprema.

La bella jóven podia soportar apenas el dulce peso de su honda felicidad.

Utrera estaba radiante.

Sus ojos, que no se apartaban un solo momento de su

novia, parecian observar con delicia la virginal confusion que trastornaba el alma de la jóven.

Por fin llegaba la ansiada hora.

Un triste accidente habia venido á diferir durante dos años su ansiada union.

No era bastante aun á oponerse á ella el enajenamiento que habia pesado sobre Eugenia.

Tambien á Utrera afligió una irreparable desgracia.

Dos meses despues de los horribles acontecimientos que afligieron á Madrid, el noble jóven se vió en la triste necesidad de vestir luto por la muerte de su anciana madre.

Esta, sin embargo, antes de fallecer, habia tenido la complacencia de conocer á la prometida de su hijo.

Las prendas de virtud y de hermosura que adornaban á la jóven, cautivaron el corazon de la anciana madre de Utrera.

María, por su parte, no tardó en conocer que el corazon de aquella señora podia tomarse por el molde en que se vaciára el de su noble hijo.

Era una excelente anciana.

Las simpatías, pues, de una y de otra fueron grandes; pero por desgracia duraron poco tiempo.

Siempre la muerte viene temprano ó tarde á romper en el mundo los lazos del corazon.

María lloró sinceramente con su amante la sensible pérdida que este habia sufrido.

Despues, trascurrió mucho tiempo.

El luto difirió el enlace de nuestros jóvenes.

Además, la locura de Eugenia continuaba; si bien era una locura pacífica, mas no por eso ménos desgarradora.

María, que abrigaba la esperanza de que su madre re—

cobraría la razon, se habia obstinado tambien, pasado ya el luto de Utrera, en aplazar su dicha, hasta que llegase un plazo tan indeterminado.

Utrera tuvo que conformarse.

Tenia muy buenos sentimientos para oponerse á la piadosa resolucion de María.

Por otra parte, los facultativos que asistian á Eugenia, abrigaban esperanzas de curar á la paciente.

Esto contribuyó á afirmar más y más en su resolucion á la virtuosa jóven.

Montenegro, que de dia en dia se complacia en descubrir una tras otra las innumerables bellezas que adornaban el alma candorosa de su nieta, llegó á olvidarlo todo por aquella angelical criatura.

No quisiéramos aventurar una opinion semejante; pero casi nos atreveríamos á decir con certeza, que aquel anciano tan pundonoroso, tan intransigente, tan terrible en punto á honra, llegó en algun momento á alegrarse de que el desliz de su hija hubiese proporcionado á su vejez la dulce complacencia de tener á su lado un ángel como María.

Esta se consagró con tan decidido afan al cuidado de su infeliz madre, que tan solo en las horas que necesitaba para descansar se apartaba de ella.

No pocas veces, así Montenegro como Utrera, se enternecieron al contemplar escenas en extremo conmovedoras entre la madre y la hija.

En una ocasion, Eugenia, con la mirada enteramente extraviada, la fijó por una casualidad en su hija, pero con una dulce insistencia, que esta creyó por un momento que la pobre loca la reconocia.

La jóven, llena de emocion, se acercó á su ma dre.

Rodeó el cuello de esta con sus brazos, y la contempló durante un minuto.

Eugenia, á su vez, seguia mirando á María.

La ilusion, para la sencilla jóven, fué completa.

Pero no tardó en desvanecerse.

—¡Madre mia!—habia exclamado.

Esta respondió al beso de su hija.

Pero aquel beso fué, digámoslo así, maquinal.

Apenas lo hubo dado, prorumpió en su estúpida y frecuente risa.

María entonces, abrazada á su madre, comenzó á llorar amargamente, prodigándola tiernas, aunque inútiles caricias.

Mas no llegaban á la helada razon de Eugenia.

De este modo trascurrió aun otro medio año mortal.

Las sorpresas del género que acabamos de referir, se habian repetido, aunque en distinta forma, varias veces.

Con esto la desesperacion de todos habia crecido.

Sin embargo, los médicos seguian trabajando afanosamente en su curacion.

Habian pretendido ya, por todos los medios imaginables, así moral como físicamente, operar una reaccion favorable á la desventurada.

Todo habia sido inútil.

Dios, sin embargo, se apiadó de la infeliz.

María tenia la costumbre de levantarse todas las mañanas muy temprano.

Su primer cuidado era el de ir al gabinete de su madre.

Apenas entraba en el dormitorio, reemplazaba á la mujer que tenia el encargo de velar por las noches al lado de la paciente.

Ya hemos dicho que la demencia de Eugenia era pacífica: una especie de alelamiento, de estupidez.

Por tanto, los arrebatos no eran de temer en ella.

Mas á pesar de esta seguridad, no se la dejaba sola un momento, ni aun durante las horas de sueño.

Como llevamos dicho, su hija reemplazaba con solicitud todos los dias al despertar, á la criada encargada de velar á Eugenia.

En una de estas mañanas sucedió una cosa extraordinaria, inesperada.

María, como siempre, se acercó al lecho de Eugenia.

Esta dormia.

Imprimió algunos besos la jóven en la pálida frente de la pobre loca, y luego fué á sentarse en un sillon á corta distancia.

En seguida cayó en una triste meditacion.

Durante ella no distinguió la tierna niña que su madre se habia despertado casi al mismo tiempo de darla su último beso.

En su preocupacion, desesperanzada ya por tan repetidos desengaños como habia sufrido, ni siquiera se habia fijado, tal era su profunda tristeza aquel dia, en el rostro de Eugenia.

Abismada en hondas meditaciones, ni aun se apercibió del ruido que su madre acababa de hacer al salir de su sueño.

Dos minutos permaneció la jóven como embargada.

Su imaginacion repasaba en aquel momento todos los sucesos de su singular existencia, y ora discurria por un cielo esmaltado de brillantes luces y bellos colores, ora caia en abatimiento, en una especie de noche que anublaba su corazon sencillo.

La imágen de su amante la trasportaba á mundos desconocidos de dicha y bienandanza; pero el recuerdo de la triste situacion en que la autora de sus dias se encontraba, infundia en su corazon dolorosas emociones, borrando casi sus breves destellos de alegría.

De este modo se encontraba la jóven, abismada y triste, cuando creyó percibir que una voz acababa de pronunciar allí cerca su nombre.

Levantó la cabeza, y miró alrededor suyo.

Pero no vió á nadie.

Ya creia que era efecto de su propia imaginacion, cuando la voz resonó de un modo más claro, aunque débil, en su oido.

Dirigió los ojos á su madre, y la encontró despierta.

Pero lo extraordinario, lo que llenó su corazon de sobresalto, no fué esto precisamente.

Cual si fuese movida por un resorte, se levantó rápida del sillon, y contempló á su madre.

Por un momento temió ser víctima de una nueva alucinacion.

La pobre jóven creyó distinguir que una triste sonrisa, no la espantosa contraccion de siempre, plegaba los lábios de Eugenia, y que además sus ojos estaban bañados en lágrimas.

María sintió una emocion inexplicable.

Latiendo su corazon á impulsos de una secreta esperanza, con la mirada anhelante, adelantó un paso hácia el lecho de Eugenia.

Hubo un momento en que á su vez temió la jóven que tambien la abandonaba la razon.

Las lágrimas que habia creido ver en los ojos de su madre, bañaban en realidad el rostro de esta.

Por otra parte, su mirada, como su sonrisa, eran dulces, y tenian una expresion de lucidéz, que María distinguió por instinto.

Avanzó un paso mas.

Entonces oyó y vió á la par que los lábios de Eugenia pronunciaban con un tono de ternura infinita:

—¡María! ¡Hija de mi alma!

La emocion concluyó por sofocar á María.

Lo que estaba viendo y oyendo parecíala producto de un sueño, una faláz quimera.

Sin embargo, su corazon latia como dominado por el dulcísimo presentimiento de la realidad.

Estas encontradas sensaciones, y estas opuestas ideas, la mantuvieron prepleja algunos instantes.

Pero Eugenia repitió:

—¡María!... ¡hija mia!... ¿No me oyes?

Y al mismo tiempo que derramando lágrimas consoladoras, pronunciaba con ternura infinita estas palabras, alargó sus brazos algo descarnados á su hija, repitiendo:

—Ven, hija de mi alma, ven.

María entonces se precipitó en los brazos de su madre, exclamando entre sollozos:

—¡Madre mia! ¡madre mia!

Y la madre y la hija permanecieron largo tiempo abrazadas y confundiendo sus lágrimas.

Cuando al fin, pasado el primer momento de efusion se separaron, preguntó Eugenia á su hija:

—Pero... ¿qué ha pasado?... me parece que he debido estar enferma mucho tiempo... la cabeza me duele un poco... la tengo así, como pesada... ¿Qué es lo que me ha pasado, hija mia? ¿He estado enferma? dí... Yo creo...

Y Eugenia, interrumpiéndose, se pasó repetidas veces sus trasparentes manos por los ojos.

Luego, como si lo adivinára ó lo recordára todo:

—¡Ah!—exclamó;—mi padre..... ¿dónde está mi padre?

María respondió entonces, pudiendo apenas contener el llanto que la causaba su alegría:

—Duerme en este momento; pero voy á buscarle, voy á hacerle venir.

Y volviendo á besar con apasionado entusiasmo á Eugenia, corrió á despertar al anciano.

Este despertó sobresaltado al ver los extremos de alegría que hacia su nieta.

Sorprendido vivamente, se lanzó del lecho, y casi arrastrado por la jóven se dirigió al dormitorio de Eugenia, á la cual encontró incorporada sobre los almohadones de su cama.

De una sola mirada conoció el anciano, bendiciendo á la Providencia en el fondo de su alma, que su hija acababa de recobrar la razon.

La inteligencia habia vuelto á reflejarse en el hermoso aunque demacrado rostro de Eugenia.

Montenegro no pudo contenerse.

Durante sus mortales años de pesadumbre, habia tenido tiempo bastante de perdonar las culpas de su hija, más desgraciada que criminal.

Abrió sus brazos, y estrechando con ellos la cabeza de su hija, la cubrió de lágrimas y de besos.

María tambien se abrazó á su madre; y unidos los tres en un grupo lleno de encantos indefinibles, largo tiempo permanecieron confundiendo sus caricias y sus lágrimas, los besos más apasionados y las más tiernas caricias.

Este feliz suceso produjo en la casa, como es natural, un júbilo inmenso.

Utrera, segun su costumbre, fué aquella mañana á casa de su prometida.

Iba triste; porque la situacion de Eugenia, á la cual profesaba ya una piadosa simpatía, alejaba su deseado enlace con la hija de esta.

Cuando al entrar se encontró con Eugenia en aquel estado, su sorpresa y su alegría fueron grandes.

Parecióle como si el cielo, hasta entonces nebuloso y sombrío, se hubiese rasgado, abriendo paso á un sol lleno de esperanza y de vida.

Una exclamacion de agradable, de placentera, de ingénua sorpresa, se escapó de su pecho.

—¡Loado sea Dios!—habia dicho el noble jóven.

Eugenia le alargó la mano, y dijo:

—¡Gracias, Utrera, gracias! Dios me concede una felicidad, que sin duda no merezco, pues acabo de obtener el cariño de todos... Sí, tiene Vd. razon, amigo mio: loado sea Dios, que así se compadece de las criaturas.

Utrera besó la mano que Eugenia le habia alargado, y repuso con emocion:

—Es porque Dios sabe que Vd. es bien digna de todo nuestro cariño; y el mio, aun cuando no tan grato como el de un padre y de su hija, es verdadero y profundo.

La alegría, la tranquilidad renacieron en la casa de Montenegro con suceso tan fausto.

Aquellos séres, separados por tanto tiempo, que habian llegado, arrastrados por distintas pasiones, hasta el ódio, formaron desde entonces una estrechísima alianza.

Los lazos dulces de la familia anudaron sus corazones.

Pasado algun tiempo, una tarde, cuando todos se ha-

llaban reunidos, y Utrera contemplaba á María tristemente, no habiéndose atrevido á hablar de su proyectado enlace, Montenegro se acercó á su hija:

—Eugenia,—dijo mirando sucesivamente y con intencion á los amantes,—¿no observas, hija mia, que me voy haciendo demasiado viejo?

—¿Por qué dice Vd. eso, padre mio?—preguntó Eugenia.

Montenegro respondió:

—Los viejos, cuando declinamos, solemos ser caprichosos como los niños...

—¿Y tiene Vd. sin duda alguno de esos caprichos?—repuso Eugenia, quien por los gestos de su padre, demasiado significativos, comprendió de qué iba á tratarse.

El anciano continuó, tomando afablemente una mano de su hija:

—Has acertado, Eugenia; tengo un capricho, y deseo verlo realizado cuanto antes.

Luego, dirigiéndose á Utrera y á María, con acento algun tanto burlon:

—Vosotros, muchachos,—añadió,—os aburrís de lo lindo; distingo muchas veces que poneis una cara tan compungida, que causa pena veros...

Interrumpióse un momento, y añadió con volubilidad, dirigiendo á Utrera una mirada oblícua:

—Vd., querido amigo, aborrece á María.

Utrera prorumpió en una exclamacion.

Pero no dijo más, y á la verdad era bastante, porque ella envolvia una protesta contra la chanzoneta de Montenegro.

Este, á quien llegó á complacer la confusion del jóven, prosiguió con el mismo tono cáustico, dirigiéndose igualmente á su nieta:

—Y tú, María, responde con franqueza: debes fastidiarte ya de ver á tu novio aburrirse.

María tampoco respondió, pero se puso colorada como una cereza.

El anciano, viendo la confusion de entrambos, se puso á reir de todas veras.

Por una parte Eugenia parecia tambien gozarse con el tono de broma en que su padre abordaba la cuestion, y hacia coro á la risa de este.

—¿Qué, no me respondeis?—añadió Montenegro;—¡ah, ah!... bien, muy bien; bajais los ojos; eso esconde una protesta; entonces, no he dicho nada; como quiera que me voy haciendo viejo, segun decís, no veo ya gota.

Y miraba simultáneamente con aire socarron á Utrera, á María y á Eugenia.

Luego, dirigiéndose á esta y dando algunas palmaditas en su mano, que conservaba entre las suyas:

—Ya que estos mozos nada dicen, vamos á hablar nosotros: veamos qué te parece mi proposicion: soy de parecer, hija mia, que debemos hacer un bien de caridad sacando dos ánimas del Purgatorio, dos almas que están penando cruelmente, y esperan de nosotros su redencion: ¿qué opinas tú de esto, Eugenia?

Eugenia respondió resueltamente:

—Soy del mismo parecer que Vd.

—¿De veras?

—Como que pensaba en ello hace dias.

—Entonces, no hay más que hablar. Señoritos,—añadió,—ya han oido Vds. nuestro fallo definitivo; si la sentencia os parece dura, apelar de ella: nosotros cumplimos con nuestro imparcial deber, y disponemos desde este momento, y del modo más solemne, que para el

mes próximo se den Vds. las manos, y punto concluido.

Utrera y María fueron á echarse á los piés del anciano.

No habia trascurrido aun el mes, y la ceremonia se verificaba en la iglesia que hemos designado.

María, la tierna expósita, la hija adoptiva de los honrados taberneros, fué desde entonces la amante y amada esposa de D. Enrique Utrera.

Cuando el tio Colás y su mujer llegaron al templo, la comitiva regresaba.

—¡Oh diablo!—exclamó el tabernero dando un abrazo paternal á la novia;—¡con permiso de Vd., D. Enrique!... No puedo pasar por ménos; pero es el caso que como ustedes se han anticipado, segun veo, lo que pensaba hacer antes, lo hago ahora... En cuanto á Vd.,—añadió,—venga esa mano, y que Dios les haga felices.

Utrera tendió los brazos al anciano.

En cuanto á la tabernera, besaba con trasporte á la novia y lloraba de júbilo.

Veinte minutos despues regresaban todos á la calle del Prado.

Eugenia, muy débil aun, no habia podido acompañar con harto sentimiento á su hija.

El clásico chocolate, pero un chocolate en regla, al estilo de la época, esperaba á la comitiva.

Lo primero que Utrera y su esposa hicieron, fué depositar cada uno un beso en la frente de su madre.

Aquellos ósculos colmaron la medida de la felicidad en que Eugenia rebosaba.

Toda la mañana la consagraron los novios, como los convidados, á apurar los resortes de la alegría.

Pero llegó la una de la tarde, y Utrera recordó que tenia un deber, una palabra que cumplir.

—Señores,—dijo,—María y yo vamos á dejar á Vds. por una hora: una persona muy estimable nos espera.

Algunos, y entre ellos Montenegro, que nadaba, por decirlo así, en un mar de satisfacciones, trataron de disuadir al jóven, instándole á que desistiese de su propósito.

Otros prorumpieron en esas pullas y equívocos de buen género, que tan comunes son en tales casos.

Pero Utrera les respondió:

—Es un deber sagrado el que voy á cumplir: una persona tan digna como infortunada, me manifestó hace tiempo vivos deseos de conocer á mi esposa: hace dos años que esa persona vive en el más absoluto retiro, y habiéndolo yo prometido, voy á cumplir sus deseos.

—¿Y quién es esa persona?—preguntó Montenegro con alguna duda.

—La condesa del Ramal, la prometida de mi ilustre amigo el capitan Velarde,—respondió Utrera con respeto.

Las recientes protextas se convirtieron súbitamente en un murmullo de aprobacion.

Al tiempo de salir los novios, Eugenia les dijo al paso, con los ojos arrasados en lágrimas:

—Hijos mios, decid á la condesa que lloro sinceramente su desgracia, y que solo despues que me traigais su perdon, el último que necesito despues de todos, tendré mi conciencia todo lo tranquila que necesito.

CAPITULO LVI.

Un deber cumplido.

Desde que Carolina recibió el terrible golpe que la causára la muerte de Velarde, se condenó á un absoluto aislamiento, á la soledad más completa.

Pasaba la desconsolada jóven los dias enteros entregada en el fondo de su gabinete á una profunda melancolía.

En los primeros tiempos, su cruel dolor la habia hecho derramar copiosas lágrimas.

Pero estas cesaron, y el dolor se hizo en cierto modo reflexivo, tranquilo.

Entregada frecuentemente á sus recuerdos, habia conseguido grabar de tal modo la imágen de Velarde en su mente y en su corazon, que á cada momento, despierta ó en sueños, le tenia presente, fijo, acostumbrándose con su recuerdo á creer muchas veces que le tenia delante de sí, lleno de vida, obsequioso, tierno y amante, como en tiempos más felices.

Muchas veces la llevó la ilusion al extremo de conversar con el héroe, respondiendo á las palabras que su fantasía la hacia distinguir con una claridad sobrenatural.

En estas horas de verdadero éxtasis, el alma de Carolina se trasportaba, y sumida en una dulce languidez, llegaba á olvidarse completamente de sus penas y dolores.

Y ¿cómo nó, si durante aquellos instantes de dicha inefable, de consolador enajenamiento, vivia á su lado la benéfica sombra, la querida imágen... el mismo Velarde en cuerpo y en alma; Velarde, hermoso y gallardo como siempre; Velarde, cuyos negros ojos la miraban con apasionado fuego, y cuyo corazon lo sentia ella latir con sordas palpitaciones al lado del suyo, sobre su mismo corazon, amoroso y anhelante?

Pero esta dicha violenta, ficticia, en medio de sus dolores constantes, de su resignado sufrimiento, afectaban grandemente la salud de la jóven.

El sueño y la realidad establecieron una ruda lucha en su corazon, y esta lucha incesante y eterna, á semejanza de la gota de agua sobre la piedra que corroe, cayendo con sorda lentitud, pero con mortal seguridad, minó la vida de la condesa del Ramal.

Tal vez ella no se apercibia de este funesto resultado.

Verdad es tambien que no la hubiera inquietado gran cosa la perspectiva de su padecimiento físico.

Tenia herida el alma, y herida de muerte.

¿Qué le importaba, pues, el cuerpo?

Para la bella y desconsolada jóven era el cuerpo como una pesada é insoportable cadena, que sujetándola contra su voluntad á la tierra, la separaba por algun tiempo de la eterna region adonde su espíritu anhelaba volar en alas del amor y del recuerdo.

La vida del mundo, vida pesada y lánguida, vida que se consumia con la lentitud de sus juveniles años, la separaba de otra vida más apetecible á su espíritu.

Velarde estaba en el cielo.

El mundo, por lo tanto, era para Carolina como una cárcel insoportable, triste, aflictiva.

Y sin embargo, tenia un gran consuelo.

La intensidad de su dolor.

Por eso se habia aislado la jóven condesa del Ramal.

Unicamente Utrera solia visitarla algunas veces.

En todas ellas, Carolina encontraba un triste placer en escuchar repetidamente, de los propios lábios de Utrera, el relato de las hazañas, de las palabras, de la propia muerte del artillero, con sus menores detalles.

Entonces Carolina se sonreia tristemente.

Se gozaba en su cruel martirio.

De este modo, Utrera llegó á ser la única persona á quien la condesa del Ramal recibia en su retiro, y tambien la única que pudo interesar su ánimo, abatido y sordo á todas las demás afecciones.

Utrera le habia revelado su proyectado enlace.

Inútil creemos añadir que, como solia hacerlo en toda ocasion, hizo tambien el retrato físico y moral de su amada á la condesa del Ramal; y esta hizo á la vez extensivas sus simpatías á María.

Cuando se acercó el dia señalado para el enlace de nuestros jóvenes, Utrera lo participó á su amiga.

Carolina le rogó la hiciese conocer á la que iba á ser su esposa.

Utrera lo ofreció solemnemente.

Pocos dias despues cumplia su palabra.

Los novios fueron á visitar á la condesa.

Al llegar la encontraron, como tenia por hábito, sentada en su sillon, en el gabinete donde tantas veces habia estado Velarde.

La jóven estaba sumamente pálida.

Habia enflaquecido, y esta circunstancia, unida á su palidez, y á la triste impresion de una amarga sonrisa, que jamás la abandonaba, realzaba más y más su belleza.

Apenas vió á los jóvenes desposados, los negros y rasgados ojos de la condesa del Ramal se fijaron con interés en María.

Esta la saludó con cierta turbacion.

La historia de la condesa, que en más de una ocasion la habia referido su amante, habia arrancado lágrimas á María.

Desde que sus ojos la contemplaron el dia á que nos referimos, la jóven se sintió conmovida profundamente.

Carolina se incorporó con trabajo para recibir á los jóvenes.

Estaba muy débil.

Su postracion y su aislamiento iban enervándola poco á poco.

Besó á María en la frente, y despues de haberla felicitado con las frases más cariñosas, la hizo sentar á su lado.

Luego dijo á Utrera:

—Dios ha querido guiar á Vd., amigo mio.

Utrera se inclinó en señal de agradecimiento.

María, que comprendió á la condesa, se sonrojó.

Carolina repuso:

—Vds. no creerán, supongo, que envidio su felici-

dad; pero siento en mí una cosa extraña: la presencia de Vds. en este momento me causa á la vez tristeza y alegría.

—Comprendo lo que Vd. debe sentir,—dijo Utrera,—pero desgraciadamente para consolarla, tan solamente puedo recordar á Vd. que la eterna ausencia del sér que todos lloramos, debe llenar de orgullo, al par que de tristeza gloriosa, el corazon de Vd...

—¡Ah!—exclamó Carolina,—si al ménos me hubiera dejado su nombre, podria yo sentir ese orgullo, que usted dice, del modo que más me satisfaría, esto es, á la faz del mundo. Sin embargo, Vd. lo sabe muy bien; fuimos esposos en el corazon, y la sangre del noble mártir ha venido á sellar en el mundo, y para el cielo, nuestros desposorios.

Las palabras de la condesa conmovieron vivamente á María y Utrera.

Habia en ellas tanto dolor, tal ternura y resignado sufrimiento, que en cada frase parecia exhalar Carolina un pedazo de su herido corazon.

Hubo un momento de silencio.

Carolina comprendió el triste efecto que habia causado.

Como si se arrepintiese de sus palabras, dijo esforzándose por cambiar de tono:

—Pero... ¡qué imprudente soy, Dios mio! Los que sufrimos alguna pena nos hacemos tan egoistas, tan malvados, que á todas horas parecemos complacernos en afligir á los demás... ¡Hoy no es dia de eso! Veo á Vds. felices, y debo á Vd., Utrera, gran amistad para acibararle, lo mismo que á su esposa, en el dia de la boda... No hablemos más de mí... ¡Ah!... á propósito: tengo que pedir á Vd. un favor, Utrera...

—¿A mí?—preguntó el jóven;—cuanto Vd. quiera.

Carolina repuso:

—Por mejor decir, este favor lo pido á Vds. dos.

—Ordene Vd., condesa.

—No tomen Vds. á broma lo que voy á decirles, pero acaba de ocurrirme una idea, la cual, aun cuando hoy no tiene fundamento, acaso lo tendrá en el porvenir.

—¿Cuál es la idea de Vd., condesa?

—El cielo, que les acaba de conceder una felicidad, tal vez les proporcionará otra en época más ó ménos lejana.

Utrera sonrió.

María miraba á la condesa sin comprenderla.

Esta añadió, dirigiendo á la esposa una mirada insinuante:

—Amiga mia, la primera felicidad, despues del amor de un buen esposo, empieza para la mujer desde que Dios la hace madre.

Las palabras de Carolina eran demasiado elocuentes, y las pronunció con bastante pasion, para que María dejase ya de comprenderlas.

El carmin volvió á subir á su rostro.

La condesa continuó:

—Pues si esa felicidad llega para Vd., amiga mia,—yo no sé cuanto podrá alargarse mi vida;—pero si llega á tiempo ese caso, repito, me darán Vds. una gran satisfaccion y una prueba de que me aprecian, permitiéndome deje algun vínculo en el mundo.

María no supo responder, tal era su emocion; pero su jóven esposo prometió complacer á su amiga.

Largo tiempo hablaron aun.

Carolina preguntó á Utrera al despedirlos:

—¿Es verdad, Utrera, que para el año próximo se disponen unas solemnes exequias por el alma de las víctimas...

—De eso se habia tratado por varias personas y por el mismo clero, el cual se brindaba expontáneamente á este patriótico y religioso acto,—respondió Utrera.

—Pues qué, ¿no se llevan á cabo?

—Difícil será.

—¿Por qué?

—A ello se oponen, hoy por hoy, dificultades bien graves; yo no dudo que algun dia podrán rendir ese tributo á nuestros amigos; pero entretanto...

—¿Qué?...

—Los franceses ódian la memoria de las ilustres víctimas.

—Entonces...

—Hasta que nos libremos del yugo del usurpador, condesa, nada será posible hacer en ese sentido: los que lo intentáran, arrostrarian la cólera de nuestros enemigos.

De los lábios de Carolina se escapó algo parecido á una maldicion, una de las muchas que cayeron sobre la frente del primer Bonaparte.

EPILOGO.

I.

La guerra de la Península era cada dia más encarnizada, más tenáz, más formidable, contra los ejércitos de la Francia, y el pueblo, ayudado por las famosas y sábias Córtes de Cádiz, peleaba sin trégua contra los enemigos de la independencia.

España, al comenzar la tremenda lucha, que habian inaugurado con tal valor los heróicos y leales madrileños, no tenia soldados bastantes á contrarestar las fuerzas del usurpador.

Las torpezas de los malos gobernantes habian debilitado al país inícuamente.

Pero la Providencia, tan pródiga con nuestro suelo y con nuestra raza, concedió á España recursos muy poderosos, para que la ambicion extranjera pueda abrigar en ningun tiempo la audacia de dominarnos.

Sobre una feráz, sobre una rica, sobre una variada y exuberante naturaleza, colocó Dios á hombres tan altivos como fuertes, tan avaros de su libertad, como terribles cuando se alzan para defenderla.

La raza española es una raza de Cides.

La Península ibérica, cuyo antiguo poder subyugó la época pasada á casi todas las naciones del mundo, ha sufrido tambien grandes reveses, que más de una vez la condujeron á una terrible decadencia.

¡Cuántas plagas no habian caido sobre esta heróica nacion!

Pero en medio de su mayor desgracia, España, la clásica tierra de los Gonzalez y de los Padillas, ha conservado y conservará ileso eternamente uno de sus más preciosos tesoros.

El sentimiento de su integridad, el sacro amor á su independencia, á sus libertades, conquistadas y compradas siempre con inmensos raudales de sangre de sus mártires.

II.

Por eso España, que en los primeros momentos se habia encontrado desarmada, improvisó un ejército.

Lo más brillante y escogido de nuestra juventud corrió presuroso á formar en las filas de los defensores de la pátria.

Las universidades, los conventos, los campos, las riberas de los mares, en el Mediterráneo y en el Atlántico, de todas partes acudieron españoles á millares, ganosos de ver-

ter su sangre, luchando ardientemente contra las águilas del Imperio.

Inglaterra, que por tanto tiempo habia contemplado con terror la talla formidable del gran guerrero del siglo, apenas oyó resonar en las orillas del nebuloso Támesis el grito de los indomables españoles, corrió presurosa, buscando en ello su defensa, á la alianza con los hijos de Pelayo.

El fed-mariscal lord Wellington, al frente de un regular ejército, más bien cuidado que disciplinado en algunas ocasiones, vino á España, y peleó á nuestro lado.

Varia fué nuestra fortuna durante aquella larga y terrible guerra, que costó á nuestros padres tanta sangre como recursos.

Nosotros alcanzamos muy señaladas y gloriosas victorias; pero, preciso es confesarlo, tambien nuestros improvisados ejércitos, ya por impericia de sus generales, bien porque la suerte no es siempre favorable á los hombres y á los pueblos, sufrieron esos horrorosos descalabros, que casi siempre son inherentes á una huella que se prolonga muchos años.

Sin embargo, cuando los ejércitos sufrian alguna derrota cruel para los aliados, en las montañas de Cataluña, de Santander, de Galicia y Asturias se empeñaba por los mismos labradores ese combate, tan terrible en España, que se llama *guerrilla.*

Esto, al par que destrozaba millares de franceses, con muy escasas pérdidas para los guerrilleros, entretenia al enemigo, permitiendo al mismo tiempo que los ejércitos de España atendiesen con alguna calma á reponerse.

Mas de 500,000 franceses habian venido á España, y hacian esfuerzos muy poderosos para mantenerse en las di-

versas provincias donde más trabajo les daba el arrojo y muchas veces la audácia de nuestros guerrilleros.

Los primeros generales de la Francia, los más distinguidos mariscales de Napoleon, habian venido á mandar los ejércitos imperiales, ocupados en la guerra de la Península.

El mismo Napoleon habia venido tambien...

III.

Pero inadvertidamente íbamos á ocuparnos y á extendernos en hacer el relato de la guerra.

Semejante tarea no es propia de la índole de esta obra; y además, ya en otro lugar se hablará de esta lucha formidable, en que tan gloriosa parte tomaron las ilustres Zaragoza, Bailén, Gerona y tantas otras ciudades, cuyos valerosos hijos regaron con su sangre los muros de sus fortificaciones, que defendieron al ser amenazados sus hogares por el invasor.

Concretémonos, pues, á nuestro primitivo asunto.

IV.

El pueblo de Madrid, mientras las provincias eran teatro de sangrientas escenas, gemia indignado bajo el peso del intruso monarca.

Las noticias que se recibian eran escasas, y las más veces incompletas; pues los enemigos tenian buen cuidado de desfigurarlo todo, y aun de cortar toda comunicacion que pudiese proporcionar al pueblo la verdad de sucesos que nada favorecian al orgulloso francés.

De este modo el desaliento era cada dia mayor.

Solamente cuando la desgracia perseguia á nuestras armas, entonces era cuando los madrileños recibian verdaderamente noticias fidedignas, mas aun así con proporciones tan exageradas, que con ellos no ganaba mucho la verdad en boca de los propagadores.

Las peripecias por que habia pasado la capital de España en diversas ocasiones, sirvieron para acrecentar el sufrimiento de sus habitantes.

Ya poco tiempo despues del alzamiento, el 29 de Julio de 1809, notóse gran agitacion entre las tropas francesas que guarnecian á Madrid.

El dia 1.° de Agosto siguiente evacuaron la capital.

Esta salida fué motivada por el memorable suceso de Bailén.

La salida de los franceses hizo que 8,000 hombres de tropas españolas sustituyeran á la guarnicion extranjera.

Venian al mando de D. Pedro Gonzalez Llanos.

La poblacion madrileña los recibió con extraordinario júbilo.

Pero este debia durar muy poco.

Poco tiempo despues volvieron los franceses.

Desde entonces permanecieron en Madrid largo tiempo, hasta que el 28 de Mayo de 1813 salieron definitivamente para no volver.

V.

Libre ya el pueblo del extranjero yugo, pudo respirar con libertad; si bien la miseria consiguiente á los vejámenes producidos por el intruso, se cebó cruelmente en las familias, y con particularidad en las clases pobres.

El 3 de Noviembre de 1813, el clero y feligreses de la parroquia de San Pedro el Real, fueron los primeros en rendir un tributo de admiracion á la memoria de las víctimas inmoladas el célebre dia 2 de Mayo.

En su consecuencia, dicho clero y feligreses celebraron unas solemnes exequias.

Habíase demolido en el mes de Marzo de 1811 la iglesia de San Martin, atendido su estado ruinoso.

Con este motivo se verificó la exhumacion de todos los cadáveres que en ella habia sepultados.

Afortunadamente para nuestros héroes y para la nacion que hoy los admira, tocó ocuparse en dicha exhumacion á los mismos sepultureros que tres años antes habian enterrado á los bravos capitanes Daoiz y Velarde.

Al llenar su fúnebre cometido José Gutierrez, el sepulturero mayor, y su hermano Lúcas, tuvieron la precaucion de no confundir con los demás los restos de nuestros héroes.

Hallaron sus cadáveres intactos, aunque consumidas, como es natural, sus carnes, á excepcion de alguna que, segun una fiel narracion que tenemos á la vista, conservaban aun en sus brazos y piernas.

Daoiz, muy particularmente, conservaba restos del uniforme.

Sin embargo de tantas precauciones como los celosos enterradores, bien por una irresistible veneracion, ó porque adivinaban el porvenir de gloria reservado á las ilustres víctimas la agradecida pátria, habian tomado en el acto de trasladarlos, al tiempo de moverlos se deshicieron.

Daoiz se habia conservado más que su compañero, sin duda porque habia sido depositado en caja.

Los enterradores, para no confundirlos con los demás, colocaron sus huesos en una espuerta.

De este modo fueron puestos en una pieza grande que habia en la mina de dicha iglesia.

Si hemos de creer á un historiador, parece que los mortales restos de Daoiz y Velarde fueron colocados á los pies del esqueleto del padre del Príncipe de la Paz.

«¡Extraño y sorprendente contraste!—exclama muy oportunamente á este propósito;—¡la muerte reunia en un mismo recinto, y colocaba á la par, los restos del padre de aquel que fué indirectamente la causa de tanta catástrofe, y los de sus más nobles víctimas!»

VI.

Don José Canga Argüelles, diputado por Asturias, presentó á las Córtes, en la sesion de 19 de Marzo de 1814, un programa en que se exponia la manera como todas las ilustres víctimas del Dos de Mayo debian ser exhumadas y conservadas sus cenizas.

Tomado en consideracion dicho programa, fué sancionado por aquellas Córtes el dia 23 del mismo mes.

Por no molestar demasiado á nuestros lectores dejamos de trascribir aquí dicho programa, atendida su extension.

Citaremos, sin embargo, algunas de sus disposiciones.

El expresado programa decia, entre otras cosas:

«El terreno donde actualmente yacen las víctimas del Dos de Mayo, contíguo al Prado, se bendecirá; se cerrará con verjas, se adornará con árboles, y en su centro se levantará una sencilla pirámide, que trasmita á la posteridad la memoria de los leales, tomando el nombre de *Campo de la Lealtad.*

. . . .

»La caja que encierre los restos mortales de los primeros adalides de nuestra santa insurreccion, se trasladará el dia 2 del próximo Mayo, con toda la pompa digna de acto tan solemne, á la iglesia de San Isidro, en donde se celebrará un oficio de difuntos, con oracion fúnebre.

»Una diputacion del Congreso nacional autorizará la traslacion.

»El jefe político, la diputacion provincial, el ayuntamiento, el gobernador militar, el Estado Mayor general del ejército, y todas las autoridades eclesiásticas, militares y políticas, residentes en esta córte, concurrirán á solemnizar el acto.

»Las tropas de la guarnicion harán los honores de ordenanza señalada á los capitanes generales del ejército (1).

---

(1) Gozan los restos de Daoiz y Velarde de los honores de capitanes generales, y á Daoiz se le incluye como primer capitan de artillería, en

»En la iglesia de San Isidro se levantará un sepulcro, adornado con sencillez y elegancia, en el que se depositará la caja que encierre las cenizas de los primeros mártires de nuestra santa insurreccion.

»La diputacion del Congreso nacional que hubiese asistido á la traslacion de las cenizas, recogerá la llave de la caja donde se encontraren aquellas, y la entregará á las Córtes en sesion pública.»

Además, entre otros diversos premios propuestos á la Academia de la Historia, para que esta recompensase con ellos á los autores de asuntos alusivos, en prosa ó en verso, que á juicio de la citada corporacion fuesen mejor desempeñados, ordenaban las Córtes á la de Nobles Artes, que ofreciese otro premio al artista que presentase un cuadro, en el que con la mayor maestría representára una de las escenas más principales de las que presenció el pueblo de Madrid en aquel glorioso dia.

El cuadro que obtuviese el premio deberia ser colocado en el salon permanente del Congreso nacional, á fin de recordar á los padres de la pátria el momento en que el pueblo español «pasó de la ominosa esclavitud á la bienhechora libertad.»

Otro artículo, el 14 del programa, decia:

«La misma Academia ofrecerá otro premio, en la clase de escultura, al que sobre su programa dado para un monumento capaz de eternizar la memoria gloriosa de aquel dia.»

Además de los premios que la Academia debia señalar,

---

la escala del cuerpo, pasando revista de presente en el departamento donde está el colegio.

(*Memorial histórico de la artillería española.*—1831.)

las Córtes destinaban á los agraciados una medalla de oro, de las acuñadas en memoria de la Constitucion.

Los gastos de todas estas disposiciones debian ser satisfechos por el Tesoro público.

Sobre estas patrióticas y justas disposiciones de las Córtes, el Ayuntamiento de Madrid acordó á su vez dotar con 3,000 reales á diez doncellas honradas, una por cada uno de los diez cuarteles en que entonces se dividia la córte.

Dichas doncellas debian ser hijas, huérfanas ó parientas de las víctimas bárbaramente inmoladas aquel dia; y esta suma se las destinaba para cuando contrajesen matrimonio con jóvenes de buena conducta.

Las prefijadas doncellas tenian obligacion de asistir, vestidas con uniformidad, á la misa que debia celebrarse en San Isidro.

VII.

En los últimos dias del mes de Abril del citado año de 1814, las Córtes, eficazmente auxiliadas por todas las autoridades, preparaban con notable celeridad el solemne aniversario.

Por una parte, el cuerpo de artillería desplegaba una actividad admirable.

En justa recompensa del heroismo de Daoiz y Velarde, habia sido concedida á aquel cuerpo la gracia de encargarse del carro fúnebre y de las urnas en que debian ser conducidos los héroes.

Otorgósele además el favor de conservar una de las

tres llaves de las cajas donde se encerraban los restos.

El Ayuntamiento obtuvo el arreglo del cortejo fúnebre y demás preparativos indispensables al acto.

El dia 29 de aquel mes, despues de grandes afanes, se hicieron las últimas escavaciones, que habian empezado el 23 en la plazuela de las Descalzas, en la mina de la derribada iglesia de San Martin, y al fin se descubrió la entrada de la mina de que ya hemos hecho referencia.

Los restos de Daoiz y Velarde, segun las declaraciones de los sepultureros que asistieron á la operacion, eran los mismos que aparecieron al pié del esqueleto de D. José Godoy, sostenido á la sazon contra la pared de la mina.

Entre dichos restos se halló un esqueleto, unido desde la parte superior del espinazo á las rodillas, y pendiente de la derecha la caña entera de la pierna. Todo aparecia envuelto en una casaca con botones pequeños redondos, y unas granadas bordadas en los faldones, ante cuyas señales no se dudó era uniforme de artillería. A su lado se encontró una calavera con algunos huesos, y entre ellos una cinta, color de rosa muy bajo, manchada de sangre.

Los sepultureros aseguraron que aquella cinta habia pertenecido á D. Luis Daoiz, y que los restos eran los del héroe.

El otro esqueleto apareció compuesto desde la nuca hasta los huesos de los muslos, envuelto en un paño ó hábito de San Francisco, ceñido por la cintura.

Por el lado izquierdo del pecho aparecia manchado de sangre.

Junto á este esqueleto habia otros varios huesos y una calavera.

En este esqueleto reconocieron los susodichos sepultureros el cadáver de D. Pedro Velarde.

Tanto el de este como el de Daoiz, declararon encontrarle en la misma situacion y forma en que los habian colocado al verificarse la demolicion del edificio.

Acto contínuo fueron colocados estos preciosos restos en dos urnas llevadas al efecto, las cuales eran de hoja de lata.

Cogida cada una con dos cintas, fueron cerradas inmediatamente y selladas por el cardenal arzobispo de Toledo.

Desde aquel momento, quedaron allí mismo depositadas y custodiadas por una guardia de artillería.

A las doce de la mañana del dia 1.° de Mayo se hizo formal entrega de aquellos restos al director general del cuerpo, D. Martin García Loygorri.

Presenciaron este acto el doctor D. Francisco Ramirez y Arcayos, Lic. D. Manuel José de Gallego, Fr. Bernardo Ruiz de Conejares, D. Domingo Alvarez, abad del cabildo de curas, D. Manuel María de Guinea, D. Vicente de la Llave y D. Segundo de la Cuerda.

Despues, cubiertas las urnas con terciopelo negro y colocadas por los mismos oficiales del cuerpo en el carro fúnebre, fueron conducidas con escolta al Parque de Artillería.

Allí esperaba una compañía, que les hizo los honores fúnebres de capitan general.

A la una menos cuarto de aquella tarde se abrieron las urnas, y se expûsieron á la concurrencia los restos mortales de Daoiz y Velarde.

Habia sido invitada al efecto toda la grandeza de Madrid, y presenció tambien el acto, entre otros muchos grandes, el célebre capitan general, D. Francisco Javier Castaños.

En seguida se colocaron los restos en otras urnas

talladas y adornadas, y cuyos campos estaban bordados de terciopelo negro bordado de oro, con tres cerraduras cada una.

Encima se colocó la espada, el baston y faja de capitan general, y mientras quedaron expuestas se estuvieron celebrando misas en los tres altares que con tal objeto se pusieron en el salon.

Permitióse al público la entrada hasta el toque de oraciones.

VIII.

Es de noche.

La poblacion de Madrid aparece animada de cierta agitacion, que denota la proximidad de un importante suceso.

Las campanas de las iglesias dejan oir plañideros ecos, y el cañon se oye de tarde en tarde resonar con horrísono estampido.

Este bullicio, el triste doblar de las campanas y el eco del cañon, aseguran al heróico pueblo que al fin, recobrada su libertad, va á rendirse bien pronto un digno y glorioso tributo á los mártires de su independencia.

IX.

Nos hallamos en un lujoso, aunque triste dormitorio.

A la luz de un quinqué vése un lecho, y sobre él reposa una mujer, en cuyo aspecto se perdería la mente, dedu-

ciendo si aquel es un sér terrenal, ó un ángel próximo á volar desde el mundo á la mansion eterna.

Su rostro es blanco, y está pálido, con esa palidez diáfana, que es el color de la tumba, el indicio de la muerte.

Aquella mujer está hermosa; pero su hermosura, que no es de este mundo, á la vez que arrastra y fascina, parece llevar el frio al espíritu, inspirando al corazon un amor de hielo, una de esas pasiones á las que llaman sueño, dan tan tétricos y sobrehumanos colores, pasiones que tienen, digámoslo así, algo de galvanismo, de augurador y patético.

Los negros cabellos de la moribunda hállanse esparcidos sobre la blanca almohada, y hacen que la diáfana blancura de su frente resalte con los esmaltes de la nieve.

Sus ojos, tambien negros y rasgados, los tiene abiertos y fijos, aunque velados ya por el sopor de la agonía.

Cerca del lecho se ven tres personas.

Una de ellas es una mujer jóven y hermosa.

Sus pupilas están preñadas de lágrimas, y se distingue bien claramente los esfuerzos que hace por reprimir los sollozos que ahogan su pecho.

Sobre sus rodillas sostiene un hermoso niño, que tendrá apenas dos años.

La tierna criatura, ajena á lo que pasa en derredor, juguetea indiferente, y rie de cuando en cuando.

Los ojos de la moribunda se fijan con dulzura infinita en el hermoso niño...

Próximo á la mujer que llora, permanece de pié un jóven, quien aparece fuertemente impresionado, en actitud de profunda pena.

Quizás nuestros lectores han adivinado ya el nombre de la enferma.

Era la condesa del Ramal.

Los otros dos personajes que la acompañaban en aquella hora solemne, eran Utrera y María, su esposa.

El niño que saltaba y jugueteaba en el regazo de esta, era su hijo.

Dos años antes, Carolina habia sostenido al hijo de nuestros interesantes jóvenes sobre la pila bautismal.

Habíanle puesto por nombre Pedro.

Era un tributo rendido á la memoria de Velarde.

Desde aquel dia, la condesa del Ramal no volvió á salir de su casa, apurando con fúnebre complacencia los tristes encantos que para ella tenia su amargo dolor.

X.

Habian trascurrido algunas horas desde que Utrera y María, con el hijo de su amor, acompañaban á la moribunda.

El médico de esta, al separarse del lecho del dolor aquella misma tarde, habia pronunciado ya la terrible sentencia.

Carolina, como una luz gastada, se extinguia por momentos.

Y era la verdad.

A la hora en que la presentamos á nuestros lectores, el espíritu la abandonaba rápidamente.

Sin embargo, era lenta su agonía, y en medio de

ella, y presintiéndola, conservaba toda su lucidez, toda su razon.

Su voz era apagada, pero dulce.

Haciendo poderosos esfuerzos, dijo al ver que María sollozaba:

—María... no se aflija Vd... es verdad que el momento se acerca, que siento llegar la muerte con ligero paso... que hace tiempo que la esperaba... y es natural; yo no podia vivir... desde el dia que Vd. sabe... la vida me era penosa... Dios me hace hoy un señalado favor... Mañana...

Un golpe de tos seca y terrible vino á interrumpir á la moribunda.

Hubo un momento de silencio, durante el cual la emocion y el llanto sofocaban á María, mientras que tambien dos lágrimas rebeldes resbalaban por las mejillas de su jóven esposo.

Carolina cesó por fin de toser.

Pero habia quedado tan fatigada, que por espacio de un minuto se la vió inmóvil; distinguiéndose aun en ella un resto de vida por el ruido de su respiracion fatigosa, respiracion en que ya se mezclaba el estertor de la muerte...

Los ojos de Utrera se clavaron con espanto en el cadavérico rostro de Carolina.

Su corazon latia con violencia...

Entonces se acercó rápido, anhelante, al lecho de la agonizante.

Pero los ojos de Carolina se abrieron, aunque velados...

Hizo un esfuerzo, y continuó con voz cada vez más apagada y penosa:



—El niño... quiero besar por última vez á mi ahijado...

—Esto marcha... decia, amigos mios; que mañana todo se habrá acabado... Dicho dia... No le parece á Vd., Utrera, que debo creer un favor que Dios me otorga, permitiendo que deje este mundo, precisamente la víspera del aniversario...

La jóven volvió á hacer una pausa.

Comprendiendo Utrera que aquellos esfuerzos aceleraban la muerte de la condesa, quiso aconsejarla que callase.

Pero ella continuó sonriéndose de un modo singular.

—¿Y para qué?... Tanto dá un minuto antes ó despues...

Luego, dirigiéndose á María:

—El niño... quiero besar por última vez á mi ahijado...

Dijo, y contempló á la criatura y á la madre con ojos de infinita ternura.

María se apresuró á complacer el deseo de la agonizante, y acercó la rubia cabeza del niño á los ya frios lábios de Carolina, que imprimió en una mejilla del inocente un apagado beso.

Este último esfuerzo la aniquiló.

Despues de haber querido incorporarse sobre los almohadones, cayó desplomada.

Sus ojos, desmesuradamente abiertos, mostraron en la fijeza de sus pupilas una espantosa rigidez.

Una contraccion de sus lábios, entre los cuales espiró un nombre pronunciado débilmente, hizo que Utrera y María exhaláran dos gritos desgarradores.

A ellos acudieron los criados de Carolina, para socorrer á su ama.

Pero era ya tarde.

El alma enamorada de la condesa del Ramal habia volado á la mansion de Dios, para unirse allí por una eternidad con el espíritu de aquel á quien tanto habia amado en el mundo.

XI.

Al siguiente dia un pueblo inmenso, lleno de luto y á la par de justo y noble orgullo, se agrupaba en la iglesia de San Isidro á rendir, entre las preces de los sacerdotes, el eco fúnebre de las campanas y el lejano estampido del cañon, un tributo de admiracion y de reconocimiento á las ilustres víctimas del *Dos de Mayo*.

Era el primer aniversario que se celebraba con la solemnidad y la ostentacion debida.

Creemos inútil decir aquí el religioso entusiasmo conque todos los años conmemora el pueblo aquel glorioso é inolvidable dia.

El precioso mausoleo donde reposan las ilustres víctimas de nuestra independencia, es para los hijos de Madrid el venerable altar en cuyas aras sacrosantas se fortalece, contra los amagos de extrañas é imposibles dominaciones; y ¡ay del que intente apartarle de la senda inmortal que sus abuelos le trazaron con su ilustre sangre!

FIN.

BIOGRAFIA

DE

DON LUIS DAOIZ.

Don Luis Daoiz nació en la ciudad de Sevilla en 10 de Febrero de 1767.

Fueron sus padres D. Martin Daoiz y Quesada y doña Ana de Torres Ponce de Leon.

Fué bautizado en la parroquia de San Miguel de la expresada ciudad.

Su primera educacion fué correspondiente á la elevada posicion de sus mayores.

Segun algunas notas biográficas que tenemos á la vista, estudió las primeras letras en el colegio de San Hermenegildo de su ciudad natal.

Entró de caballero cadete en el real colegio militar de artillería el 13 de Febrero de 1782.

Todos los biógrafos están contestes en decir que apenas entrado en el colegio, se distinguió extraordinariamente en la esgrima.

En 9 de Enero de 1787, cinco años despues, salió á subteniente del arma, despues de haber hecho los estudios de reglamento.

Con este mismo empleo sirvió y se halló en la defensa de la plaza de Ceuta en 1790, y en la de Orán en 1791. Por haberse distinguido en esta última, fué premiado con el grado de teniente de infantería.

Debe tenerse presente que entonces se ascendia en el ejército con suma lentitud, y muy particularmente en los cuerpos especiales.

Dicho grado lo obtuvo en 5 de Octubre del expresado año, y para su concesion mediaron recomendaciones muy honoríficas, hechas por los jefes del arma, y muy especialmente por la del brigadier Azuar, comandante de artillería de aquella plaza y ejército.

En 18 de Febrero de 1792 fué promovido á teniente de artillería por antigüedad.

Declarada la guerra á Francia, despues del cruel suplicio del infortunado Luis XVI, fué destinado al ejército de Cataluña.

En él estuvo mandando, ya baterías móviles, ya estables, desde el 23 de Mayo hasta el 25 de Noviembre de 1794.

Hecho prisionero de guerra aquel dia, fué conducido á Tolosa de Francia.

Despues de arreglada la paz en 1796, volvió D. Luis Daoiz á España, siendo destinado en 10 de Junio de 1797 á la escuadra que mandaba en el Océano, Mazarredo, y embarcado en ella, se encargó del mando de la tartana

cañonera número 5, la cual, segun dice un biógrafo militar, tenia hornillo de bala roja.

Con dicha tartana se halló en la defensa del bloqueo de Cádiz y en el ataque glorioso de las lanchas españolas contra el navío inglés, llamado *El Poderoso.*

En Octubre de 1798 se embarcó en el navío San Ildefonso, que mandaba D. José Uriarte y Borja, con destino al servicio de la artillería, y en dicho buque permaneció hasta Junio de 1802.

Durante este tiempo, que fué el de la guerra de los españoles y franceses aliados contra los ingleses, hizo Daoiz dos viajes redondos al Continente é islas de América, consiguiendo llegar á enterarse del servicio de la marina, en términos que alternaba con los oficiales del navío en los otros servicios de la clase que no se relacionaban precisamente con la artillería.

Es cosa probada su no comun talento, que en ello concuerdan todos cuantos hablan del bizarro militar, el cual poseia con facilidad suma los idiomas francés, inglés é italiano, y la lengua latina.

Por esta especial circunstancia fué designado muchas veces para parlamentario con buques extranjeros.

Mientras desempeñaba este servicio ascendió á capitan de artillería, tambien por antigüedad, en 1.º de Julio de 1802.

Por consecuencia de la nueva ordenanza fué declarado *capitan primero* del tercer regimiento de su arma.

Ya en 2 de Mayo de 1808 se hallaba encargado en Madrid del detall de la plaza, y de la tropa de artillería destacada en ella.

Y ahora tomamos textualmente lo que sobre D. Luis Daoiz dice en una obra publicada el año 32, el capitan de artillería don Ramon de Salas:

«En virtud de las órdenes comunicadas por el capitan general para que las tropas se mantuviesen quietas y encerradas en los cuarteles,—alude á los sucesos,—se encontró Daoiz aquella mañana con sus artilleros en el Parque de Artillería, situado en el barrio de las Maravillas, calle de San José, casa llamada de Monteleon.

»Allí observaba y cumplia con despecho unas órdenes tan manifiestamente favorables á los proyectos de Joaquin Murat, gran duque de Berg y de Cleves, y generalísimo de los ejércitos de Napoleon en la Península, hasta entonces aliados, observado por una parte por una guardia francesa de setenta y cinco hombres que habia en el Parque, y escitado por otra de una multitud de paisanos que, agolpados á la puerta del edificio, que estaba cerrada, pedian armas, cuando llegó su intrépido compañero, D. Pedro Velarde, y se hizo abrir.

»Dirigióse este á Daoiz, más antiguo que él, para incitarle á que prescindiese de las órdenes, y armase y ayudase al pueblo perseguido.

»Daoiz, como responsable de la disciplina, y amante de ella en toda su carrera, luchó todavía algunos instantes contra los impulsos de su patriotismo; pero picado vivamente por algunas espresiones de Velarde, que podian confundir su subordinacion con falta de valor, *¡viva Fernando VII!* exclamó; y haciendo menudos pedazos la órden escrita que tenia en las manos, mandó abrir las puertas del Parque, armó á los paisanos, y se preparó á resistir á las tropas francesas.

»Durante el combate con ellas, que se verificó atacando por las tres calles que conducian á la puerta del Parque, y que duró unas tres horas, murió Velarde de un balazo de fusil, con cuya fatalidad, el cansancio de los pocos

soldados que habia, y la enorme superioridad de los franceses, no se podia dudar de un éxito desventajoso para los patriotas españoles.

»En este punto varían ya las relaciones.

»Segun unas, Daoiz hizo señal de capitulacion, poniendo un pañuelo blanco en la punta de su espada.

»Segun otras, quien hizo la señal fué un general francés que marchaba á la cabeza de una de las columnas.

»Lo cierto es que se vió por algunos instantes á Daoiz hablar con el general, y de pronto ponerse en guardia uno y otro y batirse personalmente; pero en el acto de este noble y singular combate, se agolparon sobre Daoiz varios oficiales y granaderos franceses, y á pesar del denuedo conque les resistia, guardándose las espaldas con un cañon, cayó herido mortalmente de varias estocadas y bayonetazos.

»Los franceses, llevados de la ocupacion del Parque, que era su objeto, dejaron así á Daoiz en la calle, y entre varios sugetos le recogieron y le llevaron á su casa, calle de la Ternera, donde espiró á las cuatro horas, despues de apretar la mano al sacerdote que se presentó á viaticarle, única accion de que fué dueño.

»Contaba entonces de edad cuarenta y un años, dos meses y veintidos dias, y de servicio veintiseis años, dos meses y diez y nueve dias.

»Al anochecer del mismo fué conducido su cuerpo, amortajado con su mismo uniforme y metido dentro de una caja, á la parroquia de San Martin, donde se enterró; habiendo verificado estos últimos piadosos oficios el escribiente meritorio que era entonces del ramo de Cuenta y Razon de artillería, D. Manuel Almira. Su cadáver fué

exhumado en 1814, y trasladadas las cenizas á una urna que existe en la real iglesia de San Isidro de Madrid, donde fué depositado solemnemente el 2 de Mayo del referido año de 1814, á los seis justos de haberse sacrificado, ofreciendo los primeros ejemplos de resistencia á la usurpacion de Napoleon.»

BIOGRAFIA

DE

DON PEDRO VELARDE.

Nació nuestro héroe el dia 25 de Octubre de 1779, en el lugar de Muriedas, valle de Camargo, en la provincia de Santander.

Fueron sus padres los señores D. José Velarde Herrera y doña Luisa Santillan.

El dia 16 de Octubre de 1793 entró, como Daoiz, á servir en clase de cadete en el colegio de artillería de Segovia, en el cual, segun consta del espediente oficial que existe en la Direccion general del cuerpo, mereció por sus extraordinarias disposiciones ser nombrado *brigada de la compañía* en 27 de Enero de 1798.

De ella salió á subteniente del cuerpo en 11 de Enero de 1799.

En la guerra de 1801 fué destinado al ejército que

obraba contra Portugal, y en él desempeñó comisiones propias del arma, siendo notable la confianza conque en ellas le distinguian, toda vez que en dichas comisiones tan solamente se acomodaba, por regla general, á oficiales de mayor graduacion.

Ascendió á teniente del cuerpo, por antigüedad, el 2 de Julio de 1802 con destino al 4.° regimiento.

En 6 de Abril de 1804 fué promovido, tambien por antigüedad, á capitan 2.° para el 5.° regimiento; y en 1.° de Agosto de dicho año se le destinó como profesor á la academia de Segovia, cinco años despues de haber abandonado el colegio por su ascenso á subteniente.

Desde este destino pasó al de secretario de la Junta superior Económica de Artillería, afecta al Estado Mayor de este cuerpo, y establecida en Madrid en 1.° de Agosto de 1806.

Ocupaba esta plaza cuando su voluntario y heróico sacrificio.

Acerca de las singulares prendas de talento y de carácter que le adornaban, trasladamos íntegros los siguientes apuntes:

«Tenia Velarde un talento despejado y perspicaz, á que reunia constante aplicacion, por cuyo motivo gozaba de aventajado concepto entre sus jefes y compañeros.

»La carrera militar que seguia le hizo mirar como preferente el estudio de este ramo, y por consiguiente, antes de que fuesen notorias en España las tramas maquiavélicas conque los franceses preparaban su conquista, no veia en Napoleon mas que el Alejandro del siglo, y era entusiasta de sus talentos militares.

»Pero al mismo tiempo era generoso y honrado, y

no queria ver en los grandes capitanes mas que las victorias alcanzadas en fuerza de la superioridad de sus combinaciones.

»Así es que luego que vió á las claras la artería y mala fé conque las tropas francesas ocuparon nuestras plazas fronterizas, y se acercaban á la capital en principios de 1808, cambió su opinion enteramente, y se propuso hacer cuanto le fuese posible para resistir á la fuerza que el dolo habia reunido en el centro del reino.

»Antes de los sucesos de Aranjuez, que produjeron la caida de D. Manuel Godoy, fué comisionado por éste para ir al cuartel general del príncipe Murat, en union con otros oficiales; y como entonces ya sospechaba la traicion que despues habia de hacer este ejército á los principios que entonces aparentaba, se dedicó particularmente á sondear las ideas de los primeros jefes con quienes tuvo acasion de tratar.

»Vuelto á Madrid, con sus sospechas cambiadas en certidumbre, ya no trató mas que de organizar, en lo que le permitia su destino, graduacion é influjo, la resistencia que preveia seria necesario oponer más pronto ó más tarde.

»Yo he registrado algunos borradores escritos de su puño, en que están indicadas varias ideas relativas á la disposicion que se debia ir dando á las tropas para tenerlas libres de una sorpresa por los franceses, á la reunion del material del ejército en puntos proporcionados á su custodia, al modo de inutilizar clandestinamente lo que no podia ménos de caer en poder del enemigo, y á otros objetos de defensa; brillando en tales apuntes, á la par de su profundo patriotismo, unas ideas nada comunes en su profesion.

»El destino de la Junta superior, cuyas funciones eran principalmente la direccion del material de artillería, proporcionaba á Velarde el reunir los datos convenientes á estos planes.

»A fuer de buen español, jamás creyó que las principales autoridades del reino dejasen de secundar los impulsos generosos que iba mostrando la nacion, y su trabajo y sus deseos se limitaban entonces á contribuir con sus luces y sus brazos á la guerra que creia inevitable.

»Con este objeto se introdujo con el ministro de la guerra Ofarril, y franco y sin reserva le indicó los trabajos de que se ocupaba, y las intenciones de que estaba animado.

»El ministro no combatió sus ideas; pero como tenia otras, tampoco se valió de su celo, y, ó no hizo caso, ó si lo hizo fué para estorbar indirectamente una resistencia, que creia funesta é inútil.

»Sin embargo de eso no desmayó Velarde, y en sus conversaciones con sus compañeros manifestó decididamente su resolucion de oponerse á los franceses, procurando inculcar en todos iguales sentimientos, aumentándose la exaltacion de los suyos desde que fué notoria la repugnancia de Napoleon á reconocer por rey á nuestro actual soberano Fernando VII, que era el principio de la farsa conque pretendia cohonestar el despojo violento de toda la familia de los Borbones, que habia meditado.

»Como Velarde reunia las apreciables cualidades de instruccion, juventud, ánimo esforzado y osadía para emprender, siendo por otra parte, como secretario de la Junta, el depositario de las noticias sobre la fuerza y disposi-

cion de nuestro material de guerra, juzgó Murat conveniente el atraerlo á su partido, y valiéndose para ello de un edecan del general de la artillería francesa, La-Riboisiere, le hizo concurrir á su alojamiento diferentes veces, convidándole muchas á su mesa.

»Velarde aceptó en dos ocasiones este convite, para no hacerse más sospechoso, eludiendo las propuestas que se le hicieron para pasar al servicio de Napoleon, y valiéndose mañosamente de este trato para conocer las intenciones de Murat, y la disposicion de las autoridades españolas, que por entonces desconocieron el verdadero espíritu del pueblo (1).

»El 2 de Mayo de 1808 se hallaba Velarde con estas disposiciones.

»Concurrió á la hora acostumbrada á la secretaría, que estaba en la calle Ancha de San Bernardo, cuando ya la conmocion del pueblo empezaba á notarse.

»Se sentó en su mesa, que estaba al lado de la del comandante de artillería de la plaza y vocal de la Junta, don José Navarro Falcon, notándosele desde luego la fogosidad de su interior.

»Cogió la pluma y se puso á borronear sobre un papel, diciendo al mismo tiempo á Falcon: *Mi comandante, es pre-*

---

(1) En otra biografía que tenemos á la vista, se dan más pormenores acerca de este particular de su vida, y se habla detalladamente de lo que el bravo capitan habia trabajado por prepararse contra los sucesos, que con sábia prevision habia temido.

Por lo que respecta á los convites á que se dice asistió, se tienen motivos muy poderosos para creer que no los habia aceptado; y que se valió de otros medios para adquirir los antecedentes que anhelaba respecto á las intenciones del francés.

Ya hemos visto en otro lugar de la obra las escusas conque se descartó de las proposiciones que se le habian hecho.

ciso batirnos: *vamos á batirnos y vamos á batirnos*: es preciso *morir*, repetia al hacérsele por dicho jefe reflexiones, con la órden terminante del capitan general.

»En tal estado se oyeron algunos tiros de fusil, y este fué el chispazo que electrizó á nuestro jóven artillero.

»Hasta allí pudo contenerleuna subordinacion, opuesta á los derechos de nuestra familia real y á la independencia de la nacion.

»Tomó el fusil de uno de los ordenanzas de la Junta, y acompañado de otro y del escribiente meritorio D. Manuel Almira, se dirigió al cuartel del regimiento de infantería voluntarios del Estado, que estaba en la misma calle, con el objeto de hacerle tomar parte, excitando su entusiasmo con las aclamaciones de *¡viva Fernando VII! ¡viva España!* cuyas voces repetia un numeroso pueblo que se le habia reunido.

»Propuso al coronel de Estado que le diese una compañía, con la que contaba poner á su disposicion el Parque de Artillería, y despues de algunas escusas por parte de dicho jefe, logró que este mandase á la tercera del segundo batallon con solas treinta y tres plazas de fusil, y mandada por el capitan D. Rafael Goicoechea, los tenientes D. José Ontoria y D. Jacinto Ruiz y el subteniente D. Tomás Burguera.

»Con esta fuerza se dirigió al Parque, que estaba en el barrio de las Maravillas, calle de San José, casa llamada de Monteleon.

»La puerta estaba cerrada y agolpado algun gentío fuera.

»Por la parte adentro habia una guardia francesa, compuesta de un capitan, cuatro subalternos, setenta y cinco soldados y un tambor.

»Dentro estaban tambien el capitan Daoiz y unos catorce artilleros.

»Llamó Velarde y le abrieron, y entró acompañado del teniente Ruiz, de voluntarios de Estado.

»No era Velarde el más graduado; pero en aquel lance, en que los vínculos de la disciplina habian sido rotos por la más injusta agresion, hizo su arrojo y valentía que los demás le mirasen, si no como de más alto rango, como de muy superior talento y osadía para dirigirlos.

»Abocóse inmediatamente Velarde con el comandante de la guardia francesa, intimándole se rindiese con su tropa: dió muestras este de quererse resistir, pero acobardado de la arrogancia de Velarde, á quien suponia, y con razon, apoyado por el pueblo y los voluntarios de Estado que estaban á la parte de afuera, entregó las armas de su guardia y fueron todos encerrados en unas cocheras que habia dentro del patio, sirviendo sus fusiles para entregar al pueblo.

»Quitado este embarazo á la defensa del Parque, embarazo que el que pudo disponer de él no supo apreciar, necesitó Velarde disipar los respetos de Daoiz, por las órdenes que habia recibido contra los más vehementes estímulos en favor de la causa de su rey y de su pátria.

»Acordes en tan gloriosa resolucion, se abrió el parque, entraron los voluntarios de Estado, y se armó al pueblo.

»Solo habia en el Parque diez cartuchos de cañon hechos, y mientras los franceses se presentaban, ocupó á los artilleros la construccion de otros.

»Habia cinco piezas de á ocho y cuatro montadas, y se colocaron dos de ellas detrás de la puerta, enfilando la calle de San Pedro la Nueva.

»Inmediatamente se presentó un destacamento francés

mandado por un oficial, el cual fué ahuyentado por una descarga de fusilería disparada desde las ventanas.

»A poco rato se presentó una columna, con sus gastadores á la cabeza, los cuales intentaron romper la puerta, á cuyo momento Daoiz y Velarde hicieron dar fuego á los cañones que, traspasándola, maltrataron un gran número de enemigos, retirándose nuevamente estos.

»Sacaron entonces cuatro cañones del patio, poniendo uno en las cuatro calles que están al extremo de la calle de San José, hácia la de Fuencarral, dos mirando á la parte inferior de dicha calle, hácia la Ancha de San Bernardo, y el cuarto enfilando la de San Pedro la Nueva.

»Mientras se ejecutaban estas disposiciones de nuestros héroes, viendo los franceses su resolucion, dieron al Parque la importancia de una posicion respetable, y dirigieron contra él la primera division Wesfaliana, al mando del general Lagrange, con caballería y artillería; y situaron dos cañones junto á la fuente de Matalobos, en la calle Ancha de San Bernardo, para combatir á los nuestros, y se empleó un cañoneo que nos hizo gastar las municiones sin gran fruto, pues esto solo era lo que buscaban los franceses.

»No se les ocultó á Daoiz ni á Velarde el inoportuno desperdicio de municiones, que no debian haberse empleado hasta que la columna de ataque ocupase la calle; pero la calidad de un combate á la vista de un pueblo que creia el estrago proporcional al ruido, les impidió practicar lo mejor.

»Creyendo el enemigo llegado el momento, adelantó una columna por la calle de San José, desde la de San Bernardo, enarbolando un pañuelo blanco su comandante, cuya señal respetaron nuestros artilleros; pero viendo, al es-

tar cerca de las piezas, que apuntaban las armas, les dispararon á un tiempo dos cañonazos, y la columna fué rota y dispersada.

»Volvió á renovarse el cañoneo y á sentir nuestros oficiales la pérdida que en ello tenian; pero el intrépido Velarde, cuya serenidad encontraba recursos en todo, hizo, á falta de metralla, cargar los cañones con piedras de chispa, para dispararlos á quemaropa sobre los franceses, que se preparaban de nuevo á atacar: se dirigió al patio del Parque para hacer sacar el otro cañon, que aun estaba dentro, y reunir las municiones que pudiera, y en tal ocasion encontró este bravo la muerte, á que se hallaba resuelto.

»Los enemigos no habian descuidado apoderarse, mientras la accion, de todas las bocacalles y posiciones, desde donde podian ofender con fusilería hasta dentro del patio del parque, y al entrar en él recibió Velarde un balazo en el pecho, del que cayó redondo.»

Nombres de las ilustres víctimas del Dos de Mayo.

Don Luis Daoiz. } Capitanes de Artillería.
Pedro Velarde. }
Baltasar Ruiz.
Lorenzo Daniel.
Manuel García Valdés.
José Mamerto Amador.
Bernardo Morales.
Pedro Alonso.
José Prados.
Francisco Navarro.
Julian Dominguez.
Fulgencio Alvarez.
Antonio Zambrano.
Miguel Cubas.
Alonso García.
Pedro Sanchez.
Doña Clara del Rey.
Don Miguel Cantanaga.
Víctor Morales.
Francisco Antonio Alvarez.
Pascual Lopez.
Francisco Gallego Dávila.
Miguel Gomez Morales.

Francisco Martinez Valentí.
Juan Antonio Perez.
Bartolomé Pichirili.
Teodoro Arroyo.
Francisco Sanchez.
Ramon Perez Villamil.
Juan Fernandez.
Francisco Requena.
José Fernandez.
Juan Toribio Arjona.
José Doctor.
Gregorio Martinez.
Gregorio Arias.
Andrés Fernandez.
José Gomagal.
Doña María Felipe Corto.
Don Antonio Gonzalez.
Ramon Gonzalez.
Vicente Morales.
José Mendez Villamil.
Francisco Bermudez.
José Datres.
Claudio Lamorena.
José Peliga Juglar.
Manuel de Iñigo y Vallejo.
Gregorio Moreno.
José Lore.
Antonio Villadomar.
Antonio Colomo.
Doña Manuela Malasaña.
Don Valentin Oñate y Aparicio.
Diego Manso.

Francisco Escobar y Molinelln.
Bernardino Gomez.
Francisco Iglesias.
Eugenio Aparicio.
Juan Fernandez Dechas.
José Rodriguez.
Matias Lopez.
Francisco Teresa.
Donato Archilla.
Francisco Pico.
Doña Angela Villalpando.
Don Joaquin Rodriguez.
Ramon Iglesias.
Domingo Breña.
Joaquin Ruesga.
Juan Antonio Martinez del Olmo.
Pedro Fernandez Alvarez.
Fernando Madrid.
Pedro Alvarez.
Manuel Cubas.
Nicolás del Olmo.
Benito Almenole.
Francisco Lopez.
Gabriel Chapoiner.
Juan José García.
Manuel Alvarez.
Pantaleon Manso.
Eugenio Rodriguez.
José Juan Bautista Montenegro.
Pablo Policarpo García.
Ramon Gonzalez.
Manuel Oltra.

Pedro Oltra.
Antonio Martinez.
Manuel de la Oliva.
Manuel Gonzalez.
Manuel García.
Juan Antonio Alises.
Nicolás Rey.
Julian Tejedor.
Pedro Segundo Iglesias.
José del Cerro.
Antonio Romero.
Antonio Sierra.
Alfonso Esperanza.
Félix Monge.
Santos García.
Manuel Diaz.
José Peña.
Santiago Dubignas.
Anselmo Arellano.
Antonio García.
Dionisio Santiago Gimenez.
Vicente Gomez.
Manuel Antolin.
Félix Salina.
José Eusebio Martinez.
Manuel Muñoz.
José García.
Manuel Almagro.
Julian Duque.
Domingo Mendez.
Angel Rivacoba.
Juan José Postigo.

Luis Escolano.

Antonio Mataure.

Baltasar García.

Debemos advertir que la precedente lista es á todas luces incompleta, y que se debieron omitir en ella dos veces mayor número de nombres de los que contiene.

Algun abandono debió haber en las averiguaciones que hizo la autoridad, para que los gloriosos nombres de muchos héroes fuesen así condenados al olvido.

Desde luego, no apareciendo en la lista expresada más de cinco mujeres, el error salta á la vista; pues en el Parque solamente es fama que perecieron muchas más.

De todos modos la omision, aun concretándonos á los hómbres, no baja de 200, contando el mayor número entre los fusilados en la Puerta del Sol, Prado y montaña del Príncipe Pio.

FIN DEL TOMO PRIMERO Y DEL DOS DE MAYO.

ADVERTENCIA.

El índice y la plantilla se darán al final de la publicacion.

INDICE

DE LAS MATERIAS COMPRENDIDAS

EN EL DOS DE MAYO.

Págs.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS

DE EL DOS DE MAYO.

